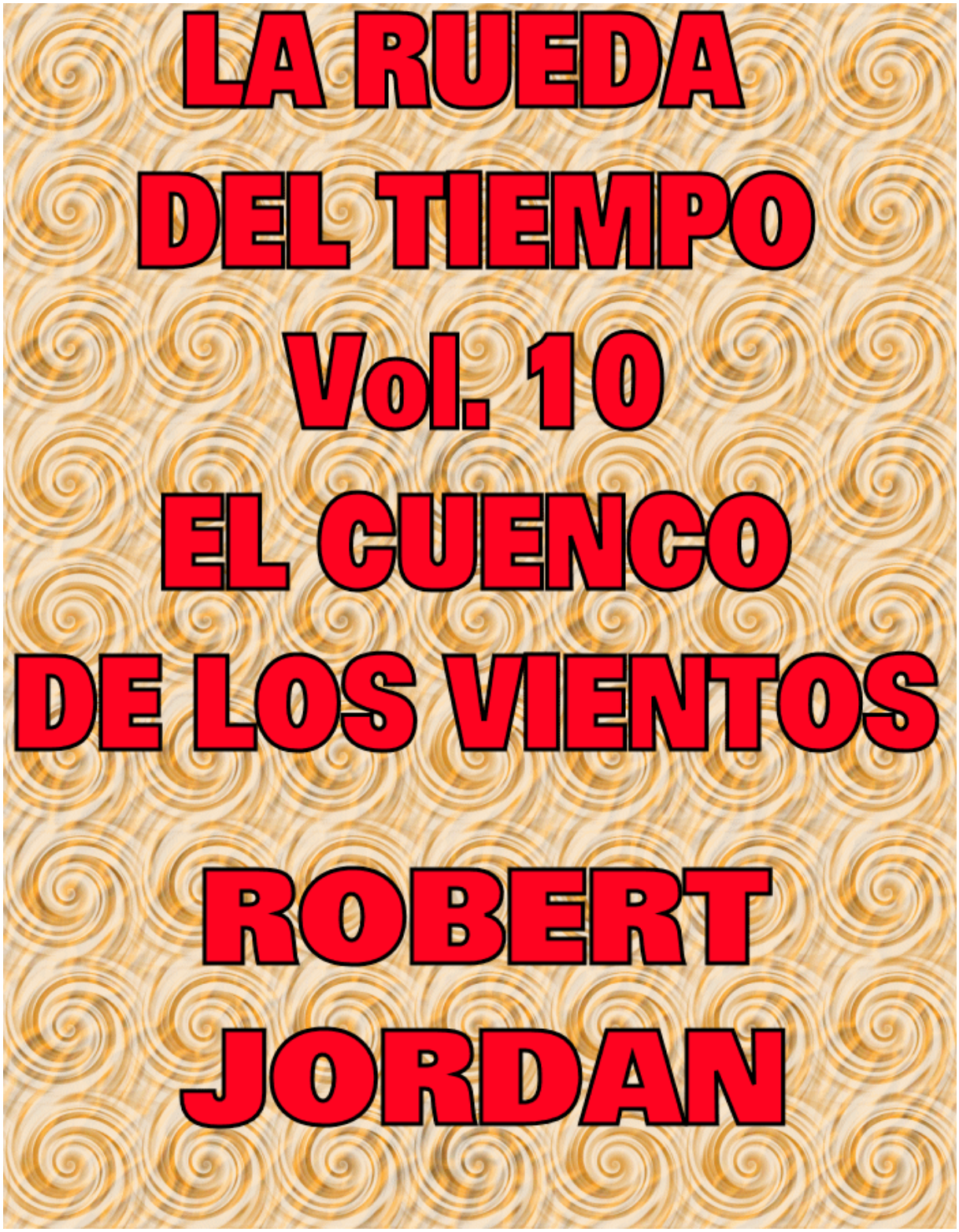
LA RUEDA DEL TIEMPO
Volumen 10
El Cuenco de los Vientos
Robert Jordan



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para *Harriet*
El mérito, de nuevo, es suyo

«No podemos tener salud ni nada bueno puede crecer,
pues la tierra es una con el Dragón Renacido
y él es uno con la tierra. Alma de fuego, corazón de piedra,
altivo conquista y obliga a los altivos a doblegarse.
Conmina a las montañas a que se arrodillen,
a los mares a que le abran paso,
y al propio firmamento a que le rinda pleitesía.
Ojalá el corazón de piedra recuerde el llanto
y el alma de fuego, el amor.»

Fragmento de la controvertida traducción
de *Las Profecías del Dragón*
por la poetisa Kyera Termendal, de Shiota,
supuestamente publicada entre el 700 y el 800 AL

PRÓLOGO

Rayos

Desde el alto ventanal en arco, a unos ciento veinte metros del suelo y no mucho más abajo del ápice de la Torre Blanca, Elaida alcanzaba a ver las onduladas llanuras y bosques que, kilómetros más allá de Tar Valon, lindaban con el anchuroso río Erinin, el cual discurría desde el noroeste antes de bifurcarse alrededor de las blancas murallas de la urbe insular. Al nivel del suelo, las largas sombras matinales debían de estar proyectando oscuros perfiles sobre la ciudad, pero desde esa ventajosa posición todo parecía claro y luminoso. Ni siquiera las legendarias Torres Infinitas de Cairhien rivalizaban realmente con la Torre Blanca. Desde luego, ninguna de las torres menores de Tar Valon lo hacía, a pesar de lo mucho que la gente se hiciera lenguas de ellas y de sus gráciles pasarelas arqueadas.

A esa altura una brisa casi constante aliviaba el calor antinatural que azotaba al mundo. Pasada la Fiesta de las Luces, una profunda capa de nieve debería haber cubierto el suelo, pero el tiempo parecía el propio de un tórrido verano en plena canícula. Otra señal, si es que hacían falta más, de que la Última Batalla estaba próxima y de que la mano del Oscuro tocaba el mundo. Ni que decir tiene que Elaida no permitía que el calor la afectase ni cuando descendía a los pisos bajos. La brisa no era la razón de que hubiese hecho trasladar sus aposentos allí arriba, a esas sencillas habitaciones, a pesar del inconveniente que representaban tantas escaleras.

Las baldosas lisas, de un tono rojizo, y las paredes de blanco mármol adornadas por unos pocos tapices no tenían comparación con la grandiosidad del estudio y los aposentos de la Amyrlin situados mucho más abajo. Aún utilizaba esas estancias de vez en cuando —en las mentes de algunas personas ese fausto se asociaba con el poder de la Sede Amyrlin— pero residía arriba, y también trabajaba allí las más de las veces. Por la vista. Pero no de la ciudad ni del río ni de los bosques, sino de lo que empezaba a cobrar forma en los terrenos de la Torre.

Grandes zanjas y cimientos se extendían a través de lo que había sido el patio de prácticas de los Guardianes, en medio de altas grúas de madera y montones de bloques cortados de mármol y granito. Multitud de albañiles y peones se afanaban como hormigas en la cantera, y un constante flujo de carretas cruzaba las puertas y entraba en los terrenos de la Torre, transportando más piedra. A un lado se alzaba lo que los albañiles llamaban un «modelo de trabajo» en madera, lo bastante grande para que los hombres entrasen en él en cuclillas a fin de ver hasta el último detalle dónde debía ir cada piedra. Después de todo, la mayoría de los obreros no sabía leer, por lo que no había ni palabras ni planos dibujados por alarifes. El «modelo de trabajo» era tan grande como algunas casas solariegas.

Si cualquier rey o reina tenía un palacio ¿por qué la Amyrlin había de estar relegada a unos aposentos poco mejores que los de muchas hermanas? Su palacio igualaría en esplendor a la Torre Blanca y tendría un gran chapitel quince metros más alto que la propia Torre. El rostro del maestro de obra había palidecido al oír aquello. La Torre había sido construida por los Ogier, con la ayuda de hermanas que habían recurrido para ello al Poder. No obstante, tras echar una ojeada al semblante de Elaida, maese Lerman se había apresurado a hacer una reverencia mientras farfullaba que naturalmente todo se haría como ella deseaba. ¡Como si hubiese habido alguna duda!

Elaida apretó la boca con exasperación. Había querido contar de nuevo con albañiles Ogier, pero éstos se habían recluido en sus *steddings* por alguna razón. El más próximo, el

stedding Jentoine de las Colinas Negras, había rechazado sus requerimientos. Con educación, pero seguía siendo una negativa; y sin explicaciones, aun tratándose de la Sede Amyrlin. En el mejor de los casos, los Ogier se mostraban reservados. O quizás estaban aislándose de un mundo sumido en la agitación y el desorden; los Ogier no se implicaban en los conflictos humanos: los rehuían.

Elaida apartó a los Ogier de su mente con firmeza. Se preciaba de saber separar lo posible de lo imposible, y los Ogier eran una trivialidad. No contaban para un mundo que les era ajeno, con el que no tenían más nexo que las ciudades que habían construido mucho tiempo atrás y que rara vez visitaban salvo para hacer reparaciones.

Su ceño se frunció ligeramente al contemplar a los hombres de allí abajo, afanándose como abejas por la zona de construcción. La obra avanzaba a paso de tortuga. Los Ogier estarían descartados, pero a lo mejor podía usarse de nuevo el Poder Único. Eran contadas las hermanas que poseían verdadera fuerza en los tejidos de Tierra, mas no era mucha la que se requería para reforzar la piedra o unir unos bloques a otros. Sí. En su imaginación, el palacio aparecía terminado, con galerías, columnatas, grandes cúpulas doradas en las que reverberaba el sol; y esa esbelta torre elevándose hacia el firmamento... Sus ojos se alzaron hacia el despejado cielo, allí donde estaría la punta de la torre, y soltó un profundo suspiro. Sí. Ese mismo día daría las órdenes oportunas.

El gran reloj que había en la habitación tocó el Tercer Albor a su espalda, y las campanas y carillones de la ciudad repicaron la hora, si bien allí, a tanta altura, el sonido llegaba débil. Con una sonrisa, Elaida se retiró del ventanal mientras se alisaba el vestido de seda color crema, con acuchilladuras en rojo, y se ajustaba a los hombros la ancha estola rayada de la Sede Amyrlin.

En el ornamentado reloj dorado, unas figurillas de oro, plata y esmalte se movían al compás del carillón: trollocs con cuernos y hocicos huían de una Aes Sedai en un nivel; en otro, un hombre que representaba a un falso Dragón intentaba desviar unos rayos plateados, obviamente lanzados por otra hermana. Y por encima de la esfera del reloj, que a su vez sobrepasaba la cabeza de Elaida, un rey y una reina coronados se arrodillaban ante una Sede Amyrlin que lucía su estola de esmalte; y, rematando el arco dorado que se alzaba sobre esta última figurilla, aparecía la Llama de Tar Valon, tallada en una gran piedra de luna.

Elaida no reía a menudo, pero no pudo menos de soltar una queda y complacida risita al mirar el reloj. Cemaile Sorenthaine, ascendida del Ajah Gris, lo había encargado con ese diseño, soñando con la vuelta de un tiempo anterior a la Guerra de los Trollocs, cuando ningún dirigente ocupaba un trono sin la aprobación de la Torre. Los grandiosos planes de Cemaile se quedaron en nada, sin embargo, al igual que la propia Cemaile, y durante tres siglos el reloj había permanecido guardado en un polvoriento almacén al no haber nadie que se atreviera a exponerlo sin sentir sonrojo. Hasta que llegó Elaida. La Rueda del Tiempo giraba. Lo que fue una vez, podía volver a ser. Volvería a ser.

La caja del reloj era el contrapunto de la puerta que daba a su sala de estar y al dormitorio y vestidor que había detrás. Finos tapices, vistosas obras manufacturadas en Tear, Kandor y Arad Doman con brillantes hilos de oro y de plata entremezclados con los simplemente teñidos, colgaban en las paredes, cada uno exactamente enfrente de su pareja. Siempre le había gustado el orden. La alfombra, que cubría gran parte de las baldosas, procedía de Tarabon y el diseño combinaba tonos rojos, verdes y dorados; las alfombras de seda eran las más valiosas. En las cuatro esquinas de la sala había pedestales de mármol tallados con sencillas líneas verticales, y encima, unos jarrones de la frágil porcelana de los Marinos con rosas rojas minuciosamente arregladas. Se requería el Poder Único para que floreciesen rosas en esa época, sobre todo a causa de la sequía y el calor; pero, en su opinión, merecía la pena. Tallas doradas cubrían por igual la única silla —nadie se sentaba ahora en su presencia— y el escritorio, pero con el sobrio estilo de Cairhien. En realidad era una estancia sencilla de apenas tres metros de altura, pero estos aposentos servirían hasta que su palacio estuviese terminado. La vista que tenían los hacía válidos.

El alto respaldo de la silla lucía la Llama de Tar Valon realizada con piedras de la luna;

al sentarse Elaida, el símbolo quedó justo por encima de su cabeza. Sobre la pulida superficie del escritorio sólo reposaban las tres cajas lacadas de confección altaranesa, colocadas con minuciosa precisión. Abrió la que representaba unos halcones dorados entre nubes blancas y, del montón de informes y correspondencia guardados en el interior, cogió una estrecha tira de fino papel.

Leyó, por la que debía de ser centésima vez, el mensaje llegado de Cairhien doce días atrás con una paloma. Muy pocas personas en la Torre conocían su existencia y nadie salvo ella sabía su contenido ni habría tenido el menor atisbo de lo que significaba en caso de leerlo. La idea casi la hizo reír otra vez.

«Se ha puesto el aro en la nariz del toro. Espero un viaje
agradable al mercado.»

No llevaba firma, pero a Elaida no le hacía falta. Sólo Galina Casban sabía que debía enviar aquel glorioso mensaje. Galina, a quien Elaida encomendaba ciertas tareas que jamás habría dejado en otras manos salvo en las suyas propias. No es que se fiara totalmente de nadie, pero la cabeza del Ajah Rojo gozaba de su confianza más que cualquier otra persona. Después de todo, ella había pertenecido a ese Ajah y, en muchos sentidos, todavía se consideraba una Roja.

«Se ha puesto el aro en la nariz del toro.»

Rand al'Thor, el Dragón Renacido, el hombre que parecía haber estado a punto de tragarse el mundo, el hombre que ya se había tragado buena parte de éste, se encontraba escudado y bajo el control de Galina. Y nadie que pudiese respaldarlo lo sabía. En el caso de que hubiese habido la más mínima posibilidad de ello, la redacción del mensaje habría sido distinta. Por lo que se deducía de varios mensajes anteriores, al parecer había descubierto de nuevo el Viaje, un Talento perdido para las Aes Sedai desde el Desmembramiento; empero, eso no lo había salvado. Todo lo contrario: había jugado en favor de Galina. Por lo visto tenía la costumbre de ir y venir sin avisar. ¿Quién sospecharía que esta vez no se había ausentado, sino que había sido sometido y llevado a la fuerza? Algo muy parecido a una risita subió por su garganta.

Dentro de una semana más, dos como mucho, al'Thor estaría en la Torre, vigilado estrechamente y mantenido bajo control hasta la llegada del Tarmon Gai'don, con lo que se pondría freno a su saqueo del mundo. Era una locura dejar en libertad a ningún hombre capaz de encauzar, pero principalmente al hombre que según las Profecías debía enfrentarse al Oscuro en la Última Batalla. Quisiera la Luz que todavía faltase mucho para eso a pesar de los cambios climáticos, pues se necesitarían años para preparar al mundo debidamente, empezando por enmendar lo que al'Thor había hecho.

Naturalmente, el daño que había causado no era nada comparado con lo que podría haber hecho de estar libre. Por no mencionar la posibilidad de que perdiera la vida antes del momento en que se lo necesitase. En fin, el problemático joven permanecería envuelto en pañales y tan a salvo con un bebé en los brazos de su madre hasta que llegase el momento de llevarlo a Shayol Ghul. Después de eso, si sobrevivía...

Elaida frunció los labios. Las Profecías del Dragón parecían indicar que no lo haría, lo que indudablemente sería lo mejor que podría pasar.

—Madre...

Elaida casi dio un brinco de sobresalto cuando Alviarin habló. ¡Mira que entrar sin llamar siquiera a la puerta!

—Tengo noticias de los Ajahs, madre. —Delgada y de semblante frío, Alviarin llevaba el estrecho chal de Guardiana en blanco, a juego con el vestido, para mostrar que había ascendido del Ajah de ese color. Empero, en su boca la palabra «madre» sonaba más como un formulismo con el que dirigirse a una igual que un título de respeto.

La presencia de la Guardiana bastó para hacer perder el buen humor a Elaida. El que la Guardiana de las Crónicas procediera del Ajah Blanco, no del Rojo, era siempre un recordatorio mortificante de la debilidad de su posición cuando la habían ascendido. Parte de eso se había disipado, cierto, pero no completamente. Todavía no. Estaba harta de lamentarse por tener tan pocas informadoras fuera de Andor. Y de que su predecesora y la de Alviarin hubiesen escapado —que las hubiesen ayudado a escapar, porque tenían que haber contado con ayuda— antes de que se les hubiera arrancado el secreto de las claves de la inmensa red informadora de la Amyrlin.

Quería, ansiaba, esa red de información que le pertenecía por derecho. Existía la arraigada costumbre de que los Ajahs dieran a la Guardiana cualquier noticia de sus propias informadoras que tuviesen a bien compartir con la Amyrlin, aunque fuera con cuentagotas; pero Elaida estaba convencida de que Alviarin se guardaba para sí parte de esa contada información. Empero, no podía pedir información a los Ajahs directamente. Ya era bastante malo estar en una posición débil para, además, tener que suplicar algo al mundo. O a la Torre, que, a fin de cuentas, era lo que realmente contaba en el mundo.

Elaida mantuvo la expresión tan fría como la de la otra mujer, dándose por enterada de su presencia con un mero asentimiento mientras fingía examinar los papeles que había en la caja lacada. Los fue pasando lentamente uno por uno y los volvió a poner en la caja con parsimonia. Todo ello sin ver una sola palabra de lo escrito en ellos. Hacer esperar a Alviarin le resultaba amargo porque era un recurso pobre, y los recursos pobres eran lo único que tenía para atacar a quien debería haber sido su servidora.

Una Amyrlin podía dictar cualquier decreto que quisiera puesto que su palabra era ley e incuestionable. Sin embargo, en la práctica, sin el apoyo de la Antecámara de la Torre muchos de esos decretos se quedaban en papel mojado. Ninguna hermana desobedecía a una Amyrlin; al menos, no directamente, pero muchos decretos requerían que se ordenaran un centenar de otras cosas para ponerlos en práctica. En los mejores tiempos posibles éste era un proceso lento, en ocasiones tan lento que nunca llegaba a su fin, y los actuales distaban mucho de ser los mejores.

Alviarin permaneció de pie, sosegada como un estanque helado. Elaida cerró la caja altaranesa, dejando fuera la tira de papel que anunciaba su victoria; la manoseó inconscientemente, como si fuese un talismán.

—¿Se han dignado finalmente Teslyn o Joline enviar alguna nueva más aparte de que llegaron bien?

Aquello lo dijo para recordarle a Alviarin que ninguna de ellas podía considerarse invulnerable. A nadie le importaba lo que ocurría en Ebou Dar, y a Elaida a quien menos; la capital de Altara podía hundirse en el mar y, salvo los mercaderes, ni siquiera el resto del país se daría cuenta de ello. Pero Teslyn había sido miembro de la Asamblea durante casi quince años antes de que Elaida le ordenara renunciar a su puesto y viajar a esa ciudad. Y, si Elaida podía enviar a una Asentada —una Asentada Roja que había respaldado su ascensión— como embajadora ante un trono insignificante sin que nadie supiera realmente el motivo salvo un centenar de rumores sin fundamento, entonces también podía tratar con mano dura a cualquiera. Joline era un tema aparte. Había ocupado su puesto en representación del Ajah Verde sólo durante unas cuantas semanas, y todo el mundo estaba convencido de que las Verdes la habían escogido para demostrar que no se dejarían acobardar por la nueva Amyrlin, quien le impuso un severo castigo. No podía pasarse por alto aquella insolencia, y no se había pasado. También eso era algo que sabía todo el mundo.

Lo dijo para recordarle a Alviarin que era vulnerable, pero la Blanca se limitó a esbozar su fría sonrisa. Mientras la Antecámara siguiera como ahora, lo cierto es que era inmune. Rebuscó entre los papeles que llevaba en las manos y sacó uno de ellos.

—No hay noticias de Teslyn ni de Joline, madre, aunque con las nuevas que habéis recibido hasta ahora de los tronos... —Aquella sonrisa se acentuó en una expresión peligrosamente cercana a la jocosidad—. Todos se proponen poner a prueba sus alas para comprobar si sois tan fuerte como... Como vuestra predecesora.

Incluso Alviarin tenía el sentido común de no pronunciar el nombre de Siuan Sanche en su presencia. No obstante, lo que decía era verdad; todos los reyes y reinas, y aun los nobles, parecían estar tanteando los límites de su poder. Tenía que dar algunos escarmientos que sirvieran de ejemplo. Tras echar una ojeada al papel, Alviarin continuó:

—Sin embargo hay noticias de Ebou Dar. A través del Ajah Gris. —¿Había puesto énfasis en esto último a fin de hincar más la astilla?—. Al parecer Elayne Trakand y Nynaeve al'Meara se encuentran allí. Haciéndose pasar como hermanas de derecho con el beneplácito de la... «embajada» rebelde ante la reina Tylin. Hay otras dos mujeres, sin identificar, que podrían estar haciendo lo mismo. O quizá sólo sean acompañantes. Las Grises no lo saben con certeza.

—¿Y por qué, en nombre de la Luz, iban a estar en Ebou Dar? —dijo Elaida en tono displicente. Indudablemente, Teslyn habría enviado información sobre algo así de ser cierto—. Las Grises deben de haber prestado oídos a rumores. El mensaje de Tarna decía que están con las rebeldes en Salidar. —Tarna Feir también había informado de la presencia de Siuan Sanche allí. Y de la de Logain Ablar, quien se dedicaba a propagar mentiras tan maliciosas que ninguna hermana Roja se rebajaría jamás a darse por enterada de ellas y mucho menos a negarlas. O esa mujer, Sanche, estaba relacionada con semejante aberración o el sol saldría mañana por el oeste. ¿Por qué no se había limitado a escabullirse como un insecto y morir decorosamente donde nadie la viera como cualquier otra mujer neutralizada?

Le costó un gran esfuerzo no soltar un hondo suspiro. A Logain podía ahorcárselo sin hacer mucho ruido tan pronto como el asunto de las rebeldes quedara arreglado; al fin y al cabo, la mayor parte del mundo lo creía muerto desde hacía mucho. El difamatorio embuste de que el Ajah Rojo lo había situado como un falso Dragón moriría con él. Cuando se hubiese arreglado el asunto de las rebeldes, a esa mujer, Sanche, se la obligaría a revelar la red de informadoras de la Amyrlin. Y los nombres de los traidores que la habían ayudado a escapar. Sería una vana ilusión esperar que el de Alviarin se encontrase entre ellos.

—Me cuesta trabajo imaginar a esa muchacha, al'Meara, presentándose en Ebou Dar y afirmando ser Aes Sedai, cuanto más a Elayne ¿no te parece?

—Ordenasteis localizar y traer a Tar Valon a Elayne, madre. Lo considerasteis un asunto tan importante como poner correa a al'Thor, según vuestras propias palabras. Mientras se encontraba entre trescientas rebeldes en Salidar era imposible hacer nada al respecto, pero no estará tan bien protegida en el palacio de Tarasin.

—No puedo malgastar tiempo en habladurías y rumores. —El tono de Elaida rebosaba desprecio. ¿Es que Alviarin sabía más de lo debido puesto que había mencionado a al'Thor y lo de ponerle correa?—. Sugiero que leas de nuevo el informe de Tarna y que después te plantees si es posible que incluso las rebeldes hayan permitido que unas Aceptadas se hagan pasar por hermanas de hecho.

Alviarin aguardó con evidente paciencia a que terminara de hablar y después rebuscó en el montón de papeles que tenía en la mano y sacó otras cuatro hojas.

—El informador Gris envió bocetos —comentó en voz indiferente al tiempo que le tendía las páginas—. No es buen dibujante, pero se reconoce fácilmente a Elayne y a Nynaeve.

Tras unos instantes, al ver que Elaida no cogía los dibujos, volvió a guardarlos entre el resto de las hojas. Elaida sintió que la ira y la vergüenza teñían sus mejillas. Alviarin la había conducido deliberadamente hacia este rumbo al no sacar los dibujos al principio. Lo pasó por alto —cualquier otra cosa sólo haría más humillante la situación— pero cuando habló su voz sonó muy fría:

—Quiero que las cojan y me las traigan.

La falta de curiosidad en el rostro de la Guardiana hizo que Elaida volviera a preguntarse cuánto sabía la mujer de lo que, supuestamente, no debía saber nada. Al ser del mismo pueblo, la joven al'Meara podría muy bien servir para presionar a al'Thor. Eso lo sabían todas las hermanas, igual que sabían que Elayne era la heredera del trono de Andor y que su madre había muerto. Los vagos rumores que vinculaban a Morgase con los Capas

Librodot

Blancas eran simples majaderías, ya que la reina jamás habría acudido a los Hijos de la Luz en busca de ayuda. Estaba muerta, aunque ni siquiera se hubiera hallado su cadáver, y Elayne sería proclamada reina. Si es que se la podía arrancar de las manos de las rebeldes antes de que las casas nobles andoreñas colocaran a Dyelin en el Trono del León en su lugar. No era conocimiento divulgado la razón que hacía a Elayne más importante que cualquier otra noble con derecho a un trono. Aparte del hecho de que sería Aes Sedai algún día, por supuesto.

A Elaida le llegaba a veces la Predicción, un Talento que se había creído perdido antes de ella, y mucho tiempo atrás había predicho que la casa real de Andor tenía la clave para la victoria de la Última Batalla. Hacía más de veinticinco años, tan pronto como se hizo evidente que Morgase Trakand ganaría el trono en el conflicto conocido como Sucesión, Elaida se había pegado a la muchacha que entonces era. Elaida ignoraba cómo o por qué era crucial Elayne, pero la Predicción nunca mentía. A veces hasta odiaba el Talento. Odiaba las cosas que no podía controlar.

—Las quiero a las cuatro, Alviarin. —En realidad las otras dos no eran importantes, pero no quería correr riesgos—. Despacha de inmediato mi orden a Teslyn. Diles, a ella y a Joline, que si dejan de enviar informes a partir de ahora, desearán no haber nacido. Incluye en el comunicado lo referente a esa tal Macura. —Su boca se crispó al pronunciar esta última frase.

El nombre provocó que también Alviarin rebullera con nerviosismo, y no era de extrañar. La dichosa infusión de Ronda Macura bastaba para inquietar a cualquier hermana. La horcaria no era letal —si se bebía la cantidad suficiente para caer en un profundo sueño, al menos se despertaba— pero un brebaje que entorpecía la habilidad de encauzar de una mujer parecía estar dirigido específicamente contra las Aes Sedai. Lástima que la información no se hubiese recibido antes de la marcha de Galina; si la horcaria funcionaba igual de bien en los hombres que en las mujeres, habría facilitado su tarea considerablemente.

El desasosiego de Alviarin sólo duró un momento; una fracción de segundo y de nuevo recobró el autocontrol, impasible como un muro de hielo.

—Como digáis, madre. Estoy convencida de que obedecerán prestamente, como se espera que hagan, desde luego.

Un fugaz acceso de ira acometió a Elaida con la rapidez de un fuego prendiendo pasto seco. El destino del mundo estaba en sus manos, y no dejaban de ponerle obstáculos nimios en su camino. Como si no tuviera bastante con ocuparse de las rebeldes y los dirigentes recalcitrantes, demasiadas Asentadas seguían rumiando y rezongando a su espalda; un terreno abonado para los manejos de la otra mujer. Ella dominaba sólo a seis de las integrantes de la Antecámara, y sospechaba que un número igual prestaba oídos a lo que Alviarin tuviese que decir antes de dar su voto. Desde luego, la Antecámara no ratificaba nada importante a menos que Alviarin lo aprobase. No a las claras, ni de un modo que diese a entender que ejercía una pizca más de influencia o poder de lo que correspondía a su condición de Guardiana, pero si Alviarin se oponía a algo... Por lo menos no habían llegado tan lejos de rechazar nada de lo que Elaida les presentaba a consideración. Simplemente se limitaban a dar largas al tema y actuar con parsimonia, de modo que muy a menudo quedaban empantanados asuntos que a ella le interesaba que salieran adelante. Lo que en apariencia era una diferencia insignificante, tenía peso suficiente para amargarle la vida. Algunas Amyrlin habían quedado rebajadas a poco más que títeres una vez que la Antecámara le cogía el gusto a rechazar lo que se le proponía.

Apretó los puños y la tira de papel crujió.

«Se ha puesto el aro en la nariz del toro.»

La impasible compostura de Alviarin no desmerecía la de una estatua de mármol, pero a Elaida ya no le importaba. El pastor venía de camino y pronto lo tendría en sus manos. Las rebeldes serían aplastadas; la Antecámara, intimidada; Alviarin, obligada a hincar la rodilla; y todos los dirigentes recalcitrantes metidos en cintura, desde Tenobia de Saldaea, que se había

escondido para eludir a su emisaria, hasta Mattin Stepaneos de Illian, que otra vez intentaba jugar con todas las barajas, procurando congraciarse con ella, con los Capas Blancas y, por lo que sabía, hasta con al'Thor. Elayne subiría al trono de Caemlyn, sin la intromisión de su hermano y plenamente consciente de quién la había sentado en él. Una corta estancia en la Torre, y esa chica sería arcilla de alfarero en sus manos.

—Quiero a esos hombres erradicados, Alviarin. —No era preciso especificar a quién se refería; la mitad de las hermanas no hablaba de otra cosa que de «esos hombres» y su «Torre Negra», mientras que la otra mitad cuchicheaba sobre ellos a escondidas.

—Hay informes inquietantes, madre. —Alviarin rebuscó otra vez entre sus papeles, pero Elaida sospechaba que lo hacía únicamente para tener ocupadas las manos. No volvió a sacar ninguna hoja, y, si casi nada trastornaba a la Blanca más de unos segundos, ese abominable nido de ratas en las afueras de Caemlyn sí que debía hacerlo.

—¿Más rumores? ¿Es que das crédito a los chismes de que se cuentan por miles los individuos que acuden a Caemlyn en respuesta a esa inmunda «amnistía»? —Realmente no era una de las cosas menos peligrosas llevadas a cabo por al'Thor, pero tampoco era para quitar el sueño. Un simple montón de estiércol que habría que limpiar antes de que Elayne fuese coronada en Caemlyn.

—Por supuesto que no, madre, pero...

—Toveine se encargará de ello. Es una tarea que compete a las Rojas.

Toveine Gazal había estado apartada de la Torre quince años, hasta que Elaida la había mandado llamar. Las otras dos hermanas Rojas que habían dimitido «voluntariamente» al mismo tiempo que ella se habían convertido en mujeres de ojos huidizos; pero, al contrario que Lirene y Tsutama, el solitario exilio había endurecido a Toveine.

—Irá acompañada de cincuenta hermanas —prosiguió Elaida, convencida de que en esa «Torre Negra» no habría más de dos o tres hombres que realmente pudieran encauzar. Cincuenta hermanas los dominarían sin ninguna dificultad. No obstante, cabía la posibilidad de que hubiese otros de los que ocuparse, los habituales adláteres y simpatizantes, necios rebosantes de ambición y fútiles esperanzas—. Y también cien... No, doscientos soldados.

—¿Estáis segura de que tal actuación es acertada? Indudablemente los rumores que hablan de miles de hombres son absurdos, pero un informador Verde de Caemlyn afirma que hay más de cuatrocientos en esa Torre Negra. Es un tipo avispado. Al parecer calculó esa cifra contando los carros de abastecimiento que salen de la ciudad. Además, sabéis que también se comenta que Mazrim Taim está con ellos.

Elaida hizo un gran esfuerzo para mantener el gesto impasible, cosa que consiguió a duras penas. Había prohibido mencionar el nombre de Taim, y el hecho de no atreverse —¡no atreverse!— a imponer el castigo debido a Alviarin era un trago más amargo que la hiel. La mujer la miraba directamente a los ojos, y en esta ocasión la omisión hasta del somero tratamiento de «madre» era manifiesta. ¡Por no mencionar la osadía de preguntar si sus decisiones eran atinadas! ¡Era la Sede Amyrlin! ¡No la principal entre iguales, sino la Sede Amyrlin!

Abrió la caja laqueada más grande de las tres que había sobre el escritorio y dejó a la vista las miniaturas de marfil sobre el terciopelo gris. Al igual que le ocurría con una de sus aficiones —tejer punto—, a menudo el simple hecho de tocar las piezas de su colección la tranquilizaba; pero lo más importante de tal gesto era que dejaba muy claro a quien tenía delante cuál era su puesto, dado que aparentemente prestaba más atención a las miniaturas que a lo que quiera que estuviese diciéndole esa persona. Primero toqueteó un gato de talla tan exquisita que parecía estar moviéndose; después hizo lo mismo con la de una mujer que lucía un atuendo minuciosamente realizado y que llevaba sobre el hombro un animalillo muy peculiar, sin duda producto de la fantasía del artista, casi como si fuese un hombre cubierto de pelo; por último, Elaida escogió un pez arqueado tan delicadamente trabajado que casi parecía real a pesar de la pátina amarillenta del marfil.

—Cuatrocientos mamarrachos, Alviarin. —Ya se sentía más tranquila, sobre todo porque la Guardiana había apretado los labios. Duró una fracción de segundo, pero Elaida

Librodot

saboreaba cualquier fisura, por mínima que fuera, en la marmórea máscara de la Blanca—. Si es que son tantos realmente. Sólo un necio creería que más de uno o dos de ellos pueden encauzar. ¡Como mucho! En diez años sólo hemos encontrado seis hombres con la habilidad. Veinticuatro en los últimos cuatro lustros. Y sabes la criba exhaustiva que se ha hecho en el mundo. En cuanto a Taim...

El nombre le quemaba la boca; el único falso Dragón que había escapado de ser amansado después de haber caído en manos de Aes Sedai. Era una circunstancia que no deseaba que apareciera en las Crónicas durante el período de su reinado; ciertamente no hasta que decidiese cómo debía ser reflejada. Hasta la fecha, en las Crónicas no se mencionaba nada posterior a su captura. Acarició con la yema del pulgar las escamas del pez.

—Está muerto, Alviarin —prosiguió—, o en caso contrario ya habríamos sabido de él hace tiempo. Y desde luego, jamás se pondría al servicio de al'Thor. ¿Cómo crees que después de autoproclamarse el Dragón Renacido iba a servir a otro hombre que pretende ser lo mismo? ¿Cómo iba a encontrarse en Caemlyn sin que al menos Davram Bashere intentara matarlo? —El pulgar se movió más deprisa sobre la miniatura cuando Elaida recordó que el mariscal de Saldaea estaba en Caemlyn, a las órdenes de al'Thor. ¿En qué estaba pensando Tenobia? Sin embargo, no dejó traslucir su tumulto interno, y su semblante permaneció tan impasible como el de cualquiera de sus miniaturas.

—Hablar en voz alta de veinticuatro hombres amansados es peligroso —manifestó Alviarin en un tono ominosamente quedo—. Tanto como decir dos mil. En las Crónicas se recoge únicamente la cifra de dieciséis. Sólo nos faltaba ahora que esos años cobraran protagonismo de nuevo. O que lo oyeran las hermanas que saben exclusivamente lo que se les ha dicho que es la verdad. Ni siquiera lo mencionan las tres que habéis hecho llamar de vuelta.

Elaida adoptó una expresión socarrona. Que ella supiera, Alviarin se había enterado de la verdad de aquellos años sólo al ser ascendida a Guardiana; todo lo contrario a ella, que conocía el tema de un modo más... personal. Aunque Alviarin, indudablemente, ignoraba tal cosa. O al menos no lo sabía con certeza.

—Hija, salga lo que salga a la luz, no temo nada. ¿Quién va a imponerme a mí un castigo y con qué cargos? —Aquello era un bonito quiebro que eludía muy bien la verdad, pero, por lo visto, no impresionó ni poco ni mucho a la otra mujer.

—Las Crónicas mencionan a varias Amyrlin que recibieron público castigo por alguna razón que generalmente no se refleja de forma clara, pero a mí siempre me ha dado la impresión de que era más bien la redacción que habría hecho una Amyrlin si no le quedaba más alternativa que...

Elaida descargó una fuerte palmada sobre el escritorio.

—¡Ya está bien, hija! ¡La ley de la Torre soy yo! Lo que ha permanecido oculto, oculto seguirá. Y por la misma razón que lo estuvo durante veinte años: el bien de la Torre Blanca. —En ese momento Elaida empezó a sentir dolor en la palma; alzó la mano y se encontró con la miniatura del pez partida en dos. ¿Cuántos años tenía la figurilla? ¿Quinientos? ¿Mil? Su rabia era tal que no pudo disimularla a pesar de sus esfuerzos. La voz, desde luego, le temblaba de ira—. Toveine dirigirá a cincuenta hermanas y doscientos soldados de la Torre hasta Caemlyn, a esa Torre Negra, donde amansarán a cualquier hombre que encuentren capacitado para encauzar y lo ahorcarán, junto con todos los demás que puedan coger vivos, sin el requisito de traerlos aquí.

Alviarin ni siquiera parpadeó ante tan palmaria violación de la ley de la Torre. En la manifestación de Elaida había una verdad intrínseca e innegable: ella era la ley de la Torre.

—Para el caso —continuó la Amyrlin—, que cuelguen también a los muertos. Que sirvan de escarmiento para cualquier hombre que esté planteándose tocar la Fuente Verdadera. Manda llamar a Toveine. Quiero que me cuente su plan.

—Se hará como ordenáis, madre. —La voz de la Blanca era tan fría e imperturbable como su rostro—. Aunque, si se me permite hacer una sugerencia, quizá deseéis replantearos la decisión de mandar lejos de la Torre a tantas hermanas. Por lo visto vuestra oferta les ha

parecido insuficiente a las rebeldes. Ya no están en Salidar. Se han puesto en marcha. El informe ha llegado de Altara, pero a estas alturas deben de encontrarse ya en Murandy. Y han elegido una Amyrlin propia. —Pasó la vista por la hoja que tenía en lo alto del montón de papeles, como si buscase el nombre—. Egwene al'Vere, al parecer.

Que Alviarin hubiese dejado para el final tal información, la más importante de todas, tendría que haber hecho explotar de rabia a Elaida, pero la mujer echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír con regocijo. Y si no se puso a patear el suelo sólo se debió a su empeño en mantener un aire digno. La sorpresa plasmada en el semblante de la Blanca consiguió que sus carcajadas arreciaran hasta el punto de tener que limpiarse los ojos llorosos.

—Es obvio que no te das cuenta —dijo cuando finalmente fue capaz de hablar entre risa y risa—. Por fortuna eres la Guardiana, no una Asentada. En la Antecámara, con tu ceguera, antes de un mes las otras te habrían metido en un armario y sólo te sacarían de él cuando necesitaran tu voto.

—Pues yo creo que veo muy bien, madre. —En el tono de Alviarin no había acaloramiento; si acaso, su frialdad habría podido cubrir las paredes con una capa de escarcha—. Veo trescientas Aes Sedai rebeldes, quizá más, de camino a Tar Valon con un ejército comandado por Gareth Bryne, un reconocido gran general. Incluso desestimando los informes más descabellados, ese ejército puede que supere la cifra de veinte mil hombres, y yendo al mando Bryne se les sumarán más en cada pueblo y ciudad por los que pasen. No digo que tengan posibilidades de tomar la ciudad, por supuesto, pero a mi entender no es un asunto que deba tomarse a broma. El mayor Chubai debería ordenar que se iniciara una leva para incrementar los efectivos de la Guardia de la Torre.

Elaida bajó la vista hacia el pez roto, con acritud; después se levantó de la silla y se asomó al ventanal más próximo, dando la espalda a Alviarin. El palacio en construcción consiguió disipar el sabor amargo que tenía en la boca; eso y la tira de papel que todavía guardaba en el puño apretado. Observó su palacio en ciernes y sonrió.

—Trescientas rebeldes, sí, pero deberías releer el informe de Tarna. Hay al menos unas cien que ya están a punto de venirse abajo. —Confiaba bastante en Tarna, una Roja en cuya mente no había lugar para las tonterías, y había dicho que era tal el nerviosismo de las rebeldes que hasta su propia sombra les causaba sobresalto. Ovejas desesperadas que buscan discretamente un pastor, en palabras de la Roja. Era una espontánea, desde luego, pero aun así, sensata. Tarna estaría de vuelta dentro de poco y podría presentar un informe más detallado. Cosa que tampoco era necesaria. Los planes de Elaida ya estaban funcionando entre las rebeldes; pero ése era su secreto.

—Tarna es de las que están convencidas de que la gente hará lo que es obvio que nunca haría —adujo Alviarin.

¿Había puesto cierto énfasis en el comentario? ¿Era su tono significativo? Elaida decidió hacer caso omiso. Todavía no le quedaba más remedio que pasar por alto muchas cosas de Alviarin, pero pronto llegaría el día en que eso se habría terminado. Muy pronto.

—En cuanto a su ejército, hija, dice que son dos o tres mil hombres como mucho. Si hubiesen contado con más tropas, se habrían asegurado de que las viera para impresionarnos. —Elaida era de la opinión de que las informadoras de los Ajahs exageraban siempre con el propósito de que sus noticias parecieran más valiosas. Sólo podía darse crédito realmente a lo que comunicaran las hermanas. Las Rojas, en cualquier caso. Algunas de ellas—. Pero tampoco me importaría si contaran con veinte mil o cincuenta mil o cien mil. ¿Aún no empiezas a entender el porqué? —Cuando se volvió hacia la Blanca, el semblante de Alviarin era la compostura personificada, una máscara que ocultaba una absoluta ignorancia—. Pareces estar muy versada en todos los aspectos de la ley de la Torre. ¿A qué castigo se enfrentan las rebeldes?

—Para las cabecillas —respondió lentamente Alviarin—, la neutralización. —Frunció levemente el entrecejo, y el repulgo de la falda ondeó un poco cuando movió los pies. Bien. Hasta las Aceptadas sabían eso, y la Blanca no entendía por qué le hacía tal pregunta—. Y también para muchas de las otras.

Librodot

—Quizá.

La mayoría de las cabecillas tal vez escaparan a esa suerte si se sometían debidamente. El castigo mínimo establecido por la ley era la flagelación con vara en la Sala de Asambleas, en presencia de todas las hermanas, seguida de, al menos, un año y un día de penitencia pública. Pero no se especificaba que la penitencia hubiera de cumplirse de una vez; un mes ahora, otro mes más adelante, y seguirían expiando su delito dentro de diez años; sería un recordatorio constante de lo que pasaba cuando alguien se le oponía. A algunas se las neutralizaría, naturalmente; entre ellas, Sheriam y unas cuantas de las presuntas Asentadas más prominentes. Pero sólo las suficientes para que las demás tuvieran miedo de dar otro mal paso, y no tantas como para debilitar a la Torre. La Torre Blanca debía ser un pilar sólido, único. Y fuerte. Y sujeto a su firme dirección.

—Sólo uno de los delitos que han cometido es merecedor de la neutralización —manifestó Elaida. Alviarin abrió la boca para objetar. Habían ocurrido rebeliones en el pasado, hechos que se mantenían tan en secreto que sólo unas cuantas hermanas los conocían; en las Crónicas no se mencionaban, y las listas de las que habían sido neutralizadas o ejecutadas se hallaban confinadas en archivos a los que sólo tenían acceso la Amyrlin, la Guardiana y las Asentadas, aparte de las contadas bibliotecarias que los guardaban. Elaida no le dio oportunidad de hablar a la Blanca—. Cualquier mujer que se proclame falsamente Sede Amyrlin debe ser neutralizada. Si hubiesen creído que había alguna oportunidad de salirse con la suya, Sheriam sería su «Amyrlin»; o Lelaine o Carlinya o cualquiera de las otras. —Tarna había informado que Romanda Cassin había salido de su retiro; sin duda Romanda habría agarrado la estola con las dos manos si hubiese visto la más mínima oportunidad—. ¡En lugar de eso, han impuesto a una Aceptada!

Elaida sacudió la cabeza con sorna. Podía recitar, palabra por palabra, la ley que establecía las normas para que una mujer fuese elegida Amyrlin —después de todo, había hecho buen uso de ella— y ni una sola vez se requería que la mujer fuese una hermana de hecho. Debía serlo, obviamente, así que quienes redactaron la ley no lo mencionaron, y las rebeldes habían aprovechado ese pequeño desliz.

—Saben que el suyo es un caso perdido, Alviarin. Su propósito es darse aires y bravuconear en un intento de sacar cierta protección para sí mismas contra el castigo, y después entregar a la muchacha como una víctima propiciatoria. —Lo que era una lástima. La joven al'Vere representaba otro posible lazo que echar al cuello de al'Thor, además de que cuando hubiese desarrollado plenamente su potencial con el Poder Único habría sido una de las más fuertes en los últimos mil años o más. Una verdadera lástima.

—A mí no me parece una bravuconería lo de Gareth Bryne y una hueste numerosa. Su ejército tardará cinco o seis meses en llegar a Tar Valon. En ese tiempo, el mayor Chubai podría incrementar los efectivos de la Guar...

—Su «ejército» —la interrumpió, mordaz, Elaida. Qué necia era la Blanca; a pesar de ese aire de frialdad, era más cobarde que un conejo. Lo próximo sería ponerse a balbucir sobre las estupideces manifestadas por esa mujer, Sanche, sobre que los Renegados estaban libres. Claro que ella ignoraba el secreto, pero daba igual—. ¡Un ejército de granjeros blandiendo picas, de carniceros manejando arcos y de sastres montados en caballos! ¡Y a cada paso del camino pensando en las Murallas Resplandecientes que mantuvieron a raya al propio Artur Hawkwing! —No, un conejo no. Una comadreja. Sin embargo, antes o después, sería la piel de una comadreja en el cuello de su capa. Quisiera la Luz que ocurriera pronto—. A cada paso del camino perderán un hombre, si no diez. No me sorprendería que nuestras rebeldes aparecieran acompañadas solamente por sus Guardianes.

Demasiada gente estaba enterada de la división de la Torre. Después de que se hubiese aplastado la rebelión, claro está, se podría hacer que todo pareciera una conspiración, quizás un intento de obtener más control por parte del joven al'Thor. Sería un arduo trabajo de años... y de generaciones antes de que quedara olvidado el incidente. Hasta la última rebelde pagaría de rodillas por ello.

Elaida apretó los puños como si tuviera a todas las rebeldes cogidas por el cuello. O a

Alviarin.

—Me propongo destrozarlas, hija. Se quebrarán como una sandía podrida. —Su secreto le aseguraba tal cosa, por muchos granjeros, sastres y lord Bryne que aguantaran y siguieran apoyándolas; pero dejaría que la otra mujer pensara lo que quisiera. De repente la Predicción se apoderó de ella, una certeza sobre ciertas cosas que no habría resultado más firme si se las hubiesen puesto delante, sobre su escritorio. Basándose en ella, habría sido capaz de saltar a un precipicio sin reservas—. La Torre Blanca volverá a estar unificada, salvo un resto de hermanas expulsadas y despreciadas. Entera y más fuerte que nunca. Rand al'Thor se presentará ante la Sede Amyrlin y conocerá su ira. La Torre Negra será destruida a sangre y fuego, y las hermanas caminarán por su recinto. Así lo vaticino.

Como le ocurría siempre, la Predicción la dejó temblorosa, jadeante. Se obligó a permanecer quieta y erguida, a respirar lentamente; jamás dejaba que nadie viera debilidad alguna en ella. Pero Alviarin... La Blanca no podía tener los ojos más abiertos, y sus labios seguían separados como si hubiese olvidado lo que iba a decir. Una hoja de papel resbaló del montón que sostenía en las manos y casi se cayó antes de que la mujer reaccionara y la cogiera. Aquel gesto sirvió para que la Blanca recobrara su habitual compostura. En un visto y no visto volvía a mostrar la máscara de serenidad, un retrato perfecto de la calma de una Aes Sedai; pero, indudablemente, se había llevado una buena sorpresa. Estupendo. Que rumiara la certeza que había mostrado en su victoria. Que rumiara y rechinara los dientes.

Elaida hizo una profunda inhalación y luego volvió a tomar asiento detrás del escritorio; apartó a un lado el pez roto para así no tener que verlo. Era el momento de aprovechar su victoria.

—Hay trabajo que hacer hoy, hija. La primera carta es para lady Caraline Damodred...

Elaida desarrolló sus planes, ampliando datos que Alviarin sabía y revelando otros que ignoraba, porque, a la postre, una Amyrlin tenía que trabajar a través de su Guardiana por mucho que odiara a esa mujer. Le resultó placentero observar los ojos de Alviarin, adivinar que se preguntaba cuánto más no sabía todavía. Pero, mientras Elaida ordenaba, dividía y distribuía el mundo entre el Océano Aricio y la Columna Vertebral del Mundo, en su mente jugueteaba la imagen del joven al'Thor llevado a su presencia como un oso enjaulado al que enseñaría a bailar para entretenerla durante la cena.

Las Crónicas difícilmente podrían reflejar los años de la Última Batalla sin mencionar al Dragón Renacido, pero ella sabía que un nombre destacaría por encima de todos los demás. Elaida do Avriny a'Roihan, hija pequeña de una Casa poco importante del norte de Murandy, pasaría a la historia como la mayor y más poderosa Sede Amyrlin de todos los tiempos. La mujer más importante en la historia del mundo. La mujer que había salvado a la humanidad.

Los Aiel que estaban de pie en un pliegue profundo entre las bajas y agostadas colinas, haciendo caso omiso de las nubes de polvo que arrastraba el viento racheado, parecían estatuas. El hecho de que hubiera debido haber una capa profunda de nieve cubriendo el suelo en esa época del año no los inquietaba; ninguno de ellos había visto nieve en su vida, y el calor reinante, cuando el sol había de recorrer aún un buen trecho para alcanzar su cenit, no era tan intenso como el que hacía en el lugar del que procedían. Su atención permanecía puesta en la elevación meridional, a la espera de la señal que anunciaría la llegada del destino para los Aiel Shaido.

Aparentemente, la actitud de Sevanna era igual que la de los demás, aunque un cerco de Doncellas la diferenciaba del resto; las guerreras llevaban los negros velos subidos hasta los ojos, ocultando sus rostros. Sevanna también esperaba, y con mayor impaciencia de la que dejaba traslucir, pero no por ello excluía todo lo demás. Ésa era una de las razones de que ella mandara y los otros obedecieran. La otra era que veía adónde podía llegarse si uno no dejaba que le ataran las manos costumbres y tradiciones trasnochadas.

Echó una rápida ojeada a la izquierda, hacia un grupo de doce hombres y una mujer, todos ellos armados con adargas de piel de toro y tres o cuatro lanzas cortas, y vestidos con el *cadin'sor* de tonos pardos que se confundía con el terreno circundante con igual eficacia que

en la Tierra de los Tres Pliegues. Efalin, cuyo cabello corto y canoso quedaba oculto bajo el *shoufa* que llevaba enrollado en la cabeza, lanzaba breves miradas en su dirección, de vez en cuando; si podía decirse que una Doncella Lancera estaba nerviosa, ése era el caso de Efalin. Algunas Doncellas Shaido se habían ido al sur para unirse a los necios que bailaban el agua a Rand al'Thor, y a Sevanna no le cabía duda de que las otras hablaban de ello. Efalin debía de estar preguntándose si con proporcionar una escolta de Doncellas a Sevanna, como si antaño hubiera sido *Far Dareis Mai,* bastaría para compensar aquello. Al menos Efalin no albergaba dudas respecto a quién tenía el poder.

Al igual que Efalin, los hombres dirigían asociaciones guerreras Shaido, y se observaban unos a otros al tiempo que vigilaban la elevación. En especial el corpulento Maeric, un *Seia Doon,* y Bendhuin, con una cicatriz en la cara, que pertenecía a los *Far Aldazar Din.* A partir del día siguiente ya nada impediría que los Shaido enviaran un hombre a Rhuidean para que fuese marcado como jefe de clan si sobrevivía a la prueba. Hasta que tal cosa ocurriera, Sevanna actuaría como jefe de clan ya que era la viuda del último jefe. De los últimos dos jefes. Y que aquellos que murmuraban que traía mala suerte que se atragantaran con sus propias palabras.

Los brazaletes de oro y marfil tintinearon suavemente cuando Sevanna se ajustó el oscuro chal sobre los brazos y se colocó los collares. La mayoría de estos últimos también eran de oro y marfil, pero uno de ellos, que había pertenecido a una mujer noble de las tierras húmedas —la misma que ahora vestía la túnica blanca y trabajaba junto con los otros *gai'shain* allá, en las montañas conocidas como Daga del Verdugo de la Humanidad—, consistía en una sarta de perlas y rubíes, con un rubí del tamaño del huevo de una gallina pequeña reposando entre sus senos. Las tierras húmedas ofrecían ricos botines. La esmeralda que adornaba uno de sus dedos reflejó la luz del sol como un fuego verde; llevar anillos era una costumbre de las tierras húmedas que merecía la pena adoptar, por muchas miradas que atrajera el que ella lucía. Obtendría más, si igualaban la magnificencia de ése.

La mayoría de los hombres pensaban que Maeric o Bendhuin serían los primeros que recibirían permiso de las Sabias para intentar salir airosos de Rhuidean. De ese grupo, sólo Efalin sospechaba que ninguno lo llevaría a cabo; la Doncella era lo bastante astuta para manifestar sus sospechas, en tono circunspecto, a Sevanna y a nadie más. Sus mentes eran incapaces de asimilar la posibilidad de librarse de lo establecido; y, a decir verdad, por impaciente que Sevanna estuviera de implantar nuevas costumbres, también era consciente de que debía conducirlos a ello poco a poco. Eran muchas las cosas que ya habían cambiado desde que los Shaido habían cruzado la Pared del Dragón y entrado en las tierras húmedas —todavía lo eran si se comparaban con la Tierra de los Tres Pliegues—, pero cambiarían muchas más. Una vez que Rand al'Thor estuviese en su poder, después de que ella se hubiese casado con el *Car'a'carn,* el jefe de jefes de los Aiel —esa estupidez del Dragón Renacido sólo eran necedades de las tierras húmedas—, se implantaría una forma nueva para nombrar jefes de clanes, así como jefes de septiares. Tal vez incluso los jefes de las asociaciones guerreras. Sería Rand al'Thor quien los elegiría. Designando a quien ella le dijera, claro está. Y eso sólo sería el comienzo. Luego seguiría, por ejemplo, la costumbre de las tierras húmedas de transmitir el rango a hijos y nietos.

El viento sopló con más fuerza un momento, en dirección sur. Taparía el ruido de los caballos y carretas de los habitantes de las tierras húmedas.

Sevanna volvió a ajustar el chal y reprimió un gesto de impaciencia. Debía mostrarse tranquila costara lo que costara. Una ojeada a la derecha hizo desaparecer su preocupación con la misma rapidez con que había surgido. Más de doscientas Sabias Shaido se encontraban agrupadas allí, y por lo general al menos unas cuantas estarían observándola como buitres, pero ahora todas tenían los ojos clavados en la elevación. Más de una se ajustaba el chal o se alisaba la voluminosa falda con aire inquieto. Los labios de Sevanna se curvaron. En algunos de aquellos rostros brillaba el sudor. ¡El sudor! ¿Dónde estaba su honor, que dejaban traslucir su nerviosismo a la vista de todos?

Todo el mundo rebulló ligeramente cuando un joven *Sovin Nai* apareció en lo alto;

mientras descendía presuroso, se bajó el velo negro. Se dirigió directamente hacia ella, como era debido, pero para irritación de la mujer el joven alzó la voz lo bastante para que todos lo oyeran:

—Uno de sus exploradores escapó. Estaba herido, pero seguía montado en su caballo.

Los jefes de las asociaciones empezaron a moverse antes de que el *Sovin Nai* hubiese acabado de hablar. No lo permitiría. Serían ellos quienes dirigirían la batalla actual —Sevanna nunca había hecho uso de una lanza en su vida— pero no dejaría que olvidaran quién era ella.

—Que todas las lanzas los ataquen —ordenó en voz alta—, antes de que tengan tiempo de prepararse.

Los jefes se volvieron como un solo hombre hacia ella.

—¿Todas las lanzas? —demandó Bendhuin, incrédulo—. Querrás decir todas excepto los exploradores...

—Si no dejamos lanzas en reserva, nos pueden... —empezó al mismo tiempo Maeric, iracundo.

Sevanna los interrumpió a los dos.

—¡Todas las lanzas! Es con Aes Sedai con quienes vamos a danzar. ¡Tenemos que superarlas de inmediato!

Efalin y casi todos los otros jefes de asociaciones mantuvieron el gesto impasible, pero Bendhuin y Maeric fruncieron el ceño, dispuestos a discutir. Necios. Se iban a enfrentar a varias docenas de Aes Sedai y unos pocos cientos de soldados de las tierras húmedas y, sin embargo, con los más de cuarenta mil *algai'd'siswai* que habían insistido en llevar a la batalla, todavía querían conservar los exploradores y las lanzas de reserva, como si sus adversarios fueran otros Aiel o un ejército de las tierras húmedas.

—Hablo como jefa de clan de los Shaido. —No tendría que haber dicho tal cosa, pero no venía mal recordárselo—. Son sólo un puñado. —Ahora pronunció cada palabra con desprecio—. Se los puede vencer si las lanzas actúan con rapidez. Cuando salió el sol estabais ansiosos por vengar a Desaine. ¿Es miedo lo que huelo ahora? ¿Miedo de unos pocos habitantes de las tierras húmedas? ¿Es que los Shaido han perdido el honor?

Aquello hizo que sus semblantes se endurecieran hasta el punto de parecer tallados en piedra, como era intención de la mujer. Incluso los ojos de Efalin semejaban gemas grises cuando la mujer se cubrió con el velo; movió los dedos en el lenguaje utilizado por las Doncellas, y, cuando los jefes de asociaciones corrieron hacia la cima de la elevación, las *Far Dareis Mai* que rodeaban a Sevanna fueron en pos de ellos. Aquello último no estaba en sus intenciones, pero al menos las lanzas se habían puesto en movimiento. Incluso desde el fondo de la cañada, Sevanna podía ver el terreno que un momento antes parecía vacío invadido ahora por figuras vestidas con *cadin'sor,* todas apresurándose hacia el sur con las largas zancadas capaces de superar a los caballos. No había tiempo que perder. Recordándose que luego tendría unas palabras con Efalin, Sevanna se volvió hacia las Sabias.

Elegidas entre las Sabias Shaido más fuertes que podían manejar el Poder Único, superaban, en una proporción de seis o siete a uno, a las Aes Sedai que acompañaban a Rand al'Thor, pero a pesar de ello Sevanna percibía dudas en las mujeres. Trataban de disimularlas tras máscaras impasibles, pero estaban allí, en los movimientos de los ojos, en las lenguas que humedecían los labios. Muchas eran las tradiciones que caerían ese día, tradiciones tan antiguas y sólidas como leyes. Las Sabias no tomaban parte en las batallas. Las Sabias evitaban a las Aes Sedai. Conocían las viejas historias: que los Aiel habían sido enviados a la Tierra de los Tres Pliegues por haberles fallado a las Aes Sedai, que serían destruidos si alguna vez volvían a fallarles. Habían oído lo que se contaba, lo que Rand al'Thor había manifestado delante de todos: que, como parte de su servicio a las Aes Sedai, los Aiel habían jurado no recurrir a la violencia jamás.

Hubo un tiempo en que Sevanna había estado segura de que esas historias eran embustes, pero últimamente creía que las Sabias las consideraban verdaderas. Nadie le había dicho nada, claro. Qué importaba. Ella misma no había realizado los dos viajes a Rhuidean que se requerían para convertirse en Sabia, pero las otras la habían aceptado como tal por muy

reacias que se hubiesen mostrado algunas. Ahora no tenían más remedio que seguir aceptando cosas. Tradiciones inútiles darían paso a otras nuevas.

—Las Aes Sedai —musitó. Todas se inclinaron hacia ella en medio de un quedo tintineo de brazaletes y collares para no perderse sus palabras—. Tienen a Rand al'Thor, el *Car'a'carn.* Debemos arrebatárselo. —Alguno que otro ceño se frunció. La mayoría creía que ella quería que se cogiera vivo al *Car'a'carn* para vengar la muerte de Couladin, su segundo esposo. Eso lo entendían, pero no habrían acudido allí por tal motivo—. Las Aes Sedai —dijo con ferocidad—. Mantuvimos nuestra parte del acuerdo, pero ellas lo rompieron. No hemos violado nada, pero ellas han incumplido todo. Ya sabéis cómo fue asesinada Desaine. —Desde luego que lo sabían. Los ojos fijos en ella se tornaron incisivos de repente. Matar a una Sabia era tan reprochable como matar a una mujer embarazada, a un niño o a un herrero. Algunos de aquellos ojos eran muy, muy penetrantes. Los de Therava, los de Rhiale, los de otras—. Si permitimos que esas mujeres escapen sin castigo por ello, entonces es que somos menos que animales, no tendremos honor. Y yo quiero conservar mi honor.

Dicho esto, se recogió el repulgo de la falda con gesto digno y empezó a subir la ladera con la cabeza alta, sin mirar atrás. Estaba segura de que las otras la seguirían. Therava, Norlea y Dailin se encargarían de ello, así como Rhiale, Tion, Meira y las demás que la habían acompañado unos cuantos días atrás para ver cómo las Aes Sedai golpeaban a Rand al'Thor y después lo volvían a meter en el arcón de madera. Su recordatorio había ido dirigido a esas trece más que a las otras, y no se atreverían a dejarla en la estacada. La verdad de cómo había muerto Desaine las ataba a ella.

Las Sabias, con los vuelos de las faldas recogidos sobre los brazos para dejarse libres las piernas, no podían mantener el paso de los *algai'd'siswai* con sus *cadin'sor* por mucho que corrieran, aunque no por ello dejaron de hacerlo. Ocho kilómetros a través de esas colinas onduladas; no era una carrera larga, y llegaron a la cima de la primera a tiempo de ver que la danza de las lanzas ya había comenzado. En cierto modo.

Miles de *algai'd'siswai* conformaban una gran mancha de velos negros y ropas pardas que rodeaba un círculo de carretas de las tierras húmedas, el cual, a su vez, rodeaba una de las pequeñas arboledas que salpicaban esa comarca. Sevanna aspiró aire con ira. Las Aes Sedai habían tenido tiempo hasta para meter todos los caballos dentro del círculo. Las lanzas cercaban las carretas, arremetían contra ellas, lanzaban andanadas de flechas, pero los que estaban en primera línea empujaban contra un muro invisible. Al principio las flechas que ascendían en un gran arco lograban sobrepasar ese muro, pero después también empezaron a chocar contra algo invisible y a rebotar. Un quedo murmullo se alzó entre las Sabias.

—¿Veis lo que hacen las Aes Sedai? —demandó Sevanna, como si también ella fuese capaz de visualizar el tejido del Poder Único. Quería resoplar con desprecio; las Aes Sedai eran unas necias, con sus cacareados Tres Juramentos. Cuando decidieran finalmente que tenían que utilizar el Poder como arma en lugar de crear con él simples barreras, sería demasiado tarde. Siempre y cuando las Sabias no se quedaran allí plantadas demasiado tiempo, mirando de hito en hito. En algún lugar entre aquellas carretas se encontraba Rand al'Thor, quizá todavía doblado dentro del arcón como un rollo de seda. Esperando a que ella lo cogiera. Si las Aes Sedai no eran capaces de retenerlo, entonces ella lo haría, con la ayuda de las Sabias. Y una promesa.

—Therava, coge a la mitad y ve al oeste. Estáte preparada para atacar al mismo tiempo que yo. Por Desaine y por el *toh* que las Aes Sedai nos deben. Haremos que paguen el *toh* como nadie ha hecho hasta ahora.

Era una bravata absurda hablar de obligar a alguien a cumplir una obligación que ni siquiera conocía; empero, entre los iracundos rezongos de las otras mujeres, Sevanna escuchó otras promesas furiosas de hacer que las Aes Sedai pagaran el *toh.* Sólo aquellas que habían matado a Desaine siguiendo las órdenes de Sevanna guardaron silencio. Los finos labios de Therava se tensaron levemente.

—Se hará como dices, Sevanna —respondió al cabo.

Sevanna dirigió a paso ligero a la mitad de las Sabias hacia el lado este de la batalla, si

es que se la podía llamar así. Habría querido seguir en lo alto de cerro, donde tenía buena vista de lo que ocurría —así era como un jefe de clan o un jefe de batalla dirigía la danza de las lanzas— pero en eso no había encontrado apoyo siquiera en Therava o las otras que compartían el secreto de la muerte de Desaine. Las Sabias crearon un fuerte contraste con los *algai'd'siswai* cuando las alineó detrás, con sus blusas de blanco *algode,* las oscuras faldas de lana, los chales, sus brillantes brazaletes y collares y su cabello largo hasta la cintura, sujeto con pañuelos doblados. A pesar de su decisión respecto a que si tenían que tomar parte en la danza de las lanzas estarían con todos y no aparte, en un cerro, Sevanna no creía que aún se hubiesen dado cuenta de que era a ellas a quienes correspondía entablar la verdadera batalla de ese día. A partir del día siguiente, nada volvería a ser igual, y encadenar a Rand al'Thor era la parte más pequeña.

Entre los *algai'd'siswai* que miraban hacia las carretas sólo la estatura diferenciaba hombres de Doncellas. Los velos y los *shoufa* ocultaban cabezas y rostros, y los *cadin'sor* eran muy semejantes, aparte de las variedades de corte que marcaban clan, septiar y asociación. Los que se encontraban en la parte exterior del círculo parecían desconcertados y mascullaban entre ellos mientras esperaban que ocurriese algo. Habían ido preparados para danzar con los rayos de las Aes Sedai, y ahora se arremolinaban impacientes, demasiado alejados incluso para utilizar los arcos de hueso, que seguían guardados en las fundas de cuero colgadas a la espalda. Si las cosas se desarrollaban como Sevanna quería, no tendrían que esperar mucho.

Puesta en jarras se dirigió a las otras Sabias.

—Las que están a mi derecha echarán abajo lo que las Aes Sedai están haciendo. Las de la izquierda, atacarán. ¡Adelante las lanzas!

Tras gritar la orden, se volvió para contemplar la destrucción de las Aes Sedai que pensaban que sólo tenían que enfrentarse a armas de acero.

No ocurrió nada. Delante de ella, la multitud de *algai'd'siswai* rebulló con inquietud; el sonido más fuerte que se oía era el esporádico golpeteo de las lanzas sobre las adargas. Sevanna dio rienda suelta a su ira. No le había cabido la menor duda de que las Sabias estaban dispuestas a luchar después de haber visto el cuerpo destrozado de Desaine; pero, si todavía consideraban inconcebible atacar a las Aes Sedai, las empujaría a hacerlo aunque para ello tuviera que avergonzarlas hasta que exigieran ponerse la ropa blanca de los *gai'shain.*

De repente, una bola de fuego del tamaño de la cabeza de un hombre surcó el aire hacia las carretas, siseando y chisporroteando; la siguió otra, y otra, docenas de ellas. El nudo que tenía Sevanna en el estómago desapareció. Llegaron más bolas del oeste, de la posición de Therava y su grupo. Empezó a salir humo de las carretas incendiadas, al principio finos jirones grises que después se tornaron densas columnas negras; los murmullos de los *algai'd'siswai* cambiaron de tono, y, aunque los que estaban a unos pasos de Sevanna apenas adelantaron terreno, sí se produjo un repentino apremio por empujar hacia adelante. De las carretas llegaban gritos, hombres aullando de rabia, chillando de dolor. Fueran cuales fueran las barreras que las Aes Sedai habían levantado, se habían venido abajo. Había comenzado, y sólo podía haber un final: Rand al'Thor sería suyo. Él le entregaría a los Aiel para conquistar todas las tierras húmedas, y antes de que muriera también le daría hijas e hijos para que dirigieran a los Aiel después de ella. Disfrutaría con eso; era bastante guapo, en realidad, además de fuerte y joven.

No esperaba que las Aes Sedai agacharan la testuz fácilmente; y no lo hicieron. Sobre las lanzas cayeron bolas de fuego que convirtieron en antorchas las figuras vestidas con *cadin'sor,* y del cielo despejado cayeron rayos que lanzaron por el aire hombres y tierra. Las Sabias aprendían de lo que veían, sin embargo, o quizá ya sabían cómo hacerlo pero no se habían decidido a hacer uso de esos conocimientos antes; la mayoría encauzaba en contadas ocasiones y sólo cuando nadie excepto otras Sabias las veían, de manera que sólo ellas conocían sus habilidades. Fuera por la razón que fuese, tan pronto como los rayos empezaron a caer sobre las lanzas Shaido, otros hicieron lo mismo sobre las carretas.

No todos alcanzaban el blanco. Tanto las bolas de fuego que surcaban el aire ahora, algunas tan grandes como caballos, como los plateados rayos que se descargaban sobre el

suelo cual lanzas del cielo, de vez en cuando se desviaban como si hubiesen golpeado un escudo invisible o estallaban violentamente antes de haber alcanzado su blanco o simplemente se desvanecían, sin más. El estruendo de impactos y golpes retumbaba en el aire, entremezclado con gritos y aullidos. Sevanna alzó la vista al cielo y contempló el espectáculo con regocijo. Era como los fuegos artificiales de los Iluminadores de los que había oído hablar.

De repente el mundo se tornó blanco ante sus ojos, y la mujer tuvo la sensación de estar flotando. Cuando recuperó la vista, se encontró tendida en el suelo a una docena de pasos de donde se hallaba antes; le dolía todo el cuerpo, le costaba trabajo respirar y estaba cubierta con tierra suelta. Tenía el pelo de punta, tan erizado que parecía querer desprenderse de las raíces. Otras Sabias yacían también en el suelo, alrededor de un agujero irregular de un metro de diámetro más o menos; de las ropas de algunas Sabias salían finos hilillos de humo. No todas habían caído —la batalla de fuego y rayos proseguía en el cielo— pero sí demasiadas. Tenía que hacerlas volver a la danza.

Se obligó a respirar y se incorporó torpemente, sin molestarse en sacudirse la tierra de las ropas.

—¡Adelante, lanzas! —gritó.

Aferró a Estalaine por los huesudos hombros y empezó a incorporar a la mujer, pero entonces reparó en la mirada fija de sus azules ojos y comprendió que estaba muerta, de modo que la dejó caer. Levantó a la aturdida Dorailla y a continuación recogió una lanza de un Hijo del Relámpago muerto.

—¡Adelante las lanzas! —gritó mientras agitaba en alto la que empuñaba.

Algunas de las Sabias siguieron su orden al pie de la letra y se precipitaron en medio de la masa de *algai'd'siswai.* Otras mantuvieron mejor la calma y ayudaron a las que podían incorporarse. El despliegue de fuego y rayos continuó mientras Sevanna recorría la línea de Sabias de un extremo a otro al tiempo que bramaba y sacudía la lanza.

—¡Lanzas, atacad! ¡Adelante las lanzas!

Tenía unas ganas locas de echarse a reír, y lo hizo. Cubierta de tierra de pies a cabeza en medio de una batalla encarnizada, jamás se había sentido tan exultante como en ese momento. Casi deseó haber escogido ser una Doncella Lancera. Casi. Tan imposible era que una *Far Dareis Mai* se convirtiese en jefa de clan como que un hombre fuera Sabia; el camino de una Doncella hacia el poder era renunciar a la lanza y hacerse Sabia. Como esposa de un jefe de clan, Sevanna ya ejercía poder a una edad en la que una Doncella apenas si había empezado a empuñar la lanza o en la que todo lo más que se confiaba a una aprendiza de Sabia era recoger agua. Y ahora tenía todo el poder en sus manos, como Sabia y como jefa de clan, aunque todavía no era cosa fácil ostentar realmente ese último título. Poco importaban los títulos, siempre y cuando tuviera el poder, pero ¿por qué no poseer los dos?

Un repentino grito hizo que se diera media vuelta, y Sevanna se quedó boquiabierta al ver a un peludo lobo gris desgarrando la garganta de Dosera. Sin pensarlo, hincó la lanza en el costado del animal. Mientras éste se revolvía para partir de un mordisco el astil del arma, otro lobo enorme pasó veloz junto a ella y se arrojó contra la espalda de uno de los *algai'd'siswai,* y a ése lo siguió otro más, y muchos, que asestaban dentelladas a las figuras vestidas con *cadin'sor* allí donde mirara.

El miedo supersticioso penetró en ella como una lanza al tiempo que extraía la suya del cuerpo del lobo. Las Aes Sedai habían emplazado a las bestias para que lucharan en su lugar. Sevanna era incapaz de apartar los ojos del lobo que había matado. Las Aes Sedai habían... No. ¡No! Eso no cambiaría nada. Ella no lo permitiría.

Finalmente logró retirar la vista del animal; pero, antes de que tuviese tiempo de pronunciar gritos de ánimo a las Sabias, otra cosa atrajo su mirada y la dejó muda de nuevo: en medio de los *algai'd'siswai* había aparecido un grupo de jinetes de las tierras húmedas, con yelmos rojos y petos metálicos, que blandían espadas y lanzas largas. ¿De dónde habían salido? No fue consciente de haber planteado la pregunta en voz alta hasta que Rhiale la contestó.

—Intenté decírtelo, Sevanna, pero no quisiste escuchar.

La mujer de cabello rojo como el fuego dirigió una mirada de asco a la lanza ensangrentada que sostenía en la mano; se suponía que una Sabia no tocaba las lanzas. Con un gesto ostentoso, Sevanna la apoyó en el doblez del brazo, del modo que había visto que hacían los jefes.

—Hombres de las tierras húmedas han atacado desde el sur —prosiguió Rhiale—. Y los acompañan *siswai'aman.* —Pronunció el término con todo el desdén que merecían aquellos que se hacían llamar «las lanzas del Dragón»—. También hay Doncellas. Y... Y hay Sabias.

—¿Combatiendo? —inquirió Sevanna con incredulidad antes de reparar en lo absurdo que resultaba su extrañeza. Si ella podía dejar a un lado costumbres inútiles, sin duda esos ofuscados necios del sur que todavía se llamaban Aiel también podían hacerlo. Sin embargo, no se lo esperaba. A buen seguro Sorilea era la responsable; esa vieja le recordaba a Sevanna un alud desplomándose montaña abajo y arrollando todo a su paso—. Debemos atacarlas de inmediato. No se apoderarán de Rand al'Thor. Ni echarán por tierra nuestra venganza por Desaine —añadió cuando Rhiale abrió los ojos desmesuradamente.

—Son Sabias —adujo la otra mujer en tono inexpresivo.

Sevanna entendió, aunque le resultó más amargo que el acíbar. Sumarse a la danza de las lanzas ya era bastante malo, pero que Sabias lucharan contra Sabias era más de lo que incluso Rhiale aceptaría. Había estado de acuerdo en que Desaine debía morir; ¿de qué otro modo si no habrían conseguido que las demás Sabias, por no mencionar a los *algai'd'siswai,* accedieran a luchar contra Aes Sedai, cosa que era inevitable para tener en sus manos a Rand al'Thor, y con él a todos los Aiel? Empero, se había llevado a cabo en secreto, rodeada por mujeres de su mismo parecer. Lo que ahora pedía Sevanna habría que hacerlo a la vista de todos. ¡Qué estúpidas, qué cobardes eran todas!

—En tal caso, lucha contra los enemigos que te permitan tus escrúpulos, Rhiale. —Pronunció cada palabra con todo el desprecio que fue capaz, pero Rhiale se limitó a asentir, tras lo cual se ajustó el chal de nuevo, lanzó otra mirada a la lanza apoyada en el brazo de Sevanna y regresó a su sitio en la línea.

Quizás habría un modo de hacer que las otras Sabias tomaran la iniciativa. Lo mejor era atacar por sorpresa, pero cualquier cosa sería preferible a que le arrebataran a Rand al'Thor. Lo que daría por una mujer que encauzara e hiciera lo que le mandaba sin ponerle trabas. Lo que daría por encontrarse en lo alto de un monte, donde podría ver cómo marchaba la batalla.

Manteniendo aprestada la lanza y sin quitar ojo a los lobos —los que tenía a la vista estaban matando hombres y mujeres vestidos con *cadin'sor* o yacían muertos— se volvió para lanzar gritos de ánimo. Al sur había aumentado el número de bolas de fuego y rayos que caían sobre los Shaido, pero por lo que podía apreciar no influía gran cosa en la contienda. La batalla, con sus explosiones de llamas, tierra y gente, seguía siendo encarnizada.

—¡Adelante, lanzas! —gritó mientras blandía la suya en alto—. ¡Adelante!

Entre la apelotonada multitud de *algai'd'siswai* no conseguía distinguir a los necios que se habían atado un trozo de tela roja en torno a las sienes y que se hacían llamar *siswai'aman.* Tal vez eran muy pocos para cambiar el curso de los acontecimientos. Los grupos de hombres de las tierras húmedas parecían haberse reducido y estar más distantes entre sí. Mientras observaba, uno de esos grupos, hombres y caballos, desapareció bajo la arremetida de lanzas.

—¡Adelante, lanzas! —la exaltación rebosaba en su voz. Aunque las Aes Sedai hubiesen convocado mil lobos, aunque Sorilea hubiese llevado consigo un millar de Sabias y cien mil lanzas, los Shaido seguirían saliendo victoriosos en ese día. Los Shaido y ella. Sevanna, de los Shaido Jumai, sería un nombre que se recordaría siempre.

De repente un violento estampido resonó por encima del fragor de la batalla. Parecía venir de las carretas de las Aes Sedai, pero no supo discernir si había sido obra de ellos mismos o de las Sabias. No le gustaban las cosas que no entendía, pero tampoco estaba dispuesta a preguntar a Rhiale o a las otras, dejando con ello patente su ignorancia... y el hecho de que carecía de la habilidad que todas las que estaban a su alrededor poseían. No era algo que tuviera importancia entre los Aiel, pero otra cosa que no le gustaba a Sevanna era

que otros tuviesen un poder que a ella le faltaba.

Por el rabillo del ojo captó un destello de luz entre los *algai'd'siswai,* una sensación de que algo giraba; pero, cuando se volvió hacia allí para mirar, no había nada. De nuevo ocurrió lo mismo, un fugaz destello luminoso en su límite visual, y también en esta ocasión, cuando volvió los ojos en esa dirección, no vio nada. Demasiadas cosas que no entendía.

Sin dejar de lanzar gritos de ánimo, observó la línea de Sabias Shaido. Algunas tenían un aspecto desaliñado, con el cabello suelto al haber perdido el pañuelo que lo sujetaba, y las faldas y las blusas cubiertas de tierra o incluso chamuscadas. Al menos había doce tendidas en fila, gimiendo, y otras siete no se movían; éstas tenían cubiertos los rostros con pañuelos. Sin embargo, las que le interesaban a Sevanna eran aquellas que seguían en pie. Estaban Rhiale, y Alarys, con su negro cabello, tan poco corriente, todo revuelto. Y Someryn, que había cogido por costumbre atarse los lazos de la blusa de modo que enseñaba una porción del escote incluso más generosa que la propia Sevanna; y Meira, con una expresión más adusta que nunca en su alargada cara. La fornida Tion y la delgada Belinde, y Modarra, tan alta como muchos hombres.

Alguna de ellas tendría que haberle informado si hacían algo nuevo. El secreto de Desaine las ataba a ella; incluso para una Sabia, la revelación de ese delito desembocaría en una vida de sufrimiento —y, lo que era peor, de vergüenza— para saldar el *toh.* Eso si a la que fuera descubierta no la abandonaban desnuda en el desierto para que viviera como pudiese o muriera, probablemente a manos de cualquiera que la encontrara, como si se tratara de una alimaña. A pesar del fuerte vínculo que las unía, Sevanna no tenía duda alguna de que disfrutaban tanto como las demás ocultándole cosas, esas que las Sabias descubrían durante su aprendizaje y en los viajes a Rhuidean. Tenía que hacer algo al respecto, pero no ahora. No estaba dispuesta a mostrar debilidad alguna preguntando lo que ellas sabían.

Se volvió hacia la batalla y se encontró con que había ocurrido un cambio en el combate, hasta entonces equilibrado; al parecer, se inclinaba a su favor. Al sur, las andanadas de bolas de fuego y rayos seguían siendo tan intensas como antes, pero no así delante de ella y aparentemente tampoco en el oeste ni en el norte. Los proyectiles lanzados contra las carretas todavía estallaban o desaparecían antes de llegar a su objetivo la más de las veces; no obstante, era obvio que los ataques de las Aes Sedai se habían reducido. Ahora actuaban a la defensiva. ¡Estaba venciendo!

La idea no había terminado de penetrar en su mente como un fogonazo, cuando la actividad de las Aes Sedai cesó por completo. Sólo al sur seguían lloviendo bolas de fuego y rayos sobre los *algai'd'siswai.* Sevanna abrió la boca para lanzar el grito de victoria, pero algo en lo que reparó entonces la hizo enmudecer: el fuego y los rayos que se precipitaban sobre las carretas chocaban contra una barrera invisible. El humo de los vehículos incendiados empezaba a perfilar el contorno de una cúpula a medida que ascendía para, finalmente, salir por un hueco en el ápice del invisible recinto.

Sevanna giró sobre sus talones para mirar a las Sabias; la expresión de su rostro hizo que algunas recularan para alejarse de ella y tal vez de la lanza que empuñaba. Sabía que parecía dispuesta a utilizarla; y lo estaba.

—¿Por qué habéis dejado que hagan eso? —bramó—. ¿Por qué? ¡Teníais que desbaratar cualquier cosa que intentaran, no permitirles que levantaran otra barrera!

Tion parecía estar a punto de vomitar, pero plantó los puños en las opulentas caderas y le hizo frente.

—No han sido las Aes Sedai —manifestó.

—¿Que no han sido ellas? —barbotó Sevanna—. Entonces ¿quién? ¿Las otras Sabias? ¡Os dije que debíamos atacarlas!

—No fueron mujeres —intervino Rhiale, cuya voz flaqueó—. No fueron... — Tragó saliva, pálida como un muerto.

Sevanna se volvió despacio para contemplar la cúpula, conteniendo la respiración. Algo había sido alzado por el agujero por el que salía el humo: una de las banderas de los hombres de las tierras húmedas. La columna de humo no era tan densa para ocultarla del todo.

Carmesí, con un disco mitad blanco y mitad negro, los dos colores divididos en el centro por una línea sinuosa, igual a las bandas que llevaban en la frente los *siswai'aman.* El estandarte de Rand al'Thor. ¿De verdad era tan fuerte como para liberarse, superar a todas las Aes Sedai y hacer ondear aquello? No cabía otra explicación.

Los ataques seguían precipitándose sobre la cúpula, pero Sevanna escuchó murmullos a su espalda. Las otras mujeres estaban planteándose la retirada. Ella no. Siempre había sabido que el camino más fácil para alcanzar el poder residía en conquistar a los hombres que ya lo poseían, e incluso de niña se daba cuenta de que había nacido con las armas apropiadas para conquistarlos. Suladric, el jefe de clan de los Shaido, se le había rendido cuando ella sólo tenía dieciséis años, y a su muerte Sevanna había elegido aquellos que tenían más posibilidades de sucederle en el cargo. Muradin —y lo mismo Couladin— había creído que sólo él había despertado su interés, y cuando el primero no regresó de Rhuidean, como les ocurría a tantos hombres, una sonrisa bastó para convencer a Couladin de que la tenía rendida a sus pies. Sin embargo, el poder de un jefe de clan era nimio comparado con el del *Car'a'carn,* e incluso ése no era nada comparado con lo que estaba presenciando ahora. Se estremeció como si acabase de entrar en la tienda de vapor y hubiese visto al hombre más maravilloso que imaginarse pueda. Cuando Rand al'Thor fuera suyo, ella conquistaría el mundo entero.

—Cargad con más fuerza —ordenó—. ¡Más! ¡Humillaremos a esas Aes Sedai en nombre de Desaine! —Y ella tendría a Rand al'Thor.

De repente se alzó un clamor en el frente de la batalla; los hombres aullaban y chillaban. Sevanna maldijo por no poder ver lo que ocurría. De nuevo gritó a las Sabias para que arreciaran sus ataques, pero, si acaso, la lluvia de fuego y rayos sobre la cúpula pareció disminuir. Y entonces ocurrió algo que Sevanna sí pudo ver con toda claridad.

Cerca de las carretas, figuras vestidas con *cadin'sor* y grandes pegotes de tierra saltaron en el aire en medio de un estruendo ensordecedor; y no sólo en un punto concreto, sino en un amplio trecho del frente. El suelo explotó de nuevo, y otra, y otra vez, en cada ocasión un poco más lejos del grupo de carretas, y no en línea, sino que hombres y Doncellas saltaban en el aire en un compacto círculo de tierra que sin duda abarcaba todo el contorno de la cúpula. Una, otra y otra vez, sin dejar de expandirse, y, de pronto, los *algai'd'siswai* dieron media vuelta y pasaron junto a ella, empujándose, arrollando la línea de Sabias, en una desbandada general.

Sevanna los golpeó con la lanza, azotando cabezas y hombros, sin que le importara que la punta del arma estuviera más roja cada vez que la blandía.

—¡Deteneos y luchad! ¡Resistid, por el honor de los Shaido! —Siguieron pasando a todo correr sin prestarle atención—. ¡No tenéis honor! ¡Paraos y luchad!

Atravesó con la lanza a una Doncella por la espalda, pero los demás se limitaron a pasar sobre la mujer caída. En ese momento Sevanna advirtió que algunas de las Sabias se habían marchado mientras que otras cogían a las heridas que estaban tendidas en el suelo. Rhiale se dio media vuelta, dispuesta a huir, y Sevanna cogió por el brazo a la mujer al tiempo que la amenazaba con la lanza. Le importaba poco que Rhiale pudiese encauzar.

—¡Debemos resistir! ¡Todavía podemos hacernos con él!

El semblante de la otra mujer era una máscara de terror.

—¡Si nos quedamos, moriremos! ¡O acabaremos encadenadas a la tienda de Rand al'Thor! Quédate y muere si es lo que quieres, Sevanna. ¡Pero yo no soy un Soldado de Piedra! —Se soltó de un tirón y corrió hacia el este.

Durante unos segundos más Sevanna siguió plantada en el mismo sitio, dejando que hombres y Doncellas la empujaran de un lado para otro en su afán de huir, ciegos de pánico. Entonces tiró la lanza y tanteó en su bolsita del cinturón, donde guardaba un pequeño cubo de piedra con intrincados dibujos. Menos mal que no se había decidido a deshacerse de él. Todavía le quedaba una cuerda a su arco. Se recogió los vuelos de la falda para que no le estorbara y se unió a la caótica desbandada, pero si todos los demás huían presas del terror, ella barajaba planes mientras corría. Tendría a Rand al'Thor de rodillas ante ella. Y también a

las Aes Sedai.

Alviarin abandonó finalmente el despacho de Elaida, en apariencia tan fría y dueña de sí como siempre. Por dentro se sentía exprimida como una bayeta escurrida. Se las ingenió para que las piernas la sostuvieran mientras descendía los largos tramos de escalera, que era de mármol incluso en los pisos altos. Sirvientes uniformados le hacían reverencias cuando pasaban junto a ella presurosos, de camino a sus quehaceres, sin advertir en la Guardiana nada más que la serenidad propia de una Aes Sedai. A medida que llegaba a pisos inferiores empezaron a aparecer hermanas; muchas de ellas llevaban los chales puestos, con los flecos de los colores correspondientes a sus respectivos Ajahs, como si quisieran hacer hincapié en que eran hermanas de hecho. La miraban al pasar a su lado con expresiones inquietas las más de las veces. La única que hizo caso omiso de ella fue Danelle, una distraída Marrón. Había tomado parte en la destitución de Siuan Sanche y en la ascensión de Elaida a la Sede Amyrlin; pero, al estar siempre absorta en sus pensamientos y siendo una solitaria que no tenía amigas ni en su propio Ajah, parecía no darse cuenta de que la habían relegado. Todo lo contrario que otras. Berisha, una esbelta Gris de mirada dura, y Kera, con el rubio cabello y los azules ojos que eran rasgos muy habituales en los tearianos y toda la arrogancia tan común en las Verdes, llegaron incluso a hacerle una reverencia. Norine Dovarna, una Blanca de grandes ojos, a veces casi tan despistada como Danelle y —al igual que la Marrón— sin amigas, pareció que iba a hacerlo, pero luego cambió de opinión; estaba resentida con Alviarin, ya que en su opinión, si la Guardiana debía venir de las Blancas, habría tenido que ser ella la que ocupase el puesto.

La reverencia a la Guardiana no era obligatoria para una hermana, pero sin duda esperaban que ella intercediera ante Elaida si llegaba el caso. Las demás simplemente se preguntaron qué órdenes le habrían encomendado, y si alguna otra hermana recibiría una reprimenda ese día por algo que, en opinión de la Amyrlin, era un fallo. Ni siquiera las Rojas se acercaban a menos de cinco pisos de donde se encontraban los nuevos aposentos de la Amyrlin a menos que las mandara llamar, y, de hecho, más de una hermana se escabullía cuando Elaida bajaba a los pisos inferiores. El propio aire parecía enrarecido, cargado con un miedo que no tenía nada que ver con las rebeldes o los hombres que encauzaban.

Varias hermanas intentaron hablarle, pero Alviarin pasó de largo, casi con descortesía, sin apenas reparar en la preocupación que afloraba a sus ojos cuando veían que no se paraba. Elaida ocupaba sus pensamientos tanto como los de ellas. Una mujer con muchas capas, esa Elaida. A primera vista, parecía una mujer hermosa, reservada y digna; al mirarla por segunda vez, se veía una mujer de hierro, tan severa como una espada desenvainada. Se imponía donde otras persuadían, coaccionaba donde otras utilizaban la diplomacia o el Juego de las Casas. Cualquiera que la conociese se daba cuenta de su inteligencia, pero sólo después de un tiempo se advertía que a pesar de todo su intelecto veía sólo lo que quería ver, trataba de hacer verdad lo que quería que fuera verdad. De sus dos rasgos indiscutiblemente atemorizadores, el menor era que se salía con la suya muy a menudo. El más importante era su don para el Talento de la Predicción.

Resultaba fácil olvidar este último, ya que era imprevisible e infrecuente; había pasado tanto tiempo desde su última Predicción que esa condición de imprevisible conseguía que resultara tan impactante como la descarga de un rayo. Nadie sabía cuándo ocurriría, ni siquiera Elaida, y tampoco lo que revelaría. Alviarin casi podía sentir la vaga presencia de la mujer siguiéndola, vigilante.

Quizá fuera necesario matarla, después de todo. En tal caso, no sería la primera persona con la que había acabado sin que nadie lo supiera. Aun así, no se decidía a dar ese paso sin tener órdenes o, al menos, permiso para hacerlo.

Entró en sus aposentos con una sensación de alivio, como si la sombra de Elaida no pudiera cruzar el umbral. Una idea estúpida. Si Elaida sospechara la verdad, ni siquiera mil leguas de distancia bastarían para impedir que se lanzara a la yugular de Alviarin. Elaida esperaba que trabajara duro, escribiendo personalmente órdenes para estampar en ellas la

firma y el sello de la Amyrlin; sin embargo, todavía debía decidirse cuáles de esas órdenes se llevarían a cabo. Y eso no dependía de Elaida. Ni tampoco de ella.

Las habitaciones eran más pequeñas que las que ocupaba Elaida, aunque los techos eran más altos y contaba con un balcón que se asomaba treinta metros por encima de la gran plaza que había a los pies de la Torre. A veces salía a ese balcón para contemplar Tar Valon, la ciudad más grandiosa del mundo, habitada por incontables miles de almas que significaban menos que las piezas de un tablero de juego. Los muebles eran de manufactura domani, de madera clara veteada con incrustaciones de nácar y ámbar; las alfombras mostraban dibujos de flores y volutas de vivos colores, y aún más vivos eran los de los tapices en los que se representaban bosques, flores y ciervos pastando. Tanto el mobiliario como los objetos de decoración habían pertenecido a la anterior ocupante de estos aposentos, y si los conservaba por otra razón aparte de no perder tiempo en elegir otros nuevos, era para no olvidar el precio del fracaso. Leane Sharif se había enredado en maquinaciones y había fallado, y ahora estaba aislada del Poder Único para siempre, convertida en una indefensa refugiada que vivía de la caridad, condenada a una vida de miseria hasta que ella misma le pusiese fin o simplemente se dejara morir. A Alviarin le habían contado que unas pocas mujeres neutralizadas se las habían ingeniado para sobrevivir, pero no lo creería hasta que viese una. Tampoco es que tuviese el menor deseo de verla.

A través de las ventanas entraba la intensa claridad de primera hora de la tarde; no obstante, antes de que hubiese llegado al centro de la sala de estar, la luz menguó hasta parecer que la noche estaba próxima. Esa oscuridad no la sorprendió. Se volvió y cayó de hinojos de inmediato.

—Insigne Señora, vivo para servir.

Una mujer alta de oscuras sombras y luz plateada se hallaba ante ella. Mesaana.

—Cuéntame qué ha pasado, pequeña. —La voz semejaba un toque de campanillas.

Todavía postrada de rodillas, Alviarin repitió palabra por palabra lo que Elaida había dicho, aunque se preguntó por qué era necesaria tanta meticulosidad. Al principio había pasado por alto fragmentos sin importancia, y Mesaana se dio cuenta en cada ocasión y exigió que le contara cada palabra, cada gesto y expresión. Obviamente escuchaba a escondidas esas reuniones. Alviarin había intentado encontrar la lógica de tal exigencia y no lo había conseguido. Otras cosas, sin embargo, sí la tenían.

Había conocido a otros de los Elegidos, a quienes los necios llamaban los Renegados. Lanfear había entrado en la Torre, así como Graendal, imperiosas con su fuerza y sus conocimientos, y habían dejado muy claro, sin necesidad de palabras, que Alviarin estaba muy por debajo de ellas, una criada para realizar tareas y reír de placer cuando recibía una palabra amable. Be'lal se la había llevado en mitad de la noche, mientras dormía, a un lugar que todavía ignoraba Alviarin; había despertado en su propio lecho y eso la había aterrorizado más aún que estar en presencia de un hombre capaz de encauzar. Para él era menos que un gusano, ni siquiera una criatura viva, sólo una pieza del tablero de juego que podía mover a su antojo. El primero había sido Ishamael, años antes que los demás, para sacarla de la masa anónima del Ajah Negro y colocarla a su cabeza.

Se había arrodillado delante de todos ellos y había dicho que vivía para servirlos; y lo había dicho de verdad: obedecer sus órdenes, fueran las que fueran. Después de todo, estaban sólo un peldaño por debajo del Gran Señor de la Oscuridad, y si quería alcanzar la recompensa por su servicio, la inmortalidad que aparentemente ellos ya poseían, debía obedecer. Se arrodilló ante todos ellos, y sólo Mesaana se le había presentado con una apariencia inhumana. Ese manto de oscuridad y luz debía de estar tejido con el Poder Único, mas Alviarin era incapaz de ver la urdimbre. Había percibido la fuerza de Lanfear y de Graendal, había sabido desde el primer instante que eran muchísimo más poderosas en el Poder que ella, pero en Mesaana... no percibía nada. Era como si la mujer fuese incapaz de encauzar ni poco ni mucho.

La explicación lógica era evidente y conmocionante: Mesaana se ocultaba porque podría reconocerla. Debía de residir en la propia Torre. A juzgar por las apariencias, tal cosa

parecía imposible, y sin embargo no cabía otra explicación. Siendo así, tenía que ser una de las hermanas porque, naturalmente, no iba a ser una de las sirvientas, obligada a realizar trabajos duros y a sudar. Pero ¿quién? Eran muchas, demasiadas, las mujeres que habían permanecido lejos de la Torre durante años antes de que Elaida las convocara; demasiadas las que no tenían amigas íntimas o ninguna en absoluto. Mesaana debía de ser una de ésas. Alviarin ansiaba saberlo. Aunque no pudiera hacer uso de ello, el conocimiento era poder.

—Así que nuestra Elaida posee el don de la Predicción —comentó Mesaana, y Alviarin cayó en la cuenta, no sin cierto sobresalto, de que había llegado al final de su explicación. Le dolían las rodillas, pero sabía que no debía levantarse sin permiso. Un dedo de sombras golpeó suavemente unos labios plateados en un gesto pensativo. ¿Había visto a alguna hermana hacer eso?—. Qué curioso que sea tan concisa y tan imprevisible al mismo tiempo—. Siempre fue un Talento poco corriente, y la mayoría de las que lo poseían hablaban en unos términos que sólo los poetas podían entender. Generalmente hasta que ya era demasiado tarde para que tuviese importancia, en cualquier caso. Entonces todo quedaba claro como el agua. —Alviarin guardó silencio. Ninguno de los Elegidos conversaba; ordenaban o exigían—. Unas predicciones interesantes, ésas. ¿Las rebeldes quebrándose como... una sandía podrida? ¿Eso también era parte de la Predicción?

—No lo sé con certeza, Insigne Señora —respondió lentamente. ¿Lo habría sido? Mesaana se limitó a encogerse de hombros.

—Tal vez lo sea o tal vez no, pero en ambos casos puede ser de utilidad.

—Es peligrosa, Insigne Señora. Su Talento podría revelar cosas que no deberían saberse.

Una risa cristalina respondió a su comentario.

—¿Como qué? ¿Descubrirte a ti?, ¿a tus hermanas del Ajah Negro? ¿O acaso piensas en mi seguridad? A veces eres una buena chica, pequeña. —Aquella voz plateada sonaba divertida y Alviarin sintió que sus mejillas enrojecían y confió en que Mesaana interpretara ese sonrojo como vergüenza, no causado por la ira—. ¿Sugieres acaso que habría que librarse de nuestra Elaida, pequeña? Todavía no, creo. Aún se la puede utilizar. Al menos hasta que el joven al'Thor llegue aquí y seguramente también después. Escribe sus órdenes y ocúpate de que se cumplan. Verla enredada en sus pequeños juegos resulta ciertamente divertido. Vosotras, pequeñas, casi igualáis el *ajah* en ocasiones. ¿Tendrá éxito en conseguir que el rey de Illian y la reina de Saldaea sean raptados? Vosotras, las «Aes Sedai», solíais hacer eso, ¿verdad? Aunque no desde hace... ¿cuánto? ¿Dos mil años? ¿A quién querrá sentar en el trono de Cairhien? ¿La oferta de ser rey de Tear bastará para que el Gran Señor Darlin olvide su desagrado por las Aes Sedai? ¿O tal vez nuestra Elaida se ahogue en su propia frustración antes? Lástima que se resistiera a la idea de crear un ejército mayor. Habría jurado que, con su ambición, estaría más que dispuesta a aprovechar esa sugerencia.

La entrevista estaba llegando a su fin —nunca duraban más del tiempo necesario para que Alviarin presentara su informe y recibiera órdenes—, pero todavía le quedaba pendiente una pregunta.

—Respecto a la Torre Negra, Insigne Señora...

Alviarin se humedeció los labios. Había descubierto muchas cosas desde que Ishamael se le había aparecido. Una de ellas, y no la menos importante, era que los Elegidos distaban de ser omnipotentes y omniscientes. Si ella había ascendido era porque Ishamael había matado a su predecesora en un ataque de ira cuando descubrió lo que Jarna Malari había empezado, pero no había terminado al cabo de dos años, al acaecer la muerte de otra Amyrlin. A menudo se preguntaba si Elaida habría tenido algo que ver en la muerte de esa última, Sierin Vayu; el Ajah Negro no, desde luego. Jarna había exprimido a Tamra Ospenya, la Amyrlin que precedió a Sierin, como a un racimo de uvas —aunque resultó que no le sacó mucho jugo— y arregló las cosas para que pareciese que había fallecido mientras dormía. Pero Alviarin y las otras doce hermanas del Gran Consejo lo habían pagado con gran sufrimiento hasta que convencieron a Ishamael de que no eran responsables de ello. Los Elegidos no eran todopoderosos ni omnisapientes, pero en ocasiones sabían lo que los demás

ignoraban. Sin embargo, preguntar podía ser peligroso. Y lo más peligroso inquirir «¿por qué?»; a los Elegidos no les gustaba responder al «porqué» de nada.

—¿Es seguro enviar cincuenta hermanas para que se encarguen de ellos, Insigne Señora?

Unos ojos relucientes como lunas llenas la contemplaron con fijeza, en silencio, y un escalofrío recorrió la espina dorsal de Alviarin. La suerte corrida por Jarna surgió como un destello en su mente. Una Gris oficialmente, Jarna nunca había mostrado el menor interés por los *ter'angreal,* cuyo uso era desconocido... hasta el día en que se quedó atrapada en uno que no se había estudiado ni probado desde hacía siglos. El modo de activarlo seguía siendo un misterio en la actualidad. Durante diez días nadie pudo llegar a ella, sólo escuchar sus aullidos desgarradores. La mayoría de la Torre consideraba a Jarna una hermana modélica; cuando se celebró el sepelio de lo que pudo recuperarse de ella, todas las hermanas presentes en Tar Valon así como las que pudieron llegar a tiempo a la ciudad asistieron al funeral.

—Tienes curiosidad, pequeña —dijo finalmente Mesaana—. Eso puede ser positivo si se encarrila debidamente. Mal orientado... —La amenaza quedó cernida en el aire como una brillante daga.

—Lo encauzaré como vos ordenéis, Insigne Señora —musitó Alviarin con voz ronca. Tenía la boca seca como un estropajo—. Sólo como vos ordenéis.

Empero, se ocuparía de que ninguna hermana Negra estuviera entre las que acompañarían a Toveine. Mesaana se adelantó, alzándose imponente ante ella, de manera que Alviarin se vio forzada a doblar el cuello hacia atrás para poder mirar aquel rostro de luz y sombras; de repente se preguntó si la Elegida sabría lo que estaba pensando.

—Si vas a servirme, pequeña, entonces tendrás que obedecerme sólo a mí. No a Semirhage ni a Demandred. Ni a Graendal ni a ningún otro. Sólo a mí, y al Gran Señor, por supuesto. Pero a mí por encima de todos, excepto él.

—Vivo para serviros, Insigne Señora. —Las palabras sonaron como un graznido, pero Alviarin se las arregló para poner énfasis en el sufijo añadido a la fórmula original.

Durante unos segundos interminables los ojos plateados la contemplaron sin parpadear.

—Bien —dijo al cabo Mesaana—. Entonces, te enseñaré. Pero recuerda que una alumna no es una maestra. Yo elijo quién aprende qué, y yo decido cuándo pueden hacer uso de ello. Si descubro que has divulgado o has utilizado aunque sólo sea la más pequeña partícula sin mi consentimiento, te suprimiré.

Alviarin consiguió llevar un poco de saliva a la boca. No había cólera en el repique de aquella voz, sólo certidumbre.

—Vivo para serviros, Insigne Señora. Vivo para obedeceros. —Acababa de descubrir algo sobre los Elegidos que casi no podía creer. El conocimiento era poder.

—Tienes cierta fuerza, pequeña. No mucha, pero suficiente.

Apareció un tejido como si saliera de la nada.

—Esto —dijo Mesaana—, es un acceso.

Pedron Niall gruñó cuando Morgase colocó una ficha blanca en el tablero con ademán de triunfo. Unos jugadores de menos calidad todavía habrían puesto otras dos docenas más de fichas cada uno, pero Pedron veía el curso inevitable de la partida ahora, y ella también. Al principio, la mujer de cabello dorado que estaba sentada al otro lado de la pequeña mesa había jugado para perder, llevando la partida a un nivel lo bastante reñido para que a él le interesara, pero no había tardado mucho en darse cuenta de que hacer tal cosa conducía al olvido. Por no mencionar que él era lo bastante inteligente para advertir el subterfugio y no tolerarlo. Ahora empleaba toda su destreza y se las había ingeniado para ganar casi la mitad de las partidas. Nadie le había ganado tan a menudo a Niall desde hacía muchos años.

—El juego es vuestro —le dijo, y la reina de Andor asintió. Es decir, la que volvería a ser reina; de eso se ocuparía él. Lucía un vestido de seda verde, con un cuello alto de encaje que le rozaba la barbilla, y su porte, de los pies a la cabeza, era el de una reina a pesar de la película de sudor que brillaba en sus suaves mejillas. No parecía ser tan mayor como para

Librodot

tener una hija de la edad de Elayne, sin embargo, cuanto menos un hijo con los años de Gawyn.

—No os disteis cuenta de que advertí la trampa que me estabais tendiendo desde la posición de vuestra ficha trigésima primera, lord Niall, y tomasteis mi amago con la ficha cuadragésima tercera como mi verdadero ataque. —Sus azules ojos trillaban de excitación; a Morgase le gustaba ganar. Jugaba para ganar.

Todo ello, las partidas y la amabilidad, no eran más que un embeleco para apaciguarlo. Morgase sabía que era una prisionera a todos los efectos en la Fortaleza de la Luz, si bien es cierto que una prisionera regalada con lujos y trato exquisito. Y extraoficial. Niall había permitido que se divulgaran rumores de su presencia allí, pero no hizo ninguna manifestación públicamente. La oposición de Andor a los Hijos de la Luz era histórica, muy arraigada. No anunciaría nada hasta que las legiones entraran en el país, con ella como figura decorativa. Ni que decir tiene que Morgase también sabía eso. Y seguramente también sabía que él se daba cuenta de sus intentos de ablandarlo. El tratado que había firmado otorgaba a los Hijos unos derechos en Andor que jamás habían tenido en ningún otro país salvo allí, en Amadicia, y Niall esperaba que la reina estuviese planeando ya cómo aflojar la presa de los Hijos sobre su nación e incluso cómo librarla de ella por completo tan pronto como fuera posible. Sólo había firmado porque la había acorralado; empero, incluso acorralada, siguió luchando con tanta habilidad como demostraba en el tablero de juego. Para ser una mujer tan hermosa, tenía una voluntad férrea. No. Nada de matices. Era una mujer de voluntad férrea, punto. Se dejaba llevar por el puro placer del juego, pero él no podía considerar tal cosa una falta cuando le proporcionaba tantos ratos agradables.

De haber tenido veinte años menos, quizás habría participado más en el verdadero juego de la mujer. Eran muchos los años de viudedad que arrastraba tras de sí, y el capitán general de los Hijos de la Luz no tenía tiempo para cumplidos y cortesías con mujeres; ni para otra cosa excepto ser el capitán general. De haber sido veinte años más joven —bueno, veinticinco— y si ella no hubiese sido entrenada por las brujas de Tar Valon... En presencia de la mujer resultaba fácil olvidarse de eso último. La Torre Blanca era una cloaca de iniquidad, al servicio de la Sombra, y ella estaba marcada profundamente por esa mácula. Rhadam Asunawa, el Inquisidor Supremo, la habría juzgado y colgado a renglón seguido por los meses pasados en la Torre Blanca si él se lo hubiese permitido. Niall suspiró con pesar.

La sonrisa victoriosa de Morgase no se había borrado, pero aquellos grandes ojos lo observaban, estudiándolo, con una inteligencia que la mujer no podía ocultar. Niall llenó las copas de ambos con vino de una jarra de plata, metida en un recipiente lleno de agua que un rato antes había sido hielo.

—Milord Niall...

Una actuación perfecta: su vacilación, la esbelta mano tendida a medias hacia él y el respeto demostrado al anteponer el título. Hubo un tiempo en que lo llamaba simplemente Niall, y en un tono más despectivo del que habría utilizado con un mozo de cuadra borracho. Habría sido perfecta si él no le tuviera cogida ya la medida.

—Milord Niall, a buen seguro podríais mandar llamar a Galad a Amador para que pudiera verlo. Sólo un día.

—Lamento —respondió quedamente— que los deberes de Galad lo retengan en el norte. Deberíais sentiros orgullosa; es uno de los mejores oficiales jóvenes de los Hijos. —El hijastro de Morgase era una baza para utilizar contra ella según las necesidades, y ahora les servía mejor manteniéndolo apartado. El joven era realmente un buen oficial, quizás el mejor que había entrado en los Hijos durante el mandato de Niall, y no había razón para crear conflictos con su juramento si se enteraba de que su madrastra se encontraba allí y como «invitada» sólo por mantener las formas.

Únicamente un leve fruncimiento de labios, que desapareció al punto, traicionó su decepción. No era ésta la primera vez que había hecho tal solicitud ni sería la última. Morgase Trakand no se rendía por el mero hecho de haber sido vencida de manera evidente.

—Como digáis, milord Niall —respondió con tal mansedumbre que el hombre por poco

se atraganta con el vino. La sumisión era una táctica nueva, y no debía de resultarle fácil ponerla en práctica—. Sólo era la petición de una madre que...

—Milord capitán general —dijo una voz profunda y resonante desde la puerta—. Me temo que traigo importantes nuevas que no admiten demora, milord. —Abdel Omerna estaba en el umbral, luciendo orgulloso el tabardo blanco y dorado de un capitán de los Hijos de la Luz; su enérgico rostro estaba enmarcado por pinceladas plateadas en las sienes, y sus ojos eran profundos y pensativos. De la cabeza a los pies, era el compendio de la intrepidez y la autoridad. Y de la estupidez, aunque eso no resultaba evidente a primera vista.

Morgase se encerró en sí misma nada más ver a Omerna, una reacción tan leve que habría pasado inadvertida a la mayoría de las personas. Como todos, lo tenía por el jefe de espías de los Hijos, un hombre al que temer casi tanto como a Asunawa, puede que incluso más. Hasta el propio Omerna ignoraba que sólo era un señuelo para desviar la atención del verdadero jefe de espionaje, al que sólo Niall conocía como tal: Sebban Balwer, el acartonado monicaco que trabajaba como su secretario. Señuelo o no, sin embargo, de vez en cuando llegaba información útil a manos de Omerna. Y, muy de tarde en tarde, algo grave. A Niall no le cabía la menor duda respecto a lo que le traía ese hombre; nada salvo que Rand al'Thor estuviera a las puertas de la ciudad lo habría inducido a irrumpir de ese modo en la estancia. Quisiera la Luz que sólo se tratara de un rumor disparatado llevado por algún mercader de alfombras.

—Me temo que el juego se ha terminado por esta mañana —le dijo Niall a Morgase mientras se ponía de pie. Le dedicó una leve inclinación de cabeza cuando la mujer se levantó de la silla, y ella le correspondió del mismo modo.

—¿Hasta esta tarde, quizá? —Su tono seguía siendo casi dócil—. Es decir, si tenéis a bien cenar conmigo.

Niall, naturalmente, aceptó. Ignoraba qué se proponía con esa nueva táctica —no lo que supondría un zoquete, de eso estaba seguro— pero sería divertido descubrirlo. Estaba llena de sorpresas, esa mujer. Lástima que llevara la lacra de las brujas.

Omerna penetró en la sala hasta el gran mosaico dorado del sol llameante que presentaba el desgaste del roce de pies y rodillas a lo largo de siglos. Era una estancia sobria, aparte de ese adorno y de los estandartes capturados que colgaban a lo largo de las paredes, casi a la altura del techo, ajados por el paso del tiempo. Los ojos gachos de Omerna vieron pasar la falda de Morgase junto a él sin darse por enterado de su presencia.

—Todavía no he encontrado a Elayne ni a Gawyn, milord —dijo, una vez que la puerta se cerró tras ella.

—¿Son ésas las noticias importantes? —demandó, irritado, Niall. Balwer le había informado de la presencia de la hija de Morgase en Ebou Dar, todavía metida hasta el cuello en el fango de las brujas; ya se habían despachado órdenes a Jaichim Carridin con respecto a ella. Al parecer, Gawyn, el otro hijo de Morgase, también seguía enredado con las brujas, en Tar Valon, ciudad en la que Balwer tenía unos cuantos espías. Niall tomó un buen trago del fresco vino. Últimamente sentía en los huesos vejez, fragilidad y frío, aunque el calor engendrado por la Sombra lo hacía sudar a mares y le dejaba seca la boca. Omerna dio un respingo.

—Eh... no, milord. —Rebuscó en un bolsillo de su justillo blanco y sacó un pequeño cilindro de hueso, con tres rayas rojas dibujadas a lo largo—. Queríais que esto se os trajera tan pronto como llegara a... —Se interrumpió cuando Niall le arrebató bruscamente el pequeño tubo de la mano.

Eso era lo que había estado esperando, la razón de que una legión no estuviera ya de camino a Andor con Morgase a la cabeza, que no al mando. Si todo aquello no era una locura de Varadin, los desvaríos de un hombre desequilibrado por el espectáculo de Tarabon hundiéndose en la anarquía, Andor tendría que esperar. Andor, y puede que más.

—Tengo... la confirmación de que la Torre Blanca está dividida —continuó Omerna—. La ciudad está en poder del... Ajah Negro.

No era de extrañar que pareciera nervioso, ya que estaba diciendo herejías. No había

Librodot

Ajah Negro; todas las brujas eran Amigas Siniestras. Sin prestarle atención, Niall rompió con la uña del pulgar el sello de cera que cerraba el tubo. Había utilizado a Balwer para que iniciara esos rumores, y ahora volvían a él. Omerna creía todas las habladurías que llegaban a sus oídos, y le llegaba hasta la última de ellas.

—Y hay informes de que las brujas están conferenciando con el falso Dragón al'Thor, milord.

¡Pues claro que estaban conferenciando con él! Era su creación, su títere. Niall dejó de prestar oídos al parloteo del necio oficial y regresó a la mesa de juego mientras sacaba un pequeño papel enrollado del tubo. No dejaba que nadie supiera algo más sobre esos mensajes aparte de que existían, e incluso eso sólo lo conocían unos pocos. Las manos le temblaron al desenrollar el fino papel. No le había ocurrido tal cosa desde que siendo un muchacho había afrontado su primera batalla, hacía más de sesenta años. Ahora esas manos parecían ser poco más que huesos y tendones, pero todavía poseían fuerza suficiente para llevar a cabo lo que tenía que hacer.

La letra no era de Varadin, sino de Faisar, a quien había enviado a Tarabon con otro propósito. A Niall se le puso un nudo en el estómago a medida que leía; el mensaje estaba redactado en lenguaje normal, no en la clave utilizada por Varadin. Los informes de éste habían sido los de un hombre al borde de la locura, si es que no había traspasado ya ese límite, pero Faisar confirmaba lo peor de ello y más. Mucho más. Al'Thor era una alimaña rabiosa y destructiva a la que había que parar, pero ahora había aparecido una segunda bestia sanguinaria, puede que incluso más peligrosa que las brujas de Tar Valon con su falso Dragón domado. Pero, en nombre de la Luz, ¿cómo iba a combatir contra ambas?

—Al parecer, la reina Tenobia se ha... ausentado de Saldaea, milord. Y los... Juramentados del Dragón están incendiando y matando por todo Altara y Murandy. Me han dicho que se ha encontrado el Cuerno de Valere, en Kandor.

Todavía medio distraído, Niall alzó la vista y encontró a Omerna a su lado, lamiéndose los labios y enjugándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Sin duda trataba de echar un vistazo al mensaje. En fin, todo el mundo lo sabría a no tardar.

—Por lo visto una de vuestras hipótesis más descabelladas no lo era tanto, después de todo —dijo Niall, y fue en ese momento cuando sintió el cuchillo hundiéndose bajo sus costillas.

La impresión lo dejó paralizado el tiempo suficiente para que Omerna sacara el arma y volviera a hincarla. Otro capitán general había muerto así antes que él, asesinado, pero jamás pensó que él pudiera perecer a manos de Omerna. Quiso enzarzase en una lucha cuerpo a cuerpo con su asesino, pero no tenía fuerza alguna en los brazos. Se quedó colgado del oficial, que sostenía su peso, los ojos de ambos trabados. Omerna tenía el rostro congestionado; parecía estar al borde de las lágrimas.

—Había que hacerlo. Era preciso. Permitisteis que las brujas se instalaran allí, en Salidar, tranquilamente, sin trabas, y... —Como si de pronto cayera en la cuenta de que rodeaba con los brazos al hombre que había acuchillado, apartó a Niall de un empujón.

La fuerza también había abandonado las piernas del capitán general, que cayó pesadamente contra la mesa de juego y la volcó. Las piezas negras y blancas se desperdigaron por el pulido suelo de madera; la jarra plateada se tambaleó y derramó parte del vino. El frío que Niall había sentido en los huesos se estaba extendiendo al resto de su cuerpo.

No supo con seguridad si el tiempo transcurrió con lentitud para él o si las cosas ocurrieron realmente tan deprisa. De repente el taconeo de unas botas cruzó el suelo de la estancia, y Niall alzó débilmente la cabeza para ver a Omerna con la boca y los ojos muy abiertos a la par que retrocedía ante Elmon Valda. Con su justillo blanco y su tabardo blanco y dorado, éste era, como Omerna, la personificación de un capitán de los Hijos; aunque no tan alto ni tan palpablemente autoritario como Omerna, el atezado semblante del oficial denotaba más dureza que nunca. Empuñaba una espada cuya hoja lucía la marca de la garza que tanto valoraba.

—¡Traición! —bramó Valda, y traspasó el tórax de Omerna con el arma, de parte a

parte.

Niall se habría echado a reír de haber podido; le costaba trabajo respirar y oía el gorgoteo de la sangre en su garganta. Nunca le había gustado Valda —de hecho, lo despreciaba— pero alguien tenía que enterarse de las nuevas. Volvió los ojos y localizó la tira de papel de Tanchico caída en el suelo, a unos centímetros de su mano; allí podría pasar inadvertida, pero no si la encontraban aferrada entre sus dedos muertos. Ese mensaje tenía que conocerse. Con qué lentitud parecía arrastrase su mano por el entarimado, rozando el papel, empujándolo mientras se esforzaba por cogerlo. La vista se le estaba nublando. Trató de enfocar los ojos. Tenía que... La niebla era cada vez más densa. Una parte de él intentó desechar esa idea; no había niebla. Sí, la niebla se iba espesando, y allí había un enemigo, invisible, oculto, tan peligroso o más que al'Thor. El mensaje. ¿Qué... mensaje? Era el momento de montar y desenvainar la espada, el momento de lanzar un último ataque. ¡Por la Luz, vencer o morir, allá iba! Trató de gruñir.

Valda limpió su espada en el tabardo de Omerna y entonces reparó en que el viejo lobo todavía respiraba, aunque era un sonido rasposo y borboteante. Con una mueca, se inclinó para ponerle fin... Y una mano enguantada, de dedos largos, le asió el brazo.

—¿Os gustaría ser el siguiente capitán general, hijo mío? —El descarnado semblante de Asunawa era el de un mártir, pero sus oscuros ojos ardían con un fanatismo que amilanaba incluso a los que ignoraban quién era—. Podríais serlo, después de que atestiguara que matasteis al asesino de Pedron Niall. Pero no si tengo que decir que también le rebanasteis el cuello a él.

Enseñando los dientes en un remedo de sonrisa, Valda se incorporó. Asunawa tenía pasión por la verdad; a su modo, claro. Era capaz de enredarla, disfrazarla y manipularla, pero, que Valda supiera, jamás había mentido. Un vistazo a los vidriosos ojos de Niall y al charco de sangre que se iba extendiendo bajo él, satisfizo al oficial. El viejo se estaba muriendo.

—¿Sólo podría, Asunawa?

El fuego en la mirada del Inquisidor Supremo cobró intensidad mientras el hombre se apartaba y retiraba la nívea capa de la sangre de Niall. Ni siquiera un capitán general podía hablarle con esa familiaridad.

—Eso he dicho, hijo mío. Os habéis mostrado curiosamente reacio a acceder a que la bruja Morgase sea entregada a la Mano de la Luz. A no ser que garanticéis...

—Morgase sigue siendo necesaria. —Interrumpirle le resultó muy placentero a Valda. No le gustaban los interrogadores, la Mano de la Luz, como se hacían llamar. ¿A quién podían gustarle unos hombres que jamás se enfrentaban a un enemigo que no estuviese desarmado y encadenado? Se mantenían desligados de los Hijos, como una organización aparte. La capa de Asunawa lucía exclusivamente el cayado de pastor escarlata que era el distintivo de los interrogadores, no el sol llameante, emblema de los Hijos, que él mismo llevaba en su tabardo. Lo que es más, parecían pensar que su trabajo con hierros candentes y potros era la única labor digna de los Hijos—. Morgase nos va a entregar Andor, de modo que no la tendréis hasta que el país esté en nuestras manos. Y no podemos tomar Andor hasta que la chusma del Profeta haya sido aplastada. —El Profeta antes que nada, con sus prédicas anunciando la llegada del Dragón Renacido y sus hordas incendiando los pueblos que tardaban en aclamar a al'Thor. El pecho de Niall apenas se movía ya—. A menos que queráis trocar Amadicia por Andor, en vez de tener las dos. Me propongo ver colgado a al'Thor y la Torre Blanca reducida a polvo, Asunawa, y no secundé vuestro plan sólo para presenciar cómo lo echáis a la letrina en pleno proceso.

Asunawa no se achicó; no era cobarde. Y menos allí, con cientos de interrogadores en la Fortaleza y la mayoría de los Hijos andando con pies de plomo para no dar un paso en falso con ellos. Hizo caso omiso de la espada que Valda empuñaba, y aquel rostro de mártir compuso un gesto triste. Las gotas de sudor parecían lágrimas de pesar.

—En tal caso, puesto que el capitán Canvele cree que la ley debe obedecerse, me temo...

Librodot

—No. Yo me temo que Canvele coincide conmigo, Asunawa. —Lo hacía desde el amanecer, cuando vio que Valda había llevado media legión a la Fortaleza. Canvele no era tonto—. La cuestión no es si yo seré nombrado capitán general cuando el sol se ponga hoy, sino quién guiará la Mano de la Luz en su búsqueda de la verdad.

No, Asunawa no era cobarde; e incluso era menos tonto que Canvele. No se encogió ni preguntó a Valda cómo pensaba conseguirlo.

—Entiendo —musitó al cabo de un momento, y luego, suavemente, añadió—: ¿Acaso os proponéis saltaros enteramente la ley, hijo mío?

Valda estuvo a punto de echarse a reír.

—Podéis vigilar a Morgase, pero no se la someterá a interrogatorio. La tendréis cuando ya no me haga falta a mí. —Lo que podría tardar bastante tiempo; encontrar sucesora para el Trono del León, alguien que comprendiera cuál era la relación que debía tener con los Hijos, como era el caso del rey Ailron, no se conseguiría de la noche a la mañana.

Tal vez Asunawa lo entendió o tal vez no. Abrió la boca para decir algo, pero entonces sonó una exclamación ahogada en la puerta. El enteco secretario de Niall estaba allí, con la boca fruncida, los ojillos entrecerrados tratando de asimilar todo de un vistazo, salvo los cuerpos tendidos en el suelo.

—Un día triste, maese Balwer —manifestó Asunawa, su voz apenada pero inflexible—. El traidor Omerna ha asesinado a nuestro capitán general Pedron Niall, que la Luz acoja su alma. —Ni una sola palabra que no fuera verdad hasta el momento; el pecho de Niall había dejado de moverse, y matarlo era traición—. El capitán Valda llegó demasiado tarde para salvarlo, pero a tiempo de castigar con rigor el delito de Omerna.

Balwer dio otro respingo y empezó a estrujarse las manos. Ese tipo con cara de pájaro lo sacaba de quicio a Valda.

—Ya que estáis aquí, Balwer, podríais hacer algo útil. —Al capitán no le gustaba la gente que no servía para nada, y el escriba era la encarnación de la inutilidad—. Informad a todos los capitanes que están en la Fortaleza que el capitán general ha sido asesinado, y que convoco una reunión del Consejo de los Ungidos. —Lo primero que haría una vez que lo hubieran nombrado capitán general sería echar a patadas de la Fortaleza a ese tiralevitas enclenque; lo lanzaría tan lejos y tan fuerte que rebotaría dos veces, y luego elegiría un secretario que no estuviera retorciéndose como una lagartija todo el tiempo—. Tanto si Omerna actuó por orden de las brujas o del Profeta, me propongo vengar a Pedron Niall.

—Como ordenéis, milord. —La voz de Balwer era apenas un hilo, entrecortada—. Se hará como decís.

Por lo visto encontró arrestos para mirar finalmente el cuerpo de Niall; mientras hacía una nerviosa reverencia, pareció no tener ojos para nada más.

—Así pues, parece que seréis nuestro próximo capitán general, después de todo —dijo Asunawa cuando Balwer se hubo marchado.

—Sí, eso parece —replicó secamente Valda. Una pequeña tira de papel yacía junto a la mano extendida de Niall, del tipo que se utilizaba para enviar mensajes con palomas. Valda se agachó y la recogió; resopló con disgusto. El papel había estado sobre un charco de vino; lo que quiera que hubiese escrito en él se había convertido en un borrón de tinta ilegible.

—Y la Mano tendrá a Morgase cuando ya no la necesitéis. —En el tono de Asunawa no había el más leve atisbo de pregunta.

—Os la entregaré yo mismo. —Quizá podría arreglarse algo para saciar el ansia de Asunawa durante un tiempo. Algo que asegurara también que Morgase siguiera mostrándose dócil. Valda tiró el trocito de papel sobre el cadáver de Niall. El viejo lobo había perdido la astucia y el coraje con la edad, y ahora estaba en manos de Elmon Valda poner en su sitio a las brujas y su falso Dragón.

Tumbado boca abajo en lo alto de una elevación, Gawyn oteó hacia el escenario del desastre a la luz del sol de la tarde. Los pozos de Dumai estaban kilómetros al sur, a través de llanuras y colinas bajas, pero todavía divisaba el humo que salía de las carretas. Ignoraba lo

Librodot

que había ocurrido allí después de que condujera a todos los Cachorros que pudo reunir en una huida a galope tendido. Por lo visto al'Thor se había hecho con el mando de la situación; él y esos hombres vestidos de negro que parecían poder encauzar, derribando Aes Sedai y Aiel por igual. Ver que las hermanas huían fue lo que le reveló que había llegado el momento de largarse de allí.

Ojalá hubiese podido matar a al'Thor. Por su madre, muerta a manos de ese hombre; Egwene lo negaba, pero no tenía pruebas. Por su hermana. Si Min había dicho la verdad —tendría que haberla obligado a abandonar el campamento con él, ni que hubiese querido ni que no; eran muchas las cosas que tendría que haber hecho de otra manera en ese día—, si Min tenía razón y Elayne amaba a al'Thor, entonces ese horrible destino era razón suficiente para matarlo. Quizá los Aiel habían hecho el trabajo por él, pero lo dudaba.

Con una risa amarga, alzó el tubo de su visor de lentes. En las bandas doradas había una inscripción: «De Morgase, reina de Andor, para su amado hijo, Gawyn. Que sea una espada viva para su hermana y para Andor». Unas palabras amargas, ahora.

No había mucho más que ver aparte de hierba agostada y pequeños sotos dispersos. El viento seguía soplando, levantando nubes de polvo. De vez en cuando, un fugaz movimiento entre los achaparrados cerros indicaba la presencia de hombres moviéndose. Aiel, estaba seguro. Se confundían con el entorno demasiado bien para que fueran Cachorros con sus chaquetas verdes. Quisiera la Luz que hubiesen escapado más de los que él había logrado sacar de aquel infierno.

Era un necio. Tendría que haber matado a al'Thor; tenía que matarlo. Pero no podía. Y no porque fuera el Dragón Renacido, sino porque le había prometido a Egwene no levantar un dedo contra él. La joven Aceptada había desaparecido de Cairhien dejándole sólo una carta que él había leído y releído tantas veces que el papel estaba a punto de romperse por los dobleces; no le sorprendería enterarse de que se había ido para ayudar a al'Thor de un modo un otro. No podía faltar a su palabra, y menos aún si se la había dado a la mujer que amaba. Jamás. Le costara lo que le costara. Confiaba en que ella comprendería el arreglo de compromiso que había hecho con su honor; no había levantado un dedo para hacerle daño, pero tampoco para ayudarlo. Quisiera la Luz que Egwene nunca le pidiera eso. Se decía que el amor volvía idiotas a los hombres, y él era la prueba.

De repente se llevó el visor al ojo cuando una mujer salió a campo abierto galopando en un gran caballo negro. No alcanzaba a distinguir sus rasgos, pero ninguna criada llevaría un vestido con falda pantalón para montar. Así que al menos una Aes Sedai había podido huir. Si algunas hermanas habían salido con vida de la trampa, quizás entonces más Cachorros también lo habrían conseguido. Con suerte, podría encontrarlos antes de que los Aiel los mataran en pequeños grupos. Sin embargo, lo primero era esa hermana. En muchos aspectos habría preferido marcharse sin ella, pero dejarla sola, quizá para que acabara con una flecha clavada, no era una opción acorde con su conciencia. Cuando empezaba a incorporarse para hacerle señales con la mano, no obstante, el caballo tropezó y cayó, y ella se vio lanzada por encima de las orejas.

Gawyn maldijo, y después soltó otro juramento cuando a través del visor vislumbró una flecha clavada en el flanco del negro animal. Hizo una rápida barrida con el visor por las colinas, y contuvo otra maldición a duras penas; unas dos docenas de Aiel, con el rostro velado, se encontraban en lo alto de un cerro a menos de cien pasos de la Aes Sedai, observando al caballo y a la amazona caídos. Giró de inmediato el visor. La hermana se había incorporado y se tambaleaba como una persona ebria. Si conservaba la calma y utilizaba el Poder, los Aiel no podrían hacerle daño, sobre todo si se resguardaba tras el caballo para eludir más flechas. Aun así, Gawyn se sentiría mejor después de haberla recogido y llevado con ellos. Se apartó de la cresta rodando para evitar que los Aiel pudieran descubrirlo, y se deslizó por la ladera opuesta un largo trecho, hasta que resultó seguro ponerse de pie.

Había emprendido ese viaje al sur con quinientos treinta y un Cachorros, casi todos aquellos que estaban bastante entrenados para salir de Tar Valon, pero eran menos de doscientos los que lo aguardaban junto a los caballos al pie del cerro. Antes de que el desastre

cayera sobre los pozos de Dumai, Gawyn había tenido la certeza de que había una maquinación para que sus Cachorros y él murieran antes de regresar a la Torre Blanca. No sabía el porqué ni si el ardid era obra de Elaida o de Galina, pero lo cierto es que había tenido bastante éxito, aunque no exactamente del modo que habían pensado quienes lo habían planeado. No era de extrañar que hubiese preferido irse sin la Aes Sedai de haber tenido elección.

Se paró junto a un castrado gris con su joven jinete. Joven, como lo eran todos los Cachorros —muchos no necesitaban afeitarse durante tres o cuatro días, y otros ni siquiera eso—, pero Jisao lucía la torre de plata en el cuello que lo señalaba como un veterano en la batalla disputada cuando se había depuesto a Siuan Sanche, y más cicatrices bajo sus ropas de otras luchas dirimidas desde entonces. Era uno de los que podía olvidar la navaja de afeitar muchas mañanas; aun así, sus oscuros ojos eran los de un hombre treinta años mayor. Gawyn se preguntó qué impresión darían sus propios ojos.

—Jisao, hay una hermana a la que tenemos que...

Los Aiel, alrededor del centenar, que aparecieron corriendo en lo alto de la elevación del oeste se frenaron, sorprendidos, al encontrar a los Cachorros al pie del cerro, pero ni la sorpresa ni el hecho de la superioridad numérica de los Cachorros bastó para frenarlos. En un visto y no visto se cubrieron con los velos y, lanzándose cuesta abajo, arremetieron con las lanzas a caballos y jinetes por igual, actuando por parejas. Con todo, si los Aiel sabían cómo combatir contra hombres montados, los Cachorros habían recibido recientemente lecciones muy duras sobre cómo luchar contra los Aiel, y los que aprendían despacio no duraban vivos mucho tiempo en sus filas. Algunos llevaban lanzas ligeras, rematadas en una punta de acero de cuarenta centímetros, con guarda en cruz para evitar que la hoja penetrara en exceso, además de que todos podían usar sus espadas con tanta destreza como cualquiera salvo un maestro de armas. Combatían en parejas o tríos, guardándose la espalda unos a otros y manteniendo en movimiento a sus monturas para que los Aiel no les cortaran los jarretes. Sólo los Aiel más rápidos lograban penetrar esos círculos de relampagueantes aceros. Los propios caballos, entrenados para la batalla, eran armas; rompían cráneos con sus cascos, asían hombres con los dientes y los sacudían como haría un perro con una rata, las más de las veces desgarrando medio rostro al hombre. Los animales relinchaban al tiempo que luchaban, en tanto que los hombres jadeaban por el esfuerzo y gritaban enardecidos, en ese arrebato que se apoderaba de ellos en la batalla y que proclamaba que estaban vivos y que seguirían estándolo para ver otro amanecer aunque el combate acabara en un baño de sangre. Gritaban al matar y gritaban al morir; no parecía haber gran diferencia.

Gawyn no tuvo tiempo para observar ni para escuchar. Siendo el único Cachorro que estaba a pie, atraía sobre sí la atención. Tres figuras vestidas con *cadin'sor* se metieron entre los jinetes y se abalanzaron contra él con las lanzas aprestadas. Quizá pensaron que, superándolo en tres a uno, era presa fácil. Los desengañó. Su espada salió de la vaina con fácil ligereza, la misma con que pasó de *El halcón se inclina* a *La hiedra ciñe el olmo* y de ésta a *La luna se eleva sobre los lagos.* Tres veces notó en las muñecas el impacto del acero contra la carne, y con igual rapidez los tres Aiel velados quedaron tendidos en el suelo; dos de ellos se movían un poco, pero estaban fuera de combate como su tercer compañero. El siguiente que se enfrentó a él era harina de otro costal.

El tipo, delgado y un palmo más alto que Gawyn, se movía con la agilidad de una serpiente, asestando cortos y rápidos lanzazos mientras adelantaba o inclinaba la adarga para detener los golpes de espada con una fuerza que Gawyn sentía repercutir en los hombros. *La danza del urogallo* dio paso a *Pliegue del aire* y siguió *El cortesano golpea ligeramente el abanico*; el Aiel respondió a los tres movimientos y sólo acabó con una cuchillada cruzándole las costillas, en tanto que Gawyn recibía un tajo en el muslo; sólo un veloz giro había evitado que la lanza le traspasara la pierna de parte a parte.

Se movieron en círculo, vigilándose el uno al otro, ajenos a cuanto sucedía a su alrededor. La sangre resbalaba por la pierna de Gawyn. El Aiel amagó con la esperanza de desequilibrarlo y volvió a amagar; Gawyn pasó de postura a postura, la espada ora alta ora

baja, aguardando a que en uno de esos amagos su adversario llevara la lanza un poco más lejos de lo conveniente.

A la postre, fue la suerte la que decidió el resultado. El Aiel dio un traspié, y Gawyn le atravesó el corazón antes de que el hombre hubiese visto siquiera al caballo que lo había empujado por detrás al recular.

Antaño habría lamentado lo ocurrido; había crecido en la creencia de que si dos hombres tenían que luchar, el duelo debía desarrollarse de un modo honorable y limpio. Más de medio año de batallas y escaramuzas le había enseñado a ver las cosas de otra manera. Plantó un pie en el pecho del Aiel y sacó la espada de un tirón. Tosco, pero rápido, y en la batalla la lentitud era sinónimo de muerte las más de las veces.

Sólo que cuando su espada quedó libre, la rapidez era innecesaria. En el suelo yacían hombres —Aiel y Cachorros—, algunos de los cuales gemían y otros estaban completamente inmóviles. El resto de los Aiel se dirigían en tropel hacia el este, azuzados por un par de docenas de Cachorros, entre ellos unos cuantos que deberían haber mostrado más sentido común.

—¡Quietos! —gritó con voz enérgica. Si los muy idiotas permitían que los separaran, los Aiel los harían picadillo—. ¡Nada de perseguirlos! ¡Quietos, he dicho! ¡Atrás, maldita sea!

Los Cachorros se frenaron en seco, aunque a regañadientes. Jisao detuvo su caballo junto a Gawyn.

—Al parecer sólo intentaban abrirse paso a través de nuestra posición en su camino adondequiera que se dirijan, milord.

Su espada goteaba sangre desde la mitad de la cuchilla. Gawyn asió las riendas de su semental castaño sin demorarse en limpiar ni enfundar la espada. No había tiempo para comprobar quién había muerto y quién seguía vivo.

—Olvídalos. Esa hermana nos espera. Hal, quédate con la mitad de tu tropa para proteger a los heridos. Y no pierdas de vista a esos Aiel; que se estén muriendo no significa que se hayan dado por vencidos. El resto, seguidme.

Hal saludó con su espada, pero Gawyn ya había clavado espuelas y se alejaba.

La lucha no se había prolongado mucho, pero a pesar de la brevedad llegaron tarde. Cuando Gawyn remontó el cerro, sólo quedaba el caballo muerto, con las alforjas vueltas del revés. Escudriñó el terreno con su visor de lentes sin hallar rastro de la hermana, de Aiel ni de ningún ser vivo. Lo único que se movía era el polvo arremolinado por el viento y un vestido en el suelo, cerca del caballo, agitándose con el aire. La mujer tenía que haber corrido a toda velocidad para haberse perdido de vista tan pronto.

—No puede haber llegado muy lejos, aunque vaya corriendo —dijo Jisao—. Si nos abrimos en abanico acabaremos encontrándola.

—La buscaremos después de que nos hayamos ocupado de los heridos —replicó Gawyn firmemente. No estaba dispuesto a dividir a sus hombres habiendo Aiel por las inmediaciones. Faltaban pocas horas para la puesta de sol, y quería tener un campamento seguro y compacto en terreno alto antes de que oscureciera. De todos modos, más le valía encontrar una o dos hermanas; alguien iba a tener que explicar esa catástrofe a Elaida, y prefería que fuera una Aes Sedai quien arrostrara su ira, no él.

Suspiró e hizo volver grupas a su corcel castaño, de vuelta al lugar del combate, para ver a cuánto ascendía esta vez la cuenta del carnicero. Ésa había sido su primera lección de verdad como soldado: siempre era necesario pagar al carnicero. Y presentía que, a no tardar, la cantidad que habría que pagar sería mucho mayor. El mundo olvidaría los pozos de Dumai con lo que se avecinaba.

Librodot

CAPÍTULO 1

Cenit de Chasaline

La Rueda del Tiempo gira y las eras llegan y pasan y dejan tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina, deviene mito, e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la era que lo vio nacer retorne de nuevo. En una era llamada la tercera por algunos, una era que ha de venir, una era transcurrida hace mucho, comenzó a soplar un viento en el Bosque de Braem. El viento no fue un inicio, pues no existen comienzos ni finales en el eterno girar de la Rueda del Tiempo. Pero aquél fue un principio.

El viento sopló hacia el nordeste mientras el sol abrasador ascendía en el cielo despejado, pasó entre árboles de ramas desnudas salvo unas pocas hojas ocres, y atravesó pueblos desperdigados donde el aire rielaba por el calor. El viento no llevaba frescor al ambiente ni indicio de lluvia, cuanto menos de nieve. Siguió soplando hacia el nordeste y dejó atrás un arco antiguo de piedra exquisitamente trabajada que según algunos había sido la entrada a una gran urbe, y otros, el monumento a una batalla largo tiempo olvidada. En las inmensas piedras sólo quedaban restos de la talla, tan erosionados que resultaban indescifrables, recuerdos mudos de pasadas glorias de la mítica Coremanda. Unas pocas carretas rodaban cansinamente a la vista del arco, por la calzada a Tar Valon, y la gente que iba a pie se cubría los ojos para resguardarlos del polvo que levantaban cascos y ruedas y que el viento arrastraba. La mayoría no sabía adónde se dirigía, sólo que el mundo parecía estar volviéndose del revés, que todo orden estaba tambaleándose allí donde no había desaparecido por completo. El miedo empujaba a algunos a seguir adelante, mientras que otros eran arrastrados por algo que no llegaban a entender, y la mayoría de estos últimos también sentían temor.

El viento siguió viajando y cruzó el río Erinin con sus aguas gris-verdosas, entre barcos que todavía transportaban mercancías al norte y al sur, pues incluso en los tiempos presentes tenía que haber comercio a pesar de que nadie sabía si era o no seguro comerciar. Al este del río, los bosques empezaban a clarear hasta que finalmente daban paso a un terreno de suaves ondulaciones y colinas bajas cubiertas de pasto reseco como yesca y alguno que otro puñado de árboles. En la cima de una de esas colinas había carretas puestas en círculo; gran parte de ellas tenían las cubiertas de lonas chamuscadas o se habían quemado por completo, dejando desnudo el armazón de hierro. En la punta de un astil de bandera, improvisado con un arbolillo muerto por la sequía, y atado en lo alto de uno de los hierros del armazón, ondeaba un estandarte carmesí con un disco blanco y negro en el centro. La Enseña de la Luz, como la denominaban algunos, o la Insignia de al'Thor. Otros le daban nombres más sombríos, y se estremecían cuando los pronunciaban en un susurro. El viento agitó fuertemente el estandarte y pasó enseguida, como si se alegrara de dejarlo atrás.

Perrin Aybara estaba sentado en el suelo, con la ancha espalda recostada en la rueda de una carreta, y deseó que el viento del sur no hubiese cesado. Durante un momento había soplado un poco más fresco. Además, había arrastrado el olor a muerte que impregnaba su nariz, un olor que le recordaba dónde tendría que estar, el último sitio donde querría encontrarse. Era mucho mejor hallarse allí, dentro del círculo de carretas, de espaldas al norte, donde podía olvidar... hasta cierto punto. Las carretas que se habían salvado del incendio se habían subido, empujando y tirando de ellas, a lo alto del cerro el día anterior por la tarde,

después de que los hombres hubieron recuperado fuerzas suficientes para hacer algo más que dar las gracias a la Luz por seguir respirando. Ahora el sol se alzaba de nuevo en el cielo y con él volvía el calor.

Irritado, se rascó la corta barba rizosa. Cuanto más sudaba, más le picaba; la transpiración humedecía el rostro de todos los hombres que tenía a la vista, salvo los Aiel. Ni siquiera les quedaba el recurso de mojarse la cara al hallarse ahora a más de un kilómetro al sur del agua. Pero también de los horrores; y del olor. Muchos lo consideraban un trueque aceptable. Perrin tendría que haber estado cumpliendo con su deber, pero ni el sentido de culpabilidad lo indujo a moverse. Ese día era el Cenit de Chasaline, y allí en casa, en Dos Ríos, habría festines a lo largo del día y baile durante toda la noche; el Día de Reflexión, cuando se suponía que cada cual debía recordar todo lo bueno que había en su vida, y aquel a quien se le ocurriera protestar en voz alta podía encontrarse con un cubo de agua volcado sobre la cabeza para que se le fuera la mala suerte, algo que no agradaba a nadie cuando hacía el frío que debería en esa época; ahora sería un placer. Para ser un hombre que tenía la suerte de estar vivo, a Perrin le estaba resultando realmente difícil sacar conclusiones positivas. Había descubierto cosas sobre sí mismo el día anterior. O tal vez había sido esa mañana, después de que todo hubo acabado.

Todavía percibía unos pocos lobos, un puñado de los que habían sobrevivido y ahora iban de camino a otro lugar, lejos de allí, lejos de los hombres. Los lobos seguían siendo el tema de conversación en el campamento, y la gente especulaba con nerviosismo de dónde habían salido y por qué. Unos pocos pensaban que Rand los había llamado. La mayoría, que habían sido las Aes Sedai. Éstas no manifestaban su opinión. No había reproche por parte de los lobos —lo hecho, hecho estaba— pero Perrin era incapaz de igualar su fatalismo. Habían acudido porque él los había llamado. Sus hombros, tan anchos que lo hacían parecer más bajo de lo que era, estaban hundidos por el peso de la responsabilidad. De vez en cuando oía a otros lobos, los que no habían acudido, hablar con desdén a los que sí: eso era lo que pasaba por mezclarse con los dos-piernas. No podía esperarse otra cosa.

Perrin tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo para guardarse para sí lo que pensaba. Quería aullar que los desdeñosos tenían razón. Quería volver a casa, a Dos Ríos. Pocas esperanzas de conseguir eso, si es que había alguna. Quería estar con su mujer en cualquier parte, y todo como era antes. Las probabilidades de que eso ocurriera no parecían mucho mejores, sino incluso peores. Más que la nostalgia de su tierra, más aún que los lobos, la preocupación por Faile lo reconcomía por dentro como si tuviese un hurón en las entrañas que quisiera abrirse paso a bocados hasta el exterior. En realidad, su mujer parecía haberse alegrado de verlo partir de Cairhien. ¿Qué iba a hacer con ella? Le faltaban palabras para describir lo mucho que la amaba y la necesitaba, pero se ponía celosa cuando no había motivo, se sentía herida cuando él no había hecho nada, se enfurecía sin que él entendiera el porqué. Tenía que hacer algo, pero ¿qué? La respuesta le era esquiva. Él tenía que pensar las cosas despacio, madurarlas, mientras que Faile era un puro azogue.

—Los Aiel deberían ponerse algo de ropa —murmuró Aram con remilgo, mirando ceñudo al suelo. Estaba sentado en cuclillas cerca, sosteniendo pacientemente las riendas del zanquilargo castrado gris; rara vez se alejaba de Perrin. La espada sujeta a la espalda desentonaba con su chaqueta de rayas verdes de gitano, que ahora llevaba desabrochada por el calor. Un pañuelo enrollado y atado a las sienes impedía que el sudor le cayera en los ojos. Hubo un tiempo en que a Perrin le parecía demasiado guapo para ser hombre. Sin embargo, una expresión sombría se había quedado grabada en su semblante de forma permanente y ahora se mostraba ceñudo las más de las veces—. Es indecente, lord Perrin.

Perrin dejó a un lado sus pensamientos sobre Faile aunque de mala gana. Con tiempo acabaría discurriendo algo. Tenía que hacerlo. De un modo u otro.

—Son sus costumbres, Aram.

El joven hizo una mueca como si fuera a escupir.

—Bueno, pues entonces son costumbres indecentes. Los mantiene controlados, supongo, ya que a nadie se le ocurriría salir corriendo u organizar jaleo así, pero sigo diciendo

Librodot

que es indecente.

Había Aiel por doquier, ni que decir tiene. Hombres altos y orgullosos, con ropas de tonos pardos y verdes, sin otra pincelada de color que la cinta escarlata ceñida a las sienes, con el círculo blanco y negro en el centro de la frente. Los *siswai'aman,* se llamaban a sí mismos. A veces ese término parecía rondar al límite de su memoria, como si fuera una palabra que hubiera debido conocer. «Si pregunto a un Aiel me mirará como si hubiese balbuceado una estupidez.» Porque ellos actuaban como si las cintas rojas no existieran. Ninguna Doncella Lancera lucía ese distintivo. Ya tuvieran el pelo canoso o aparentaran los años justos para acabar de apartarse de las faldas de su madre, todas las Doncellas iban de aquí para allí lanzando miradas desafiantes a los *siswai'aman* que en cierto modo parecían ufanas, en tanto que ellos les sostenían la mirada con aire impasible, exudando olor a avidez; por el modo en que olían todos, debía de ser un asunto de celos, aunque Perrin no alcanzaba a entender por motivo de qué. Fuera lo que fuese, no era algo nuevo, de modo que no parecía probable que se enzarzaran a golpes en cualquier momento. Unas cuantas Sabias estaban también dentro del círculo de carretas; vestían blusas blancas, faldas voluminosas y oscuros chales a despecho del calor. Los relucientes brazaletes y collares de oro y marfil compensaban la sencillez de sus ropas. A algunas parecía divertirles la actitud de las Doncellas y los *siswai'aman,* y otras se mostraban exasperadas. Todos —Sabias, Doncellas y *siswai'aman*— prestaban tan poca atención a los Shaido como habría hecho Perrin con una banqueta o una estera.

Los Aiel habían tomado prisioneros a unos doscientos Shaido, hombres y Doncellas, el día anterior —no muchos, considerando el número ingente de contendientes—, y éstos se movían libremente por el campamento. Por decirlo de algún modo. Perrin se habría sentido mucho más cómodo si hubiesen estado vigilados. Y vestidos. Por el contrario, iban a buscar agua y hacían encargos en cueros, como el día en que nacieron. Con los otros Aiel se mostraban sumisos como ratones. Cualquier otro recibía una intensa y retadora mirada si lo sorprendían observándolos. Perrin no era el único que procuraba no fijarse en ellos, y Aram tampoco era el único que rezongaba. Muchos de los hombres de Dos Ríos que había en el campamento hacían una de las dos cosas o ambas. Muchos de los cairhieninos casi sufrían un ataque de apoplejía cada vez que topaban con un Shaido. Los mayenienses se limitaban a sacudir la cabeza como si todo fuera un chiste. Y se comían con los ojos a las mujeres. Esos mayenienses tenían tan poco sentido del pudor como los Aiel.

—Gaul me lo ha explicado, Aram. Sabes lo que es un *gai'shain,* ¿verdad? Lo del *ji'e'toh* y servir durante un año y un día y todo eso. —El joven asintió, lo que era buena señal. Perrin tampoco sabía gran cosa. Las explicaciones de Gaul respecto a las costumbres Aiel a menudo lo dejaban más desconcertado que antes. Gaul pensaba que todo era evidente—. Bueno, pues a los *gai'shain* no se les permite llevar nada de lo que llevan puesto los *algai'd'siswai;* esa palabra significa «guerreros lanceros» —añadió al ver el gesto interrogativo de Aram. De repente se dio cuenta de que estaba mirando a una Aiel que venía en su dirección, más o menos; era una joven alta, de cabello dorado y bonita a pesar de la larga y fina cicatriz que lucía en la mejilla y otras muchas más en el resto del cuerpo. Muy bonita y muy desnuda. Carraspeó con fuerza y apartó la vista. Notó que se estaba poniendo colorado—. En fin, ése es el motivo de que estén... como están. Los *gai'shain* llevan túnicas blancas y no las tenemos aquí. No es más que una costumbre.

«Maldito sea Gaul y sus explicaciones —pensó—. ¡Podrían cubrirlos con algo!»

—Perrin Ojos Dorados —dijo una voz femenina—, Carahuin me envía para preguntarte si quieres agua.

El rostro de Aram se tornó púrpura, y el joven giró, en la misma postura acuclillada, para dar la espalda a la mujer.

—No, gracias.

Perrin no tuvo que alzar la vista para saber que era la Shaido de cabello dorado. Mantuvo la vista fija en otra dirección. Los Aiel tenían un sentido del humor muy peculiar, y el de las Doncellas Lanceras, entre las que se contaba Carahuin, era el más peculiar de todos.

Enseguida se habían dado cuenta de la reacción de los hombres de las tierras húmedas con los Shaido —habrían tenido que estar ciegos para no verlo—, y a reglón seguido todos los *gai'shain* habían sido enviados para preguntar cualquier cosa a los hombres de las tierras húmedas; los Aiel se habían revolcado de risa ante los sofocos, los tartamudeos e incluso los gritos. Perrin estaba seguro de que Carahuin y sus amigas lo estaban observando en ese momento. Ésta era al menos la décima vez que una de las *gai'shain* había ido a preguntarle si quería agua o tenía una piedra de amolar de más o cualquier otra cosa estúpida.

De repente le vino una idea a la cabeza. A los mayenienses apenas los incordiaban con ese jueguecito. Un puñado de cairhieninos disfrutaba obviamente mirando, aunque no con tanto descaro como los mayenienses, así como unos cuantos hombres mayores de Dos Ríos, que deberían haber mostrado más sentido común. El caso era que a ninguno de ellos les habían llevado un segundo mensaje falso, que él supiera. Por otro lado, a los que reaccionaban de un modo llamativo, como los cairhieninos que habían gritado a voz en cuello sobre la indecencia, y a los dos o tres hombres más jóvenes de Dos Ríos que balbucieron y se pusieron tan colorados que parecían que se iban a derretir, los habían estado molestando constantemente hasta que acabaron marchándose del círculo de carretas.

Haciendo un esfuerzo, Perrin alzó la vista hacia el rostro de la *gai'shain.* A sus ojos. «Concéntrate en los ojos», se exhortó, frenético. Eran verdes y grandes, y nada sumisos. La mujer exhalaba un olor de pura rabia.

—Dale las gracias a Carahuin de mi parte, y dile que podrías encargarte de engrasar mi otra silla de montar, si le parece bien. Y tampoco tengo una camisa limpia, de modo que, si no le importa, podrías lavarme unas cuantas.

—No le importará —repuso la mujer con voz tensa, y luego giró sobre sus talones y se alejó a paso ligero.

Perrin apartó rápidamente los ojos, aunque la imagen seguía grabada en su mente. ¡Luz, Aram tenía razón! Pero, con suerte, quizás había logrado que esas visitas cesaran. Tendría que comentárselo a Aram y a los jóvenes de Dos Ríos. A lo mejor los cairhieninos le prestaban oídos.

—¿Qué vamos a hacer con ellas, lord Perrin? —Aram seguía con la vista fija en otra dirección, pero ya no se refería a las *gai'shain.*

—Eso tiene que decidirlo Rand —contestó lentamente Perrin, cuya satisfacción empezó a desvanecerse. Podría parecer extraño pensar en gente que iba de un lado a otro desnuda como un problema menor, pero ese otro era definitivamente más importante. Un problema que había estado evitando con tanto empeño como lo que aguardaba en el norte.

Al otro lado del círculo de carretas, había casi dos docenas de mujeres sentadas en el suelo. Todas iban bien vestidas para viajar; muchos de los atuendos eran de seda, y la mayoría llevaba guardapolvos de lino, pero en sus frentes no había ni una sola gota de sudor. Tres parecían lo bastantes jóvenes para que él les hubiese pedido bailar antes de casarse con Faile.

«Bueno, si no fuesen Aes Sedai, en cualquier caso», pensó irónicamente. En cierta ocasión había bailado con una Aes Sedai, y casi se tragó la lengua cuando descubrió a quién tenía entre los brazos. Además, era una amiga, si es que podía utilizarse ese término con las Aes Sedai. «¿Cuánto tiempo tendrá que llevar como nueva Aes Sedai una mujer para que todavía se le pueda calcular la edad?» La apariencia de las demás era intemporal, naturalmente; puede que veintitantos, puede que cuarenta y tantos, variando de un vistazo al siguiente, siempre incierto. Ésa era la impresión que daban sus semblantes, aunque algunas tenían hebras grises en el pelo. Con las Aes Sedai, uno no sabía a qué atenerse. En nada.

—Al menos, ésas ya no representan un peligro —dijo Aram al tiempo que señalaba con la barbilla a tres de las hermanas que estaban un poco apartadas de las otras.

Una estaba llorando, con la cara contra las rodillas; las otras dos miraban fijamente al vacío, una de ellas dándose tirones a la falda, sin darse cuenta de lo que hacía. Llevaban así desde el día anterior; por lo menos habían dejado de gritar. Si Perrin lo había entendido bien, cosa de la que no estaba seguro, habían quedado neutralizadas cuando Rand se había liberado. No volverían a encauzar el Poder Único. Para una Aes Sedai, probablemente sería mejor estar

Librodot

muerta.

Habría esperado que las otras Aes Sedai les dieran consuelo, las cuidaran de algún modo, pero la mayoría no les hacía caso alguno, aunque se notaba forzado su empeño de mirar a cualquier otra parte. A decir verdad, las mujeres neutralizadas actuaban como si las Aes Sedai no existieran. Al principio, al menos, unas pocas hermanas se habían acercado a ellas, de una en una, aparentemente tranquilas, aunque el olor denotaba aversión y renuencia; empero, sus desvelos no obtuvieron respuesta, ni una palabra, ni una mirada. Ninguna se había acercado a ellas esa mañana.

Perrin sacudió la cabeza. Las Aes Sedai ponían mucho empeño en no darse por enteradas de lo que no querían admitir. Por ejemplo, los hombres de negro que estaban de pie junto a ellas. Había un Asha'man por cada hermana, incluso de las tres que habían sido neutralizadas, y daba la impresión de que ni siquiera pestañearan. Por su parte, las Aes Sedai miraban más allá de los Asha'man o a través de ellos; como si no existiesen.

Era un gran logro. Él se sentía incapaz de hacer caso omiso de los Asha'man, y eso que no lo tenían bajo vigilancia. Sus edades comprendían desde jovenzuelos con apenas un asomo de pelusilla en las mejillas hasta talludos de pelo cano o medio calvos; y no eran sus severas chaquetas negras de cuello alto ni las espadas que todos llevaban a la cadera lo que les daba un aire peligroso. Todos los Asha'man podían encauzar y, de algún modo, estaban impidiendo que las Aes Sedai lo hicieran. Hombres capaces de manejar el Poder Único; algo sacado de una pesadilla. Rand podía, desde luego, pero era Rand, además del Dragón Renacido. Esos tipos le ponían carne de gallina a Perrin.

Los Guardianes de las Aes Sedai supervivientes se hallaban sentados a cierta distancia, también vigilados por unos treinta soldados de lord Dobraine, con los cascos en forma de campana al estilo cairhienino, y otros tantos mayenienses luciendo los petos rojos de la Guardia Alada, todos ellos sin quitar ojo a los prisioneros, como si estuviesen vigilando leopardos. Teniendo en cuenta las circunstancias, era una actitud acertada. Había más Guardianes que Aes Sedai; por lo visto, algunas de las hermanas pertenecían al Ajah Verde. Más, muchos más, vigilantes que Guardianes, y puede que no sobraran, habida cuenta de la naturaleza de los prisioneros.

—Quiera la Luz que no tengamos más problemas con ellos —murmuró Perrin. A lo largo de la noche, los Guardianes habían intentado escapar en dos ocasiones. A decir verdad, esos intentos de fuga habían sido suprimidos más por los Asha'man que por los cairhieninos o los mayenienses, y los hombres de negro no se habían andado con contemplaciones. Ninguno de los Guardianes había muerto, pero al menos una docena de ellos tenían huesos rotos, lesiones que a las hermanas no habían permitido sanar con la Curación.

—Si el lord Dragón no puede tomar la decisión —dijo quedamente Aram—, tal vez debería hacerlo otra persona. Para protegerlo.

Perrin lo miró de reojo.

—¿Qué decisión? Las hermanas les dijeron que no volvieran a intentar liberarse, y ellos obedecen sus órdenes.

Ni con huesos rotos ni sin ellos, desarmados como estaban y con las manos atadas a la espalda, los Guardianes seguían pareciendo una manada de lobos aguardando la orden del lobo jefe para lanzarse al ataque. Ninguno descansaría hasta que su Aes Sedai estuviese libre, quizás hasta que lo estuvieran todas las hermanas. Aes Sedai y Guardianes: un haz de leña de roble bien seca, lista para prenderse fuego. Pero ni siquiera ellos estaban a la altura de los Asha'man.

—No me refería a los Guardianes. —Aram vaciló y luego se acercó a Perrin y bajó la voz hasta reducirla a un susurro—. Las Aes Sedai raptaron al lord Dragón. No puede fiarse de ellas, nunca, pero tampoco hará lo que tendría que hacer. Si murieran antes de que él se diera cuenta...

—¿Qué estás diciendo? —Perrin casi se atragantó al tiempo que se incorporaba bruscamente. No por primera vez, se preguntó si quedaba algo de gitano en el otro hombre—. ¡Están indefensas, Aram! ¡Son mujeres indefensas!

—¡Son Aes Sedai! —Los oscuros ojos se quedaron prendidos en los dorados de Perrin, sosteniéndole la mirada—. No son de fiar y no se las puede dejar libres. ¿Durante cuánto tiempo puede retenerse a unas Aes Sedai en contra de su voluntad? Llevan haciendo lo que hacen muchísimo más tiempo que los Asha'man. Tienen que saber más que ellos. Son un peligro para el lord Dragón, y para vos, lord Perrin. He visto cómo os miran.

Al otro lado del círculo de carretas, las hermanas hablaban entre ellas en susurros que ni siquiera Perrin podía oír, las bocas de unas pegadas al oído de las otras. De vez en cuando una de ellas los miraba a Aram y a él. Mejor dicho, a él. Había pillado varios nombres. Nesune Bihara. Erian Boroleos y Katerine Alruddin. Coiren Saeldain, Sarene Nemdahl y Elza Penfell. Janine Pavlara, Beldeine Nyram, Marith Riven. Ésas últimas eran las hermanas jóvenes; pero todas, jóvenes o intemporales, lo observaban con un aire de seguridad tal que parecía como si fueran ellas quienes tuviera la sartén por el mango a pesar de los Asha'man. Derrotar a las Aes Sedai no era fácil, y conseguir que admitieran la derrota excedía los límites de lo posible.

Perrin se obligó a aflojar los puños y apoyó las manos en las rodillas aparentando una calma que estaba muy lejos de sentir. Sabían que era *ta'veren,* uno de los contados seres en torno a los cuales se conformaba el Entramado durante un tiempo. Lo que es más, sabían que estaba vinculado a Rand de un modo que nadie entendía, y Rand y él los que menos. Tampoco Mat; Mat también estaba en ese enredo, era otro *ta'veren,* aunque ninguno de los dos tan fuerte como Rand. Si se les presentaba la menor ocasión, esas mujeres los meterían a Mat y a él en la Torre Blanca tan deprisa como harían con Rand y los atarían como a corderos hasta que el león apareciera. Además, había que tener muy en cuenta que habían raptado y maltratado a Rand. Aram tenía razón en algo: no eran de fiar. Pero lo que Aram sugería... No podía tolerar —y nunca toleraría— tal cosa. La mera idea le revolvía el estómago.

—No quiero oír nada más al respecto —gruñó. El gitano abrió la boca, pero Perrin lo atajó—. Ni una palabra, Aram, ¿me has entendido? ¡Ni una palabra!

—Como ordene mi señor Perrin —murmuró el joven al tiempo que inclinaba la cabeza.

Perrin habría querido ver el rostro del chico. No había rabia en su olor; ni resentimiento. Eso era lo peor, que no había habido ira en el efluvio de Aram cuando sugirió el asesinato.

Un par de hombres de Dos Ríos se encaramaron a las ruedas de la carreta que había al lado y otearon colina abajo, por la ladera norte. Ambos llevaban una aljaba llena de flechas colgada en la cadera derecha y un cuchillo largo, casi una espada pequeña, en la izquierda. Más de trescientos hombres de la comarca lo habían seguido hasta allí. Perrin maldijo al primero que lo había llamado lord Perrin, maldijo el día en que había renunciado a oponerse a que le dieran ese título. Aun con los ruidos y murmullos que se generaban en un campamento de ese tamaño, no tuvo problemas para oír lo que decían esos dos.

Tod al'Caar, un año más joven que Perrin, soltó un largo suspiro, como si viese por primera vez lo que había allí abajo. Perrin casi podía ver la expresión del larguirucho joven. La madre del chico lo había dejado marchar de buen grado sólo por el honor que representaba que su hijo acompañara a Perrin Ojos Dorados.

—Alcanzar una gran victoria —dijo finalmente Tod—. Eso es lo que hemos hecho, ¿verdad, Jondyn?

El entrecano Jondyn Barran, nudoso como una raíz de roble, era uno de los contados hombres mayores que había en la tropa de trescientos. El mejor arquero de Dos Ríos, con excepción de maese al'Thor, y un cazador sin rival en la comarca, era uno de los residentes menos destacados de Dos Ríos. Jondyn no había trabajado un día más de lo estrictamente necesario desde que tuvo edad suficiente para dejar la granja de su padre. Los bosques y la caza eran lo único que le importaba; y beber en exceso los días de fiesta.

—Si tú lo dices, chico. —Escupió fuerte—. Es una gran victoria de los Asha'man, en cualquier caso. Y bienvenida sea, es lo que yo digo. Lástima que no cojan los laureles y se vayan a celebrarlo a otro sitio.

—No son tan malos —protestó Tod—. No me importaría ser uno de ellos.

Aquello sonó más a bravata y farol que a verdad. Y olía a lo mismo; sin necesidad de mirar, Perrin sabía que se estaba lamiendo los labios. A buen seguro que hasta no hacía

Librodot

muchos años su madre había utilizado cuentos sobre hombres que encauzaban para asustarlo.

—Me refería a Rand, es decir, al lord Dragón. Todavía suena extraño ¿verdad? Lo de que Rand al'Thor sea el Dragón Renacido y todo eso. —Tod soltó una risa breve, nerviosa—. En fin, que puede encauzar y no parece tan... Él no... Quiero decir... —Tragó saliva con esfuerzo—. Además, ¿qué oportunidades habríamos tenido ayer contra esas Aes Sedai sin ellos? —Esa frase la pronunció en un susurro. Ahora olía a miedo—. Jondyn, ¿qué vamos a hacer? Me refiero a tener *prisioneras* a unas Aes Sedai.

El hombre mayor volvió a escupir, más ruidosamente que antes. Tampoco se molestó en bajar la voz. Jondyn siempre decía lo que pensaba sin importarle quién lo oyera, otra razón de su mala reputación.

—Mejor habría sido para nosotros que hubiesen muerto ayer, chico. Pagaremos por ello antes de que todo haya acabado. Y lo pagaremos con creces, tenlo por seguro.

Perrin se negó a seguir escuchando, algo nada fácil con su agudeza auditiva. Primero, Aram, y ahora Jondyn y Tod, aunque no de un modo tan directo. ¡Condenado Jondyn! En comparación, ese hombre podría hacer pasar por trabajador a Mat, pero cuando daba una opinión algunos no echaban en saco roto sus palabras. Ningún hombre de Dos Ríos haría daño voluntariamente a una mujer, pero ¿quién más deseaba que las Aes Sedai prisioneras estuviesen muertas? ¿Y quién podría intentar cumplir ese deseo?

Inquieto, recorrió con la mirada el círculo de carretas. La idea de que tal vez tuviera que proteger a las Aes Sedai prisioneras no era nada agradable, pero no se echaría atrás llegado el caso. No sentía aprecio por ninguna Aes Sedai, y menos por éstas, pero se había educado con la convicción de que un hombre arriesgaría su vida por proteger a una mujer hasta donde ella se lo permitiera; que no le cayera bien o incluso que no la conociera, no venía al caso. Cierto, una Aes Sedai podía coger a un hombre y hacerle un nudo de diez formas distintas, listo para el asador, pero con el acceso al Poder Único cortado, eran como cualquier otra persona. Ésa era su lucha interna cada vez que las miraba. Dos docenas de Aes Sedai. Dos docenas de mujeres que quizá no supieran cómo defenderse sin el Poder.

Durante unos segundos estudió a los guardias Asha'man; todos ellos mostraban un semblante sombrío como la muerte... excepto los que vigilaban a las tres mujeres neutralizadas. Éstos trataban de parecer tan severos como el resto, pero bajo esa máscara había algo más. Tal vez satisfacción. Ojalá estuviera lo bastante cerca de ellos para captar su olor. Cualquier Aes Sedai era una amenaza para los Asha'man. Puede que fuera lo mismo a la inversa. A lo mejor sólo las neutralizaban. Por lo poco que sabía de ese tema, neutralizar a una Aes Sedai equivalía a un asesinato aunque tardara unos pocos años en haber un cadáver.

En cualquier caso, decidió de mala gana, tenía que dejar que Rand se ocupara de los Asha'man. Esos hombres sólo hablaban entre sí y con los prisioneros, y Perrin dudaba que hicieran caso a nadie salvo al propio Rand. La cuestión era qué determinaría Rand. Y qué haría él si su amigo tomaba la decisión equivocada.

Dejando a un lado el problema, Perrin se rascó la barba con un dedo. A los cairhieninos las Aes Sedai los ponían demasiado nerviosos para que se plantearan hacerles daño, y los mayenienses les tenían demasiado respeto, pero de todos modos no los perdería de vista. ¿Quién habría imaginado que Jondyn habría llegado tan lejos? Perrin tenía cierta influencia en cairhieninos y mayenienses, aunque la perdería en el momento en que lo pensaran un poco. Después de todo, en realidad no era más que un herrero. Quedaban los Aiel. Perrin suspiró. No sabía seguro hasta qué punto tenía Rand autoridad sobre los Aiel.

Resultaba difícil distinguir olores individuales habiendo tanta gente alrededor, pero Perrin se había acostumbrado a captar el estado de ánimo de la gente tanto por los aromas como por lo que revelaban sus ojos. Los *siswai'aman* que se acercaban lo bastante a él olían a tranquilidad, pero en alerta, un aroma regular e intenso. Daban la impresión de no reparar en las Aes Sedai. Los olores de las Doncellas estaban cargados de rabia contenida y cobraban intensidad cuando miraban a los prisioneros. En cuanto a las Sabias...

Todas las que habían llegado desde Cairhien podían encauzar a pesar de que sus rostros no poseían esa cualidad de intemporalidad. Perrin suponía que se debía a que no utilizaban el

Poder Único muy a menudo. Con todo, tanto si las mejillas eran tersas como las de Edarra o estaban acartonadas como las de Sorilea, se comportaban con una seguridad en sí mismas, con una impavidez, que las equiparaba con las Aes Sedai. Mujeres garbosas en su mayor parte, casi todas altas, como lo era la casi totalidad de los Aiel, parecían no hacer el menor caso de las Aes Sedai.

Los ojos de Sorilea pasaron por todos los prisioneros sin detenerse, y la mujer de pelo blanco se puso a hablar a renglón seguido con Edarra y con otra Sabia, una mujer esbelta de cabello rubio, cuyo nombre desconocía Perrin. Ojalá pudiera saber de qué hablaban. Pasaron caminando cerca y, aunque aquellos tres rostros no manifestaron el más mínimo cambio, los olores eran harina de otro costal. Cuando la mirada de Sorilea se deslizó sobre las Aes Sedai, el olor de la mujer se tornó frío y distante, severo y resuelto, y, cuando les dijo algo a las otras dos, los efluvios de éstas sufrieron un cambio hasta igualar el de la Sabia de más edad.

—Buena se está preparando, maldita sea —gruñó.

—¿Algún problema? —preguntó Aram, que se sentó más erguido sobre los talones y situó la mano de manera que podría llevarla rápidamente a la empuñadura de la espada, con el pomo en forma de cabeza de lobo, y que asomaba por detrás de su hombro. Se había vuelto muy diestro con aquella espada en muy poco tiempo, y no tenía reparos en utilizarla.

—No, no ocurre nada, Aram. —No era exactamente una mentira. Sacado bruscamente de sus cavilaciones, Perrin miró realmente a los demás por primera vez. A todos ellos en conjunto. No le gustaba lo que veía, y las Aes Sedai sólo eran una parte.

Cairhieninos y mayenienses observaban con recelo a los Aiel, y éstos les pagaban con la misma moneda, en especial a los cairhieninos. Eso no era de sorprender. Después de todo, los Aiel tenían cierta reputación de no ser muy amistosos con cualquiera que hubiese nacido a ese lado de la Columna Vertebral del Mundo, y con los cairhieninos con quien menos. La pura verdad era que Aiel y cairhieninos se odiaban hasta donde era posible odiar. Ni los unos ni los otros habían olvidado realmente su enemistad; todo lo más, la tenían sujeta con una correa floja. Empero, hasta ese momento Perrin había estado convencido de que la mantendrían a raya. Aunque sólo fuera por Rand. Pero había un ambiente raro en el campamento, una tensión en el aire que ejercía una gran presión en todos. Rand estaba libre ahora, y, a la postre, las alianzas temporales eran exactamente eso, temporales. Los Aiel sopesaban sus lanzas cuando miraban a los cairhieninos, y éstos toqueteaban sus espadas con aire sombrío. Lo mismo que los mayenienses; no tenían nada en contra de los Aiel, nunca habían luchado contra ellos excepto en la Guerra Aiel, cuando lo hizo todo el mundo, pero si la cosa desembocaba en un conflicto no cabía duda de parte de quién se pondrían. Probablemente los hombres de Dos Ríos también.

Sin embargo, el talante sombrío había calado más en los Asha'man y en las Sabias. Los hombres de negro hacían tan poco caso de las Doncellas y los *siswai'aman* como de cairhieninos, mayenienses u hombres de Dos Ríos. Por el contrario, observaban a las Sabias con igual hosquedad que a las Aes Sedai. Seguramente para ellos no había diferencia entre unas y otras siendo mujeres que encauzaban. Todas podían ser enemigas y peligrosas; trece juntas representaban un peligro mortal, y había más de noventa Sabias en el campamento o en los alrededores. No llegaban a la mitad del número de Asha'man presentes, pero aun así bastaban para hacer mucho daño si se lo proponían. Mujeres capaces de encauzar y que no obstante parecían seguir a Rand.

Por su parte, las Sabias miraban a los Asha'man con sólo un poquito menos de frialdad que a las Aes Sedai. Los Asha'man eran hombres que encauzaban, pero que seguían a Rand; seguían a Rand, pero... Rand era un caso especial. Según Gaul, el hecho de que pudiera manejar el Poder Único no se mencionaba en las profecías sobre su *Car'a'carn,* aunque los Aiel actuaban como si ese factor enojoso no existiera. Sin embargo, los Asha'man no aparecían en esas profecías. Debía de ser como descubrir que había una manada de leones rabiosos luchando en el bando propio. ¿Cuánto tiempo se mantendrían leales? Quizá lo mejor sería sacrificarlos ahora.

Perrin recostó la cabeza en la rueda de la carreta, los ojos cerrados, y su pecho se agitó

con una risa silenciosa, amarga. El Cenit de Chasaline, recordar las cosas buenas. «Así la Luz me abrase —pensó, desabrido—. Tendría que haberme ido con Rand.» No, más valía saber las cosas, y cuanto antes mejor. Pero ¿qué demonios podía hacer él? Si los Aiel y los cairhieninos y los mayenienses se enzarzaban o, peor aún, si lo hacían los Asha'man y las Sabias... Un pozo lleno de serpientes, y el único modo de descubrir cuáles eran venenosas era metiendo la mano. «Luz, ojalá estuviera en casa, con Faile, y una buena forja donde trabajar, y sin que nadie me llame con ese jodido título a cada paso.»

—Vuestro caballo, lord Perrin. No dijisteis si preferíais a *Brioso* o a *Recio,* así que he ensillado a...

La feroz mirada de los dorados ojos de Perrin hizo enmudecer a Kenly Maerin, que se echó hacia atrás, pegándose contra el semental pardo que sujetaba por las riendas. Perrin hizo un ademán para sosegar al joven. No era culpa de Kenly. Lo que no podía enmendarse tenía que aguantarse.

—Tranquilo, muchacho, hiciste lo correcto. *Brioso* me servirá. Elegiste bien.

Detestaba hablar así a Kenly. Bajo y fornido, el chico apenas tenía edad para casarse o marcharse de casa; ni era lo bastante mayor para esa barba despareja, a retazos, que estaba intentando dejarse crecer para imitarlo. Aun así, había luchado contra los trollocs en Campo de Emond, y el día anterior se había desenvuelto bien. El chico sonrió de oreja a oreja ante la alabanza de lord Perrin Ojos Dorados.

Éste se levantó, cogió el hacha que había dejado apoyada debajo de la carreta, fuera de su vista y de su mente durante un rato, y metió el mango por la presilla de cuero del cinturón. La pala era una media luna de acero cuyo peso quedaba equilibrado con un pincho grueso y curvo que salía hacia el lado opuesto; un objeto pensado y creado exclusivamente para matar con él. El tacto del mango le resultaba demasiado familiar para que Perrin se sintiera a gusto. ¿Recordaba siquiera lo que era sentir en las manos un buen martillo de herrero? Había otras cosas aparte del «lord Perrin» que quizá ya era demasiado tarde para cambiar. Una vez un amigo le había dicho que conservara el hacha sólo hasta que empezara a gustarle usarla. La idea hizo que un escalofrío le recorriera la espalda a despecho del calor.

Subió a la silla, y Aram hizo lo propio en la del caballo gris; se quedó montado de cara al sur, hacia el centro del círculo de carretas. Loial, que debía de sacar casi un metro al Aiel más alto, entraba en ese momento en el círculo, pasando cuidadosamente por encima de las lanzas de las carretas. Con su tamaño, tenía el aspecto de poder romper una de aquellas gruesas varas de madera con sólo pisarla. Como siempre, el Ogier llevaba un libro en las manos, y señalaba la página con uno de sus gruesos dedos; en los inmensos bolsillos de su chaqueta se marcaban las formas de más libros. Había pasado la mañana en un pequeño soto que él describió como apacible y umbrío; pero, hubiera más o menos sombra bajo aquellos árboles, lo cierto es que el calor también lo estaba afectando a él. Tenía aspecto de cansado, y llevaba la chaqueta desabrochada, la camisa con las lazadas sueltas y las botas enrolladas hasta debajo de las rodillas. O quizá fuera algo más que el calor. Nada más entrar en el círculo de carretas Loial se detuvo para mirar a las Aes Sedai y los Asha'man, y sus copetudas orejas se agitaron con nerviosismo. Los ojos, grandes como tazas, giraron hacia las Sabias, y las orejas volvieron a vibrar. Los Ogier percibían fácilmente el ambiente de un lugar.

Al ver a Perrin cruzó a zancadas el espacio que los separaba. Montado en *Brioso* Perrin medía dos o tres palmos menos que Loial de pie.

—Perrin —susurró el Ogier—, todo esto está mal. Y además es peligroso.

Para un Ogier podía considerarse un susurro, pero sonó como el zumbido de una abeja del tamaño de un mastín. Algunas Aes Sedai giraron la cabeza en su dirección.

—¿Puedes hablar un poco más alto? —musitó Perrin—. Creo que alguien en Andor no te ha oído. Al oeste de Andor.

Loial pareció sobresaltarse; después compuso una mueca pesarosa, y las largas cejas rozaron sus mejillas.

—No se me da bien lo de susurrar, ya lo sabes. —Esta vez, no parecía probable que alguien hubiera podido escucharlo claramente a más de tres metros—. ¿Qué vamos a hacer,

Perrin? Es un error retener Aes Sedai en contra de su voluntad. Un error y una locura también. Lo he dicho antes y lo vuelvo a decir. Y eso no es lo peor. Lo que flota en el aire aquí... En fin, sólo hace falta una chispa, y todo estallará como un carro lleno de fuegos artificiales. ¿Está Rand enterado de esto?

—No lo sé —contestó Perrin a las dos preguntas de su amigo. Al cabo de un momento el Ogier sacudió la cabeza, renuente.

—Pues alguien tiene que saberlo, Perrin. Alguien tiene que hacer algo.

Loial miró por encima de las carretas hacia el norte, y Perrin comprendió que ya no podía posponerlo más.

De mala gana hizo dar media vuelta a *Brioso.* Habría preferido seguir preocupado y rumiando a costa de las Aes Sedai y los Asha'man y las Sabias hasta quedarse calvo, pero lo que tenía que hacerse, tenía que hacerse. Punto. Conque pensar en las cosas buenas en el Cenit de Chasaline, ¿no?

Librodot

CAPÍTULO 2

El patio del carnicero

Al principio Perrin no miró ladera abajo, hacia donde tendría que cabalgar, donde tendría que haber ido con Rand esa mañana. Con todo, se quedó junto a las carretas, por dentro del círculo, y dirigió los ojos a cualquier otra parte, aunque el panorama en cualquier dirección le daba náuseas. Era como recibir un mazazo en el estómago.

Mazazo. Diecinueve tumbas recientes en lo alto de un pequeño cerro, al este; diecinueve hombres de Dos Ríos que no volverían a ver su hogar. Un herrero rara vez tenía que presenciar que muriera gente por causa de una decisión suya. Los hombres de Dos Ríos habían obedecido sus órdenes, al menos. En caso contrario, habría habido más tumbas. Mazazo. Rectángulos de tierra removida recientemente alfombraban la loma siguiente; cerca de un centenar de mayenienses y aún más cairhieninos que habían ido a los pozos de Dumai para morir. Tanto daba las causas o las razones; habían seguido a Perrin Aybara. Mazazo. La ladera escarpada del oeste parecía hecha de tumbas, puede que mil o más. Un millar de Aiel, enterrados de pie, mirando cada amanecer. Un millar. Algunas eran Doncellas. La muerte de hombres le ponía un nudo en el estómago; la de mujeres lo hacía desear sentarse y romper a llorar. Intentó decirse que todos ellos habían elegido estar allí, que tenían que estar allí. Las dos cosas eran verdad, pero él había dado las órdenes, y eso lo hacía responsable de aquellas tumbas. No a Rand ni a las Aes Sedai. A él.

Los Aiel vivos habían interrumpido los cánticos por sus muertos hacía un rato; eran cantos inquietantes, que se recitaban fragmentados y quedaban prendidos en la memoria.

La vida es un sueño... que no conoce la sombra.
La vida es un sueño... de dolor y de congoja.
Un sueño del que... rogamos despertar.
Un sueño del que... despertamos al marchar.
¿Quién podría dormir... si un nuevo amanecer aguarda?
¿Quién podría dormir... cuando un dulce viento sopla?
Un sueño siempre se acaba... con la llegada del alba.
Este sueño del que... despertamos para marcharnos.

Parecían encontrar consuelo en esos cantos. Ojalá pudiera hallarlo él también, pero, por lo que sabía, a los Aiel no parecía importarles realmente vivir o morir, y eso era una locura. Un hombre cuerdo deseaba vivir. Cualquier hombre cuerdo se alejaría corriendo de una batalla tan lejos y tan deprisa como pudieran llevarlo las piernas.

Brioso sacudió y levantó la cabeza; los ollares se agitaron por los olores que llegaban de abajo. Perrin le palmeó el cuello. Aram esbozaba una sonrisa mientras contemplaba lo que Perrin intentaba no ver. El semblante de Loial estaba tan inexpresivo que podría haber sido una talla de madera. El Ogier movió levemente los labios y Perrin creyó oírle decir:

—Luz, no permitas que vuelva a ver nada igual.

Perrin respiró profundamente y se obligó a dirigir los ojos en aquella dirección, hacia los pozos de Dumai.

En ciertos aspectos no era tan malo como las tumbas —había conocido a algunas de aquellas personas desde la infancia— pero en cualquier caso fue como si todo se le viniera

encima a la vez, como si el olor se tornara sólido en su nariz y lo golpeara entre los ojos. Los recuerdos que había querido olvidar regresaron de golpe. Los pozos de Dumai habían sido un campo de batalla donde matar, donde morir, pero ahora era peor. A poco más de un kilómetro, los restos calcinados de las carretas rodeaban un pequeño soto y casi ocultaban los bajos brocales de piedra de los pozos. Y rodeando aquello...

Un mar negro y bullente, buitres, cuervos y cornejas a millares, alzando el vuelo en oleadas y posándose de nuevo, tapando como un manto la tierra fracturada. Por lo que Perrin daba las gracias. Los brutales métodos de los Asha'man habían despedazado cuerpos y tierra por igual, con indiferencia. Habían muerto tantos Shaido que se habría tardado varios días en enterrarlos, si es que alguien se hubiera preocupado por hacerlo, de modo que las aves carroñeras se estaban dando un festín. También se encontraban allí abajo los lobos muertos; Perrin habría querido enterrarlos, pero no era así como actuaban los lobos. Se habían hallado los cadáveres de tres Aes Sedai; su capacidad de encauzar no las había salvado de lanzas y flechas en la vorágine de la batalla. También hallaron los cuerpos de seis Guardianes, a quienes enterraron en el claro cercano a los pozos.

No eran las aves las únicas que acompañaban a los muertos. En absoluto. Oleadas de alas negras se alzaban por encima de lord Dobraine Taborwin y más de doscientos de sus jinetes cairhieninos, así como del teniente Havien Nurelle y el resto de sus mayenienses, aparte de los que se ocupaban de vigilar a los Guardianes. Los *con* de rombos blancos sobre fondo azul señalaban a los oficiales de Cairhien, salvo el propio Dobraine, y los petos rojos y las lanzas con banderines del mismo color de los mayenienses avanzaban en medio de la carnicería. Dobraine no era el único que sujetaba un trapo contra su nariz. Aquí y allí, un hombre se inclinaba a un lado de la silla para vomitar aunque ya había vaciado el estómago antes. Mazrim Taim, casi tan alto como Rand, con su chaqueta negra y los dragones azules y dorados trepando por las mangas, iba a pie, junto con unos cien Asha'man. Algunos de ellos también habían vomitado. Había Doncellas a decenas, más *siswai'aman* que cairhieninos, mayenienses y Asha'man juntos, y varias docenas de Sabias. Todo ello por la posibilidad de que los Shaido regresaran; o quizá por si alguno de los muertos sólo estaba fingiendo, aunque Perrin creía que cualquiera que fingiese ser un cadáver en ese sitio no tardaría en volverse loco de remate. Todo girando en torno a Rand.

Perrin tendría que haber estado allí abajo con los hombres de Dos Ríos. Rand había pedido su compañía, había hablado de la confianza en la gente de casa, pero Perrin no le prometió nada. «Tendrá que conformarse conmigo, y tarde», pensó. Al cabo de un momento, cuando consiguiera armarse de valor para bajar al patio del carnicero. Sólo que los cuchillos de un carnicero no descuartizaban personas, y eran más pulcros que las hachas, que los buitres.

Los trajes de los Asha'man se difuminaban con el mar de plumas negras —la muerte engullida por la muerte— y los cuervos y cornejas que alzaban el vuelo ocultaban a los demás, pero Rand destacaba con su camisa blanca, hecha jirones, que llevaba puesta cuando lo habían rescatado. Aunque tal vez para entonces ya no necesitaba ayuda para ser liberado. Perrin hizo una mueca al ver a Min, vestida con chaqueta de color rojo claro y polainas ajustadas, pegada a Rand. La joven no debería estar allí —ni ella ni nadie—, pero desde el momento del rescate no se había apartado de Rand, y se mantenía más cerca incluso que Taim. Rand se las había ingeniado para liberarse a sí mismo y a Min mucho antes de que Perrin y los Asha'man hubiesen conseguido llegar hasta él rompiendo el cerco, de modo que Perrin sospechaba que la muchacha sólo se sentía realmente segura al lado de Rand.

De vez en cuando, mientras caminaba por el campo de batalla convertido en osario, Rand le daba suaves palmaditas en el brazo e inclinaba la cabeza para hablar con ella, pero sin poner en ello toda su atención. Negras nubes de aves se agitaban a su alrededor; las más pequeñas se dirigían a otro lugar para seguir comiendo, mientras que los buitres se apartaban a regañadientes, negándose a alzar el vuelo, al tiempo que alargaban los cuellos pelados y lanzaban gritos desafiantes. De vez en cuando, Rand se agachaba junto a un cadáver, y en ocasiones de sus manos salía una descarga de fuego para abatir a los buitres que se resistían a

Librodot

apartarse de los cadáveres. Cada vez que pasaba esto, Nandera, que dirigía a las Doncellas, o Sulin, su segunda al mando, discutían con él. Las Sabias también lo hacían esporádicamente, a juzgar por el modo en que tiraban de la chaqueta del cadáver como para demostrar algo. Y Rand asentía con la cabeza y seguía caminando. Aunque no sin echar ojeadas hacia atrás; y sólo cuando otro cadáver llamaba su atención.

—¿Qué hace? —demandó una voz altanera junto al caballo de Perrin. Éste reconoció por el olor a la mujer que había hablado antes de bajar la vista hacia ella. Escultural y elegante con su traje de montar de seda verde y el guardapolvo de fino lino, Kiruna Nachiman era hermana del rey Paitar de Arafel y una noble poderosa por sí misma; convertirse en Aes Sedai no había contribuido precisamente a moderar sus modales. Absorto en lo que ocurría allí abajo, Perrin no la había oído acercarse—. ¿Por qué está metido ahí? No debería hacerlo.

No todas las Aes Sedai que había en el campamento estaban prisioneras, aunque las que gozaban de libertad no se habían dejado ver desde el día anterior; se habían dedicado a hablar entre ellas, intentando dilucidar lo ocurrido al final, sospechaba Perrin. Tal vez tratando de discurrir algún modo de resolverlo. Ahora habían vuelto a la carga, el grupo en pleno. Bera Harkin, otra Verde, estaba junto a Kiruna; su apariencia era la de una granjera a pesar de su intemporal rostro y su excelente vestido de lana, pero, a su modo, era tan altanera como la propia Kiruna. Esa supuesta granjera habría ordenado a un rey que se limpiara las botas antes de entrar en su casa, y lo habría hecho sin contemplaciones. Ellas dos, Kiruna y Bera, se encontraban al frente de las hermanas que habían ido a los pozos de Dumai con Perrin, o quizá se alternaban en el cargo. No estaba muy claro, cosa muy habitual con las Aes Sedai.

Las otras siete se habían parado a corta distancia, agrupadas como una bandada de perdices. O mejor dicho, como una manada de leonas, habida cuenta de su actitud de seguridad en sí mismas. Apostados detrás se encontraban sus Guardianes, y, si las hermanas eran la viva imagen de la serenidad de cara al exterior, los Gaidin mostraban su talante a las claras. Eran hombres dispares. Algunos llevaban aquellas capas de colores cambiantes que parecían volver invisibles partes de su cuerpo; pero, ya fueran bajos o altos, corpulentos o delgados, sin hacer otra cosa que estar allí plantados, daban la impresión de violencia refrenada únicamente por una correa desgastada.

Perrin conocía bien a dos de esas mujeres: Verin Mathwin y Alanna Mosvani. Verin pertenecía al Ajah Marrón; era baja y fornida, a veces con un aspecto casi maternal que se combinaba con una actitud aparentemente distraída, salvo cuando lo observaba a uno del modo en que haría un pájaro con un gusano. Alanna, de tez morena, esbelta y guapa, aunque últimamente se la veía algo demacrada por alguna razón, era una Verde. En total, de las nueve hermanas, cinco de ellas eran Verdes. En cierta ocasión, hacía ya tiempo, Verin le había dicho a Perrin que no confiara demasiado en Alanna, advertencia que él se había tomado muy en serio. Tampoco se fiaba de las demás, incluida la propia Verin. Lo mismo le ocurría a Rand, a pesar de que hubiesen luchado a su favor el día anterior y a despecho de lo que había sucedido al final. Algo que Perrin todavía no acababa de creer a pesar de haberlo visto con sus propios ojos.

Alrededor de doce Asha'man remoloneaban junto a una de las carretas, a unos veinte pasos de las hermanas. Un tipo con pinta de bravucón y rasgos duros, un tal Charl Gedwyn, tenía el mando esa mañana; mostraba un porte erguido, con aire arrogante. Todos lucían un alfiler de plata en forma de espada, prendido en el cuello de la chaqueta, y cuatro o cinco, además de Gedwyn, llevaban un dragón esmaltado, dorado y rojo, en el otro pico del cuello. Perrin suponía que tenía algo que ver con el rango. Había visto otros cuantos Asha'man con los dos alfileres. Aunque no actuaran como guardianes exactamente, lo cierto es que se las arreglaban para estar allí donde Kiruna y las demás se encontrasen. Como si estuviesen disfrutando de un período de descanso. Pero sin perderlas de vista. Por su parte, las Aes Sedai no se daban cuenta... aparentemente. Empero, las hermanas olían a cautela, desconcierto y cólera. Ello tenía que deberse, al menos en parte, a los Asha'man.

—¿Y bien? —En los oscuros ojos de Kiruna asomó un chispazo de impaciencia. A buen seguro pocas personas la hacían esperar.

—No lo sé —mintió mientras volvía a palmear el cuello de *Brioso*—. Rand no me cuenta todo.

Había deducido algo —o eso creía— pero no pensaba decírselo a nadie. Era Rand quien debía decidir si quería revelarlo o no. Todos los cuerpos que Rand se paraba a mirar pertenecían a Doncellas; Perrin estaba seguro de ello. Doncellas Shaido, sin duda, aunque no entendía bien qué importancia tenía para Rand que fueran de uno u otro clan. La noche pasada se había alejado de las carretas para estar solo, y cuando el sonido de las risas de los hombres, gozosos de seguir vivos, llegaba apagado a su espalda, encontró a Rand. El Dragón Renacido, que hacía temblar al mundo, estaba sentado en el suelo, solo en la oscuridad, los brazos ceñidos en torno a sí, meciéndose atrás y adelante.

Para Perrin, con su agudeza visual, la luz de la luna era casi tan intensa como la del sol, pero en ese momento habría deseado que lo envolviera la más profunda oscuridad. Rand tenía el rostro crispado y demacrado; era el semblante de un hombre que tiene ganas de gritar o tal vez de romper a llorar y que se está conteniendo con todas sus fuerzas. Fuera cual fuera el truco que las Aes Sedai utilizaban para que el calor no las afectara, Rand y los Asha'man también lo conocían, pero su amigo no lo estaba usando en ese momento. La temperatura nocturna habría sido la normal de un día de verano caluroso, y el sudor le corría a Rand por la cara tanto como a Perrin.

A pesar de que Perrin había hecho ruido al pisar la hierba reseca, Rand no miró hacia atrás; no obstante, habló con voz enronquecida, sin dejar de mecerse:

—Ciento cincuenta y una, Perrin. Ciento cincuenta y una Doncellas han muerto hoy. Por mí. Se lo prometí, ¿comprendes? ¡No discutas conmigo! ¡Cállate! ¡Vete! —A pesar de transpirar profusamente, Rand tembló—. No es a ti, Perrin. No es a ti. Tengo que mantener mis promesas, ¿entiendes? He de hacerlo, por mucho que me duela. Pero también debo mantener la promesa que me hice a mí mismo. Por mucho que duela.

Perrin trató de no pensar en la suerte que aguardaba a los hombres capaces de encauzar. Los afortunados morían antes de volverse locos; los que no tenían suerte, morían después. Tanto si Rand se encontraba entre los primeros o los segundos, todo dependía de él. Todo.

—Rand, no entiendo lo que dices, pero...

Rand no parecía estar escuchándolo. Siguió meciéndose adelante y atrás. Adelante y atrás.

—Isan, del septiar Jarra de los Chareen. Hoy murió por mí. Chuonde, del septiar Sierra Dorsal de los Miagoma. Hoy murió por mí. Agirin, de los Daryne...

Había hecho lo único que estaba en su mano; aguantar firme y escuchar a Rand recitar los ciento cincuenta y un nombres. Escuchar y esperar que Rand no estuviera perdiendo la razón.

Sin embargo, tanto si Rand estaba del todo cuerdo como si no, si una Doncella que había ido a luchar por él faltaba y seguía allí abajo, Perrin estaba convencido de que no sólo se la enterraría debidamente junto con las otras en la empinada ladera, sino que serían ciento cincuenta y dos los nombres de esa lista. Y que nada de eso incumbía a Kiruna. Ni eso ni sus dudas. Lo que importaba era que Rand estuviera cuerdo; o lo bastante cuerdo, en cualquier caso. Punto. ¡Luz, ojalá fuera así!

«¡Y así me abrase la Luz por pensarlo con tanta frialdad!»

Por el rabillo del ojo vio que la Aes Sedai apretaba los carnosos labios durante un instante. Le gustaba tan poco no saberlo todo como que la hicieran esperar. Habría sido toda una belleza, salvo porque su rostro era el de una persona acostumbrada a conseguir lo que quería. No es que tuviera una expresión enfurruñada, simplemente reflejaba una certeza absoluta de que cualquier cosa que quisiera era lo correcto, lo adecuado, lo que tenía que ser.

—Con tantos cuervos y cornejas reunidos en un sitio, tiene que haber cientos, tal vez miles, listos para informar a un Myrddraal de lo que han visto. —No hizo el menor esfuerzo para disimular su irritación; por su tono habríase dicho que la culpa de que las aves estuvieran

allí era de él—. En las Tierras Fronterizas los matamos en el acto. Tienes hombres a tus órdenes, y ellos tienen arcos.

Era verdad que cualquier cuervo o corneja podía ser un espía de la Sombra, pero lo invadió la rabia. La rabia y el hastío.

—¿Para qué? ¿De qué iba a servir? —Con tantas aves, los hombres de Dos Ríos y los Aiel podían disparar todas las flechas que tenían y seguiría habiendo espías que llevaran la información. Las más de las veces, resultaba imposible saber si el espía era el ave que uno había matado u otra que había huido volando—. ¿Es que no ha habido bastante matanza ya? Y habrá más a no tardar. ¡Luz, mujer, hasta los Asha'man están ahítos!

En el grupo de hermanas que los observaban se enarcaron muchas cejas. Nadie hablaba de ese modo a una Aes Sedai; ni siquiera un rey o una reina. Bera le asestó una mirada que ponía de manifiesto que se estaba planteando arrancarlo de la silla y darle de bofetadas. Con la vista fija todavía en la escena caótica de allí abajo, Kiruna se alisó la falda; su rostro mostraba una fría determinación. Las orejas de Loial se agitaron. El Ogier sentía un gran respeto, no exento de aprensión, por las Aes Sedai; casi el doble de alto que la mayoría de las hermanas, a veces se comportaba como si una de ellas pudiera pasar por encima de él sin darse cuenta si se ponía en su camino.

Perrin no le dio ocasión de hablar a Kiruna. Si uno le daba un dedo a una Aes Sedai, ella cogía todo el brazo, a no ser que decidiera coger más.

—Me habéis estado evitando todas, pero tengo que deciros unas cuantas cosas. Desobedecisteis las órdenes ayer. Si queréis llamarlo cambio de planes —prosiguió sin pausa cuando la vio abrir la boca—, hacedlo. Si es que creéis que con eso se suaviza lo ocurrido. —Se les había dicho a ella y las otras ocho que se quedaran con las Sabias, lejos de la batalla, protegidas por los hombres de Dos Ríos y los mayenienses. En lugar de eso, se habían lanzado de cabeza en lo más reñido del combate, en medio de hombres que intentaban hacerse picadillo con espadas y lanzas—. Llevasteis con vosotras a Havien Nurelle, y la mitad de los mayenienses murieron por ese motivo. No volveréis a actuar a vuestro capricho, sin consideración por la suerte de los demás. No estoy dispuesto a ver morir hombres sólo porque a vosotras se os ocurra de repente que hay un modo mejor de hacer las cosas, y al infierno con lo que piensen todos los demás. ¿Ha quedado claro?

—¿Has terminado, granjero? —El tono de Kiruna era peligrosamente tranquilo. El rostro que alzó hacia él podría muy bien haber estado tallado en hielo, y apestaba a vejación. A pesar de estar en el suelo, se las ingenió para dar la impresión de que lo miraba desde arriba. Y no era por ningún truco de Aes Sedai; Perrin había visto a Faile hacer lo mismo, y se barruntaba que la mayoría de las mujeres sabía cómo hacerlo—. Te diré algo, y lo haré de modo que hasta alguien con un mínimo de inteligencia sea capaz de entenderlo. Por los Tres Juramentos, ninguna hermana puede utilizar el Poder Único como un arma excepto contra Engendros de la Sombra o en defensa de su vida, la de sus Guardianes o la de otra hermana. Podríamos haber permanecido donde nos dejaste como meras espectadoras hasta la llegada del Tarmon Gai'don sin siquiera tener la oportunidad de hacer algo útil. Hasta que estuvimos en peligro. No me gusta tener que explicar mis actos, granjero, de modo que no me pongas en el brete de tener que hacerlo otra vez. ¿Ha quedado claro?

Las orejas de Loial se agitaban frenéticamente, y el Ogier miraba al frente con tanto empeño que saltaba a la vista que habría querido estar en cualquier otra parte excepto allí, hasta con su madre, que quería casarlo. Aram no podía tener la boca más abierta, y eso que siempre intentaba fingir que las Aes Sedai no le impresionaban en absoluto. Jondyn y Tod bajaron de la rueda en la que estaban encaramados con un aire en exceso indiferente; Jondyn tuvo la suficiente presencia de ánimo de alejarse caminando del lugar, pero Tod echó a correr, lanzando frecuentes ojeadas atrás.

La explicación de Kiruna sonaba razonable; probablemente fuera verdad. Mejor dicho, debido a otro de los Tres Juramentos, tenía que ser verdad. Sin embargo, había escapatorias. Como por ejemplo no decir toda la verdad o eludirla o darle la vuelta. Cabía en lo posible que las hermanas se hubiesen puesto en peligro adrede para así poder utilizar el Poder como arma,

pero Perrin se comería sus botas si no lo habían hecho con la idea de llegar junto a Rand antes que nadie. Lo que hubiera ocurrido después... A saber. Pero de lo que no le cabía duda era de que en los planes de las hermanas no se incluía nada de lo que pasó realmente.

—Viene hacia aquí —dijo Loial inesperadamente—. ¡Mirad! Rand viene. —Luego, bajando el tono, añadió—: Ten cuidado, Perrin. —Considerando que era Ogier, podía decirse que habló en un susurro. Seguramente Aram y Kiruna lo oyeron claramente, y quizá Bera, pero nadie más—. ¡A ti no te prometieron nada! —Su voz retomó el habitual timbre estruendoso—. ¿Crees que querrá contarme lo que pasó en el centro del campamento? Es por mi libro. —Estaba escribiendo un libro sobre el Dragón Renacido o, al menos, tomando notas—. A decir verdad, apenas vi nada una vez que empezó... la lucha. —Había estado al lado de Perrin en lo más reñido del combate, blandiendo un hacha cuyo mango era casi tan largo como él de alto; resultaba difícil reparar en cualquier cosa cuando se estaba luchando para seguir vivo. Si se juzgaba por lo que decía Loial, cualquiera diría que siempre se encontraba en cualquier otra parte cuando las cosas se ponían feas—. ¿Creéis que lo hará, Kiruna Sedai?

Kiruna y Bera intercambiaron una mirada y después, sin decir palabra, se dirigieron hacia donde aguardaban Verin y las demás. Siguiéndolas con la mirada, Loial soltó un suspiro que sonó como el viento soplando en una caverna.

—Debes tener cuidado, Perrin, te lo digo en serio —susurró—. Tienes la lengua muy suelta. —Sonó como un abejorro del tamaño de un gato en lugar de un mastín.

Perrin opinaba que todavía sería capaz de aprender a hablar en susurros si seguía estando cerca de Aes Sedai el tiempo suficiente. Con todo, hizo un ademán al Ogier para que se callara, para así poder escuchar. Las hermanas empezaron a hablar de inmediato, pero ni una sola sílaba llegó a oídos de Perrin. Obviamente habían levantado una barrera con el Poder Único.

Y también resultó obvio para los Asha'man, que pasaron en un visto y no visto de estar en actitud distendida a ponerse en alerta, todos ellos pendientes de las hermanas. No había modo de saber si habían aferrado el *Saidin,* la mitad masculina de la Fuente Verdadera, pero Perrin habría apostado *Brioso* a que lo habían hecho. Y, a juzgar por la mueca furiosa de Gedwyn, éste también se sentía dispuesto a utilizarlo.

Fuese cual fuese la barrera levantada por las Aes Sedai, la habían deshecho ya. Se volvieron y miraron ladera abajo, en silencio. Hubo intercambio de miradas entre los Asha'man, y finalmente Gedwyn hizo una seña y volvieron a su aparente indolencia. Parecía desilusionado. Perrin gruñó con irritación y se volvió a mirar hacia la base del cerro.

Rand subía la cuesta con Min cogida de su brazo; él le daba palmaditas en la mano y charlaba con ella. Una vez echó la cabeza atrás y rompió a reír, y Min hizo otro tanto, retirando los oscuros bucles que le caían sobre los hombros. Cualquiera lo habría tomado por un campesino que paseaba con su novia. Salvo que llevaba ceñida a la cadera su espada, y a veces pasaba la mano por la larga empuñadura. Y excepto porque Taim iba casi pegado a su otro brazo. Y porque las Sabias lo seguían muy de cerca. Y por los círculos formados por Doncellas y *siswai'aman,* cairhieninos y mayenienses que completaban la comitiva.

Qué alivio no haber tenido que bajar a aquel osario, después de todo; empero, tenía que advertir a Rand de las complejas enemistades que había advertido esa mañana. ¿Qué haría si Rand no le prestaba atención? Rand había cambiado desde que habían salido de Dos Ríos, y más desde que Coiren y esa pandilla lo habían raptado. No. Tenía que estar cuerdo.

Cuando Rand y Min entraron en el círculo de carretas, la mayoría del acompañamiento se quedó en el exterior, aunque no fueron pocos los que los acompañaron dentro, ni mucho menos. En realidad formaban un nutrido cortejo.

Taim lo seguía como si fuera su sombra, por supuesto; moreno, la nariz ligeramente ganchuda y en general lo que Perrin suponía que la mayoría de las mujeres consideraría apuesto. De hecho, unas cuantas Doncellas le habían dedicado miradas de soslayo y ojeadas no tan de pasada; eran atrevidas en ese tipo de cosas. Nada más entrar, Taim dirigió una mirada a Gedwyn, el cual sacudió la cabeza tan ligeramente que apenas se notó. Una mueca

Librodot

asomó al semblante de Taim, pero desapareció al instante.

Nandera y Sulin, naturalmente, iban pisándole los talones a Rand. A Perrin le extrañó que no hubiesen llevado otras veinte Doncellas. No dejaban que Rand se bañara siquiera a menos que hubiese Doncellas montando guardia alrededor de la tina, que Perrin supiera. No entendía que Rand aguantara algo así. Las dos llevaban el *shoufa* caído sobre los hombros, dejando descubierto el cabello, corto salvo por el mechón largo en la nuca. Nandera era una mujer nervuda, con más cabellos canosos que rubios, pero de algún modo sus duros rasgos resultaban atractivos, ya que no hermosos. Sulin —enjuta, con cicatrices, la piel curtida y el cabello blanco— hacía que Nandera pareciese bonita y casi dulce en comparación. También echaron un vistazo a los Asha'man sin dar la impresión de hacerlo, y después observaron a los dos grupos de Aes Sedai con igual circunspección. Los dedos de Nandera se movieron velozmente en el lenguaje de señas de las Doncellas. No por primera vez, Perrin deseó ser capaz de entenderlo, pero una *Far Dareis Mai* renunciaría a la lanza para casarse con un sapo antes que enseñar su lenguaje secreto a un hombre. Una Doncella en la que Perrin no había reparado antes, y que se hallaba sentada en cuclillas junto a una carreta a pocos pasos de Gedwyn, respondió de igual modo; lo mismo hizo otra que hasta ese momento había estado jugando a hacer cunitas con una hermana de lanza, cerca de los prisioneros.

Amys condujo a las Sabias al interior del círculo de carretas, y el grupo se quedó a un lado para hacer un aparte con Sorilea y otras cuantas que no habían abandonado el campamento. A despecho de que su rostro parecía demasiado joven en contraste con el cabello blanco, largo hasta la cintura, Amys era una mujer importante entre las Sabias, la segunda en rango después de Sorilea. No utilizaron trucos para cubrir su conversación, pero siete u ocho Doncellas formaron un círculo a su alrededor inmediatamente y comenzaron a canturrear entre dientes, para sí mismas. Algunas se sentaron, otras permanecieron de pie y unas cuantas se pusieron en cuclillas, cada cual a lo suyo y todas actuando como por casualidad, lo que sólo un necio habría creído.

Perrin suspiró y entonces cayó en la cuenta de que lo hacía con frecuencia, desde que se había mezclado con Aes Sedai y Sabias. Y también con Doncellas. Las mujeres en general le provocaban exasperación últimamente.

Dobraine y Havien, conduciendo por las bridas a sus caballos pero sin sus soldados, fueron los últimos en entrar en el círculo de carretas. Havien había visto por fin una batalla; Perrin se preguntó si estaría tan ansioso como antes de ver la siguiente. Más o menos de la misma edad que Perrin, ahora no parecía tan joven como dos días antes. Dobraine, con la parte frontal del largo cabello afeitada, al estilo del corte de pelo de los soldados de Cairhien, no era joven ni mucho menos, y desde luego la batalla del día anterior no había sido la primera en la que había participado, pero lo cierto es que también daba la impresión de haber envejecido, y parecía preocupado. Lo mismo que Havien. Los ojos de ambos buscaron a Perrin.

En otro momento, Perrin habría esperado para ver de qué querían hablar, pero ahora bajó de la silla, entregó las riendas de *Brioso* a Aram y a renglón seguido se encaminó hacia donde estaba Rand. Se le habían adelantado otros. Las únicas que no estaban hablando eran Sulin y Nandera.

Kiruna y Bera se habían acercado a Rand en el momento en que éste entró en el círculo de carretas, y cuando Perrin estuvo cerca del grupo oyó a Kiruna diciéndole con grandilocuencia:

—Rehusasteis ayer la Curación, pero es obvio para todas nosotras que aún estáis padeciendo grandes dolores, aunque Alanna no hubiese sido incapaz de levan... —Se interrumpió cuando Bera le tocó el brazo, pero de inmediato prosiguió, casi sin pausa—. Quizás hayáis cambiado de opinión ahora y queráis que os curemos. —La última frase sonó en un tono que fue como si hubiese dicho «quizás habéis recuperado el buen juicio».

—El asunto de las Aes Sedai tiene que solucionarse sin más demora, *Car'a'carn* —manifestó formalmente Amys, quitándole la palabra de la boca a Kiruna.

—Debería ponérselas a nuestro cuidado, Rand al'Thor —añadió Sorilea al mismo

tiempo que Taim decía:

—No es necesario solucionar el problema de las Aes Sedai, milord Dragón. Mis Asha'man saben cómo ocuparse de ellas. No habría dificultad para dejarlas confinadas en la Torre Negra.

Los oscuros y rasgados ojos del hombre se desviaron fugazmente hacia Kiruna y Bera, y Perrin comprendió de golpe, impresionado, que Taim se estaba refiriendo a todas las Aes Sedai, no sólo a las que ahora eran prisioneras. De hecho, aunque Amys y Sorilea miraron ceñudas a Taim, las ojeadas que asestaron a las dos Aes Sedai traslucían la misma intención.

Kiruna sonrió a Taim y a las Sabias, una mueca fría y apenas esbozada que quizá resultara un punto más dura cuando estuvo dirigida al hombre de chaqueta negra, pero no parecía haberse dado cuenta todavía de sus intenciones. Bastaba con que fuera quien era. Lo que era.

—En estas circunstancias —manifestó fríamente—, estoy segura de que Coiren Sedai y las otras se comprometerán conmigo y aceptarán que sea su fiadora para obtener la libertad bajo palabra. No tenéis necesidad de volver a preocuparos más por...

Los otros hablaron todos a la vez:

—Esas mujeres no tienen honor —arguyó Amys con desprecio, y ahora sí dejó muy claro que las incluía a todas—. ¿Qué valor puede tener su palabra?

—Son *da'tsang* —proclamó Sorilea con voz severa, como si pronunciara una sentencia.

Bera la miró con el entrecejo fruncido. A Perrin la palabra le sonó a la Antigua Lengua —de nuevo, tuvo la sensación de que debería conocer el término— pero no comprendía por qué la Aes Sedai reaccionaba poniendo ceño. Ni por qué Sulin asentía en conformidad con la Sabia, que continuó, imparable como una roca, rodando cuesta abajo:

—No merecen más consideración que cualquier...

—Milord Dragón —intervino Taim con la actitud de quien expone lo obvio—, sin duda querréis que las Aes Sedai, todas ellas, estén a cargo de personas de vuestra confianza, que dispongan de conocimientos y medios para ocuparse de ellas, y ¿quién mejor que...?

—¡Basta! —gritó Rand.

Todos enmudecieron al instante, pero sus reacciones fueron muy distintas. El semblante de Taim se quedó vacío de expresión, aunque olía a cólera. Amys y Sorilea intercambiaron una mirada y se ajustaron los chales casi a una; también sus olores eran idénticos, y acordes con la firme resolución de sus rostros. Querían lo que querían y estaban dispuestas a tenerlo, ni que lo dijera el *Car'a'carn* ni que no. También hubo una mirada compartida entre Kiruna y Bera, tan plena de significado que Perrin deseó ser capaz de interpretarlas del mismo modo que su nariz hacía con los olores. Sus ojos veían dos Aes Sedai serenas, con pleno dominio de sí mismas y de cualquier otra cosa que quisieran controlar; su nariz olía dos mujeres en un estado de ansiedad y no poco asustadas. De Taim, era seguro. Las mujeres parecían creer que todavía podían vérselas con Rand, de un modo u otro, y con las Sabias, pero Taim y los Asha'man les tenían metido el miedo en el cuerpo.

Min tiró de la manga a Rand; la muchacha había estado observando a todos, sin perder detalle, y olía casi tan preocupada como las hermanas. Él le palmeó la mano mientras asestaba una mirada furibunda a todos los demás. Incluido Perrin, cuando éste hizo intención de abrir la boca. Todo el campamento estaba pendiente de ellos, desde los hombres de Dos Ríos hasta las Aes Sedai prisioneras, aunque sólo había unos pocos Aiel lo bastante cerca para poder oír lo que decían. La gente estaba pendiente de Rand, sí, pero tendía a mantenerse a una prudente distancia de él si podía.

—Las Sabias se ocuparán de las prisioneras —manifestó finalmente Rand, y de repente Sorilea emitió un olor tan intenso a satisfacción que Perrin no pudo menos de frotarse la nariz. Taim sacudió la cabeza, exasperado, pero Rand se volvió hacia él y lo miró directamente a los ojos antes de que el hombre pudiera decir nada. Había metido un pulgar por el cinturón de la espada, junto a la hebilla dorada con forma de dragón, y tenía los nudillos blancos a causa de la fuerza con que la aferraba; la otra mano toqueteaba la oscura vaina de piel de jabalí.

»Se supone que los Asha'man deben entrenarse, e incorporar nuevos reclutas a sus filas,

no encargarse de la custodia de nadie. Especialmente de Aes Sedai.

Perrin sintió que el pelo de la nuca se le erizaba al captar el olor que exhalaba Rand cuando miraba a Taim: odio, y un punto de miedo. Luz, tenía que estar cuerdo.

—Como ordenéis, milord Dragón. —Taim hizo una inclinación de cabeza breve y renuente.

Min echó una ojeada inquieta al hombre de negro y se acercó más a Rand. Kiruna olía a alivio, pero tras mirar de nuevo a Bera se puso más erguida, recobrada su firme tenacidad.

—Estas Aiel son bastante diestras, y algunas habrían sacado mucho partido de sus poderes si hubiesen acudido a la Torre, pero no podéis dejar en sus manos a unas Aes Sedai, así como así. ¡Es inaudito! Bera Sedai y yo nos...

Rand levantó una mano y la mujer enmudeció de golpe. Tal vez fuera la mirada del hombre, fría y dura como gemas azulgrisáceas. O tal vez fue lo que quedó claramente a la vista, a través de la manga rota de la camisa: uno de los dragones rojos y dorados que se enroscaban alrededor de sus antebrazos. La marca resplandecía con la luz del sol.

—Todas me habéis jurado lealtad, ¿no es así? —inquirió.

Los ojos de Kiruna se desorbitaron como si algo la hubiese golpeado en la boca del estómago.

Al cabo de un momento, asintió, bien que a regañadientes. Tenía la misma expresión incrédula que traslucía el día anterior, cuando se arrodilló junto a los pozos al final de la batalla y juró, por la Luz y por su esperanza de salvación y renacimiento, obedecer al Dragón Renacido y servirlo hasta que la Última Batalla llegara y terminara. Perrin comprendía la conmoción de la mujer. A pesar de los Tres Juramentos, si Kiruna lo hubiese negado ahora, Perrin habría dudado si su memoria le era fiel, tan increíble resultaba la escena. Nueve Aes Sedai de rodillas, los semblantes aterrados por las palabras que salían de sus labios, apestando a incredulidad. Ahora mismo, las comisuras de la boca de Bera se curvaban hacia abajo como si la mujer acabara de morder una ciruela amarga.

Un Aiel llegó junto al pequeño grupo; era un hombre más o menos igual de alto que Rand, el rostro curtido y pinceladas grises en el cabello rojo oscuro, que saludó a Perrin con un gesto de cabeza y tocó levemente a Amys en el brazo. La Sabia apretó su mano un momento como respuesta. Rhuarc era su esposo, pero una muestra de afecto así era todo lo más que los Aiel se permitían en público. También era jefe de clan de los Taardad Aiel —él y Gaul eran los únicos varones que no llevaban ceñida la cinta de los *siswai'aman*— y desde la noche anterior Rhuarc y un millar de lanzas habían estado fuera, de patrulla.

Hasta un ciego habría notado el talante de Rand, y Rhuarc no era estúpido.

—¿Es un buen momento, Rand al'Thor? —Cuando Rand hizo un ademán invitándolo a hablar, continuó—. Los perros Shaido aún siguen huyendo hacia el este tan deprisa como pueden correr. Vi hombres con chaquetas verdes hacia el norte, pero nos evitaron, y tú dijiste que los dejásemos ir a menos que nos causaran problemas. Creo que están recogiendo a todas las Aes Sedai que escaparon. Los acompañaban varias mujeres. —Los azules ojos dirigieron una mirada fría y dura como el hielo a las dos Aes Sedai. Antaño, Rhuarc había demostrado gran miramiento hacia las Aes Sedai, como todos los Aiel, pero aquello había acabado el día anterior, si no antes.

—Buenas noticias. Habría dado casi cualquier cosa por coger a Galina, pero, aun así, son buenas noticias. —Rand volvió a tocar la empuñadura de su espada, sacándola apenas de la oscura vaina, al parecer en un gesto inconsciente. Galina, una Roja, había estado al mando de las hermanas que lo habían capturado, y, si en ese momento se mostraba sosegado al hablar de ella, el día anterior había tenido un estallido de furia al saber que había escapado. Incluso ahora su calma era gélida, de la que suele ocultar una ardiente ira, y el olor que emitía hizo que a Perrin se le pusiera piel de gallina—. Van a pagarlo. Sin excepción.

Imposible saber si se refería a los Shaido o a las Aes Sedai que habían escapado o a ambos grupos.

Bera movió la cabeza con inquietud, y Rand puso de nuevo su atención en ella y en Kiruna.

—Jurasteis fidelidad, y me fío de ello. —Levantó la mano y puso el índice y el pulgar casi tocándose para mostrar hasta dónde llegaba su confianza—. Las Aes Sedai siempre saben más que nadie, o eso creen. De modo que daré por sentado que haréis lo que yo diga, pero ni siquiera os daréis un baño sin mi permiso. O el de una Sabia.

En esta ocasión fue Bera la que pareció haber recibido un golpe. Sus ojos, castaño claro, pasaron de Amys a Sorilea trasluciendo sorpresa e indignación, y Kiruna tembló por el esfuerzo de no hacer lo mismo. Las dos Sabias se limitaron a ajustarse los chales, pero de nuevo los efluvios de ambas fueron idénticos. La satisfacción emergía a oleadas de las dos mujeres; una satisfacción inflexible, torva. Perrin pensó que por suerte las Aes Sedai no tenían su agudeza olfativa, o en caso contrario habrían estado más que dispuestas a luchar en ese mismo instante. O quizás a echar a correr y al infierno con la dignidad. Eso es lo que habría hecho él en su lugar.

Rhuarc examinaba despreocupadamente la punta de una de sus lanzas. Esto era asunto de las Sabias, y siempre decía que no le importaba lo que éstas hicieran siempre y cuando no metieran las narices en los asuntos de los jefes de clan. Pero Taim... Hizo toda una exhibición de que lo traía sin cuidado, cruzándose de brazos y recorriendo con la mirada el campamento con aire aburrido, pero su olor era extraño, complejo. Perrin habría jurado que al hombre le hacía gracia la situación; indudablemente, estaba de mejor humor que antes.

—El juramento que prestamos —dijo por fin Bera al tiempo que plantaba los puños en las generosas caderas— basta para obligar a cualquiera salvo un Amigo Siniestro. —La entonación que dio a la palabra «juramento» era tan sombría como la que puso al pronunciar «Amigos Siniestros». No, desde luego no les gustaba nada lo que habían prometido—. ¿Cómo osáis acusarnos de...?

—Si sospechase algo así —espetó Rand—, estaríais de camino a la Torre Negra con Taim. Jurasteis obedecer. Bien, pues ¡hacedlo!

Durante unos segundos interminables, Bera vaciló; luego, en un momento, volvió a ser tan regia de la cabeza a los pies como cabía esperarse de una Aes Sedai. Que no era decir poco. Una Aes Sedai era capaz de hacer que, en comparación, una reina sentada en su trono pareciese una mujer de baja estofa.

Kiruna, por otro lado, tuvo que hacer un notable esfuerzo para conseguir recuperar el dominio de sí misma, y la actitud calmada que adoptó igualaba en dureza y crispación a su voz:

—¿Hemos, pues, de pedir «permiso» a estas «ilustres» Aiel para preguntar si ahora estáis dispuesto a que os curemos? Sé que Galina os trató duramente. Sé que no queda un solo centímetro de vuestro cuerpo, desde los hombros hasta las rodillas, sin marcas y verdugones. Acceded a la Curación. Por favor.

Hasta ese «por favor» sonó como parte de una orden. Min rebulló al lado de Rand.

—Deberías sentirte agradecido por tener esa posibilidad, como me pasó a mí, palurdo. No te gusta el dolor. Y alguien tiene que hacerlo o si no... —Esbozó una sonrisa traviesa que a Perrin le recordó a la Min de antes de ser secuestrada—. O si no te será imposible utilizar una silla de montar.

—A veces los jóvenes y los necios soportan sin necesidad un dolor como símbolo de su orgullo —comentó inopinadamente Nandera, sin dirigirse a nadie en particular—. Y de su estupidez.

—El *Car'a'carn* no es estúpido —abundó Sulin, cortante, también como si hablara con el aire—. Creo.

Rand sonrió tiernamente a Min y asestó una mirada mordaz a Nandera y a Sulin; pero, cuando volvió la vista hacia Kiruna, la dureza había retornado a sus ojos.

—De acuerdo. —Se adelantó, al tiempo que añadía—: Pero no lo harás tú.

El rostro de la mujer se tornó tan tenso que pareció a punto de resquebrajarse. Los labios de Taim se movieron levemente en una mueca socarrona y el hombre avanzó para no apartarse de Rand, pero éste, sin quitar los ojos de Kiruna, alzó bruscamente una mano para detenerlo.

Librodot

—Lo hará ella. Acércate, Alanna —ordenó.

Perrin dio un respingo. Rand había señalado con el dedo exactamente hacia donde se encontraba Alanna aunque en ningún momento había mirado en esa dirección. Aquello removió algo en un rincón de su memoria, pero no logró determinar qué era. Por lo visto también sorprendió a Taim. El semblante del hombre se convirtió en una máscara impasible, pero los oscuros ojos fueron alternativamente de Rand a Alanna, y el único término con que podía calificar su olor era «perplejo».

También Allana dio un respingo. Fuera por la razón que fuera, la mujer había tenido los nervios a flor de piel desde que se había unido a Perrin de camino hacia allí, su máscara de serenidad reducida, en el mejor de los casos, a una mera capa de barniz. Ahora se alisó la falda, asestó una mirada desafiante a Kiruna y a Bera, nada menos, y se desplazó hasta encontrarse delante de Rand. Las otras dos hermanas la observaron como harían unas maestras que quieren asegurarse de que su alumna va a actuar respondiendo a sus expectativas pero poco convencidas de que lo hará. Lo cual no tenía sentido. Una u otra podía tener el mando del grupo, pero Alanna era Aes Sedai, como ellas. Todo lo cual ahondó las sospechas de Perrin. Mezclarse con Aes Sedai era igual que vadear los arroyos del Bosque de las Aguas, cerca de La Ciénaga. Por mansa que pareciera la superficie del agua, las fuertes corrientes del fondo podían hacer que uno perdiera pie, y arrastrarlo. Y allí, a cada momento, parecían surgir más corrientes subyacentes, y no todas provenían de las hermanas.

De manera sorprendente, Rand tomó la barbilla de Alanna e hizo levantar la cabeza a la mujer. Sonó el siseo de una fuerte inhalación de estupor: era Bera, y Perrin, por una vez, coincidía con ella. Rand jamás se habría mostrado tan atrevido con una muchacha en un baile de Campo de Emond, y Alanna no era precisamente una muchacha que había acudido a un baile. Del mismo modo sorprendente, la reacción de la mujer fue ruborizarse y emitir un fuerte olor a incertidumbre. Las Aes Sedai no se sonrojaban, por lo que Perrin sabía, y, desde luego, nunca se sentían inseguras.

—Cúrame —dijo Rand; era una orden, no una petición. El sonrojo de Alanna se acentuó, y en su olor se mezcló una pizca de rabia. Sus manos temblaban cuando las alzó para coger entre ellas la cabeza de Rand.

En un gesto inconsciente, Perrin se frotó la palma de la mano, donde la lanza de un Shaido le había abierto un tajo el día anterior. Kiruna le había curado varios cortes, y ya había experimentado la Curación en otras ocasiones. Era como si lo zambulleran a uno de cabeza en un estanque helado; dejaba sin respiración, tembloroso y con las rodillas flojas. Y también hambriento, por lo general. Sin embargo, la única señal que dio Rand de que había ocurrido algo fue un leve estremecimiento.

—¿Cómo puedes aguantar el dolor? —le susurró Alanna.

—Entonces, has acabado ya —dijo él mientras le retiraba las manos. Y se dio media vuelta sin pronunciar una palabra de agradecimiento. Entonces se detuvo, como si estuviese a punto de hablar, medio vuelto para mirar hacia los pozos de Dumai.

—Se ha encontrado a todas, Rand al'Thor —informó suavemente Amys.

Él asintió una vez, y una segunda, ésta con más brío.

—Es hora de partir. Sorilea, ¿quieres ocuparte de designar a las Sabias que vayan a relevar a los Asha'man en la vigilancia de las Aes Sedai? Y también las que acompañen a Kiruna y... mis otras vasallas. —Esbozó una breve sonrisa—. No querría que incurrieran en falta por ignorancia.

—Se hará como dices, *Car'a'carn.* —La Sabia de rostro curtido se ajustó el chal mientras se dirigía a las tres hermanas—. Reuníos con vuestras amigas mientras encuentro a alguien que os lleve de la mano. —No era de extrañar que Bera frunciera el ceño, indignada, y que Kiruna pareciera una estatua de hielo. Alanna bajó la vista al suelo, resignada, casi huraña. Pero Sorilea no estaba dispuesta a consentir niñerías. Dio unas fuertes palmas y empezó a agitar las manos como quien espanta gallinas—. ¿Y bien? ¡Moveos! ¡Moveos!

De mala gana, las Aes Sedai se dejaron conducir, aunque consiguiendo que diera la impresión de que simplemente iban a donde querían. Amys se acercó a Sorilea y le susurró

algo que Perrin no alcanzó a oír. Pero, por lo visto, las Aes Sedai sí. Se frenaron de golpe y tres rostros realmente estupefactos se volvieron hacia las Sabias. Sorilea se limitó a dar palmas otra vez, más fuertes que antes, y repitió los movimientos de las manos con mayor entusiasmo.

Perrin se rascó la barba; sus ojos encontraron los de Rhuarc. El jefe de clan sonrió débilmente y se encogió de hombros. Asuntos de las Sabias. Él lo aceptaba así; los Aiel eran tan fatalistas como los lobos. Perrin echó un vistazo a Gedwyn. El tipo estaba observando cómo Sorilea sermoneaba a las Aes Sedai. No, era a las hermanas a las que observaba; parecía un zorro mirando las gallinas que están dentro del corral, justo fuera de su alcance. «Las Sabias han de ser mejor que los Asha'man. Tienen que serlo.»

Si Rand se percató de los trasfondos de la escena, hizo caso omiso.

—Taim, lleva de vuelta a los Asha'man a la Torre Negra tan pronto como las Sabias se hayan hecho cargo de las prisioneras. A renglón seguido. No olvides estar ojo avizor para descubrir a cualquier hombre que aprenda demasiado deprisa. Y recuerda lo que he dicho sobre reclutar más.

—¿Cómo podría olvidarlo, mi señor Dragón? —repuso secamente el hombre de negro—. Dirigiré personalmente esa expedición. Pero, si se me permite sacar de nuevo el tema... Necesitáis una guardia de honor adecuada.

—Ya lo hemos discutido —replicó, cortante, Rand—. Quiero que los Asha'man se dediquen a tareas más importantes. Si es que necesito una guardia personal, la que yo he elegido me sirve. Perrin, ¿quieres...?

—Milord Dragón —interrumpió Taim—, necesitáis más que unos pocos Asha'man cerca de vos.

Rand giró la cabeza hacia Taim. Su rostro no tenía nada que envidiar al de cualquier Aes Sedai en lo referente a no traslucir nada, pero su olor hizo que Perrin sintiera la necesidad de echar las orejas hacia atrás. La intensa ira desapareció de repente para dar paso a la curiosidad y la cautela, la primera leve y tanteante, la otra, brumosa como niebla; entonces, una furia violenta y mortífera barrió de un plumazo las dos. Rand sacudió la cabeza ligeramente, y su olor se tornó resolución inflexible. Nadie cambiaba el olor tan deprisa. Nadie.

Taim, por supuesto, sólo contaba con los ojos para saber a qué atenerse, y lo único que le mostraban era que Rand había sacudido la cabeza, aunque apenas.

—Pensadlo bien. Habéis elegido cuatro Dedicados y cuatro soldados. Deberían ser Asha'man.

Perrin no lo entendió; creía que todos ellos eran Asha'man.

—¿Acaso piensas que no sabré enseñarles tan bien como tú? —El tono de Rand era suave; el susurro de una cuchilla de acero al deslizarse en la vaina.

—Creo que el lord Dragón está demasiado ocupado para dedicarse a dar lecciones —contestó Taim, sosegado, pero el olor a cólera había surgido de nuevo en él—. Y que es demasiado importante para esa tarea. Coged hombres que necesiten el mínimo de aprendizaje. Puedo escoger los más adelantados entre...

—Uno —lo cortó Rand—. Y lo escogeré yo.

Taim sonrió al tiempo que extendía las manos en un ademán aquiescente, pero el olor a frustración casi ahogó el efluvio a ira. De nuevo, Rand señaló sin mirar.

—Él. —Esta vez Taim pareció sorprendido al descubrir que estaba señalando directamente a un hombre de mediana edad, sentado en un barril vuelto, al otro lado del círculo de las carretas, sin prestar ninguna atención al grupo que rodeaba a Rand. Con el codo apoyado en la rodilla y la barbilla reposando en la palma de la mano, el soldado miraba con el entrecejo fruncido a las Aes Sedai prisioneras. La espada y el dragón brillaban en el alto cuello de su chaqueta negra—. ¿Cómo se llama?

—Dashiva —contestó lentamente Taim, que estudiaba el semblante de Rand. Olía más sorprendido incluso que Rand, y también irritado—. Corlan Dashiva. Viene de una granja de las Colinas Negras.

Librodot

—Servirá —dijo Rand, pero no parecía muy convencido.

—Dashiva está ganando fuerza rápidamente, pero las más de las veces está en las nubes. Y, cuando no es así, tampoco tiene los pies en la tierra del todo. Tal vez sea sólo un soñador, o tal vez la contaminación del *Saidin* ya está afectándole al cerebro. Será mejor que escojáis a Torvil o a Rochaid o...

La oposición de Taim bastó para borrar de un plumazo las dudas de Rand.

—He dicho que Dashiva servirá. Adviértele que vendrá conmigo y después entrega las prisioneras a las Sabias y vete. No tengo intención de pasarme todo el día aquí, discutiendo. Perrin, haz que todos se preparen para ponerse en marcha. Búscame cuando todo esté dispuesto.

Sin añadir una palabra más echó a andar, con Min colgada de su brazo y Nandera y Sulin siguiéndolo como su sombra. Los oscuros ojos de Taim centellearon; después, también echó a andar al tiempo que llamaba a voces a Gedwyn y Rochaid, Torvil y Kisman. Los hombres de negro corrieron hacia él.

Perrin hizo una mueca. Con tantas cosas que tenía que decirle a Rand y no había abierto la boca una sola vez. En realidad, quizá sería mejor hacerlo lejos de Aes Sedai y Sabias. Y de Taim.

A decir verdad, no tuvo mucho que hacer. Se suponía que tenía el mando puesto que había organizado el rescate, pero Rhuarc sabía lo que había que hacer mejor de lo que él sabría nunca, y una palabra de Dobraine y de Havien bastó para poner en movimiento a cairhieninos y mayenienses. Aún querían decirle algo, pero no lo hicieron hasta que estuvieron solos y Perrin les preguntó qué pasaba.

—Lord Perrin —habló deprisa Havien—, es el lord Dragón. Ese empeño en buscar entre los cadáveres...

—Parece un tanto... exagerado —lo interrumpió Dobraine suavemente—. Nos preocupa, como podéis comprender. Es mucho lo que depende de él.

Puede que su aspecto fuera el de un soldado, y lo era, pero también era un lord cairhienino, empapado en el Juego de las Casas, con su cuidadoso e intencionado modo de hablar, como cualquiera de sus compatriotas.

Perrin, por el contrario, no participaba en ese juego.

—Sigue cuerdo —replicó sin andarse por las ramas.

Dobraine se limitó a asentir, como queriendo decir que por supuesto, y se encogió de hombros, insinuando que en ningún momento había tenido intención de preguntar tal cosa. Havien, sin embargo, se puso rojo como la grana. Siguiéndolos con la mirada mientras se dirigían hacia sus tropas, Perrin sacudió la cabeza. Esperaba no haber mentido.

Tras reunir a los hombres de Dos Ríos, les dijo que ensillaran los caballos y pasó por alto todas las reverencias, la mayoría de las cuales eran bruscas, como siguiendo un impulso repentino. Hasta Faile decía a veces que las gentes de Dos Ríos se excedían en las reverencias; también afirmaba que todavía estaban aprendiendo cómo comportarse con un lord. Pensó gritarles «yo no soy un lord», pero eso ya lo había hecho antes y no había funcionado.

Mientras los demás corrían hacia los animales, Dannil Lewin y Ban al'Seen se quedaron. Eran primos, ambos larguiruchos, y muy parecidos físicamente, excepto porque Dannil lucía un bigote grande, como cuernos vueltos hacia abajo, al estilo tarabonés, en tanto que Ban llevaba un bigotillo fino, a la moda de Arad Doman. Los refugiados habían llevado a Dos Ríos un montón de cosas nuevas.

—¿Esos Asha'man vienen con nosotros? —preguntó Dannil. Cuando Perrin respondió sacudiendo la cabeza, suspiró tan hondo, con tanto alivio, que el espeso bigote se agitó.

—¿Y las Aes Sedai? —inquirió, anhelante, Ban—. Ahora quedarán libres ¿no? Quiero decir, bueno, Rand está libre. Es decir, el lord Dragón. No pueden estar prisioneras. Son Aes Sedai.

—Vosotros dos, ocupaos de que todo el mundo esté listo para emprender la marcha —dijo Perrin—. Dejad que Rand se preocupe por las Aes Sedai.

Librodot

Ambos se encogieron, cortados. Hasta eso lo hacían igual. Dos dedos se alzaron para rascar el correspondiente bigote en ademán preocupado, y Perrin, que estaba haciendo lo mismo con su barba, retiró bruscamente la mano. Cuando un hombre hacía eso, daba la impresión de que tenía piojos.

En menos que se tarda en contar, el campamento bullía con gran ajetreo. Todo el mundo estaba esperando ponerse en marcha en cualquier momento, pero la gran mayoría tenía algo pendiente que hacer. Los sirvientes y conductores de carretas de las Aes Sedai cautivas acabaron de cargar apresuradamente los últimos bártulos y se pusieron a enganchar los tiros haciendo tintinear los arneses. Cairhieninos y mayenienses parecían estar en todas partes, revisando sillas de montar y bridas. *Gai'shain* desnudos corrían de un lado para otro a pesar de que los Aiel no parecían tener mucho que hacer para estar preparados.

Unos destellos de luz en la parte exterior del círculo de carretas anunciaron la partida de Taim y los Asha'man. Aquello hizo que Perrin se sintiera mucho mejor. De los nueve que se habían quedado, otro más aparte de Dashiva era de mediana edad, un tipo fornido con cara de campesino; y había otro, con apariencia de abuelo, que cojeaba levemente y cuyo escaso pelo era completamente blanco. Los demás eran más jóvenes, algunos incluso adolescentes; no obstante, todos ellos contemplaban el barullo con la impávida actitud de quien ha visto lo mismo una docena de veces. Se mantenían aparte de los demás, agrupados como una piña a excepción de Dashiva, que, a unos pocos pasos de ellos, miraba al vacío. Perrin recordó la advertencia de Taim respecto a ese tipo, y esperó que sólo estuviera soñando despierto.

Encontró a Rand sentado en una caja de madera, con los codos apoyados en las rodillas. Sulin y Nandera, en cuclillas, lo flanqueaban; ambas evitaban mirar deliberadamente la espada que Rand llevaba a la cadera. Sostenían las lanzas y las adargas de cuero con aparente despreocupación, pero vigilaban estrechamente a cualquiera que se moviera cerca de Rand, aunque estaba rodeado de gente que le era fiel. Min se hallaba a sus pies, sentada en el suelo con las piernas dobladas debajo, como una niña, y le sonreía.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Rand —dijo Perrin, acomodando el mango del hacha de manera que le permitiera agacharse apoyado sobre los talones.

No había nadie lo bastante cerca para oírlo aparte de Rand, Min y las dos Doncellas. Si Sulin y Nandera iban después corriendo a contarles a las Sabias lo que se disponía a decir, le daba igual. Sin más preámbulos, se lanzó a relatar todo lo que había observado a lo largo de la mañana. También lo que había captado a través de los olores, aunque sin decir cómo lo había advertido. Rand no se contaba entre los pocos que sabían lo suyo y lo de los lobos; el modo en que lo explicó daba a entender que todo lo había visto con sus propios ojos y oído con sus propios oídos. Lo de los Asha'man y las Sabias. Lo de los Asha'man y las Aes Sedai. Lo de las Sabias y las Aes Sedai. Toda la maraña de componentes inflamables como yesca que podían prenderse en cualquier momento si saltaba una chispa. No dejó fuera a los hombres de Dos Ríos.

—Están preocupados, Rand. Y, si a ellos les pasa eso, puedes dar por seguro que algún cairhienino está pensando hacer algo. O un teariano. Quizá simplemente ayudar a escapar a los prisioneros, o tal vez algo peor. Luz, no me cuesta nada imaginar a Dannil, Ban y cincuenta más ayudándolos a huir si supieran cómo hacerlo.

—¿De veras crees que lo otro sería peor? —inquirió quedadamente Rand, y a Perrin se le puso carne de gallina.

—Mil veces peor —respondió en un tono igualmente bajo, mirándolo directamente a los ojos—. No tomaré parte en un asesinato. Y, si tú lo haces, me interpondré.

El silencio se prolongó, la mirada de los ojos azulgrisáceos trabada en la de los ojos dorados, sin pestañear. Min, por su parte, los observó a ambos con el ceño fruncido y emitió un sonido exasperado.

—¡Menudo par de zoquetes! Rand, sabes que nunca darías una orden así y que tampoco permitirías que la diera nadie. Perrin, sabes que no lo haría. Ahora mismo quiero dejar de veros actuando como dos gallos de pelea en un corral.

Sulin soltó una risita entre dientes, pero Perrin deseaba preguntar hasta qué punto estaba

Librodot

segura de lo que había dicho, aunque no era algo que pudiera plantearse en ese momento. Rand se pasó los dedos por el pelo y luego sacudió la cabeza. Fue como si no estuviese de acuerdo con alguien que sólo él veía u oía; exactamente lo que haría un loco.

—Nunca es fácil, ¿verdad? —dijo Rand al cabo de unos segundos, con expresión triste—. La amarga verdad es que no sé cuál de las dos cosas sería peor. No tengo ninguna elección buena. Ellas se han ocupado de que sea así. —Su expresión era abatida, pero en su olor había una ardiente rabia—. Vivas o muertas, son una carga para mí, una losa que, en cualquiera de los dos casos, puede romperme la espalda.

Perrin siguió su mirada hasta las Aes Sedai prisioneras. Ahora estaban de pie y todas juntas, aunque aun así se las arreglaban para poner cierta distancia entre las tres que habían sido neutralizadas y el resto. Las Sabias que las rodeaban eran cortantes dándoles órdenes, a juzgar por los gestos que hacían y por los rostros tensos de las hermanas. Quizá las Sabias eran mejor que Rand para guardarlas, también. Ojalá estuviese seguro.

—¿Has visto algo, Min? —quiso saber Rand.

Perrin dio un respingo y dirigió una mirada de advertencia hacia Sulin y Nandera, pero Min rió suavemente. Recostada contra la rodilla de Rand en verdad parecía la Min que Perrin conocía, por primera vez desde que la había encontrado en los pozos.

—Perrin, lo saben. Las Sabias, las Doncellas, puede que todos los Aiel. Y no les importa.

La joven poseía un don que mantenía en secreto, como hacía él con lo de los lobos. A veces veía imágenes y halos en la gente, y en ocasiones sabía lo que significaban.

—No te imaginas lo que es vivir con eso, Perrin —dijo Min—. Tenía doce años cuando empezó, y no supe guardarlo en secreto. La gente pensaba que me lo inventaba todo. Hasta que dije que un hombre de la calle de al lado iba a casarse con una mujer con la que lo había visto; sólo que él ya estaba casado. Cuando huyó con ella, su esposa se plantó a la cabeza de una turba ante la puerta de mis tías, proclamando que yo era la responsable, que había utilizado el Poder Único con su marido o que les había dado a los dos alguna clase de poción. —Min sacudió la cabeza.

»No fue muy clara en sus acusaciones. Sólo quería echar la culpa a alguien. También se insinuó que yo debía ser una Amiga Siniestra. No hacía mucho, unos Capas Blancas habían pasado por la ciudad intentando encizañar a la gente. Total, que tía Rania me convenció para que dijera que los había oído hablar a escondidas, tía Miren prometió darme una zurra por propalar cuentos, y tía Jana dijo que me haría tragar una purga como escarmiento. No lo hicieron, claro. Sabían la verdad. Pero, si no hubiesen actuado con naturalidad, enfocando el asunto como la travesura de una niña, podría haber salido malparada, herida o incluso muerta. A casi nadie le gusta que alguien conozca cosas sobre su futuro; la mayoría no desea realmente saber lo que le espera, a menos que se trate de algo bueno. Ni siquiera mis tías querían. Pero para los Aiel soy una especie de Sabia honoraria.

—Algunas personas pueden hacer cosas que otras no pueden —apuntó Nandera, como si eso lo explicara todo.

Min volvió a reír y alargó la mano para tocar la rodilla de la Doncella.

—Gracias. —Se sentó sobre los talones y alzó los ojos hacia Rand. Cuando reía estaba radiante, y siguió estándolo después de ponerse seria. Seria y no muy complacida—. En cuanto a tu pregunta, no he visto nada que sea útil. Taim tiene sangre en su pasado y sangre en su futuro, pero cualquiera puede deducir eso. Es un hombre peligroso. Empieza a pasarles lo que a las Aes Sedai. —Una mirada de soslayo a Dashiva y a los otros Asha'man bastó para aclarar a quiénes se refería. Eran contadas las veces que aparecían imágenes alrededor de la mayoría de la gente, pero Min decía que las Aes Sedai y los Guardianes siempre tenían halos—. El problema es que lo veo todo borroso. Creo que se debe a que están asiendo el Poder. Ocurre lo mismo con las Aes Sedai, y es peor aún cuando están encauzando. Kiruna y esa pandilla tienen todo tipo de cosas alrededor, pero están tan juntas que las imágenes se... bueno, se mezclan en un revoltijo casi todo el tiempo. Y con las prisioneras resulta incluso más embrollado.

—Da igual las prisioneras —le dijo Rand.

—Pero, Rand, tengo la impresión de que hay algo importante. Sólo tengo que entresacarlo, distinguirlo. Necesitas saberlo.

—Cuando no se puede saber todo, hay que seguir adelante con lo que se tiene —enunció mordazmente Rand—. Al parecer nunca lo sé todo. Apenas lo imprescindible las más de las veces. Pero no queda más alternativa que continuar, ¿o sí? —No era en absoluto una pregunta.

Loial se acercó a grandes zancadas y, a pesar de que se lo notaba muy cansado, habló con voz enérgica:

—Rand, dicen que están preparados para emprender la marcha, pero me prometiste hablar conmigo cuando los hechos estuvieran todavía recientes. —De pronto sus orejas se agitaron en ademán azarado y su voz atronadora adquirió un dejo de disculpa—. Lo lamento; sé que no es algo agradable de recordar. Pero he de saberlo. Por el libro. Para las eras venideras.

Rand se echó a reír y se puso de pie; agarró la chaqueta desabrochada del Ogier y le dio unos cortos y suaves tirones.

—¿Para las eras venideras? ¿Es que todos los escritores habláis así? No te preocupes, Loial. Seguirá estando fresco en mi memoria cuando te lo cuente. No se me olvidará, descuida. —Un olor intenso, amargo, surgió de él a pesar de la sonrisa, y desapareció al momento—. Pero será cuando estemos de vuelta en Cairhien, después de que nos hayamos dado un baño y hayamos dormido en una cama.

Rand llamó con una seña a Dashiva para que se acercara. No era un hombre flaco, pero por la forma en que se movía, vacilante, cautelosa, con las manos enlazadas al frente, daba la impresión de serlo.

—¿Sí, milord Dragón? —preguntó, ladeando la cabeza.

—¿Sabes abrir un acceso, Dashiva?

—Por supuesto.

El tipo empezó frotándose las manos, como si quisiera secárselas, y se lamió los labios con la punta de la lengua repetidamente. Perrin se preguntó si el hombre estaría siempre tan nervioso o sólo cuando hablaba con el Dragón Renacido.

—Quiero decir —continuó Dashiva—, que el M'Hael enseña el Viaje tan pronto como un estudiante se muestra lo bastante fuerte.

—¿El M'Hael? —repitió Rand, parpadeando.

—Es el título de lord Mazrim Taim, mi señor Dragón. Significa «líder» en la Antigua Lengua. —La sonrisa del tipo era a la vez nerviosa y prepotente—. He leído mucho en la granja. Todos los libros que conseguimos de los buhoneros que han pasado por allí.

—El M'Hael —rezongó Rand con desaprobación—. Bien, sea como sea. Abre un acceso cerca de Cairhien, Dashiva. Es hora de ver qué ha estado tramando el mundo mientras me encontraba ausente, y lo que puedo hacer al respecto.

Entonces se echó a reír con desgana. El sonido, carente por completo de hilaridad, hizo que a Perrin se le pusiera carne de gallina.

Librodot

CAPÍTULO 3

La Colina del Alba Dorada

En la ancha cima de una pequeña colina, varios kilómetros al nordeste de la ciudad de Cairhien, lejos de cualquier calzada o población, apareció una fina línea vertical de pura luz, más alta que una persona o un caballo. El terreno se inclinaba en todas direcciones en una suave pendiente, y, salvo alguno que otro matorral, ningún obstáculo tapaba la vista a menos de dos kilómetros de distancia, hasta donde comenzaba el bosque que rodeaba la colina. La hierba agostada se partió cuando la línea luminosa pareció empezar a rotar sobre su eje y ensancharse hasta formar un hueco rectangular en mitad del aire. Varias de las hierbas muertas quedaron divididas a lo largo, cortadas con más precisión de lo que habría podido hacer la cuchilla más afilada. Sesgadas por un agujero en el aire.

En cuanto el acceso estuvo completamente abierto, Aiel velados salieron en tropel por él, hombres y Doncellas que se desperdigaron por la colina. Casi inadvertidos entre el torrente de Aiel, cuatro Asha'man de mirada penetrante tomaron posiciones en torno al acceso, y escudriñaron la fronda en derredor. No había más movimiento que el impreso por el viento en el polvo, la hierba alta y algunas ramas en la distancia, pero todos los Asha'man examinaron el paisaje con el fervor de un halcón hambriento que busca un conejo. También un conejo que está ojo avizor por si aparece un halcón habría mostrado igual concentración, pero jamás con aquel aire de amenaza.

En realidad no hubo interrupción en el flujo; primero un río de Aiel y a renglón seguido jinetes cairhieninos salieron a galope de dos en dos, con la Enseña de la Luz alzándose sobre sus cabezas tan pronto como hubo cruzado el acceso. Sin detenerse un momento, Dobraine condujo a sus hombres hacia un lado y los hizo formar al inicio de la pendiente de la ladera, en filas muy rectas y con todas las lanzas perfectamente inclinadas en el mismo ángulo. Veteranos de campañas, estaban preparados para girar en cualquier dirección y cargar a un gesto suyo.

Pisando los talones de los últimos cairhieninos, Perrin cruzó montado en *Brioso,* que en un solo tranco pasó de la colina próxima a los pozos de Dumai a la otra cercana a Cairhien. Su jinete se agachó en un gesto reflejo, sin poder remediarlo. El borde superior del acceso se encontraba bastante por encima de su cabeza, pero Perrin había visto los daños que estos portales podían causar y no le apetecía ni pizca comprobar si resultaba más seguro cruzarlos erguido e inmóvil. Loial y Aram lo siguieron de cerca; el Ogier, que iba a pie y con el hacha de mango largo apoyada al hombro, dobló las rodillas, y a continuación pasaron los hombres de Dos Ríos, también agachados sobre sus monturas incluso después de haberse alejado un buen tramo del acceso. Rad al'Dai llevaba la bandera del Lobo Rojo, la de Perrin, porque todo el mundo decía que lo era, y Tell Lewin, la del Águila Roja.

Perrin procuraba no mirarlas, en especial la del Águila Roja. Los hombres de Dos Ríos querían las dos cosas: él era un lord, de modo que tenía que tener banderas. Era un lord; pero, cuando les decía que se deshicieran de los malditos estandartes, éstos dejaban de verse un corto espacio de tiempo para reaparecer siempre. El Lobo Rojo lo designaba como algo que no era y que no quería ser, en tanto que el Águila Roja... Las leyendas perduraban aún en la mente de algunos hombres, pero más de dos mil años después de que Manetheren hubiera sucumbido en la Guerra de los Trollocs y casi diez siglos después de que Andor hubiese

absorbido parte de lo que antaño era Manetheren, esa bandera constituía un acto de rebelión para un andoreño. Desde luego, habían pasado varias generaciones sin que la gente de Dos Ríos tuviera la más ligera idea de que era andoreña, pero la forma de pensar de las reinas no cambiaba tan fácilmente.

Perrin había conocido a la nueva reina de Andor lo que ahora le parecía mucho tiempo atrás, en la Ciudadela de Tear. Por entonces no era reina —en realidad no lo era todavía, hasta que se la coronara en Caemlyn— pero Elayne parecía una joven agradable, y era guapa, aunque él no sentía debilidad por las mujeres rubias. Un tanto pagada de sí misma, desde luego, siendo como era la heredera del trono. Y también prendada de Rand, si achucharse con él en rincones oscuros significaba algo. Rand se proponía entregarle no sólo el Trono del León de Andor, sino el Trono del Sol de Cairhien. A buen seguro estaría lo bastante agradecida para pasar por alto que se ondeara una bandera que no significaba realmente nada. Mientras observaba a los hombres de Dos Ríos desplegarse detrás de aquellos estandartes, Perrin sacudió la cabeza. En cualquier caso, ése era un asunto por el que preocuparse otro día.

En los movimientos de los hombres de la comarca, en su mayoría muchachos como Tod, pastores e hijos de granjeros, no había la precisión de unos soldados, pero sabían lo que tenían que hacer. Un hombre de cada cinco sujetaba las riendas de otros cuatro caballos aparte del suyo mientras los otros jinetes desmontaban apresuradamente, con los largos arcos ya encordados y en la mano. Los que habían echado pie a tierra se esforzaban por formar en filas y escudriñaban los alrededores con más interés que otra cosa, pero revisaban sus aljabas con gestos expertos y, con la seguridad de la práctica, sostenían los grandes arcos de Dos Ríos que, una vez encordados, casi igualaban la talla de quienes los manejaban. Con esos arcos, hasta el último de ellos era capaz de disparar a más distancia de lo que cualquiera que no fuera de la comarca podría imaginar. Y acertar en el blanco.

Perrin esperaba que no hubiera necesidad de demostrarlo ese día. A veces soñaba con un mundo en el que no hiciese falta hacerlo jamás. Y Rand...

—¿Crees que mis enemigos han estado dormidos mientras me encontraba... ausente? —había preguntado de improviso Rand cuando esperaban a que Dashiva abriera el acceso.

Llevaba puesta una chaqueta hallada en una de las carretas, una prenda bien confeccionada, de lana verde, pero en nada parecida a las que solía vestir últimamente. Descartando quitarle su chaqueta a uno de los Guardianes o el cadin'sor *a un Aiel, era la única prenda en todo el campamento que le servía. Ciertamente, habríase dicho que estaba empeñado en vestir seda y exquisitos bordados a juzgar por el empeño en registrar a fondo las carretas el día anterior y esa mañana.*

Las carretas se situaron en una larga fila, enganchadas a los tiros, con las cubiertas de lona y los aros de hierro de los armazones desmontados. Kiruna y el resto de las hermanas comprometidas por el juramento iban sentadas en la que avanzaba a la cabeza, apiñadas, y no parecían contentas. Habían dejado de protestar cuando comprendieron que hacerlo no servía de nada, pero Perrin seguía oyendo sus rezongos iracundos. Al menos viajaban sentadas; sus Guardianes iban a pie, rodeando la carreta, silenciosos e impávidos. Las Aes Sedai prisioneras también iban a pie formando un grupo hosco y envarado al que rodeaban todas las Sabias que no estaban con Rand, que era lo mismo que decir todas excepto Sorilea y Amys. Los Guardianes de las prisioneras, sombríos, formaban otro grupo a unos cien pasos de distancia y, a despecho de sus heridas y de la nutrida guardia de siswai'aman, *eran la viva imagen de la muerte a la expectativa, aguardando su oportunidad. Aparte del gran corcel negro de Kiruna, que Rand llevaba de las riendas, y una yegua de pelaje pardusco y tobillos finos para Min, el resto de los caballos de las Aes Sedai y los Guardianes que no se habían asignado a la guardia de Asha'man —o que se habían utilizado para completar los tiros de las carretas, algo que había ocasionado una conmoción mayor incluso que el hecho de que sus dueños tuvieran que ir a pie— estaban atados con largas cuerdas en las traseras de las carretas.*

—¿Qué opinas tú, Flinn? ¿Y tú, Grady?

Uno de los Asha'man que esperaba para cruzar el acceso en cuanto se abriera, el tipo

fornido con rostro de campesino, dirigió una mirada incierta a Rand y después al curtido viejo que cojeaba al andar. Ambos lucían el alfiler de plata con forma de espada en un pico del cuello de la chaqueta, pero no el que tenía forma de dragón.

—Sólo un necio pensaría que sus enemigos se quedarían de brazos cruzados cuando no los está vigilando, milord Dragón —respondió el hombre mayor con una voz bronca. Parecía un soldado.

—¿Y tú qué crees, Dashiva?

El interpelado dio un respingo, sorprendido de que se dirigiera a él.

—Yo... crecí en una granja. —Se tiró del cinturón de la espada para colocar bien el arma, cosa que no era necesaria. Se suponía que esos hombres recibían un entrenamiento tan duro en esgrima como con el Poder, pero Dashiva no parecía saber distinguir un extremo del otro—. Apenas sé nada sobre tener enemigos.

A despecho de sus toscos modales, emanaba de él cierto aire de insolencia. Aunque, a decir verdad, todos ellos parecían haberse alimentado con arrogancia nada más ser destetados.

—Si te quedas conmigo, lo aprenderás —dijo suavemente Rand.

Su sonrisa provocó un escalofrío en Perrin. Siguió sonriendo mientras impartía órdenes para cruzar el acceso como si fueran a ser atacados al otro lado. Había enemigos en todas partes, les dijo. «Tenedlo siempre presente. Se tiene enemigos en todas partes, y nunca se sabe quién puede serlo.»

El éxodo prosiguió sin disminuir el flujo. Las traqueteantes carretas pasaron de los pozos de Dumai a Cairhien, zarandeando a las hermanas montadas en la primera como estatuas de hielo. Sus Guardianes cruzaron rodeando el vehículo, las manos sobre las empuñaduras de las espadas y los ojos sin detenerse en un mismo punto más de un instante; obviamente pensaban que sus Aes Sedai necesitaban tanta protección de quienes ya se encontraban en la colina como de cualquiera que pudiese aparecer. Las Sabias atravesaron el acceso conduciendo a las prisioneras que se hallaban a su cargo; unas cuantas utilizaban varas para azuzar a las Aes Sedai como si fueran reses, aunque las hermanas hicieron un buen trabajo fingiendo que no existían ni Sabias ni varas. A continuación venían los *gai'shain* Shaido trotando en una columna de cuatro en fondo bajo la vigilancia de una única Doncella; ésta señaló un sitio apartado del acceso antes de correr a reunirse con las otras *Far Dareis Mai,* y los *gai'shain* se agruparon en el punto señalado, arrodillados, desnudos como el Creador los había traído al mundo y orgullosos como águilas. Los siguientes fueron los otros Guardianes y sus vigilantes; esos Gaidin exhalaban un olor tan intenso a ira que Perrin lo percibió por encima de todos los otros efluvios. Detrás iba Rhuarc con el resto de los *siswai'aman* y las Doncellas, así como otros cuatro Asha'man a caballo; cada uno de ellos conducía un segundo corcel por las riendas, en los que montarían los cuatro compañeros que habían pasado al principio. Cerrando la marcha, Nurelle y su Guardia Alada, con los banderines rojos ondeando en las lanzas.

Los mayenienses estaban que reventaban de orgullo por ser la fuerza de retaguardia; reían y dirigían gritos a los cairhieninos bravuconeando sobre lo que habrían hecho si los Shaido hubiesen regresado, aunque en realidad no eran los que cerraban la marcha. A la cabeza del último grupo en cruzar iba Rand, montado en el semental de Kiruna, y Min en su yegua. Sorilea y Amys caminaban a un lado del caballo negro, y Nandera y media docena de Doncellas, al otro. Dashiva los seguía inmediatamente detrás, conduciendo por la brida una yegua castaña de aspecto apacible. El acceso se desvaneció de inmediato, y Dashiva parpadeó con la mirada puesta en el punto donde había estado el portal, sonrió levemente y después montó con torpeza en la yegua. Parecía que hablaba consigo mismo, pero seguramente se debía a que la espada se le había enredado en las piernas y por poco se cae. No. Imposible que estuviera loco ya.

El ejército cubría la colina, desplegado para un ataque que obviamente no iba a producirse. No era un ejército grande, sólo unos pocos miles de guerreros, pero se lo habría considerado muy respetable antes de que el ingente número de lanzas Aiel cruzara la Pared

del Dragón. Rand condujo lentamente su caballo hacia donde aguardaba Perrin mientras escudriñaba la campiña. Las dos Sabias lo seguían de cerca, hablando en voz baja y sin quitarle ojo de encima; Nandera y las Doncellas también iban en pos de Rand, vigilando todo lo demás. De ser Rand un lobo, Perrin habría dicho que husmeaba el aire. Apoyado de través en el arzón delantero de la silla llevaba el Cetro del Dragón, un trozo de lanza de unos sesenta centímetros, decorado con un borlón verde y blanco y con dragones tallados en el fragmento del astil. De vez en cuando, Rand lo sopesaba un instante, como para recordar su existencia.

Cuando sofrenó el caballo al lado del de Perrin, observó a éste con tanta intensidad como había hecho con el paisaje.

—Confío en ti —dijo finalmente a la par que asentía con la cabeza. Min rebulló en su silla de montar y Rand añadió—: Y en ti, Min, por supuesto. Y también en ti, Loial. —El Ogier se movió con nerviosismo y echó una ojeada incierta a Perrin. Rand miró en derredor, a los Aiel, los Asha'man y el resto—. Qué pocos tengo en quien confiar —musitó, fatigado. La maraña de olores que exhalaba era lo bastante profusa para que hubiera procedido de dos hombres: cólera y temor, resolución y desaliento. Y, entretejiéndolo todo, un inmenso cansancio.

«Manténte cuerdo —quiso decirle Perrin—. Aguanta.» Sin embargo, la sensación de culpabilidad que experimentó repentinamente paralizó su lengua. Deseaba decírselo al Dragón Renacido, no a la persona que había sido su amigo desde la infancia. Quería que su amigo estuviese cuerdo; el Dragón Renacido tenía que estarlo.

—Milord Dragón —llamó de improviso uno de los Asha'man. Era muy joven, casi un muchacho, con los oscuros ojos tan grandes como los de una chica, y no llevaba ni el alfiler de la espada ni el del dragón en el cuello de la chaqueta, pero su porte era orgulloso. Perrin había oído que se llamaba Narishma—. Hacia el sudoeste.

De los árboles que había en aquella dirección, a unos dos kilómetros de distancia, había salido corriendo una figura, una mujer con la falda recogida por encima de las rodillas. Los penetrantes ojos de Perrin la identificaron de inmediato como una Aiel. Una Sabia, dedujo, aunque en realidad no podía afirmarse tal cosa a primera vista. Pero estaba seguro. La aparición de la mujer hizo que se pusiera alerta de nuevo, en tensión. Que hubiese alguien allí precisamente, donde habían salido por el acceso, no era buena señal. Los Shaido habían estado causando alborotos en Cairhien de nuevo cuando había salido al rescate de Rand, pero para los Aiel una Sabia era una Sabia, sin importar a qué clan pertenecía. Se visitaban unas a otras para tomar el té mientras sus clanes se mataban entre sí. Dos Aiel enzarzados en una lucha a muerte se separarían momentáneamente para que una Sabia pasara entre ellos. Tal vez eso había cambiado el día anterior o tal vez no. Perrin exhaló lentamente, cansado. En el mejor de los casos, no podía ser portadora de buenas noticias.

Casi todos los que se encontraban en la colina parecían ser de la misma opinión. Hubo una reacción general que se extendió como ondas en el agua; las lanzas se aprestaron y las flechas se encajaron en los arcos; cairhieninos y mayenienses rebulleron en sus sillas de montar, y Aram desenvainó la espada, con los ojos brillantes de ansiedad. Loial se apoyó en su enorme hacha y toqueteó el filo con actitud pesarosa. La pala tenía forma de machado, sólo que enorme; llevaba grabadas hojas y zarcillos y tenía incrustaciones de oro, aunque los adornos estaban algo raspados por el uso que le había dado recientemente. Si no tenía más remedio, volvería a usarla, pero con tanta renuencia como Perrin utilizaba la suya y casi por las mismas razones.

Rand se limitó a observar, su expresión indescifrable. Min acercó su yegua para acariciar el hombro de Rand, como lo haría alguien que intentara tranquilizar a un mastín que tuviese el lomo erizado.

Tampoco las Sabias dieron muestra de alteración, pero no por ello se quedaron quietas. Sorilea gesticuló, y una docena de las mujeres que vigilaban a las Aes Sedai se apartaron del grupo para reunirse con ella y con Amys, retiradas de Rand y de Perrin lo bastante para que ni siquiera éste alcanzara a oír lo que hablaban. Muy pocas tenían hebras grises en su cabello y salvo Sorilea, que era la única con arrugas en la cara, apenas había Sabias con el pelo blanco

Librodot

entre las que se hallaban presentes. Lo cierto es que eran contados los Aiel que vivían lo suficiente para que les salieran muchas canas. A pesar de su aparente juventud, esas mujeres tenían rango o influencia, como quiera que las Sabias establecieran esas cosas. Perrin había visto que Sorilea y Amys conferenciaban con el mismo grupo en ocasiones anteriores, aunque «conferenciar» no era el término más apropiado. Sorilea hablaba, con alguna que otra palabra pronunciada por Amys, y las demás escuchaban. Edarra manifestó una protesta, pero Sorilea la acalló sin alterar su ritmo, y después señaló a dos de las del grupo: Sotarin y Cosain. Al punto, éstas se recogieron los vuelos de las faldas sobre los brazos y corrieron al encuentro de la que se dirigía hacia la colina.

Perrin palmeó el cuello de *Brioso.* No más violencia ni muerte. Luz, tan pronto no.

Las tres Sabias se encontraron casi a un kilómetro de la colina y se detuvieron. Hablaron un instante y después todas corrieron hacia donde aguardaba el ejército. Y directamente a Sorilea. La recién llegada, una chica muy joven, de nariz larga y una mata de pelo de un tono intensamente rojo, habló precipitadamente. El semblante de Sorilea se tornó pétreo a medida que la escuchaba. Por fin la joven pelirroja terminó —o más bien Sorilea la interrumpió con unas breves palabras— y todo el grupo se volvió para mirar a Rand. Ninguna hizo intención de acercarse a él, sin embargo. Se quedaron esperando, con las manos enlazadas a la cintura y los chales sueltos sobre los brazos, tan inescrutables como cualquier Aes Sedai.

—El *Car'a'carn* —rezongó secamente Rand entre dientes. Pasó la pierna sobre el lomo del caballo y se bajó de la silla, tras lo cual ayudó a Min a desmontar.

Perrin también desmontó y, llevando a *Brioso* de las riendas, los siguió hacia donde esperaban las Sabias. Loial fue en pos de Perrin, y Aram hizo otro tanto, aunque sin bajarse del caballo, cosa que no hizo hasta que Perrin se lo mandó. Los Aiel no montaban corceles a menos que fuera absolutamente necesario, y consideraban una grosería que otra persona se reuniera con ellos o les hablara desde el lomo de un caballo. Rhuarc se les unió, así como Gaul, que estaba ceñudo por alguna razón. Ni que decir tiene que Nandera, Sulin y las Doncellas fueron también.

La pelirroja recién llegada empezó a hablar tan pronto como Rand estuvo cerca.

—Bair y Megana establecieron guardias por todos los caminos por los que podrían volver a la ciudad de los Asesinos del Árbol, *Car'a'carn,* pero a decir verdad nadie pensaba que sería aquí donde...

—Feraighin —la interrumpió Sorilea en un tono cortante.

Los dientes de la mujer pelirroja sonaron al cerrar bruscamente la boca, y sus brillantes ojos azules se quedaron prendidos en Rand, evitando la mirada furibunda de Sorilea. Al cabo, ésta inhaló y volvió la cabeza hacia Rand.

—Hay problemas en las tiendas —anunció con voz inexpresiva—. Corren rumores entre los Asesinos del Árbol de que has ido a la Torre Blanca con las Aes Sedai que vinieron a la ciudad, para doblar la cerviz ante la Sede Amyrlin. Nadie de los que saben la verdad ha dicho una palabra, o en caso contrario las consecuencias habrían sido peores.

—¿Y cuáles son esas consecuencias? —inquirió Rand quedamente. Exudaba tensión, y Min empezó a acariciarle el hombro otra vez.

—Muchos creen que has abandonado a los Aiel —respondió Amys en tono igualmente bajo—. El marasmo ha reaparecido. A diario un millar o más tiran las lanzas y desaparecen, incapaces de afrontar nuestro futuro ni nuestro pasado. Puede que algunos vayan a reunirse con los Shaido. —Su voz se tiñó de desprecio al decir eso último—. Se murmura que el verdadero *Car'a'carn* no se habría entregado a las Aes Sedai. Indirian dice que si has ido a la Torre Blanca no lo has hecho voluntariamente. Está dispuesto a conducir a los Codarra hacia el norte, a Tar Valon, y danzar las lanzas con cualquier Aes Sedai que encuentre en su camino. O con cualquier habitante de las tierras húmedas; afirma que tienes que haber sido traicionado. Timolan dice que, si lo que se cuenta es cierto, entonces eres tú quien nos ha traicionado, y que se llevará a los Miagoma de vuelta a la Tierra de los Tres Pliegues. Después de verte muerto. Mandelain y Janwin se dejan asesorar, pero prestan oídos tanto a Indirian como a Timolan.

Librodot

Rhuarc torció el gesto e inhaló aire, prietos los dientes; para un Aiel, hacer eso era tanto como si cualquier otra persona se tirara de los pelos por la impotencia.

—No son buenas noticias —protestó Perrin—, pero del modo que lo planteas haces que parezca una sentencia de muerte. Una vez que Rand aparezca y lo hayan visto, los rumores cesarán.

Rand se pasó los dedos por el cabello.

—Si fuera así, Sorilea no tendría ese gesto, como si acabara de tragarse un lagarto. —En realidad, a juzgar por las expresiones de Nandera y Sulin habríase dicho que ellas no sólo se habían tragado un lagarto, sino que todavía lo sentían revolverse en sus gaznates—. ¿Qué es lo que no me has dicho aún, Sorilea?

La mujer de cara arrugada como un trozo de cuero viejo le dedicó una leve y aprobadora sonrisa.

—Sabes ver más allá de lo que se dice. Bien. —Sin embargo, su tono seguía siendo inexpresivo—. Regresas con Aes Sedai. Algunos creerán que has doblado la cerviz. Digas lo que digas, pensarán que te tienen puesto un dogal. Y eso antes de que se sepa que estuviste prisionero. Los secretos encuentran resquicios por los que no escaparía ni una pulga, y uno que es conocido por tantos tiene alas.

Perrin miró a Dobraine y a Nurelle, que observaban la escena desde lejos, con sus hombres, y tragó saliva para aliviar la náusea. ¿Cuántos de aquellos que seguían a Rand lo hacían porque los Aiel, con su número ingente, lo apoyaban? No todos, desde luego, pero por cada hombre que había tomado la decisión porque Rand era el Dragón Renacido, cinco o quizá diez habían acudido porque la Luz brillaba con más fuerza en los ejércitos más poderosos. Si los Aiel se marchaban o se dividían...

No quería pensar en esa posibilidad. Defender Dos Ríos había requerido emplear al máximo su capacidad y sus conocimientos, puede que más. Por mucho que fuese *ta'veren* no se hacía ilusiones respecto a que el suyo fuera uno de esos nombres que aparecían en las leyendas. Eso quedaba para Rand. Los conflictos a pequeña escala, en un pueblo, eran su límite. Con todo, no podía evitarlo; las ideas bullían en su cabeza. ¿Qué hacer si ocurría lo peor? Al punto acudieron a su mente la lista de quienes permanecerían leales y de quienes intentarían escabullirse. La primera era lo bastante corta y la segunda lo bastante larga para que la garganta se le quedara seca de golpe. Eran demasiados los que aún maquinaban para sacar ventajas como si nunca hubiesen oído hablar de las Profecías del Dragón o de la Última Batalla. Sospechaba que algunos seguirían haciéndolo al día siguiente de que hubiese empezado el Tarmon Gai'don. Y lo peor de todo es que la mayoría no serían Amigos Siniestros, sino gente que simplemente mira por sus intereses antes que nada. Loial tenía gachas las orejas; también él se daba cuenta.

No bien había acabado de hablar con Rand cuando Sorilea desvió bruscamente los ojos hacia un lado y su mirada fue tan intensa que habría podido abrir agujeros en el hierro.

—Se os ordenó que permanecieseis en las carretas —espetó.

Bera y Kiruna se pararon tan de golpe que Alanna casi tropezó con ellas.

—Se os ordenó que no entraseis en contacto con el Poder Único sin permiso —prosiguió la Sabia—, pero habéis estado escuchando lo que se ha dicho aquí. Descubriréis que no hablo por hablar.

A despecho de lo que auguraba la mirada de Sorilea, las otras tres mujeres no se achicaron. Las de Bera y Kiruna mostraban una fría dignidad, la de Alanna un abrasador desafío. Los enormes ojos de Loial se volvieron hacia ellas y después hacia las Sabias; si antes tenía gachas las orejas, ahora éstas estaban completamente caídas, y las largas cejas le colgaban sobre las mejillas. Inquieto, enfrascado en sus listas mentales, Perrin se preguntó distraídamente hasta dónde pensaban llegar las Aes Sedai. ¡Mira que escuchar a escondidas con el Poder! Podían encontrarse con una reacción de las Sabias más violenta que la increpación de Sorilea. Y también de Rand.

No fue así esta vez. Rand parecía ajeno a su presencia, mirando a través de Sorilea, como si la Sabia no estuviese delante. O tal vez escuchando algo que nadie más oía.

Librodot

—¿Y los habitantes de las tierras húmedas? —inquirió finalmente—. Colavaere ha sido coronada reina, ¿verdad? —En realidad no era una pregunta.

Sorilea asintió en silencio, dando golpecitos con el pulgar en la empuñadura de su cuchillo, pero con la atención puesta de continuo en las Aes Sedai. A los Aiel les importaba poco a quién se escogía rey o reina entre los habitantes de las tierras húmedas, en especial entre los cairhieninos.

Perrin sintió como si le clavaran en el pecho una daga. Que Colavaere de la casa Saighan ambicionaba el Trono del Sol no era ningún secreto; había estado intrigando para conseguirlo desde el día en que habían asesinado a Galldrain sur Riatin, antes incluso de que Rand se proclamara el Dragón Renacido, y siguió haciéndolo después de que fue del dominio público que Rand se proponía entregar el trono a Elayne. No obstante, eran pocos los que sabían que la noble era una asesina a sangre fría. Y Faile se encontraba en la ciudad. Por lo menos no estaba sola: Bain y Chiad permanecían cerca de ella. Eran Doncellas y amigas de su mujer, tal vez casi lo que los Aiel llamaban medio hermanas; no permitirían que le hicieran ningún daño. Empero, la hiriente y fría sensación en el pecho no desapareció. Colavaere odiaba a Rand y, por extensión, a cualquiera que estuviera relacionado con él. Como, por ejemplo, la esposa de un hombre que era amigo suyo. No. Bain y Chiad cuidarían de ella.

—Es una situación muy delicada. —Kiruna se acercó a Rand haciendo caso omiso de Sorilea, algo digno de admirar. Para ser una mujer tan escuálida, la Sabia tenía una mirada más dura que un mazazo—. Lo que quiera que hagáis puede tener serias repercusiones. Yo...

—¿Qué dice de mí Colavaere? —preguntó Rand a Sorilea en un tono excesivamente despreocupado—. ¿Ha hecho algún daño a Berelain?

Berelain, la Principal de Mayene, era la persona a la que Rand había dejado a cargo de Cairhien. ¿Por qué no preguntaba sobre Faile?

—Berelain sur Paendrag se encuentra bien —murmuró Sorilea sin quitar los ojos de la Aes Sedai.

Aparentemente, Kiruna conservaba la calma a despecho de que Rand la había interrumpido, pasando por alto su comentario, pero la mirada que clavó en él podría haber congelado el fuego de una fragua aunque el fuelle estuviese soplándolo. Sorilea hizo un ademán a Feraighin para que contara el resto.

La joven pelirroja dio un respingo y se aclaró la voz; obviamente no esperaba que le permitieran decir una palabra. Recobró el aire digno como quien se echa encima un vestido a toda prisa.

—Colavaere Saighan dice que has ido a Caemlyn, *Car'a'carn,* o tal vez a Tear; pero que, dondequiera que sea, todos debemos recordar que eres el Dragón Renacido y debemos obedecerte. —Feraighin resopló desdeñosa; el Dragón Renacido no formaba parte de las profecías Aiel, sólo el *Car'a'carn*—. Dice que regresarás y ratificarás su nombramiento. Habla a menudo con los jefes, animándolos a enviar las lanzas hacia el sur. Obedeciéndote a ti, dice. Para ella las Sabias no contamos, nuestras palabras son como el soplo del viento en sus oídos.

En esta ocasión, la aspiración por la nariz de la joven pelirroja recordó mucho a las que hacía Sorilea. Nadie les decía a los jefes lo que tenían que hacer, pero enfurecer a las Sabias era un mal camino para intentar convencer a los jefes de nada.

Sin embargo, esa actitud tenía sentido para Perrin; para la parte de Perrin que podía pensar en otra cosa aparte de Faile. Lo más probable era que Colavaere no hubiese prestado suficiente atención a los «salvajes» para darse cuenta de que las Sabias se encargaban de algo más que de proporcionar hierbas, pero querría que todos los Aiel se marcharan de Cairhien. La cuestión era, dadas las circunstancias, si alguno de los jefes le había hecho caso. Pero la pregunta que Rand hizo a continuación no fue la obvia.

—¿Qué más ha ocurrido en la ciudad? Cualquier cosa que hayas oído, Feraighin. Quizás algo que podría parecer importante sólo para los habitantes de las tierras húmedas.

La mujer sacudió la roja mata de pelo en ademán despectivo.

—Los habitantes de las tierras húmedas son como los mosquitos, *Car'a'carn:* ¿quién sabe lo que a ellos les parece importante? Pero he oído que a veces pasan cosas raras en la

ciudad, como ocurre en las tiendas. Esporádicamente, la gente ve cosas inexplicables, cosas increíbles, que son pasajeras. Han muerto hombres, mujeres y niños.

A Perrin le dio un escalofrío; sabía que la mujer se refería a los fenómenos que Rand llamaba «burbujas malignas», que brotaban de la prisión del Oscuro como el borboteo espumante de un pantano fétido y se desplazaban por el Entramado hasta que estallaban. Perrin había quedado atrapado en una de ellas en cierta ocasión, y no quería volver a vivir esa experiencia...

—Si te refieres a lo que hacen los habitantes de las tierras húmedas —prosiguió Feraighin—, ¿quién tiene tiempo para perderlo observando a los mosquitos? A menos que la piquen a una. Eso me recuerda algo. Yo no lo entiendo, pero quizá tú sí puedas. Esos mosquitos acabarán picando antes o después.

—¿Qué mosquitos? ¿Los habitantes de las tierras húmedas? ¿De qué estás hablando?

Feraighin no era tan experta como Sorilea en asestar miradas penetrantes, pero Perrin no conocía ninguna Sabia que aceptara bien la impaciencia de otras personas, ni siquiera del jefe de jefes. Levantó la barbilla y se ajustó el chal antes de contestar.

—Hace tres días, los Asesinos del Árbol Caraline Damodred y Toram Riatin se acercaron a la ciudad. Emitieron una proclama acusando de usurpadora a Colavaere, pero se han quedado sentados en su campamento al sur de la ciudad y no han hecho nada aparte de enviar a unas cuantas personas a la ciudad de vez en cuando. Si son sorprendidos fuera del campamento, hasta un centenar de ellos sale corriendo al ver a un *algai'd'siswai* o incluso un *gai'shain.* El hombre llamado Darlin Sisnera y otros tearianos llegaron en barco ayer y se unieron a ellos. Han estado comiendo y bebiendo desde entonces, como si celebrasen algo. Siguiendo las órdenes de Colavaere Saighan los soldados Asesinos del Árbol se han agrupado en la ciudad, pero vigilan nuestras tiendas con más interés que las de los otros habitantes de las tierras húmedas o que la propia ciudad. Vigilan y no hacen nada. Quizá tú entiendas a qué viene todo eso, *Car'a'carn,* pero yo no, y tampoco Bair ni Megana ni nadie de las tiendas.

Lady Caraline y lord Toram encabezaban a los cairhieninos que no acataban la autoridad asumida por Rand tras reconquistar Cairhien, al igual que el Gran Señor Darlin estaba al mando de los rebeldes de Tear. Ninguna de las dos revueltas tenían peso; Caraline y Toram se habían quedado en las estribaciones de la Columna Vertebral del Mundo durante meses, lanzando amenazas y reivindicaciones; y Darlin había hecho lo mismo en Haddon Mirk. Pero, al parecer, ya no se conformaban con eso. Perrin se sorprendió a sí mismo pasando el pulgar a lo largo del filo de su hacha. Los Aiel parecían al borde de dividirse, y los enemigos de Rand se estaban agrupando en un solo lugar. Sólo faltaba que apareciesen los Renegados. Y Sevanna con sus Shaido. Ésa sería la guinda del pastel. Empero, nada de eso tenía para él más importancia que si alguien hubiera visto una pesadilla hecha realidad. Faile tenía que estar sana y salva; tenía que estarlo.

—Mejor estar en alerta que ponerse a luchar —murmuró Rand pensativo, de nuevo oyendo algo que nadie más oía.

Perrin no podía estar más de acuerdo con Rand —casi cualquier cosa era mejor que luchar— pero los Aiel no parecían entenderlo así, no cuando se trataba de enemigos. Desde Rhuarc a Sorilea, pasando por Feraighin, Nandera y Sulin, todos ellos lo miraron como si hubiese dicho que mejor era beber arena que agua.

Feraighin se irguió tanto que debía de estar de puntillas. No era muy alta para la media en una mujer Aiel y apenas le llegaba a Rand al hombro, pero daba la impresión de querer estirarse hasta que sus ojos estuvieran al mismo nivel que los de él.

—Hay poco más de diez mil en ese campamento de hombres de las tierras húmedas —dijo en tono de reproche—, y menos aún en la ciudad. Sería fácil ocuparse de ellos. Hasta Indirian recuerda que ordenaste que no se matara a ningún hombre de las tierras húmedas salvo en defensa propia, pero causarán problemas si no se toman medidas. Y el hecho de que haya Aes Sedai en la ciudad no ayuda precisamente. ¿Quién sabe lo que esas mujeres se...?

—¿Aes Sedai? —Las palabras salieron gélidas de la boca de Rand, que tenía los nudillos blancos de tanto apretar el Cetro del Dragón—. ¿Cuántas?

El olor que exudó de golpe hizo que a Perrin le corriera un escalofrío entre los omóplatos; de repente percibió que las Aes Sedai prisioneras estaban observando atentamente, así como Bera, Kiruna y las demás.

Sorilea perdió todo interés en Kiruna. Se volvió hacia Feraighin, puesta en jarras, y estrechó los ojos.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No me diste oportunidad de hacerlo, Sorilea —protestó Feraighin, un tanto falta de aliento y con los hombros hundidos. Los azules ojos se volvieron hacia Rand y su voz cobró firmeza—. Deben de ser diez o más, *Car'a'carn.* Las hemos evitado, naturalmente, sobre todo después de que... —De nuevo miró a la Sabia de más edad y su voz se tornó insegura—. No querías saber nada de los habitantes de las tierras húmedas, Sorilea. Sólo de nuestras tiendas. Es lo que dijiste. —Otra vez volvió los ojos hacia Rand al tiempo que enderezaba la espalda—. La mayoría se aloja bajo el techo de Arilyn Dhulaine, *Car'a'carn,* y rara vez salen. —Los ojos de vuelta a Sorilea, y otra vez los hombros encorvados—. Sabes que te lo habría dicho todo. Tú me interrumpiste.

Al caer en la cuenta de que había muchos observándola y que en su mayor parte estaban sonriendo, al menos entre las Sabias, los ojos de Feraighin se desorbitaron y sus mejillas se pusieron rojas como la grana. Giró la cabeza alternativamente hacia Rand y Sorilea en tanto que movía la boca pero sin emitir sonido alguno. Algunas de las Sabias rompieron a reír aunque se tapaban la boca con la mano para disimular; Edarra ni siquiera se molestó en hacer eso. Rhuarc echó la cabeza atrás y prorrumpió en carcajadas.

Perrin, desde luego, no tenía ni pizca de ganas de reír. A un Aiel, con su extraño sentido del humor, podía parecerle divertido que una espada lo atravesara de parte a parte. Por si fuera poco, más Aes Sedai. ¡Luz! Sin esperar más, fue directo al grano, a lo que le importaba.

—Feraighin. Mi esposa, Faile, ¿se encuentra bien?

La mujer le dedicó una mirada medio distraída y después hizo un esfuerzo visible para recobrar el control de sí misma.

—Creo que Faile Aybara está bien, *Sei'cair* —contestó con fría compostura... o casi. Observó de reojo a Sorilea. Ésta no estaba de buen humor; en absoluto. Cruzada de brazos, le asestó una mirada que, en comparación, hacía parecer afable la que había dedicado a Kiruna.

Amys puso la mano en el brazo de Sorilea.

—No debes culparla —murmuró la Sabia más joven de las dos en un tono tan bajo que sólo llegó a oídos de la mujer mayor y de los de Perrin.

Sorilea vaciló y después asintió; la hiriente mirada se suavizó hasta su habitual expresión cascarrabias. Amys era la única capaz de conseguir algo así, que Perrin supiera; la única a la que Sorilea no pisoteaba si se ponía en su camino. Bueno, tampoco pisoteaba a Rhuarc, pero lo que ocurría con él era más como si un sólido peñasco hiciera caso omiso de una tormenta; Amys era capaz de conseguir que dejara de llover.

Perrin quería que Feraighin le ampliara la información; no le bastaba con que la Sabia «creyera» que Faile estaba bien. Pero, antes de que tuviera ocasión de abrir la boca, Kiruna intervino con su habitual falta de tacto.

—Escuchadme bien —le dijo a Rand al tiempo que agitaba el índice ante su nariz para dar énfasis a las palabras—. Califiqué de delicada la situación, pero me quedé corta. Es más compleja de lo que podáis imaginar, tan frágil que un soplo podría hacerla saltar en pedazos. Bera y yo os acompañaremos a la ciudad. Sí, sí, Alanna, y tú también. —Hizo un ademán impaciente a la esbelta Aes Sedai para que se apartara. Perrin sospechó que estaba recurriendo al truco que la hacía parecer más grande ya que daba la impresión de estar mirando a Rand desde arriba, a pesar de que, siendo una mujer alta, sólo le llegaba al hombro—. Tenéis que dejaros guiar por nosotras. Un movimiento en falso, una palabra equivocada, y podéis desatar en Cairhien el mismo desastre que causasteis en Tarabon y Arad Doman. Es más, podéis ocasionar daños incalculables a ciertos asuntos de los que apenas sabéis nada.

Perrin se encogió. Ni queriendo, Kiruna podría haber argumentado una parrafada más a propósito para encolerizar a Rand. Pero éste se limitó a escuchar hasta que la mujer hubo

acabado y después se volvió hacia Sorilea.

—Llevad a las Aes Sedai a las tiendas. A todas ellas, de momento. Aseguraos de que todos se enteren de que son Aes Sedai. Que vean que están a vuestras órdenes y saltan cuando decís «rana». Puesto que vosotras saltáis cuando el *Car'a'carn* lo dice, eso los convencerá de que no llevo ningún dogal de las Aes Sedai.

El rostro de Kiruna se tiñó de un rojo intenso; su olor a ultraje e indignación era tan intenso que a Perrin le picó la nariz. Bera intentó tranquilizarla, con escaso éxito, a la par que asestaba miradas reprobadoras a Rand con las que dejaba claro su opinión de que lo consideraba un patán e ignorante jovenzuelo; Alanna se mordía el labio inferior para reprimir una sonrisa. Habida cuenta de los efluvios que emitían Sorilea y las otras, Alanna no tenía razón para estar contenta.

Sorilea dedicó a Rand un atisbo de sonrisa.

—Es posible, *Car'a'carn* —dijo secamente. Perrin dudaba que esa mujer saltara, se lo ordenara quien se lo ordenara—. Quizá funcione. —No parecía muy convencida.

Tras sacudir de nuevo la cabeza, Rand echó a andar con Min, seguido de cerca por las Doncellas, e impartió órdenes sobre quién lo acompañaría y quién iría con las Sabias. Rhuarc empezó a dar instrucciones a los *siswai'aman.* Alanna siguió a Rand con la mirada. Perrin habría querido saber qué pasaba entre esos dos. Sorilea y las demás también observaban a Rand, y sus efluvios no tenían nada de afables.

Perrin reparó en que Feraighin se encontraba sola. Ésta era su oportunidad. Sin embargo, cuando intentó acercarse a ella, Sorilea, Amys y el resto del «consejo» la rodeó, haciéndolo a un lado hábilmente. Se retiraron un trecho antes de empezar a abrumarla con preguntas; las miradas dirigidas a Kiruna y a las otras dos hermanas manifestaron a las claras que no tolerarían más escuchas a escondidas. Kiruna parecía estar planteándoselo y, habida cuenta de su creciente ceño, lo extraño es que no tuviera de punta el oscuro cabello. Bera le estaba hablando con firmeza y, sin proponérselo, Perrin alcanzó a oír palabras sueltas, como «sensatez», «paciencia», «prudencia» y «estupidez», pero no supo a quién iban dirigidas.

—Habrá lucha cuando lleguemos a la ciudad. —El tono de Aram era anhelante.

—Por supuesto que no —lo contradijo Loial, categórico. Sus orejas se agitaron y el Ogier miró de soslayo su hacha, con desagrado—. No la habrá, ¿verdad, Perrin?

Éste sacudió la cabeza. Lo ignoraba. Si las otras Sabias dejaran sola a Feraighin, aunque sólo fuese unos instantes... ¿Qué tenían que hablar que fuera tan importante para tratarlo en el momento?

—Las mujeres son más incoherentes que un hombre de las tierras húmedas borracho —rezongó Gaul.

—¿Qué? —dijo Perrin, abstraído. ¿Qué pasaría si se abría paso, sin más, entre el círculo de Sabias? Como si le hubiese leído el pensamiento, Edarra le asestó una mirada elocuente. Y no fue la única. A veces parecía que las mujeres eran capaces de adivinar lo que un hombre estaba pensando. En fin...

—Digo que no hay quien entienda a las mujeres. Chiad me ha dicho que no pondrá la guirnalda de esponsales a mis pies; me lo dijo. —El Aiel parecía escandalizado—. Y también que me aceptaría como su amante, de ella y de Bain, pero nada más. —En otro momento aquello habría dejado patidifuso a Perrin, aunque ya había oído lo mismo otras veces; los Aiel eran increíblemente... permisivos... en esos temas—. Como si no fuera lo bastante bueno para esposo. —Gaul resopló, indignado—. No me gusta Bain, pero me habría casado también con ella para complacer a Chiad. Si Chiad no piensa hacer la guirnalda de esponsales, entonces tendría que dejar de encandilarme. Si soy incapaz de interesarle lo suficiente para que se case conmigo, que se deje de jueguecitos.

Perrin lo miró frunciendo el entrecejo. El Aiel de ojos verdes era más alto que Rand; a él le sacaba un palmo.

—¿De qué hablas?

—De Chiad, naturalmente. ¿Es que no me has escuchado? Me evita, pero, cada vez que la veo, se detiene justo lo suficiente para asegurarse de que he reparado en ella. No sé cómo lo

Librodot

hacéis los habitantes de las tierras húmedas, pero entre nosotros, los Aiel, ése es uno de los modos que utilizan las mujeres para insinuarse. Cuando uno menos lo espera, la tiene delante de los ojos, y luego desaparece. Ni siquiera sabía que estaba entre las Doncellas hasta esta mañana.

—¿Quieres decir que está aquí? —susurró Perrin. La daga volvió a hincarse en él, pero esta vez en las entrañas—. ¿Y Bain? ¿Está aquí también?

—Rara vez se separan esas dos. —Gaul se encogió de hombros—. Pero es el interés de Chiad el que quiero despertar, no el de Bain.

—¡Al infierno con el interés de una y otra! —gritó Perrin. Las Sabias volvieron la cabeza en su dirección. De hecho, todos los que estaban en lo alto de la colina lo hicieron. Kiruna y Bera lo observaban fijamente, con excesiva atención. Haciendo un denodado esfuerzo, Perrin consiguió bajar el tono. Empero, no pudo hacer nada en cuanto a la vehemencia—. ¡Se supone que tienen que protegerla! Está en la ciudad, en el Palacio Real, con Colavaere. ¡Con Colavaere! Y ellas tenían que estar velando por su seguridad.

Gaul se rascó la cabeza y miró a Loial.

—¿Es alguna clase de chiste de las tierras húmedas? —preguntó, desconcertado—. Faile Aybara no lleva falda corta.

—¡Ya sé que no es una niña! —Perrin respiró profundamente. Resultaba muy difícil mantener un tono comedido cuando el miedo le atenazaba a uno las entrañas—. Loial, explícale a este... a Gaul, que nuestras mujeres no van corriendo por ahí empuñando lanzas, que Colavaere no le propondría un duelo a Faile, que simplemente ordenaría a alguien que la degollara o la arrojara por las murallas o... —Las imágenes concebidas por su mente eran demasiado terribles. Iba a vomitar en cualquier momento, estaba seguro.

Loial le palmeó torpemente el hombro.

—Perrin, sé que estás preocupado. Sé cómo me sentiría yo si creyera que a Erith podría pasarle algo malo. —Los mechones que remataban sus orejas temblaron. Menudo interlocutor; echaría a correr tan deprisa como pudiera con tal de evitar a su madre y a la joven Ogier que le había elegido como esposa—. Eh, bien, Perrin, Faile está esperando tu regreso, sana y salva. Lo sé. Y tú sabes que es muy capaz de cuidar de sí misma. Vaya, pero si podría cuidar también de ti, de mí y de Gaul. —Su risa retumbante sonó forzada, y enseguida dio paso a una expresión seria—. Perrin... Perrin, sabes que no podrás estar con ella siempre para protegerla, por mucho que lo desees. Eres un *ta'veren.* El Entramado te ha entresacado del resto de los hilos con un propósito, y te utilizará con ese fin.

—Al infierno con el Entramado —gruñó Perrin—. Por mí puede quemarse entero con tal de que a ella la deje a salvo.

A Loial se le pusieron las orejas tiesas por la impresión, e incluso Gaul se quedó atónito.

«¿En qué me convierte eso?», pensó Perrin. Había sentido desprecio por quienes luchaban con uñas y dientes para lograr sus propios fines sin tener en cuenta la Última Batalla y que la sombra del Oscuro se iba extendiendo sobre el mundo. ¿En qué se diferenciaba de ellos?

—¿Vienes? —dijo Rand, que había frenado el corcel negro junto a él.

—Sí, voy —respondió Perrin, sombrío. No sabía la respuesta a sus preguntas, pero sí tenía algo muy claro: para él, Faile era el mundo.

Librodot

CAPÍTULO 4

Entrada en Cairhien

Perrin habría impreso un paso más vivo del que había marcado Rand, aunque sabía que los caballos no lo habrían aguantado mucho tiempo. La mitad del tiempo fueron cabalgando al trote y la otra mitad corriendo a pie junto a sus animales. Habríase dicho que Rand estaba ajeno a todo y a todos, salvo porque cada vez que Min tropezó alargó la mano para sostenerla. En cuanto a lo demás, parecía estar en otro mundo, y parpadeaba sorprendido cuando reparaba en Perrin o en Loial. A decir verdad, a todos les ocurría lo mismo. Los soldados de Dobraine y de Havien miraban fijamente al frente, rumiando sus propios temores respecto a lo que encontrarían al llegar. Los hombres de Dos Ríos se habían contagiado del talante sombrío de Perrin. Apreciaban a Faile —en honor a la verdad, algunos la adoraban— y si había sufrido algún daño... Hasta Aram había sustituido su ansiedad por un ánimo taciturno cuando supo que Faile podía hallarse en peligro. Todos estaban pendientes de las leguas que les quedaban por recorrer, de la ciudad que aguardaba al final de la marcha. Es decir, todos excepto los Asha'man; agrupados como una bandada de cuervos, a escasa distancia de Rand, escudriñaban la campiña por la que avanzaba la columna, todavía en alerta a cualquier posible emboscada. Dashiva iba hundido como un saco en la silla de montar, y rezongaba entre dientes cuando tenía que correr, mirando en derredor como si deseara que se produjera una emboscada.

Eso era poco menos que imposible. Sulin y una docena de *Far Dareis Mai* trotaban delante de la columna, al alcance de la vista de Perrin, y muchas más iban aún más adelantadas para patrullar el camino, así como también en los flancos. Algunas habían metido las lanzas cortas en el correaje que sujetaba el estuche del arco a su espalda, de manera que las puntas de las lanzas se bamboleaban sobre sus cabezas; habían sacado los cortos arcos de hueso y los empuñaban con una flecha ya encajada. Mantenían una vigilancia tan estrecha para prevenir cualquier peligro que amenazara al *Car'a'carn* como sobre el propio Rand, como si temieran que fuera a desaparecer otra vez. Si había tendida alguna trampa o acechaba algún peligro, ellas lo descubrirían.

Chiad era una de las Doncellas que iban con Sulin; era una mujer alta, con el cabello rojizo oscuro y ojos grises. Perrin no le quitaba ojo de la espalda, deseando que se retrasara y hablara con él. De vez en cuando ella volvía la cabeza y lo miraba brevemente, pero lo evitaba como si tuviese una enfermedad contagiosa. Bain no formaba parte de la columna; la mayoría de las Doncellas seguían la misma ruta con Rhuarc y los *algai'd'siswai,* pero avanzaban más despacio a causa de las carretas y los prisioneros.

La negra yegua de Faile trotaba detrás de *Brioso,* las riendas atadas a la silla del corcel. Los hombres de Dos Ríos habían traído a *Golondrina* desde Caemlyn y en el camino se habían encontrado con Perrin, antes de llegar a los pozos de Dumai. Cada vez que veía a la yegua marchando detrás de él, el rostro de su esposa ocupaba todos sus pensamientos: la nariz aguileña, la generosa boca, los brillantes ojos rasgados, los pronunciados pómulos. Faile adoraba a *Golondrina,* puede que casi tanto como a él. Era una mujer tan orgullosa como bella, tan fiera como orgullosa. La hija de Davram Bashere no se escondería de gente como Colavaere, ni siquiera se guardaría lo que opinaba de ella.

Se detuvieron cuatro veces para dar descanso a los animales; Perrin rechinaba los dientes de ansiedad con cada retraso. Tenía un talento innato para cuidar bien a los caballos,

algo tan natural para él como respirar; revisó el estado de *Brioso* de manera automática y le dio un poco de agua por costumbre. Con *Golondrina* fue más cuidadoso. Si la yegua llegaba sana y salva a Cairhien... Una idea había arraigado en su mente: si llevaba la yegua a Cairhien, Faile estaría bien. Era ridículo, la fantasía de un niño, la absurda fantasía de un crío. Pero no se le iba de la cabeza.

En todas las paradas que hicieron Min trató de darle ánimo. Sonriendo burlona, le dijo que parecía la muerte en una mañana invernal, esperando a cualquiera para cavar su tumba. Le dijo que, si se acercaba a su mujer con esa cara, Faile le daría con la puerta en las narices. Sin embargo, la joven no tuvo más remedio que admitir que ninguna de sus visiones prometía que Faile estuviera indemne.

—Luz, Perrin —exclamó finalmente en tono exasperado mientras se ajustaba los guantes de montar de color gris—, si alguien se presenta a su puerta para hacerle daño, esa mujer lo hará esperar en el vestíbulo hasta que disponga de tiempo para atenderlo.

Faltó poco para que Perrin le asestara una mirada furibunda. No es que las dos se tuvieran antipatía exactamente, pero...

Loial le recordó que los cazadores del Cuerno sabían cuidar de sí mismos, y que Faile había sobrevivido al ataque de los trollocs sin sufrir un solo rasguño.

—Está bien, Perrin —retumbó, convencido, mientras trotaba al lado de *Brioso,* con el hacha cargada de través sobre los hombros—. Sé que lo está.

Pero repitió lo mismo veinte veces, y en cada ocasión había un poco menos de convicción en su voz. La última intentona del Ogier para levantarle el ánimo llegó más lejos de lo que Loial se proponía:

—Estoy seguro de que Faile sabe cuidarse, Perrin. No es como Erith. Me muero de impaciencia por que llegue el día que me haga su esposo para así poder cuidar de ella. Creo que me moriría si Erith cambiara de opinión.

No bien había pronunciado la última palabra, se quedó con la boca abierta, sus enormes ojos se desorbitaron y las orejas se agitaron al aire; tropezó con sus propios pies y faltó poco para que se fuera de bruces al suelo.

—No quería decir eso —manifestó con voz enronquecida al tiempo que recuperaba el ritmo del paso junto al caballo de Perrin. Las orejas le seguían temblando—. No estoy seguro de que quiera... Soy demasiado joven para... —Tragó saliva y asestó una mirada acusadora a Perrin, y lanzó otra igual a Rand, que iba un poco más adelante—. No es seguro abrir la boca habiendo dos *ta'veren* presentes. ¡Se puede decir cualquier cosa!

Cualquier cosa que normalmente no habría dicho sin sentirlo. Su reacción podría haber sido la misma sin que hubiese cerca *ta'veren,* aunque las posibilidades de que ocurriera tal cosa eran de una entre un millar, entre mil millares. Loial también lo sabía, y por esa certeza parecía más asustado de lo que Perrin lo había visto nunca. Pasó un buen rato antes de que las orejas del Ogier dejaran de temblar.

Aunque Perrin tenía la mente volcada por entero en Faile, no por ello estaba ciego; al menos no del todo. Lo que al principio miró sin ver, a medida que avanzaban hacia el sudoeste empezó a calar en su cerebro poco a poco. El tiempo era muy caluroso cuando había emprendido viaje hacia el norte desde Cairhien, hacía menos de dos semanas, pero parecía que la mano del Oscuro hubiese ceñido más su presa, triturando la tierra con mayor intensidad que antes. La reseca hierba se partía bajo los cascos de los caballos, las marchitas plantas rastreras semejaban telas de araña que abrazaban rocas y laderas, y las ramas desnudas, no sólo despojadas de hojas, sino muertas, crujían con el soplo de árido viento. Muchas coníferas estaban amarillentas.

Las granjas, construcciones de piedra oscura de diseño cuadrado, habían empezado a aparecer al cabo de unos cuantos kilómetros de marcha, las primeras en claros aislados del bosque, y después más frecuentes a medida que los árboles clareaban lo bastante para dejar de ser fronda. Allí arrancaba un impreciso camino de carros que pasaba sobre rocas y crestas de colinas, amoldándose más al trazado de los campos vallados con piedras que a la configuración del propio terreno. La mayoría de esas primeras granjas tenían aspecto de estar

Librodot

abandonadas: allí una silla tosca caída enfrente de una granja; allá una muñeca de trapo junto al camino. Se veían reses y ovejas flacas desperdigadas en los campos de pastos en los que, con frecuencia, los cuervos se disputaban los restos esqueléticos de animales; raro era el apacentadero en el que no había uno o dos cadáveres. Los arroyos se habían reducido a chorrillos que corrían por cauces de barro seco. Los terrones de los campos de cultivo, que tendrían que haber estado cubiertos por un manto de nieve, parecían a punto de desmenuzarse allí donde no lo habían hecho ya, y el viento arrastraba el polvo.

Una nube de polvo fue señalando el paso de la columna hasta que el estrecho camino de tierra desembocó en la amplia calzada pavimentada que venía del paso de Jangai. Por ésta transitaba gente, aunque poca, y casi toda ella tenía la mirada aletargada, apagada. El sol se encontraba a medio camino entre el cenit y el ocaso, pero el calor seguía siendo aplastante. Los carros tirados por bueyes o por caballos con que se cruzaban de vez en cuando se apresuraban a salirse de la calzada para dejarles paso y se metían en los laterales marcados de rodaduras o incluso en los campos de labranza. Los conductores de los vehículos, así como el puñado de campesinos que hallaron a su paso, se quedaban pasmados al verlos pasar con las tres banderas.

Casi un millar de hombres armados era razón suficiente para mirar de hito en hito. Un millar de hombres armados que se dirigían rápidamente hacia alguna parte y con un propósito era razón de sobra para mirar; y para dar gracias de que siguieran su marcha y se perdieran de vista.

Por fin, cuando el sol estaba acercándose al horizonte, la calzada coronó una elevación y allí, tres o cuatro kilómetros al frente, se alzaba Cairhien. Rand sofrenó al caballo, y las Doncellas, ahora reunidas todas, se sentaron en cuclillas allí donde se encontraran. Empero, los penetrantes ojos no dejaron de vigilar.

No se divisaba movimiento alguno en las colinas, casi peladas de árboles, que rodeaban la ciudad; ésta, una gran masa de piedra gris, murallas y torres de líneas cuadradas y severas, descendía hacia el río Alguenya por el lado oeste. Había embarcaciones de todas clases y tamaños ancladas en el curso del río, y otras amarradas a los muelles de la orilla opuesta, donde estaban los graneros; unas pocas se deslizaban por el agua impulsadas por pértigas o velas. Daban una sensación de paz y prosperidad. Con el cielo totalmente despejado, la luz era intensa, de manera que Perrin distinguió sin dificultad las grandes banderas que ondeaban en las torres de la ciudad cuando un soplo de viento las desplegó: la Enseña de la Luz, carmesí; el blanco estandarte del Dragón, con su serpentina criatura de escamas escarlatas y doradas; el dorado sobre azul del Sol Naciente de Cairhien, con sus rayos ondeantes. Y una cuarta, que destacaba con igual importancia que las otras: un rombo plateado sobre un campo ajedrezado amarillo y rojo.

Con gesto ceñudo, Dobraine bajó el pequeño visor por el que había estado mirando y lo metió en un tubo de cuero repujado que llevaba atado a la silla.

—Confiaba en que fuera una equivocación de los salvajes; pero, si la casa Saighan ondea junto al Sol Naciente, Colavaere se ha apoderado del trono. Habrá estado repartiendo regalos en la ciudad a diario: monedas, comida, ornamentos. Es tradicional de la Fiesta de la Coronación. Un dirigente nunca es más popular que durante la semana siguiente a su toma de posesión. —Miró a Rand de reojo; el esfuerzo de hablar sosegadamente se reflejaba en la tensión de su cara—. Si hacéis algo que no le gusta, la plebe es muy capaz de organizar disturbios. La sangre podría correr por las calles.

El castrado gris de Havien pateaba inquieto, contagiado con la impaciencia de su amo, y éste no dejaba de mirar a Rand y a la ciudad alternativamente. No era su tierra; antes había dejado claro que le importaba poco lo que pasaba en esas calles, siempre y cuando Berelain, su dirigente, se encontrara a salvo.

Durante un tiempo que pareció eternizarse, Rand se limitó a contemplar la urbe. O, al menos, era lo que parecía que hacía; fuera lo que fuera lo que estuviese viendo, su expresión era indescifrable. Min lo observaba con preocupación, tal vez con lástima.

—Intentaré que no ocurra tal cosa —dijo finalmente Rand—. Flinn, tú te quedas con los

soldados. Min...

—¡No! —lo interrumpió ella, cortante—. Iré a donde tú vayas, Rand al'Thor. Me necesitas, y lo sabes. —Lo último sonó más como una súplica que como una exigencia; pero, cuando una mujer se ponía en jarras del modo en que ella lo hacía ahora y lo miraba a uno fijamente, no estaba suplicando.

—Yo voy también —añadió Loial, apoyándose en su hacha—. Siempre te las ingenias para hacer cosas cuando yo estoy en alguna otra parte. —En su voz había un dejo quejumbroso—. Así no hay manera. No es bueno para el libro. ¿Cómo puedo escribir sobre lo que pasa si no estoy presente?

Todavía mirando a Min, Rand hizo intención de levantar la mano hacia ella, pero después la dejó caer. La joven le sostuvo la mirada sin amilanarse.

—Esto es... una locura. —Sujetando las riendas prietamente, Dashiva taloneó a la achaparrada yegua y la condujo junto al negro corcel de Rand. La renuencia crispaba sus rasgos; tal vez ni siquiera a un Asha'man le hacía gracia estar cerca de Rand—. No hace falta más que un hombre con... un arco o un cuchillo, y no lo veréis a tiempo. Enviad a uno de los Asha'man para que se encargue de hacer lo que sea preciso o más, si lo consideráis necesario. Un acceso a palacio, y todo habrá acabado antes de que nadie se dé cuenta de que pasa algo.

—¿Y aguardar aquí hasta que oscurezca, hasta que conozcan este lugar lo bastante bien para abrir un acceso? —espetó Rand, que hizo girar a su caballo para mirar de frente a Dashiva—. Hacer eso causaría un derramamiento de sangre sin lugar a dudas. Nos han visto desde las murallas, a menos que estén ciegos. Más pronto o más tarde enviarán a alguien para enterarse de quiénes somos y cuántos. —El resto de la columna permanecía oculta detrás de la cima, y también se habían bajado las banderas, pero unos hombres a caballo acompañados por Doncellas que aparecen en lo alto de la colina tenían que despertar interés—. Haré esto a mi manera. —Su voz sonó iracunda, y olía a fría cólera—. Nadie morirá mientras pueda evitarse, Dashiva. Estoy empachado de ver muertos. ¿Me has entendido bien? ¡Nadie!

—Como ordene milord Dragón. —El tipo inclinó la cabeza, pero su voz sonaba agria, y olía...

Perrin se frotó la nariz. El olor... surgía, desaparecía, cambiaba de miedo a odio y de rabia a una docena más de emociones, casi demasiado deprisa para identificarlas. Ya no le cabía duda de que ese hombre estaba loco, por muy buena cara que pusiera el tipo. A Perrin tampoco le importaba ya realmente. Tan cerca...

Taconeó los flancos de *Brioso* y se encaminó hacia la ciudad y hacia Faile, sin esperar a los demás, apenas consciente de que Aram lo seguía de cerca. No necesitaba ver al joven gitano para saber que estaría allí. Y él sólo era capaz de pensar en Faile. Si lograba llevar a *Golondrina* sana y salva a la ciudad... Se obligó a llevar a *Brioso* a un trote suave. Un jinete a galope llamaba la atención, y ocasionaba preguntas, y retrasos.

A ese paso, los demás, los que por fin venían, los alcanzaron a Aram y a él enseguida. Min se había salido con la suya, al parecer, y también Loial. Las Doncellas se abrieron en abanico por delante de los caballos; algunas dirigieron miradas comprensivas a Perrin cuando pasaron trotando a su lado. Chiad mantuvo fija la vista en el suelo hasta que lo hubo dejado atrás.

—Sigue sin gustarme este plan —rezongó Havien a un lado de Rand—. Perdonad que lo diga, milord Dragón, pero así es.

—Ya hemos discutido sobre ello, mayeniense —gruñó Dobraine, al otro lado de Rand—. Si hubiésemos hecho lo que proponías, habrían cerrado las puertas antes de que hubiésemos recorrido dos kilómetros.

Havien masculló algo entre dientes. Su propuesta había sido que Rand entrara con todos los hombres en la ciudad.

Perrin echó un vistazo atrás, más allá de los Asha'man. Damer Flinn, fácilmente identificable por la chaqueta, y unos cuantos hombres de Dos Ríos se encontraban en la cima de la elevación, de pie y sujetando las riendas de sus caballos. Perrin suspiró. No le habría importado que los hombres de Dos Ríos los hubiesen acompañado. Pero probablemente Rand

tenía razón; y Dobraine había apoyado su decisión.

Unos pocos hombres podrían entrar, mientras que un pequeño ejército, seguramente no. Si se cerraban las puertas, los Aiel tendrían que poner sitio a la ciudad, y entonces la matanza comenzaría de nuevo. Rand había metido el Cetro del Dragón en una de las alforjas de su caballo, y sólo sobresalía un trozo del astil tallado. La sencilla chaqueta que llevaba no tenía nada que ver con lo que cualquiera esperaría que vistiera el Dragón Renacido. En cuanto a los Asha'man, nadie en la ciudad sabía lo que sus chaquetas negras significaban. Por otro lado, también era más fácil acabar con unos cuantos hombres que con un pequeño ejército, aunque algunos de ellos pudieran encauzar. Perrin había visto a un Asha'man caer con una lanza Shaido hincada en el vientre, y el hombre había muerto como lo habría hecho cualquier otro en esas circunstancias.

Dashiva no dejaba de rezongar entre dientes; Perrin alcanzó a oír «héroe» y «necio» con un tono igual de despectivo. Si no fuera por Faile, seguramente habría estado de acuerdo con él. En cierto momento Rand echó una ojeada al campamento Aiel, que se extendía sobre las colinas a tres o cuatro kilómetros al este de la ciudad; Perrin contuvo el aliento, pero, fuese lo que fuese lo que pensó Rand, no se desvió de la calzada. Nada importaba más que Faile. Nada, tanto si Rand lo entendía así como si no.

A menos de un kilómetro de las puertas cruzaron ante otro campamento, uno que hizo que Perrin frunciera el ceño. Era lo bastante grande para considerarlo una ciudad; se extendía en una ancha franja de terreno calcinado, pegada a las murallas hasta donde alcanzaba la vista, en la que se amontonaban destartalados chamizos construidos con ramas y matorrales, así como tiendas poco estables hechas con trozos de telas. Allí se había levantado extramuros en el pasado, un suburbio de callejuelas retorcidas, antes de que los Shaido lo incendiaran. Algunas personas miraban en silencio al extraño grupo que pasaba, al Ogier y a las Doncellas Aiel, pero en su mayor parte se ocupaban de sus asuntos, los rostros sombríos y demacrados, sin que llamara su atención nada que no estuviese delante de sus narices. Los colores llamativos de las ropas que solían vestir los habitantes de extramuros, a menudo desechadas por la gente pudiente, se entremezclaban con los atuendos de colores serios que eran habituales en los cairhieninos, las ropas sencillas y oscuras de pueblerinos y granjeros. Los habitantes de extramuros se encontraban dentro de la ciudad cuando Perrin se había marchado, así como miles de refugiados de las zonas interiores del país. En muchos de aquellos rostros había moretones y cortes, sin vendar en la mayoría de los casos. Colavaere debía de haberlos expulsado, porque no habrían abandonado la protección de las murallas por propia voluntad; habitantes de extramuros y refugiados por igual tenían miedo de que los Shaido regresaran, y lo temían como un hombre al que le han quemado la carne hasta el hueso temería el hierro al rojo vivo.

La calzada atravesaba el campamento en línea recta hasta las puertas de Jangai, tres altos arcos adintelados, flanqueados por torres. Hombres tocados con yelmos se asomaban por los huecos de las almenas. Algunos oteaban la cumbre de la elevación y los hombres que había en ella, y aquí y allí un oficial con un *con* miraba a través de un visor de lentes. El reducido grupo de Rand atrajo miradas inquisitivas. Hombres a caballo y Doncellas Aiel; unos compañeros de camino poco frecuentes. Las ballestas asomaban por el coronamiento almenado de la muralla, pero ninguno de los guardias aprestó su arma. Las puertas reforzadas con hierro continuaron abiertas. Perrin contuvo la respiración; el deseo de galopar hacia el Palacio del Sol, al encuentro de Faile, era casi irreprimible.

Justo al otro lado de las puertas había una garita de piedra, cuadrada, donde se suponía que los forasteros que llegaban a la ciudad tenían que registrarse antes de entrar. Un oficial cairhienino, de rostro anguloso, los siguió con la mirada mientras pasaban, dedicando una ojeada inquieta a las Doncellas; a pesar de su aire contrariado, siguió plantado en el mismo sitio, limitándose a observarlos.

—Como os dije —explicó Dobraine una vez que hubieron dejado atrás la garita—, Colavaere dio acceso libre a la ciudad por la Fiesta de la Coronación. Ni siquiera se puede negar el paso a una persona sobre la que pesa una orden de arresto ni detenerla. Es la

tradición.

Con todo, en su voz había un deje de alivio. Min soltó un sonoro suspiro; el de Loial debió de oírse dos calles más allá. La ansiedad todavía oprimía el pecho de Perrin demasiado para que éste pudiera suspirar. *Golondrina* estaba en la ciudad. Ahora sólo faltaba llevarla hasta el Palacio Real.

Vista de cerca, Cairhien confirmaba la primera impresión que ofrecía al avistarla. Las colinas más altas de la zona estaban dentro de las murallas, pero las laderas se habían cortado en terrazas en las que se alzaban construcciones, hasta el punto de que ya no parecían colinas. Las amplias avenidas, abarrotadas de gente, confluían en ángulos rectos. En esa ciudad, incluso los callejones más pequeños estaban trazados a modo de cuadrícula. Las calles subían y bajaban, como a regañadientes, siguiendo la orografía del terreno, aunque a menudo cortaban directamente a través de las laderas. Todos los edificios, desde comercios a palacios, eran construcciones cuadradas y rectangulares, de líneas sobrias, incluso las grandes torres rodeadas de andamios que se erguían en lo alto de una colina: las legendarias Torres Infinitas de Cairhien, aún en proceso de reconstrucción después del incendio en la Guerra de Aiel. La urbe parecía más dura que la propia piedra, un lugar riguroso, lleno de aristas, y las sombras que se proyectaban sobre todo acentuaban ese efecto. Las copetudas orejas de Loial se agitaban casi de continuo; profundas arrugas de preocupación le surcaban la frente, y las colgantes cejas le rozaban las mejillas.

No había muchos signos externos que denotaran la Fiesta de la Coronación o del Cenit de Chasaline. Perrin ignoraba lo que conllevaba la primera celebración, pero en Dos Ríos el Día de la Reflexión era un tiempo de alegría, de olvidar la fría lobreguez del invierno. En cambio, allí flotaba en el aire un silencio casi absoluto a pesar de la numerosa población. En cualquier otro sitio, Perrin habría imaginado que el calor impropio de la estación pesaba en el ánimo de la gente, pero, excepto los habitantes de extramuros, los cairhieninos siempre hacían gala de un carácter sobrio, austero. Al menos a primera vista; lo que había realmente bajo esa apariencia, prefería no pensarlo. Los vendedores ambulantes y buhoneros que abarrotaban las calles antes de su partida habían desaparecido, así como músicos, acróbatas y titiriteros. A buen seguro, se encontraban en el astroso campamento fuera de las murallas. Unas cuantas sillas de mano, cerradas y pintadas en colores oscuros, se abrían paso entre la silenciosa muchedumbre; algunas llevaban emblemas de casas, un poco más grandes que los *con,* que se erguían rígidamente. Avanzaban con tanta lentitud como los carros tirados por bueyes, cuyos conductores manejaban aguijadas y caminaban junto a los animales; en el silencio reinante, los chirridos de los ejes de las ruedas resultaban estrepitosos. Los forasteros destacaban de los demás por poco colorido que tuviesen sus ropas, ya que eran pocos los que iban a caballo salvo los llegados de fuera. Los nativos, en general de talla baja, constituían una masa de caras pálidas en contraste con sus atuendos oscuros. Ni que decir tiene que también los Aiel destacaban. Tanto si uno de ellos iba solo como si era un grupo de diez, caminaban sin estorbo ya que la multitud se apartaba a su paso; la gente desviaba rápidamente la vista y se abrían huecos alrededor de ellos allí adonde fueran.

Los Aiel seguían al grupo con la mirada mientras éste avanzaba entre la muchedumbre. Aunque no todos reconocieran a Rand con la chaqueta verde, sabían quién tenía que ser un hombre alto de las tierras húmedas, escoltado por Doncellas. La expresión de aquellos rostros provocó un escalofrío a Perrin: escrutadora, ponderativa. Se alegró de que Rand hubiese dejado a todas las Aes Sedai atrás. Aparte de los Aiel, el Dragón Renacido avanzaba entre una corriente de indiferencia que se apartaba ante las Doncellas y volvía a cerrar filas detrás de los Asha'man.

El Palacio Real de Cairhien, el Palacio del Sol, el Palacio del Sol Naciente en Auge —los cairhieninos gustaban de nombres rimbombantes, cada cual más extravagante que el anterior— se erguía en la cumbre de la colina más alta de la ciudad, una oscura masa cuadrada de piedra con torres escalonadas que se elevaban imponentes, dominándolo todo. La calle, la Vía de la Corona, se convertía en una ancha y larga rampa que subía hacia el palacio, y Perrin respiró profundamente cuando empezaron a remontarla. Faile estaba allí arriba. Tenía

que estarlo; y sana y salva. Ocurriera lo que ocurriese con todo lo demás, ella tenía que estar bien. Toqueteó el nudo de las riendas de *Golondrina,* atadas en una anilla de su silla de montar, acarició el hacha colgada a su cintura. Los cascos herrados de los caballos resonaban en el empedrado; las Doncellas no hacían el menor ruido.

Los diez guardias apostados en las grandes puertas de bronce, abiertas, observaron su lenta aproximación e intercambiaron miradas. Sus uniformes, considerando que eran cairhieninos, resultaban vistosos, con el Sol Naciente dorado sobre los petos oscuros y las banderolas con los colores de la casa Saighan atadas debajo de las moharras de las alabardas. Perrin habría podido hacer la reseña de sus pensamientos. Trece hombres a caballo, pero a paso tranquilo, y sólo dos luciendo armadura, una de ellas la roja de los mayenienses. Cualquier problema vendría por parte de Caraline Damodred y Toram Riatin, y los mayenienses no tenían nada que ver en eso. Y había una mujer y un Ogier. A buen seguro no traían intenciones de causar problemas. Aun así, las tres docenas, más o menos, de Doncellas que trotaban delante de los caballos sin duda no venían a tomar el té. El tiempo pareció detenerse. Entonces una de las Doncellas se subió el velo. Los guardias brincaron como si les hubiesen pellizcado el trasero, y uno de ellos inclinó su alabarda y corrió hacia las puertas. Dio dos zancadas y se quedó paralizado, rígido como una estatua. Todos los guardias estaban igualmente petrificados; sólo podían mover la cabeza.

—Bien —murmuró Rand—. Ahora, atad los flujos y después nos ocuparemos de ellos.

Perrin rebulló, incómodo. Los Asha'man se habían adelantado, desplegándose de manera que cubrían la rampa a lo ancho; debían de estar usando el Poder. Seguramente los ocho, por sí mismos, podían reducir a escombros todo el palacio. Quizá Rand podía hacerlo sin ayuda de nadie. Empero, si de las torres empezaban a dispararse las ballestas, morirían como cualquier otra persona, sorprendidos en el espacio abierto de la rampa, que ya no parecía tan ancha.

Nadie se apresuró ni hizo movimientos bruscos. Cualquiera que estuviera mirando a través de los altos ventanales de palacio o desde las galerías cubiertas que había arriba, no debía advertir nada fuera de lo normal. Sulin utilizó el lenguaje de señas de las Doncellas, y la que se había velado el rostro bajó la oscura tela con premura, dejando a la vista las mejillas arreboladas. Subieron la rampa despacio. Las cabezas de algunos guardias, cubiertas con los yelmos, se sacudían frenéticamente y los ojos giraban en sus órbitas; uno de ellos parecía haberse desmayado, ya que la barbilla descansaba sobre el pecho. Sus bocas se abrían desaforadamente, pero no emitían sonido alguno. Perrin procuró no pensar qué era lo que los amordazaba. Avanzando despacio, a través de las puertas de bronce abiertas, entraron en el patio principal.

No había soldados allí. Las balconadas de piedra que se extendían por todo el perímetro del patio se hallaban desiertas. Sirvientes uniformados salieron presurosos, los ojos agachados, para coger las riendas de los caballos y sujetar los estribos. Franjas rojas, amarillas y plateadas adornaban a lo largo las mangas de chaquetas y vestidos que, por lo demás, eran oscuros, salvo un pequeño Sol Naciente en el lado izquierdo de la pechera. En conjunto, eran los uniformes con más colorido que Perrin había visto hasta el momento en sirvientes cairhieninos. Desde donde estaban no podían ver a los guardias del exterior, aunque en realidad habría dado lo mismo que los vieran. En Cairhien, la servidumbre participaba en su propia versión del *Da'es Daemar,* el Juego de las Casas, fingiendo desconocer las maniobras de los que estaban por encima de ellos. Prestar excesiva atención a lo que ocurría entre los superiores —o al menos ser sorprendido haciéndolo— podía resultar en que uno se viera atrapado en ello. En Cairhien, y quizás en la mayoría de los países, la gente corriente podía acabar aplastada inadvertidamente cuando los poderosos caminaban.

Una mujer recia se llevó a *Brioso* y a *Golondrina* sin mirar directamente a Perrin. La yegua estaba en el Palacio del Sol, pero nada había cambiado; aún no sabía si Faile estaba viva o muerta. Una tonta fantasía de un niño estúpido.

Desplazando el hacha hacia la cadera, Perrin siguió a Rand por la ancha escalinata gris que había al otro extremo del patio, y asintió cuando Aram llevó la mano a la espada que

Librodot

asomaba por encima de su hombro para soltar la trabilla de la vaina que sujetaba el arma. Criados uniformados abrieron las grandes puertas situadas al final de la escalinata, de bronce como las exteriores y con el Sol Naciente de Cairhien repujado en cada una de ellas.

Antaño, el vestíbulo habría dejado pasmado a Perrin por su grandiosidad. Gruesas columnas cuadradas de mármol oscuro sustentaban el techo abovedado en ángulo, a una altura de veintidós metros sobre el suelo de baldosas ajedrezado, azul oscuro y dorado. Las tallas doradas del Sol Naciente se sucedían a intervalos en las molduras del voladizo, y los frisos esculpidos en las paredes mostraban victorias cairhieninas en batallas. El vestíbulo se hallaba vacío, a excepción de un puñado de jóvenes apiñados debajo de uno de los frisos; enmudecieron cuando Perrin y los demás entraron.

No todos eran varones, advirtió Perrin. Llevaban espada, pero cuatro de los siete eran mujeres; iban vestidas con chaquetas y polainas ajustadas, muy semejantes a las de Min, y llevaban el cabello cortado como los hombres. Ello no quería decir particularmente corto; tanto ellas como ellos lo llevaban sujeto en una cola de caballo, que les llegaba a los hombros, con una cinta oscura. La vestimenta de una de las mujeres era de un color verde más claro de lo normal en Cairhien, y la de otra, azul intenso; todos los demás vestían de oscuro, con unas cuantas franjas de color en el pecho. Observaron al grupo de Rand —a él con mayor detenimiento, advirtió Perrin; sus dorados ojos sorprendían a la gente, aunque él apenas reparaba ya en ello a menos que alguien diera un brinco o montara un escándalo—, examinándolos en silencio hasta que el último Asha'man hubo entrado y las puertas se cerraron. El fuerte ruido de las hojas al encajarse ahogó un instante sus precipitados murmullos; después se acercaron pavoneándose, las mujeres con más arrogancia incluso que los hombres, cosa harto difícil de conseguir. Hasta el modo en que se arrodillaron resultaba altanero.

La mujer de verde miró de soslayo a la de azul, que tenía agachada la cabeza, y dijo:

—Milord Dragón, soy Camaille Nolaisen. Ésta es Selande Darengil, que dirige nuestra asociación... —Parpadeó ante la feroz mirada que le asestó la mujer de azul. A despecho de su furibunda ojeada, Selande apestaba a miedo, si Perrin había entendido bien quién era quién. Camaille se aclaró la voz y continuó—. No creíamos... No esperábamos que regresaseis... tan pronto.

—Sí —dijo quedamente Rand—. Dudo que alguien creyera que iba a regresar... tan pronto. No tenéis por qué temerme. Ninguno de vosotros. Si hay algo en lo que podáis creer, es en lo que os digo.

Cosa curiosa, Rand tenía la vista puesta en Selande cuando manifestó aquello. La cabeza de la joven se alzó bruscamente y lo miró de hito en hito; el olor a miedo disminuyó. No del todo, pero casi. ¿Cómo habría sabido Rand que sentía miedo?

—¿Dónde está Colavaere? —preguntó.

Camaille abrió la boca, pero fue Selande quien contestó:

—En el Gran Salón del Sol. —Su voz cobró firmeza a medida que hablaba, y también su efluvio a miedo disminuyó poco a poco. Curiosamente un leve tufo a celos se entremezcló con él durante un instante cuando dirigió un vistazo a Min. A veces, su sentido del olfato lo que hacía era confundirlo en lugar de esclarecerle algo—. Se está celebrando la tercera Convocatoria del Crepúsculo —prosiguió—. No somos suficientemente importantes para asistir. Además, creo que nosotros, los de las asociaciones, la ponemos nerviosa.

—La tercera —murmuró Dobraine—. El noveno crepúsculo ya tras su coronación. No ha perdido el tiempo. Al menos, estarán juntos todos. Ninguna persona de rango o con pretensiones de tenerlo, tanto de Cairhien como de Tear, se perdería esa reunión.

Selande se incorporó y adoptó una postura erguida, arreglándoselas para aparentar que estaba a su misma altura.

—Estamos dispuestos para danzar las espadas por vos, milord Dragón.

Sulin sacudió la cabeza al tiempo que hacía una mueca de dolor; otra de las Doncellas gimió de manera audible; varias tenían el aspecto de estar a punto de recurrir a un acto violento en ese mismo instante, y su olor lo confirmaba. Los Aiel no acaban de entender a

estos jóvenes de las tierras húmedas. Desde el punto de vista Aiel, el problema residía en que intentaban ser Aiel, en cierto modo, para seguir el *ji'e'toh,* o, más bien, su versión del *ji'e'toh.* Estos siete no eran todos; centenares de idiotas como ellos pululaban por toda la ciudad, organizados en asociaciones a imitación de los Aiel. De los Aiel a quienes Perrin había oído referirse a ellos, la mitad quería ayudar; la otra mitad quería estrangularlos.

Por lo que a él concernía, le importaba poco si hacían picadillo el *ji'e'toh.*

—¿Dónde está mi esposa? —demandó—. ¿Dónde está Faile?

Los estúpidos jóvenes intercambiaron miradas de advertencia. ¡Nada menos!

—Se encuentra en el Gran Salón del Sol —contestó lentamente Selande—. Es... es una de las damas del séquito de la reina... de Colavaere.

—Se te van a salir los ojos, Perrin, disimula —susurró Min—. Debe de tener una buena razón. Sabes que sí.

Perrin trató de recobrar la compostura. ¿Una de las damas del séquito de Colavaere? Fuera cual fuera la razón que tuviera, debía de ser muy buena. De eso no le cabía duda. Pero ¿cómo era posible?

Selande y los demás volvían a intercambiar miradas de advertencia. Uno de ellos, un joven de nariz afilada, espetó en un quedo y feroz susurro:

—¡Prometimos no decírselo a nadie! ¡A nadie! ¡Con el juramento del agua!

Antes de que Perrin tuviera oportunidad de exigir que se lo contaran, Rand se adelantó:

—Selande, condúcenos al Gran Salón. No habrá danza de espadas. Estoy aquí para que se imparta justicia. A cada cual la que merezca.

Algo en su voz, una dureza equiparable a una barra de acero, hizo que a Perrin se le erizara el pelo en la nuca. Faile tenía una buena razón, sin duda. Debía tenerla.

CAPÍTULO 5

Una corona rota

A pesar de lo amplios y altos que eran los corredores daban la sensación de ser espacios restrictivos, y también sombríos a despecho de las doradas lámparas de pie con espejos en cada brazo, encendidas allí donde la luz del día no llegaba. Los tapices que colgaban en las paredes, escasos y muy espaciados entre sí, representaban escenas de cacerías o batallas, con las personas y los animales colocados con mayor precisión de lo que jamás haría la propia naturaleza. En las poco numerosas hornacinas se exhibían cuencos, jarrones y alguna que otra estatuilla en oro, plata o alabastro, pero hasta las figurillas parecían hacer hincapié en que eran piedra o metal, como si los escultores hubiesen intentado evitar cualquier curva.

El silencio de la ciudad se acentuaba allí. El sonido de las botas en las baldosas levantaba ecos, creando una especie de marcha premonitoria, y Perrin dudaba que sólo sonara así en sus oídos. Las orejas de Loial se agitaban a cada paso, y el Ogier escudriñaba a los lados en los cruces de pasillos como si temiera que algo les saltara encima. Min mantenía la espalda muy derecha y caminaba a paso vivo; cuando miraba a Rand, esbozaba una mueca apesadumbrada. Daba la impresión de que estaba haciendo un gran esfuerzo para no acercarse más a él, y de que no se sentía muy complacida consigo misma por la misma razón. Los jóvenes cairhieninos habían empezado a andar pavoneándose, pero la arrogancia fue desapareciendo con el resonante eco de sus pisadas. Hasta las Doncellas lo percibían; Sulin era la única que no había llevado la mano de vez en cuando al velo que colgaba sobre su pecho.

Había sirvientes por todas partes, naturalmente; hombres y mujeres de tez pálida y rostros alargados, vestidos con uniformes oscuros, salvo el Sol Naciente en el lado izquierdo de la pechera y tiras en las mangas con los colores de Colavaere. Algunos se quedaban boquiabiertos al reconocer a Rand cuando pasaba ante ellos; unos pocos hincaron la rodilla e inclinaron la cabeza. La mayoría prosiguió con sus quehaceres tras una breve pausa para hacer una profunda reverencia. Seguían las mismas reglas que en el patio: mostrar respeto por los superiores, fueran quienes fuesen, obedecerlos, y hacer caso omiso de sus actos; así, con suerte, uno no se veía enredado. Era un modo de pensar que a Perrin le daba dentera. Nadie debería vivir así.

Dos tipos con uniformes de Colavaere, apostados en las puertas doradas del Gran Salón del Sol, fruncieron el entrecejo al ver a las Doncellas y quizás a los jóvenes cairhieninos. La gente de más edad miraba con recelo a los jovenzuelos que se comportaban como los Aiel. Más de un padre había intentado ponerle fin, habían ordenado a hijos e hijas que renunciaran, habían dado instrucciones a hombres de armas y sirvientes para que cerraran el paso a otros jóvenes con las mismas ideas y los trataran como vagabundos o rufianes. A Perrin no le habría sorprendido si esos dos cancerberos hubiesen cruzado sus cayados dorados para impedir que Selande y sus amigos cruzaran las puertas abiertas, ni que perteneciesen a familias nobles ni que no, y puede que incluso a las Doncellas. Pocos eran los cairhieninos que se atrevían a llamar salvajes a los Aiel, no si ellos podían oírlos, pero la mayoría lo pensaba. Esos dos plantaron bien los pies, respiraron hondo... y entonces vieron a Rand por encima de las cabezas de las Doncellas. Por poco los ojos se les salen de las órbitas. Ambos se miraron de reojo, y después hincaron la rodilla. Uno mantuvo la vista fija en el suelo; el otro cerró los

ojos con fuerza, y Perrin lo oyó rezar entre dientes.

—Así que soy amado y respetado —musitó Rand. No parecía su voz.

Min le tocó el brazo; una mueca de dolor se plasmaba en su semblante. Rand le palmeó la mano sin mirarla, y, por alguna razón, aquello pareció acrecentar el gesto dolido de la joven.

El Gran Salón del Sol era inmenso, con un techo abovedado en ángulo que se alzaba hasta los treinta y cinco metros en el vértice; de él pendían grandes lámparas doradas de cadenas lo bastante gruesas para levantar el rastrillo de una fortaleza. Era gigantesco, y estaba abarrotado de gente apiñada entre las enormes columnas cuadradas, de mármol veteado en negro y azul, que se extendían en dos filas a ambos lados del pasillo central. La gente que se encontraba en la parte posterior fue la primera en reparar en los recién llegados. Los miraron con curiosidad, ya vistieran levitas o chaquetas, algunas de vivos colores o con bordados, otras rozadas por el uso y los viajes. Con curiosidad y mucho interés. Las pocas mujeres que había en esta parte del salón llevaban trajes de montar; sus rostros denotaban tanta dureza como los de los hombres, y sus miradas eran igualmente directas.

Cazadores del Cuerno, imaginó Perrin. Dobraine había dicho que allí estaría hasta el último noble que pudiera asistir, y la mayoría de los cazadores del Cuerno eran de noble linaje o pretendían serlo. Hubiesen reconocido o no a Rand, lo cierto es que algo percibieron, y sus manos fueron hacia espadas y dagas que esa noche no llevaban en el cinturón. En su mayor parte, además del Cuerno de Valere, los cazadores buscaban aventuras y un lugar en la historia. Aunque no conociesen al Dragón Renacido, identificaban el peligro cuando lo veían.

Los otros presentes en el Gran Salón tenían menos aguzado el instinto para advertir el peligro o, más bien, estaban más en sintonía con las intrigas y conspiraciones que con el azaroso riesgo a cara descubierta. Perrin había recorrido un tercio del pasillo central, pegado a los talones de Rand, antes de que los respingos se propagaran por la cámara como el viento. Pálidos lores cairhieninos, con las franjas de colores transversales en las pecheras de las oscuras chaquetas de seda, algunos con la parte delantera de la cabeza afeitada y empolvada; damas cairhieninas con bandas horizontales en los vestidos oscuros de cuello alto y puntillas en los puños, el cabello arreglado en complejos peinados que a veces aumentaban un palmo su talla. Grandes Señores y Señores de la Tierra tearianos con las barbas ungidas y arregladas en punta, sombreros de terciopelo y chaquetas rojas, azules y de todos los colores, de mangas abullonadas y acuchilladuras de satén; damas tearianas con vestidos de tonos aún más intensos, chorreras de encaje, y casquetes tachonados de perlas, piedras de la luna, gotas de fuego y rubíes. Todos reconocieron a Perrin y a Dobraine e incluso a Havien y a Min, pero, lo que era más importante, reconocieron a Rand. Una oleada de reconocimiento que fue avanzando al mismo paso que él, dejando atrás ojos desorbitados y bocas abiertas; se quedaron tan rígidos que Perrin pensó por un momento que los Asha'man los habían inmovilizado como a los guardias de las puertas exteriores. La cámara era un mar de perfumes dulzones bajo cuya superficie fluían las saladas corrientes subterráneas del sudor, pero rezumando miedo, una especie de olor a estremecimiento.

No obstante, tenía toda su atención volcada en el fondo del salón, en el estrado de mármol, azul profundo, sobre el que se erguía el Trono del Sol, tan brillante como el astro del que tomaba su nombre, el enorme disco radiante situado encima del alto respaldo. Colavaere se levantó despacio, mirando el pasillo central desde su ventajosa posición, por encima de la cabeza de Rand. Su vestido, casi negro, no lucía ni una sola franja de color propia de la nobleza, pero la abundante mata de rizos que se alzaba sobre su testa tenía que haber sido peinada alrededor de la corona que llevaba, el Sol Naciente, en oro y diamantes amarillos. Siete mujeres jóvenes flanqueaban el Trono del Sol; llevaban vestidos oscuros de ajustados corpiños, cuellos altos y rematados con encaje fruncido que rozaba sus barbillas, y las faldas con rayas verticales, con los colores de Colavaere, amarillo, rojo y plateado. Al parecer, la moda cairhienina era diferente para la reina y para las damas de su séquito.

Un leve movimiento detrás del trono señaló la presencia de una octava mujer, escondida, pero a Perrin le importaba poco Colavaere o cualquier otra persona excepto la

mujer que se encontraba a la diestra de la reina: Faile. Sus ojos, ligeramente rasgados, estaban prendidos en él cual oscuras lunas líquidas; empero, nada alteraba su expresión circunspecta, fríamente digna. Si acaso, su rostro se puso un poco más tenso. Perrin anhelaba captar su aroma personal, pero los de los perfumes eran demasiado intensos, y también el del miedo. Tenía una razón para estar en el estrado, una buena razón.

—Esperad aquí —susurró Rand al tiempo que rozaba la manga de Sulin.

La mujer, ceñuda, con la cicatriz que surcaba su curtida tez resaltando tan blanca como su pelo, lo miró a la cara y después asintió con palpable renuencia. En cualquier caso, la mano que no sostenía las lanzas se movió en el lenguaje de señas, y hubo un nuevo respingo generalizado en la sala cuando las Doncellas se velaron el rostro. Casi era cómico; los ocho hombres de negro que procuraban vigilar en todas direcciones a la vez seguramente podrían matarlos a todos antes de que la primera Doncella hubiese arrojado una lanza, pero nadie sabía quiénes eran. Nadie dedicó más que una mirada de pasada a un puñado de hombres con las espadas envainadas. Sólo estaban pendientes de las Doncellas. Y de Rand. ¿Es que no se habían fijado en que ninguno de esos hombres sudaba una gota más que el propio Rand? Perrin, por su parte, se sentía empapado.

Dejando atrás a las Doncellas, pero con Min todavía pegada a él, Rand se paró cuando, primero Perrin, y después Dobraine y Havien, se unieron a él. Y Aram, naturalmente, como la sombra de Perrin. Rand los observó atentamente uno tras otro, y asintió despacio con la cabeza. A Perrin lo estudió más largamente, y también tardó más en asentir. El cairhienino de cabello gris y el joven mayeniense tenían la tez pálida como un muerto. Perrin ignoraba qué aspecto tendría su rostro, pero mantenía prietas las mandíbulas. Nadie iba a hacer daño a Faile, daba igual lo que ella hubiese hecho y el porqué.

Las botas resonaron en el silencio mientras cruzaban el gran mosaico del Sol Naciente en el suelo de baldosas azules y se aproximaban al trono. Colavaere aferraba con manos crispadas la falda; se humedeció los labios, y sus ojos pasaron rápidamente de Rand a las puertas que había a espaldas de él.

—¿Qué esperáis? ¿Ver entrar Aes Sedai? —resonó la voz de Rand, que sonrió de un modo desagradable—. Las he enviado al campamento Aiel. Si los Aiel no pueden enseñarles modales, nadie podrá hacerlo.

Un murmullo conmocionado se alzó en la sala y fue decayendo poco a poco. El olor a miedo llegó a la nariz de Perrin con más intensidad que los perfumes. Colavaere dio un respingo.

—¿Por qué iba a...? —Respirando hondo, recobró la dignidad. Era una mujer muy hermosa, de mediana edad, sin una sola hebra de plata en el oscuro cabello, y ofrecía un porte regio que no tenía nada que ver con la corona que lucía. Había nacido para dirigir, para reinar; eso creía. Y sus ojos, calculadores y evaluativos, revelaban una inteligencia fría—. Milord Dragón —dijo, haciendo una reverencia tan pronunciada que casi parecía una mofa—, os doy la bienvenida. Cairhien os da la bienvenida. —Lo dijo de un modo que pareció repetir la misma frase.

Lentamente, Rand subió los peldaños del estrado. Min hizo amago de ir tras él, pero después se cruzó de brazos. Perrin sí lo siguió, para estar más cerca de Faile, pero sólo un tramo de escalones. Fue la mirada de su mujer la que lo frenó. Una mirada que lo sopesaba y evaluaba tanto como la de Colavaere. A él tanto como a Rand. Perrin deseó poder oler su aroma. No para intentar descubrir qué o por qué, sólo para olerla. La oleada de perfumes y miedo era demasiado intensa. ¿Por qué no decía nada? ¿Por qué no se acercaba a él? ¿Por qué no le sonreía? Sólo eso, una sonrisa.

Colavaere se puso un poco más tensa, pero ésa fue su única reacción. Sólo le llegaba al pecho a Rand, aunque el alto peinado casi quedaba al mismo nivel de la cabeza de él. Los ojos de Rand se desplazaron y su mirada fue pasando por los rostros de las mujeres alineadas a ambos lados del trono; quizá se detuvieron brevemente en Faile, pero Perrin no habría podido asegurarlo. Luego apoyó la mano en uno de los macizos brazos del trono.

—Sabéis que lo quería ocupado por Elayne Trakand. —Su voz sonó inexpresiva.

—Milord Dragón —contestó suavemente Colavaere—, Cairhien ha estado demasiado tiempo sin un dirigente. Un dirigente cairhienino. Dijisteis que no teníais ningún interés en ocupar vos el Trono del Sol. Elayne Trakand podría haber tenido ciertos derechos a reclamarlo —un leve y rápido gesto desechó esa supuesta reclamación—, si estuviese viva. Corren rumores de que ha muerto, como su madre.

Decir eso era peligroso. También corrían muchos rumores de que Rand era quien había matado a madre e hija. La mujer no era cobarde.

—Elayne está viva. —La voz de Rand seguía siendo tan inexpresiva como antes, pero sus ojos llameaban. Perrin era incapaz de distinguir su olor, como le ocurría con Faile, pero no necesitaba su olfato para reconocer la ira a punto de estallar—. Tendrá la corona de Andor y la de Cairhien.

—Milord Dragón, lo que se ha hecho no puede deshacerse. Si hay algo que os haya ofendido...

A pesar de toda su dignidad, de todo su valor, Colavaere tuvo que hacer un esfuerzo evidente para no encogerse cuando Rand alargó la mano y asió la Corona del Sol. Sonó un seco chasquido de metal partiéndose. La tiara se dobló y apenas descompuso la torre de rizos al ser retirada del complejo peinado; después se enderezó lentamente. Algunas de las gemas amarillas saltaron de sus engarces y cayeron al suelo. Rand sostuvo en alto el arco metálico partido que, poco a poco, volvió a curvarse hasta que los extremos se unieron y... Quizá los Asha'man vieron lo que estaba ocurriendo, tal vez lo entendieron, pero para Perrin la corona estaba rota en cierto momento y un instante después volvía a estar intacta. Ninguno de los nobles presentes hizo el menor ruido, ni el más leve movimiento; Perrin imaginó que tenían miedo hasta de pestañear. El efluvio a miedo llegaba ahora a su nariz con mayor intensidad que cualquier otro olor. No era un escalofrío intermitente, sino una oleada continua, arrolladora.

—Todo lo que puede hacerse —manifestó quedamente Rand— se puede deshacer.

El semblante de Colavaere se demudó. Los pocos bucles que se habían soltado del peinado le daban un aire desaforado, de animal acorralado. Tragó saliva y abrió la boca dos veces antes de que consiguiera articular las palabras.

—Milord Dragón... —Apenas fue un susurro, pero a medida que hablaba su voz cobró firmeza, bien que con un deje de desesperación. Parecía haber olvidado a todos los demás—. He mantenido las leyes que promulgasteis, vuestras directrices políticas, incluso las que van en contra de antiguas leyes de Cairhien, de toda tradición. —Seguramente se refería a las leyes que habían permitido que un noble matara a un granjero o un artesano con impunidad—. Milord Dragón, el Trono del Sol es vuestro, os corresponde a vos disponer de él. Lo sé muy bien. Yo... Me equivoqué al ocuparlo sin vuestro permiso. Pero tengo derecho a él, por linaje y por estirpe. Si he de recibirlo de vuestras manos, entonces entregádmelo personalmente. ¡Tengo todo el derecho!

Rand se limitó a mirarla, sin decir palabra. Parecía estar escuchando, pero no a ella. Perrin carraspeó. ¿Por qué alargaba Rand el asunto? Estaba resuelto, o casi. Si quedaba algo por hacer, que lo hiciera de una vez. Entonces podría llevarse a Faile de allí, a donde pudieran hablar.

—¿También teníais derecho a asesinar a lord Maringil y al Gran Señor Meilan? —demandó Perrin. No le cabía la menor duda de que había sido Colavaere quien había ordenado su muerte; ambos nobles habían sido sus principales rivales al trono. O, al menos, eso era lo que habían pensado los tres, ellos y ella. ¿Por qué no decía nada Rand? Él sabía lo ocurrido—. ¿Dónde está Berelain?

Antes de que el nombre hubiese acabado de salir de sus labios deseó no haberlo pronunciado. Faile se limitó a mirarlo; su semblante seguía siendo una máscara de fría corrección, pero aquella mirada podría haber hecho arder el agua. «Una esposa celosa es como tener un avispero en el colchón», según rezaba el dicho. Por mucho que uno sacudiera las manos y se retorciera, acababa lleno de picotazos.

—¿Osáis acusarme de un crimen tan vil? —replicó Colavaere—. No hay pruebas. ¡No

Librodot

puede haberlas! Y no las hay porque soy inocente. —De repente pareció darse cuenta de dónde se hallaba, de los nobles apiñados hombro con hombro entre las columnas, observando y escuchando. Desde luego, se la podría acusar de muchas cosas, pero no de cobarde. Muy erguida, hizo cuanto estaba en su mano para mirar a Rand a los ojos sin tener que echar la cabeza hacia atrás en exceso—. Milord Dragón, hace nueve días, al salir el sol, fui coronada reina de Cairhien de acuerdo con las leyes y costumbres de Cairhien. Mantendré mi juramento de fidelidad a vos, pero soy reina de Cairhien. —Rand se limitó a mirarla fijamente, en silencio; y preocupado, en opinión de Perrin—. Milord Dragón, soy reina, a menos que rompáis todas las leyes y esparzáis sus pedazos al viento.

De nuevo silencio por parte Rand, y aquella intensa mirada, sin parpadear.

—Esos cargos contra mí son falsos. ¡Son descabellados! —Sólo silencio por respuesta. Colavaere giró levemente la cabeza hacia atrás, nerviosa—. Annoura, aconsejadme. ¡Adelantaos, Annoura! ¡Dadme consejo!

Perrin creyó que hablaba a una de las mujeres que estaban con Faile, pero la mujer que salió de detrás del trono no llevaba la falda con franjas de colores de las damas del séquito. Una cara ancha, de boca grande y nariz picuda, enmarcada por multitud de finas y largas trenzas de cabello oscuro, clavó la mirada en Rand. Un rostro intemporal. Para sorpresa de Perrin, Havien emitió un sonido gutural y empezó a sonreír. En cuanto a él, sintió cómo se le ponían de punta los pelos de la nuca.

—No puedo hacer tal cosa, Colavaere —dijo la Aes Sedai con acento tarabonés al tiempo que se ajustaba el chal de flecos grises—. Me temo que he dejado que malentendáis mi relación con vos. —Respiró hondo y añadió—: Esto no... Esto no es necesario, maese al'Thor. —Su voz tembló levemente un instante—. O milord Dragón, como prefiráis. Os aseguro que no albergo malas intenciones hacia vos. Si lo hiciera, habría atacado antes de que os hubieseis dado cuenta de que estaba aquí.

—Podrías haber muerto si lo hubieses intentado. —La voz de Rand sonó fría y cortante como un cuchillo, pero la expresión de su rostro la hacía afable en comparación—. No soy yo quien te tiene escudada, Aes Sedai. ¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí? ¡Respóndeme! No tengo mucha paciencia con... las de tu clase. A no ser, claro, que prefieras ser trasladada al campamento Aiel. Apuesto que las Sabias sabrán cómo soltarte la lengua.

La tal Annoura no era corta de entendederas. Sus ojos se desviaron rápidamente hacia Aram, y después al pasillo, adonde se encontraban los Asha'man. Y lo supo. Tenían que ser ellos a quienes se había referido, con aquellas chaquetas negras bien abotonadas, pero los torvos semblantes secos, sin gota de sudor, cuando los de todos los presentes salvo los de ella misma y de Rand brillaban por la transpiración. Perrin reparó en que el joven Jahar la observaba como haría un halcón con un conejo. Incongruentemente, Loial se hallaba en medio de ellos, con el hacha recostada en el hombro; una de sus grandes manos sostenía un tintero y un libro abierto, apoyado contra el pecho, en tanto que la otra garabateaba tan deprisa como el Ogier era capaz de deslizar una pluma gruesa como el pulgar de Perrin. Estaba tomando notas. ¡Allí, en ese momento!

Los nobles oyeron las palabras de Rand con tanta claridad como la propia Annoura. Hasta ese instante habían estado pendientes de las Doncellas veladas, nerviosos; ahora se retiraron precipitadamente de los Asha'man, apretándose como peces en un barril. Aquí y allí alguien se tambaleó al desmayarse, pero el apiñamiento de la multitud impidió que se desplomaran.

Con un estremecimiento, Annoura se ajustó el chal y recobró la tan cacareada compostura Aes Sedai.

—Soy Annoura Larisen, milord Dragón. Del Ajah Gris. —Nada en su actitud daba a entender que estuviera escudada y en presencia de hombres capaces de encauzar. Pareció que respondía como haciendo un favor—. Soy la consejera de Berelain, Principal de Mayene.

De modo que ésa era la razón de que Havien estuviese sonriendo como un demente: había reconocido a la mujer. Por su parte, Perrin no tenía pizca de ganas de sonreír.

—Como podréis comprender, dicha circunstancia se ha mantenido en secreto —

prosiguió Annoura—, habida cuenta de la actitud de Tear tanto hacia Mayene como hacia las Aes Sedai, pero creo que el tiempo de guardar secretos ha quedado atrás, ¿no es así? —Se volvió hacia Colavaere y el gesto de su boca se tornó firme—. Dejé que pensarais lo que dabais por supuesto, pero las Aes Sedai no se convierten en consejeras porque alguien les diga que lo son. Sobre todo cuando ya aconsejan a otra persona.

—Si Berelain confirma tu historia —dijo Rand—, te dejaré libre bajo su custodia. —Se volvió hacia la multitud y entonces pareció caer en la cuenta de que seguía teniendo en la mano la corona de oro y gemas. La soltó suavemente en la seda del asiento del Trono del Sol—. No considero enemigas a todas las Aes Sedai, no del todo, pero no seré blanco de más intrigas ni seré manipulado. Nunca más. La elección es tuya, Annoura; pero, si tomas la decisión equivocada, irás a parar a manos de las Sabias. Si es que vives lo bastante. No pondré cortapisas a los Asha'man, y un error podría costarte caro.

—Los Asha'man —repitió Annoura, sosegada—. Comprendo perfectamente. —Sin embargo, se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Milord Dragón, Colavaere tramaba romper su juramento de fidelidad.

Perrin había deseado tanto que Faile dijera algo que dio un brinco de sobresalto cuando al fin habló, al tiempo que salía de la fila de damas del séquito y se adelantaba para encararse a la aspirante a reina; parecía un águila en actitud amenazadora, desafiante. ¡Luz, qué hermosa era!

—Colavaere juró obedeceros en todo y respetar y defender vuestras leyes —continuó, eligiendo cuidadosamente las palabras—, pero ha hecho planes para librar a Cairhien de los Aiel, enviándolos al sur, y que así todo volviera a ser igual que antes de vuestra venida. También dijo que, si acaso regresabais alguna vez, no os atreveríais a cambiar nada de lo que había hecho. La mujer a la que le dijo todo esto, Maire, era una de sus damas. Maire desapareció poco después de contármelo. No tengo pruebas, pero sospecho que está muerta. Creo que Colavaere se arrepintió de revelar más de lo conveniente sobre sus planes, y demasiado pronto.

Dobraine subió las gradas del estrado, con el yelmo bajo el brazo. Su semblante parecía cincelado en hierro.

—Colavaere Saighan —anunció en un tono ceremonioso que llegó a todos los rincones del Gran Salón—, por mi alma inmortal, con la Luz por testigo, yo, Dobraine, Cabeza Insigne de la casa Taborwin, os acuso del cargo de traición, delito sancionado con la pena de muerte.

Rand echó la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados. Sus labios se movieron levemente, pero Perrin comprendió que sólo ellos dos habían oído lo que dijo: «No. No puedo permitirlo. No lo permitiré». Ahora entendía Perrin por qué Rand había estado alargando el asunto, retrasando su final. Estaba buscando una salida al problema. Ojalá la encontrara.

Colavaere no lo oyó, desde luego, pero también ella quería encontrar una salida. Miró febrilmente en derredor, al Trono del Sol, a sus otras damas, a los nobles reunidos en asamblea, como si esperara que fueran a adelantarse para defenderla. Ni un movimiento, como si todos tuviesen los pies clavados en el suelo; sólo encontró un mar de rostros cuidadosamente inexpresivos y ojos que evitaban los suyos. Algunas miradas se dirigieron hacia los Asha'man, pero con disimulo. El hueco abierto entre nobles y Asha'man, ya considerable, se ensanchó de manera notoria.

—¡Embustes! —dijo con un siseo; sus manos aferraban, crispadas, la falda—. ¡Todo es una sarta de mentiras! ¡Tú, ladina tunanta...!

Dio un paso hacia Faile. Rand extendió el brazo, interponiéndolo entre las dos mujeres, aunque Colavaere aparentemente ni siquiera lo vio y Faile, a juzgar por su expresión, habría preferido que no lo hiciera. A cualquiera que la atacara le esperaba una sorpresa.

—¡Faile no miente! —bramó Perrin. Bueno, no en ese tipo de cosas.

De nuevo Colavaere se dominó. No era alta, pero irguió hasta el último centímetro. Perrin casi sintió admiración por ella. Salvo por lo de Meilan y Maringil y la tal Maire y la Luz sabía cuántos más.

—Exijo justicia, milord Dragón. —Su voz era sosegada, majestuosa—. No hay pruebas

Librodot

de ninguna de esas... sucias infamias. Sólo la supuesta acusación de alguien que ya no está en Cairhien, de decir algo que jamás dije. Demando la justicia del lord Dragón. Según nuestras leyes, tiene que haber pruebas.

—¿Cómo sabéis que esa mujer ya no está en Cairhien? —inquirió Dobraine—. ¿Dónde está?

—Supongo que se marchó. —Dirigió la respuesta a Rand—. Maire dejó mi servicio y la reemplacé por Reale. —Señaló hacia la tercera dama de la izquierda—. Ignoro dónde está. Haced que comparezca si se encuentra en la ciudad, que repita sus ridículos cargos delante de mí. Haré que se trague sus mentiras.

Faile le asestó una mirada funesta. Perrin esperaba que no se le ocurriera sacar uno de los cuchillos que llevaba encima escondidos; tenía costumbre de hacerlo cuando se enfurecía en exceso.

Annoura se aclaró la voz. Había estado estudiando a Rand con demasiado interés para que Perrin se sintiera tranquilo; le recordó de repente a Verin, con aquella mirada de pájaro observando a un gusano.

—¿Puedo hablar, maese... eh... milord Dragón? —Al responder Rand con un brusco cabeceo, continuó al tiempo que se ajustaba el chal—. De la joven Maire no sé nada excepto que una mañana estaba aquí y, antes de caer la noche, había desaparecido y nadie sabía su paradero. Pero respecto a lord Maringil y el Gran Señor Meilan, la cosa cambia. La Principal de Mayene trajo consigo a dos de los mejores rastreadores, unos hombres expertos en descubrir delitos. Trajeron a mi presencia a dos de los hombres que emboscaron a lord Meilan en la calle, aunque ambos insistieron en que sólo lo habían sujetado de los brazos mientras otros lo apuñalaban. Asimismo me trajeron a la sirvienta que puso veneno en el vino con especias que a lord Maringil le gustaba tomar antes de acostarse. También protestó su inocencia argumentando que su anciana madre inválida habría muerto, e igualmente ella, si no hubiese obedecido. Ésas fueron sus palabras y, en su caso, creo que decía la verdad. Su alivio al confesar no era fingido, a mi entender. Tanto los dos hombres como ella coincidían en una cosa: las órdenes las recibieron de lady Colavaere en persona.

A medida que Annoura hablaba, el aire desafiante de Colavaere se había venido abajo. Lo extraño era que siguiera de pie, ya que parecía estar desmadejada.

—Ellas lo prometieron —balbució, dirigiéndose a Rand—. Prometieron que jamás regresaríais.

Demasiado tarde, se llevó las manos a la boca. Sus ojos estaban desorbitados. Perrin habría querido no oír los sonidos que salían de su garganta. Nadie debería hacer esos ruidos.

—Traición y asesinato. —En la voz de Dobraine había satisfacción. Aquellos gemidos ahogados no lo conmovían—. El castigo por ambos delitos es el mismo: pena de muerte. Excepto que, según la nueva ley, el asesinato está penado con la horca.

Por alguna razón, Rand miró a Min, que le devolvió la mirada con una profunda tristeza. No por Colavaere: por Rand. Perrin se preguntó si estaría involucrada alguna de sus visiones.

—E... exijo ser ejecutada en el tajo —logró decir Colavaere con voz estrangulada. Tenía el semblante descompuesto. Había envejecido de golpe, y sus ojos reflejaban puro terror. Pero, aun teniendo todo perdido, siguió luchando por las migajas—. Es... estoy en mi derecho. No me... ¡No me colgarán como a un plebeyo!

Rand parecía estar luchando consigo mismo, sacudiendo la cabeza de aquel modo tan inquietante. Cuando por fin habló, sus palabras fueron frías como el invierno y duras como el acero:

—Colavaere Saighan, os despojo de vuestros títulos. Os son confiscadas vuestras tierras, heredades, posesiones y todo lo que tenéis salvo el vestido que lleváis puesto. ¿Tenéis...? ¿Poseéis una granja? ¿Una granja pequeña?

La mujer había acusado cada frase como un mazazo. Ahora se tambaleó como una persona ebria, articulando sin voz la palabra «granja» como si no la hubiese oído en la vida. Annoura, Faile, todos miraban a Rand con estupor o curiosidad o ambas cosas. El que más, Perrin. ¿Una granja? Si antes reinaba el silencio en el Gran Salón, ahora se habría oído el

Librodot

vuelo de una mosca.

—Dobraine, ¿tiene esta mujer una pequeña granja?

—Tiene... tenía muchas, milord Dragón —contestó lentamente el cairhienino. Obviamente estaba tan desconcertado como los demás—. La mayoría son grandes. Pero las tierras próximas a la Pared del Dragón siempre han estado parceladas en minifundios de menos de treinta hectáreas. Todos los arrendatarios las abandonaron durante la Guerra de Aiel.

—Bien. —Rand asintió—. Es hora de que eso cambie. Demasiadas tierras han estado en barbecho durante demasiado tiempo. Quiero que la gente regrese allí para que vuelva a cultivarlas. Dobraine, os encargaréis de averiguar cuál de todas esas granjas que Colavaere poseía cerca de la Pared del Dragón es la más pequeña. Colavaere, os exilio a esa granja. Dobraine se ocupará de proveeros de cuanto necesitéis para realizar los trabajos de cultivo, y de buscar a alguien que os enseñe las labores del campo. Y guardias que vigilen que no os alejáis de la granja más de lo que podáis caminar durante un día, durante el resto de vuestra vida. Ocupaos de ello, Dobraine. Dentro de una semana quiero que esté de camino allí.

Un Dobraine estupefacto vaciló antes de asentir. Perrin captó murmullos de la asamblea apiñada a su espalda. Esto era algo inaudito. No entendían por qué no se cumplía la sentencia de muerte. ¡Y lo demás! Las heredades ya se habían confiscado en otras ocasiones, pero nunca todas. Nunca el título nobiliario. A los nobles se los había exiliado, incluso de por vida, pero jamás a una granja.

La reacción de Colavaere fue inmediata. Los ojos se le pusieron en blanco y se desplomó, en dirección a las gradas del estrado.

Perrin corrió a cogerla, pero alguien se le adelantó. Antes de que hubiese acabado de dar el primer paso, la caída de la mujer se detuvo, simplemente. Se quedó fláccida en el aire, flotando sobre las gradas y con la cabeza colgando. Lentamente, su desmadejado cuerpo se enderezó en una postura horizontal, giró, y se posó suavemente en el suelo, al pie del Trono del Sol. Rand. Perrin estaba seguro de que los Asha'man la habrían dejado caer.

Annoura chasqueó la lengua. No parecía sorprendida ni perturbada, salvo porque sus pulgares se frotaban suavemente con los índices en ademán nervioso.

—Sospecho que habría preferido el tajo —manifestó—. Me ocuparé de ella si vuestros hombres, vuestros... Asha'man...

—Colavaere no es de tu incumbencia —replicó de malas maneras Rand—. Está viva y... Está viva, punto. —Inhaló larga, entrecortadamente. Min llegó junto a él antes de que Rand exhalara el aire; se limitó a quedarse a su lado, si bien parecía querer hacer algo más. Poco a poco, el semblante de Rand cobró firmeza—. Annoura, me conducirás hasta Berelain. Suéltala, Jahar, no causará ningún problema. No, siendo una sola contra nueve de nosotros. Quiero enterarme de qué ha estado tramándose mientras me encontraba ausente, Annoura. Y qué intención tenía Berelain al traerte aquí, a mis espaldas. No. Ni una palabra. Quiero que sea ella quien me conteste. Perrin, sé que querrás disponer de un rato con Faile. Yo...

La mirada de Rand pasó lentamente sobre la asamblea de nobles que aguardaba en silencio. Bajo su escrutinio, ninguno de ellos se atrevió a mover un solo músculo. El olor a miedo superaba con creces cualquier otro, de tan penetrante. Exceptuando a los cazadores del Cuerno, todos los presentes le habían prestado el mismo juramento que Colavaere. Quizás el mero hecho de encontrarse en esta asamblea era un acto de traición. Perrin lo ignoraba.

—La audiencia ha acabado —anunció Rand—. Olvidaré los rostros de todos aquellos que se marchen ya.

Los que estaban en primera fila, los de mayor rango, los más poderosos, empezaron a encaminarse hacia las puertas sin excesiva prisa, evitando a las Doncellas y los Asha'man que se encontraban en el pasillo, en tanto que los demás esperaban su turno. Sin embargo, todos debían de haber estado rumiando la última frase de Rand, lo que había querido decir exactamente con ese «ya». El ritmo de los pasos se aceleró, las mujeres se recogieron las faldas para que no les estorbaran. Los cazadores del Cuerno, que se hallaban más cerca de las puertas, empezaron a abandonar la sala, primero de uno en uno y acto seguido, en tropel; al

Librodot

verlos, los nobles de menor rango cairhieninos y tearianos se apresuraron a salir, adelantándose a los de más alcurnia. En cuestión de segundos una apiñada muchedumbre se había amontonado en las puertas, hombres y mujeres empujando y dando codazos para salir. Nadie miró atrás, a la mujer tendida en el suelo, al pie del trono que había ocupado tan brevemente.

CAPÍTULO 6

El miedo de siempre y el nuevo

Rand pasó entre la forcejeante multitud sin dificultad, ni que decir tiene. Tal vez se debió a la presencia de las Doncellas y de los Asha'man, o quizá Rand o uno de los tipos de chaqueta negra hizo algo con el Poder, pero lo cierto es que la muchedumbre se apartó para dejarles paso a él y a sus acompañantes: Min, que iba cogida de su brazo; Annoura, muy sumisa, tratando de hablar con él; y Loial, que seguía intentando, no sin dificultad, escribir en su libro a la par que sostenía el hacha. Mirándose el uno al otro, Perrin y Faile perdieron la oportunidad de unirse a ellos antes de que la muchedumbre volviera a apelotonarse una vez que hubieron pasado.

Faile no dijo nada durante unos segundos, y tampoco él; no lo que deseaba decir, estando Aram allí, mirándolos como un perro fiel. Y Dobraine, que contemplaba ceñudo a la inconsciente mujer que habían puesto a su cargo. En el estrado no quedaba nadie más. Havien se había marchado con Rand, y las otras damas del séquito habían echado a correr hacia las puertas sin dirigir siquiera una mirada a la pareja. Ni a Colavaere. Ni el menor caso. Sólo se recogieron las faldas de rayas y salieron disparadas. De la aglomeración llegaban gruñidos y maldiciones, no todas de voces masculinas. Aun cuando Rand se había marchado ya, esas personas querían encontrarse en cualquier otra parte, y ya. Quizá creían que Perrin se había quedado para observar e informar después, aunque si hubiesen echado un vistazo hacia atrás se habrían dado cuenta de que sus ojos no estaban pendientes de ellos.

Remontando el resto de las gradas, tomó a Faile de la mano y aspiró su aroma personal. Así, tan cerca de ella, el olor de los perfumes que seguía flotando en el ambiente no importaba. Todo lo demás podía esperar. Faile sacó un abanico de encaje rojo de alguna parte y, antes de abrirlo para darse aire, se tocó con él en la mejilla y después hizo lo mismo con la de Perrin. En su Saldaea natal existía todo un lenguaje del abanico, muy amplio y complejo; Faile le había enseñado algunas cosas. Ojalá supiera lo que significaba el gesto de tocar la mejilla; tenía que ser algo bueno. Por otro lado, el olor de la mujer tenía un matiz picante que él conocía muy bien.

—Tendría que haberla mandado al tajo —masculló Dobraine.

Perrin se encogió de hombros, incómodo. Por el tono del hombre no quedaba claro si se refería a que era eso lo que estipulaba la ley o que hacerlo habría sido una decisión más clemente. Dobraine no lo entendía: a Rand le brotarían alas antes que mandar ejecutar a una mujer.

El movimiento del abanico de Faile decreció hasta casi detenerse del todo, y ella miró de soslayo al cairhienino, por encima del encaje rojo.

—Su muerte habría sido mejor para todos. Ésa es la pena establecida. ¿Qué haréis, lord Dobraine? —Aun siendo de soslayo, se las ingenió para que la mirada fuera muy directa, muy significativa.

Perrin frunció el entrecejo. ¿De modo que en lugar de hablar con él se dedicaba a hacer preguntas a Dobraine? Además, estaba ese matiz celoso en su aroma; Perrin suspiró.

El cairhienino le respondió con otra mirada, ésta impasible, mientras sujetaba los guanteletes con el cinturón de la espada.

—Lo que se me ordenó que hiciera. Yo cumplo mis juramentos, lady Faile.

El abanico se abrió de golpe y se cerró, en un visto y no visto.

—¿De verdad ha mandado a las Aes Sedai con los Aiel? ¿Como prisioneras? —La incredulidad teñía su voz.

—A algunas, lady Faile. —Dobraine vaciló—. Otras le juraron fidelidad de rodillas. Lo vi con mis propios ojos. Ésas también fueron con los Aiel, pero no creo que se las pueda considerar prisioneras.

—Yo también lo vi, milady —intervino Aram desde donde estaba parado en las gradas, y una ancha sonrisa alegró su semblante cuando ella lo miró.

El abanico describió una especie de minúscula lazada en el aire. Faile hacía los movimientos casi de un modo inconsciente.

—Los dos lo visteis. —El alivio en su voz, y en su efluvio, fue tan intenso que Perrin la miró fijamente.

—¿Qué pensabas, Faile? ¿Por qué iba a mentir Rand, sobre todo habida cuenta de que todo el mundo lo descubriría antes de un día?

En lugar de contestar de inmediato, su mujer miró a Colavaere con el entrecejo fruncido.

—¿Sigue desmayada? No es que importe mucho, supongo. Sabe incluso lo que no me atrevería a decir aquí en voz alta. Hasta el último detalle del incidente que tanto nos esforzamos por mantener en secreto. También se le escapó eso cuando habló con Maire. Sabe demasiado.

Dobraine levantó uno de los párpados de la mujer con el pulgar, sin demasiada delicadeza.

—Como si le hubiesen asestado un mazazo. Lástima que no se rompiera el cuello en las gradas. En fin, irá al exilio y aprenderá a vivir como una granjera.

Un fugaz, irregular e irritado olor emergió de Faile. De repente, Perrin comprendió la sugerencia que su mujer había hecho de un modo tan indirecto; la que Dobraine había rechazado con una respuesta igual de evasiva, hablando entre líneas. Perrin notó que el vello se le ponía de punta. Sabía desde el principio que se había casado con una mujer peligrosa, pero no hasta qué punto. Aram miraba fijamente a Colavaere y tenía los labios fruncidos en ademán pensativo; ese chico haría cualquier cosa por Faile.

—No creo que a Rand le gustara que algo le impidiera a esa mujer llegar a la granja —manifestó firmemente a la par que miraba primero a Aram y después a Faile—. Y a mí tampoco me gustaría. —Se sintió muy orgulloso de sí mismo. Podía hablar con rodeos como cualquiera de ellos.

Aram asintió levemente, casi de un modo inapreciable —lo había entendido— pero Faile estaba intentando aparentar un aire de inocencia por encima del abanico que movía suavemente, como si no comprendiese a qué se había referido. De pronto Perrin cayó en la cuenta de que no todo el olor a miedo provenía del gentío apiñado en las puertas. Un leve tufillo emergía de ella. Miedo controlado, pero ahí estaba.

—¿Qué ocurre, Faile? Luz, no pensarás que Coiren y esa pandilla han vencido en lugar de... —El rostro de su mujer no se alteró un ápice, pero el tufillo se hizo un poco más intenso—. ¿Es por eso por lo que no lo contaste todo nada más entrar nosotros? —inquirió quedamente—. ¿Tenías miedo de que hubiésemos regresado como marionetas cuyas cuerdas manejaban ellas?

Faile echó una rápida ojeada al grupo de gente que aún despejaba el Gran Salón. Los más próximos se hallaban a bastante distancia y todos metían mucho ruido, pero de todos modos bajó la voz.

—Las Aes Sedai pueden hacer ese tipo de cosas, según tengo entendido. Esposo mío, nadie sabe mejor que yo que hasta unas Aes Sedai tendrían muchas dificultades si intentaban hacerte bailar a su son como un títere, muchas más que con el hombre que es el Dragón Renacido, pero cuando entraste aquí, estaba más asustada de lo que me había sentido desde que te marchaste.

Al empezar a hablar, en su olor se mezcló otro divertido, como minúsculas burbujas en

la nariz de él, y un cálido afecto, y amor, y el aroma personal de ella, claro, puro y fuerte, pero todo ello se desvaneció al final, dejando el tufillo tembloroso.

—Luz, Faile, lo que dijo Rand es cierto. Hasta la última palabra. Ya has oído a Dobraine, y a Aram. —Ella sonrió y asintió al tiempo que agitaba el abanico. Aquel tufillo seguía cosquilleando en su nariz, sin embargo. «Rayos y centellas, ¿qué hace falta para convencerla?»—. ¿Serviría de algo que Rand hiciera a Verin bailar el *sa'sara*? Lo hará, si él se lo ordena. —Lo dijo en broma. Lo único que sabía del *sa'sara* era que se trataba de un baile escandaloso; y que Faile había admitido en una ocasión que sabía bailarlo, aunque recientemente eludía el tema o lo negaba en redondo. Sí, lo había dicho en broma, pero ella cerró el abanico y se dio golpecitos con él en la muñeca. Ese significado sí que lo conocía Perrin: «Estoy planteándome seriamente tu sugerencia».

—No sé qué podría despejar las dudas, Perrin. —Un leve escalofrío la sacudió—. ¿Hay algo que no haga una Aes Sedai si se lo ordena la Torre Blanca? Estudié la historia de mi país, y me enseñaron a leer entre líneas. Mashera Donavelle tuvo siete hijos con un hombre al que odiaba, cuenten lo que cuenten los relatos, e Isebaille Tobanyi entregó a sus amados hermanos, y con ellos el trono de Arad Doman, a sus enemigos. Y Jestian Monterrojo... —Se estremeció, ahora palpablemente.

—Vamos, cálmate —musitó Perrin, rodeándola con sus brazos. También él había estudiado varios libros de historia, pero nunca había visto esos nombres. La hija de un noble recibía otra educación que el aprendiz de un herrero—. Es cierto, de veras.

Dobraine miró a otro lado, al igual que Aram, aunque su rostro esbozaba una sonrisa complacida. Faile se resistió al principio, pero sin mucho empeño. Perrin nunca estaba seguro de cuándo rechazaría un abrazo en público y cuándo lo aceptaría de buen grado, pero sí sabía que si no quería que la abrazara lo dejaba muy claro, de manera patente, con palabras o sin ellas. En esta ocasión apretó la cara contra su pecho y correspondió de igual modo, estrechándolo con fuerza.

—Si una Aes Sedai te hace daño alguna vez —susurró—, la mataré. —Perrin la creyó—. Me perteneces, Perrin t'Bashere Aybara. Eres mío.

También creyó eso. A la par que el abrazo de su mujer crecía en intensidad, del mismo modo lo hizo el picante olor a celos. Por poco soltó una queda risita. Por lo visto, el derecho a clavarle un cuchillo era exclusivo de ella. Sí, se habría echado a reír, a no ser por el tufillo a miedo, que no había desaparecido. Y por lo que había dicho sobre Maire. No podía percibir su propio olor, pero sabía que también estaba allí: miedo. El miedo de siempre y el nuevo, para la próxima vez.

El último noble acabó saliendo precipitadamente del Gran Salón sin que nadie hubiese acabado pisoteado. Tras mandar a Aram con el recado para Dannil de que llevara a los hombres de Dos Ríos a la ciudad —y preguntándose cómo iba a alimentarlos— Perrin ofreció el brazo a Faile y la condujo hacia las puertas, dejando a Dobraine con Colavaere, quien por fin empezaba a dar señales de estar recobrando el conocimiento. Perrin no quería estar presente cuando eso ocurriera, y Faile parecía desear lo mismo. Caminaron a buen paso, ansiosos por llegar a sus aposentos, aunque no necesariamente por las mismas razones.

Al parecer los nobles no habían dejado de correr una vez que hubieron salido del Gran Salón. Los pasillos estaban vacíos a excepción de los sirvientes, que mantenían gacha la vista y se movían con premura pero en silencio; sin embargo, apenas se habían alejado del Gran Salón cuando Perrin oyó pasos y comprendió que alguien los seguía. No parecía muy probable que Colavaere tuviera todavía partidarios, pero si quedaban algunos cabía la posibilidad de que quisieran atacar a Rand a través de su amigo, que se hallaba solo con su esposa, mientras que el Dragón Renacido estaba en algún otro sitio.

Empero, cuando Perrin giró velozmente sobre sus talones, con la mano sobre el hacha, en lugar de empuñar el arma se quedó mirando de hito en hito. Eran Selande y sus amigos; los que habían encontrado en el vestíbulo y otras ocho o nueve caras nuevas. Dieron un respingo al verlo volverse así, e intercambiaron miradas avergonzadas. Algunos eran tearianos, incluida una mujer más alta que todos ellos excepto uno de los cairhieninos. Vestía chaqueta y

polainas ajustadas, igual que Selande y las demás mujeres, y llevaba una espada a la cadera. Perrin ignoraba que ese absurdo comportamiento se hubiera extendido a los tearianos.

—¿Por qué nos seguís? —demandó—. ¡Si lo que intentáis es involucrarme en vuestros estúpidos enredos, juro que os mandaré a todos de una patada desde aquí a Bel Tine! —Ya había tenido problemas con estos idiotas, o al menos con otros como ellos. En lo único que pensaban era en su honor, y celebraban duelos y se tomaban unos a otros como *gai'shain.* Esto último ponía a los Aiel realmente encrespados.

—Escuchad a mi esposo y obedeced —intervino secamente Faile—. No es un hombre con quien se pueda jugar.

Las expresiones boquiabiertas desaparecieron y todos a una empezaron a retroceder al tiempo que hacían reverencias, a cuál más exagerada. Seguían en ello cuando giraron en una esquina.

—Condenados niñatos, bufones de mierda —rezongó Perrin mientras ofrecía de nuevo el brazo a Faile.

—Mi esposo habla con la sabiduría que da la edad —musitó ella. Su tono era totalmente serio; su olor no.

Perrin se las apañó para no resoplar. Cierto, algunos de ellos quizá tenían sólo uno o dos años menos que él, pero todos se comportaban como críos, jugando a ser Aiel. Ahora, puesto que Faile parecía de buen humor, era el momento oportuno para entrar en materia y hablar de lo que tenían que hablar. De lo que él tenía que hablar.

—Faile, ¿cómo es que te convertiste en una de las damas de Colavaere?

—Una de las criadas, Perrin. —Habló quedamente; nadie que se hallara a dos pasos de ellos habría podido oírla. Estaba enterada de lo de su agudeza auditiva, y de lo de los lobos. Eso era algo que ningún hombre podía mantener oculto a su esposa. Faile se rozó la oreja con el abanico, advirtiéndole así que fuera cauto al hablar—. Mucha gente olvida que los sirvientes están ahí, pero tienen oídos y escuchan. En Cairhien más que en otros sitios, con diferencia. Yo diría que demasiado.

Ninguno de los criados que Perrin veía tenía la oreja puesta en lo que hablaban. Los pocos que no se escabullían por los pasillos laterales en cuanto los veían a Faile y a él, pasaban a su lado casi a la carrera, con la vista clavada en el suelo y retraídos. Cualquier noticia se propagaba rápidamente en Cairhien, de modo que los eventos acaecidos en el Gran Salón debían de haber corrido como el viento. A estas horas lo ocurrido había llegado a las calles y probablemente se estaba difundiendo fuera de la ciudad. A buen seguro había informadores de las Aes Sedai en Cairhien, y de los Capas Blancas, y seguramente de la mayoría de los tronos.

—Colavaere no perdió un instante en tomarme a su servicio en cuanto se enteró de quién era —prosiguió Faile en el mismo tono susurrante—. El nombre de mi padre la impresionó tanto como el de mi prima. —Acabó con un breve cabeceo, como si con eso lo explicara todo.

Como respuesta era válida. O casi. Su padre era Davram, Cabeza Insigne de la casa Bashere, señor de Bashere, Tyr y Sidonia, Guardián de la Frontera de la Llaga, Defensor de la Tierra Interior, y mariscal de la reina Tenobia de Saldaea. La prima de Faile era la propia Tenobia. Razón de sobra para que Colavaere tomara a su mujer como una de sus damas. Pero ahora Perrin había tenido tiempo para meditar las cosas, y se preciaba de empezar a saber el modo de pensar y actuar de Faile. La vida de casado enseñaba a un hombre a conocer a las mujeres; o a una mujer, en cualquier caso. La respuesta que había omitido dar le confirmaba algo: Faile no tenía concepto del peligro, no en lo tocante a sí misma.

Ni que decir tiene que ese tema no podía tratarlo allí, en medio de un pasillo. Por mucho que quisiera hablar en susurros, ella no tenía su capacidad auditiva, y sin duda insistiría en que todos los sirvientes en cincuenta pasos a la redonda estarían escuchando. Echando mano a su paciencia, siguió caminando con ella hasta que llegaron a los aposentos que les habían asignado lo que ahora le parecía siglos atrás. Las lámparas se hallaban encendidas y arrancaban destellos en los oscuros paneles de las paredes, cada uno de ellos tallado con

rectángulos concéntricos. En la chimenea cuadrada de piedra, el hogar estaba barrido y con unas pocas ramas de melojo casi verdes.

Faile se dirigió directamente a una pequeña mesa donde había dos jarras doradas encima de una bandeja.

—Nos han dejado té de arándanos y ponche. El ponche es de vino de Tharon, creo. Lo enfrían en cisternas en las bodegas de palacio. ¿Qué prefieres tomar, esposo?

Perrin se desabrochó el cinturón y soltó éste y el hacha sobre una silla. Había planeado cuidadosamente lo que tenía que decir de camino allí. Su mujer podía ser muy quisquillosa en ocasiones.

—Faile, te he echado de menos más de lo puedo expresar en palabras, y he temido por ti, pero...

—¡Por mí! —espetó al tiempo que giraba bruscamente para mirarlo a la cara. Estaba muy erguida, sus ojos brillaban con la fiereza del ave de la que había tomado el nombre y el abanico trazó una espiral inversa en dirección a la cintura de su marido. Eso no formaba parte del lenguaje del abanico; a veces hacía el mismo gesto con un cuchillo—. ¡Por mí! ¡Cuando casi las primeras palabras que salieron de tu boca fueron para preguntar por esa... esa mujer!

Perrin se quedó boquiabierto. ¿Cómo podía haberse olvidado del olor que inundaba su nariz? Por poco se lleva la mano a ella para comprobar si le estaba sangrando.

—Faile, lo que quería saber era dónde se encontraban sus rastreadores. Bere... —No. No era tan idiota como para repetir ese nombre—. Dijo que tenía pruebas del envenenamiento antes de que me marchara. ¡Tú la oíste! Sólo quería alguna prueba, Faile.

No sirvió de nada. La intensa peste no menguó un ápice, además de que ahora se mezclaba con un acre olor a estar dolida. ¿Qué había dicho para herirla?

—¡Su prueba! Los datos que yo aporté no sirvieron de nada, pero su prueba puso la cabeza de Colavaere en el tajo. O tendría que haberlo hecho.

Ahí estaba su oportunidad, pero ella no parecía dispuesta a dejarlo abrir la boca ni apartarse un milímetro del tema. Avanzó hacia él echando chispas por los ojos y asiendo el abanico como un cuchillo, de modo que lo único que pudo hacer fue recular.

—¿Sabes lo que esa mujer contó? —dijo Faile, siseando. Una víbora no habría soltado más veneno—. ¿Lo sabes? Dijo que la razón de que no estuvieses aquí era que te encontrabas en una casa solariega no lejos de la ciudad. ¡Donde ella podía visitarte! Yo di la explicación que había preparado de antemano, que estabas cazando, y la Luz sabe que habían sido muchos los días que ya habías pasado fuera cazando antes de marcharte, pero todos creyeron que me lo había inventado para tapar el asunto. ¡El de vosotros dos! Colavaere disfrutó de lo lindo. Estoy segura de que sólo tomó como dama a esa meretriz mayeniense para que las dos nos enzarzáramos. «Faile, Berelain, venid a abrocharme el vestido.» «Faile, Berelain, venid a frotarme la espalda.» «Faile, Berelain, venid a sujetar el espejo para la peluquera.» ¡Así podía divertirse esperando que las dos nos arrancáramos los ojos! ¡Eso es lo que he tenido que soportar! ¡Por ti, pedazo de oso peludo!

Perrin dio con la espalda en la pared. Y algo pareció romperse dentro de él. Había pasado un miedo cerval por ella, aterrado, dispuesto a hacer frente a Rand o al propio Oscuro. Y él no había hecho nada reprobable, jamás había alentado a Berelain; se había devanado los sesos para buscar el modo de esquivarla, de espantarla, de que lo dejara en paz. Y esto era lo que conseguía a cambio.

Cogió a su mujer por los hombros suavemente y la levantó hasta que los rasgados ojos estuvieron a la misma altura que los suyos.

—Escúchame bien —dijo sosegadamente. Al menos, intentó que su voz sonara sosegada, si bien salió como un gruñido gutural—. ¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Cómo te atreves? Casi me muero de preocupación temiendo que hubieses sufrido algún daño. Te amo. Te amo sólo a ti y a nadie más. No deseo a ninguna otra mujer. ¿Me oyes? ¿Me oyes bien? —La aplastó contra su pecho, deseando no soltarla nunca. Luz, qué miedo había pasado. Incluso ahora temblaba sólo de imaginar lo que podría haberle ocurrido—. Si te hubiese pasado algo malo, me habría muerto, Faile. ¡Me habría tendido sobre tu tumba y

Librodot

habría muerto! ¿Crees que no sé cómo se enteró Colavaere de quién eres? Tú te aseguraste de que lo supiera. —Espiar, le había dicho ella en una ocasión, era tarea de la esposa—. Luz, mujer, podrías haber acabado como Maire. Colavaere sabe que eres mi esposa. Mi esposa. De Perrin Aybara, el amigo de Rand al'Thor. ¿Se te ocurrió pensar alguna vez que podrías resultar sospechosa? Colavaere te podría haber... Luz, Faile, podría haberte...

De repente se dio cuenta de la fuerza con que la estaba estrechando. Faile emitía ruidos contra su pecho, pero no se entendía nada. Lo raro es que no le hubiese roto las costillas o la hubiese asfixiado. Increpándose para sus adentros por ser un bruto, la soltó, apartando rápidamente los brazos hacia los lados; pero, antes de que tuviera ocasión de disculparse, los dedos de ella aferraron su barba.

—Así que me amas, ¿no? —dijo suavemente. Muy, muy suavemente. Y con mucha ternura. También sonreía—. A una mujer le gusta oír eso, si se dice bien. —Había tirado el abanico y con esa mano le pasó las uñas por la mejilla, con fuerza, casi la suficiente para arañarlo. Pero en su ronca risa había ardor, y el fuego de sus ojos estaba lejos de ser consecuencia de la ira—. Menos mal que no dijiste que nunca mirabas a otras mujeres, o habría pensado que te habías quedado ciego.

Perrin estaba demasiado estupefacto para decir nada, demasiado atónito incluso para quedarse boquiabierto. Rand entendía a las mujeres, y Mat también, pero él sabía que jamás las entendería. Faile siempre era halcón y martín pescador a la vez, cambiando de dirección más deprisa de lo que uno podía imaginar, pero esto de ahora... El punzante olor había desaparecido por completo, y en su lugar había otro efluvio que él conocía muy bien. Un olor que era ella, puro, intenso y limpio. Unido eso a sus ojos, en cualquier momento iba a hacer algún comentario sobre chicas campesinas y recolección de cosechas. Al parecer, las muchachas campesinas de Saldaea tenían esa reputación.

—En cuanto a lo de tenderte sobre mi tumba y dejarte morir —continuó—, si lo haces, mi espíritu perseguirá al tuyo como alma en pena, te lo prometo. Me llorarás un plazo de tiempo decente, y después buscarás otra esposa. Alguien que tendría mi aprobación, espero. —Soltó una suave risita y le acarició la barba—. No estás preparado para cuidar de ti mismo, ¿sabes? Quiero que me lo prometas.

Ni hablar. No pensaba romperse los dientes contra eso. Si decía que no lo haría, el maravilloso talante que tenía en ese momento su mujer podía consumirse en una llamarada de cólera. Estaba en su temperamento. Si decía que lo haría... A juzgar por su olor, todo, hasta la última palabra que había pronunciado, lo había dicho de corazón. Pero eso lo creería él cuando a los caballos les crecieran alas. Carraspeó.

—Me hace falta darme un baño. No he visto el jabón ni me acuerdo desde cuándo. Debo de oler como una vieja cuadra.

Recostada contra su pecho, ella aspiró profundamente.

—Hueles maravillosamente bien. A ti. —Sus manos recorrieron los hombros de él—. Me siento...

La puerta se abrió con un fuerte golpe.

—Perrin, Berelain no... Lo siento. Perdonad. —De pie en el umbral, Rand tenía un aire turbado que en nada recordaba al Dragón Renacido. Había Doncellas en el pasillo. Min asomó la cabeza por la hoja de madera, echó un vistazo al cuarto, sonrió a Perrin, y volvió a desaparecer tras el marco.

Faile se retiró con tal suavidad, tan majestuosamente, que nadie habría imaginado lo que estaba diciendo un momento antes. O lo que había estado a punto de decir. Sin embargo, tenía las mejillas arreboladas.

—Qué amable de vuestra parte, milord Dragón —dijo fríamente—, pasar a vernos de manera tan inesperada. Os pido disculpas por no haber oído vuestra llamada a la puerta.

Tal vez el enrojecimiento se debía tanto a la rabia como al azoramiento. Entonces le llegó a Rand el turno de ponerse colorado.

—Berelain no está en palacio. Ha pasado la noche en ese velero de los Marinos que está anclado en el río, nada menos. Annoura no me lo dijo hasta que casi habíamos llegado a los

aposentos de Berelain.

Perrin intentó con todas sus fuerzas no encogerse. ¿Por qué tenía Rand que repetir el nombre de esa mujer?

—¿Querías hablar conmigo de algún otro asunto, Rand? —Esperaba no haber puesto excesivo énfasis en eso, pero sí que Rand captara la indirecta. No miró a Faile, pero olisqueó el aire con cautela. Ni rastro del efluvio a celos. Todavía no. No obstante, el de furia era notorio.

Rand lo observó un instante o, más bien, pareció mirar a través de él, escuchando algo que no se oía. Perrin se cruzó de brazos para contener un escalofrío.

—Necesito aclarar una cosa —respondió finalmente Rand—. ¿Sigues rechazando mi propuesta de ser tú quien dirija el ejército contra Illian? He de saberlo ahora.

—No soy general —manifestó Perrin con aspereza. Habría batallas en Illian. Las imágenes pasaron por su mente en una rápida sucesión. Hombres a su alrededor, y el hacha en sus manos girando, abriéndose paso a golpes. Siempre más hombres, por muchos que abatiera, en una fila tras otra, ininterrumpidamente. Mientras en su corazón crecía una semilla. Se sentía incapaz de arrostrar otra vez aquello. No lo haría—. Además, que yo sepa, se supone que he de estar cerca de ti. —Era lo que había dicho Min a raíz de una de sus visiones. Tenía que hallarse con él en dos ocasiones o Rand estaba abocado al desastre. Una de ellas, quizás, había sido en los pozos de Dumai, pero todavía quedaba por llegar otra.

—Todos debemos correr riesgos. —La voz de Rand sonaba muy queda. Y muy dura. Min volvió a asomar por el marco de la puerta, dando la impresión de querer acercarse a él, pero echó un vistazo a Faile y se quedó fuera.

—Rand, las Aes Sedai... —Un hombre listo dejaría estar ese asunto, probablemente, pero él nunca se había considerado una persona inteligente—. Las Sabias están dispuestas a desollarlas vivas, si no ya, a no mucho tardar. No puedes permitir que se les haga daño, Rand.

En el corredor, Sulin se volvió para observarlo intensamente. El hombre que él creía conocer se echó a reír; fue un sonido sibilante.

—Todos tenemos que correr riesgos —repitió.

—No permitiré que se les haga daño, Rand.

Los fríos ojos azules se trabaron en los suyos.

—¿Que tú no lo permitirás?

—No, no lo permitiré —respondió Perrin sosteniendo la mirada sin vacilar, sin amilanarse—. Son prisioneras y no representan amenaza alguna. Son mujeres.

—Son Aes Sedai. —El tono de Rand sonó tan semejante al de Aram cuando había hablado de ellas en los pozos de Dumai que casi dejó sin respiración a Perrin.

—Rand...

—Hago lo que tengo que hacer, Perrin. —Por un instante volvió a ser el Rand de antaño, a quien no le gustaba lo que ocurría. Por un instante pareció mortalmente cansado. Sólo un instante. Después volvió a ser el Rand actual, lo bastante duro para machacar acero—. No haré daño a ninguna Aes Sedai que no lo merezca, Perrin. Pero no puedo prometer más. Ya que no quieres dirigir el ejército, puedo utilizarte en alguna otra parte. En realidad, quizá sea mejor así. Ojalá pudiera dejarte descansar más de un día o dos, pero es imposible. No tenemos tiempo. No disponemos de tiempo, y hemos de hacer lo que debemos hacer. Disculpadme por interrumpiros. —Hizo una mínima reverencia, con la mano en la empuñadura de la espada—. Faile.

Perrin intentó cogerle el brazo, pero Rand salió de la habitación y la puerta se cerró tras él antes de que hubiera tenido ocasión de moverse. Rand ya no era realmente Rand, al parecer. ¿Un día o dos? ¿Dónde, en nombre de la Luz, quería mandarlo, ya que no a la cabeza del ejército que se estaba reuniendo en los llanos de Maredo?

—Esposo mío —susurró Faile—, tienes el coraje de tres hombres. Y el poco juicio de un niño para forzar situaciones olvidando la diplomacia. ¿A qué se debe que cuanto mayor es el coraje de un hombre menos sentido común tiene?

Perrin gruñó, indignado. Hubo de contenerse para no mencionar a las mujeres que se

Librodot

ponían a espiar a gente que había cometido asesinatos y que casi con toda seguridad sabía que estaban espiándola. Las mujeres siempre hablaban de lo lógicas que eran en comparación con los hombres, pero él había visto bien poco de eso.

—En fin, quizá no deseo realmente oír la respuestas aun en el caso de que la sepas. —Faile, todavía con los brazos ceñidos a su cuello, se estiró y soltó una queda risita—. Además, no pienso dejar que nos estropee el momento. Todavía me siento tan atrevida como una muchacha del campo en una... ¿De qué te ríes? ¡No te rías de mí, Perrin t'Bashere Aybara! ¡Te digo que dejes de reírte, pedazo de bruto, zafio! Como no te...

El único modo de hacerla callar era besándola. En sus brazos Perrin se olvidó de Rand, de las Aes Sedai y de las batallas. Donde estaba Faile, estaba el hogar.

Librodot

CAPÍTULO 7

Trampas encubiertas y lazos tendidos

Rand sentía el Cetro del Dragón en su mano, percibía cada una de las líneas de los dibujos contra la marca de la garza en su palma con tanta claridad como si estuviera pasando por los trazos las yemas de los dedos, y, sin embargo, parecía que fuera la mano de otra persona. Si una cuchilla se la amputara de un tajo, sentiría el dolor... y continuaría caminando. Sería el dolor de otro.

Flotaba en el vacío, en medio de una nada tan absoluta que escapaba a toda comprensión, y el *Saidin* lo henchía intentando machacarlo hasta convertirlo en polvo entre un frío demoledor y un calor que habría fundido rocas, llevando la infección del Oscuro en su flujo, introduciendo la corrupción en sus huesos. En su alma, temía en ocasiones. Ya no le provocaba tanta náusea como hacía antaño. Y eso le daba más miedo incluso. E, introducidos en aquel torrente de fuego, hielo e inmundicia: vida. Era el mejor término para describirlo. El *Saidin* intentaba destruirlo. El *Saidin* lo colmaba a rebosar de energía. Amenazaba con sepultarlo y al mismo tiempo lo incitaba, lo estimulaba. La lucha por la supervivencia, el forcejeo para evitar ser consumido, magnificaba el puro gozo de vivir. Tan dulce, incluso con la repulsiva suciedad. ¿Cómo sería, entonces, limpio? Inimaginable. Ansiaba absorber más, absorberlo todo.

Ahí precisamente radicaba la mortal seducción. Un solo desliz, y su capacidad de encauzar quedaría sesgada para siempre. Un solo desliz, y su mente se consumiría, si es que no lo destruía de manera instantánea a él y a todo cuanto había a su alrededor. No era locura, enfocada únicamente en la lucha por la supervivencia; era como caminar con los ojos vendados sobre un agujero lleno de afiladas estacas, deleitándose en un puro gozo de vivir tal, que pensar en renunciar a ello era como imaginar un mundo envuelto para siempre en tonalidades grises. No, nada de locura.

Un cúmulo de ideas se arremolinaba en su mente como un torbellino, entretejiéndose en su danza con el *Saidin,* penetrando en el vacío y deslizándose por él. Annoura, observándolo con aquella mirada de Aes Sedai; ¿qué se proponía Berelain? Nunca había mencionado a una consejera Aes Sedai. Y esas otras que se encontraban en Cairhien, ¿de dónde venían y por qué? Los rebeldes en las afueras de la ciudad: ¿qué los había animado a moverse? ¿Qué intentaban ahora? ¿Cómo podía detenerlos o utilizarlos? Estaba cogiendo mucha experiencia en eso de utilizar a la gente; a veces le daba asco de sí mismo. Sevanna y los Shaido. Rhuarc ya había enviado exploradores hacia la Daga del Verdugo de la Humanidad, pero, en el mejor de los casos, sólo descubrirían dónde y cuándo. Las Sabias, que podrían descubrir el porqué, no lo harían. Había muchos «porqués» relacionados con Sevanna. Elayne y Aviendha. No, no pensaría en ellas. No debía. Perrin y Faile; una mujer fiera, Faile, halcón de nombre y de naturaleza. ¿Se habría unido a Colavaere realmente para obtener pruebas contra ella? Faile intentaría proteger a Perrin si el Dragón Renacido caía. Lo protegería del Dragón Renacido si llegaba a la conclusión de que era necesario; su lealtad era hacia Perrin, pero la decisión de cómo cumplir con esa lealtad sería exclusivamente de ella. No era la clase de mujer que haría dócilmente lo que Perrin dijera, si es que existía alguna mujer así. Los dorados ojos dirigiéndole una intensa mirada desafiante, discrepante. ¿Por qué se mostraba Perrin tan vehemente respecto a las Aes Sedai? Había pasado mucho tiempo con Kiruna y sus

compañeras en el viaje camino de los pozos de Dumai. ¿Podían realmente las Aes Sedai hacer con él lo que todo el mundo temía? Aes Sedai. Rand sacudió la cabeza sin ser consciente de ello. Nunca jamás. ¡Nunca! Confiar equivalía a ser traicionado; la confianza iba emparejada con el dolor.

Trató de desechar esa idea. Se acercaba demasiado al desvarío. Nadie podía vivir sin depositar su confianza en alguien. En las Aes Sedai no. Mat, Perrin. Si pudiera confiar en ellos... Min. Ni un solo pensamiento de desconfianza hacia ella. Ojalá estuviera con él, en lugar de hallarse en su cama, descansando. Todos esos días de cautiverio, días de preocupación —por él más que por ella, si la conocía bien—, días de ser sometida a interrogatorios por Galina y maltratada cuando sus respuestas no eran satisfactorias —apretó los dientes de manera inconsciente— y, por si todo eso fuera poco, pasar también la sacudida de la Curación; eso había sido la gota que colmó el vaso, dejándola extenuada. Había permanecido junto a él hasta que las piernas no pudieron sostenerla más, y él tuvo que llevarla a su dormitorio mientras la joven, adormecida, protestaba todo el camino repitiendo que la necesitaba a su lado. Allí no estaba Min, su reconfortante presencia que lo hacía reír, olvidar al Dragón Renacido. Sólo estaba la lucha con el *Saidin*; y el torbellino de ideas; y...

Hay que acabar con ellos. Tienes que hacerlo. ¿Recuerdas la última vez? Lo ocurrido en ese lugar junto a los pozos ha sido una nadería. Ciudades calcinadas hasta la consunción total no fueron nada. ¡Destruimos el mundo! ¿ME OYES? ¡HAY QUE MATARLOS, BORRARLOS DE LA FAZ DE...!

Esa voz que resonaba en su cerebro no era suya. No la del Rand al'Thor. Era la de Lews Therin Telamon, muerto hacía más de tres mil años, hablando dentro de la cabeza de Rand al'Thor. A menudo el Poder lo sacaba de su escondrijo, en algún oscuro rincón de la mente de Rand. A veces Rand se preguntaba cómo era posible tal cosa. Él era Lews Therin reencarnado, el Dragón Renacido, eso no podía negarlo, pero todo el mundo era la reencarnación de otra persona, de un centenar de personas, de un millar, de más. Así funcionaba el Entramado; todo el mundo moría y renacía, una y otra vez a medida que la Rueda giraba, para siempre jamás. Pero nadie más hablaba con quien había sido antes. Nadie más tenía voces en su cabeza. Excepto los dementes.

«¿Y qué me dices de mí? —pensó Rand, aferrando en una mano el Cetro del Dragón y la otra crispada sobre la empuñadura de la espada—. ¿Y de ti? ¿Qué nos hace diferente de ellos?»

Silencio por toda respuesta. Muy a menudo, Lews Therin no contestaba. Tal vez habría sido mejor que nunca lo hubiese hecho.

¿Eres real?, inquirió finalmente aquella voz con incredulidad. La negación de la existencia de Rand era tan habitual como la negativa a contestar. *¿Lo soy yo? Hablé con alguien. Creo que lo hice. Dentro de una caja. De un baúl.* Una risita sibilante, queda. *¿Estoy muerto o me he vuelto loco o ambas cosas? Qué más da. Lo que es seguro es que estoy maldito. Estoy maldito y esto es el Pozo de la Perdición. Estoy... m... maldito.* La risa de nuevo, ahora demencial. *Y e... esto es el P... Pozo de...*

Rand redujo la voz a un apagado zumbido de insecto, algo que había aprendido a hacer mientras estaba apretujado dentro de aquel baúl. A solas, en la oscuridad. Sólo él y el dolor, y la sed, y la voz de un hombre demente, muerto mucho tiempo atrás. La voz había sido un alivio en ocasiones, su única compañía. Su amiga. Algo surgía repentinamente en su mente. No imágenes, simplemente destellos de color y movimiento. Por alguna razón hacían que pensara en Mat y en Perrin. Los destellos habían comenzado dentro del baúl; ellos y miles de alucinaciones más. Dentro del baúl, donde Galina, Erian, Katerine y las demás lo metían después de haberlo golpeado. Sacudió la cabeza. No. Ya no estaba en el baúl. Los dedos, crispados alrededor del cetro y sobre la espada, le dolían. Sólo quedaban los recuerdos, y los recuerdos no tenían fuerza. Ya no estaba en...

—Si tenemos que hacer ese viaje antes de que comas, hagámoslo. Todos los demás han acabado de cenar hace rato.

Rand parpadeó, y Sulin reculó ante su mirada. Sulin, que no retrocedería ni ante un

leopardo. Suavizó la expresión de su rostro, o intentó hacerlo. Tenía la sensación de que era una máscara, el rostro de otra persona.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la Doncella.

—Estaba pensando. —Se obligó a aflojar las manos y encogió los hombros, como ajustando la chaqueta. Una chaqueta que le quedaba mejor que la que había llevado puesta en los pozos de Dumai, de color azul oscuro y lisa, sin adornos. Incluso después de haberse bañado no se sentía limpio, no con el *Saidin* dentro de él—. A veces pienso demasiado.

Casi otras veinte Doncellas se agrupaban en un extremo de la habitación sin ventanas, con paredes forradas con oscuros paneles. La iluminaban ocho lámparas de pie doradas, con espejos para incrementar la luz. Agradecía que fuera así; ya no le gustaban los sitios oscuros. También se encontraban allí tres de los Asha'man, en el lado opuesto de las Doncellas. Jonan Adley, un altaranés a despecho de su nombre, tenía los brazos cruzados; sus cejas, negras y espesas, se fruncían en ademán pensativo. Unos cuatro años mayor que Rand, estaba resuelto a ganarse la espada de plata de los Dedicados. Eben Hopwil tenía menos manchas y granos en la cara que cuando Rand lo había conocido, y ya no se lo veía tan delgado, pero su nariz y sus orejas seguían siendo las partes más destacadas de él, por grandes; toqueteaba el alfiler de espada que llevaba en el cuello de la chaqueta, como si aún lo sorprendiera encontrarlo allí. Fedwin Morr también habría lucido esa insignia si no vistiera una chaqueta verde, adecuada para un próspero mercader o un noble de segunda fila, con pequeños bordados de plata en puños y solapas. Aproximadamente de la misma edad que Eben, pero más fornido y sin apenas marcas en la cara, no parecía muy contento de que su chaqueta negra estuviese guardada en una bolsa de cuero que descansaba a sus pies. Contra ellos había estado arremetiendo ferozmente Lews Therin; contra ellos y contra el resto de los Asha'man. Cualquiera con capacidad para encauzar, ya fuera hombre o mujer, lo hacía estallar las más de las veces.

—¿Dices que piensas demasiado, Rand al'Thor? —Enaila sostenía una lanza corta en una mano y la adarga y más lanzas en la otra, pero aun así dio la impresión de estar sacudiendo el índice ante sus narices. Los Asha'man la miraron ceñudos—. Tu problema es que no piensas en absoluto.

Algunas de las otras Doncellas rieron quedamente, pero Enaila no estaba bromeando. Al menos un palmo más baja que cualquier *Far Dareis Mai,* tenía el cabello pelirrojo, un temperamento exaltado y un extraño punto de vista sobre su relación con él. Su amiga Somara, de cabello muy rubio y bastante más alta que ella, asintió en conformidad; compartía aquel peculiar punto de vista.

Rand no hizo caso del comentario, pero suspiró sin poder evitarlo. Somara y Enaila eran las peores, si bien ninguna de las Doncellas acababa de decidir si tratarlo como el *Car'a'carn,* a quien había que obedecer, o como el único hijo de una Doncella reconocida como tal. Hasta Jalani, que apenas había dejado atrás la edad de jugar con muñecas, parecía considerarlo como su hermano pequeño, en tanto que Corana, canosa y con la tez casi tan arrugada como Sulin, lo trataba como a un hermano mayor. Menos mal que se comportaban de ese modo cuando se encontraban a solas, casi nunca si había otros Aiel que pudieran oírlas. A la hora de la verdad, era el *Car'a'carn.* Morían por él. Lo menos que podía hacer era permitirles eso y lo que quisieran. Se lo debía.

—No tengo intención de pasar aquí la noche mientras vosotras jugáis a Besar las Margaritas —dijo.

Sulin le asestó una de aquellas miradas que lanzaban todas las mujeres, ya llevaran vestidos o *cadin'sor,* tal como un labrador esparciría el grano en la siembra, pero los Asha'man dejaron de mirar fijamente a las Doncellas y se echaron al hombro las bolsas de cuero. Le había dicho a Taim que fuera exigente con ellos, que los convirtiera en armas, y eso era lo que Taim le había entregado: una buena arma que seguía los movimientos del que la empuñaba. Ojalá pudiera estar seguro de que no se revolvería contra él.

Tenía tres puntos de destino esa noche, pero uno de ellos no podían saberlo las Doncellas. Nadie podía, salvo él. Antes había decidido cuál de los otros dos sería el primero,

pero aun así vacilaba. No tardaría en conocerse ese viaje, pero tenía razones para mantenerlo en secreto hasta que le fuera posible.

Cuando se abrió el acceso en medio de la habitación, penetró a través de él un olor dulzón, familiar para cualquier granjero: estiércol de caballo. Al tiempo que encogía la nariz, Sulin se subió el velo y cruzó al otro lado a la cabeza de la mitad de las Doncellas. Tras dirigirle una mirada, los Asha'man las siguieron a continuación, absorbiendo al mismo tiempo de la Fuente Verdadera, hasta el límite.

Debido a ello, Rand pudo notar su fuerza a medida que pasaban ante él. Sin eso, era muy difícil saber si un hombre encauzaba —cuanto menos su capacidad— a no ser que cooperara. Ninguno era tan fuerte como él ni por asomo. Es decir, al menos de momento; imposible saber la potencia de un hombre con el Poder hasta que dejaba de hacerse más fuerte. Fedwin superaba a los otros dos, pero tenía lo que Taim llamaba una barrera. Fedwin no creía realmente que pudiera afectar algo a distancia con el Poder. El resultado era que a cincuenta pasos su habilidad empezaba a disminuir, y a un centenar ni siquiera era capaz de tejer un solo hilo de *Saidin.* Los hombres adquirían fuerza con más rapidez que las mujeres, al parecer, y eso era una buena cosa. Los tres eran lo bastante fuertes para crear un acceso de tamaño aceptable, si bien a duras penas en el caso de Jonan. Todos los Asha'man que había conservado con él eran así.

Mátalos antes de que sea demasiado tarde, antes de que se vuelvan locos, susurró Lews Therin. *Mátalos, acaba con Sammael, con Demandred y con todos los Renegados. ¡Tengo que matarlos a todos antes de que sea demasiado tarde!* Luchó un momento para arrebatarle el Poder a Rand y fracasó. Últimamente intentaba hacer eso con más frecuencia, o aferrar el *Saidin* por sí mismo. Lo segundo era un peligro mayor que lo primero. Rand dudaba que Lews Therin pudiera aferrar la Fuente Verdadera una vez que él la tenía; tampoco estaba seguro de poder arrebatársela a Lews Therin si el otro la asía antes.

«¿Y qué me dices de mí? —pensó de nuevo Rand. Fue casi un gruñido, y no menos feroz por el hecho de ser mental. Envuelto en el Poder como estaba, la cólera se extendía como una telaraña alrededor del vacío, un fino encaje, pero ardiente—. También yo puedo encauzar. ¡Me espera la locura, pero de ti ya se ha apoderado! Te mataste a ti mismo, Verdugo de la Humanidad, después de asesinar a tu esposa, a tus hijos y sabe la Luz a cuántos más. ¡No mataré mientras no sea necesario! ¿Me has oído, Verdugo de la Humanidad?» Silencio por toda respuesta.

Hizo una inhalación profunda, estremecida. La telaraña ardiente parpadeó, centelleando en la distancia. Nunca había hablado al hombre —porque era un hombre, no sólo una voz; un hombre, con sus recuerdos—, no le había hablado de ese modo hasta ese momento. Quizás había hecho desaparecer a Lews Therin para siempre: la mitad de los dementes balbuceos del hombre eran lamentos por su esposa muerta. ¿Quería deshacerse de Lews Therin, su único amigo dentro de aquel baúl?

Había prometido a Sulin contar hasta cien antes de seguirlas, pero contó de cinco en cinco y después cruzó el acceso, salvando de un solo paso las ciento cincuenta leguas que había hasta Caemlyn.

La noche había caído sobre el Palacio Real de Andor, y sus sombras envolvían las delicadas torres y las cúpulas doradas, pero la suave brisa que soplaba no aliviaba nada el calor. La luna estaba en lo alto, casi llena, proporcionando cierta claridad. Doncellas veladas se escabullían entre las carretas alineadas detrás de los establos más grandes de palacio. El olor del estiércol que las carretas cargaban a diario se había quedado impregnado en la madera mucho tiempo atrás. Los Asha'man se habían llevado una mano a la nariz; de hecho, Eben se la había pinzado con el índice y el pulgar.

—El *Car'a'carn* cuenta muy deprisa —rezongó Sulin, pero se bajó el velo.

No habría sorpresas allí. Sólo quien no tuviera otro remedio estaría cerca de esas carretas. Rand dejó que el acceso se cerrara después de que lo hubieron cruzado las últimas Doncellas, pisándole los talones; en el momento en que desaparecía con un parpadeo, Lews Therin musitó: *Ya no está. Casi no se la siente.* Había alivio en su voz; el vínculo entre

Librodot

Guardián y Aes Sedai no había existido en la Era de Leyenda.

En realidad Alanna no había desaparecido, como no lo había hecho en ningún momento desde que había vinculado a Rand contra su voluntad, pero su presencia había disminuido, una mengua que se dejaba sentir de manera notoria. Uno podía acostumbrarse a cualquier cosa, empezar a darlo por hecho. Estando cerca de ella, Rand se movía con las emociones de la mujer acurrucadas en lo más recóndito de su mente, así como sus condiciones físicas, si lo pensaba, y sabía exactamente dónde se encontraba con la misma certeza que sabía dónde tenía la mano derecha; pero, al igual que con su mano, a menos que pensara en ella, la sensación se limitaba a la certeza de saber que estaba ahí. Sólo la distancia marcaba cierta diferencia, pero aun así todavía «sentía» que se hallaba en algún lugar al este de donde se encontraba él. Quería tenerla presente. Aunque Lews Therin hubiese enmudecido y todos los recuerdos del baúl se hubiesen borrado de su memoria de algún modo, todavía tenía el vínculo para que le recordara su máxima: «Nunca te fíes de las Aes Sedai».

De repente advirtió que Jonan y Eben seguían en contacto con el *Saidin.*

—Soltadlo —ordenó, cortante.

Era la orden que Taim utilizaba. Sintió que el Poder se desvanecía en ellos. Buenas armas. Hasta el momento. *Mátalos antes de que sea demasiado tarde,* murmuró Lews Therin. Rand cortó el contacto con la Fuente sin prisa; y con renuencia. Siempre detestaba desasirse de la vida, de la intensificación de los sentidos. De la lucha. En su interior, sin embargo, se mantenía en tensión, como un animal al acecho, presto para saltar, preparado para aferrarlo de nuevo. Ahora siempre lo estaba.

Tengo que matarlos, susurró Lews Therin.

Apartando la voz a un segundo plano, Rand envió al interior de palacio a una de las Doncellas, Nerilea, una mujer de rostro cuadrado, y empezó a pasear junto a las carretas; de nuevo las ideas se agolpaban en su mente, girando en un remolino más y más rápido que antes. No tendría que haber ido allí. Debería haber mandado a Fedwin, con una carta. Girando, girando. Elayne. Aviendha. Perrin. Faile. Annoura. Berelain. Mat... Luz, no tendría que haber ido. Elayne y Aviendha. Annoura y Berelain. Faile y Perrin y Mat. Destellos de color, secuencias fugaces que bordeaban el límite visual. Un demente mascullando furioso en la distancia.

Poco a poco empezó a escuchar a las Doncellas, que hablaban entre sí sobre el olor... dando a entender que provenía de los Asha'man. Querían que se las oyera o, en caso contrario, habrían recurrido al lenguaje de señas; había suficiente luz de luna para hacerlo. También suficiente claridad para advertir el rubor del semblante de Eben, y el modo en que Fedwin apretaba las mandíbulas. Tal vez habían dejado de ser muchachos; después de los pozos de Dumai, sí, ciertamente. No obstante, seguían teniendo quince o dieciséis años. Las cejas de Jonan se habían fruncido de tal modo que parecían arrojar sombra sobre sus ojos. Por lo menos ninguno había vuelto a aferrar el *Saidin.* Todavía.

Iba a acercarse a los tres hombres, pero se limitó a hablar en voz lo bastante alta para que todos lo oyeran:

—Si yo soy capaz de aguantar las tonterías de las Doncellas, vosotros también.

Si acaso, el rubor del rostro de Eben se hizo más intenso. Jonan gruñó. Los tres saludaron a Rand llevando el puño al pecho y después se volvieron de manera que formaron un corrillo. Jonan dijo algo en voz baja al tiempo que miraba a las Doncellas, y Fedwin y Eben se echaron a reír. La primera vez que habían visto Doncellas habían vacilado entre mirar con ojos desorbitados a esas criaturas exóticas de las que sólo sabían lo que habían leído sobre ellas, y el deseo de huir antes de que los sanguinarios Aiel de los relatos los mataran. No había muchas cosas que los asustaran ahora. Tenían que aprender un nuevo concepto del miedo.

Las Doncellas miraron a Rand de hito en hito, y empezaron a hablar con el lenguaje de señas, riendo quedamente de vez en cuando. Por mucha que fuera su cautela hacia los Asha'man, siendo como eran Doncellas —siendo los Aiel como eran— el riesgo sólo hacía que las pullas resultaran más divertidas. Somara murmuró de manera audible algo sobre

Aviendha haciéndole sentar cabeza, a lo que las otras respondieron con cabeceos de aprobación. Rand suspiró. En los relatos, nadie tenía una vida tan complicada.

Tan pronto como Nerilea regresó anunciando que había encontrado a Davram Bashere y a Bael, el jefe de clan que tenía el mando de los Aiel allí, en Caemlyn, Rand se quitó el cinturón con la espada, y Fedwin hizo otro tanto. Jalani cogió una bolsa de cuero más larga para que guardaran en ella las armas y el Cetro del Dragón, y la sostuvo como si dentro hubiera serpientes venenosas o algo muerto y putrefacto. Aunque, a decir verdad, no la habría sostenido con tanto reparo en ninguno de esos dos casos. Tras echarse encima una capa con embozo que Corana le tendió, Rand puso las manos a la espalda, juntas las muñecas, y Sulin se las ató con un cordón. Fuertemente, sin dejar de rezongar.

—Esto es una estupidez. Hasta los hombres de las tierras húmedas dirían que lo es.

Rand procuró contener una mueca de dolor. La Doncella era fuerte, y estaba haciendo uso de ello, sin contemplaciones.

—Te has escapado sin avisarnos demasiado a menudo, Rand al'Thor. No te preocupas nada de tu seguridad. —Lo consideraba un hermano de su misma edad, pero que a veces era irresponsable—. Las *Far Dareis Mai* defendemos tu honor, y tú no tienes cuidado.

Fedwin torció el gesto mientras le ataban las manos, aunque la Doncella que lo hacía no puso demasiado empeño. Observando la escena, Jonan y Eben se mostraban ceñudos. Les gustaba tan poco ese plan como a Sulin. Y, como ella, tampoco lo entendían. El Dragón Renacido no tenía que justificar sus actos, y el *Car'a'carn* rara vez lo hacía. Empero, nadie dijo una palabra. Un arma no protestaba.

Cuando Sulin rodeó a Rand y se situó frente a él, lo miró a la cara y se le cortó la respiración.

—Te hicieron esto —susurró, y llevó la mano al enorme cuchillo que llevaba en la cintura. La hoja de acero medía unos cuarenta centímetros y convertía el arma casi en una espada corta, pero sólo un necio diría tal cosa a un Aiel.

—Ponme la capucha —le dijo bruscamente Rand—. La razón de todo esto es que nadie me reconozca antes de que me haya reunido con Bael y Bashere. —Ella vaciló, mirándolo a los ojos—. He dicho que me la pongas —gruñó.

Sulin era capaz de matar a casi cualquier hombre sólo con sus manos, pero sus dedos le colocaron el embozo con gran delicadeza. Jalani soltó una risa al tiempo que le calaba la capucha hasta los ojos.

—Ahora puedes estar seguro de que nadie te reconocerá, Rand al'Thor. Tendrás que fiarte de nosotras para guiarte los pasos.

Varias Doncellas se echaron a reír. Rand se puso tenso y contuvo el impulso de aferrar el *Saidin.* A duras penas. Lews Therin gruñó y farfulló. Rand se obligó a respirar normalmente. No estaba completamente a oscuras. Podía ver la luz de la luna por debajo del borde de la capucha. Aun así, trastabilló cuando Sulin y Enaila lo cogieron por los brazos y echaron a andar.

—Creí que eras lo bastante mayor para saber caminar mejor —rezongó Enaila con fingida sorpresa. La mano de Sulin se movió. Rand tardó unos segundos en comprender que le estaba acariciando el brazo.

Sólo veía lo que tenía justo delante de los pies; los adoquines del suelo del establo, bañados en luz de luna; después, peldaños de piedra, suelos de mármol alumbrados por lámparas, a veces cubiertos en el centro por una alfombra larga y estrecha. Forzaba los ojos al notar movimiento de sombras, aguzaba los sentidos para percibir la reveladora presencia del *Saidin* o, peor aún, el cosquilleo que denunciaba a una mujer abrazando el *Saidar.* Cegado así, tal vez no supiera que lo atacaban hasta que fuera demasiado tarde. Le llegaban los susurros de los sirvientes que se cruzaban con ellos en sus tareas nocturnas, pero nadie osó detener a cinco Doncellas que aparentemente escoltaban a dos prisioneros encapuchados. Con Bael y Bashere instalados en palacio y manteniendo el orden en Caemlyn con sus hombres, sin duda se habían visto cosas más raras en esos corredores. Era como caminar por un laberinto. Claro que había estado metido en uno u otro desde que había salido de Campo de Emond, incluso

Librodot

cuando había creído que avanzaba por un camino claro y despejado.

«¿Reconocería una senda así si la viera ahora? —se preguntó—. ¿O llevo tanto tiempo en esto que pensaría que era una celada?»

No hay caminos despejados. Sólo trampas encubiertas, lazos tendidos y oscuridad. El gruñido de Lews Therin sonó angustiado, desesperado. Como se sentía Rand.

Cuando finalmente Sulin los hizo entrar en una habitación y cerró la puerta, Rand echó violentamente la cabeza hacia atrás para librarse de la capucha... y se quedó mirando de hito en hito. Había esperado encontrar a Bael y a Davram, pero no a la esposa de éste, Deira, ni a Melaine ni a Dorindha.

—Te veo, *Car'a'carn.* —Bael, el hombre más alto que Rand había visto en su vida, estaba sentado con las piernas cruzadas en las baldosas verdes y blancas, vestido con el *cadin'sor* y una actitud que aun pareciendo tranquila revelaba que se hallaba preparado para ponerse en movimiento en un visto y no visto. El jefe de clan de los Goshien Aiel no era joven, ningún jefe lo era, y tenía hebras grises en su rojizo cabello, pero si alguien creía que la edad lo había ablandado, podía llevarse una desagradable sorpresa—. Que siempre encuentres agua y sombra. Respaldo al *Car'a'carn* y mis lanzas me respaldan a mí.

—Lo del agua y la sombra está bien —dijo Davram Bashere, que echó una pierna sobre el brazo del sillón en el que descansaba—, pero yo prefiero vino frío. —Poco más alto que Enaila, llevaba desabrochada la chaqueta corta y su oscura tez brillaba por el sudor. A despecho de su postura indolente, con sus fieros ojos rasgados y su nariz aguileña resaltando sobre el espeso y canoso bigote tenía un aspecto tan duro como Bael—. Os felicito por la huida y la victoria. Pero ¿por qué venís disfrazado como un prisionero?

—Yo prefiero saber si piensa echarnos encima a las Aes Sedai —intervino Deira. La madre de Faile, vestida en seda verde con bordados en oro, era una mujer grande, tan alta como cualquier Doncella excepto Somara, con el largo cabello negro surcado de hebras grises en las sienes y la nariz sólo un poco menos prominente que la de su marido. Ciertamente, podía darle lecciones sobre ofrecer un aspecto fiero, y era igual que su hija en un detalle: su lealtad era para su esposo, no para Rand—. ¡Habéis hecho prisioneras a unas Aes Sedai! ¿Podemos esperar ahora que toda la Torre Blanca caiga sobre nuestras cabezas?

—Si lo hacen —intervino, cortante, Melaine, mientras se ajustaba el chal—, recibirán la contestación que se merecen. —De cabello dorado, ojos verdes y muy hermosa, como mucho cinco años mayor que el propio Rand a juzgar por su cara, era una Sabia y estaba casada con Bael. Fuera cual fuera el motivo por el que las Sabias habían cambiado de opinión respecto a las Aes Sedai, Melaine, Amys y Bair eran las que más acusaban ese cambio.

—Lo que yo quiero saber —dijo la tercera mujer— es qué vas a hacer con Colavaere Saighan.

Si Deira y Melaine tenían una presencia imponente, Dorindha las superaba a ambas, aunque no resultaba fácil discernir por qué exactamente. La señora del techo del septiar Manantial Humeante era una mujer de constitución sólida, maternal, más atractiva que hermosa, con algunas arrugas en las comisuras de los párpados, y en su cabello de color rojo pálido tantas hebras blancas como grises tenía Bael; sin embargo, de las tres mujeres, cualquiera que tuviese no sólo ojos sino un poco de sentido común advertiría que tenía mando y carácter para ejercerlo.

—Melaine dice que Bair considera a Colavaere Saighan de poca importancia —continuó Dorindha—, pero las Sabias pueden ser tan ciegas como cualquier hombre cuando se trata de ver la batalla que está por empezar y no fijarse en el escorpión que se tiene a los pies. —Una sonrisa dirigida a Melaine restó hierro a sus palabras; la de Melaine en respuesta dejó claro que no se había dado por ofendida—. El deber de una señora del techo es localizar esos escorpiones antes de que piquen a alguien.

También era esposa de Bael, algo que todavía desconcertaba a Rand a pesar de que hubiese sido decisión de ella y de Melaine. Tal vez por eso mismo, porque había sido de ellas; entre los Aiel, un hombre no tenía mucho que decir si su esposa escogía una hermana conyugal. No era un arreglo muy frecuente ni siquiera entre Aiel.

Librodot

—Colavaere va a dedicarse a cultivar la tierra —gruñó Rand. Todos parpadearon sorprendidos, preguntándose si estaba bromeando—. El Trono del Sol vuelve a estar vacío y esperando a Elayne. —Se había planteado la conveniencia de levantar salvaguardas para que no los escucharan a escondidas, pero esa barrera podía ser detectada por cualquiera que buscara algo fuera de lo normal, ya fuese hombre o mujer, y su existencia proclamaría que allí se estaba tratando algo importante. En fin, todo lo que se dijese en esa habitación se sabría muy pronto desde la Pared del Dragón hasta el mar.

Fedwin se restregaba las muñecas, en tanto que Jalani enfundaba su cuchillo. Nadie les prestó atención; todos los ojos estaban prendidos en Rand. Éste dirigió a Nerilea una ojeada ceñuda y forcejeó con las ataduras hasta que Sulin las cortó.

—Ignoraba que ésta iba a ser una reunión familiar —dijo Rand.

Nerilea pareció un poquito avergonzada, pero nadie más lo hizo.

—Cuando os hayáis casado, aprenderéis que tenéis que elegir con mucho cuidado lo que no contáis a vuestra esposa —murmuró Davram con una sonrisa. Deira lo miró y frunció los labios.

—Las esposas son un gran consuelo si un hombre no les cuenta muchas cosas —apuntó riendo Bael.

Sonriendo, Dorindha le pasó los dedos por el cabello... y se lo agarró como si quisiera arrancarle la cabeza de cuajo. Bael soltó un gruñido de dolor, pero no sólo a causa del tirón de pelos que le había propinado Dorindha. Melaine limpió su pequeño cuchillo en la falda y lo enfundó. Las dos mujeres intercambiaron una mueca burlona por encima de la cabeza del jefe del clan mientras éste se frotaba un hombro, donde una pequeña mancha de sangre humedecía su *cadin'sor.* Deira asintió pensativamente, como si acabaran de darle una idea.

—¿A qué mujer podría odiar lo bastante para casarla con el Dragón Renacido? —dijo fríamente Rand.

Sus palabras causaron un silencio tan denso que podía tocarse. Rand procuró encauzar su ira. Tendría que haber supuesto que ocurriría esto. Melaine no sólo era una Sabia, sino también una caminante de sueños, igual que Amys y Bair. Entre otras cosas, podían hablar entre ellas y con otras personas durante el sueño; una habilidad útil, aunque sólo la habían utilizado una vez a petición de él y en su beneficio; era asunto de las Sabias. En consecuencia, no era de extrañar que Melaine estuviese al tanto de todo lo ocurrido; como tampoco era de extrañar que le hubiese contado todo a Dorindha, aunque fuesen cosas de Sabias. Las dos mujeres eran amigas íntimas y hermanas, todo en uno. Una vez que Melaine hizo partícipe a Bael del secuestro, éste, naturalmente, se lo había dicho a Bashere; esperar que el mariscal saldaenino guardara en secreto esa información para su esposa era igual que esperar que no le contara que la casa se había incendiado. Poco a poco, centímetro a centímetro, se tragó la ira.

—¿Ha llegado Elayne? —Trató de dar a su voz un tono despreocupado, sin éxito. Qué más daba. Había razones conocidas por todos para que estuviera nervioso. En Andor no habría tanta agitación como en Cairhien, pero el modo más rápido de apaciguar ambas naciones era que Elayne ocupara el trono. Puede que fuera el único.

—Aún no. —Bashere se encogió de hombros—. Pero han llegado noticias sobre Aes Sedai que marchan hacia el norte con un ejército desde algún punto de Murandy, o quizá de Altara. Podrían referirse al joven Mat y su Compañía de la Mano Roja, con la heredera del trono y las hermanas que huyeron de la Torre cuando Siuan Sanche fue depuesta.

Rand se frotó las muñecas, donde las cuerdas le habían hecho rozaduras. Toda esa pantomima de parecer un cautivo había sido por si acaso Elayne hubiese llegado ya. Elayne y Aviendha. Así, podría haber ido y vuelto sin que ellas lo supieran hasta después de que se hubiera marchado. Quizás habría hallado el modo de verlas a escondidas. Quizá... Era un necio, y en eso no había «quizá» que valiera.

—¿Tenéis intención de hacer que esas hermanas os juren también fidelidad? —El tono de Deira era tan gélido como su expresión. Rand sabía que no le gustaba; a su modo de ver, su esposo había emprendido un camino que seguramente lo conduciría a acabar con la cabeza clavada en una pica a las puertas de Tar Valon, y era él quien lo había puesto en ese camino—

Librodot

. La Torre Blanca no se quedará de brazos cruzados viendo cómo coaccionáis Aes Sedai.

Rand le dedicó una leve reverencia, y al infierno con ella si lo interpretaba como un gesto de mofa. Deira ni Ghaline t'Bashere jamás se dirigía a él con un título, ni siquiera por su nombre; habríase dicho que hablaba con un lacayo, y uno no especialmente despierto ni digno de confianza.

—Si eligen hacerlo, aceptaré su juramento. Dudo que muchas de ellas estén precisamente ansiosas por regresar a Tar Valon. Si escogen lo contrario, pueden seguir su camino, siempre y cuando no se pongan en mi contra.

—La Torre Blanca ya se ha puesto en tu contra —dijo Bael, que se inclinó hacia adelante apoyando los puños en las rodillas. Sus azules ojos hacían parecer cálida la voz de Deira en comparación—. Un enemigo que ataca una vez, volverá a atacar. A menos que se lo detenga. Mis lanzas irán a donde quiera que el *Car'a'carn* las conduzca.

Melaine asintió, por supuesto; seguramente quería que todas las Aes Sedai estuviesen escudadas y bajo vigilancia, de rodillas, si no atadas de pies y manos. Pero Dorindha también asintió, y Sulin. Y Bashere se atusó el bigote con los nudillos en actitud pensativa. Rand no sabía si ponerse a llorar o a reír.

—¿Crees que no he tenido bastante lucha para hartarme hasta la saciedad como para plantearme otra guerra con la Torre Blanca? Elaida me agarró del cuello y recibió un correctivo. —El suelo estallando y lanzando fuego y carne quemada al aire. Cuervos y buitres dándose un festín. ¿Cuántos muertos?—. Si tiene el sentido común de conformarse con eso, también yo. —Siempre y cuando no le pidieran confiar. El baúl. Empezó a sacudir la cabeza, consciente a medias de los repentinos gemidos de Lews Therin sobre la oscuridad y la sed. Podía pasarlo por alto; tenía que pasarlo por alto, pero no olvidarlo, ni confiar.

Dejando a Bael y Bashere discutiendo sobre si Elaida tenía suficiente sentido común para no intentarlo otra vez ahora que había dado el primer paso, Rand se encaminó hacia los mapas amontonados sobre la mesa pegada contra la pared, debajo de un tapiz de alguna batalla en la que las tropas del León Blanco de Andor se estaban alzando con la victoria. Al parecer, Bael y Bashere utilizaban esta habitación para elaborar sus planes. Tras rebuscar un poco encontró el mapa que buscaba, un gran pergamino enrollado en el que aparecía todo Andor, desde las Montañas de la Niebla hasta el río Erinin, así como parte de los países situados al sur: Ghealdan, Altara y Murandy.

—A las mujeres cautivas en las tierras de los Asesinos del Árbol no se les permite ocasionar conflictos, entonces ¿por qué dejar que otras lo hagan? —inquirió Melaine, por lo visto en contestación a algo que Rand no había escuchado. La Sabia parecía enfadada.

—Haremos lo que tengamos que hacer, Deira t'Bashere —manifestó sosegadamente Dorindha, que rara vez perdía los nervios—. Conservad el valor y llegaremos a donde tenemos que llegar.

—Cuando uno salta a un precipicio —replicó Deira—, es demasiado tarde para hacer otra cosa que aferrarse al coraje. Y esperar que haya un carretón de heno en el fondo para caer sobre él.

Su marido se echó a reír bajito, como si ella acabara de decir un chiste. A juzgar por su expresión, la mujer no estaba bromeando.

Rand extendió el mapa y sujetó las esquinas con tinteros y recipientes de arena, tras lo cual calculó distancias midiendo con los dedos. Mat no avanzaba deprisa si los rumores lo ubicaban en Altara o en Murandy. Alardeaba de lo rápido que su Compañía podía marchar. Tal vez las Aes Sedai lo estaban retrasando, con los sirvientes y las carretas. Quizás había más hermanas de lo que había supuesto. Rand reparó en que tenía prietos los puños, y se obligó a aflojar las manos. Necesitaba a Elayne. Para que ocupara el trono allí y en Cairhien; por eso la necesitaba. Nada más. Aviendha... No la necesitaba, en absoluto, y ella había dejado muy claro que no lo necesitaba a él. Aviendha estaba a salvo, lejos de él. Podía conseguir que estuvieran a salvo manteniéndolas lo más lejos posible de él. Luz, ojalá pudiese verlas, sólo eso. Necesitaba a Mat, sin embargo, ya que Perrin se mostraba tan obstinado. No sabía bien cómo había llegado Mat a ser un experto en asuntos de batallas y guerras, pero hasta Bashere

Librodot

respetaba sus opiniones. Sobre asuntos militares, en cualquier caso.

—Lo trataron como *da'tsang* —rezongó Sulin, y algunas de las otras Doncellas se hicieron eco con gruñidos.

—Lo sabemos —manifestó, sombría, Melaine—. No tienen honor.

—¿De verdad se contendrá después de lo que habéis descrito? —demandó Deira en tono incrédulo.

El mapa no se extendía lo bastante al sur para mostrar Illian —ningún mapa de los que había en la mesa representaba parte alguna de ese país— pero la mano de Rand se había desplazado hacia abajo a través de Murandy e imaginó las colinas Doirlon, ya en territorio de Illian pero a corta distancia de la frontera, con una línea de poblados fortificados en los montes que ningún ejército invasor podía permitirse el lujo de pasar por alto. Y a unos cuatrocientos kilómetros al este, al otro lado de los llanos de Maredo, un ejército como no se había visto desde que la coalición de naciones se había congregado en las inmediaciones de Tar Valon en la Guerra de Aiel, o puede que incluso desde los tiempos de Artur Hawkwing. Tearianos, cairhieninos, Aiel; todos preparados para lanzarse contra Illian. Si Perrin no se ponía al mando, entonces Mat tendría que hacerlo. Sólo que no había tiempo suficiente. Nunca lo había.

—Así se abrasen mis ojos —rezongó Davram—. Nunca mencionaste eso, Melaine. ¿Lady Caraline y lord Toram acampados justo a las puertas de la ciudad, y también lord Darlin? Ésos no se han reunido por casualidad, no justo en este momento. Eso es como tener un nido de víboras a la puerta de casa.

—Dejemos que los *algai'd'siswai* dancen —replicó Bael—. Las víboras muertas no pican a nadie.

El punto fuerte de Sammael había sido siempre la defensa. Aquello era un recuerdo de Lews Therin, de cuando la Guerra de la Sombra. Con dos hombres en un solo cerebro, quizás era de esperar que los recuerdos de cada uno de ellos se intercambiaran con los del otro. ¿Habría recordado de repente Lews Therin estar pastoreando ovejas o cortando leña o dando de comer a las gallinas? Rand podía oírlo débilmente, bramando sobre matar y destruir; pensar en los Renegados casi siempre provocaba esa reacción frenética en Lews Therin.

—Deira t'Bashere tiene razón —dijo Bael—. Debemos seguir por el camino que escogimos recorrer hasta que nuestros enemigos hayan sido destruidos o lo seremos nosotros.

—No era eso lo que quería decir —objetó secamente Deira—. Pero estás en lo cierto. Ahora ya no tenemos alternativa: hasta que nuestros enemigos sean destruidos, o lo seremos nosotros.

Muerte, destrucción y locura afloraron a la mente de Rand mientras éste estudiaba el mapa. Sammael estaría en aquellos poblados fortificados poco después de que el ejército atacara. Sammael, con la fuerza de un Renegado y los conocimientos de la Era de Leyenda. Lord Brend, se hacía llamar, uno de los miembros del Consejo de los Nueve. Y lord Brend lo llamaban quienes se negaban a admitir que los Renegados andaban libres por el mundo, pero Rand lo conocía gracias a la memoria de Lews Therin; conocía a fondo sus rasgos físicos y a él mismo.

—¿Qué se propone Dyelin Taravin con Naean Arawn y Elenia Sarand? —preguntó Dorindha—. Confieso que no entiendo lo de encerrar a la gente.

—Lo que haga allí es lo de menos —manifestó Davram—. Lo que me preocupa son sus reuniones con esas Aes Sedai.

—Dyelin Taravin es una necia —masculló Melaine—. Cree los rumores de que el *Car'a'carn* ha doblado la cerviz ante la Sede Amyrlin. Esa mujer ni siquiera se cepillará el pelo a menos que las Aes Sedai le den permiso.

—Estás confundida —objetó firmemente Deira—. Dyelin es lo bastante fuerte para dirigir Andor y lo demostró en Aringill. Por supuesto que escucha a las Aes Sedai. Sólo un necio hace caso omiso de ellas. Pero escuchar no significa obedecer.

Habría que registrar otra vez las carretas traídas de los pozos de Dumai. El *angreal* del hombrecillo gordo tenía que estar en alguna parte. Ninguna de las hermanas que habían

escapado podía tener la menor pista de lo que era realmente. A menos, claro, que una de ellas lo hubiese guardado para tener un recuerdo del Dragón Renacido. No. Tenía que estar en las carretas. Con él podía equipararse en fuerza a cualquiera de los Renegados. Sin él... Muerte, destrucción y locura.

De repente, lo que había estado escuchando por encima cobró sentido en su mente.

—¿Qué habéis dicho? —demandó al tiempo que se giraba, dando la espalda a la mesa con incrustaciones de marfil.

Rostros sorprendidos se volvieron hacia él. Jonan, que se había apoyado en el marco de la puerta con aparente indolencia, adoptó de inmediato una postura erguida. Las Doncellas, acuclilladas cómodamente, de pronto parecieron alertas. Habían estado conversando ociosamente unas con otras; hasta ellas se mostraban ahora cautelosas con él.

Melaine, que jugueteaba con sus collares de marfil, intercambió una mirada decidida con Bael y Davram, y después se adelantó a los demás:

—Hay nueve Aes Sedai en una posada llamada El Cisne de Plata, en lo que Davram Bashere llama la Ciudad Nueva. —Pronunció la palabra «posada» de un modo raro, y también «ciudad»; antes de cruzar la Pared del Dragón sólo las conocía a través de los libros—. Él y Bael dicen que debemos dejarlas en paz a menos que hagan algo contra ti. Me parece que ya has aprendido bien qué puede esperarse de las Aes Sedai, Rand al'Thor.

—Es culpa mía —manifestó Bashere—, si es que se ha cometido algún error. Aunque lo que Melaine esperara hacer al respecto, lo ignoro. Ocho hermanas se instalaron en El Cisne de Plata hace casi un mes, nada más marcharos vos. De vez en cuando unas cuantas más llegan o se marchan, pero nunca hay más de diez al mismo tiempo. Se muestran reservadas, no causan problemas y no hacen preguntas, que Bael o yo sepamos. También han llegado unas pocas hermanas Rojas a la ciudad, en dos ocasiones. Todas las que se hospedan en El Cisne de Plata tienen Guardianes, en cambio esas otras no. Por eso estoy seguro de que son del Ajah Rojo. Aparecieron dos o tres, preguntaron sobre hombres que iban a la Torre Negra, y al cabo de uno o dos días se marcharon. Sin descubrir gran cosa, diría yo. Esa Torre Negra es tan impenetrable con sus secretos como una fortaleza. Ninguna de ellas ocasionó problemas, y preferí no molestarlas a menos que fuera necesario.

—No me refería a eso —dijo lentamente Rand.

Se acomodó en un sillón frente a Bashere; sus manos se cerraron sobre los reposabrazos, prietamente, hasta que los nudillos le dolieron. Aes Sedai reuniéndose allí; Aes Sedai reuniéndose en Cairhien. ¿Casualidad? La voz de Lews Therin retumbaba a lo lejos, como una tormenta en el horizonte, sobre traición y muerte. Tendría que advertir a Taim. No sobre las Aes Sedai hospedadas en El Cisne de Plata —eso ya tenía que saberlo Taim; ¿por qué no se lo había mencionado?—, ni sobre la necesidad de que se mantuviesen alejados de ellas tanto él como los Asha'man. Si lo ocurrido en los pozos de Dumai era el fin de algo, no podía empezar algo nuevo aquí. Eran demasiados los acontecimientos que parecían desarrollarse excesivamente deprisa, fuera de control. Cuanto más intentaba aglutinarlos, surgían más y giraban cada vez más deprisa. Antes o después, todo iba a venirse abajo y a hacerse añicos. La idea le dejó seca la garganta. Thom Merrilin le había enseñado un poco a hacer malabarismos, pero nunca había sido muy bueno en eso. Ahora tenía que hacerlo, y con la habilidad de un consumado experto. Ojalá hubiera algo con lo que mojarse la garganta.

No se dio cuenta de que había manifestado esa última idea en voz alta hasta que Jalani se incorporó de donde estaba en cuclillas y cruzó la habitación hasta una mesa auxiliar en la que había una jarra de plata. Sirvió una copa del mismo metal y se la llevó a Rand, esbozando una mueca mientras se la tendía. Rand esperaba algún comentario sarcástico, pero la expresión de su rostro sufrió un cambio y todo cuanto dijo fue *«Car'a'carn»,* tras lo cual regresó a su sitio, junto a las otras Doncellas, con un aire tan digno que parecía estar imitando a Dorindha o tal vez a Deira. Somara dijo algo con el lenguaje de señas, y de pronto un rojo intenso tiñó las caras de todas las Doncellas, que se mordieron los labios para contener la risa. Todas salvo Jalani, que sólo estaba colorada.

El ponche sabía a ciruela. Le recordó a Rand los gordos y dulces frutos de los ciruelos

plantados al otro lado del río, a los que se subía de pequeño para cogerlos y saborearlos... Echó la cabeza hacia atrás y vació la copa. En Dos Ríos había ciruelos, sí, pero no plantaciones, y desde luego no en la otra orilla de ningún río. El hombre que estaba metido en su cabeza rió por algo, quedamente.

Bashere dirigió una mirada ceñuda a las Doncellas, y después volvió la vista hacia Bael y sus dos esposas, todos ellos impasibles como rocas, y sacudió la cabeza. Se llevaba bien con Bael, pero, en general, los Aiel lo desconcertaban.

—En fin, puesto que a mí nadie me trae de beber... —dijo al tiempo que se levantaba e iba a la mesa para servirse una copa. Echó un buen trago, mojándose el espeso bigote—. Vaya, qué refrescante. El entusiasmo de Taim para enrolar hombres lo ha llevado a recoger a todos los tipos que querrían seguir al Dragón Renacido. Me ha enviado casi un ejército de hombres, que carecen de lo que quiera que requieren vuestros Asha'man. Todos hablan con asombro de caminar a través de agujeros en el aire, pero ninguno ha llegado cerca de la Torre Negra. Estoy poniendo en práctica con ellos algunas ideas que tenía el joven Mat.

Rand desestimó el tema con un ademán.

—Habladme de Dyelin. —Dyelin de la casa Taravin era la siguiente en la línea al trono si algo le ocurría a Elayne, pero él le había dicho que había mandado traer a Elayne a Caemlyn—. Si piensa que puede ocupar el Trono del León, encontraré otra granja para ella.

—¿Ocupar el trono? —repitió Deira con incredulidad, y su esposo se echó a reír de buena gana.

—No entiendo las costumbres de las tierras húmedas —dijo Bael—, pero no creo que sea eso lo que se propone.

—¡Todo lo contrario! —Davram cogió la jarra y se acercó a Rand para volver a llenarle la copa—. Algunos nobles de segunda fila, creyendo que así se ganarían su favor, quisieron proclamarla en Aringill. Esa mujer actúa con rapidez. En cuatro días había hecho colgar a dos de los líderes con el cargo de traición a la heredera Elayne, y ordenó que se azotara a otros veinte. —Soltó una queda risita de aprobación. Su esposa aspiró aire por la nariz en ademán desdeñoso. Seguramente ella habría bordeado ambos lados de la calzada de Aringill a Caemlyn con dos hileras de horcas.

—Entonces ¿a qué venía todo eso de que dirigía Andor? —demandó Rand—. Y lo de encarcelar a Elenia y a Naean.

—Son los que intentaron sentarla en el trono —aclaró Deira, cuyos oscuros ojos centellearon furiosos.

Bashere asintió. Estaba mucho más tranquilo ahora.

—Hace sólo tres días de eso, cuando llegó la noticia de la coronación de Colavaere, y los rumores procedentes de Cairhien de que os habíais ido a Tar Valon empezaron a cobrar verosimilitud. Reanudado el comercio, hay tantas palomas yendo y viniendo de Cairhien a Caemlyn que se podría caminar sobre sus espaldas. —Llevó de nuevo la jarra a la mesa y volvió a su sillón—. Naean hizo su proclamación respecto al Trono del León por la mañana, y Elenia, antes del mediodía. A la caída del sol, Dyelin, Pelivar y Luan los habían arrestado a ambos. Anunciaron el nombramiento de Dyelin como regente a la mañana siguiente. En nombre de Elayne y hasta que ésta regrese. La mayoría de las casas de Andor han manifestado su apoyo a Dyelin. Creo que a algunas les gustaría que ocupara el trono, pero el escarmiento dado en Aringill hace que hasta los más poderosos tengan cuidado con lo que dicen. —Guiñó un ojo y señaló a Rand—. De vos, ni la más mínima mención. Si eso es bueno o malo, tendría que decirlo alguien más avisado que yo.

Deira esbozó una fría sonrisa, el gesto altanero a más no poder.

—Todos esos... parásitos lameculos a los que permitisteis instalarse en palacio han huido de la ciudad, al parecer. Algunos de ellos incluso de Andor, según rumores. Debisteis daros cuenta de que todos eran adláteres de Elenia o de Naean.

Rand soltó cuidadosamente la copa llena en el suelo, junto a su sillón. Había dejado que Lir, Arymilla y los demás se quedaran con el único propósito de forzar a Dyelin y a quienes la apoyaban a cooperar con él. Jamás habría dejado Andor en manos de gente como Lir. Con

tiempo y el regreso de Elayne, aún podía funcionar. Pero todo iba más y más deprisa, escapándosele de las manos. Sin embargo, sí había algunas cosas que podía controlar.

—Fedwin —dijo, señalándolo— es un Asha'man. Puede llevarme mensajes a Cairhien, si es preciso. —Habló dirigiendo una mirada firme a Melaine, que le respondió con otra de lo más apacible.

Deira estudió a Fedwin como habría hecho con una rata muerta que un perro excesivamente complaciente hubiese soltado sobre su alfombra. Davram y Bael lo observaron de un modo más ponderativo; Fedwin trató de erguirse más ante su escrutinio.

—Que nadie sepa quién es —continuó Rand—. Nadie. Ésa es la razón de que no vaya vestido de negro. Esta noche llevo a otros dos a lord Semaradrid y al Gran Señor Weiramon. Los necesitarán cuando se enfrenten a Sammael en las colinas Doirlon. Al parecer, el asunto de Cairhien va a requerir mi atención durante un tiempo todavía, hasta que las cosas vuelvan a su cauce. —Quizá también sería necesario en Andor.

—¿Significa eso que por fin enviarás a las lanzas al sur? —quiso saber Bael—. ¿Darás la orden esta noche?

Rand asintió, y Bashere soltó una honda carcajada.

—Vaya, eso sí que merece un buen trago de vino. O lo merecería, si no estuviera tan caliente como para espesar la sangre de un hombre. —La risa dio paso a una mueca—. Así me abrase, pero cómo me gustaría encontrarme allí. En fin, supongo que conservar Caemlyn para el Dragón Renacido tampoco es moco de pavo.

—Siempre quieres estar donde se han desenvainado las espadas, esposo mío. —El tono de Deira sonaba muy afectuoso.

—Respecto al quinto —intervino Bael—, ¿permitirás que se tome el quinto en Illian una vez que Sammael haya caído?

Entre los Aiel estaba establecida la costumbre de coger una quinta parte de cuanto había en un lugar conquistado por la fuerza de las armas. Rand lo había prohibido allí, en Caemlyn; no entregaría a Elayne una ciudad saqueada aunque sólo fuera en parte.

—Tendrán el quinto, sí —aceptó Rand, pero no era en Sammael ni en Illian en lo que estaba pensando.

«Trae pronto a Elayne, Mat —exhortó para sus adentros, con la risita socarrona de Lews Therin como música de fondo—. Tráela enseguida, antes de que Andor y Cairhien me estallen en la cara.»

Librodot

CAPÍTULO 8

Sólo una figura decorativa

—Deberíamos quedarnos aquí sólo hasta mañana. —Egwene rebulló con cuidado en la silla plegable, que parecía tener tendencia a doblarse por sí misma en algunas ocasiones—. Lord Bryne ha informado que está muy mermada la provisión de víveres. En realidad andamos escasos de todo.

Dos trozos de vela pequeños ardían sobre la mesa de madera, delante de ella. La mesa también se plegaba, para facilitar su transporte, pero era más sólida que la silla. Además de las velas, la tienda que le servía de estudio estaba alumbrada por una linterna de aceite, colgada del poste central, casi en el extremo superior. La tenue luz amarilla titilaba, proyectando sombras cambiantes en las paredes de lona, remendada con parches, que distaban mucho de la grandiosidad del estudio de la Amyrlin en la Torre Blanca, bien que a Egwene no la incomodaba tal diferencia. A decir verdad, ella misma estaba muy lejos de ofrecer la imagen grandiosa normalmente asociada con la Sede Amyrlin. Sabía muy bien que la estola de siete colores que llevaba en los hombros era lo único por lo que un desconocido la identificaría como Amyrlin. Eso, si no creían que se trataba de una broma terriblemente absurda. En la historia de la Torre Blanca habían ocurrido cosas muy raras —Siuan le había contado algunos detalles secretos— pero indudablemente ninguna tan extraña como ella.

—Cuatro o cinco días sería mejor —comentó Sheriam, sin levantar la vista del montón de papeles que tenía en el regazo y que estaba examinando. Algo metida en carnes, con pómulos altos y rasgados ojos verdes, con su vestido de montar en color verde oscuro, la mujer se las arreglaba para ofrecer una apariencia elegante y autoritaria a pesar de estar sentada en una de las inestables banquetas que había al otro lado de la mesa. Si hubiera cambiado la estrecha estola azul de Guardiana de las Crónicas por la de la Amyrlin, cualquiera habría creído que la llevaba por derecho. Lo cierto es que a veces actuaba como si la estola de rayas descansara sobre sus hombros—. O puede que más. No nos vendría mal reabastecernos de nuevo.

Siuan, sentada en la otra banqueta, sacudió levemente la cabeza, pero Egwene no necesitaba su insinuación.

—Un día. —Tendría sólo dieciocho años y estaría lejos de la grandeza de una verdadera Amyrlin, pero no era estúpida. Había demasiadas hermanas que aprovechaban cualquier excusa para hacer un alto, como lo hacían también demasiadas Asentadas, y si se detenían demasiado tiempo tal vez resultara imposible hacerlas reemprender la marcha. Sheriam abrió la boca.

»Uno, hija —repitió firmemente Egwene. Pensara lo que pensara Sheriam, el hecho es que Sheriam Bayanar era la Guardiana de las Crónicas, y Egwene al'Vere, la Amyrlin. Ojalá hubiera un modo de hacérselo entender así. Y a la Antecámara de la Torre; ésas eran peores incluso. Egwene tenía ganas de gritar, dar de bofetadas a alguien o tirar cualquier cosa, pero después de casi mes y medio era como si tuviese la práctica de toda una vida para mantener el semblante y la voz inalterados incluso con provocaciones más grave que ésta—. Si nos quedamos más tiempo, dejaríamos esquilmados los alrededores. No quiero que la gente que vive por aquí se muera de hambre. Enfocándolo por el lado práctico, si les quitamos demasiado, incluso pagándoles por ello, nos plantearán cientos de problemas a cambio.

—Incursiones a vacadas y rebaños y robos en las carretas de suministro —murmuró Siuan. Con la vista clavada en la falda pantalón gris, parecía estar pensando en voz alta—. Hombres disparando a nuestros guardias por la noche, quizá prendiendo fuego a cualquier cosa que esté a su alcance. Mal asunto. La gente hambrienta actúa impulsada por la desesperación.

Eran exactamente las mismas razones que lord Bryne había expuesto a Egwene, casi palabra por palabra. La mujer pelirroja asestó a Siuan una dura mirada. Muchas hermanas se sentían incómodas en presencia de Siuan. Su rostro era, seguramente, el más conocido del campamento, lo bastante juvenil para encajar bien con un vestido de Aceptada o hasta de novicia. Ésa era una de las secuelas de ser neutralizada, aunque no eran muchas las que lo habían experimentado. Siuan no podía dar un paso sin que alguna hermana mirara fijamente a la otrora Sede Amyrlin, depuesta y neutralizada al cortarle el acceso al *Saidar,* si bien después, mediante la Curación, le había sido devuelta al menos parte de esa habilidad, algo que todo el mundo tenía por imposible. Muchas la habían vuelto a recibir afectuosamente como una hermana, tanto por ella como por el milagro que abría una esperanza a aquello que todas las Aes Sedai temían más que a la muerte, pero un número igual, o tal vez más, mostraban una tolerancia poco entusiasta o un aire de superioridad o ambas cosas, y la culpaban de la situación en la que se encontraban en ese momento.

Sheriam era una de las que pensaban que Siuan debía instruir a la joven Amyrlin nueva en asuntos de protocolo y similares, algo que todas creían que ella detestaba, y no abrir la boca hasta que la invitaran a hacerlo. Era menos de lo que había sido, tanto en posición como en fuerza con el Poder. Encargarle tal tarea, desde el punto de vista de las Aes Sedai, no era una crueldad. El pasado había quedado atrás; el presente era lo que contaba, y así había que aceptarlo. Hacer lo contrario sólo acarrearía mayor sufrimiento. Por regla general, a las Aes Sedai les costaba asimilar cualquier cambio; pero, cuando lo hacían, para la mayoría era como si las cosas hubiesen sido siempre así.

—Como digáis, madre, un día —convino finalmente Sheriam al tiempo que inclinaba ligeramente la cabeza.

Egwene estaba segura de que no era tanto por respeto como para ocultar el gesto de desagrado por su obstinación. Bien, daría por bueno el gesto si iba acompañado por la aquiescencia. De momento, tenía que conformarse con eso. También Siuan inclinó la cabeza. Para disimular una sonrisa. A cualquier hermana se la podía designar para cualquier tarea, pero el orden jerárquico era muy rígido, y Siuan se encontraba en un escalón muy inferior al que había ocupado. Ésa era una de las razones.

Los papeles colocados en el regazo de Sheriam se duplicaban en el de Siuan, así como sobre la mesa, delante de Egwene. Informes de todo, desde el número de velas y sacos de judías que quedaban en el campamento hasta el estado de los caballos, y lo mismo con respecto al del ejército de lord Bryne. El campamento del ejército rodeaba el de las Aes Sedai, con una franja de unos veinte pasos de separación entre uno y otro, pero en muchos aspectos era como si estuviesen a un kilómetro de distancia. Sorprendentemente, lord Bryne había insistido en eso tanto como las hermanas. Las Aes Sedai no querían tener soldados rondando entre sus tiendas, un montón de rufianes mugrientos e iletrados que las más de las veces tenían los dedos muy ligeros; y, al parecer, los soldados tampoco querían que hubiese Aes Sedai husmeando entre sus tiendas, aunque, quizá con gran sentido común, no habían explicado las razones para preferirlo así. Marchaban hacia Tar Valon para derrocar a la usurpadora de la Sede Amyrlin y poner a Egwene en su lugar; empero, eran realmente contados los hombres que se sentían a gusto teniendo cerca Aes Sedai. Y muy pocas las mujeres que lo hacían.

Como Guardiana, Sheriam se habría sentido más que satisfecha de evitar que esos asuntos sin importancia pasaran por manos de Egwene. Así lo había dicho, explicando lo insignificantes que eran y que no habría que cargar a la Sede Amyrlin con menudencias cotidianas. Siuan, por el contrario, era de la opinión que una buena Amyrlin se ocupaba precisamente de esas cosas pequeñas, procurando no duplicar el trabajo que docenas de

hermanas y escribientes realizaban, pero sí verificando una cosa distinta cada día. De ese modo, tenía una idea bastante aproximada de lo que estaba ocurriendo y lo que era preciso hacer antes de que alguien llegara corriendo ante ella con una crisis que ya había saltado en pedazos. Saber de dónde sopla el viento, lo llamaba Siuan. Conseguir que esos informes llegaran a ella requirió semanas, y a Egwene no le cabía duda de que, si dejaba que pasaran de nuevo al control de Sheriam, nunca volvería a estar enterada de nada hasta mucho después de que se hubiese solucionado. Si es que llegaba a saberlo.

El silencio se prolongó mientras leían la hoja de papel que había encima de cada uno de sus montones. No estaban solas las tres. Chesa, sentada sobre unos cojines a un lado de la tienda, fue quien rompió el silencio.

—Trabajar con tan poca luz es perjudicial para los ojos —murmuró casi para sí misma mientras alzaba una media de seda de Egwene que zurcía en esos momentos—. Nunca me sorprenderéis estropeándome la vista leyendo sin tener buena luz.

Una mujer de constitución recia, con ojos chispeantes y una sonrisa alegre, la doncella de Egwene tenía por costumbre dejar caer un consejo a la Amyrlin como si se estuviese refiriendo a sí misma. Cualquiera habría dicho que llevaba veinte años al servicio de Egwene en lugar de dos meses escasos, y que le triplicaba la edad cuando en realidad ni siquiera se la doblaba. Esa noche, Egwene sospechaba que había hablado simplemente para romper el silencio. En el campamento reinaba un ambiente tenso desde que Logain había huido. Un hombre que podía encauzar, escudado y bajo vigilancia, pero se había escabullido como la niebla. Todo el mundo estaba nervioso, preguntándose cómo había escapado, dónde estaría y qué se propondría hacer ahora. Egwene deseaba más que nadie saber con seguridad dónde se encontraba Logain Ablar.

Dando un golpe seco a los papeles que tenía en las manos, Sheriam miró ceñuda a Chesa; no entendía por qué permitía Egwene que su doncella estuviera presente en estas reuniones, y mucho menos que le consintiera parlotear a sus anchas. Probablemente no se le ocurrió en ningún momento que la presencia de Chesa y sus inesperados comentarios a menudo la alteraban justo lo suficiente para ayudar a Egwene a eludir algún consejo que no quería seguir y posponer decisiones que no deseaba tomar, al menos no como Sheriam quería. Ciertamente, esa idea no se le había ocurrido a Chesa, que sonrió como pidiendo disculpas y volvió a dedicarse a su zurcido, mascullando entre dientes de vez en cuando.

—Si seguimos, madre, tal vez hayamos acabado antes de que amanezca —manifestó fríamente Sheriam.

Mientras revisaba la siguiente hoja, Egwene se frotó las sienes. Quizá Chesa tenía razón con lo de la luz. Le estaba dando dolor de cabeza otra vez. Claro que también podía deberse al contenido de la página, donde se detallaba el dinero que quedaba. Los relatos que había leído nunca mencionaban cuánto dinero hacía falta para sostener un ejército. Unidas al informe, había unas notas de dos Asentadas, Romanda y Lelaine, en las que sugerían que se pagara a los soldados con menos frecuencia, que se les pagara menos, de hecho. En realidad, eran algo más que sugerencias, al igual que Romanda y Lelaine eran más que dos simples Asentadas de la Antecámara. Otras Asentadas hacían lo que ellas decían, aunque no todas ellas, en tanto que la única Asentada con la que Egwene podía contar era Delana, y sólo hasta cierto punto. Lelaine y Romanda rara vez estaban de acuerdo en algo, y no podían haber elegido un asunto peor para coincidir por primera vez. Algunos soldados habían jurado fidelidad, pero la mayoría se encontraban allí por la paga, y quizá por la esperanza del saqueo.

—A los soldados hay que pagarles como hasta ahora —murmuró Egwene al tiempo que arrugaba ambas notas. Se sentía tan poco dispuesta a permitir que su ejército se disolviera como a consentir que se llevaran a cabo saqueos.

—Como ordenéis, madre.

Los ojos de Sheriam chispearon complacidos. Veía las dificultades claramente —cualquiera que no la considerara muy inteligente estaría en un buen apuro—, pero tenía un punto en su contra. Si Romanda o Lelaine decían que el sol estaba saliendo, Sheriam afirmaría que iba a ponerse; había tenido casi tanta influencia sobre la Antecámara como la que poseían

las otras dos hermanas ahora, puede que más, hasta que entre ambas habían puesto fin a ese dominio. También ocurría igual al contrario; Romanda y Lelaine se oponían a cualquier cosa que quisiera Sheriam sin meditarlo siquiera. Lo que resultaba positivo, en conjunto.

Egwene tamborileó los dedos sobre la mesa, pero se obligó a pararlos. Era preciso encontrar dinero, de algún modo, en alguna parte, pero no podía permitir que Sheriam advirtiera su preocupación.

—Esa mujer nueva servirá —musitó Chesa sin dejar de coser—. Las tearianas siempre se dan muchos aires, desde luego, pero Selane sabe lo que se requiere de una doncella de una dama. Meri y yo conseguiremos que se adapte muy pronto.

Sheriam puso los ojos en blanco, muy irritada. Egwene sonrió para sus adentros. Egwene al'Vere con tres doncellas para atenderla; tan increíble como la propia estola. Pero la sonrisa sólo duró un instante. También había que pagar a las doncellas. Una pequeña suma, en comparación con la soldada de treinta mil hombres, y no era apropiado que la Amyrlin se ocupara de lavar y remendar sus ropas, pero podría habérselas arreglado estupendamente sólo con Chesa. Y así lo habría hecho, si la decisión hubiese dependido de ella. Hacía menos de una semana que Romanda había decidido que la Amyrlin necesitaba otra doncella, y había encontrado a Meri entre los refugiados que se amontonaban por todos los pueblos por los que pasaban hasta que los vecinos los echaban. Para no ser menos, Lelaine había conseguido a Selane del mismo modo, entre los refugiados. Las dos mujeres estuvieron instaladas en la pequeña tienda de Chesa, apiñadas, antes de que Egwene se enterara siquiera de su existencia.

Era una situación absurda, viciada desde el arranque: tres doncellas cuando no había dinero suficiente para pagar al ejército a mitad de camino de Tar Valon, sirvientas que, además, le habían impuesto sin contar con su opinión; por añadidura, se daba la circunstancia de que ya tenía otra, aunque ésta no recibía un céntimo a cambio. Todo el mundo creía que Marigan era la criada de la Amyrlin, aunque no lo era realmente.

Debajo del tablero de la mesa sentía el peso de la escarcela, dentro de la cual estaba el brazalete. Tendría que llevarlo puesto más a menudo; era un deber. Manteniendo las manos debajo, sacó el brazalete y lo deslizó en su muñeca; se trataba de una banda de plata hecha de manera que el broche resultaba invisible una vez cerrado. Realizado con el Poder, el brazalete se cerró con un sordo chasquido, y Egwene estuvo a punto de quitárselo de inmediato.

Un cúmulo de emociones afloró en un rincón de su mente, así como una especie de conexión con otra conciencia; muy leve, cierto, como si se lo estuviera imaginando. Demasiado real, empero, para que fuese mera imaginación. El brazalete, la mitad de un *a'dam,* creaba un vínculo entre ella y la mujer que llevaba la otra mitad, un collar de plata del que su portadora no podía desprenderse. Sin abrazar el *Saidar,* formaban un círculo de dos cuya dirección estaba siempre en poder de Egwene merced al brazalete. «Marigan» dormía en esos momentos, sus pies doloridos de caminar días y días; pero, aun dormida, el miedo era la sensación que llegaba hasta Egwene con más intensidad. Sólo la del odio la igualaba bastante en fuerza en el torrente de emociones que fluía a través del *a'dam.* El rechazo de Egwene a ponérselo se debía no sólo al persistente terror de la otra mujer, sino a haber llevado puesto el collar de un *a'dam* en cierta ocasión, y al hecho de saber quién era la persona que se hallaba al otro extremo del vínculo. Detestaba compartir algo con ella, por poco que fuera.

Sólo tres mujeres en el campamento estaban enteradas de que Moghedien, una Renegada, era una prisionera en medio de un montón de Aes Sedai. Si se descubría, Moghedien sería juzgada, neutralizada y ejecutada en breve plazo. Si se descubría, Egwene podría correr su misma suerte a no tardar, así como Siuan y Leane. Había otras dos mujeres que sabían quién era. En el mejor de los casos, sería despojada de la estola.

«Por ocultar a la justicia a una Renegada —pensó sombríamente—, tendría suerte si se conformaran con rebajarme a Aceptada.» En un gesto inconsciente, toqueteó con el pulgar el anillo dorado de la Gran Serpiente que llevaba puesto en el índice de la mano derecha.

Claro que, por leve que pudiera ser tal castigo, no parecía probable. Le habían enseñado que la hermana más avisada y prudente era elegida Sede Amyrlin, pero ahora sabía que no era así. La elección de una Amyrlin era tan reñida como la de un alcalde en Dos Ríos, o tal vez

Librodot

más; en Campo de Emond nadie se molestaba en presentarse para disputar la candidatura de su padre, pero había oído comentarios sobre las elecciones en Deven Ride y Embarcadero de Taren. Siuan había sido nombrada Sede Amyrlin sólo porque las tres anteriores a ella habían muerto pocos años después de ocupar el solio. La Antecámara había querido que fuera una mujer joven. Hablar de la edad a una hermana era como mínimo tan insultante como abofetearla; empero, había empezado a hacerse una idea del promedio de vida de una Aes Sedai. Rara vez se escogía como Asentada a una mujer que no llevara el chal setenta u ochenta años como poco, y una Amyrlin más, generalmente. A menudo, mucho más. De modo que cuando las deliberaciones de la Antecámara habían llegado a un punto muerto de elegir entre cuatro hermanas ascendidas a Aes Sedai hacía menos de cincuenta años, y Seaine Herimon, del Ajah Blanco, había propuesto una mujer que había llevado el chal sólo diez, el que las Asentadas apoyaran su nombramiento pudo haberse debido tanto al agotamiento como a la capacitación de Siuan para desempeñar el cargo.

¿Y Egwene al'Vere, que a los ojos de muchas aún debería ser una novicia? Una figura decorativa, fácilmente manejable, una «chiquilla» que había crecido en el mismo pueblo que Rand al'Thor. Eso último había sido un elemento de mucho peso en la decisión. No la despojarían de la estola, pero la poca autoridad que había conseguido acumular con gran esfuerzo desaparecería. De hecho, Romanda, Lelaine y Sheriam podrían llegar a las manos disputándose cuál de ellas la dirigiría cogida por el cuello en adelante.

—Se parece mucho a un brazalete que Elayne solía llevar. —Los papeles apoyados en el regazo de Sheriam crujieron cuando la mujer se inclinó hacia Egwene para verlo mejor—. Y Nynaeve. Lo compartían, si no recuerdo mal.

Egwene dio un respingo. Había sido muy descuidada.

—Es el mismo —contestó—. Un regalo que me hicieron cuando se marcharon.

Giró la banda de plata en su muñeca, sintiendo un aguijonazo de culpabilidad. El brazalete estaba realizado con piezas segmentadas, pero de un modo tan diestro que apenas se advertía la unión entre unas y otras. Casi no había pensado en Nynaeve y Elayne desde su marcha a Ebou Dar. Quizá debería hacerlas regresar. Su búsqueda no daba frutos, al parecer, aunque ellas lo negaban. Sin embargo, si pudieran encontrar lo que andaban buscando...

Sheriam tenía el ceño fruncido, pero Egwene ignoraba si era por el brazalete o por otro motivo. Empero, no podía dejar que Sheriam prestara demasiada atención al brazalete; si por casualidad reparaba en que el collar que llevaba «Marigan» hacía juego con él, podrían plantearse preguntas muy embarazosas.

Egwene se levantó y se alisó la falda mientras rodeaba la mesa. Siuan había conseguido ciertas informaciones ese día; una de ellas podía ser de utilidad en ese momento. No era la única que tenía secretos. Sheriam pareció sorprenderse cuando Egwene se paró tan cerca de ella que le era imposible incorporarse.

—Hija, me he enterado de que pocos días después de que Siuan y Leane llegaron a Salidar partieron diez hermanas, de todos los Ajah excepto del Rojo. ¿Adónde fueron y por qué?

La única reacción de Sheriam fue estrechar ligeramente los ojos, pero para ella mantener el aire de serenidad resultaba tan fácil como llevar puesto un vestido.

—Madre, es difícil que pueda recordar todo lo...

—No intentes soslayar el tema, Sheriam. —Egwene se aproximó más a ella hasta que sus rodillas casi tocaron las de la otra mujer—. Nada de mentiras por omisión. Quiero la verdad.

Unas leves arrugas surcaron la tersa frente de Sheriam.

—Madre, aunque lo supiera, no podéis preocuparos por cada...

—La verdad, Sheriam. Toda la verdad. ¿O voy a tener que preguntar delante de la Antecámara al completo por qué no puedo obtener la verdad de mi Guardiana? La sabré, hija, de un modo u otro. La sabré.

Sheriam movía la cabeza como si buscase una salida por la que escapar. Sus ojos se detuvieron en Chesa, que seguía inclinada sobre la costura, y casi no pudo contener un suspiro

Librodot

de alivio.

—Madre, mañana, cuando estemos solas, os podré explicar todo a vuestra entera satisfacción. Antes he de hablar con unas cuantas hermanas.

Claro, así podrían discurrir lo que Sheriam le diría al día siguiente.

—Chesa, sal y quédate fuera hasta que te llame, por favor —ordenó Egwene.

A pesar de que parecía estar embebida en su trabajo, ajena a todo lo demás, Chesa se incorporó de un salto y casi abandonó la tienda corriendo. Cuando las Aes Sedai sostenían una pugna de voluntades, cualquiera con dos dedos de frente se marchaba a cualquier otra parte.

—Y ahora, hija —dijo Egwene—, la verdad. Sin dejarte nada. Lo que digas será confidencial —añadió cuando Sheriam miró de soslayo a Siuan.

La Guardiana se arregló la falda un momento, más bien dio tironcitos de los pliegues, eludiendo los ojos de Egwene, y sin duda estrujándose el cerebro para encontrar explicaciones evasivas. Pero los Tres Juramentos la tenían pillada. No podía decir una sola palabra que no fuera cierta, y pensara lo que pensara de la verdadera posición de Egwene, saltarse su autoridad a su espalda distaba mucho de negarla en su cara. Hasta Romanda mantenía las formas, aunque a veces bordeando el límite.

Tras respirar hondo, Sheriam enlazó las manos sobre el regazo y empezó a hablar de manera concisa, pero con la mirada fija al frente:

—Cuando supimos que el Ajah Rojo era responsable de que Logain apareciera como un falso Dragón, nos sentimos obligadas a hacer algo.

Con ese «obligadas» sin duda se refería al reducido círculo de hermanas que se habían reunido en un frente común; Carlinya, Beonin y las demás tenían tanta influencia como la mayoría de las Asentadas, a pesar de no formar parte de la Antecámara.

—Elaida había despachado la orden de que todas las hermanas volvieran a la Torre —prosiguió Sheriam—, de modo que escogimos a diez para que lo hicieran así, y lo más deprisa que les fuera posible. Se supone que deben de encontrarse allí desde hace bastante tiempo, asegurándose, de callada, que todas las hermanas de la Torre se enteren de la verdad, lo que las Rojas hicieron con Logain. Esto no... —Vaciló un instante y después lo soltó de un tirón—. Ni siquiera la Antecámara está enterada de la misión de estas hermanas.

Egwene se apartó mientras volvía a frotarse las sienes. Asegurándose de callada. Con la esperanza de que Elaida fuera depuesta. En realidad, no era un mal plan; puede que incluso funcionara. También podía tardar años. Claro que, para la mayoría de las hermanas, cuanto más tiempo pasara sin verse obligadas a hacer algo realmente conflictivo, mejor.

—¿Y cuál es la razón para mantenerlo en secreto a la Antecámara, Sheriam? No será porque crees que cualquiera de ellas puede informar de vuestro plan a Elaida, ¿verdad?

La mitad de las hermanas miraban con recelo a la otra mitad por miedo a las simpatizantes de Elaida. En parte.

—Madre, una hermana que opinara que lo que estamos haciendo es un error, difícilmente aceptaría ser elegida como Asentada. Cualquiera que pensara así se habría marchado hace mucho tiempo. —Sheriam no se había relajado, pero su voz adquirió el tonillo impaciente, aleccionador, que al parecer creía que causaba más efecto en Egwene. No obstante, por regla general era más proclive a cambiar de tema—. Esas sospechas son el peor problema al que nos enfrentamos por el momento. Nadie confía realmente en nadie. Si pudiéramos encontrar el modo de...

—El Ajah Negro —la interrumpió en tono sosegado Siuan—. Eso es lo que de verdad te hiela sangre como si un cazón estuviera subiéndote por debajo de la falda. ¿Quién sabe con certeza quién es Negra y lo que cualquiera de ellas podría hacer?

Sheriam asestó otra dura mirada a Siuan, pero al cabo de un momento la fuerza pareció abandonarla. O, más bien, un tipo de tensión pareció sustituir a otro. Dirigió una breve ojeada a Egwene y después asintió, renuente. A juzgar por el gesto de su boca, habría recurrido a otra evasiva si no hubiese resultado obvio que Egwene no iba a consentirlo. Ahora la mayoría de las hermanas del campamento creían en la existencia del Ajah Negro pero, después de tres mil

Librodot

años de haber estado negándolo, sólo pensarlo revolvía el estómago. Casi nadie se refería a ello, creyera lo que creyera.

—La cuestión, madre —prosiguió Siuan—, es qué pasará cuando la Antecámara se entere. —Parecía estar pensando otra vez en voz alta—. No veo factible que ninguna Asentada acepte que no se le podía informar de ello porque podría estar a favor de Elaida. Y en cuanto a la posibilidad de que perteneciese al Ajah Negro... Sí, me parece que les va a molestar mucho.

Sheriam palideció ligeramente. Lo extraño era que no estuviera demudada. «Molestarse» distaba mucho de describir la reacción que tendrían. Sí, Sheriam tendría que afrontar mucho más que una actitud molesta si eso salía a la luz.

Era la ocasión de sacar partido a su ventaja, pero a Egwene se le ocurrió otra posibilidad. Si Sheriam y sus amigas habían enviado... ¿cómo llamarlas? Espías no. Quizá comadrejas, a la caza de ratas. Bien, si Sheriam había enviado comadrejas a la Torre Blanca, entonces ¿no podría...?

Una repentina e intensa punzada de dolor, que atravesó el cúmulo de sensaciones relegado a un rincón de su mente, acabó con cualquier otra idea. De haberla sentido directamente, habría resultado conmocionante. Así, indirectamente, la impresión hizo que sus ojos se desorbitaran. Un hombre capaz de encauzar estaba tocando el collar que rodeaba el cuello de Moghedien; éste era un vínculo en el que no podía participar un varón. Dolor, y algo nunca percibido en Moghedien: esperanza. Y de pronto todo desapareció: la conciencia, las emociones de la otra mujer. El collar se había soltado.

—Eh... necesito un poco de aire fresco —consiguió articular. Sheriam empezó a levantarse, así como Siuan, pero Egwene las detuvo con un gesto—. No, quiero estar sola —se apresuró a decir—. Siuan, entérate de todo lo que Sheriam sabe sobre las comadrejas. ¡Luz, quiero decir sobre las diez hermanas!

Las dos la miraban de hito en hito, pero, gracias a la Luz, ninguna la siguió cuando cogió la linterna del gancho y salió precipitadamente. Correr sería impropio de la Amyrlin, pero Egwene casi lo hizo; se remangó la falda pantalón lo mejor que pudo con la mano libre y apretó el paso al máximo. La luna brillaba en el cielo despejado, y su luz caía sobre las tiendas, haciendo resaltar las sombras. La mayoría del campamento dormía, pero algunas lumbres bajas todavía ardían aquí y allí. Un puñado de Guardianes rondaba por los alrededores, así como unos pocos sirvientes. Demasiado ojos que verían si echaba a correr, y lo que menos le interesaba en ese momento era que alguien se ofreciera a ayudarla. Se dio cuenta de que estaba jadeando, pero a causa de la ansiedad, no del esfuerzo físico.

Metió la cabeza y la linterna en la pequeña tienda de «Marigan» y la halló vacía. Las mantas que servían de yacija estaban revueltas, apartadas a un lado con prisa.

«¿Y si hubiese estado aquí todavía? —se preguntó—. ¿Con el collar quitado y tal vez con quienquiera que la haya liberado?» Estremecida por un escalofrío, se retiró lentamente. Moghedien tenía razones de sobra para detestarla, personalmente, y la única hermana que podía igualar en fuerza a la Renegada, cuando era capaz de encauzar, se encontraba en Ebou Dar. Moghedien podría haberla matado sin que nadie se diese cuenta; aun en el caso de que una hermana hubiese percibido que se estaba encauzando, no habría habido nada de raro en eso. Y, lo que era peor aún, Moghedien podría no haberla matado. Nadie se habría enterado hasta que hubiesen descubierto la ausencia de las dos.

—Madre —reprendió Chesa a su espalda—, no deberíais salir al aire de la noche. Es malo. Si queríais algo de Marigan yo podría haberla mandado llamar.

Por poco Egwene dio un brinco de sobresalto. No se había percatado de que Chesa la había seguido. Recorrió con la mirada la gente que había junto a las lumbres más próximas. Estaban reunidos por camaradería, no por necesitar el calor del fuego con ese tiempo infernal, y tampoco se encontraban muy cerca, pero quizás alguien había visto quién había entrado en la tienda de «Marigan». Ciertamente, la mujer tenía muy pocas visitas. Y, entre ellas, ningún hombre. La presencia de un hombre allí habría llamado la atención.

—Creo que ha huido, Chesa.

—¡Vaya, qué ruindad! —exclamó Chesa—. Siempre dije que tenía un gesto en la boca de mala persona y que su mirada era furtiva. ¡Mira que escabullirse como una ladrona después de que la recogisteis! Se habría muerto de hambre en los caminos de no ser por vos ¡Qué falta de gratitud!

Siguió a Egwene de vuelta a su tienda, todo el camino charlando sobre la maldad en general y la ingratitud de «Marigan» en particular, de cómo había que tratar a gente como ella, lo que pasaba de tenerla atada en corto hasta que sentara la cabeza, a echarla antes de que decidiera escapar, intercalando entre medias que Egwene debería revisar sus joyas para asegurarse de que no le faltaba nada.

Egwene apenas si escuchó. Las ideas giraban como un torbellino en su cabeza. No podía haber sido Logain, ¿verdad? Imposible que supiera lo de Moghedien, y menos que regresara para rescatarla. ¿O sí? Esos hombres que Rand había estado reuniendo, esos Asha'man. Por todos los pueblos que pasaban corrían rumores sobre los Asha'man y la Torre Negra. La mayoría de las hermanas fingían que no las afectaba el hecho de que hubiese docenas de hombres capaces de encauzar agrupándose en un sitio —los rumores siempre tendían a exagerar— pero a Egwene se le ponían los pelos de punta cada vez que pensaba en ellos. Un Asha'man podría haberlo hecho, pero... ¿por qué?

Trataba de eludir la única conclusión razonable, algo peor que la posibilidad de que Logain hubiese regresado al campamento o de que hubiese sido un Asha'man: uno de los Renegados había liberado a Moghedien. Rahvin había muerto a manos de Rand, según Nynaeve, y también había acabado con Ishamael, al parecer. Y con Aginor y Balthamel. Moraine, por su parte, había matado a Be'lal. Eso sólo dejaba a Asmodean, Demandred y Sammael entre los Renegados varones. Sammael estaba en Illian. Nadie sabía dónde se hallaban los otros o ninguna de las Renegadas que sobrevivían. Moraine también había acabado con Lanfear, o más bien se habían matado la una a la otra, pero todas las demás seguían vivas, que se supiera. Debía olvidar a las Renegadas. Había sido un hombre quien lo había hecho. ¿Cuál de ellos? Se habían hecho planes mucho tiempo atrás en prevención de que uno de los Renegados atacara el campamento. Ninguna de las hermanas que había allí podía equipararse a un Renegado por sí sola, pero vinculadas en círculos era diferente, y cualquier Renegado que entrara en el campamento se encontraría con esos círculos rodeándolo. O rodeándola. Una vez que se hubiese descubierto quién era, claro. Los Renegados no mostraban señales de intemporalidad en sus rasgos, por alguna razón. Quizás era un efecto de estar conectados con el Oscuro. Ellos...

Estaba divagando. Tenía que empezar a pensar con claridad.

—Chesa.

—... lo que parece que os hace falta es otro masaje en la cabeza para acabar con esa jaqueca, eso es lo que... ¿Sí, madre?

—Busca a Siuan y a Leane y diles que se reúnan conmigo. Pero que nadie te oiga.

Sonriendo, Chesa hizo una reverencia y salió a escape. Resultaba casi imposible que no se diera cuenta de las corrientes encontradas que giraban alrededor de Egwene, pero todo aquel embrollo de intrigas le resultaba divertido. Claro que sólo conocía la parte superficial, y no demasiado. Egwene no dudaba de su lealtad, pero la opinión de Chesa sobre lo que consideraba excitante podría cambiar si conociera la verdadera hondura de esos remolinos.

Tras encender las lámparas de aceite mediante el Poder, Egwene apagó de un soplido la linterna y la dejó en un rincón. Tendría que pensar con claridad, sí, pero todavía se sentía como si fuera caminando a trompicones en medio de la oscuridad.

Librodot

CAPÍTULO 9

Un par de cazones

Egwene estaba sentada en su sillón, uno de los pocos muebles no plegables que había en el campamento, adornado con tallas sencillas, como el mejor sillón de un granjero, y lo bastante amplio y confortable para que sólo se sintiera un poquito culpable por ocupar el valioso espacio de una carreta con él; se encontraba sentada allí, intentando ordenar sus ideas, cuando Siuan apartó la solapa de la entrada y se inclinó para entrar en la tienda. No parecía contenta.

—En nombre de la Luz, ¿por qué salisteis corriendo? —Su voz no había cambiado como su rostro, y sonaba reprobadora incluso cuando lo hacía en tono respetuoso. Apenas respetuoso. Sus azules ojos también eran los mismos de siempre; habrían podido sustituir los punzones de un guarnicionero—. Sheriam se deshizo de mí como quien se espanta de encima una mosca. —Su boca, de trazado sorprendentemente delicado, se torció en una mueca agria—. Se marchó nada más iros vos. ¿No os disteis cuenta de que se os había entregado? Se había puesto en vuestras manos, a ella, a Anaiya, a Morvrin y a todas las demás. Tened por seguro que se pasarán la noche en vela para achicar agua y poner parches a la barca. Quizá lo consigan. No veo cómo, pero podrían lograrlo.

Había terminado de pronunciar la última palabra cuando entró Leane. Era una mujer alta y cimbreña, con la cobriza tez tan juvenil como la de Siuan, y por la misma razón, aunque en realidad tenía edad suficiente para ser madre de Egwene. Leane echó un vistazo a Siuan y levantó las manos hasta donde se lo permitía el techo de la tienda.

—Madre, esto es correr un riesgo absurdo. —Los oscuros ojos pasaron de tener una expresión soñadora a otra centelleante, pero su voz tenía una cualidad lánguida incluso cuando la mujer estaba irritada. Antaño, habría sonado enérgica—. Si alguien nos ve juntas a Siuan y a mí, de este modo...

—Me importa poco si todo el campamento descubre que vuestras peleas son una pantomima —la interrumpió, cortante, Egwene, al tiempo que levantaba una pequeña barrera contra los oídos indiscretos alrededor de las tres. Con tiempo, podría salvarse, pero no sin que se notara, no mientras siguiera manteniendo asido el tejido en lugar de atarlo.

En contra de lo dicho, sí que le importaba, y quizá no debería haber llamado a ambas a la vez, pero su primer pensamiento medio coherente había sido emplazar a las únicas dos hermanas con las que podía contar. Nadie más en el campamento se lo imaginaba. Todos sabían que la anterior Amyrlin y su Guardiana se detestaban, tanto como Siuan detestaba instruir a su sucesora. Si alguna hermana descubría la verdad, podrían acabar cumpliendo un castigo durante mucho tiempo, y no uno cualquiera —a las Aes Sedai les gustaba aún menos que a cualquier otra persona que les tomaran el pelo; hasta reyes habían tenido que pagar por eso—, pero entretanto su supuesta animosidad tenía por resultado cierta influencia sobre otras hermanas, incluidas las Asentadas, ya que si en algún momento ambas decían lo mismo, entonces tenía que ser así. Había otro efecto adicional de haber sido neutralizadas y que era muy útil, uno que nadie más sabía: los Tres Juramentos ya no tenían efectos vinculantes en ellas, de modo que ahora podían mentir como un mercader de lanas. Intrigas y enredos por todas partes. El campamento era como un pantano apestoso donde brotaban plantas extrañas ocultas en la niebla. Tal vez ocurría igual allí donde hubiera un agrupamiento de Aes Sedai

como éste. Después de tres mil años de maquinaciones, por muy necesarias que fueran, no era de extrañar que para la mayoría de las hermanas el subterfugio fuera algo intrínseco, y las demás no les andaban muy a la zaga. Lo más horrible de todo es que a Egwene empezaban a gustarle todas esas maquinaciones. No por sí mismas, sino por el enredo, como los rompecabezas, aunque ningún juego de trozos de hierro retorcidos despertaría su interés ni una cuarta parte en comparación. Lo que aquello decía de sí misma, no quería saberlo. En fin, era Aes Sedai, pensaran lo que pensaran las otras, y tenía que asumir la parte negativa además de la positiva.

—Moghedien ha escapado —anunció sin preámbulos—. Un hombre le quitó el *a'dam.* Un hombre que puede encauzar. Creo que uno de los dos se llevó el collar consigo; que yo viera, no estaba en la tienda. Tal vez haya un modo de encontrarlo utilizando el brazalete; pero, si existe, yo lo ignoro.

Aquello bastó para echar abajo la actitud envarada de las otras dos. A Leane le flaquearon las piernas y se dejó caer como un saco de patatas en la banqueta que Chesa utilizaba algunas veces. Siuan tomó asiento lentamente en la yacija, con la espalda muy recta y las manos muy quietas sobre las rodillas. Incongruentemente, Egwene reparó en que el vestido azul de la mujer llevaba una greca teariana en el repulgo de la falda pantalón, con pequeñas flores blancas bordadas, y que hacía que pareciera una falda entera cuando estaba quieta. Otra greca trazaba una curva favorecedora en el corpiño. La preocupación por sus ropas, por que fuesen bonitas en lugar de sólo adecuadas, era ciertamente un pequeño cambio, por un lado, considerando que nunca se excedía; por otro lado, resultaba tan drástico como el de su rostro. Y un enigma. A Siuan le molestaban los cambios y se resistía a ellos. Salvo ése.

Leane, por su parte, había aceptado lo que había cambiado con el estilo de una verdadera Aes Sedai. De nuevo una mujer joven —Egwene había oído por casualidad a una Amarilla exclamar con asombro que las dos estaban en plenitud, en edad fértil, según los exámenes que les había practicado— actuaba como si nunca hubiese sido la Guardiana, como si aquél fuera su rostro de siempre. La anterior imagen de sentido práctico y eficiencia había dado paso a la seductora indolencia de una mujer domani. Hasta su vestido de montar estaba cortado al estilo de su tierra natal, y, aunque de seda, era tan fino que apenas resultaba opaco y de un color verde pálido nada práctico para viajar por calzadas polvorientas. Enterada de que al haber sido neutralizada se habían roto todos los vínculos y compromisos anteriores, Leane había escogido el Ajah Verde en lugar de regresar al Azul. El cambio de Ajah nunca se había hecho antes; claro que hasta entonces ninguna mujer había sido neutralizada y después curada. Siuan había vuelto al Ajah Azul, rezongando por el absurdo requisito de «rogar y solicitar su admisión» como rezaba la fórmula establecida.

—¡Oh, Luz! —exclamó Leane mientras caía en la banqueta con mucha menos gracia de la que era habitual en ella—. Tendríamos que haberla entregado para que fuera juzgada desde el primer día. Nada de lo que hayamos aprendido de ella merece que ahora vuelva a andar suelta por el mundo. ¡Nada!

La prueba de su estado conmocionado era que manifestara lo obvio, cosa que nunca hacía. Su cerebro no se había aletargado, por mucho que lo diera a entender su comportamiento de cara a los demás. Las domani podrían ser lánguidas y seductoras, pero también se sabía que como comerciantes no había quien les ganara en astucia y perspicacia.

—¡Maldición, rayos y...! Deberíamos haberla tenido vigilada —gruñó Siuan, prietos los dientes.

Egwene enarcó las cejas. Siuan debía de estar tan trastornada como Leane.

—¿Vigilada por quién, Siuan? ¿Por Faolain? ¿Por Theodrin? Ni siquiera saben que vosotras dos formáis también parte de mi grupo. —¿Grupo? Cinco mujeres. Y Faolain y Theodrin no eran unas partidarias entusiastas, precisamente; en especial Faolain. También podía contar con Nynaeve y Elayne, desde luego. Y con Birgitte, aunque no fuera Aes Sedai. Pero las tres estaban muy lejos. La astucia y el sigilo seguían siendo sus mejores bazas; aparte de que nadie esperaría algo así de ella—. ¿Cómo habría explicado a cualquiera por qué se suponía que debían vigilar a mi criada? En realidad ¿de qué hubiera servido hacerlo? Ha

tenido que ser un Renegado. ¿De verdad crees que Faolain y Theodrin juntas podrían habérselo impedido? Ni siquiera estoy segura de haber podido hacerlo yo, incluso aunque me hubiese vinculado con Romanda y Lelaine. —Éstas eran las dos mujeres más fuertes en el Poder después de ella, tan fuertes como solía serlo Siuan.

Resultó obvio el esfuerzo de Siuan para borrar el gesto ceñudo, pero aun así no pudo menos de resoplar. Repetía muy a menudo que, ya que no podía ser Amyrlin, enseñaría a Egwene a ser la mejor Amyrlin que hubiese habido nunca, pero la transición de leona dominante a gata doméstica no era fácil. Por ello, Egwene le permitía tomarse libertades.

—Quiero que las dos preguntéis a los que estaban cerca de la tienda en la que dormía Moghedien. Alguien tiene que haber visto a ese hombre. Tuvo que venir a pie, porque corría demasiado riesgo de matarla si abría un acceso en un espacio tan reducido como el de la tienda, por pequeño que hiciese el tejido.

—¿Para qué molestarnos? —rezongó Siuan, que volvió a resoplar, más fuerte que la primera vez—. ¿Es que os proponéis ir tras ella como una necia heroína de una absurda historia de juglar y traerla de vuelta? ¿O quizá reducir de golpe a todos los Renegados? ¿O ganar la Última Batalla aprovechando que ya estáis metida en harina? Aunque diésemos una descripción precisa, de los pies a la cabeza, nadie podría distinguir a un Renegado de cualquier hombre. Nadie de aquí, en cualquier caso. ¡Esto es una mierda, peor que un asqueroso barril lleno de tripas de...!

—¡Siuan! —la interrumpió, cortante, Egwene, que se sentó más erguida en la silla. Dar un poco de cuartel estaba bien, pero sólo hasta un límite. Algo así no se lo consentía siquiera a Romanda.

El rubor tiñó poco a poco las mejillas de Siuan. Luchando para controlarse, se arregló la falda y evitó los ojos de Egwene.

—Perdonad, madre —dijo finalmente, intentando parecer sincera.

—Ha tenido un mal día, madre —intervino Leane con una sonrisa pícara; se le daba bien eso, aunque por regla general lo utilizaba para hacer que el corazón de un hombre latiera desbocado. No de un modo promiscuo, empero; tenía discernimiento y discreción de sobra para no caer en eso—. Claro que los tiene casi a diario. Debería aprender a no tirarle cosas a Gareth Bryne cada vez que se pone furiosa...

—¡Basta! —espetó Egwene. Leane sólo intentaba aliviar un poco la tensión de Siuan, pero no estaba de humor para esas tonterías—. Quiero saber todo lo que pueda descubrirse sobre quienquiera que liberó a Moghedien, incluso si era bajo o alto. Cualquier detalle nimio ayudará a que deje de ser una mera sombra deslizándose en la oscuridad. A no ser que tal cosa sea pedir más de lo que tengo derecho a pedir.

Leane permaneció en silencio, inmóvil, con los ojos fijos en las flores de la alfombra que tenía a los pies. El rubor se había extendido a todo el rostro de Siuan; considerando la palidez natural de su tez, ahora parecía una puesta de sol.

—Os... pido disculpas humildemente, madre. —Esta vez, su tono era arrepentido de verdad. Su imposibilidad de mirar a Egwene a los ojos resultaba obvia—. A veces cuesta mucho no... No, nada de excusas. Os pido perdón.

Egwene toqueteó su estola, dejando que el momento cobrara importancia por sí mismo, y clavó la vista, sin pestañear, en Siuan. Era algo que le había enseñado la propia Siuan, pero ésta parecía haberlo olvidado, ya que al cabo de unos instantes empezó a rebullir, incómoda, en el catre. Cuando se sabía que se tenía razón, el silencio actuaba como una aguijada, y esos aguijonazos llevaban la certeza de que uno se había equivocado. El silencio era un arma muy útil en ciertas situaciones.

—Puesto que no recuerdo qué era lo que tenía que perdonar —dijo Egwene al cabo, quedamente—, entonces no parece necesario que lo haga. Pero, Siuan... Que no se repita.

—Gracias, madre. —Un atisbo de sonrisa irónica asomó a los labios de Siuan—. Si se me permite decirlo, parece que os he enseñado bien. Sin embargo, ¿podría haceros una sugerencia? —Aguardó a que Egwene asintiera con impaciencia—. Una de nosotras debería transmitir a Faolain y Theodrin vuestra orden para que sean ellas quienes hagan las preguntas,

Librodot

aparentando estar enfurruñadas por tener que hacer de mensajeras. No levantarán tantos comentarios como si lo hiciéramos Leane o yo. Todo el mundo sabe que sois su patrocinadora.

Egwene accedió de inmediato. Evidentemente, todavía no pensaba con claridad o, en caso contrario, habría caído en eso ella misma. Empezaba a tener jaqueca otra vez. Chesa afirmaba que era por dormir poco, pero cuando la cabeza parecía estar a punto de estallar resultaba difícil conciliar el sueño. Haría falta una cabeza mucho más grande que la suya para asimilar tantas preocupaciones sin que se tuviera la sensación de que era un odre lleno a reventar. En fin, por lo menos ahora podría compartir los secretos que habían mantenido enmascarada a Moghedien: cómo tejer disfraces con el Poder y cómo ocultar la capacidad de encauzar a otras mujeres que tenían esa habilidad. Revelar ambos trucos había entrañado un gran riesgo cuando podría haber conducido a desenmascarar a Moghedien.

«Un poco más de elogios», pensó con acritud. Había habido muchas alabanzas y palmaditas aprobadoras cuando anunció la recuperación del Talento perdido de Viajar, que al menos había sido descubrimiento suyo, y más felicitaciones posteriores con cada uno de los secretos que había extraído a Moghedien a base de mucho esfuerzo, cada vez como si le estuviera sacando una muela. No obstante, todas esas alabanzas no habían servido para que su posición mejorara lo más mínimo. Se podía aplaudir a una chiquilla con talento sin olvidar por ello que era una chiquilla.

Leane se marchó tras hacer una reverencia y un seco comentario sobre que no lamentaba que, por una vez, hubiese otras que tampoco podían dormir toda la noche. Siuan esperó; nadie debía verlas marchar juntas a Leane y a ella. Durante unos instantes Egwene se limitó a observar a la otra mujer. Ninguna de las dos habló; Siuan parecía absorta en sus pensamientos. Finalmente dio un respingo y se puso de pie mientras se estiraba el vestido, claramente dispuesta a marcharse.

—Siuan —empezó lentamente Egwene, que de pronto no supo bien cómo continuar.

Siuan creyó saber lo que quería decirle.

—Madre, no sólo teníais razón —afirmó, mirándola a los ojos—, sino que habéis sido benévola. Demasiado indulgente, aunque yo sea la menos indicada para decirlo. Sois la Sede Amyrlin, y nadie puede mostrarse insolente o impertinente con vos. Si me hubieseis impuesto un castigo tal que hasta Romanda habría sentido pena de mí, no sería más de lo que merecía.

—Lo recordaré la próxima vez —contestó Egwene, y Siuan asintió con aparente acatamiento. Quizá lo fuera. A menos que los cambios que había experimentado resultaran más profundos de lo que cualquiera imaginaría, entonces podía darse por seguro que habría una próxima vez; y más—. Pero de lo que quería hablarte es de lord Bryne. —El semblante de Siuan se quedó vacío de toda expresión—. ¿Estás segura de que no te gustaría que... interviniera yo?

—¿Por qué iba a querer que lo hicieseis, madre? —El tono de Siuan era más desabrido que un caldo frío y sin sal—. Las únicas tareas que tengo asignadas son enseñaros la etiqueta de vuestro cargo y transmitir a Sheriam las comunicaciones de mis informadores. —Todavía conservaba parte de su anterior red informativa, aunque era dudoso que cualquiera supiera a quién iban a parar sus informaciones—. Atender a Gareth Bryne apenas me ocupa tiempo para que interfiera en mis otras obligaciones. —Casi siempre se refería a él de ese modo, e incluso cuando utilizaba su título le daba un tono mordaz.

—Siuan, un establo incendiado y unas pocas vacas no pueden costar tanto. —No si se comparaba con pagar y alimentar a todos esos soldados, desde luego. Pero ya le había ofrecido lo mismo antes, y la respuesta había sido igual de tajante.

—Os lo agradezco, madre, pero no. No le daré ocasión de decir que no he cumplido mi promesa, y juré que trabajaría para saldar la deuda. —Inesperadamente, la actitud estirada de Siuan desapareció con una carcajada, cosa poco corriente cuando hablaba sobre lord Bryne. Los gestos ceñudos eran más frecuentes—. Si alguien ha de preocuparse es él, no yo. No necesito ayuda para vérmelas con Gareth Bryne.

Y eso era lo raro del asunto. Por muy débil que fuera ahora con el Poder, no lo era tanto

Librodot

como para que tuviera que seguir haciendo de criada del hombre, pasando horas con los brazos metidos hasta los codos en agua caliente y jabonosa, lavando camisas y ropa interior. Tal vez lo hacía para así tener a mano alguien con quien desahogar su mal humor, que de otro modo habría tenido que mantener a raya. Fuera por la razón que fuese, lo cierto es que ese comportamiento daba mucho que hablar y confirmaba su excentricidad a los ojos de muchos; después de todo, era Aes Sedai, aunque de un nivel muy bajo. Los métodos de lord Bryne para afrontar su mal genio —en cierta ocasión le había arrojado el peto y las botas— conseguían sacarla de sus casillas y provocaban amenazas de terribles consecuencias; pero, aunque habría podido envolverlo con el Poder hasta el punto de que le habría sido imposible mover un solo dedo, Siuan jamás abrazaba el *Saidar* cuando él estaba presente, ni para realizar las tareas ni cuando no hacerlo significaba acabar tumbada sobre sus rodillas para recibir unos azotes. Hasta ahora Siuan se las había ingeniado para que esto último no fuera del dominio público, pero se escapaban algunas cosas cuando estaba furiosa o cuando Leane quería chincharla. No parecía haber explicación. Siuan no era apocada ni estúpida, y tampoco dócil ni pusilánime. No era...

—Será mejor que te retires, Siuan. —Evidentemente, ciertos secretos no iban a revelarse esa noche—. Es tarde, y sé que quieres acostarte.

—Sí, madre. Y gracias —añadió, aunque, la verdad, Egwene no habría sabido decir por qué.

Después de que Siuan se hubo marchado, Egwene se frotó las sienes de nuevo. Necesitaba caminar, y en la tienda apenas había espacio para hacerlo; aunque fuera la más grande que había ocupada por una sola persona, sólo medía tres metros por tres, y estaba abarrotada con el catre, el sillón, la banqueta, el palanganero, un espejo de pie y tres baúles llenos de ropa. Chesa era la responsable de que estuvieran colmados, así como Romanda, Lelaine y una docena más de Asentadas. Y seguían todavía; unos cuantos regalos más de prendas interiores de seda o medias, otro vestido lo bastante suntuoso para recibir a un rey, y necesitaría un cuarto baúl. Quizá Sheriam y las Asentadas esperaban que todas esas ropas lujosas la hicieran olvidarse de todo lo demás, pero Chesa lo hacía simplemente porque pensaba que la Sede Amyrlin tenía que vestirse de acuerdo con su posición. Por lo visto, los sirvientes eran tan partidarios de guardar las formas y seguir los rituales establecidos como la propia Antecámara. Selane no tardaría en acudir; era su turno de ayudarla a desvestirse para ir a la cama, otro ritual. Sólo que, entre el dolor de cabeza y la inquietud que le impedía tener quietos los pies, todavía no se sentía en condiciones de acostarse.

Dejó las lámparas encendidas y se apresuró a salir antes de que Selane llegara. Caminar le despejaría la cabeza y quizá la cansaría lo suficiente para gozar de un sueño profundo. Conseguir quedarse dormida no representaba mayor problema —era una de las primeras cosas que las Sabias caminantes de sueños le habían enseñado—, pero conseguir descanso con ese sueño era otro asunto. Sobre todo cuando eran tantas las preocupaciones que le daban vueltas en la cabeza, empezando con Romanda, Lelaine y Sheriam, siguiendo con Rand, Elaida y Moghedien, y acabando con el tiempo y muchas otras cosas más.

Evitó la zona próxima a la tienda de Moghedien. Si hacía preguntas personalmente, sería darle demasiada importancia al hecho de que una criada hubiera huido. La discreción se había convertido en algo innato en ella. El juego en el que participaba era peligroso y permitía pocos deslices; actuar con descuido cuando se sabía que no tenía importancia podía conducir a ser imprudente cuando sí la tenía. Peor aún, podía ocurrir que uno estuviera equivocado al juzgar lo que era importante y lo que no. «El débil ha de ser prudente hasta la exageración.» Otra máxima de Siuan; realmente se esforzaba para enseñarle, y conocía este juego muy bien.

En el campamento alumbrado por la luna seguía habiendo tan pocas personas fuera de las tiendas como antes, sólo unas cuantas repantigadas alrededor de las lumbres bajas, agotadas por las tareas nocturnas después de un día de dura marcha. Los que repararon en Egwene se incorporaron cansinamente para hacer una reverencia cuando pasaba a su lado y musitar «Que la Luz os ilumine, madre» o algo por el estilo, y, muy de vez en cuando, para pedir su bendición, que ella daba con un simple «La Luz sea con vosotros, hijos». Hombres y

Librodot

mujeres lo bastante mayores para ser sus abuelos volvían a sentarse sonriendo satisfechos, aunque Egwene se preguntaba qué era exactamente lo que pensaban y sabían sobre ella. De cara al mundo, todas las Aes Sedai presentaban un frente sólido, inquebrantable, incluida la servidumbre. Sin embargo, Siuan decía que si uno pensaba que un sirviente sabía el doble de lo que debería, ni siquiera imaginaba la mitad. Aun así, las reverencias y los saludos musitados la siguieron de un grupo de gente a otro, confortándola con la posibilidad de que al menos algunos no la vieran como una chiquilla que la Antecámara exhibía cuando la necesitaban.

Cuando pasaba cerca de una zona despejada, rodeada de cuerdas atadas a postes clavados en el suelo, la plateada franja luminosa de un acceso centelleó en la oscuridad mientras giraba sobre sí misma hasta abrirse. No era luz realmente, ya que no arrojaba sombras. Se detuvo a observar junto al poste que marcaba una de las esquinas. Ninguna de las personas reunidas alrededor de las lumbres se molestó siquiera en levantar la cabeza para mirar; a estas alturas ya se habían acostumbrado a ello. Alrededor de una docena o más de hermanas, el doble de sirvientes y varios Guardianes salieron por el acceso; regresaban con mensajes y jaulas de mimbre del palomar de Salidar, distante a unos ochocientos kilómetros, en línea recta, hacia el sudoeste.

Empezaron a dispersarse antes de que el acceso se hubiera cerrado, llevando sus cargas a Asentadas, a sus Ajahs, unas pocas a sus propias tiendas. La mayoría de las noches Siuan habría estado en el grupo; rara vez confiaba en nadie para recoger los mensajes destinados a ella aunque la mayor parte fueran cifrados o en código. En ocasiones daba la impresión de que había más redes informativas que Aes Sedai, aunque gran parte de ellas se habían truncado por las circunstancias. Muchos de los informadores de los Ajahs parecían estar tratando de pasar inadvertidos hasta que las «dificultades» en la Torre Blanca terminaran, y muchos de los informadores particulares de una u otra hermana no sabían dónde se encontraba actualmente la Aes Sedai a la que servían.

Algunos de los Guardianes repararon en Egwene y le dirigieron cumplidas reverencias, con el respeto debido a la estola; las hermanas la mirarían con recelo, pero la Antecámara la había nombrado Amyrlin y eso bastaba a los Gaidin. Varios sirvientes también le hicieron reverencias. Ni una sola de las Aes Sedai que salieron del acceso y se alejaron presurosas se dignó siquiera mirar en su dirección. Quizá no la habían visto. Quizá.

En cierto sentido, que todas pudieran seguir recibiendo noticias de sus informadores era uno de los «regalos» de Moghedien. Las hermanas que poseían fuerza suficiente para crear accesos habían estado el tiempo suficiente en Salidar para conocerlo palmo a palmo. Aquellas que eran capaces de tejer un acceso de tamaño aceptable, podían Viajar casi a cualquier parte desde allí, y aparecer justo en el lugar de destino. Sin embargo, intentar Viajar a Salidar habría significado pasarse la mitad de la noche, incluso más para algunas, aprendiendo de memoria cada palmo de tierra de la nueva ubicación cada vez que acampaban. Lo que Egwene había sacado a Moghedien con gran esfuerzo era un modo de desplazarse desde un lugar que no se conocía muy bien a otro que sí se conocía. Rasar era una variante del Viaje más lenta, uno de los Talentos perdidos —ni siquiera habían oído hablar de él— de modo que incluso el nombre se le atribuyó a Egwene. Cualquiera que pudiera Viajar podía Rasar, así que todas las noches las hermanas Rasaban a Salidar para revisar los palomares en busca de aves que hubiesen regresado con mensajes y después Rasaban de regreso al campamento.

Aquello tendría que haberla complacido —las Aes Sedai rebeldes habían recuperado Talentos que la Torre Blanca creía perdidos para siempre, así como aprendido otros nuevos, y esas habilidades contribuirían a que Elaida perdiera la Sede Amyrlin antes de que todo hubiese acabado—, pero en lugar de sentirse satisfecha Egwene sentía amargura. El que la desairaran no tenía nada que ver, o al menos no mucho. Siguió caminando y las lumbres empezaron a estar más separadas entre sí hasta que finalmente las dejó atrás; a su alrededor se alzaban las oscuras formas de las carretas, muchas con cubiertas de lona tendidas sobre aros de hierro, y las tiendas reflejaban la pálida luz de la luna. Más allá, las lumbres del campamento del ejército trepaban por las colinas circundantes todo en derredor, como si el

suelo estuviese sembrado de estrellas. La ausencia de noticias de Caemlyn le ponía un nudo en el estómago, pensaran lo que pensaran los demás.

El mismo día en que habían partido de Salidar había llegado un mensaje, aunque Sheriam no se había molestado en enseñárselo hasta hacía unos pocos días, y aun entonces reiterando la conveniencia de que el contenido debía mantenerse en secreto. Lo sabía la Antecámara, pero nadie más debía estar al corriente. Uno más de los miles y miles de secretos que plagaban el campamento. Egwene estaba segura de que nunca lo habría visto si no hubiese machacado una y otra vez respecto a Rand. Recordaba todas y cada una de las palabras cuidadosamente escogidas, escritas en una letra menuda y en papel tan fino que lo raro era que la pluma no lo hubiese traspasado.

> «Ya estamos instaladas en la posada de la que hablamos, y hemos conocido al mercader de lana. Es un joven verdaderamente *excepcional,* como Nynaeve nos había contado. Aun así, se mostró cortés. Creo que le inspiramos cierto temor, lo que es positivo. Todo irá bien.
>
> »Quizás hayáis oído rumores sobre unos hombres de aquí, incluido un tipo de Saldaea. Son muy ciertos, me temo, pero no hemos visto a ninguno de ellos y los evitaremos si es posible. Si se persiguen dos liebres al tiempo, ambas se escaparán.
>
> »Verin y Alanna están aquí, con varias muchachas de la misma comarca que el mercader de lana. Intentaré enviarlas con vosotras para que se las entrene. Alanna ha entablado una relación con el mercader de lana que podría resultar útil, aunque también es perturbadora. Todo irá bien, estoy segura.
>
> »Merana.»

Sheriam hizo hincapié en las buenas noticias, como ella las consideraba. Merana, una negociadora experimentada, había llegado a Caemlyn y había sido bien recibida por Rand, el «mercader de lana». Maravillosas noticias, desde el punto de vista de Sheriam. Y Verin y Alanna traerían a las muchachas de Dos Ríos para que se convirtieran en novicias. Sheriam estaba convencida de que debían de venir por la misma calzada por la que ellos viajaban en sentido contrario y que acabarían encontrándose. Parecía pensar que Egwene estaría encantada ante la perspectiva de ver caras de gente conocida, de su comarca. Merana se encargaría de todo. Merana sabía lo que hacía.

—Eso no es más que un cubo de boñigas de vaca, todo ello —rezongó Egwene al aire nocturno. Un tipo al que le faltaban dientes y que cargaba un gran pozal de madera dio un respingo y se quedó mirándola boquiabierto, tan pasmado que olvidó hacer una reverencia.

¿Rand «cortés»? Ella había presenciado su primer encuentro con Coiren Saeldain, la emisaria de Elaida. «Autoritario» resumía fielmente su comportamiento. ¿Por qué iba a dar un trato distinto a Merana? Y Merana creía que tenía miedo y que eso estaba bien. Rand rara vez se asustaba, ni siquiera cuando tendría que hacerlo, y si ahora lo estaba Merana debería recordar que el miedo puede volver peligroso al hombre más afable, recordar que Rand era peligroso simplemente por ser quien era. ¿Y qué era eso de que Alanna había entablado una relación con él? Egwene no se fiaba completamente de ella. De vez en cuando hacía cosas extremadamente raras, quizás empujada por su carácter impetuoso o tal vez por algún motivo más profundo. Egwene la creía perfectamente capaz de estar buscando el modo de meterse en la cama de Rand; sería arcilla en manos de una mujer como ella. Si era así, Elayne le rompería el cuello a Alanna, pero no era eso lo peor. Lo malo era que ninguna otra paloma de las que se había llevado Merana había aparecido en los palomares de Salidar.

Merana tendría que haber enviado alguna noticia, aunque sólo fuera que ella y el resto de la delegación habían viajado a Cairhien. Últimamente las Sabias le contaban poco más que Rand seguía vivo, pero parecía encontrarse allí, sentado mano sobre mano, por lo que ella había podido sacar en conclusión. Algo que debería haber despertado cierta alarma, pero Sheriam no lo veía así. Según ella, ¿quién sabía por qué un hombre hacía lo que hacía?

Probablemente ni el propio hombre, en la mayoría de los casos, y cuando encima se trataba de uno que podía encauzar... El que no hubiese noticias sólo demostraba que todo iba bien; Merana habría informado si hubiese surgido alguna dificultad importante. Debía de estar de camino a Cairhien, si es que no había llegado ya allí, y no era necesario hacer más informes hasta que pudiera mandar noticia de que la empresa había tenido éxito. A decir verdad, el que Rand estuviera en Cairhien ya era un éxito en cierto modo. Una de las metas de Merana, aunque no la más importante, había sido sacarlo de Caemlyn para que Elayne pudiese regresar allí sin peligro y ocupar el Trono del León; y los peligros de Cairhien se habían disipado. Por increíble que pudiera parecer, las Sabias habían dicho que Coiren y su embajada habían abandonado la ciudad de vuelta a Tar Valon. O quizá no fuera tan increíble. Todo tenía cierto sentido, considerando cómo era Rand y considerando el modo en que las Aes Sedai hacían las cosas. Aun así, Egwene no podía evitar tener la impresión de que todo estaba... mal.

—Tengo que reunirme con él —murmuró. Una hora, y lo habría arreglado todo. En el fondo, seguía siendo Rand—. No hay más remedio. Tengo que reunirme con él.

—Eso es imposible, y lo sabéis.

Si Egwene no hubiese tenido un absoluto dominio de sí misma, habría dado un salto. Con todo, el corazón le siguió palpitando alocadamente aun después de identificar a Leane a la luz de la luna.

—Creí que eras... —dijo, antes de controlar la lengua, a punto de pronunciar el nombre de Moghedien.

La domani empezó a caminar a su lado, atenta a la aparición de cualquier otra Aes Sedai. Leane no tenía una excusa como Siuan para pasar un rato con ella. Que las viesen juntas una vez no tendría que causar problemas, pero...

«Que algo no tenga por qué pasar no siempre quiere decir que no pasará», se recordó para sus adentros. Se quitó la estola y la dobló para llevarla en una mano. A primera vista, desde lejos, Leane podría pasar por ser una Aceptada a pesar de su vestido; muchas Aceptadas no tenían suficientes vestidos blancos para llevar uno puesto siempre. Desde lejos, también Egwene podría pasar por una de ellas. Una idea poco tranquilizadora, dicho sea de paso.

—Theodrin y Faolain están haciendo preguntas cerca de la tienda de Marigan, madre. No parecían muy complacidas. Hice un buen papel mostrándome enfurruñada por tener que transmitir mensajes, aunque esté mal que lo diga yo. Theodrin tuvo que intervenir para que Faolain no me echara una reprimenda. —La risa de Leane era queda y entrecortada. Situaciones que a Siuan le hacían rechinar los dientes, por lo general a ella la divertían. La mayoría de las otras hermanas la halagaban por lo bien que había sabido amoldarse a su nueva situación.

—Bien, bien —respondió, ausente, Egwene—. Merana tiene que haber cometido algún error, Leane, o él no seguiría en Cairhien y ella no nos tendría sin noticias.

A lo lejos, un perro aullaba a la luna, y después se le unieron otros, hasta que los hicieron callar bruscamente unos gritos que, quizá por fortuna, Egwene no entendió bien. Algunos soldados llevaban perros consigo; no había ninguno en el campamento de las Aes Sedai. Varios gatos, sí, pero no perros.

—Merana sabe lo que hace, madre. —Leane y Siuan eran de la misma opinión que Sheriam. Todas lo eran, excepto ella—. Cuando se encarga una misión a alguien, ha de confiarse en esa persona.

—Leane, ese hombre puede hacer saltar chispas de un trapo mojado. —Egwene resopló y se cruzó de brazos—. Acaba con la paciencia de cualquiera. No conozco a Merana, pero no sé de ninguna Aes Sedai cuya flema la haga tan incombustible como un trapo mojado.

—Yo sé de una o dos —rió Leane. Soltó un suspiro audible—. Pero ninguna de ellas es Merana, cierto. ¿De verdad cree él que tiene amigas en la Torre? ¿Alviarin? Supongo que eso le pondría las cosas difíciles a Merana, pero no puedo imaginar que Alviarin haga nada que ponga en peligro su puesto. Siempre ha tenido más ambición que tres mujeres juntas.

—Rand dijo que recibió una carta de ella. —Todavía podía verlo regodeándose por que Elaida y Alviarin, las dos, le hubiesen escrito misivas, antes de que ella se marchara de

Librodot

Cairhien—. Tal vez sus ambiciones le hagan pensar que podría sustituir a Elaida si cuenta con el respaldo de él. Es decir, si realmente la escribió, si es que existe esa carta. Rand se cree muy listo, Leane, y puede que lo sea, pero está convencido de que no necesita a nadie.

Rand seguiría pensando que podía manejarlo todo él solo justo hasta que algo le estallara en la cara.

—Lo conozco muy bien, Leane —continuó—. Además, parece que estar cerca de las Sabias lo ha contagiado, o tal vez sea él quien las ha contagiado a ellas. Piensen lo que piensen las Asentadas, lo que penséis cualquiera de vosotras, un chal de Aes Sedai le impresiona tan poco como a las Sabias. Antes o después hará algo que exasperará a una hermana hasta el punto de empujarla a hacer algo al respecto, o una de ellas lo sacará de quicio a él sin comprender lo fuerte que es y el genio vivo que tiene ahora. Después de eso, no habría vuelta atrás. Soy la única que puede tratar con él sin que estalle un conflicto. La única.

—Imposible que sea tan... irritante como esas Aiel —masculló Leane. Ni siquiera ella veía el lado divertido de sus experiencias con las Sabias—. Pero eso da igual. «La Sede Amyrlin, al ser la representación de la propia Torre Blanca...»

Un par de mujeres aparecieron entre las tiendas, al frente, caminando despacio mientras hablaban. La distancia y las sombras hacían irreconocibles sus rostros, pero aun así era obvio que se trataba de Aes Sedai por su actitud, la seguridad de que nada oculto en la oscuridad podría hacerles daño. Ninguna Aceptada que estuviese a punto de recibir el chal podría traslucir tanta confianza en sí misma. Una reina con un ejército respaldándola tampoco. Se dirigían hacia ellas. Leane giró rápidamente entre dos carretas, donde las sombras eran más densas.

Fruncido el ceño por la frustración, Egwene estuvo a punto de sacarla de un tirón y seguir caminando. Que saliera todo a la luz de una vez. Se plantaría delante de la Antecámara y les diría que ya iba siendo hora de que se dieran cuenta de que la estola de la Amyrlin era algo más que un bonito chal. Les diría... Se metió entre las carretas detrás de Leane y le hizo señas para que la siguiera. Lo que no debía hacer en ningún momento era echarlo todo a rodar por un ataque de despecho.

Una sola ley de la Torre limitaba específicamente el poder de la Sede Amyrlin. Un montón de costumbres irritantes y un barril lleno de reglas inoportunas, pero una sola ley; sin embargo, no podría haber sido peor para su propósito. «La Sede Amyrlin, al ser la representación de la propia Torre Blanca, del mismo corazón de la Torre Blanca, no debe ponerse en peligro sin haber una necesidad extrema. En consecuencia, a menos que la Torre Blanca esté en guerra por declaración de la Antecámara de la Torre, la Sede Amyrlin deberá obtener el consentimiento de las Asentadas antes de ponerse deliberadamente en cualquier peligro, y deberá acatar lo que se decida por consenso plenario.» Egwene ignoraba qué acción impulsiva de una Amyrlin había dado pie para que esa ley se hubiese promulgado, pero existía desde hacía más de dos mil años. Para la mayoría de las Aes Sedai, una ley tan antigua alcanzaba un halo sagrado; cambiarla era impensable.

Romanda le había citado esa... maldita ley como si estuviese dando clase a una imbécil. Si no se podía permitir a la heredera del trono de Andor acercarse a cien kilómetros del Dragón Renacido, qué precauciones no se tomarían en el caso de la Sede Amyrlin. Lelaine lo había dicho en un tono casi pesaroso, seguramente porque no tenía más remedio que coincidir con Romanda. Estar de acuerdo era motivo de sobra para que ambas pusieran gesto avinagrado. Sin la aprobación de esas dos no habría consenso simple, cuanto menos plenario. ¡Luz, pero si hasta la famosa declaración de guerra sólo requería el consenso simple! De modo que, si no podía obtener permiso... Leane carraspeó.

—No podríais hacer mucho si vais de incógnito, madre, y la Antecámara acabaría descubriéndolo antes o después. Y me parece que luego os sería muy difícil disponer de una hora de soledad. No quiero decir que se atrevieran a poneros una guardia de vigilancia exactamente, pero siempre hay modos. Puedo citar ejemplos de... ciertas fuentes. —Nunca mencionaba los informes secretos a menos que estuviesen protegidas por una salvaguarda.

—¿Tan transparente soy? —preguntó Egwene al cabo de un momento.

Estaban rodeadas de carretas, y debajo de los vehículos se advertían las oscuras formas de los dormidos conductores, mozos y todo el resto del personal que se necesitaba para mantener tantas carretas en movimiento. Era extraordinario los muchos vehículos que se precisaban para trescientas Aes Sedai, habida cuenta del reducido número que accedía a montar en alguno de los transportes un corto trecho. Pero había tiendas, muebles, víveres y un millar de cosas más que se necesitaban para las hermanas y quienes les servían. Allí, los ruidos más altos eran los ronquidos, cual un coro de ranas.

—No, madre. —Leane rió quedamente—. Sólo me planteé qué haría yo en vuestro lugar. Pero es bien sabido que he perdido todo sentido de mesura y buen juicio; no soy un ejemplo que la Sede Amyrlin pueda seguir, ni mucho menos. Creo que debéis dejar que el joven maese al'Thor actúe siguiendo su criterio, al menos durante un tiempo, mientras vos desplumáis la gallina que tenéis en las manos.

—Su criterio puede conducirnos a todos a la Fosa de la Perdición —rezongó Egwene, pero sabía que no era argumento de peso. Tenía que haber una forma de desplumar la gallina y a la vez impedir que Rand cometiera errores peligrosos, pero no se le ocurría cómo. Ranas no: esos ronquidos sonaban como un centenar de sierras cortando troncos llenos de nudos—. Éste no es un sitio muy adecuado para dar un paseo y relajarse. Creo que regresaré a la tienda y me acostaré.

—En ese caso, madre —dijo Leane, ladeando la cabeza—, si me disculpáis... Hay un hombre en el campamento de lord Bryne que... Después de todo, ¿cuándo ha habido una Verde sin un Guardián como mínimo?

A juzgar por el repentino entusiasmo que traslucía su voz, habríase dicho que se dirigía a reunirse con un amante. Claro que, considerando lo que Egwene había oído sobre las Verdes, tal vez no había mucha diferencia.

De vuelta entre las tiendas, observó que todas las lumbres se habían apagado ya echándoles tierra; nadie corría riesgos con el fuego cuando la campiña estaba seca como yesca. Unos cuantos hilillos de humo se elevaban perezosamente a la luz de la luna, allí donde aún no se habían apagado del todo. Dentro de una tienda, un hombre murmuró algo entre sueños, y aquí y allí sonaba una tos o un ronquido, pero por lo demás el silencio reinaba en el campamento. Por ello Egwene se sorprendió cuando alguien salió de las sombras delante de ella, y más teniendo en cuenta que esa persona llevaba el sencillo vestido blanco de una novicia.

—Madre, tengo que hablar con vos.

—¿Nicola?

Egwene se había propuesto conocer por su nombre a todas las novicias, tarea harto difícil considerando que las hermanas andaban a la caza de muchachas y mujeres jóvenes que podían aprehender por dondequiera que pasara el ejército. Aún no estaba bien vista la búsqueda activa —la costumbre era esperar a que la chica lo pidiera y, lo mejor, esperar a que acudiera a la Torre— pero en la actualidad había un número diez veces superior de novicias preparándose en el campamento de las que había habido en la Torre Blanca desde hacía años. Sin embargo, Nicola era una que había que tener en cuenta y, además, Egwene había advertido que la joven la miraba fijamente muy a menudo.

—A Tiana no le gustaría si descubre que estás levantada tan tarde.

Tiana Noselle era la Maestra de las Novicias, y de todas era conocido que podía contarse con su hombro para llorar en él cuando una novicia lo necesitaba, pero también su postura inflexible en lo tocante a las reglas. La otra mujer rebulló como si se dispusiera a alejarse apresuradamente, pero después se irguió con resolución. El sudor brillaba en sus mejillas; la temperatura nocturna era más baja que durante las horas de luz, pero no al punto de considerarse fresca, y el sencillo truco para que el frío o el calor no afectara era una prerrogativa que iba unida al chal.

—Sé que se supone que he de acudir a Tiana Sedai y pedirle permiso para veros, madre, pero nunca permitiría que una novicia se acercara a la Sede Amyrlin.

—¿De qué se trata, pequeña? —preguntó Egwene. La mujer tenía seis o siete años más

que ella, pero ése era el modo correcto de dirigirse a una novicia.

Nicola se toqueteó la falda y se acercó un paso. Sus grandes ojos buscaron los de Egwene quizá de un modo más directo de lo que debería una novicia.

—Madre, quiero avanzar lo más deprisa posible. —Sus dedos aferraban la falda crispados, pero su voz denotaba una firmeza y una seguridad en sí misma más acordes con una Aes Sedai—. No diré que están frenándome, pero estoy convencida de que puedo llegar a ser más fuerte de lo que dicen ellas. Sé que puedo. A vos nunca os pusieron cortapisas, madre. Nadie ha acumulado fuerza con tanta rapidez como vos. Sólo pido la misma oportunidad.

Un movimiento en las sombras detrás de Nicola puso al descubierto a otra mujer de rostro sudoroso, ésta vestida con chaqueta corta y pantalones amplios, y sosteniendo un arco en la mano. El cabello le llegaba a la cintura, peinado en una trenza compleja en la que se entretejían seis cintas; calzaba botas bajas, con tacones.

Nicola Sotomonte y Areina Nermasiv formaban una extraña pareja de amigas. Como muchas de las novicias de más edad —ahora se sometía a prueba a mujeres con casi diez años más que Egwene, aunque muchas hermanas rezongaban que les sobraban esos diez años para que aceptaran bien la disciplina de las novicias—, como muchas de esas mujeres mayores, Nicola albergaba un ardiente deseo de aprender, según todos los informes, y poseía un potencial que sólo superaban Nynaeve, Elayne y la propia Egwene entre las Aes Sedai vivas. De hecho, por lo visto Nicola estaba avanzando a pasos agigantados, en ocasiones tan exagerados que sus maestras tenían que frenarla. Algunas manifestaban que había empezado a manejar tejidos como si los conociese de antemano. Y no sólo eso, sino que ya había demostrado poseer dos Talentos, aunque el de «ver» *ta'veren* era uno menor, mientras que el Talento superior, la Predicción, surgía de un modo que nadie entendía lo que había vaticinado. Ella misma ni siquiera recordaba una sola palabra de lo que había dicho. En resumen, Nicola ya estaba considerada por las hermanas como alguien a quien había que tener en cuenta a pesar de su tardío comienzo. La aprobación dada a regañadientes para someter a la prueba a mujeres mayores de diecisiete o dieciocho años, probablemente quedaría justificada de sobra gracias a Nicola.

Areina, por otro lado, era una cazadora del Cuerno que caminaba con tanta arrogancia como un hombre *y* gustaba de sentarse en corrillos para charlas de aventuras, de las que no había vivido y de las que le gustaría vivir, cuando no estaba practicando con el arco. Casi con toda seguridad había escogido ese tipo de arma y el estilo de vestir en imitación a Birgitte. Ciertamente no demostraba sentir interés en otra cosa aparte del arco, y alguno que otro coqueteo, esto último con un estilo un tanto descarado, aunque no últimamente. Quizá pasar largas jornadas viajando por la calzada la dejaba demasiado cansada para eso, aunque no para la práctica con el arco. Egwene no entendía por qué seguía viajando con ellos; no parecía muy probable que Areina creyese que el Cuerno de Valere fuera a aparecer durante la marcha, y era de todo punto imposible que supiera que ese legendario objeto se encontraba oculto en la Torre Blanca. Muy pocas personas lo sabían. Egwene dudaba que ni siquiera Elaida lo supiera.

Areina le parecía una afectada necia, pero Egwene sentía cierta simpatía por Nicola. Comprendía el descontento de la mujer, su deseo de saber todo ya. A ella le había ocurrido lo mismo. Quizá le seguía pasando.

—Nicola —empezó afablemente—, todos tenemos límites. Yo nunca igualaré a Nynaeve Sedai, por ejemplo, haga lo que haga.

—Pero si al menos se me diera la oportunidad, madre. —Nicola unió las manos en un ademán de súplica, y también su voz dejaba entrever lo mismo, pero sus ojos seguían prendidos en los de Egwene sin vacilación—. La que vos tuvisteis.

—Lo que yo hice, porque no tenía otra opción, porque ignoraba los riesgos, se llama compeler, Nicola, y es peligroso. —No había oído el término con ese significado hasta que Siuan se disculpó por hacérselo a ella; en aquella ocasión Siuan sí que parecía realmente arrepentida—. Sabes que si intentas encauzar más *Saidar* de lo que estás preparada para manejar te arriesgas a sufrir la consunción antes de haber desarrollado plenamente tu

Librodot

potencial. Más vale que aprendas a ser paciente. En cualquier caso, las hermanas no te permitirán ascender a más hasta que estés preparada.

—Vinimos a Salidar en el mismo barco fluvial que Nynaeve y Elayne —intervino de improviso Areina. Su mirada era más que directa; era desafiante—. Y con Birgitte. —Por alguna razón, pronunció ese nombre con amargura.

—No es necesario sacar eso a colación —la atajó Nicola al tiempo que gesticulaba para hacerla callar. Cosa curiosa, por su tono cualquiera habría pensado que no sentía lo que decía.

Confiando en mantener una expresión al menos tan impasible como la de Nicola, Egwene procuró disipar una repentina inquietud. «Marigan» había llegado a Salidar también en ese barco. Un búho ululó, y Egwene sufrió un escalofrío. Había gente que creía que oír ulular a un búho a la luz de la luna significaba que se recibirían malas noticias. No era supersticiosa, pero...

—Que no es necesario sacar a colación ¿qué? —inquirió.

Las otras dos mujeres intercambiaron miradas, y Areina asintió.

—Fue durante la marcha desde el río al pueblo. —A pesar de su supuesta renuencia a hablar de ello, Nicola clavó la mirada en los ojos de Egwene—. Areina y yo oímos hablar a Thom Merrilin y a Juilin Sandar. Él juglar y el rastreador, ¿recordáis? Juilin dijo que si había Aes Sedai en el pueblo, lo que por entonces no sabíamos con seguridad, y se enteraban de que Nynaeve y Elayne habían fingido ser Aes Sedai, entonces nos habríamos metido todos en un banco de cazones, lo que colijo no sería muy seguro.

—El juglar nos vio y lo hizo callar —intervino Areina mientras toqueteaba la aljaba colgada a la cintura—. Pero lo oímos. —Su voz era tan dura como su mirada.

—Sé que ambas son Aes Sedai ahora, madre; pero, aun así, ¿no tendrían problemas todavía si alguien lo descubriera? Me refiero a las hermanas. Cualquiera que se hubiese hecho pasar por Aes Sedai tendría problemas si lo descubren, incluso años después. —El semblante de Nicola no cambió, pero de repente su mirada pareció querer trabar la de Egwene. Se inclinó ligeramente hacia adelante—. Cualquiera. ¿No es así?

Envalentonada por el silencio de Egwene, Nicola sonrió. Una mueca desagradable en la noche.

—Me he enterado de que Nynaeve y Elayne salieron de la Torre con alguna misión encomendada por esa mujer, Sanche, cuando todavía era Amyrlin. También sé que a vos os mandó con otra misión al mismo tiempo. Y que tuvisteis un montón de problemas a vuestro regreso. —Un timbre de astuta insinuación impregnaba su voz—. ¿Las recordáis jugando a Aes Sedai?

Las dos la miraron intensamente, Areina apoyada en el arco con actitud insolente, y Nicola con tal expectación que casi saltaban chispas en el aire.

—Siuan Sanche es Aes Sedai —dijo fríamente Egwene—, como lo son Nynaeve al'Meara y Elayne Trakand, por lo que les mostraréis el respeto debido. Para vosotras, son Siuan Sedai, Nynaeve Sedai y Elayne Sedai.

La pareja parpadeó sorprendida. A pesar de su compostura impasible, Egwene sentía revuelto el estómago. De rabia. Después de todo por lo que había pasado esa noche ¿iba a tener que aguantar el chantaje de estas...? No se le ocurría un epíteto lo bastante malo. Elayne sí lo habría encontrado; la heredera del trono escuchaba a mozos de cuadra, conductores de carretas y gentes por el estilo, y memorizaba palabrotas que tendría que haber rehusado oír. Desdobló la estola de rayas y se la puso con deliberada lentitud.

—Creo que no lo entendéis, madre —se apresuró a decir Nicola. Pero sin atisbo de temor, sin embargo; simplemente tratando de dar fuerza a su argumentación—. Sólo me preocupaba que si alguien descubría que vos habíais...

Egwene no le dio oportunidad de seguir hablando.

—Oh, ya lo creo que lo entiendo, pequeña.

Esa necia mujer *era* una chiquilla por muchos años que tuviera. Había otras novicias mayores que daban problemas, generalmente insolentándose con Aceptadas que tenían la tarea de instruirlas, pero hasta la más estúpida tenía suficiente sentido común para no

Librodot

mostrarse impertinente con las hermanas. Que esa mujer tuviera la desfachatez de intentarlo con ella, la Amyrlin, avivó su ira hasta lo indecible. Las dos eran más altas que ella, aunque no por mucho, pero se puso en jarras y pareció crecerse al mismo tiempo que la pareja parecía menguar en la misma proporción.

—¿Tienes la menor idea de lo grave que es presentar cargos contra una hermana, sobre todo viniendo de una novicia? —espetó—. Cargos basados en una conversación que afirmas haber oído mantener entre unos hombres que están ahora a miles de kilómetros de distancia. Tiana te desollará viva y te pondrá a fregar ollas el resto de tu vida.

Nicola seguía tratando de decir algo —esta vez parecían disculpas, y más protestas que Egwene no entendía, un intento frenético de cambiarlo todo— pero Egwene hizo caso omiso de ella y se volvió hacia Areina. La cazadora del Cuerno retrocedió otro paso mientras se lamía los labios, sintiéndose al parecer muy insegura.

—Y tú no creas que escaparías sin un escarmiento. Hasta una cazadora del Cuerno puede ser enviada ante Tiana por un asunto así. Eso si eres lo bastante afortunada para que no te mande azotar atada a la rueda de un carro, como hacen con los soldados a los que sorprenden robando. En cualquier caso, después serías arrojada a la cuneta de la calzada, sin más compañía que los verdugones de tu cuerpo.

Tras inhalar hondo, Egwene enlazó las manos; así no le temblarían. Acobardadas a más no poder, las dos mujeres parecían suficientemente escarmentadas. Confiaba en que los ojos agachados, los hombros hundidos y el rebullir de los pies no fueran gestos fingidos. Debería, según las reglas, enviarlas ante Tiana en ese mismo momento. Ignoraba qué castigo merecía un intento de chantaje a la Sede Amyrlin, pero seguramente la expulsión del campamento sería lo mínimo. En el caso de Nicola, la expulsión tendría que esperar hasta que sus maestras estuviesen satisfechas respecto a que sabía lo suficiente sobre encauzar para no hacerse daño a sí misma ni a otros por accidente. Pero una vez que se le imputara ese cargo, Nicola Sotomonte nunca sería Aes Sedai; y todo su potencial se perdería sin remedio.

Excepto... Cualquier mujer a la que sorprendieran fingiendo ser Aes Sedai recibiría tal correctivo que seguiría llorando años después, y, si era una Aceptada, sin duda consideraría afortunada a esa otra mujer; no obstante, Nynaeve y Elayne estaban a salvo ahora que realmente eran hermanas. Y ella misma también. Sólo que no haría falta nada más que un susurro sobre todo eso para acabar con cualquier oportunidad de que consiguiera que la Antecámara la reconociera verdaderamente como la Sede Amyrlin. Igual que si se presentaba ante Rand y después se lo contaba a las Asentadas. Por nada del mundo podía dejar que esas dos advirtiesen duda alguna en ella, ni siquiera que lo sospecharan.

—Olvidaré esto —manifestó en tono cortante—. Pero si vuelvo a oír aunque sólo sea un comentario de pasada respecto a ese asunto, de cualquier persona... —Respiró entrecortadamente; si oía «gritos» sobre ello, seguramente poco podría hacer al respecto. Empero, por el modo en que las dos mujeres saltaron, en la frase inacabada entendieron una amenaza lo bastante temible para calar hondo—. Id a acostaros antes de que cambie de opinión.

En un instante la pareja se deshizo en reverencias al tiempo que balbucían «Sí, madre», «No, madre», «Como ordenéis, madre». Después se escabulleron echando ojeadas hacia atrás, cada paso más rápido que el anterior, hasta que rompieron a correr. Egwene no tenía más remedio que caminar reposadamente, pero también habría querido salir corriendo.

Librodot

CAPÍTULO 10

Ojos ocultos

Selane la estaba esperando cuando Egwene regresó a su tienda; era una mujer muy delgada, fibrosa, con la oscura tez teariana y una seguridad en sí misma casi insolente. Chesa no se equivocaba; tenía aire engreído, con aquel gesto de echar la cabeza atrás como si evitara un mal olor. Empero, si su actitud hacia las otras doncellas era arrogante, ante su señora se mostraba totalmente diferente. Cuando Egwene entró, Selane se dobló en una reverencia tan exagerada que por poco toca el suelo con la cabeza, en tanto que el vuelo de su falda se extendía todo lo que permitía el reducido espacio de la tienda. Antes de que Egwene hubiese dado el segundo paso hacia el interior, la mujer ya se había incorporado prestamente y empezó a desabrocharle los botones con muchos aspavientos. Y también alborotando por ella. Selane tenía muy poco seso.

—Oh, madre, salisteis sin cubriros la cabeza otra vez.

Como si en alguna ocasión se hubiese puesto alguno de esos casquetes de cuentas o perlas que eran los favoritos de la mujer, o los gorros de terciopelo bordado que prefería Meri, o los sombreros con plumas por los que Chesa mostraba predilección.

—Vaya, pero si estáis temblando —continuó Selane—. Nunca debéis salir sin un chal o un parasol, madre.

¿Qué tendría que ver un parasol con que estuviera temblando? Pese a que el sudor le corría por la cara por muy rápido que se lo enjugara con un pañuelo, a Selane ni siquiera se le ocurrió preguntar por qué temblaba; lo que en el fondo era mejor.

—Y os fuisteis sola —siguió parloteando—. No es apropiado, madre. Además, están esos soldados, unos hombres groseros sin el menor respeto por cualquier mujer, ni siquiera Aes Sedai. Madre, no debéis...

Egwene dejó que el tonto charloteo le resbalara del mismo modo que dejó que la mujer la desvistiera, consciente sólo a medias de lo que hacía. Ordenarle que se callara sólo daría pie a tantas miradas dolidas y tal cantidad de suspiros exagerados que al final sería igual de molesto. Salvo por esa cháchara tonta, Selane realizaba sus tareas diligentemente, aunque con tantas florituras que se convertía en un baile de gestos ostentosos y reverencias obsequiosas. Parecía imposible que alguien pudiera ser tan estúpido como Selane, siempre preocupada por las apariencias, siempre pendiente de lo que la gente diría. Para ella, en el concepto de «gente» entraban las Aes Sedai y la nobleza, así como sus sirvientes de más categoría. A su modo de ver, nadie más contaba; quizá ni siquiera eran personas. Ese modo de ser parecía increíble. Además, Egwene no pensaba echar en olvido quién había encontrado a Selane, para empezar; como tampoco quién había encontrado a Meri. Cierto, Chesa estaba a su servicio por mediación de Sheriam, pero Chesa había demostrado su lealtad a Egwene en más de una ocasión.

Egwene quería convencerse de que los estremecimientos que la otra mujer tomaba por temblores eran producto de la rabia, pero sabía que en sus entrañas se retorcía la larva del miedo. Había llegado demasiado lejos —y aún le quedaba mucho por hacer— para permitir que Nicola y Areina metieran un palo entre los radios de las ruedas.

Cuando sacaba la cabeza por el cuello de un camisón limpio, reparó en algo del parloteo de la delgaducha mujer y la miró fijamente.

—¿Has dicho algo de leche de oveja?

—Oh, sí, madre. Tenéis una piel tan suave... Nada la conservaría mejor así que bañaros en leche de oveja.

Tal vez era realmente así de tonta. Despidiendo a Selane a pesar de sus protestas, Egwene se cepilló el pelo, abrió su cama y metió el ahora inútil brazalete del *a'dam* en un pequeño cofre de marfil en el que guardaba sus escasas joyas, para finalmente apagar las lámparas.

«Y lo he hecho todo yo sola, sin ayuda de nadie —pensó, sarcástica, en la oscuridad—. A Selane y a Meri les dará un ataque de histeria.»

Antes de acostarse, sin embargo, se acercó, descalza, hasta la entrada y abrió una rendija en las solapas de la tienda. Fuera todo era quietud y silencio bajo la luz de la luna, rotos sólo por la llamada de una garza nocturna, que de repente se convirtió en un chillido. Había cazadores en la oscuridad. Al cabo de un momento, algo se movió en las sombras arrojadas por una tienda que había al otro lado. Parecía una mujer.

Quizá la estupidez no descalificaba a Selane como espía, del mismo modo que tampoco lo hacía con Meri su expresión melancólica. Podía ser cualquiera de las dos. O cualquier otra persona. Incluso Nicola o Areina, por improbable que pudiera parecer. Egwene soltó la lona de la entrada, sonriendo. Quienquiera que fuese la observadora, no vería adónde iba esa noche.

El método que las Sabias le habían enseñado para quedarse dormida era sencillo. Cerrar los ojos, sentir cómo se relajaba todo su cuerpo palmo a palmo, respirar al ritmo de los latidos del corazón, dejar la mente en blanco, sin pensar en nada, y dejarse llevar; dejarse llevar excepto un rinconcito de su ser. El sueño la venció en cuestión de segundos, pero era el de una caminante de sueños.

Incorpórea, flotó en un vasto océano de estrellas, infinitos puntos luminosos brillando en el infinito mar de oscuridad, luciérnagas incontables titilando en una noche ilimitada. Eran sueños, los de todas las personas dormidas en cualquier parte del mundo, quizá de todos los mundos posibles, y eso era la brecha entre la realidad y el *Tel'aran'rhiod,* el espacio que separaba el mundo de vigilia del Mundo de los Sueños. Allí donde mirara, diez mil luciérnagas desaparecían cuando la gente despertaba, y diez mil nuevas nacían para ocupar su lugar. Un vasto y siempre cambiante despliegue de belleza titilante.

No perdió tiempo admirando la vista, sin embargo. Ese lugar albergaba peligros, algunos mortales. Estaba segura de saber cómo evitar estos últimos, pero uno de los existentes en ese lugar apuntaba directamente a ella si se demoraba excesivamente, y ser sorprendida en él resultaría, cuando menos, embarazoso. Manteniéndose ojo avizor —es decir, lo habría hecho así si allí tuviese ojos— se desplazó. No tuvo la impresión de moverse; más bien fue como si ella permaneciera quieta y aquel océano resplandeciente girara a su alrededor hasta que una luz en particular se detuvo ante ella. Todas las titilantes estrellas parecían iguales unas a otras, pero Egwene sabía que ése era el sueño de Nynaeve. Cómo lo sabía, eso era harina de otro costal; ni siquiera las Sabias comprendían qué originaba tal conocimiento.

Egwene se había planteado intentar buscar el sueño de Nicola y el de Areina. Una vez que los reconociera, sabía exactamente cómo meterles el miedo de la Luz hasta el tuétano, y le importaba un bledo que estuviese vedado hacerlo. El miedo a lo prohibido nunca la habría llevado hasta allí. Había hecho cosas que nunca se habían intentado, y no le cabía duda alguna de que volvería a actuar igual si fuese necesario. «Haz lo que debes y después paga por ello», le habían enseñado las mismas mujeres que después habían marcado esas zonas vetadas. Era el rechazo a admitir la deuda, la negativa a pagar el precio, lo que a menudo transformaba la necesidad en maldad. Pero, aun cuando esa pareja estuviera dormida, localizar el sueño de alguien en particular por primera vez era, en el mejor de los casos, una tarea ardua, sin garantías de éxito. Días —más bien noches— de esfuerzo podían acabar siendo infructuosos. Eso, al menos, era seguro. En consecuencia, había desechado la idea.

Se aproximó lentamente a través de la eterna oscuridad, aunque, de nuevo, dio la impresión de que ella permanecía quieta y era el punto de luz el que se iba haciendo más y

más grande; primero, una perla brillante, después, una manzana iridiscente, luego, una luna llena, hasta que por último llenó todo su campo visual, todo el mundo, con su brillantez. No obstante, no lo tocó; todavía no. Un espacio más fino que un cabello permanecía entre medias. Muy, muy suavemente, buscó contacto con el brillo; careciendo como carecía de cuerpo, con eso ocurría igual que con lo de distinguir un sueño de otro: que no tenía explicación. Era su voluntad, según las Sabias, pero seguía sin comprender cómo era posible. Como si acercara un dedo a una burbuja de jabón, rozó el sueño con infinita delicadeza. La reluciente pared resplandecía como vidrio, latía como un corazón, delicada, pero viva. Un roce algo más firme, y podría «ver» dentro, «ver» lo que Nynaeve estaba soñando. Otro aún más firme, y de hecho podría entrar y ser parte del sueño. Aquello entrañaba peligro, sobre todo con alguien de mente fuerte; pero en cualquier caso mirar o entrar en él podía resultar embarazoso, por ejemplo, si la soñadora estaba soñando con un hombre por el que tenía particular interés. Cuando ocurría eso, uno podía pasarse media noche ofreciendo disculpas. También había otra posibilidad: con una especie de tirón suave, como quien hace rodar una delicada cuenta sobre el tablero de una mesa, sacar del sueño a Nynaeve y llevarla a otro de su propia creación, una parte del propio *Tel'aran'rhiod,* donde la tendría totalmente bajo su control. Tenía la certeza de que eso funcionaría. Ni que decir tiene que ésa era una de las cosas prohibidas, y dudaba mucho que a su amiga le hiciera gracia.

«Nynaeve, soy Egwene. No vuelvas, por ninguna circunstancia, hasta que encuentres el cuenco, ni hasta que pueda arreglar un problema con Areina y Nicola. Saben que estabas haciéndote pasar por Aes Sedai. Te lo explicaré mejor cuando te vea la próxima vez en la torre pequeña. Ten cuidado. Moghedien ha escapado.»

El sueño parpadeó y desapareció, la burbuja de jabón se pinchó. A pesar del contenido del mensaje, Egwene se habría echado a reír si hubiese tenido garganta. Una voz incorpórea en el propio sueño podía causar un sobresalto, sobre todo si uno tenía miedo de que el dueño de la voz estuviera husmeando. Nynaeve no era de las que olvidaban aun cuando ocurriera por accidente.

El mar cuajado de lucecitas giró a su alrededor de nuevo hasta que Egwene se detuvo frente a otro punto luminoso: Elayne. Las dos mujeres seguramente estaban durmiendo a menos de diez metros la una de la otra en Ebou Dar, pero las distancias no tenían ningún significado aquí. O quizá lo tenían, pero distinto.

Esta vez, cuando dio su mensaje, el sueño palpitó y cambió. Aparentemente seguía siendo el mismo, pero a pesar de ello para Egwene sufrió una transformación. ¿Sus palabras habrían empujado a Elayne a otro sueño? Permanecerían, sin embargo, y las recordaría al despertar.

Ahora que había mojado un poco más las cuerdas de los arcos de Nicola y Areina, evitando que los utilizaran de inmediato, era el momento de dedicar su atención a Rand. Por desgracia, encontrar sus sueños sería tan inútil como hallar el de una Aes Sedai. Rand los escudaba de algún modo, al igual que hacían ellas, aunque aparentemente el escudo de un hombre difería del de una mujer. El escudo de una Aes Sedai semejaba un caparazón cristalino, aunque por su resistencia podría ser de acero. Egwene había perdido la cuenta de las muchas e infructuosas horas que había desperdiciado intentando mirar dentro del de Rand. Mientras que el sueño escudado de una hermana parecía incrementar el brillo al cerrarse a su escrutinio, el de Rand se empañaba. Era como tratar de ver a través de agua cenagosa; a veces se tenía la impresión de que algo se había movido en lo más hondo de aquellos remolinos parduscos, pero nunca se distinguía qué era.

El despliegue de puntos luminosos volvió a girar y a detenerse, y Egwene se aproximó al sueño de otra mujer. Con gran cautela. Eran tantas las cosas que las unían a Amys y a ella que se parecía mucho a escudriñar el sueño de su madre. A decir verdad, tenía que admitirlo, deseaba emular a Amys en muchos sentidos. Deseaba ganarse el respeto de la Sabia tanto como el de la Antecámara. Quizá, si tuviese que elegir, escogería el de Amys. Ciertamente no había una sola Asentada a quien apreciara tanto como a la Sabia. Desechando una repentina falta de seguridad en sí misma, Egwene trató de dar a su «voz» un tono más suave, pero fue

Librodot

en vano.

«Amys, soy Egwene. He de hablar contigo.»

Iremos, murmuró una voz en respuesta. La voz de Amys.

Sobresaltada, Egwene retrocedió. Sintió ganas de reírse de sí misma. Tal vez era conveniente que se le recordara que las Sabias tenían muchos más años de experiencia en esto. Había ocasiones en que Egwene temía haberse dormido en los laureles, haberse vuelto demasiado cómoda, en lugar de trabajar con más ahínco sus habilidades con el Poder Único. Claro que, como para compensarlo, a veces todo lo demás le exigía un esfuerzo equiparable a intentar escalar un risco bajo la tormenta.

De pronto captó un movimiento justo al límite de su campo visual. Uno de aquellos puntos de luz se deslizaba por el mar de estrellas, aproximándose al suyo por voluntad propia, aumentando de tamaño. Sólo había un sueño que pudiera hacer tal cosa, el de una sola persona. Presa del pánico, huyó, deseando haber tenido garganta para gritar o incluso sólo maldecir. En especial a esa pequeña parte de sí misma que deseaba quedarse allí y esperar.

En esta ocasión las estrellas no se movieron siquiera, simplemente desaparecieron, y Egwene se encontró recostada contra una gruesa columna de piedra roja, jadeando como si hubiese corrido dos kilómetros a toda velocidad, el corazón latiéndole tan deprisa que parecía a punto de estallar. Al cabo de un momento, se miró a sí misma y empezó a reír, un tanto temblorosa, a la par que procuraba recobrar el aliento. Llevaba puesto un vestido de amplia falda en seda verde, adornado con franjas de bordados dorados en el repulgo y en el corpiño. Éste mostraba su escote bastante más de lo que jamás haría en el mundo de vigilia; un cinturón ancho, de oro tejido, ceñía su talle de manera que lo hacía parecer más fino de lo que era realmente. Claro que quizá lo era. Allí, en el *Tel'aran'rhiod,* uno podía ser como quisiera. Incluso cuando se deseaba de manera inconsciente, si no se estaba ojo avizor. Gawyn Trakand causaba unas reacciones en ella lamentables, muy lamentables.

Esa pequeña parte de sí misma todavía quería haberse quedado y esperar para encontrarse envuelta en el sueño de él. Envuelta y absorbida. Si una caminante de sueños estaba perdidamente enamorada de alguien u odiaba ciegamente a una persona, podía acabar atrapada en el sueño de esa persona, sobre todo si ese sentimiento era correspondido. Había atraído el sueño, o el sueño la había atraído a ella, como haría un imán con las limaduras de hierro. Huelga decir que no odiaba a Gawyn, pero no podía permitirse el lujo de dejarse atrapar en su sueño —no esa noche— hasta que él despertara, no viéndola él como la veía. Lo que significaba mucho más hermosa que en la vida real. Ni una mente fuerte ni la concentración servían para nada cuando estaba involucrado el amor o el odio con esa intensidad. Una vez que uno se encontraba dentro del sueño, se quedaba en él hasta que la otra persona dejaba de soñar con uno. Al recordar lo que Gawyn había soñado que le hacía, lo que habían hecho en su sueño, Egwene sintió que la cara le ardía de vergüenza.

—Menos mal que ninguna de las Asentadas puede verme ahora —murmuró—. Entonces sí que me considerarían una cría.

Las mujeres hechas y derechas no mariposeaban ni soñaban con un hombre de ese modo, de eso estaba convencida. Ninguna mujer con sentido común, al menos. Lo que Gawyn soñaba se haría realidad, pero en el momento elegido por ella. Conseguir el permiso de su madre tal vez no fuera sencillo, pero casi con toda seguridad no se lo negaría aunque no conociera siquiera a Gawyn. Marin al'Vere confiaba en el criterio de su hija. Y era hora de que su hija mostrara un poco de ese buen juicio y dejara a un lado esas fantasías hasta un momento más adecuado.

Al mirar en derredor, Egwene deseó haber podido dejar que Gawyn siguiera llenando sus pensamientos. Más columnas inmensas se extendían en todas direcciones, sustentando un techo abovedado y muy alto, así como una gran cúpula. Ninguna de las lámparas doradas que colgaban de cadenas del mismo metal, allá en lo alto, se hallaba encendida, pero sí había una especie de luminosidad que no era ni brillante ni mortecina, y cuya fuente de procedencia no resultaba visible. El Corazón de la Ciudadela, en el centro de la gran fortaleza llamada la Ciudadela de Tear. O, más bien, su reflejo en el *Tel'aran'rhiod,* una imagen tan real en muchos

Librodot

sentidos como la original. Era allí donde se había encontrado con las Sabias en ocasiones anteriores, por elección de ellas. En opinión de Egwene, una elección extraña habida cuenta de que eran Aiel. Habría esperado que escogieran Rhuidean, ahora que el acceso a esa ciudad estaba franco, o en algún otro punto del Yermo de Aiel, o simplemente allí dondequiera que se encontrasen la Sabias. Cualquier sitio, excepto los *steddings* Ogier, tenía su reflejo en el Mundo de los Sueños; en realidad, lo tenían hasta los *steddings,* pero no podía accederse a ellos, del mismo modo que había ocurrido con Rhuidean hasta entonces. El campamento de las Aes Sedai quedaba descartado, por supuesto. Ahora había hermanas que tenían en su poder *ter'angreal* que les permitían entrar en el Mundo de los Sueños; y, puesto que ninguna de ellas sabía realmente lo que estaba haciendo, a menudo comenzaban sus aventuras apareciendo en el reflejo del campamento del *Tel'aran'rhiod* como si se dispusieran a emprender un viaje normal.

Al igual que los *angreal* y los *sa'angreal,* según la ley de la Torre los *ter'angreal* eran propiedad de la Torre Blanca, sin importar quién los tuviera en su posesión en ese momento. Rara vez insistía la Torre en que se los entregaran, al menos cuando el objeto descansaba en un sitio como el llamado la Gran Reserva, en la propia Ciudadela de Tear (al final acababan por llegar a manos de las Aes Sedai, y la Torre Blanca siempre había sido experta en esperar cuando no quedaba más remedio), pero los que ya se encontraban en poder de Aes Sedai se consideraban un regalo de la Antecámara, de Asentadas particulares. Un préstamo, en realidad; casi nunca se daban. Elayne había aprendido a duplicar *ter'angreal* del sueño, y ella y Nynaeve se habían llevado dos consigo, pero el resto se hallaba ahora en posesión de la Antecámara, junto con *ter'angreal* de otro tipo que Elayne había creado. Lo que significaba que Sheriam y su pequeño círculo podían utilizarlos cuando quisieran, y también, casi con toda seguridad, Lelaine y Romanda, aunque lo más probable era que esas dos enviaran a otras al *Tel'aran'rhiod* en lugar de hacerlo ellas mismas. Hasta hacía muy poco, ninguna Aes Sedai había caminado por los sueños desde hacía siglos, y todavía tenían dificultades considerables para llevarlo a cabo, la mayoría ocasionadas por la creencia de que podían aprender por sí mismas. Aun así, lo único que le faltaba a Egwene era que cualquiera de ellas espiara la reunión de esa noche.

Como si pensar en espías hubiese agudizado su percepción, fue consciente de que unos ojos la observaban a escondidas. La sensación se hallaba siempre presente en el *Tel'aran'rhiod,* y ni siquiera las Sabias sabían el porqué; pero, aunque unos ojos ocultos parecieran estar siempre presentes, también podían estarlo observadores reales. Y no era en Romanda o Lelaine en quien pensaba en ese momento.

Tanteando con la mano la columna, Egwene fue rodeándola lentamente, escudriñando el bosque de fustes de piedra roja que se perdían en las sombras. La luz que la envolvía no era real; cualquiera que estuviese escondido en una de aquellas sombras vería la misma luz a su alrededor, en tanto que las sombras la ocultarían a ella. De vez en cuando aparecía gente, hombres y mujeres, pero eran imágenes fugaces que apenas duraban unos segundos. Egwene no tenía interés alguno en los que tocaban el Mundo de los Sueños mientras dormían; a cualquier podía pasarle por casualidad, pero, por suerte para esas personas, sólo estaban allí unos instantes, rara vez lo suficiente para toparse con alguno de sus peligros. El Ajah Negro también poseía *ter'angreal* del sueño, robados de la Torre. Lo peor era que Moghedien conocía el *Tel'aran'rhiod* tan bien como cualquier caminante de sueños. Puede que incluso mejor. La Renegada era capaz de controlar ese lugar y a cualquiera que se encontrase en él con tanta facilidad como mover una mano.

Durante un instante Egwene deseó haber espiado los sueños de Moghedien mientras había estado prisionera, sólo una vez, lo suficiente para poder identificarlos. Empero, reconocerlos no descubriría dónde se hallaba la mujer en esos momentos. Y había existido el riesgo de ser atraída hacia esos sueños en contra de su voluntad. Ciertamente odiaba a Moghedien lo bastante, y la Renegada debía albergar el mismo sentimiento hacia ella. Lo que ocurría en esos sueños no era real, ni siquiera tan real como en el *Tel'aran'rhiod,* pero se recordaba como si lo fuese. Una noche en poder de Moghedien habría sido una pesadilla que

Librodot

indudablemente habría revivido cada vez que se quedara dormida durante el resto de su vida. Y puede que también estando despierta.

Otra aparición. ¿Quién era? Una mujer de tez oscura y regia belleza, con un casquete de perlas y vestido con remates de encaje, salió de las sombras y luego desapareció. Una teariana soñando, una Señora Suprema o una mujer que se soñaba siéndolo. Quizás en el mundo de vigilia era una granjera o una mercader, con rasgos corrientes y cuerpo regordete.

Mejor habría sido espiar los sueños de Logain que los de Moghedien. Seguiría sin saber dónde estaba ese hombre, pero al menos tendría una idea de cuáles eran sus planes. Por supuesto, ser arrastrada a los sueños de Logain no habría resultado mucho más agradable que ser atrapada en los de la Renegada. Ese hombre odiaba a todas las Aes Sedai. Arreglar su huida había sido una de esas cosas necesarias; sólo esperaba que el precio no fuera demasiado alto. Debía olvidarse de Logain. Moghedien era la peligrosa, quien podía ir tras ella, incluso allí; especialmente allí. Moghedien que...

De repente fue consciente de lo mucho que le costaba moverse y soltó un ruido gutural, casi un gemido. El bonito vestido se había convertido en una armadura completa, como las que llevaban los jinetes de la caballería pesada de Gareth Bryne. Le cubría la cabeza un yelmo con visera levantada y cimera en forma de la Llama de Tar Valon, por lo que notó al tacto. Resultaba irritante. Esa falta de control no era propio de ella.

Con firmeza, cambió la armadura por las ropas que solía vestir cuando se había reunido con las Sabias anteriormente. Era sólo cuestión de pensarlo. Falda amplia de lana oscura y blusa suelta de blanco *algode,* la misma vestimenta que llevaba cuando estudiaba con ellas, completa con un chal de color verde muy oscuro y un pañuelo doblado para sujetar el cabello en las sienes. No hizo aparecer todas las joyas que las Sabias lucían, una multitud de collares y brazaletes. Se habrían reído de ella por eso. Una mujer se hacía con esa colección con el transcurso de los años, no en un abrir y cerrar de ojos durante un sueño.

—Logain va camino de la Torre Negra —dijo en voz alta; ciertamente confiaba en que fuera así. De ese modo al menos estaría bajo cierto control, o eso esperaba, y si lo cogían y volvían a amansarlo, Rand no podría culpar por ello a ninguna de las hermanas que la seguían a ella.

»Y Moghedien no tiene modo de saber dónde estoy. —Trató de dar un tono convencido a sus palabras.

—¿Por qué habrías de temer a la Depravada de la Sombra? —inquirió una voz a su espalda, y Egwene quiso trepar por el aire.

Estando como estaba en el *Tel'aran'rhiod* y siendo como era una caminante de sueños, Egwene se encontró flotando a unos dos metros sobre el suelo de baldosas antes de recobrar el control. «Vaya, y yo que creía estar muy por encima de estos errores de principiante», pensó. Si seguía así, lo siguiente que haría sería pegar un brinco cuando Chesa le diera los buenos días por la mañana.

Confiando en no tener demasiado ruborizadas las mejillas, descendió suavemente al suelo, procurando conservar cierta dignidad.

En vano; el rostro envejecido de Bair exhibía una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja. A diferencia de las otras dos mujeres que la acompañaban, no podía encauzar, pero eso no tenía nada que ver con caminar en los sueños. En eso era tan experta como las otras, más en ciertos aspectos. Amys sonreía también, aunque no tan ampliamente, pero Melaine echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—Nunca había visto a nadie... —consiguió articular Melaine—. Como un conejo. —Dio un saltito y se alzó casi un metro en el suelo.

—Recientemente he causado cierto daño a Moghedien. —Egwene se sentía bastante orgullosa de su aplomo. Le caía bien Melaine, que se mostraba mucho menos mordaz desde que estaba embarazada; de hecho, esperaba gemelos. Sin embargo, en ese momento la habría estrangulado con gusto—. Unas amigas y yo hemos herido su orgullo, aunque no mucho más. Creo que le gustaría tener ocasión de resarcirse.

Siguiendo un impulso, volvió a cambiar de atuendo, al traje de montar que llevaba a

diario ahora, en lustrosa seda verde. La Gran Serpiente de oro rodeaba su dedo. No podía contarles todo, pero esas mujeres también eran amigas y merecían saber lo que podía decirles.

—Las heridas infligidas al orgullo se recuerdan mucho más tiempo que las del cuerpo. —La voz de Bair era fina y aguda, pero con la fuerza de una barra de hierro.

—Cuéntanoslo —pidió Melaine, esbozando una sonrisa ansiosa—. ¿Cómo la humillaste?

Bair traslucía el mismo entusiasmo. En una tierra cruel, o se aprendía a reírse de la crueldad o se pasaba la vida llorando; en la Tierra de los Tres Pliegues, los Aiel habían aprendido a hacerlo mucho tiempo atrás. Además, humillar a un enemigo se consideraba un arte. Amys estudió detenidamente las ropas de Egwene.

—Eso puede esperar, creo —dijo después—. Dijiste que teníamos que hablar. —Señaló hacia donde a las Sabias les gustaba mantener las reuniones, debajo de la vasta cúpula, en el centro de la sala.

La razón de que hubiesen elegido ese punto era otro misterio que Egwene no había sabido descifrar. Las tres mujeres se sentaron con las piernas cruzadas, arreglando cuidadosamente los vuelos de sus faldas, a pocos pasos de lo que parecía una espada hecha de reluciente cristal e hincada verticalmente en las baldosas. No le hicieron el menor caso —no formaba parte de sus profecías—; de hecho le prestaban tan poca atención como a las personas que aparecían fugazmente alrededor de la gran cámara, pero era allí donde se sentaban siempre.

La legendaria *Callandor* podía utilizarse como una espada a despecho de su apariencia, pero en realidad era un *sa'angreal* de varones, uno de los más poderosos que jamás se habían creado en la Era de Leyenda. Egwene sintió un ligero escalofrío al pensar en *sa'angreal* para varones. Había sido distinto cuando sólo estaba Rand. Y los Renegados, por supuesto. Pero ahora estaban esos Asha'man. Con *Callandor,* un hombre podía absorber suficiente Poder Único para arrasar una ciudad en un instante y devastar todo en kilómetros a la redonda. Evitó acercarse a ella, recogiéndose la falda involuntariamente. Rand había extraído *Callandor* del Corazón de la Ciudadela en cumplimiento de las profecías, y después había vuelto a clavarla por razones que sólo él sabía. Y la había rodeado de trampas tejidas con *Saidin.* Esas trampas también tenían su reflejo allí, y saltarían con la misma contundencia con que lo harían las originales si se realizaban tejidos indebidos en sus inmediaciones. Algunas cosas eran muy reales en el *Tel'aran'rhiod.*

Procurando no pensar en la Espada que no es una Espada, Egwene se detuvo enfrente de las tres Sabias, quienes, tras atarse los chales a la cintura, desanudaron las lazadas de las blusas. Así era como las Aiel se reunían con amigas en sus tiendas, bajo el sol ardiente. Egwene no se sentó, y, si ello la hacía parecer una suplicante o alguien sometido a juicio, que así fuera. En cierto modo, en el fondo de su corazón, era como se sentía.

—No os dije por qué tuve que marcharme cuando fui emplazada, y vosotras no lo habéis preguntado.

—Nos lo dirás cuando estés preparada para hacerlo —manifestó afablemente Amys. Parecía de la misma edad que Melaine a pesar de tener el cabello, largo hasta la cintura, tan blanco como el de Bair; había empezado a cambiarle de color cuando sólo era un poco mayor que Egwene. Sin embargo, era ella la cabecilla de las tres, no Bair. Por primera vez, Egwene se preguntó qué edad tendría realmente. Claro que ésa no era la clase de pregunta que se hacía a una Sabia, como ocurría con las Aes Sedai.

—Cuando os dejé, era una Aceptada. Ya sabéis la división de la Torre Blanca.

Bair sacudió la cabeza y torció el gesto; lo sabía, pero no lo entendía. Ninguna de ellas lo entendía. Para los Aiel, aquello resultaba tan inaudito como que una asociación guerrera o un clan se dividieran contra sí mismos. Quizá también confirmaba a sus ojos que las Aes Sedai no estaban a la altura que habían esperado de ellas. Egwene continuó, sorprendida de que su voz sonara tan firme:

—Las hermanas que se oponen a Elaida me han nombrado su Amyrlin. Cuando Elaida sea destituida, yo ocuparé la Sede Amyrlin, en la Torre Blanca.

Librodot

Añadió la estola de rayas a su vestimenta y aguardó. Les había mentido una vez, una seria transgresión conforme al *ji'e'toh,* y no estaba segura de cuál sería su reacción al enterarse de que les había ocultado eso hasta ahora. ¡Si por lo menos le creyeran! Se limitaron a mirarla fijamente.

—Es algo que hacen los niños —dijo cuidadosamente Melaine al cabo de un tiempo. Todavía no se le notaba el embarazo, pero ya poseía el resplandor interior que trasluce la mujer que está esperando un hijo, haciéndola más hermosa de lo habitual, así como un sosiego interno, inquebrantable—. Todos los niños quieren blandir lanzas, y todos quieren ser jefe de clan, pero finalmente se dan cuenta de que el jefe de clan rara vez danza las lanzas. Así que hacen un muñeco y lo colocan en un punto alto del terreno. —A un lado, el suelo se alzó de repente, desaparecidas las baldosas y sustituidas por un montón de piedra marrón abrasada por el sol. En lo alto había una figura con la vaga semejanza de un hombre, hecha con ramitas dobladas y trozos de tela—. Éste es el jefe de clan que los dirige para que dancen las lanzas, mientras él permanece en la colina, donde puede ver la batalla. Pero los niños corren hacia donde quieren, y su jefe de clan sólo es un muñeco de palos y harapos. —Un soplo de viento agitó las tiras de tela, haciendo hincapié en la vacuidad de la figura. A renglón seguido, la elevación y la figura desaparecieron.

Egwene inhaló hondo; le creían. Claro. Había expiado su mentira de acuerdo con el *ji'e'toh,* por decisión propia, y eso significaba que era como si nunca hubiese mentido. Debería habérselo figurado. No obstante, Melaine había puesto el dedo en la llaga respecto a su situación, como si llevase semanas viviendo en el campamento de las Aes Sedai. Bair miraba fijamente el suelo, sin querer ver su vergüenza. Por el contrario, Amys estaba sentada con la barbilla apoyada en la palma de la mano y sus azules ojos parecían querer penetrar hasta el fondo de su ser y hurgar en su corazón.

—Algunas me ven así. —Otra honda inhalación, y soltó toda la verdad—. La mayoría, salvo un puñado. Por ahora. Para cuando nuestra batalla haya terminado, sabrán que en verdad soy su jefa, y harán lo que yo diga.

—Regresa con nosotras —pidió Bair—. Tienes demasiado honor para mezclarte con esas mujeres. Sorilea ya ha escogido una docena de hombres jóvenes para que los conozcas en la tienda de vapor. Está deseosa de verte tejer una guirnalda nupcial.

—Espero que esté presente cuando me case, Bair. —Con Gawyn, confiaba; que lo vincularía a ella lo sabía por sus sueños, pero sólo la esperanza y la certeza de su amor le decían que se casarían—. Ojalá estéis todas vosotras, pero ya he hecho mi elección.

Bair habría seguido discutiendo, y también Melaine, pero Amys levantó la mano y las dos se callaron, aunque a regañadientes.

—Hay mucho *ji* en su decisión. Doblegará a sus enemigos a su voluntad, no huirá de ellos. Te deseo lo mejor en tu danza, Egwene al'Vere. —Amys había sido Doncella Lancera y a menudo pensaba todavía como una de ellas—. Siéntate, vamos.

—Su honor es suyo, cierto —manifestó Bair, que miraba ceñuda a Amys—, pero aún he de hacerle una pregunta. —Sus ojos, de color azul, tenían la apariencia acuosa de las personas viejas, pero cuando se volvieron hacia Egwene eran tan penetrantes como los de Amys—. ¿Traerás a esas Aes Sedai a arrodillarse ante el *Car'a'carn*?

Cogida por sorpresa, Egwene, que estaba sentándose, casi cayó de golpe el último palmo que la separaba de las baldosas. Sin embargo, en su respuesta no hubo vacilación.

—No puedo hacer tal cosa, Bair. Y tampoco lo haría si pudiese. Nuestra lealtad es para con la Torre, para las Aes Sedai como un todo, por encima incluso de la debida a los países de nuestro origen. —Eso era verdad, o se suponía que lo era, aunque Egwene se preguntaba cómo podía cuadrar tal afirmación con la rebelión de su grupo—. Las Aes Sedai ni siquiera juran lealtad a la Amyrlin, y desde luego a ningún hombre. Hacerlo sería como si tuvieseis que hincar la rodilla ante un jefe de clan. —Hizo una demostración utilizando el mismo método de Melaine, concentrándose en su realidad; el *Tel'aran'rhiod* era infinitamente maleable si se sabía cómo hacerlo. Más allá de *Callandor,* tres Sabias se arrodillaron ante un jefe de clan. El hombre guardaba un gran parecido con Rhuarc, y las mujeres, con las tres que

Librodot

tenía frente a ella. Mantuvo la imagen sólo un instante, pero Bair la miró y aspiró sonoramente por la nariz. La mera idea resultaba ridícula.

—No nos compares con esas mujeres. —Los verdes ojos de Melaine centelleaban con algo muy parecido a su anterior dureza, y su tono era tan afilado como una navaja.

Egwene se mordió la lengua. Parecía que las Sabias despreciaban a las Aes Sedai, a todas excepto a ella, o quizá sería más exacto decir que las desdeñaban. Pensó que tal vez les molestaban las profecías que las vinculaban a las Aes Sedai. Antes de que la Antecámara la emplazara para nombrarla Amyrlin, Sheriam y su grupo de amigas se habían reunido en este lugar con las tres Sabias, pero tales encuentros se habían interrumpido tanto por el hecho de que a ella la hubiesen mandado llamar como porque las Sabias se negaron a disimular su desdén. En el *Tel'aran'rhiod,* un enfrentamiento con alguien más familiarizado con el lugar podía ser mortificante en extremo. Hasta con ella misma guardaban cierta distancia ahora, y algunos asuntos no los trataban con ella, como por ejemplo lo que sabían sobre los planes de Rand. Antes había sido una de ellas, una aprendiza del caminar en los sueños; después, pasó a ser una Aes Sedai, incluso cuando todavía no sabían lo que acababa de contarles.

—Egwene al'Vere hará lo que deba hacer —manifestó Amys.

Melaine le dedicó una larga mirada mientras se ajustaba el chal de manera ostentosa, haciendo tintinear los collares de marfil y oro, pero no dijo nada. Amys parecía ahora más líder que nunca. Por lo que Egwene había visto, la única Sabia tratada con tanta deferencia por otras Sabias era Sorilea.

Bair había imaginado el servicio de té ante sí, como habría ocurrido en las tiendas, en una tetera dorada con leones tallados procedente de un país, una bandeja de plata con el borde cincelado a semejanza de una cuerda, de otro país, y tacitas verdes de la delicada porcelana de los Marinos. El té sabía a real, por supuesto; hasta se sentía cómo bajaba por la garganta. A pesar del leve gusto a bayas o hierbas dulces que no supo identificar, era demasiado amargo para el gusto de Egwene. Imaginó un poco de miel en el líquido y tomó otro sorbo. Demasiado dulce. Un poco menos de miel. Ahora tenía el punto justo de dulzor. Eso era algo que no podía hacerse con el Poder. Egwene dudaba que nadie tuviera la habilidad suficiente para tejer hilos de *Saidar* lo bastante finos para retirar miel de un té.

Durante un momento se quedó sentada contemplando su taza, pensando en miel y en té y en hilos finos de *Saidar,* pero no era por eso por lo que guardaba silencio. Las Sabias querían guiar a Rand tanto como Elaida o Romanda o Lelaine o como cualquier otra Aes Sedai. Naturalmente, sólo querían dirigir al *Car'a'carn* por el mejor camino para los Aiel, mientras que esas hermanas deseaban dirigir al Dragón Renacido hacia lo que era lo mejor para el mundo, a su modo de ver. No se excluía a sí misma. Ayudar a Rand, impidiendo que se enfrentara con las Aes Sedai sin remedio, también significaba guiarlo. «Sólo que yo tengo razón —se recordó—. Todo lo que hago es tanto por su propio bien como por el de los demás. Aparte de mí, nadie más piensa en lo que es mejor para él.» Sin embargo, mejor sería no olvidar que esas mujeres eran algo más que simplemente sus amigas y seguidoras del *Car'a'carn.* Estaba aprendiendo que nadie era simplemente esto o aquello.

—No creo que quisieras vernos únicamente para contarnos que ahora eres una jefa entre los habitantes de las tierras húmedas —dijo Amys por encima del borde de su taza de té—. ¿Qué te preocupa, Egwene al'Vere?

—Lo que me preocupa siempre. —Sonrió para levantar el ánimo—. A veces creo que Rand va a conseguir que me salgan canas antes de tiempo.

—Sin los hombres, no habría mujeres con canas.

Normalmente, eso habría sido un chiste en boca de Melaine, y Bair habría hecho otro sobre el vasto conocimiento de los varones que Melaine había adquirido en unos pocos meses de matrimonio, pero no hubo chanzas esta vez. Las tres mujeres se limitaron a mirar a Egwene y a esperar.

Vaya, así que querían tener una conversación seria. Bien, pues Rand era un tema para hablar muy en serio. Ojalá las tres mujeres entendieran su punto de vista, aunque sólo fuera en parte. Haciendo rodar la taza entre los dedos, Egwene les contó todo. Al menos, lo relativo a

Librodot

Rand, y sus temores desde que había descubierto que no había noticias de Caemlyn.

—Ignoro qué habrá hecho él o qué habrá hecho ella. Todas insisten en la gran experiencia de Merana, pero lo cierto es que no tiene ninguna con alguien como él. Cuando se trata de Aes Sedai, es como si escondieseis esta taza en un prado: Rand se las ingeniaría para pisarla al cabo de tres pasos. Sé que yo sabría hacerlo mejor que Merana, pero...

—Podrías regresar —repitió la sugerencia Bair, a lo que Egwene sacudió la cabeza enérgicamente.

—Puedo hacer una labor más positiva aquí, en el puesto que ocupo. Pero existen normas incluso para la Sede Amyrlin. —Apretó un instante la boca. No le gustaba admitir tal cosa, sobre todo ante esas mujeres—. Ni siquiera puedo visitarlo sin antes tener permiso de la Antecámara. Ahora soy Aes Sedai, y he de respetar nuestras leyes. —Eso último lo dijo con más fiereza de lo que era su intención. Era una ley absurda, pero todavía no había descubierto un modo de soslayarla. Además, los semblantes de las tres mujeres se mostraban tan vacíos de expresión que sospechaba que se estaban riendo para sus adentros, sin dar crédito a sus oídos. Ni siquiera un jefe de clan tenía derecho a decir cuándo o dónde podía ir una Sabia.

Las tres intercambiaron largas miradas. Después, Amys soltó la taza antes de informar:

—Merana Ambrey y otras Aes Sedai siguieron al *Car'a'carn* a la ciudad de los Asesinos del Árbol. No tienes que temer que él dé un mal paso con ella o cualquiera de tus otras hermanas. Nos ocuparemos de que no haya dificultades entre él y cualquier Aes Sedai.

—Eso no parece muy propio de Rand —comentó, dudosa, Egwene. Así que Sheriam tenía razón respecto a Merana. Empero ¿por qué seguía sin enviar noticias?

Bair soltó una risita cascada.

—La mayoría de los padres tienen más problemas con sus hijos pequeños que los que tiene el *Car'a'carn* con las mujeres que vinieron con Merana Ambrey.

—Siempre y cuando el niño no sea él —dijo Egwene riendo, aliviada de que al menos alguien encontrara divertido algo. Considerando lo que esas mujeres sentían hacia las Aes Sedai, ahora tendrían que estar echando chispas si creyeran que alguna hermana había conseguido cierta influencia con Rand. Por otro lado, Merana debía haber logrado algo o, en caso contrario, ya habría emprendido el camino de regreso—. Pero Merana tendría que haber enviado un informe. No entiendo por qué no lo ha hecho. ¿Estáis seguras de que no...? —No se le ocurría cómo terminar la pregunta. Era imposible que Rand pudiera impedirle enviar una paloma.

—Tal vez envió un hombre a caballo. —Amys torció el gesto un poco; como a todos los Aiel, cabalgar le parecía denigrante. Las propias piernas deberían bastarle a una persona—. No se trajo de esos pájaros que utilizan los habitantes de las tierras húmedas.

—Eso ha sido una estupidez por su parte —murmuró Egwene. Y la palabra «estupidez» se quedaba corta. Los sueños de Merana estarían escudados, así que no tenía sentido intentar hablar con ella así. Aunque supiera identificarlos. ¡Luz, pero qué frustrante resultaba! Se inclinó hacia adelante, con viva atención—. Amys, prométeme que no intentarás impedirle hablar con ella ni enfurecerla tanto para impulsarla a hacer una tontería. —Eran muy capaces de hacerlo, vaya que sí. Con su modo de actuar, habían conseguido que la calma Aes Sedai se practicara hasta alcanzar casi la categoría de un Talento—. Se supone que Merana sólo tiene que convencerlo de que no queremos causarle ningún mal. No me cabe la menor duda de que Elaida tiene guardada una desagradable sorpresa detrás de la falda, pero no es nuestro caso. —Ella se ocuparía de que fuera así, aunque algunas tuviesen otras ideas. Lo conseguiría, de un modo u otro—. ¿Me lo prometes?

De nuevo intercambiaron miradas indescifrables para Egwene. Sabía que no les gustaba la idea de dejar que una hermana se acercara a Rand, al menos sin poner impedimentos. A buen seguro una de ellas se las ingeniaba para estar presente cuando Rand se reuniera con Merana, pero eso no la preocupaba siempre y cuando no pusieran demasiados obstáculos.

—Lo prometo, Egwene al'Vere —aceptó finalmente Amys, en un tono tan duro y frío como piedra.

Probablemente la había ofendido que Egwene pidiera su promesa, pero la joven se

Librodot

sentía ahora como si le hubiesen quitado un peso de encima. Dos pesos. Rand y Merana no andaban a la greña, y Merana tendría ocasión de realizar aquello por lo que la habían enviado allí.

—Sabía que me dirías la pura verdad, Amys. No sabes cuánto me alegra oír eso. Si algo fuera mal entre Rand y Merana... Gracias.

Parpadeó, sobresaltada. Durante un fugaz instante, Amys apareció vestida con *cadin'sor.* También hizo un leve gesto con la mano. El lenguaje de señas de las Doncellas, tal vez. Ni Bair ni Melaine, que bebían su té, dieron señal de haberlo advertido. Amys debía de estar deseando encontrarse en cualquier otra parte, lejos del enredo que Rand había hecho con la vida de todo el mundo. Para una Sabia caminante de sueños sería embarazoso, vergonzoso, perder el control de sí misma en el *Tel'aran'rhiod* aunque sólo fuera por un momento. Para los Aiel, la vergüenza hacía más daño que el dolor físico, pero para que fuera una vergüenza tenía que verse. Si nadie lo advertía, o quienes lo notaban rehusaban darse por enterados, entonces era como si no hubiese ocurrido. Una gente rara, pero Egwene no deseaba avergonzar a Amys. Compuso el gesto y continuó como si no hubiese sucedido nada.

—Tengo que pediros un favor. Un gran favor. No le contéis a Rand, ni a nadie, lo mío. Me refiero a esto, —Levantó una punta de la estola. Los semblantes de las tres Sabias hacían que la tan cacareada calma Aes Sedai pareciera un juego de niños en comparación. En realidad semejaban tallas de piedra—. No quiero decir que mintáis —se apresuró a añadir. Conforme al *ji'e'toh,* pedirle a alguien que mintiera no era mucho mejor que mentir uno mismo—. Sólo que no lo mencionéis. Ya ha enviado a alguien a «rescatarme». —«Y anda que no se pondrá furioso cuando se entere de que me he librado de Mat enviándolo con Nynaeve y Elayne a Ebou Dar», pensó. Pero no le había quedado otro remedio que hacerlo—. No necesito que me rescate, y tampoco quiero que lo haga, pero Rand cree que sabe más que nadie. Me temo que podría venir en mi busca él mismo. —¿Qué la asustaba más? ¿Que apareciera solo, bramando furioso, en un campamento de trescientas Aes Sedai, o que acudiera con algunos de sus Asha'man? Un desastre, en cualquiera de los dos casos.

—Eso sería... lamentable —murmuró Melaine, comedida, aunque no era de las que se mordían la lengua a la hora de utilizar calificativos.

—El *Car'a'carn* es testarudo —rezongó Bair—. Tanto como cualquier hombre que conozco. Y como unas cuantas mujeres, dicho sea de paso.

—Mantendremos como información confidencial lo que nos has contado, Egwene al'Vere —manifestó gravemente Amys.

Egwene parpadeó, sorprendida, por la prontitud con que habían accedido. Claro que quizá no tenía tanto de sorprendente habida cuenta de que para ellas el *Car'a'carn* era sólo otro jefe, aunque de más rango, y ciertamente las Sabias tenían fama de ocultar a un jefe cosas que en su opinión no debía saber.

No quedaba mucho más que decir después de eso, si bien charlaron un rato mientras tomaban el té. Egwene deseaba ardientemente recibir una lección sobre caminar en los sueños, pero no podía pedirlo estando Amys presente. Amys se marcharía en tal caso, y ella deseaba la compañía de la Sabia más que aprender. Respecto a lo que estaba haciendo Rand actualmente, lo más que llegó a saber por las Sabias fue cuando Melaine rezongó que el *Car'a'carn* tendría que acabar con los Shaido y con Sevanna de una vez por todas, y tanto Bair como Amys le asestaron una mirada tan ceñuda que Melaine se puso colorada hasta las orejas. Después de todo, Sevanna era una Sabia, como Egwene sabía por propia y amarga experiencia. Ni siquiera se permitiría al *Car'a'carn* interferir con una Sabia aunque fuese Shaido. Tampoco Egwene podía darles detalles de sus circunstancias. Que ellas se hubiesen saltado la parte más humillante del asunto no hacía que menguara la vergüenza que sentiría hablando de ello. Resultaba muy difícil no volver al estilo de comportamiento, incluso de pensar, de los Aiel cuando se estaba con ellos; en realidad, Egwene creía que también sentiría vergüenza aunque nunca hubiese convivido con los Aiel. Además, por el modo en que se comportaban últimamente, el único tipo de consejo que le ofrecerían respecto a cómo vérselas con Aes Sedai era de una índole que ni siquiera Elaida intentaría seguir. El resultado, por

inaudito que pudiera parecer, podría ser un motín de las Aes Sedai. Peor aun, las Sabias ya tenían una opinión bastante mala de las Aes Sedai sin necesidad de que ella echase más leña al fuego. Egwene deseaba crear un vínculo entre las Sabias y la Torre Blanca con el tiempo, pero eso no ocurriría nunca a menos que se las ingeniara para sofocar esa lumbre que ya ardía. Otra cosa que todavía no tenía idea de cómo hacer.

—He de irme —dijo al cabo mientras se ponía de pie. Su cuerpo yacía dormido en la tienda, pero no se descansaba lo suficiente mientras se estaba en el *Tel'aran'rhiod.* Las otras también se levantaron—. Espero que todas tengáis mucho cuidado. Moghedien me odia, y no sería de extrañar que intentara hacer daño a cualquiera que sea mi amiga. Sabe muchísimo del Mundo de los Sueños. Por lo menos tanto como sabía Lanfear. —Era todo lo más que podía decirles para que estuviesen alertas sin manifestar que Moghedien quizá sabía mucho más que ellas. El orgullo Aiel podía ser muy susceptible. No obstante, las Sabias entendieron perfectamente lo que quería decirles, y no se dieron por ofendidas.

—Si los Depravados de la Sombra pretendieran hacernos daño —comentó Melaine—, creo que ya lo habrían intentado a estas alturas. Quizá piensen que no somos una amenaza para ellos.

—Hemos vislumbrado personas que deben de ser caminantes de sueños, incluidos hombres. —Bair sacudió la cabeza con incredulidad; a pesar de lo que sabía sobre los Renegados, seguía pareciéndole tan inaudito que hubiese caminantes de sueños varones como serpientes con patas—. Nos evitan. Todos ellos.

—Creo que somos tan fuertes como ellos —añadió Amys. En lo relativo al Poder Único, ella y Melaine no eran más fuertes que Theodrin y Faolain, lo que estaba lejos de significar que fueran débiles; de hecho, superaban a la mayoría de las Aes Sedai, pero también estaban lejos de igualar la fuerza de un Renegado. Empero, en el Mundo de los Sueños, el conocimiento del *Tel'aran'rhiod* a menudo era tan poderoso como el *Saidar,* a veces más incluso. Allí, Bair se hallaba a la par con cualquiera de las hermanas—. Pero tendremos cuidado. El enemigo al que subestimas es el que te mata.

Egwene tomó la mano de Amys y la de Melaine, y habría cogido también la de Bair si hubiese existido un modo de hacerlo. Al no ser así, la incluyó con una sonrisa.

—Nunca podré explicaros con palabras lo mucho que vuestra amistad significa para mí, lo que significáis vosotras. —A pesar de todo, eso era verdad—. El mundo entero parece estar cambiando de segundo en segundo. Vosotras tres sois uno de los contados puntos estables que quedan.

—El mundo está cambiando constantemente —dijo tristemente Amys—. Hasta las montañas se erosionan con el viento, y nadie puede subir la misma colina dos veces. Espero que siempre seamos amigas a tus ojos, Egwene al'Vere. Que encuentres siempre agua y sombra.

Sin más, desaparecieron, de vuelta a sus cuerpos.

Por primera vez, Egwene permaneció mirando, absorta, a *Callandor,* pero sin verla, hasta que de pronto se sacudió con ademán exasperado. Había estado pensando en el infinito campo de estrellas. Si se quedaba esperando el tiempo suficiente allí, el sueño de Gawyn volvería a encontrarla, la envolvería igual que lo harían sus brazos un momento después. Era una forma agradable de pasar el resto de la noche. Y un modo infantil de perder el tiempo.

Se obligó a regresar a su cuerpo dormido, pero no en un sueño corriente. Ya no lo hacía nunca. Ese rincón de su mente permanecía alerta en todo momento, catalogando los sueños, reteniendo en la memoria aquellos que predecían el futuro o que por lo menos daban alguna vislumbre del posible curso que podría tomar. Por lo menos ahora era capaz de hacer eso, aunque el único que había sabido interpretar hasta el momento era el que pronosticaba que Gawyn sería su Guardián. Las Aes Sedai llamaban a este Talento el Sueño, y Soñadoras a las mujeres que poseían ese don, todas salvo ella muertas hacía mucho tiempo, y sin embargo, como ocurría con caminar en los sueños, no tenía nada que ver con el Poder Único.

Quizá fuera inevitable que soñara primero con Gawyn, ya que había estado pensando en él.

Egwene se encontraba en medio de una vasta cámara en penumbra, donde todo en derredor resultaba impreciso. Todo salvo Gawyn, que se acercaba lentamente a ella. Un hombre alto, apuesto —¿había pensado alguna vez que Galad, su hermanastro, era más guapo que él?—, con el cabello dorado y los ojos del color azul más maravilloso que haber podía. Aún le faltaba un trecho por recorrer, pero la había visto; su mirada estaba clavada en ella como la de un arquero en la diana. Un apagado sonido, de algo crujiendo y desmenuzándose, le hizo bajar la vista al suelo. Y sintió que un grito subía a su garganta. Descalzo, Gawyn caminaba sobre un suelo de cristales rotos, y los fragmentos se partían con cada uno de sus lentos pasos. A pesar de la mortecina luz, Egwene podía ver el rastro de sangre que sus pies cortados iban dejando. Alzó bruscamente una mano, intentó gritar para que se detuviera, trató de correr hacia él, pero de repente se encontró en otro lugar.

Como ocurría en los sueños, Egwene flotaba sobre una calzada recta y larga que atravesaba una llanura herbosa; observaba fijamente a un hombre que montaba un corcel negro: Gawyn. Entonces se encontró de pie en mitad de la calzada, delante del jinete, y él sofrenó su montura. No porque esta vez la hubiese visto, sino porque la calzada, que antes era recta, ahora se bifurcaba exactamente en el punto en el que ella se hallaba parada, y los ramales se perdían por encima de altas colinas de manera que no podía verse lo que había más allá. Pero ella lo sabía, sin embargo. Uno de los caminos llevaba a una muerte violenta; el otro conducía a una larga vida y una muerte en la cama. En uno de ellos, Gawyn se casaría con ella; en el otro no. Egwene sabía lo que había más adelante, pero no cuál de ellos conducía a qué. De repente Gawyn la vio, o eso pareció, y sonrió; después dirigió al caballo hacia uno de los caminos... Y Egwene se encontró en otro sueño. Y en otro. Y en otro. Y en otro.

No todos tenían relación con el futuro. Sueños de estar besando a Gawyn, de correr por un fresco prado en primavera, con sus hermanas, como habían hecho de niñas, surgieron junto con pesadillas en las que unas Aes Sedai blandiendo varas la perseguían por corredores interminables, o en las que cosas informes saltaban de las sombras por doquier, o una Nicola sonriente la denunciaba a la Antecámara y Thom Merrilin se adelantaba para dar testimonio. Ésos los descartó; los demás los guardó para rememorarlos y repasarlos con la esperanza de lograr entender su significado.

Se encontró ante un muro inmenso, arañándolo, tratando de romperlo con las manos desnudas. No estaba hecho de ladrillos ni de piedras, sino de miles y miles de discos, cada uno de ellos la mitad blanco y la mitad negro: el antiguo símbolo Aes Sedai, igual a los siete sellos que en su momento habían cerrado la prisión del Oscuro. Ahora varios de esos sellos estaban rotos, a pesar de que ni siquiera el Poder Único podía partir el *cuendillar,* y el resto se habían vuelto frágiles, por alguna razón. Empero, el muro aguantaba firme por mucho que lo golpeaba. Era incapaz de romperlo. Tal vez lo importante era el símbolo. Tal vez lo que intentaba destruir era a las Aes Sedai, a la Torre Blanca. Tal vez...

Vio a Mat sentado en lo alto de una colina envuelta en la noche; contemplaba una grandiosa exhibición de fuegos artificiales de los Iluminadores. De repente, alzó bruscamente una mano y asió una de aquellas luces que estallaban en el cielo. Flechas de fuego salieron disparadas de su puño apretado, y una sensación de intenso miedo se apoderó de Egwene. Por eso morirían hombres. El mundo cambiaría. Pero el mundo ya había comenzado a cambiar; siempre lo hacía.

Unas correas ceñidas a su cintura y a sus hombros la mantenían inmovilizada sobre el tajo, y el hacha del verdugo descendió, pero sabía que alguien, en alguna parte, estaba corriendo, y que si corría lo bastante deprisa el hacha se detendría. Si no... En el rincón de su mente, Egwene se estremeció sacudida por un escalofrío.

Logain, riendo, caminó sobre algo en el suelo y subió a una piedra. Cuando Egwene miró hacia abajo, le pareció que era el cadáver de Rand sobre lo que había caminado; el cuerpo de Rand, tendido en un féretro, con las manos cruzadas sobre el pecho. Pero, cuando Egwene le tocó la cara, ésta se partió bajo sus dedos como un títere de papel.

Un halcón dorado extendió las alas y la tocó, y ella y el halcón se hallaban unidas de algún modo, pero lo único que sabía es que el ave era hembra. Un hombre yacía moribundo

Librodot

en un estrecho catre, y era importante que no muriera; pero fuera se estaba preparando una pira funeraria y unas voces entonaban cantos de gozo y tristeza. Un joven oscuro sostenía en la mano un objeto tan brillante que Egwene no alcanzaba a ver qué era.

Y los sueños siguieron llegándole, y Egwene los apartaba y clasificaba febrilmente, intentado comprenderlos desesperadamente. No había descanso en ello, pero había que seguir adelante. Haría lo que debía hacer.

CAPÍTULO 11

Un juramento

—Ordenasteis que se os despertara antes de salir el sol, madre.

Egwene abrió los ojos enseguida —había marcado de antemano despertarse a cierta hora, escasos segundos más tarde— y a despecho de sí misma echó la cabeza hacia atrás, contra la almohada, retirándose de la cara que había sobre ella. Severa bajo una fina película de transpiración, no era una imagen agradable para ver nada más despertar. La actitud de Meri era perfectamente respetuosa, pero su menuda y afilada nariz, el permanente gesto de la boca curvada hacia abajo por las comisuras, y los oscuros ojos cargados de censura ponían de manifiesto que nunca había visto a nadie la mitad de bueno de lo que debería o pretendía ser, y su tono frío daba un sentido completamente distinto a sus palabras.

—Espero que hayáis dormido bien, madre —dijo, mientras que con su expresión manifestaba una acusación de pereza. Su cabello negro, peinado en prietos moños sobre las orejas, parecía atirantar dolorosamente su rostro. La ropa austera, de un apagado color gris oscuro, que llevaba siempre por mucho que la hiciera sudar contribuía a reforzar el aire lóbrego que irradiaba de la mujer.

Egwene bostezó; lástima que no hubiera conseguido disfrutar de un poco de descanso de verdad. Se levantó del estrecho catre, se frotó los dientes con sal, y se lavó la cara y las manos mientras Meri le preparaba el vestido, las medias y una muda limpia. Luego tuvo que sufrir que la peinara. Porque «sufrir» era la palabra adecuada.

—Me temo que para desenredar estos nudos tendré que daros tirones, madre —murmuró la desabrida mujer mientras pasaba el cepillo por el pelo de Egwene, que estuvo a punto de contestar que no se lo había enredado a propósito mientras dormía.

—Tengo entendido que descansaremos hoy aquí, madre.

Haraganería, parecía decir el reflejo de Meri en el espejo.

—Este tono azul hará resaltar vuestra tez, madre —comentó Meri mientras abrochaba los botones del vestido a Egwene, en tanto que el gesto de su cara era una acusación de vanidad.

Sintiendo un gran alivio al pensar que esa noche sería Chesa quien la atendería, Egwene se puso la estola y se marchó casi sin dar tiempo a que la mujer terminara.

Ni siquiera un filo del sol asomaba aún por las colinas del este. El paisaje en derredor se encorvaba por doquier en lomas y montículos irregulares que en algunos casos tenían decenas e incluso cientos de metros de altura; muchos daban la impresión de que unos monstruosos dedos los hubiesen estrujado. Las sombras de la penumbra bañaban el campamento, extendido en uno de los amplios valles que había entre las elevaciones, pero la gente ya estaba despierta en aquel calor que nunca cesaba del todo. El olor de desayunos preparándose impregnaba el aire, y, aunque no con las prisas de un día normal de marcha, había personas atareadas, moviéndose de aquí para allí. Las novicias, con sus vestidos blancos, iban y venían casi a la carrera; una novicia lista siempre realizaba sus tareas tan deprisa como podía. Ni que decir tiene que los Guardianes no parecían moverse con premura, pero hasta los sirvientes que llevaban los desayunos a las Aes Sedai parecían caminar a zancadas esa mañana. O casi, en comparación con las novicias. Todo el campamento estaba sacando provecho de la parada de un día. Un repiqueteo metálico y una maldición cuando se soltó una palanca articulada, con la

que se levantaban y fijaban grandes pesos, indicó que los carreteros estaban haciendo reparaciones; el lejano martilleo revelaba que los herreros se dedicaban a cambiar las herraduras gastadas de los caballos. Una docena de fabricantes de velas ya tenían colocados en hilera sus moldes y los cazos puestos al fuego para derretir los churretes de cera trabajosamente reunidos y los restos de todas las velas que ya habían ardido. Sobre las lumbres, otras ollas más grandes y negras calentaban el agua para baños y coladas, y hombres y mujeres amontonaban ropas cerca de ellas. Egwene apenas prestó atención a toda aquella actividad.

La cosa era que estaba segura de que Meri no lo hacía a propósito; no podía evitar tener esa cara. Aun así, tenerla de doncella era tan desagradable como tener a la propia Romanda. La idea hizo que se echara a reír. Si Romanda fuera doncella de una dama, a no tardar tendría a su señora más derecha que una vela, y enseguida sería ella la que daría órdenes y la otra la que correría a obedecer para cumplir encargos. Un cocinero de cabello gris hizo una pausa en su tarea de rastrillar las ascuas de un horno de hierro para devolverle una sonrisa divertida, como compartiendo su buen humor. Durante un instante, al menos. Hasta que cayó en la cuenta de que estaba sonriendo a la Sede Amyrlin, no sólo a una joven que pasaba por allí, y la sonrisa se torció en su boca al tiempo que realizaba una brusca reverencia para, acto seguido, volver a su trabajo.

Si se libraba de Meri, Romanda buscaría otra espía. Y Meri volvería a pasar hambre por los caminos, de pueblo en pueblo. Al ajustarse el vestido —en realidad se había marchado antes de que la mujer terminara de colocárselo bien— los dedos de Egwene toparon con una pequeña bolsita de lino, con los cordones sujetos en la parte posterior del cinturón. No tuvo que soltarla y llevársela a la nariz para oler los pétalos de rosa y una mezcla de hierbas con aroma fresco. Soltó un suspiro. Con una cara que nada tenía que envidiar a la de un verdugo, espiando para Romanda sin lugar a dudas, y todavía esa mujer trataba de realizar su trabajo lo mejor posible. ¿Por qué las cosas nunca eran sencillas?

Al acercarse a la tienda que utilizaba como despacho —muchos la llamaban el estudio de la Amyrlin, como si estuviera en los aposentos de la Torre— una sombría satisfacción reemplazó su preocupación por Meri. Cada vez que paraban durante un día en un sitio, Sheriam ya se instalaba allí antes que ella, con un enorme montón de hojas de peticiones: una lavandera que imploraba clemencia por el cargo de robo que le habían imputado cuando la habían sorprendido con joyas cosidas por dentro del vestido; o un herrero que pedía referencias para su trabajo, las cuales no podría utilizar a menos que tuviera intención de marcharse, y puede que ni siquiera entonces; una mujer guarnicionera que rogaba a la Amyrlin que orara por ella para dar a luz una hija; uno de los soldados de lord Bryne que solicitaba la bendición personal de la Amyrlin para su boda con una costurera. Y siempre había un montón de solicitudes de las novicias más antiguas, apelando contra visitas a Tiana e incluso trabajos extra. Cualquiera tenía derecho a presentar peticiones a la Amyrlin, pero los que se hallaban al servicio de la Torre rara vez lo hacían, y las novicias nunca. Egwene sospechaba que Sheriam forzaba la situación para que hubiera peticionarios, algo con lo que tener ocupadas las zarpas del gato y así evitar que le enredara el ovillo mientras ella, la Guardiana, se ocupaba de lo que consideraba realmente importante. Esa mañana Egwene se sentía muy capaz de hacer que Sheriam se comiera esas peticiones para desayunar.

Cuando entró en la tienda, sin embargo, la Guardiana no se encontraba allí. Lo que quizá no debía sorprenderla, habida cuenta de lo ocurrido la noche anterior. No obstante, la tienda no estaba vacía.

—Que la Luz os ilumine esta mañana, madre —saludó Theodrin al tiempo que hacía una profunda reverencia, de modo que los flecos marrones de su chal se mecieron. Poseía toda la gracia legendaria de las domani, bien que el alto cuello de su vestido resultaba muy modesto. Las domani no eran famosas por su modestia, precisamente—. Hicimos lo que ordenasteis, madre, pero nadie vio acercase a ninguna persona a la tienda de Marigan anoche.

—Algunos de los hombres recordaron ver a Halima —añadió Faolain con acritud y haciendo una reverencia mucho más superficial—, pero aparte de eso ni siquiera recuerdan si

Librodot

se acostaron o no. —A muchas mujeres no les gustaba la secretaria de Delana, pero lo que ensombreció aún más el ya de por sí severo semblante de Faolain fue su siguiente comentario—. Nos encontramos con Tiana mientras deambulábamos por el campamento. Nos ordenó regresar a la cama y a toda prisa.

En un ademán inconsciente, se acarició el chal de flecos azules. Según Siuan, las nuevas Aes Sedai llevaban puesto el chal más a menudo de lo necesario. Egwene les dedicó una sonrisa que confiaba pareciera cordial y ocupó su sitio detrás de la pequeña mesa con mucho cuidado; aun así, la silla se ladeó un momento, hasta que Egwene se agachó y colocó bien la pata. El borde de un pergamino doblado asomaba por debajo de un tintero de piedra. Habría lanzado las manos por él, pero se obligó a mantenerlas quietas. Ya eran demasiadas las hermanas que consideraban innecesaria la cortesía, pero Egwene no sería una de ellas. Además, esas dos tenían derecho a un trato correcto por su parte.

—Lamento vuestras dificultades, hijas. —Ascendidas a Aes Sedai por un decreto de Egwene cuando ésta había sido nombrada Amyrlin, se enfrentaban al mismo problema que ella, pero sin contar con el escudo de la estola de la Amyrlin, si bien tal escudo había resultado de muy poca ayuda. La mayoría de las hermanas se comportaban como si todavía fueran Aceptadas. Lo que sucedía dentro de cada Ajah rara vez salía a la luz, pero se rumoreaba que realmente habían tenido que suplicar su admisión y que había nombrado guardianas para que supervisaran su comportamiento. Algo inaudito, nunca visto, que no obstante todas dieron por sentado. No les había hecho un favor con el nombramiento, pero ésa también había sido una medida necesaria—. Hablaré con Tiana. —Puede que sirviera de algo. Durante un día o una hora.

—Gracias, madre —dijo Theodrin—, pero no es necesario que os molestéis. —Aun así, también ella toqueteó su chal—. Tiana quería saber por qué estábamos levantadas tan tarde —añadió al cabo de un momento—, pero no se lo dijimos.

—No hacía falta que lo guardarais en secreto, hija. —Sin embargo, qué lastima que no hubiesen conseguido encontrar un testigo. El rescatador de Moghedien seguiría siendo una sombra entrevista. Lo que siempre despertaba más miedo. Miró de refilón el pequeño pico de papel, muerta de ganas de leerlo. A lo mejor Siuan había descubierto algo—. Gracias a las dos.

Theodrin comprendió que era una frase con la que las estaba despidiendo e hizo intención de marcharse, pero se detuvo al advertir que Faolain no se movía de su sitio.

—Ojalá hubiese sostenido ya la Vara Juratoria —le dijo Faolain a Egwene en tono frustrado—, para que así supieseis que lo que voy a deciros es verdad.

—No es momento de molestar a la Amyrlin —empezó Theodrin, que entrelazó las manos y observó a Egwene. La paciencia se mezclaba con algo más en su semblante. Obviamente la más fuerte de las dos con el Poder, siempre tomaba el mando, pero esta vez se mostraba dispuesta a quedarse en segundo término. Egwene se preguntó con qué propósito.

—No es la Vara Juratoria la que hace Aes Sedai a una mujer, hija. —Pensaran lo que pensaran otras, añadió Egwene para sus adentros—. Dime la verdad y te creeré.

—No me gustáis. —La mata de pelo oscuro y rizoso de Faolain se meció cuando la mujer sacudió la cabeza para dar énfasis a sus palabras—. Debéis saberlo. Probablemente penséis que os traté con mezquindad cuando erais novicia, cuando regresasteis a la Torre Blanca después de haber huido, pero sigo creyendo que no recibisteis ni la mitad del castigo que os merecíais. Tal vez que admita eso ayude a que creáis que hablo con sinceridad. No se trata de que no tengamos otra opción. Romanda nos ofreció tomarnos bajo su protección, y lo mismo hizo Lelaine. Aseguraron que se ocuparían de que fuéramos sometidas a la prueba y ascendidas como era debido tan pronto como regresemos a la Torre. —Su gesto se tornó más torvo, y Theodrin puso los ojos en blanco y tomó la palabra.

—Madre, lo que Faolain intenta decir con todos esos balbuceos y sin ir al grano es que no nos hemos adherido a vos porque no tengamos más remedio. Y tampoco lo hicimos por agradecimiento a que nos entregaseis el chal. —Frunció los labios como si pensara que ascenderlas a Aes Sedai del modo que Egwene había hecho no era realmente un regalo que

Librodot

inspirara demasiada gratitud.

—Entonces ¿por qué? —inquirió Egwene mientras se echaba hacia atrás. La silla se tambaleó ligeramente, pero aguantó.

Faolain intervino antes de que Theodrin tuviese tiempo de abrir la boca.

—Porque sois la Sede Amyrlin. —Todavía parecía enfadada—. Nos damos cuenta de lo que pasa. Algunas de las hermanas piensan que sois un títere de Sheriam, pero la mayoría cree que son Romanda y Lelaine quienes os dicen dónde y cuándo dar un paso. Eso no está bien. —Su semblante se tornó ceñudo—. Me marché de la Torre porque lo que hizo Elaida no era lo correcto. Os ascendieron a Amyrlin. Así pues, soy vuestra. Si queréis aceptarme. Si podéis confiar en mí sin la Vara Juratoria. Tenéis que creerme.

—¿Y tú, Theodrin? —preguntó quedamente Egwene, ejerciendo todo su control para mantener una expresión impasible. Saber lo que las hermanas pensaban ya era bastante malo; oírlo en voz alta era... doloroso.

—También soy vuestra —manifestó Theodrin—, si queréis aceptarme. —Extendió las manos en un ademán despectivo—. No somos gran cosa, lo sé, pero al parecer somos todo lo que tenéis. He de admitir que estaba indecisa, madre. Faolain es quien insistió en que hiciésemos esto. Francamente... —Volvió a ajustarse el chal sin necesidad, y su voz cobró firmeza—. Francamente, no veo cómo podéis imponeros a Romanda y a Lelaine. Pero intentamos comportarnos como Aes Sedai aunque todavía no lo seamos realmente. No lo seremos, madre, digáis lo que digáis, hasta que las otras hermanas nos vean como Aes Sedai, y eso no ocurrirá hasta que hayamos pasado la prueba y prestado los Tres Juramentos.

Egwene sacó de un tirón el trozo de pergamino doblado debajo del tintero y lo toqueteó mientras reflexionaba. ¿Que Faolain era la impulsora que había detrás de esto? Era algo tan increíble como que un lobo se hiciese amigo del pastor. Sospechaba que «no gustar» era una forma suave de expresar lo que Faolain sentía hacia ella, y la mujer debía de saber que Egwene difícilmente la veía como una amiga potencial. Si habían aceptado el arreglo ofrecido por cualquiera de las dos Asentadas, mencionar esa oferta podía ser un buen modo de echar abajo sus sospechas.

—Madre —dijo Faolain, y enmudeció, al parecer sorprendida consigo misma. Era la primera vez que se dirigía a Egwene con ese tratamiento. Tras hacer una profunda inhalación, continuó—: Madre, sé que debe de costaros mucho creernos, ya que no hemos sostenido la Vara Juratoria, pero...

—Querría que dejaras de sacar eso a colación —la interrumpió Egwene. Era aconsejable actuar con prudencia, pero no podía permitirse el lujo de rechazar todas las ofertas de ayuda por miedo a las intrigas—. ¿Piensas que todo el mundo cree a las Aes Sedai por los Tres Juramentos? La gente que conoce a las Aes Sedai sabe que una hermana puede dar la vuelta a la verdad y transformarla de arriba abajo si así lo quiere. En mi opinión, creo que los Tres Juramentos perjudican tanto como ayudan, y puede que incluso más. Os creeré hasta que me entere de que me habéis mentido, y confiaré en vosotras hasta que demostréis que no merecéis esa confianza. Igual que hace el resto de la gente entre sí. —Pensándolo bien, los Juramentos no cambiaban eso. Las más de las veces creer en la fidelidad de una hermana requería confiar en ella. Los Juramentos sólo conseguían aumentar el recelo sobre ellos, preguntándose si se estaban manipulando y cómo—. Otra cosa más. Vosotras dos sois Aes Sedai. No quiero volver a oír una palabra respecto a no haber pasado la prueba ni sostener la Vara Juratoria ni nada por el estilo. Ya es bastante que tengáis que afrontar esa estupidez para que además estéis repitiéndolo como papagayos. ¿He hablado con suficiente claridad?

Las dos mujeres plantadas al otro lado de la mesa musitaron apresuradamente que sí lo había hecho y después intercambiaron una larga mirada. Esta vez era Faolain la que parecía indecisa. Finalmente, Theodrin rodeó la mesa para arrodillarse junto a la silla de Egwene y besar su sello.

—Por la Luz y por mi esperanza de salvación y renacimiento, yo, Theodrin Dabei, os juro lealtad, Egwene al'Vere, para serviros fielmente y obedeceros a costa de mi vida y mi honor. —Se quedó mirándola, expectante.

Egwene no pudo menos de asentir con la cabeza. Eso no formaba parte del ritual Aes Sedai; era la fórmula con que los nobles juraban fidelidad a un dirigente. Algunos gobernantes ni siquiera recibían un juramento tan serio. Empero, no bien se había levantado Theodrin, con una sonrisa de alivio, cuando Faolain ocupó su lugar.

—Por la Luz y por mi esperanza de salvación y renacimiento, yo, Faolain Orande...

Era todo lo que habría podido desear y más. De cualquiera de las otras hermanas, al menos, a las que probablemente ni siquiera se podría mandar traer el guardapolvo si se levantaba el viento.

Cuando Faolain hubo acabado, permaneció de rodillas, pero en una postura tiesa.

—Madre, está el asunto de mi penitencia. Por lo que os he dicho de que no me gustabais. Me la impondré yo misma, si queréis, pero estáis en vuestro derecho de marcarla vos. —Su voz era tan dura como su porte.

Egwene se mordió el labio, a punto de soltar una risa. Mantener el semblante impasible le exigió un verdadero esfuerzo; quizá lo tomaran por un hipo. Por mucho que proclamaran que no eran verdaderas Aes Sedai, Faolain acababa de demostrar que lo era con creces. A veces las hermanas se marcaban penitencias a fin de lograr un equilibrio entre el orgullo y la humildad —tal equilibrio se valoraba mucho, supuestamente, y era la única razón que solían dar— pero ciertamente ninguna buscaba que le fuera impuesta. La penitencia establecida por otra podía resultar bastante dura, y se suponía que la Amyrlin era más dura en este aspecto que los Ajahs. En cualquier caso, no obstante, muchas hermanas hacían una altanera exhibición de sometimiento a la mayor voluntad de las Aes Sedai, una demostración arrogante de su falta de arrogancia. El orgullo de la humildad, lo llamaba Siuan. Egwene se planteó ordenar a la mujer que se comiera una pastilla de jabón sólo para ver su expresión —Faolain tenía una lengua mordaz— pero en cambio...

—No impongo castigos por decir la verdad, hija. O porque esa verdad no me guste. Puedes seguir albergando ese sentimiento de desagrado, siempre y cuando mantengas tu juramento. —Y era un juramento que nadie rompería excepto un Amigo Siniestro. Con todo, siempre había formas de eludir casi todo. Sin embargo, un palo frágil era mejor que nada si se estaba rechazando a un oso.

Faolain abrió unos ojos como platos, y Egwene suspiró mientras le indicaba que se levantara con un gesto. De haber sido la situación al contrario, Faolain le habría hecho morder el polvo.

—Os encargo unas tareas para empezar, hijas —continuó.

Las dos escucharon atentamente, Faolain sin parpadear siquiera y Theodrin con el índice sobre los labios en ademán pensativo, pero en esta ocasión, cuando les dijo que podían marcharse, respondieron «Como ordenéis, madre» al unísono y haciendo una reverencia.

Pero el buen talante de Egwene no duró mucho. Meri llegó con su desayuno en el momento en que Theodrin y Faolain se marchaban, y cuando Egwene le dio las gracias por la poma de pétalos de rosa dijo:

—Tengo alguno que otro rato libre, madre.

Por su expresión, podía ser una acusación de que Egwene la hacía trabajar en exceso o que ella no trabajaba lo suficiente. Compota elaborada con frutas ácidas, ni más ni menos. En realidad, el rictus de la mujer habría podido amargar el té de menta y endurecer el crujiente panecillo hasta convertirlo en un trozo de piedra. Egwene la despidió antes de ingerir el desayuno. El té, en cualquier caso, estaba flojo. Era una de las cosas que escaseaban en el campamento.

La nota que había cogido de debajo del tintero tampoco resultó ser un bocado agradable. «Nada interesante en el sueño» informaba la fina escritura de Siuan. De modo que ella también había estado en el *Tel'aran'rhiod* la noche anterior; hacía mucha labor de espionaje allí. No importaba si había buscado alguna pista de Moghedien —aunque eso habría sido una estupidez colosal— o cualquier otra cosa: nada era nada.

Egwene torció el gesto, y no sólo por ese «nada». Que Siuan hubiese estado la noche anterior en el *Tel'aran'rhiod* significaba la visita de Leane en algún momento del día,

Librodot

protestando. Siuan ya no tenía permiso para utilizar un *ter'angreal* del sueño; no desde que había intentado enseñar algo sobre el Mundo de los Sueños a las otras hermanas. No se debía a que supiera mucho más que ellas, que no lo sabía, ni que fueran muy pocas las hermanas que creyeran que necesitaban una maestra para aprender nada, pero Siuan tenía una lengua hiriente y ninguna paciencia. Por lo general se las arreglaba para controlar el genio, pero dos estallidos gritando y agitando los puños le valieron la negativa a tener acceso a los *ter'angreal,* y podía considerarse afortunada de que las cosas quedaran así. Por el contrario, a Leane le proporcionaban uno cada vez que lo pedía, y frecuentemente Siuan lo usaba a escondidas. Ésa era una de las manzanas de la discordia que había realmente entre ellas: las dos habrían visitado el *Tel'aran'rhiod* cada noche de haber podido hacerlo.

Con una mueca, Egwene encauzó una mínima chispa de Fuego hacia una esquina del pergamino y sostuvo el papel hasta que se quemó muy cerca de sus dedos. No quedaba nada que pudiese descubrir alguien que rebuscara entre sus cosas para informar allí donde levantaría sospechas.

Casi había acabado de desayunar y seguía sola; eso no era habitual. Tal vez Sheriam estuviese intentando esquivarla, pero Siuan tendría que estar ya allí. Se metió en la boca el último trozo de panecillo y lo pasó con el sorbo que le quedaba de té, tras lo cual se levantó para ir a buscarla, en el preciso momento en que Siuan entraba en la tienda. De haber tenido cola, la mujer la habría estado sacudiendo a uno y otro lado.

—¿Dónde has estado? —demandó Egwene al tiempo que creaba una salvaguarda contra oídos indiscretos.

—Aeldene me hizo salir de la cama antes de amanecer —gruñó Siuan, que se dejó caer en una de las banquetas—. Aún cree que podrá sacarme la lista de los informadores de la Amyrlin. ¡Nadie la tendrá! ¡Nadie!

Cuando Siuan había llegado a Salidar, todavía como una mujer neutralizada en plena huida, una Amyrlin depuesta que el mundo daba por muerta, las hermanas podrían no haberle permitido quedarse a no ser porque conocía no sólo la red de informadores de la Sede Amyrlin, sino también la del Ajah Azul, que había tenido a su cargo antes de ser ascendida a la estola. Aquello le había dado cierta influencia, al igual que a Leane su red de informadores dentro de la propia Tar Valon. La llegada de Aeldene Puente de Piedra, que había ocupado su puesto en el Ajah Azul, había cambiado la situación de Siuan. Aeldene había organizado un escándalo porque los informes de un puñado de agentes del Azul con los que Siuan había logrado ponerse en contacto llegaran a las manos de mujeres que no pertenecían al Ajah. Que su propia posición se hubiese descubierto —se suponía que sólo dos o tres hermanas estaban enteradas, incluso entre las Azules— enfureció a Aeldene hasta lo indecible. No sólo le arrebató el control de la red de las Azules, no sólo reconvino a Siuan en un tono tan alto que debió de oírse a un kilómetro, sino que faltó poco para que le echara las manos al cuello. Aeldene era natural de un pueblo minero andoreño, en las Montañas de la Niebla, y se comentaba que su nariz torcida se debía a haber luchado a puñetazos cuando era pequeña. La reacción de Aeldene había dado ideas a otras.

Egwene regresó a su silla inestable y apartó a un lado la bandeja del desayuno.

—Aeldene no te lo quitará, Siuan, ni ninguna otra persona. —Cuando Aeldene reclamó la red de informadores de las Azules, otras empezaron a pensar que el Azul no tenía por qué disponer también de la red de la Amyrlin. Nadie sugirió que debería estar en manos de Egwene. Era la Antecámara quien debía tener control sobre esa red. Era lo que afirmaban Romanda y Lelaine. Ambas intentaban ser la que estuviese a cargo, desde luego, la que recibiera en primer lugar esos informes, porque ser la primera en saber algo tenía ventajas. Aeldene opinaba que esos informadores debían sumarse a la red de las Azules puesto que Siuan era una Azul. Al menos Sheriam se conformaba simplemente con que le entregaran todos los mensajes que Siuan recibía. Lo que ocurría por regla general—. No pueden obligarte a entregarlo.

Egwene volvió a llenar la taza de té, y la dejó, así como el tarro azul de miel, en la esquina de la mesa más próxima a Siuan, pero ésta se limitó a mirarlos fijamente. Su rabia se

había esfumado; estaba hundida en la banqueta.

—Una nunca piensa realmente en su fuerza —dijo, como si hablara consigo misma—. Es consciente de ello si supera a otra, pero no lo piensa. Sólo sabe que la otra la respeta o que una la respeta a ella cuando es al contrario. Antes no había nadie más fuerte que yo. Nadie, desde... —Bajó la vista a sus manos, que se movían con nerviosismo sobre el regazo—. A veces, cuando Romanda me está machacando, o Lelaine, la conciencia de mi debilidad me asalta como un vendaval. Ahora me superan de tal modo que debería contener la lengua hasta que me diesen permiso para hablar. Hasta Aeldene lo es, y ella está en un nivel intermedio. —Se obligó a levantar la cabeza; tenía la boca tirante y su tono era amargo—. Supongo que estoy ajustándome a la realidad. Eso es algo que también está arraigado en nosotras, lo llevamos muy dentro antes incluso de pasar la prueba para acceder al chal. Pero no me gusta. ¡No me gusta!

Egwene cogió la pluma que estaba junto al tintero y el recipiente de arena; jugueteó con ella mientras elegía cuidadosamente las palabras.

—Siuan, sabes lo que opino sobre lo que es necesario que se cambie. Hay muchas cosas que hacemos simplemente porque las Aes Sedai las han hecho siempre así. Pero se están produciendo cambios, por mucho que algunas crean que todo volverá a ser como antes. Dudo que haya habido alguien ascendida a Amyrlin sin antes ser Aes Sedai. —Tal afirmación habría suscitado un comentario sobre los informes secretos de la Torre Blanca; Siuan repetía a menudo que no había una sola cosa que no hubiese pasado al menos una vez en la historia de la Torre, aunque al parecer eso sí era la primera vez que ocurría. La otra mujer siguió callada, hundida en la silla como un saco vacío, desalentada—. Siuan, el método de las Aes Sedai no es el único, y no siempre ha sido el ideal. Tengo intención de que hagamos las cosas del mejor modo posible, y quienquiera que no aprenda a cambiar o no quiera hacerlo, más le vale que aprenda a aguantarse. —Se inclinó sobre la mesa, procurando que su expresión fuera animosa—. No he conseguido descubrir qué método siguen las Sabias para establecer la prioridad, pero no es la fuerza en el Poder la que lo determina. Hay mujeres que encauzan y muestran deferencia hacia otra que no puede. Una de ellas, Sorilea, jamás habría llegado al grado de Aceptada, y sin embargo hasta la más fuerte en el Poder la obedece sin rechistar.

—Espontáneas —respondió en tono displicente Siuan, pero faltaba convicción en su voz.

—Bien, fijémonos pues en las Aes Sedai. A mí no me nombraron Amyrlin porque sea la más fuerte. Se elige a las mujeres más inteligentes para la Antecámara o para ser embajadoras o consejeras, o, al menos, a las más capacitadas, las más hábiles, no a las que tienen más fuerza. —Mejor no mencionar en qué eran diestras, aunque ciertamente Siuan también poseía esas habilidades en particular.

—¿La Antecámara? Podrían mandarme llevarles té. Podrían mandarme barrer cuando hubiesen acabado la reunión.

Egwene se recostó en la silla y soltó la pluma. Habría querido sacudirla. Siuan había seguido adelante cuando no podía encauzar ni poco ni mucho, ¿y ahora le entraba la flojera? Estaba a punto de contarle lo de Theodrin y Faolain —eso le levantaría un poco el ánimo y merecería su aprobación— cuando vio a una mujer de tez olivácea, con un amplio sombrero gris que le protegía la cara del sol, pasar a caballo por delante de las solapas abiertas de la tienda, aparentemente absorta en sus pensamientos.

—Siuan, es Myrelle. —Deshizo la salvaguarda y corrió al exterior—. Myrelle —llamó.

Siuan necesitaba una victoria para quitarse el mal sabor de boca por ser tratada sin miramientos, y esto podía servir. Myrelle era una de las hermanas del pequeño grupo de Sheriam, y al parecer, si eran ciertas las sospechas de Siuan, guardaba un secreto muy personal.

La mujer frenó a la alazana y miró en derredor; dio un respingo al ver a Egwene. A juzgar por su reacción, la hermana Verde no se había dado cuenta de la zona del campamento por la que estaba pasando. Un fino guardapolvo colgaba a su espalda, sobre el vestido de montar de color gris claro.

Librodot

—Madre —dijo, vacilante—, si me disculpáis, he de...

—No te disculpo —la interrumpió Egwene, haciéndola encogerse. Cualquier duda que pudiese albergar respecto a que Myrelle no estuviera enterada de lo ocurrido la noche anterior por Sheriam se borró de un plumazo—. Hablaré contigo. Ahora.

Siuan también había salido, pero, en lugar de mirar a la hermana que desmontaba a regañadientes, tenía clavada la vista en la hilera de tiendas, observando fijamente a un hombre corpulento y canoso que llevaba un peto abollado sobre la chaqueta de color ocre y que montaba un gran bayo conduciéndolo hacia ellas. Su presencia allí era una sorpresa. Por lo general lord Bryne se comunicaba con la Antecámara a través de un mensajero, y sus contadas visitas se terminaban casi siempre antes de que Egwene supiera que había estado allí. Siuan adoptó una expresión de serenidad de Aes Sedai tal que casi hacía olvidar la juventud de su rostro.

Tras lanzar una fugaz ojeada a Siuan, Bryne desmontó e hizo una reverencia, manejando la espada con sobria gracia. Era un hombre de rostro curtido, de mediana talla, pero que debido a su modo de moverse y actuar daba la sensación de ser más alto. No había nada llamativo ni especial en él; su rostro cubierto de sudor le daba la apariencia de un hombre que estuviese en plena faena, realizando un trabajo corporal.

—Madre, ¿puedo hablar con vos? A solas.

Myrelle se volvió como si fuera a marcharse.

—¡Quieta ahí! —espetó Egwene—. ¡Quédate donde estás!

Myrelle se quedó boquiabierta. Su sorpresa parecía ocasionada tanto por su propia obediencia como por el tono imperativo de Egwene; la expresión se borró para dar paso a otra de agria resignación, que a su vez quedó oculta rápidamente bajo una fachada de impasibilidad. Una impavidez que desmentía el modo con que sus dedos jugueteaban con las riendas.

Bryne ni siquiera parpadeó, aunque Egwene estaba segura de que al menos tenía cierta idea de su situación. Egwene sospechaba que había pocas cosas que lo sorprendieran o lo alteraran. Su sola presencia había hecho que Siuan se pusiera a la defensiva, aunque por lo visto era ella la que empezaba casi todas las discusiones con el hombre. De hecho, se había puesto en jarras y tenía clavada la mirada en él, una mirada que no presagiaba nada bueno y que habría puesto nervioso a cualquiera aunque no hubiese provenido de una Aes Sedai. El hecho de que Myrelle estuviese allí seguramente tenía mucho que ver. Quizá.

—Tenía intención de pediros que os reunieseis conmigo esta tarde, lord Bryne. Ya que habéis venido, os lo pido personalmente ahora. —Había preguntas que quería hacerle—. Podremos hablar entonces. Si me disculpáis, he de atender otros asuntos.

En lugar de aceptar su indicación de que se marchara, Bryne anunció:

—Madre, una de mis patrullas encontró algo justo antes de amanecer, algo que creo que deberíais ver vos misma. Puedo tener dispuesta una escolta en...

—No es preciso —lo interrumpió—. Myrelle, vendrás con nosotros. Siuan, ¿querrás pedir que alguien me traiga mi caballo, por favor? Sin demora.

Hacerse acompañar por Myrelle sería mejor que enfrentarse a ella allí, si es que las pistas relacionadas por Siuan apuntaban realmente hacia algo concreto, y también mientras cabalgaban podría preguntar a Bryne lo que quería. Pero no era por ninguna de esas razones por lo que tenía tanta prisa. Acababa de localizar a Lelaine caminando hacia allí entre las filas de tiendas, con Takima a su lado. Con una sola excepción, todas las mujeres que ya eran Asentadas antes de que Siuan fuera depuesta se habían decantado a favor de Lelaine o de Romanda. La mayoría de las Asentadas elegidas recientemente actuaban según su propio criterio, lo que era un poco mejor en opinión de Egwene. Sólo un poco.

Incluso a cierta distancia la postura de los hombros de Lelaine era inequívoca: estaba dispuesta a pasar por encima de cuanto encontrara en su camino. Siuan la vio también y salió disparada sin detenerse siquiera a hacer una reverencia, pero no había tiempo para llevar a cabo una retirada a menos que Egwene se montara en el caballo de lord Bryne.

Lelaine se plantó delante de ella, pero fue en Bryne en quien clavó una mirada incisiva,

calculadora, como conjeturando qué era lo que hacía allí. Sin embargo, era otro pez más grande el que quería poner en el asador.

—He de hablar con la Amyrlin —dijo perentoriamente, y señaló a Myrelle—. Tú espera aquí; hablaré contigo después.

Bryne hizo una reverencia, no muy marcada, y condujo su caballo hacia donde le indicaba la mujer. Cualquier hombre con dos dedos de frente aprendía enseguida que discutir con una Aes Sedai servía de poco, y con una Asentada, menos o nada.

Antes de que Lelaine tuviera tiempo de abrir la boca, Romanda apareció de repente allí, irradiando un halo de autoridad tan fuerte que al principio Egwene ni siquiera advirtió que Varilin estaba con ella, y eso que la esbelta y pelirroja Asentada del Ajah Gris era varios centímetros más alta que la mayoría de los hombres. Lo único sorprendente era que Romanda no hubiese aparecido antes. Ella y Lelaine se vigilaban como halcones, sin dejar que la otra estuviese con Egwene a solas. El brillo del *Saidar* rodeó a ambas mujeres al mismo tiempo, y las dos tejieron una salvaguarda alrededor de las cinco para que nadie oyera lo que hablaban. Sus miradas chocaron en unos rostros absolutamente fríos e impasibles, pero ninguna deshizo su barrera.

Egwene se mordió la lengua. En un lugar público, dependía de la hermana más fuerte decidir si una conversación debía mantenerse sin que la oyeran otros, aunque el protocolo establecía que la Amyrlin tomaba esa decisión siempre que estuviese presente. Empero, no tenía ganas de escuchar las explicaciones que tendrían poco de disculpa si sacaba a relucir ese tema. Si presionaba, acabarían accediendo, naturalmente. Aunque, eso sí, comportándose como si quisieran calmar a una niñita irascible. Se mordió la lengua e hirvió de rabia por dentro. ¿Dónde se había metido Siuan? No, estaba siendo injusta; ensillar unos caballos requería unos minutos. ¡Luz, le dolía tanto la cabeza que habría querido llevarse las manos a las sienes!

Romanda fue quien apartó la mirada, pero no con aire de derrota. Se volvió hacia Egwene tan de repente que Lelaine se quedó con los ojos clavados en el vacío, como una idiota.

—Delana está causando problemas otra vez. —Su voz de timbre agudo sonó casi dulce, pero albergaba un deje cortante que ponía énfasis a la falta de un título de respeto. Romanda tenía el cabello completamente gris, y lo llevaba recogido en un moño en la nuca, pero desde luego la edad no la había ablandado.

Takima, con el largo cabello negro y una tez del color del marfil viejo, llevaba casi nueve años siendo Asentada Marrón, y se mostraba tan enérgica en la Antecámara como en sus clases, pero aun así se mantenía un paso por detrás, con las manos enlazadas en la cintura. Romanda dirigía a su facción con tanta firmeza como Sorilea a la suya. Era una de las que pensaban que la disciplina rígida era de importancia capital, y, a decir verdad, Lelaine no le andaba mucho a la zaga.

—Planea presentar una proposición a la Antecámara —intervino Lelaine con acritud, ahora rehusando dirigir la vista hacia Romanda. Era obvio que estar de acuerdo con la otra mujer le gustaba tan poco como haber hablado en segundo lugar. Consciente de su relativa ventaja, Romanda sonrió, un leve gesto que curvó la comisura de sus labios.

—¿Respecto a qué? —preguntó Egwene, siguiendo el juego para ganar tiempo. Estaba segura de saber de qué se trataba. Le costó un verdadero esfuerzo no suspirar. Y otro aún mayor no frotarse las sienes.

—¿Pues de qué va a ser? Sobre el Ajah Negro, naturalmente, madre —contestó Varilin, que alzó la cabeza como si la pregunta la hubiese sorprendido, y con razón, ya que Delana era una fanática en ese asunto—. Quiere que la Antecámara acuse abiertamente a Elaida de ser una hermana Negra. —Enmudeció de repente cuando Lelaine levantó una mano.

Lelaine daba más libertad a sus seguidoras que Romanda a las suyas, o tal vez era que no tenía un control tan férreo, aunque no era precisamente blando.

—Tenéis que hablar con ella, madre. —Cuando quería, Lelaine sabía dar calidez a su sonrisa. Siuan decía que hubo un tiempo en que habían sido amigas; de hecho, había acogido

su vuelta con una versión de bienvenida. Sin embargo, a Egwene esa sonrisa le parecía una herramienta pulida con la práctica.

—¿Para decirle qué? —Luz, cómo deseaba poder aliviar el dolor de cabeza con un suave masaje. Esas dos se aseguraban de que la Antecámara aprobase sólo lo que cada una de ellas quería, y ciertamente poco de lo que sugería Egwene, con el resultado de que al final no se aprobaba nada, ¿y ahora querían que ella intercediera con una Asentada? Delana apoyaba sus propuestas, cierto; cuando le convenía. Delana era una veleta que cambiaba de dirección con cada soplo del viento, y si se volvía en la dirección de Egwene con bastante frecuencia últimamente eso no significaba gran cosa. El Ajah Negro parecía su único norte. ¿Por qué tardaba tanto Siuan?

—Para decirle que se olvide de ello, madre. —La sonrisa y el tono de Lelaine eran los que utilizaría una madre con su hija—. Esa estupidez, peor que estupidez, tiene a todo el mundo en ascuas. Algunas de las hermanas empiezan incluso a creer en ello, madre. No pasará mucho tiempo antes de que la idea se propague a la servidumbre y a los soldados. —La mirada que dirigió a Bryne estaba cargada de dudas. El hombre parecía estar intentando charlar con Myrelle, que a su vez observaba fijamente al grupo protegido por la salvaguarda mientras sus manos enguantadas jugueteaban sin parar con las riendas.

—Creer lo que es obvio no es una estupidez —espetó Romanda—. Madre... —En su boca, esa palabra sonaba totalmente como si hubiese dicho «muchacha»—, la razón por la que hay que parar a Delana es porque con ello no hace ningún bien y sí ocasiona un considerable perjuicio. Tal vez Elaida sea una Negra, aunque lo dudo seriamente, a pesar de todas las habladurías que esa mujerzuela, Halima, trajo consigo. Elaida es obcecada hasta el desatino, pero no puedo creer que haya maldad en ella. No obstante, si la hay, proclamarlo a los cuatro vientos sólo conseguirá que la gente desconfíe de todas las Aes Sedai y que el Ajah Negro se oculte con mayor empeño. Hay métodos para descubrirlas, si no las asustamos y las hacemos huir.

La aspiración por la nariz que hizo Lelaine casi sonó como un resoplido desdeñoso.

—Aun en el caso de que esa tontería fuera cierta, ninguna hermana con amor propio se sometería a tus «métodos», Romanda. Lo que has sugerido se parece mucho a ser sometida a un interrogatorio.

Egwene parpadeó desconcertada; ni Siuan ni Leane le habían hecho ni la menor insinuación sobre eso. Por suerte, las Asentadas no le estaban prestando atención para advertir su reacción. Como siempre.

Puesta en jarras, Romanda se giró hacia Lelaine.

—Las situaciones extremas requieren acciones extremas. Alguien podría preguntarse por qué una Aes Sedai antepone su dignidad a la posibilidad de desenmascarar a servidoras del Oscuro.

—Ese comentario lleva una peligrosa connotación de acusación —dijo Lelaine, estrechando los ojos.

Romanda era la que sonreía ahora; una mueca fría, dura como el pedernal.

—Seré la primera en someterme a mis «métodos», Lelaine, si tú lo haces a continuación.

Lelaine gruñó y dio un paso hacia la otra mujer, y Romanda se inclinó hacia ella, adelantando la barbilla. Parecían dispuestas a agarrarse del pelo y a rodar por el suelo, y al infierno con la dignidad Aes Sedai. Varilin y Takima se miraban furibundas, como dos doncellas respaldando a sus señoras, una semejando una grulla y la otra una gallina, ambas con las plumas encrespadas. Las cuatro parecían haberse olvidado completamente de Egwene.

Siuan llegó corriendo, sujetándose un amplio sombrero de paja y llevando de las riendas una gorda yegua parda, con pelaje blanco en las patas traseras, como si llevara calcetines; se frenó en seco al ver al grupo protegido por la barrera. Uno de los mozos la acompañaba, un tipo larguirucho vestido con chaleco largo y desgastado y camisa con remiendos, que sujetaba las riendas de un ruano. Las salvaguardas eran invisibles para él, pero el *Saidar* no ocultaba los rostros de las cuatro mujeres. El chico abrió mucho los ojos y empezó a lamerse los labios.

Librodot

A decir verdad, la gente que pasaba cerca daba un rodeo a la tienda y fingía no haber visto nada, tanto si eran Aes Sedai, como Guardianes, como sirvientes. Únicamente Bryne tenía el ceño fruncido y las observaba como preguntándose qué estarían hablando. Myrelle estaba ocupada en colocar mejor las alforjas de su montura, evidentemente a punto de partir.

—Cuando hayáis decidido qué he de decirle —anunció Egwene—, entonces podré decidir qué hacer.

Realmente se habían olvidado de ella. Las cuatro la miraron sin salir de su asombro mientras pasaba entre Romanda y Lelaine y atravesaba la doble barrera de salvaguardas. No sintió nada al rozar el tejido, naturalmente; nunca se hacían para detener algo tan sólido como un cuerpo humano.

Cuando montó en el ruano, Myrelle inhaló profundamente e hizo lo mismo con aire resignado. Las salvaguardas habían desaparecido, aunque el brillo del *Saidar* envolvía todavía a las dos Asentadas, ambas la viva imagen de la frustración. Egwene se puso a toda prisa el fino guardapolvo que habían dejado en la parte delantera de la silla, así como los guantes de montar que iban metidos en un bolsillo del guardapolvo. De la perilla de la silla colgaba un sombrero de ala ancha, de color azul profundo, a juego con el vestido, con un ramillete de plumas blancas sujeto con un alfiler en la parte delantera; señalaba a gritos la mano de Chesa. Una cosa era que el calor no la afectara y otra muy distinta que hiciera caso omiso del resol. Quitó el alfiler y las plumas, que guardó en una alforja, se puso el sombrero y anudó las cintas bajo la barbilla.

—¿Nos vamos, madre? —preguntó Bryne. Ya estaba montado, y el yelmo que antes colgaba de la silla ahora oscurecía su rostro tras las barras metálicas de la visera. En él parecía muy natural, como si hubiese nacido para llevar armadura.

Egwene asintió. No hubo ningún intento de detenerlos. Lelaine no se rebajaría a gritar «¡alto!» en público, pero Romanda... Egwene sintió una gran sensación de alivio a medida que se alejaban, aunque su cabeza parecía a punto de estallar. ¿Qué iba a hacer con Delana? ¿Qué podía hacer?

La calzada principal de esa zona, una ancha franja de tierra prensada hasta tal punto que nada levantaba polvo de ella, se extendía a lo largo del sector que separaba el campamento del ejército del de las Aes Sedai. Bryne la cruzó y continuó a través del resto de las tiendas de los soldados del otro lado.

Aunque el campamento del ejército lo componía un número de gente treinta veces superior al que ocupaba el de las Aes Sedai, parecía haber pocas más tiendas que las destinadas a las hermanas y a quienes las servían, todas esparcidas por las zonas llanas así como por las laderas de las colinas. La mayoría de los soldados dormían al raso. Claro que hacía tanto tiempo que no llovía que costaba recordar cuándo había sido la última vez, y tampoco se veía una sola nube en el cielo. Cosa extraña, allí había más mujeres que en el campamento de las hermanas, aunque a primera vista daba la impresión de que fueran menos al estar entre tantos hombres. Las cocineras atendían las grandes marmitas y las lavanderas hacían la colada, grandes montones de ropas apiladas, en tanto que otras trabajaban con los caballos o las carretas. Un gran número de ellas parecían ser esposas de soldados; al menos, se las veía sentadas aquí y allí cosiendo o zurciendo vestidos y camisas o removiendo el guiso de ollas pequeñas. Había armeros casi en cualquier dirección que Egwene miraba; los martillos resonaban al golpear el acero contra los yunques, y los flecheros iban añadiendo nuevos proyectiles a los montones que tenían a sus pies, en tanto que herreros y mozos revisaban los caballos. Había cientos, tal vez miles, de carretas de todo tipo y tamaño por doquier; al parecer el ejército iba recogiendo a todos los que encontraba en el camino. La mayoría de los encargados de obtener provisiones ya se habían marchado con los vehículos, pero todavía se veían unos cuantos carros de ruedas altas que se alejaban lentamente, traqueteando, en busca de granjas y pueblos. Aquí y allí, los soldados lanzaban vítores a su paso: «¡Lord Bryne!», «¡El toro! ¡El toro!» Ése era el escudo de armas del general.

Egwene se giró en la silla para comprobar que Myrelle todavía la seguía a corta distancia. Así era; la mujer dejaba que el caballo avanzara libremente, y en su semblante se

Librodot

plasmaba una expresión absorta, ligeramente enfermiza. Siuan se había situado en la retaguardia, como un pastor vigilando la única oveja que llevaban. Claro que también cabía la posibilidad de que ocupara esa posición por miedo a azuzar su montura. La yegua parda era una bola de grasa, pero Siuan habría tratado a un poni con igual precaución que si fuera un caballo de batalla.

Egwene sintió una repentina irritación hacia su propia montura. El nombre del caballo era *Daishar,* «glorioso» en la Antigua Lengua. Habría preferido montar en *Bela,* una pequeña y peluda yegua no mucho más delgada que la parda de Siuan, con la que había partido de Dos Ríos. A veces pensaba que debía de parecer una muñeca, encaramada en un castrado que podría pasar por un caballo de batalla, pero la Amyrlin debía tener una montura apropiada. Nada de peludos caballos de tiro. Aunque esta norma fuera obra de ella, se sentía tan limitada como una novicia. Se giró de nuevo en la silla.

—¿Esperáis algún tipo de oposición en nuestro camino, lord Bryne? —preguntó.

El hombre la miró de soslayo. Había preguntado lo mismo una vez, antes de partir de Salidar, y en dos ocasiones más, mientras cruzaban Altara. No demasiadas para levantar sospechas, creía.

—Murandy es como Altara, madre. Un vecino demasiado ocupado en maquinar contra otro vecino o en luchar abiertamente contra él como para unirse a fin de presentar batalla. Y, aun en el caso de que lo hicieran, tampoco representaría una fuerza importante. —Su tono era muy seco. Había sido capitán general de la Guardia Real de Andor, y tenía a sus espaldas la experiencia de muchos años de escaramuzas fronterizas con los murandianos—. Andor será otra cantar, me temo. No espero con ansia ese momento.

El hombre hizo que su caballo torciera hacia la suave cuesta del borde del camino a fin de sortear las tres carretas que avanzaban dando tumbos sobre las piedras, en la misma dirección. Egwene procuró reprimir una mueca de preocupación. Andor. Las veces anteriores, Bryne se había limitado a contestar que no. Éstas eran las estribaciones de las colinas Cumbar, situadas al sur de Lugard, capital de Murandy. Aun con suerte, la frontera de Andor se encontraba todavía a diez días de marcha.

—Y cuando lleguemos a Tar Valon, lord Bryne, ¿cómo planeáis tomar la ciudad?

—Nadie me ha pedido hacer tal cosa hasta ahora, madre. —Si antes su voz le pareció seca, ahora sí que lo era realmente—. Para cuando lleguemos a Tar Valon, si la Luz quiere, tendré dos o tres veces más soldados que los que hay ahora. —Egwene se encogió ante la idea de pagar a tantos hombres, pero Bryne no pareció advertir su gesto—. Con ese número, pondré sitio a la ciudad. Lo más difícil será encontrar barcos y hundirlos para bloquear Puerto del Norte y Puerto del Sur. Son claves para el asedio, tanto o más que los puentes de la ciudad, madre. Tar Valon es más grande que Cairhien y Caemlyn juntas. Una vez que se interrumpa el suministro de víveres... —Se encogió de hombros—. Gran parte de la función de un ejército se reduce a esperar, cuando no está de marcha.

—¿Y si no contáis con tantos soldados? —Nunca se había planteado que toda esa gente padeciera necesidades y hambre, mujeres y niños incluidos. Nunca había pensado realmente que otros se vieran involucrados aparte de las Aes Sedai y los soldados. ¿Cómo podía haber sido tan necia? Había visto los resultados de la guerra en Cairhien. Bryne parecía tomárselo muy a la ligera. Claro que era un soldado; las privaciones y la muerte debían de ser algo cotidiano para la gente de su oficio—. ¿Y si sólo tenéis, digamos...?

—¿Asedio? —Al parecer, algo de lo que estaban hablando había sacado finalmente a Myrelle de sus reflexiones. Taconeó al alazán para acercarse a ellos, obligando a varios hombres del campamento a apartarse de un salto a los lados. Algunos cayeron de bruces al suelo, y unos pocos abrieron la boca, ceñudos, para protestar; pero entonces vieron el rostro intemporal y volvieron a cerrarla de golpe. Myrelle ni siquiera pareció reparar en ellos, como si no existiesen—. Artur Hawkwing puso cerco a Tar Valon durante veinte años y no alcanzó su objetivo. —De pronto cayó en la cuenta de que había más gente y que la estaban escuchando, así que bajó la voz, pero seguía teniendo un tono de acritud—. ¿Queréis que estemos esperando veinte años?

Su aspereza resbaló en Gareth Bryne, sin afectarlo.

—¿Acaso preferís un ataque directo y de inmediato, Myrelle Sedai? —Habríase dicho que le preguntaba si prefería el té amargo o dulce—. Varios de los generales de Hawkwing lo intentaron, y sus hombres fueron masacrados. Ningún ejército ha logrado abrir brecha en las murallas de Tar Valon.

Egwene sabía que eso no era completamente cierto. En la Guerra de los Trollocs, un ejército de estos seres dirigidos por Señores del Espanto había llegado incluso a saquear e incendiar una parte de la propia Torre Blanca. Al final de la Guerra del Segundo Dragón, otro ejército que intentó rescatar a Guaire Amalasan antes de que éste fuera amansado también había llegado hasta la Torre. Myrelle no podía saber tal cosa, cuanto menos Bryne. El acceso a esas crónicas secretas, ocultas en la biblioteca de la Torre, quedó establecido con una rígida ley que a su vez también era secreta, de modo que revelar la existencia de ambos informes o la ley era traición. Siuan afirmaba que si se leía entre líneas se encontraban indicios de cosas que ni siquiera se habían mencionado en dichos informes. Las Aes Sedai eran muy buenas ocultando la verdad cuando lo consideraban necesario, incluso a su propia hermandad.

—Con cien mil hombres o con los que tengo ahora —continuó Bryne—, yo seré el primero en conseguirlo. Si es que puedo bloquear los puertos. Los generales de Hawkwing nunca lograron eso. Las Aes Sedai levantaron siempre esas cadenas a tiempo de detener los barcos que se dirigían a las bocanas y de hundirlos antes de que tuvieran ocasión de situarse para cortar las vías de abastecimiento. Víveres y suministros llegaron a la ciudad. Al final vuestro ataque llegará, pero no hasta que la ciudad haya sido debilitada, si las cosas se hacen como quiero. —Su voz seguía siendo... normal. Como quien habla de planes para una excursión. Giró la cabeza hacia Myrelle y, aunque su tono no cambió, la intensidad de su mirada resultó evidente a pesar de llevar bajada la visera—. Y todas aceptasteis que se harían a mi modo en lo tocante al ejército. No estoy dispuesto a desperdiciar vidas de hombres.

Myrelle abrió la boca, y después la cerró lentamente. Saltaba a la vista que quería decir algo, pero no sabía qué. Por muy irritante que hubiese resultado, le habían dado su palabra; ella, Sheriam y las que tenían el mando cuando Bryne había aparecido en Salidar. Y por mucho que las Asentadas intentaron sortearla, ya que ellas no habían prometido nada. Bryne actuaba como si lo hubiesen hecho, sin embargo, y hasta el momento había conseguido salirse con la suya. Hasta el momento.

Egwene sintió el estómago revuelto; había visto lo que era la guerra. Unas imágenes pasaron en rápida sucesión, como destellos, por su cabeza: hombres luchando, matando para abrirse paso por las calles de Tar Valon, muriendo. Sus ojos se posaron en un tipo de mandíbula cuadrada que se mordía la punta de la lengua mientras pasaba la piedra de amolar por la punta de una pica. ¿Moriría en esas calles? ¿O aquel hombre mayor, medio calvo, que pasaba los dedos con todo cuidado por cada flecha antes de meterla en la aljaba? O aquel otro, un muchacho con altas botas de montar y caminar arrogante que parecía demasiado joven para necesitar afeitarse. Luz, había muchos que eran chiquillos. ¿Cuántos de ellos morirían? Por ella. Por la justicia, por la razón, por el mundo, pero, en el fondo, por ella. Siuan empezó a levantar una mano pero no terminó el gesto. De haber estado más cerca de Egwene, habría dado palmaditas de consuelo a la Amyrlin delante de todo el mundo. La joven irguió la espalda.

—Decidme, lord Bryne —pidió con voz tensa—, ¿qué es lo que queréis que vea? —Le pareció que el hombre echaba una fugaz mirada de soslayo a Myrelle antes de contestar.

—Será mejor esperar a que lo veáis, madre.

Egwene creía que la cabeza le iba a estallar. Si las pistas de Siuan conducían a algo, desollaría a Myrelle. Si no conducían a nada, entonces desollaría a Siuan. Y quizás incluiría a Gareth Bryne en el lote, de propina.

Librodot

CAPÍTULO 12

Una mañana de victorias

Las gibosas colinas y lomas que rodeaban el campamento mostraban todos los signos de la sequía y del calor impropio de la estación. Un calor contranatural, abominable, en realidad; hasta la persona más lerda podía ver en ello la mano del Oscuro tocando el mundo. El bosque propiamente dicho se encontraba al oeste, detrás de ellos, pero en las rocosas laderas crecían robles retorcidos, tupelos y pinos de una variedad extraña, así como otros árboles desconocidos para Egwene, todos marchitos, amarillentos y sin hojas. No deshojados y mustios por el invierno, sino agostados por falta de humedad y frescor. Muriéndose, si el tiempo no cambiaba pronto. Un río fluía hacia el sudoeste, el Reisendrelle, una corriente de veinte pasos de anchura, flanqueada por un cauce de barro reseco y endurecido, salpicado de piedras. Arremolinándose entre rocas que habrían hecho peligroso su cruce en otros tiempos, el agua apenas llegó a las rodillas de los caballos cuando vadearon la corriente. Egwene sintió que sus problemas menguaban ante la magnitud de lo que veía. A despecho de su jaqueca, elevó una plegaria por Nynaeve y Elayne. Su búsqueda era tan importante como cualquier cosa que hacía ella. O más. El mundo sobreviviría si ella fracasaba, pero sus dos amigas debían tener éxito en su empresa.

Cabalgaron hacia el sur a un trote ligero, moderando el paso cuando el terreno descendía en una pendiente muy pronunciada, o se hacía muy abrupto o los caballos tenían que subir una cuesta prolongada entre árboles y matorrales, si bien se mantenían lo más posible en zonas bajas, cubriendo terreno rápidamente. El castrado de Bryne, un animal fuerte y seguro en la marcha, no daba señales de que le importara si el terreno era o no empinado o si estaba sembrado de obstáculos o despejado; *Daishar* mantenía el paso con facilidad, sin vacilar. La gorda yegua de Siuan avanzaba trabajosamente, resollando, aunque seguramente se debía menos a las dificultades de la marcha que a contagiarse de la ansiedad de su amazona. Por mucho que practicara, Siuan no pasaría de ser una pésima amazona. Cuando subían una cuesta faltaba poco para que la mujer rodeara el cuello del animal con los brazos, evitaba a duras penas caerse de la silla cuando descendían, tenía la misma gracia que un ganso caminando cuando atravesaban terreno llano, y sus ojos estaban tan desorbitados como los de la yegua. De hecho, Myrelle recobró su buen humor al ver los apuros de Siuan. Su ágil alazán se movía como un vencejo en el aire, y ella montaba con una soltura y un estilo que, en contraste, hacía parecer falto de gracia el de Bryne, diestro y seguro.

No habían recorrido mucho trecho cuando aparecieron unos jinetes en lo alto de una loma, al oeste, una columna de unos cien hombres; el sol naciente arrancaba destellos en petos, yelmos y puntas de lanza. Al frente ondeaba un estandarte alargado, de color blanco, que Egwene no distinguió, pero que sabía que llevaba la insignia de la Mano Roja. No había esperado encontrarlos tan cerca del campamento.

—Esos salvajes, Juramentados del Dragón —masculló Myrelle mientras observaba a los jinetes que avanzaban siguiendo una ruta paralela a la suya. Las manos enguantadas de la mujer apretaron fuertemente las riendas; de rabia, no de miedo.

—La Compañía de la Mano Roja también tiene patrullas —comentó Bryne apaciblemente. Miró de soslayo a Egwene y añadió—: lord Talmanes parecía preocupado por vos, madre, cuando hablé con él la última vez. —No puso más énfasis en esa última frase que

en las anteriores.

—¿Que habéis estado hablando con él? —El último vestigio de serenidad desapareció en Myrelle. La ira que no tenía más remedio que refrenar con Egwene sí podía descargarla con Bryne. Casi temblaba de rabia—. Eso raya en la traición, lord Bryne. ¡Podría ser traición!

Siuan había estado repartiendo su atención entre su yegua y los hombres de la loma; no miró a Myrelle, pero se puso tensa. Hasta entonces nadie había relacionado la Compañía con la traición.

Giraron en un recodo del valle. Una granja, o lo que había sido una granja antaño, se asomaba desde la ladera de una colina. Una de las paredes de la pequeña casa de piedra se había desplomado, y unas cuantas vigas carbonizadas se alzaban junto a la chimenea llena de hollín, semejando dedos mugrientos. El granero, sin techo, se reducía a un rectángulo de piedra hueco, ennegrecido, y montones de cenizas señalaban el sitio donde antes debían de haberse alzado cobertizos y corrales. Por todo Altara habían visto escenas iguales o peores, en ocasiones pueblos enteros destruidos, los muertos tirados por las calles, sirviendo de alimento a cuervos, zorros y perros asilvestrados que huían cuando se acercaban personas. Historias de anarquía y asesinatos en Tarabon y Arad Doman cobraron vida de repente. Muchos hombres aprovechaban cualquier excusa para entregarse al bandidaje o para saldar viejas rencillas —Egwene esperaba fervientemente que fuera así— pero el nombre pronunciado por los labios de todos los supervivientes era Juramentados del Dragón, y las hermanas culpaban a Rand como si él mismo hubiese encendido las antorchas. Aun así, lo utilizarían si podían, lo controlarían si encontraban el modo de hacerlo. Egwene no era la única Aes Sedai que seguía la máxima de hacer lo que hubiera que hacer, aunque le asqueara.

La cólera de Myrelle afectó tan poco a Bryne como haría la lluvia en un peñasco. Egwene lo imaginó de repente en medio de violentas tormentas estallando sobre su cabeza y aguas desbordadas arremolinándose en torno a sus rodillas mientras él se limitaba a seguir caminando contra viento y marea, impasible.

—Myrelle Sedai —dijo Bryne con una calma que Egwene envidió—, cuando diez mil hombres o más me siguen de cerca como si fueran mi sombra, quiero saber cuáles son sus intenciones. En especial esos diez mil o más en particular.

Aquél era un tema peligroso. Por contenta que Egwene se sintiera porque no se hicieran preguntas sobre la preocupación de Talmanes por ella, debería estar rechinando los dientes porque Bryne la hubiese mencionado. Sin embargo, la sorpresa que sentía era tal que se irguió bruscamente en la silla.

—¿Diez mil? ¿Estáis seguro? —La Compañía contaba con poco más de la mitad de esa cifra cuando Mat había llegado a Salidar al mando de esa fuerza, buscándolas a ella y a Elayne.

—Yo voy reclutando gente por donde paso, y él hace lo mismo —contestó Bryne, encogiéndose de hombros—. No tantos, pero algunos hombres tienen cierta idea de lo que es servir a Aes Sedai. —Muchas personas se habrían sentido muy nerviosas al decir eso a tres hermanas; él lo hizo con una sonrisa irónica—. Además, parecer ser que la Compañía goza de cierta reputación por sus combates en Cairhien. La frase acuñada es *«Shen an Calhar* nunca pierde, aun estando en desventaja». —Eso era lo que impulsaba a los hombres a unirse con ellos, tanto allí como en Altara: la idea de que dos ejércitos no podían significar otra cosa que una batalla. Tratar de quedarse al margen podía tener tan mal final como elegir el bando equivocado; en el mejor de los casos, no habría ganancias para los neutrales—. He recibido en mis filas unos pocos desertores de las recientes incorporaciones al ejército de Talmanes. Algunos parecen creer que la suerte de la Compañía va unida a Mat Cauthon, y que no puede tenerla sin estar él presente.

Una mueca burlona curvó los labios de Myrelle.

—Los temores de estos estúpidos tearianos son ciertamente útiles, pero no imaginaba que vos también fueseis un necio. Talmanes nos sigue porque teme que podamos volvernos contra su preciado lord Dragón; pero, si realmente tuviese intención de atacar, ¿no creéis que ya lo habría hecho a estas alturas? Ya habrá tiempo de ocuparse de esos Juramentados del

Librodot

Dragón una vez que se hayan resuelto asuntos más importantes. Pero ¡comunicarse con él...! —La mujer se sacudió y logró recobrar la serenidad. Al menos, a primera vista. Su tono, por el contrario, habría podido chamuscar madera—. Escuchadme bien, lord Bryne...

Egwene dejó de prestar atención a las palabras de Myrelle. Bryne la había mirado cuando mencionó a Mat. Las hermanas creían conocer la situación con la Compañía y con Mat, y no pensaban demasiado en ello, pero, por lo visto, Bryne sí. Ladeando la cabeza de manera que el ala del sombrero le ocultara parcialmente la cara, Egwene lo observó por el rabillo del ojo. Estaba comprometido bajo juramento a reunir el ejército y conducirlo hasta que Elaida hubiese sido depuesta, pero ¿por qué había prestado tal juramento? Indudablemente podría haber encontrado una fórmula menos comprometedora, y naturalmente las hermanas lo habrían aceptado, ya que sólo pensaban utilizar a esos soldados como una careta del Día de Máscaras, para asustar a Elaida. Tenerlo de su parte era reconfortante; incluso las otras Aes Sedai parecían pensar lo mismo. Como ocurría con su padre, era la clase de hombre que le hacía creer a uno que no había motivo para asustarse fuera cual fuera la situación. De repente comprendió que tenerlo contra ella sería tan malo como tener en contra a la Antecámara, con ejército o sin él. El único comentario positivo que Siuan había hecho de él era que era formidable, aunque inmediatamente había intentado cambiar el sentido de la frase dándole otro significado. Cualquier hombre del que Siuan opinara que era formidable, era alguien a quien se debía tener muy en cuenta.

Cruzaron un arroyuelo, casi un hilillo de agua que apenas mojó los cascos de los caballos. Una corneja que se alimentaba de un pez que se había quedado varado en aguas demasiado someras para nadar sacudió las despeinadas alas, a punto de echarse a volar, y luego continuó con su festín.

También Siuan observaba a Bryne; la yegua avanzaba con mucha más facilidad cuando la mujer se olvidaba de tirar de las riendas o de clavar los talones justo en el momento más inoportuno. Egwene le había preguntado sobre los motivos de lord Bryne, pero la enredada relación de Siuan con el hombre hacía que se encrespara las más de las veces cuando se hablaba de él. Una de dos, o lo odiaba a muerte o estaba enamorada de él. Imaginar a Siuan enamorada era como imaginar a una corneja nadando.

En la alargada loma donde se había avistado a los soldados de la Compañía, ahora sólo se veían hileras retorcidas de coníferas muertas. Egwene no los había visto marcharse. ¿Que Mat tenía una gran reputación como soldado? Eso era tan inaudito como lo de la corneja nadando. Egwene había creído que dirigía la Banda sólo por causa de Rand, y eso ya le había costado bastante digerirlo. «Dar por hecho algo porque uno cree que lo sabe es peligroso», recitó para sus adentros mientras miraba a Bryne.

—... seréis azotado! —La voz de Myrelle seguía siendo colérica—. ¡Os lo advierto, si me entero de que habéis vuelto a reuniros con ese Juramentado del Dragón...!

Lluvia resbalando sobre el peñasco, en lo que a Bryne concernía; o eso parecía. El hombre cabalgaba tranquilamente, murmurando de vez en cuando «Sí, Myrelle Sedai» o «No, Myrelle Sedai» sin dar la menor señal de inquietud y sin dejar de escudriñar atentamente los alrededores. Seguro que él sí había visto marcharse a los soldados. Por mucha paciencia que tuviera ese hombre —Egwene estaba convencida de que el miedo no influía en tal comportamiento—, ella no tenía humor para aguantar aquello.

—¡Cállate, Myrelle! Nadie va a hacer nada a lord Bryne. —Se frotó las sienes y pensó en pedir a una de las hermanas que utilizara la Curación cuando regresaran al campamento. Ni Siuan ni Myrelle tenían mucha habilidad con ese Talento. En realidad, la Curación no serviría de mucho si la jaqueca se debía a falta de sueño o a preocupaciones. Y tampoco quería que se propagaran rumores de que la tensión se había vuelto demasiado grande para que ella la aguantara. Además, había otros métodos para ocuparse de los dolores de cabeza aparte de la Curación, aunque no en ese momento.

Myrelle apretó los labios, sólo un instante. Sacudió la cabeza y miró hacia otro lado; el rubor le teñía las mejillas, y Bryne de repente pareció absorto examinando un halcón rojo que volaba en círculos a su izquierda. Hasta un hombre valeroso sabía cuándo ser discreto. El

halcón plegó las alas y se lanzó en picado sobre una presa invisible, detrás de un soto de agostados melojos. Así era como se sentía Egwene: zambulléndose sobre presas que no veía, confiando en haber escogido la correcta, esperando que hubiera realmente una presa. Hizo una inhalación, deseando que no hubiese sido tan profunda.

—De todos modos, lord Bryne, creo que es mejor que no volváis a reuniros con Talmanes. Sin duda, a estas alturas ya debéis saber de sobra sus intenciones. —Quisiera la Luz que Talmanes no hubiese dicho ya más de lo que debía. Lástima no poder enviar a Siuan o a Leane para advertirle, si aceptaba la sugerencia; pero, habida cuenta de las ideas de las hermanas, sería tan arriesgado como ver a Rand.

—Como ordenéis, madre —contestó Bryne, inclinando la cabeza con respeto. Tampoco había sorna en su tono; nunca la había. Obviamente había aprendido a controlar la voz habiendo cerca Aes Sedai. Siuan guardó silencio, mirándolo con el entrecejo fruncido. Quizás ella podría sonsacarle de qué lado estaba su lealtad. A pesar de toda su animosidad, pasaba mucho tiempo en su compañía, mucho más de lo que era estrictamente necesario. Con un esfuerzo, Egwene mantuvo las manos en las riendas de *Daishar,* lejos de sus sienes.

—¿Falta mucho, lord Bryne? —Evitar la impaciencia en su voz resultó aún más difícil.

—Un poco más, madre. —Por alguna razón, volvió ligeramente la cabeza hacia Myrelle—. Ya no está lejos.

Las granjas aparecieron con más frecuencia, tanto en las laderas de las colinas como en terreno llano, aunque la campesina que había dentro de Egwene opinaba que no tenía sentido tanto esfuerzo; había casas bajas de piedra y graneros, pastizales sin cercas en los que se veían vacas escuálidas y ovejas de cola negra de aspecto lamentable. No todas las granjas habían sido incendiadas, sólo alguna que otra. Al parecer, los incendios tenían el propósito de hacer saber a los demás lo que les ocurriría si no se declaraban partidarios del Dragón Renacido.

En una de las granjas, Egwene vio a algunos de los encargados de buscar víveres del ejército de lord Bryne, con una carreta. Que eran hombres a sus órdenes resultaba obvio tanto por el modo en que el general los observó y asintió después, como por la ausencia del estandarte blanco. La Compañía siempre se hacía notar; aparte de las banderas, últimamente algunos habían adoptado la costumbre de llevar un pañuelo rojo atado en el brazo. Media docena de cabezas de ganado y dos docenas de ovejas mugían y balaban bajo la atenta vigilancia de hombres a caballo, en tanto que otros acarreaban sacos desde el granero hasta la carreta, pasando ante un granjero de hombros encorvados y su familia, un grupo huraño vestido con toscas ropas de lana oscura. Una de las niñas, que lucía un gorro como las otras, tenía pegada la cara contra la falda de su madre y parecía estar llorando. Algunos de los chicos tenían prietos los puños, como si quisieran luchar. Se pagaría al granjero, pero quizá no podía desprenderse de lo que se estaban llevando; no obstante, si en algún momento se les había pasado por la cabeza la loca idea de resistirse a una veintena de hombres equipados con petos y yelmos, aquellas granjas incendiadas harían que lo pensaran mejor. Muy a menudo los hombres de Bryne encontraban cadáveres carbonizados entre las ruinas, hombres, mujeres y niños que habían muerto intentando salir de las casas ardiendo. En ocasiones, las puertas y las ventanas habían sido atrancadas por fuera.

Egwene se preguntó si habría algún modo de convencer a granjeros y aldeanos de que había una diferencia entre los bandidos y el ejército. Lo deseaba, y mucho, pero no veía cómo, a menos que dejara que sus soldados empezaran a pasar hambre hasta que desertaran. Si las hermanas eran incapaces de diferenciar entre los bandidos y la Compañía, difícilmente podrían hacerlo las gentes del campo. La granja fue quedando atrás, y Egwene tuvo que resistir la tentación de girarse en la silla y mirar hacia allí. Con eso no cambiaría nada.

Tal como había prometido lord Bryne, poco después llegaron a su destino. A unos cinco kilómetros del campamento —en línea recta, se entiende; por la ruta que habían seguido a través de la campiña el recorrido era el doble— rodearon la corvadura de una ladera, salpicada de arbustos y árboles, y frenaron las monturas. El sol estaba a mitad de camino del cenit; allá abajo se extendía la línea de otra calzada, más estrecha y bastante más sinuosa que la que cruzaba el campamento.

Librodot

—Pensaron que si viajaban de noche conseguirían eludir a los bandidos —dijo Bryne—. No era una mala idea, a la vista de los resultados, o en caso contrario es que tienen la suerte del Oscuro. Vienen de Caemlyn.

Una caravana de mercaderes, alrededor de unas cincuenta carretas grandes tiradas por troncos de diez caballos, ocupaba la calzada, bajo la atenta vigilancia de otros soldados de Bryne. Unos cuantos de esos soldados habían desmontado y supervisaban el trasiego de barriles y sacos de las carretas de los mercaderes a la media docena que llevaban ellos. Una mujer ataviada con un sencillo vestido oscuro agitaba los brazos y señalaba enérgicamente tal o cual producto, ya fuera protestando o regateando, pero sus compañeros formaban un hosco y silencioso grupo. Un poco más adelante de la calzada, un roble aparecía decorado con unos frutos macabros: hombres ahorcados de cada una de las desnudas ramas; desnudas, salvo por los cuervos. El número de aves era lo bastante copioso para que diera la impresión de que el árbol tenía hojas negras. Esos carroñeros tenían algo más que simples peces para alimentarse. Ni siquiera desde esa distancia era un espectáculo que ayudara a calmar la jaqueca de Egwene o su estómago revuelto.

—¿Era esto lo que queríais que viera? ¿Los mercaderes o los bandidos?

—No veía ningún vestido entre los ahorcados, y cuando los bandidos colgaban gente incluían mujeres y niños. El linchamiento podía ser obra de cualquiera: soldados de Bryne, la Compañía —que la Compañía ahorcara a todos los supuestos Juramentados del Dragón con los que topaba no cambiaría en nada la opinión que tenían de ellos las hermanas— o incluso algún noble lugareño. Si los lores y ladis murandianos hubiesen colaborado, a esas alturas probablemente habrían estado ahorcados todos los bandidos, pero eso era pedir peras al olmo. Un momento. Bryne había dicho que venían de Caemlyn.

—¿Tiene algo que ver con Rand? ¿O con los Asha'man? —inquirió.

Esta vez Bryne sí miró de manera ostensible a Myrelle antes de volver los ojos hacia ella. El sombrero de Myrelle arrojaba sombras en su rostro; la mujer parecía abatida, hundida en la silla de montar, muy lejos de la imagen de amazona segura de sí misma que había ofrecido antes. Aparentemente, Bryne tomó una decisión.

—Pensé que deberíais enteraros antes que nadie, pero tal vez interpreté mal...

—¿Que se enterara de qué, pedazo de zoquete? —gruñó Siuan mientras taconeaba a la gorda yegua para acercarse.

Egwene hizo un ademán apaciguador hacia la mujer.

—Myrelle puede oír cualquier cosa que tengáis que contarme, lord Bryne. Goza de mi total confianza.

La cabeza de la hermana Verde se giró bruscamente hacia la joven. A juzgar por su expresión de pasmo cualquiera habría dudado de haber oído bien a Egwene; empero, al cabo de un momento Bryne asintió.

—Veo que las cosas han... cambiado. Sí, madre. —Se quitó el yelmo y lo colgó de la perilla de la silla. Todavía parecía reacio a hablar y escogió con cuidado las palabras—. Los mercaderes llevan rumores del mismo modo que los perros llevan pulgas, y esa pandilla de ahí abajo tiene una buena colección. No quiero decir con eso que sea verdad algo de lo que cuentan, desde luego, pero... —Resultaba extraño verlo dudar—. Madre, uno de esos rumores que les llegó estando ya en camino es que Rand al'Thor ha ido a la Torre Blanca y ha jurado fidelidad a Elaida.

La reacción de Myrelle y Siuan fue muy parecida, con los semblantes demudados al imaginar la catástrofe. Myrelle llegó incluso a tambalearse en la silla. Durante un instante, Egwene sólo fue capaz de mirar al hombre de hito en hito. Entonces se sorprendió a sí misma y sobresaltó a los demás cuando estalló en carcajadas. *Daishar* caracoleó, agitado, y tener que controlar al animal sirvió también para que ella recobrara el dominio de sí misma.

—Lord Bryne —dijo al tiempo que daba palmaditas en el cuello del caballo—, eso es imposible, creedme. Lo sé a ciencia cierta, y tan recientemente como anoche mismo.

Siuan soltó un suspiro a renglón seguido, y Myrelle no le anduvo muy a la zaga. Egwene volvió a sentir ganas de echarse a reír ante su expresión. Y un inmenso alivio porque

Librodot

las dos mujeres tuvieran los ojos abiertos de par en par, como dos niñitas a las que se les acaba de decir que el Hombre de las Sombras no está debajo de la cama. Caramba con la calma Aes Sedai.

—Me alegra oírlo —respondió fríamente Bryne—; pero, aun en el caso de que despidiera a todos los hombres que están ahí abajo, el rumor no dejaría de llegar a mis filas. Se propagaría por el ejército como un incendio en estas secas colinas.

Aquello acabó con el regocijo de Egwene; tal cosa sería por sí sola un desastre.

—Haré que las hermanas hagan pública la verdad a vuestros soldados mañana. ¿Bastaría con que seis Aes Sedai conocieran la verdad por información directa? Myrelle, aquí presente, y Sheriam, Carlinya, Beonin, Anaiya y Morvrin. —A ninguna de ellas les haría gracia tener que reunirse con las Sabias, pero tampoco podrían negarse a su petición. En realidad, no querrían negarse, con tal de impedir que tal rumor se propagara. O no deberían querer, en cualquier caso. El leve ceño de Myrelle se borró y dio paso a un gesto resignado.

Bryne se acodó en el yelmo y observó atentamente a Egwene y a Myrelle; a Siuan ni siquiera le dedicó una ojeada de refilón. El bayo del general pateó el suelo rocoso con uno de los cascos; una nidada de alguna especie de palomas de alas azules remontó el vuelo, saliendo debajo de los matorrales a unos pocos pasos de distancia, haciendo que *Daishar* y el alazán de Myrelle cabecearan con nerviosismo. El caballo de Bryne ni se inmutó. A buen seguro, el general había oído hablar de los accesos, bien que no sabría nada de lo que eran realmente —las Aes Sedai guardaban sus asuntos en secreto por costumbre, y ese Talento en particular procuraban que no llegara a oídos de Elaida— y ciertamente ignoraba todo lo referente al *Tel'aran'rhiod* —ese secreto vital resultaba más fácil de ocultar al no existir manifestaciones físicas que nadie pudiese ver— pero aun así el hombre no preguntó cómo. Quizás a estas alturas ya estaba acostumbrado a las Aes Sedai y sus secretos.

—Siempre y cuando hablen con claridad, de un modo rotundo —respondió al cabo—. Si en sus palabras hay ambigüedad, la más mínima... —La fijeza de su mirada no tenía el propósito de intimidar, sólo de dejar muy claro el asunto. Pareció satisfecho de lo que vio en su rostro—. Al parecer lo estáis haciendo muy bien, madre. Ojalá sigáis teniendo éxito. Señalad la hora para esta tarde y acudiré a la reunión que mencionasteis. Deberíamos conferenciar con regularidad. Me presentaré ante vos cada vez que me mandéis llamar. Deberíamos empezar a elaborar planes concretos respecto a cómo colocaros en la Sede Amyrlin una vez que lleguemos a Tar Valon.

Su tono era cauteloso —probablemente aún no tenía muy claro lo que estaba ocurriendo o hasta qué punto podía fiarse de Myrelle—, por lo que Egwene tardó unos instantes en darse cuenta de lo que acababa de hacer el hombre. La comprensión la dejó sin aliento. Tal vez era simplemente que lo había interpretando mal por estar demasiado acostumbrada al modo en que las Aes Sedai daban un doble sentido a sus palabras, pero... No. Lo que Bryne acababa de decir era que ponía el ejército a sus órdenes. No le cabía la menor duda. No a las de la Antecámara ni a las de Sheriam: a las suyas.

—Gracias, lord Bryne. —No parecía gran cosa como respuesta, sobre todo cuando su gesto de asentimiento, sus ojos prendidos en los de ella, parecieron confirmar su suposición. De repente se le ocurrían miles de preguntas más para el hombre, aunque la mayoría de ellas no podría hacérselas ni estando solos. Lástima que no pudiera depositar completamente en él su confianza. «Ser cauto hasta estar seguro, y entonces serlo un poco más.» Era una vieja máxima que debía aplicarse en cualquier trato que rozara a Aes Sedai, aunque sólo fuera de pasada. Y hasta los mejores hombres comentaban cosas con sus amigos, puede que incluso más cuando esas cosas se suponían que eran secretas—. Sin duda tendréis mil asuntos que atender en lo que queda de mañana —dijo, cogiendo de nuevo las riendas—. Podéis regresar ahora. Nosotras cabalgaremos un poco más.

Bryne, ni que decir tiene, protestó; recordaba a un Guardián hablando de la imposibilidad de vigilar en todas direcciones a la vez y de que una flecha clavada en la espalda podía matar a una Aes Sedai con igual rapidez que a cualquier persona. El próximo hombre que le dijera eso, decidió Egwene, iba a pagarlo. Tres Aes Sedai equivalían a

Librodot

trescientos hombres. Al final, a pesar de todos sus rezongos y muecas, no le quedó más remedio que obedecer. Volvió a calarse el yelmo y empezó a bajar con el caballo la abrupta ladera en dirección a la caravana de mercaderes, en lugar de regresar por donde habían venido; pero eso era incluso mejor desde el punto de vista de Egwene.

—Ve tú a la cabeza, Siuan —dijo cuando el general estuvo a unos doce pasos ladera abajo.

Siuan miraba al hombre como si éste la hubiese estado fastidiando todo el tiempo. Soltó un resoplido, se enderezó el sombrero de paja, hizo volver grupas a la yegua —en fin, la hizo girar a tirones— y taconeó los sólidos flancos de animal para que emprendiera la marcha al paso. Egwene indicó con un ademán a Myrelle que la siguiera; al igual que Bryne, la mujer no tuvo más remedio que obedecer.

Al principio Myrelle le dirigió miradas de reojo, esperando obviamente que sacara a relucir el tema de las hermanas enviadas a la Torre Blanca, y, también claramente, buscando una serie de excusas por las que había que guardar el asunto en secreto para la Antecámara. Cuantos más minutos pasaban sin que Egwene rompiera el silencio, más crecía el nerviosismo de la otra mujer, que empezó a lamerse los labios, indicio de que la calma Aes Sedai comenzaba a resquebrajarse. Sí, el silencio era un arma muy útil.

Durante un rato los únicos sonidos fueron los cascos de sus monturas y alguna que otra llamada de un pájaro en la maleza, pero cuando la dirección tomada por Siuan se hizo evidente, torciendo ligeramente hacia el oeste del camino de regreso al campamento, el rebullir de Myrelle aumentó a tal punto que parecía que estuviese sentada sobre ortigas. A lo mejor sí que había algo de cierto en los retazos reunidos por Siuan.

Cuando ésta giró de nuevo hacia el oeste, entre dos cerros torcidos que se inclinaban el uno hacia el otro, Myrelle frenó a su alazán.

—Hay... hay una cascada en esa dirección —dijo, señalando hacia el este—. No es muy grande, ni siquiera antes de la sequía, pero sí que es bonita incluso ahora.

Siuan también se detuvo y se volvió a mirarla con un esbozo de sonrisa. ¿Qué estaría ocultando Myrelle? Egwene sentía una gran curiosidad. Contuvo a duras penas un respingo cuando miró a la hermana Verde; una gotita de sudor brillaba en la frente de la mujer, justo al borde del ala del sombrero gris. Ahora sí que Egwene quería saber qué era lo que podía alterar a una Aes Sedai lo suficiente para hacerla sudar.

—Creo que Siuan tiene vistas más interesantes que ofrecernos, ¿no te parece? —dijo Egwene al tiempo que hacía girar a *Daishar* y reanudaba la marcha; Myrelle pareció venirse abajo—. Vamos.

—Lo sabéis todo, ¿verdad? —musitó con voz temblorosa mientras pasaban entre los inclinados cerros. Ahora eran más las gotas de sudor que brillaban en su cara. Estaba totalmente trastornada—. Todo. ¿Cómo pudisteis...? —De repente se irguió en la silla y clavó la vista en la espalda de Siuan—. ¡Ella! ¡Siuan ha sido vuestra subordinada desde el principio! —Casi parecía indignada—. ¿Cómo hemos podido estar tan ciegas? Pero sigo sin entenderlo. Hemos sido muy cautas.

—Si quieres mantener algo oculto —manifestó Siuan, despectiva—, no intentes comprar ajíes de moneda tan al sur.

¿Qué demonios eran ajíes de moneda? ¿Y de qué estaban hablando? Myrelle se estremeció. La medida de lo alterada que estaba se hizo patente por el hecho de que no hubo una réplica inmediata para poner en su sitio a Siuan por el tono en que habló. Por el contrario, se lamió los labios como si se le hubiesen quedado muy secos de repente.

—Madre, tenéis que entender por qué lo hice, por qué lo hicimos. —El dejo desesperado que traslucía su voz era el apropiado de quien se enfrenta a la mitad de los Renegados sin ayuda de nadie—. No fue sólo porque Moraine lo pidió, ni porque fuera mi amiga. Detesto dejarlos morir. ¡Lo detesto! A veces la alianza que hacemos nos resulta muy dura, pero lo es más para ellos. Tenéis que entenderlo. ¡Tenéis que entenderlo!

Justo cuando Egwene pensaba que la mujer estaba a punto de soltarlo todo, Siuan frenó de nuevo a la gorda yegua y se volvió hacia ellas. Egwene habría querido darle de bofetadas.

—Quizá saldrías mejor parada, Myrelle, si vas por delante el resto del camino —dijo fríamente. Asqueada, de hecho—. La cooperación podría ser un atenuante. Muy pequeño, desde luego.

—Sí. —Myrelle asintió, toqueteando sin cesar las riendas—. Sí, por supuesto.

Parecía a punto de romper a llorar cuando se situó a la cabeza. Siuan ocupó la retaguardia; por un instante pareció aliviada. Egwene creyó que iba a estallar en cualquier momento. ¿Qué alianza? ¿Con quién? ¿Dejar morir a quiénes? ¿Y a qué otras se refería? ¿A Sheriam y las demás? Sin embargo, Myrelle la oiría si le preguntaba a Siuan, y poner de manifiesto su ignorancia no era recomendable en ese momento. «Una mujer ignorante que mantiene cerrada la boca será tomada por avisada», rezaba el dicho. Y había otro: «Guardar el primer secreto implica guardar diez más». Ahora no había más remedio que seguir adelante, ocultándolo todo. No obstante, iba a tener unas palabras con Siuan. Se suponía que la mujer no debía tener secretos con ella. Rechinando los dientes, Egwene trató de aparentar calma e indiferencia. Parecer avisada.

Casi de vuelta a la calzada en la que estaba el campamento, unos cuantos kilómetros al oeste, Myrelle las condujo ladera arriba de un cerro pequeño y achatado, cubierto de pinos y melojos. Dos inmensos robles impedían que creciera cualquier otro tipo de árbol en la ancha depresión que había en la cima. Debajo de las gruesas ramas entrelazadas había tres tiendas de lona llenas de parches, así como una hilera de estacas para atar caballos; cerca se veía un carro y cinco grandes caballos de batalla, atados a estacas bien separadas las unas de las otras. Nisao Dachen, vestida con un traje de montar de corte sencillo y color broncíneo, esperaba debajo del toldillo de una de las tiendas, como para dar la bienvenida a unas invitadas, con Sarin Hoigan a su lado, éste luciendo la capa de color verde oliva tan frecuente entre los Gaidin. El Guardián de Nisao, un hombretón calvo y con espesa barba negra, era aún más alto que ella. A unos pocos pasos, dos de los tres Guardianes de Myrelle las observaban cautelosamente mientras descendían a la depresión: Croi Makin, delgado y rubio, y Nuhel Dromand, corpulento y atezado, con barba pero sin bigote. Nadie pareció sorprendido en lo más mínimo. Obviamente, uno de los Guardianes había estado haciendo guardia y les había avisado. Nada de lo que estaba a la vista justificaba el ambiente furtivo, sin embargo, ni el nervioso lamerse los labios de Myrelle. En realidad, si Nisao las aguardaba para darles la bienvenida, ¿por qué sus manos no dejaban de alisar la falda pantalón de su traje de montar? Cualquiera diría que habría preferido enfrentarse a Elaida estando escudada.

Dos mujeres se asomaron disimuladamente tras la esquina de una de las tiendas y volvieron a esconderse de inmediato, pero no antes de que Egwene las hubiese reconocido: Nicola y Areina. De repente se sintió muy intranquila. ¿Adónde la había llevado Siuan?

Ésta no dio señales de estar en absoluto nerviosa mientras desmontó.

—Tráelo fuera, Myrelle. Ahora. —Se estaba vengando con creces; su tono habría hecho parecer suave una lima en comparación—. Ya es tarde para que se esconda.

Myrelle logró fruncir ligeramente el entrecejo al verse tratada así, pero se notó que le costaba hacerlo. También fue visible su esfuerzo para recobrar la compostura; quitándose bruscamente el sombrero, desmontó sin decir palabra, fue hacia una de las tiendas, y desapareció en ella. Los ojos de Nisao, de por sí grandes, la siguieron mientras se abrían más y más. Parecía haberse quedado paralizada.

—¿Por qué la interrumpiste antes? —susurró Egwene mientras desmontaba. Sólo Siuan se encontraba lo bastante cerca para oírla—. No me cabe duda de que estaba a punto de confesar... lo que quiera que sea, y aún ignoro de qué se trata todo esto. Por cierto, ¿ajíes de moneda?

—Son muy populares en Shienar y en Malkier —respondió Siuan en un tono igualmente bajo—. Me enteré de esto después de dejar a Aeldene esta mañana. Tenía que conseguir que nos condujese ella puesto que yo no sabía el emplazamiento exacto. No nos habría favorecido que descubriese tal cosa, ¿verdad? Tampoco sabía nada de que Nisao estuviese involucrada. Que yo haya visto, apenas se hablaban entre ellas. —Echó una ojeada a la hermana Amarilla y sacudió la cabeza en ademán irritado. Pasar algo por alto era un fallo

Librodot

con el que Siuan era poco tolerante consigo misma—. A menos que me haya vuelto estúpida o me haya quedado ciega, lo que estas dos... —Poniendo un gesto como si se hubiese tragado algo podrido, enmudeció al no hallar un término que les cuadrase bien. De pronto tiró de la manga a Egwene—. Ahí vienen. Ahora lo veréis por vos misma.

Myrelle salió de la tienda primero, y a continuación lo hizo un hombre vestido únicamente con botas y calzones, que tuvo que agacharse bastante para pasar por las solapas de la puerta; llevaba una espada desnuda en la mano y su torso, ligeramente velludo, aparecía cruzado de cicatrices. La mujer no le llegaba a los hombros; de hecho, era más alto que los otros Guardianes. Su largo y oscuro cabello, sujeto a las sienes con una correa de cuero trenzada, tenía más hebras grises que la última vez que Egwene lo había visto, pero lo que no había menguado un ápice era la dureza de Lan Mandragoran. De repente, varias piezas del rompecabezas encajaron en su sitio, aunque seguía sin tener sentido para ella. Lan había sido el Guardián de Moraine, la Aes Sedai que los había sacado de Dos Ríos a ella, a Rand y a los demás lo que ahora le parecía una era atrás; pero Moraine había muerto al matar a Lanfear, y Lan había desaparecido de Cairhien a renglón seguido. Quizá todo estuviese muy claro para Siuan, pero para ella seguía siendo un galimatías.

Myrelle le susurró algo a Lan y le tocó el brazo. Él se estremeció ligeramente, como un caballo nervioso, pero en su pétreo semblante los ojos no se apartaron de Egwene. Finalmente, sin embargo, asintió, giró sobre sus talones, y se apartó un trecho, bajo las ramas de los robles. Asiendo la empuñadura del espadón con las dos manos, alzó el arma por encima de su cabeza, con la hoja inclinada hacia abajo, cargó el peso sobre la parte anterior de un pie, guardando el equilibrio, y se quedó inmóvil como una estatua.

Por un instante, Nisao lo miró frunciendo el entrecejo como si también ella estuviese mirando un rompecabezas. Luego sus ojos se encontraron con los de Myrelle, y las dos dirigieron la vista hacia Egwene al mismo tiempo. En lugar de acercarse a ella, empezaron a intercambiar susurros, precipitadamente. Al menos, al principio fue un intercambio; después Nisao se limitó a quedarse plantada allí, sacudiendo la cabeza, ya fuera con incredulidad o en negación.

—Me metiste en esto —gimió al cabo en voz alta—. Fui una estúpida por hacerte caso.

—Me parece que va a resultar... interesante —musitó Siuan cuando, por fin, se volvieron hacia ella y Egwene. La entonación que dio a la última palabra sonó definitivamente desagradable.

Myrelle y Nisao se atusaron el cabello y se alisaron las faldas mientras salvaban la corta distancia que las separaba de ellas, asegurándose de que todo estaba en orden. Puede que las hubiese pillado en... —«¿En qué?», se preguntó Egwene—, pero saltaba a la vista que se proponían salir lo más airosamente posible de ello y poner al mal tiempo buena cara.

—Si gustáis entrar, madre —invitó Myrelle mientras señalaba la tienda más próxima. Únicamente un levísimo temblor en su voz contradecía la fría serenidad de su semblante. Ahora no tenía una sola gota de sudor; se lo había enjugado con un pañuelo, claro, pero no había vuelto a transpirar.

—Gracias, pero no, hija.

—¿Un poco de ponche? —preguntó, sonriendo, Nisao, aunque las manos entrelazadas prietamente traicionaban su ansiedad—. Siuan, ve a decirle a Nicola que traiga ponche.

Siuan no se movió, y Nisao parpadeó sorprendida, prietos los labios. La sonrisa reapareció en un instante, empero.

—Nicola —llamó, alzando un poco la voz—. Pequeña, trae el ponche. Me temo que está hecho con zarzamoras —le confió a Egwene—, pero es muy reconstituyente.

—No quiero ponche —dijo secamente Egwene. Nicola salió de detrás de la tienda, pero no dio señal alguna de apresurarse a obedecer. Por el contrario, se quedó observando de hito en hito a las cuatro Aes Sedai, mordisqueándose el labio inferior. Nisao le asestó una fugaz ojeada que sólo podía calificarse de desagrado, pero no dijo nada. Otra pieza del rompecabezas que encajaba en su sitio, y Egwene respiró un poco más tranquila—. Lo que quiero, hija, lo que exijo, es una explicación.

Librodot

Por mucho que quisieran poner buena cara, no era más que una fina capa de barniz que se resquebrajó fácilmente. Myrelle alargó una mano en actitud suplicante.

—Madre, Moraine no me eligió sólo porque fuésemos amigas. Dos de mis Guardianes, Avar y Nuhel, pertenecieron antes a hermanas que murieron. Ninguna otra hermana había logrado salvar a más de uno desde hacía siglos.

—Yo sólo me involucré por su estado mental —se apresuró a explicar Nisao—. Estoy interesada en las enfermedades mentales, y ésta podía considerarse una de ellas. Myrelle me arrastró prácticamente a hacerlo.

Myrelle asestó una dura mirada a la Amarilla que le fue devuelta con creces.

—Madre, cuando la Aes Sedai de un Guardián muere, es como si éste absorbiera su pérdida y se consumiera por dentro. Él...

—Sé eso, Myrelle —la interrumpió bruscamente Egwene. Siuan y Leane se lo habían explicado con bastantes detalles, si bien las dos ignoraban que lo había preguntado porque quería saber qué podía esperar con Gawyn. Una alianza dura, había dicho Myrelle, y quizá lo era. Cuando el Guardián de una hermana moría, el dolor y la pena se apoderaban de ella; podía controlarlo hasta cierto punto; a veces, mantenerlo a raya, pero antes o después se abría paso a dentelladas en su alma. Por bien que Siuan lo disimulara cuando había otras personas presentes, todavía lloraba muchas noches por Alric, al que habían matado el día en que la habían depuesto. Con todo, ¿qué eran unos meses de lágrimas comparados con la muerte? Había innumerables historias sobre Guardianes que morían por vengar a sus Aes Sedai; de hecho, era lo que ocurría con mayor frecuencia en esos casos. Un hombre que deseaba morir, un hombre que buscaba ese fin, corría riesgos a los que no sobreviviría ni siquiera un Gaidin. Quizá lo más terrible de todo, desde el punto de vista de Egwene, era que lo sabían. Sabían cuál sería su suerte si sus Aes Sedai morían, sabían a lo que los empujaría el instinto cuando ocurriese tal cosa, sabían que nada de lo que hicieran podía cambiar eso. Qué increíble valor hacía falta para aceptar tal vínculo, sabiéndolo.

Se retiró unos pasos para ver claramente a Lan. El hombre seguía inmóvil, tanto que ni siquiera parecía respirar. Al parecer olvidada ya del ponche, Nicola se había sentado de piernas cruzadas en el suelo para mirarlo. Areina estaba en cuclillas al lado de Nicola, con la coleta echada sobre el hombro, observándolo incluso con más intensidad. Mucha más, de hecho, ya que Nicola lanzaba de vez en cuando ojeadas a Egwene y a las otras. Los demás Guardianes habían formado un pequeño grupo, fingiendo que también miraban a Lan aunque sin perder de vista a sus Aes Sedai.

Un soplo de brisa muy caliente agitó las hojas muertas que alfombraban el suelo y, con una pasmosa rapidez, Lan empezó a moverse pasando de postura a postura, mientras la espada giraba velozmente en sus manos. Más y más deprisa, hasta que dio la impresión de saltar de una postura a otra, si bien con la misma precisión de los movimientos de un reloj. Egwene esperó a que se parara o, al menos, que aflojara la velocidad, pero no ocurrió tal cosa. Más rápido. Areina se quedó boquiabierta por la impresión, maravillada; en realidad, también Nicola estaba boquiabierta. Se inclinaron hacia adelante, como niñas pendientes de un dulce que está enfriándose sobre la mesa de la cocina. Incluso los otros Guardianes dividían ahora realmente su atención entre sus Aes Sedai y él, pero, a diferencia de las dos mujeres, lo hacían como quien observa a un león que puede atacar en cualquier momento.

—Veo que lo estás haciendo trabajar de firme —dijo Egwene. Eso era parte del método para salvar a un Guardián. Pocas hermanas se sentían inclinadas a intentarlo, habida cuenta del alto porcentaje de fracasos, así como el coste para sí mismas. Evitar que corriera riesgos era otra parte. Y vincularlo de nuevo; ése era el primer paso. Sin duda Myrelle se había encargado de ese pequeño detalle. Pobre Nynaeve. Cuando se enterara, seguramente querría estrangular a Myrelle. Claro que quizá también aceptaría cualquier cosa que mantuviese con vida a Lan. Quizá. En cuanto a Lan, se merecía lo que le pasara por permitir ser vinculado a otra mujer cuando sabía que Nynaeve estaba loca por él.

Creía haberse hecho tal consideración para sus adentros, pero algo de lo que pensaba debía de haberse hecho evidente, porque Myrelle empezó de nuevo a darle explicaciones.

Librodot

—Madre, pasar un vínculo no es algo tan malo. Vaya, a decir verdad, es igual que cuando una mujer decide quién debe quedarse con su esposo cuando ella muera para estar segura de que está en buenas manos.

Egwene la miró con tanta dureza que la otra mujer reculó, a punto de tropezar con el repulgo de la falda. Su reacción, sin embargo, se debía a la impresión. Cada vez que pensaba que había visto las costumbres más extrañas, de pronto aparecía otra aún más singular.

—No todas somos ebudarianas, Myrelle —espetó secamente Siuan—, y un Guardián no es un esposo. Para la mayoría de nosotras.

Myrelle levantó la cabeza en actitud desafiante. Algunas hermanas, un puñado, se casaban con un Guardián; tampoco eran muchas las que se casaban con otro hombre. Nadie ahondaba en el tema, pero corría el rumor de que ella se había desposado con sus tres Gaidin, lo que sin duda violaba las costumbres y las leyes incluso en Ebou Dar.

—¿Dices que no es tan malo, Myrelle? —continuó Siuan, cuyo gesto ceñudo estaba acorde con su voz; parecía como si tuviese un sabor asqueroso en la boca.

—No hay ley que lo prohíba —protestó Nisao. Dirigiéndose a Egwene, no a Siuan—. No hay una ley en contra de pasar el vínculo. —A Siuan le dedicó una mirada tal que debería haberla hecho retroceder y callarse; pero no logró ni lo uno ni lo otro.

—Pero no es ése el asunto, ¿verdad? —demandó—. Aunque no se haya hecho desde hace... ¿Cuanto, cuatrocientos años o más? Incluso si las costumbres hubiesen cambiado, habríais salido de ésta con unas cuantas miradas recriminatorias y alguna palabra de censura si lo único que Moraine y vosotras dos hubieseis hecho fuera pasar el vínculo. Pero a él ni siquiera se le pidió permiso, ¿verdad? No se le dio opción. Es como si lo hubieses vinculado en contra de su voluntad, Myrelle. ¡En realidad, es exactamente eso lo que has hecho!

Por fin el rompecabezas cobró sentido para Egwene. Sabía que debía sentir el mismo rechazo que Siuan. Que una Aes Sedai vinculase a un hombre en contra de su voluntad se parecía mucho a una violación. El hombre tenía las mismas posibilidades de resistirse, es decir, ninguna, que las que tendría una muchachita si un hombre del tamaño de Lan la acorralara en el establo; más bien, si la acorralaran tres hombres del tamaño de Lan. Las hermanas no siempre habían sido tan puntillosas —mil años antes esa acción apenas habría merecido un comentario— e incluso en la actualidad a veces ni siquiera se planteaba la circunstancia de si realmente el hombre sabía a lo que se estaba comprometiendo. En ocasiones la hipocresía alcanzaba la categoría de arte entre las Aes Sedai, por ejemplo la confabulación y los secretos. El asunto era que Lan se había resistido a admitir su amor por Nynaeve, basándose en algún absurdo razonamiento sobre que su sino era morir violentamente antes o después y que no quería dejarla viuda; los hombres siempre soltaban tonterías cuando creían que actuaban de un modo lógico y práctico. De tener ocasión de hacerlo, ¿habría dejado Nynaeve que Lan se marchara sin haberlo vinculado, dijera lo que dijera él? ¿Lo haría ella con Gawyn? Él le había dicho que aceptaría, pero ¿y si cambiaba de idea?

Nisao abría y cerraba la boca sin articular sonidos, incapaz de encontrar las palabras que quería. Asestó una mirada furibunda a Siuan, como si ella tuviese la culpa, pero no fue nada en comparación con la que dirigió a Myrelle.

—Jamás debí hacerte caso —gruñó—. ¡Debía de estar loca!

A saber cómo, Myrelle mantenía el gesto sosegado, pero se tambaleaba ligeramente, como si las rodillas le flojearan.

—No lo hice por mí, madre. Debéis creerme. Lo hice para salvarlo. Tan pronto como esté recuperado, se lo pasaré a Nynaeve, como Moraine quería, tan pronto como ella esté...

Egwene alzó bruscamente una mano, y Myrelle enmudeció como si le hubiese tapado la boca.

—¿Tienes intención de pasar su vínculo a Nynaeve?

Myrelle asintió con incertidumbre; Nisao, con mucha más energía. Siuan, ceñuda, masculló algo sobre reincidir en el mismo desafuero, haciéndolo más inmoral. Lan aún no se había parado. Dos saltamontes zumbaron al salir de un matorral a su espalda, y él giró con

Librodot

pasmosa rapidez blandiendo la espada, cuya hoja los golpeó en pleno vuelo.

—¿Tus esfuerzos están teniendo algún resultado? ¿Se encuentra mejor? ¿Cuánto hace exactamente que lo tienes?

—Menos de tres semanas —contestó Myrelle—. Madre, podrían hacer falta meses, y aun así no hay garantía.

—Quizá sea el momento de intentar algo distinto —manifestó Egwene, más para sí misma que para las demás. Más para convencerse que por cualquier otra razón. Considerando el estado actual de Lan, no era precisamente un regalo poner en manos de alguien la tarea de ocuparse de él; pero, vinculado o no, le pertenecía a Nynaeve más de lo que nunca sería de Myrelle.

No obstante, mientras cruzaba el trecho que lo separaba de él, Egwene se sintió asaltada por las dudas. Lan se volvió en su dirección siguiendo los movimientos de aquella especie de danza. Alguien soltó una exclamación ahogada cuando la hoja de la espada se frenó bruscamente, a pocos centímetros de la cabeza de Egwene, que se sintió orgullosa de no haber sido ella quien había demostrado sobresalto.

Los brillantes ojos azules la contemplaron intensamente bajo las cejas fruncidas, en un rostro que era todo él ángulos y planos que podrían haber estado tallados en piedra. Lan bajó lentamente la espada. Estaba empapado en sudor, pero el ritmo de su respiración no se había alterado lo más mínimo.

—Así que ahora sois la Amyrlin. Myrelle me contó que habían nombrado una, pero no a quién. Al parecer vos y yo tenemos mucho en común. —Su sonrisa era tan fría como su voz, como sus ojos.

Egwene refrenó el impulso de ajustarse la estola al tiempo que se recordaba para sus adentros que era la Amyrlin y una Aes Sedai. Sentía un irrefrenable deseo de abrazar el *Saidar.* Hasta ese preciso instante no se había dado cuenta exactamente de lo peligroso que era él.

—Nynaeve también es Aes Sedai ahora, Lan. Necesita un buen Guardián.

Una de las mujeres emitió un sonido, pero Egwene mantuvo clavada la mirada en él.

—Espero que encuentre un héroe de leyenda —replicó Lan, soltando una seca risa—. Hará falta un héroe para afrontar su carácter.

Esa risa, a pesar de su dureza y frialdad, la convenció.

—Nynaeve se encuentra en Ebou Dar, Lan. Sabes cuán peligrosa es esa ciudad. Está buscando algo que necesitamos desesperadamente. Si el Ajah Negro se entera, la matarán para apoderarse de ello. Si los Renegados se enteran... —El semblante del hombre le había parecido sombrío antes, pero el dolor que atenazó aquellos ojos por el peligro que amenazaba a Nynaeve hizo que se reafirmara en su plan. Nynaeve, no Myrelle, era la indicada—. Voy a enviarte con ella, para que actúes como su Guardián.

—Madre —llamó con tono urgente Myrelle a su espalda.

Egwene levantó bruscamente la mano para que se callara.

—La seguridad de Nynaeve estará en tus manos, Lan.

El hombre no vaciló un instante; ni siquiera miró a Myrelle.

—Tardaré al menos un mes en llegar a Ebou Dar. ¡Areina, ensilla a *Mandarb*! —A punto de volverse, se detuvo y alzó la mano libre como si fuera a tocar la estola de Egwene—. Os pido perdón por haber ayudado a sacaros de Dos Ríos. A vos y a Nynaeve. —Luego se alejó a grandes zancadas y desapareció en el interior de la tienda de la que había salido antes.

No había dado ni dos pasos, cuando Myrelle, Nisao y Siuan ya estaba apiñadas alrededor de Egwene.

—Madre, no os dais cuenta de lo que os proponéis —argumentó Myrelle, falta de aliento—. Es como si le dieseis a un niño una linterna encendida para que juegue en un pajar. Empecé a preparar a Nynaeve tan pronto como sentí que su vínculo me había sido pasado. Creí que tenía tiempo, pero ascendió al chal en un visto y no visto. No está preparada para controlarlo, madre. No a él, en sus condiciones.

Egwene hizo un gran esfuerzo para conservar la paciencia. Todavía no lo entendían.

Librodot

—Myrelle, aun en el caso de que Nynaeve no fuera capaz de encauzar lo más mínimo... —De hecho no podía, a menos que estuviese furiosa—. Aun en ese caso, daría lo mismo, y tú lo sabes. No en lo referente a controlarlo. Hay algo que tú has sido incapaz de hacer: darle una misión tan importante que tenga que seguir vivo para llevarla a cabo. —Ése era el factor decisivo, y al parecer funcionaba mejor que los demás—. Para él, la seguridad de Nynaeve es así de importante. La ama, Myrelle, y ella le corresponde.

—Eso explica... —empezó quedamente Myrelle.

—Oh, desde luego que no —interrumpió Nisao con tono incrédulo—. Él no. Supongo que es posible que ella lo ame o crea que lo ama, pero las mujeres han perseguido a Lan desde que era un jovencito imberbe. Y lo enredaban, durante un día o un mes. Era un muchacho muy guapo, por difícil que resulte creerlo ahora. Sin embargo, parece conservar ese poder de atracción. —Miró de soslayo a Myrelle, que frunció ligeramente el entrecejo mientras un leve rubor le teñía las mejillas. Fue su única reacción, pero bastó—. No, madre. Cualquier mujer que crea que ha echado el lazo a Lan Mandragoran pronto descubrirá que lo único que ciñe el dogal es aire.

Egwene suspiró hondo a despecho de sí misma. Algunas hermanas creían que había otra medida en el proceso de salvar a un Guardián cuyo vínculo se había roto por la muerte: echarlo en los brazos —en la cama— de una mujer. Era opinión generalizada que ningún varón podía pensar en la muerte en tales circunstancias. Myrelle, al parecer, también se había ocupado personalmente de poner en práctica esa medida. Por lo menos no se había casado con él, ya que su intención era pasar su vínculo. Más valía que Nynaeve no se enterara nunca.

—Sea como fuere —respondió, absorta, a Nisao. Areina estaba ajustando la cincha de la silla a *Mandarb* con destreza; el gran corcel negro mantenía levantada la cabeza, pero se dejaba hacer. Saltaba a la vista que no era la primera vez que Areina se acercaba al semental. Nicola se encontraba cerca de ella, junto al grueso tronco del roble más apartado, cruzada de brazos y observando fijamente a Egwene y a las otras. Parecía a punto de echar a correr—. Ignoro qué os ha sacado Areina valiéndose del chantaje —manifestó quedamente Egwene—, pero, en cuanto a Nicola, las clases extras se han terminado a partir de ahora.

Myrelle y Nisao dieron un respingo, la viva imagen de la sorpresa. Los ojos de Siuan se abrieron como platos, pero por suerte se recobró antes de que cualquiera lo advirtiese.

—Realmente estáis enterada de todo —susurró Myrelle—. Lo único que Areina quería era estar cerca de Lan. Imagino que creía que aprendería cosas con él que le serían útiles como cazadora del Cuerno. O incluso que Lan se marcharía con ella en busca del Cuerno.

—Y Nicola quiere ser otra Caraighan —rezongó, cáustica, Nisao—. U otra Moraine. Creo que abrigaba la idea de que podría obligar a Myrelle a pasarle el vínculo de Lan. ¡Bien! Al menos podemos ocuparnos de esas dos como se merecen, ahora que lo de Lan ha salido a la luz. Sea lo que sea lo que me pase a mí, será una satisfacción saber que ellas van a estar chillando lo que queda del año.

Por fin Siuan comprendía lo que había estado ocurriendo, y la expresión de indignación se combinó en su rostro con las miradas sorprendidas que dirigió a Egwene. Que alguien hubiese descubierto algo antes que ella probablemente la molestaba tanto como que Nicola y Areina chantajearan a unas Aes Sedai. O tal vez más. Después de todo, ni Areina ni Nicola eran Aes Sedai. Aquello cambió drásticamente el punto de vista de Siuan respecto a lo que estaba permitido. Claro que ello abarcaba a todas las hermanas.

Con tantos ojos prendidos en ella, y ni una sola de esas miradas amistosa, Nicola retrocedió hasta chocar con el tronco del roble y pareció que intentaba recular más aún. Sabía lo que le aguardaba cuando regresara al campamento. Areina seguía absorta con el caballo de Lan, ajena a lo que se le venía encima.

—Eso sería muy justo —convino Egwene—, pero no a menos que vosotras dos afrontéis lo que os merecéis en justicia.

Nadie miraba ya a Nicola. Myrelle tenía los ojos tan desorbitados que parecían ocupar toda su cara, y los de Nisao estaban aun más abiertos. Ninguna parecía atreverse siquiera a decir una palabra. Siuan rebosaba de sombría satisfacción; a su modo de ver, no merecían

Librodot

compasión. Tampoco Egwene tenía intención de demostrarles mucha.

—Hablaremos de ello cuando vuelva —les dijo cuando Lan reapareció, con la espada ceñida sobre una chaqueta verde desabrochada que dejaba ver la camisa con los lazos desatados, y unas alforjas llenas a reventar cargadas en un hombro. La capa cambiante de Guardián que colgaba a su espalda descomponía las imágenes del fondo al ondear tras él.

Dejando a las estupefactas hermanas para que se cocieran en su propia salsa, Egwene le salió al encuentro. Siuan se encargaría de mantener vivo el fuego si es que las otras dos mujeres daban señales de que el hervor perdía fuerza.

—Puedo situarte en Ebou Dar antes del mes que calculabas —le dijo.

Lan se limitó a asentir con impaciencia y gritó a Areina que le llevara el caballo. La intensidad que emanaba de él resultaba inquietante; parecía una avalancha a punto de desplomarse, retenida únicamente por un hilo.

Egwene tejió un acceso de casi tres metros de altura donde Lan había estado practicando con la espada, y lo cruzó para pisar sobre lo que parecía un trasbordador que flotaba en la inmensurable oscuridad. Rasar requería una plataforma, y, aunque podía ser cualquier cosa que uno escogiera imaginar, cada hermana parecía tener una preferida. En el caso de Egwene era una especie de barcaza plana, con consistentes barandillas. Si caía de la plataforma, podía crear otra bajo ella, aunque entonces el punto de destino sería una incógnita; por el contrario, si la persona que se caía no sabía encauzar, esa caída sería tan interminable como la negrura que se extendía en todas direcciones hasta el infinito. Únicamente en el extremo más próximo de la barcaza había algo de luz, la del acceso, que marcaba un espacio limitado en el vacío. Esa luz no penetraba la oscuridad en absoluto, pero era luz en cierto modo. Al menos, ella podía ver muy bien, como en el *Tel'aran'rhiod.* No por primera vez se preguntó si esto era realmente parte del Mundo de los Sueños.

Lan la siguió sin necesidad de que se lo dijera, llevando al caballo por las riendas. Examinó el acceso mientras lo cruzaba, e hizo lo mismo con la oscuridad que había bajo sus pies y bajo los cascos de *Mandarb* al caminar por las planchas de madera para reunirse con Egwene. Sólo hizo una pregunta:

—¿Cuánto tardará esto en llevarme a Ebou Dar?

—No lo hará —contestó al tiempo que encauzaba para cerrar el acceso—. No a la ciudad propiamente dicha. —No se notó movimiento, no sopló viento ni brisa, no se sintió nada. Pero la plataforma se movía. Y deprisa; más de lo que podría imaginarse. Debían de ser casi mil kilómetros los que tenía que recorrer—. Puedo dejarte a cinco o seis días de Ebou Dar. —Había visto el acceso abierto cuando Nynaeve y Elayne habían Viajado hacia el sur y recordaba los detalles suficientes para Rasar hasta el mismo lugar.

Él asintió en silencio, con la mirada fija al frente como si pudiese ver su punto de destino. Le recordó a Egwene una flecha apuntada en un arco tenso.

—Lan, Nynaeve se aloja en el palacio de Tarasin, como invitada de la reina Tylin. Seguramente negará que corre algún peligro. —Lo haría sin duda, e indignada, si Egwene la conocía bien, y con toda razón—. Procura no hacer hincapié en ello, ya sabes lo testaruda que es, pero que no te influya. Si es preciso, protégela sin que se dé cuenta. —Él siguió callado, sin mirarla. De haber estado en su lugar, Egwene habría querido hacer un montón de preguntas—. Lan, cuando te reúnas con ella debes decirle que Myrelle le pasará tu vínculo tan pronto como podáis reuniros los tres. —Había pensado dar esa información personalmente, pero después decidió que era mejor que Nynaeve no supiera que Lan iba a su encuentro. Estaba tan loca por él como... «Como lo estoy yo por Gawyn», pensó contrita. Si Nynaeve sabía que Lan se hallaba de camino, no pensaría en otra cosa. Sin querer, dejaría que la búsqueda recayera en Elayne. No porque se quedara cruzada de brazos, soñando despierta, pero no tendría la cabeza en lo que estuviese haciendo y sus indagaciones no servirían de nada—. ¿Me estás escuchando, Lan?

—El palacio de Tarasin —dijo él con voz impasible, sin apartar la vista del frente—. Invitada de la reina Tylin. Seguramente negará que corre peligro. Testaruda; como si no lo supiera ya. —Entonces sí miró a Egwene, y ésta casi deseó que no lo hubiese hecho. Estaba

Librodot

llena a rebosar de *Saidar,* henchida de la calidez, el gozo y el poder, de pura vida, pero algo salvaje, primitivo, alentaba ferozmente en aquellos fríos ojos azules, una negación de la vida. Sus ojos eran aterradores; sin paliativos—. Le diré todo lo que necesita saber. ¿Veis? Os he escuchado.

Egwene se obligó a sostener aquella mirada sin encogerse, pero Lan se limitó a volver la cara hacia el frente. Había una marca roja en su cuello, un cardenal. Tal vez —sólo tal vez— era un mordisco. Quizá debería advertírselo, decirle que no tenía que ser demasiado... explícito en lo que relatara sobre Myrelle y él. La idea la hizo enrojecer. Intentó no mirar el cardenal, pero ahora que lo había visto parecía incapaz de fijarse en otra cosa. De todos modos, Lan no sería tan necio. No podía esperarse que un hombre fuera sensato, pero ni siquiera ellos eran tan atolondrados.

Flotaron en silencio, moviéndose sin moverse. Egwene no temía que los Renegados aparecieran de repente allí, ni ninguna otra persona. Rasar tenía sus peculiaridades, algunas de las cuales tenían por finalidad la seguridad y la intimidad. Si dos hermanas tejían accesos en el mismo lugar con unos segundos de diferencia a fin de Rasar al mismo destino, no se verían a menos que fuera exactamente el mismo punto, con los tejidos exactamente idénticos, y alcanzar tal precisión no era tan fácil como podría parecer.

Al cabo de un tiempo —resultaba difícil saber cuánto exactamente, aunque Egwene calculaba alrededor de media hora— la barcaza se detuvo de repente. No hubo cambios en lo que se percibía, ni en el tejido que mantenía. Simplemente supo que un instante antes se desplazaban por la oscuridad y que al siguiente se habían parado. Abrió un acceso justo al borde de la proa de la barcaza —no estaba segura de adónde se abriría en la popa y tampoco tenía curiosidad por descubrirlo, francamente— e indicó a Lan que lo cruzara con una seña. La barcaza sólo existiría mientras ella estuviese presente, otra cosa igual al *Tel'aran'rhiod.*

Lan abrió la puerta de la barcaza y condujo fuera a *Mandarb*; cuando Egwene lo siguió ya estaba montado en el caballo. La joven dejó abierto el acceso para regresar. Unas colinas suaves se extendían en todas direcciones, cubiertas de hierba reseca. No se veían árboles, únicamente parches de matorrales agostados. Los cascos del semental levantaban pequeñas nubes de polvo. El sol matinal en aquel cielo despejado era aún más abrasador que en Murandy. Buitres de grandes alas volaban en círculo sobre algo, al sur, y en otro punto al oeste.

—Lan —empezó, con intención de asegurarse de que el hombre entendía lo que debía decirle a Nynaeve, pero él se le adelantó.

—Cinco o seis días, dijisteis —comenzó, mirando hacia el sur—. Puedo llegar antes. Estará a salvo, os lo prometo. —*Mandarb* caracoleó, tan impaciente como su jinete, pero Lan lo sujetó con firmeza—. Habéis llegado muy lejos desde que salisteis de Dos Ríos. —Bajó la vista hacia ella y sonrió. Cualquier atisbo de calidez en el rictus quedó absorbido por la frialdad de sus ojos—. Ahora tenéis dominio sobre Myrelle y Nisao, algo con lo que atarlas en corto. No dejéis que vuelvan a discutiros nada. Imponeos. Que estén a vuestras órdenes, madre. No hay que bajar la guardia. —Inclinó ligeramente la cabeza, taconeó los ijares de *Mandarb,* llevándolo al paso el trecho suficiente para no levantar polvo cerca de Egwene, y después partió a galope.

Ella lo siguió con la mirada mientras se alejaba hacia el sur y cerró la boca. Bien. Lan se había percatado de todo en medio de aquel exhaustivo ejercicio de práctica con la espada; se había percatado y se había hecho una buena composición de lugar. Por lo visto incluyendo fragmentos que desconocía hasta que la había visto con la estola. Más le valía a Nynaeve ir con cuidado; siempre pensaba que los hombres eran más cortos de luces de lo que eran en realidad.

—Al menos no pueden meterse en ningún problema serio —se dijo en voz alta. Lan coronó un cerro y desapareció por el otro lado. Si hubiese habido algún peligro real en Ebou Dar, Elayne o Nynaeve habrían comentado algo. No se reunían muy a menudo —tenía muchas cosas que hacer— pero habían discurrido un modo de dejar mensajes en el Salidar del *Tel'aran'rhiod* cada vez que hacía falta que se vieran.

Una bocanada de aire que parecía salida de un horno levantó nubes de polvo. Egwene tosió y se cubrió la boca y la nariz con una punta de la estola mientras regresaba apresuradamente a la barcaza a través del acceso. El viaje de vuelta, en medio del silencio, resultó aburrido, lo que le dio tiempo a preguntarse, preocupada, si habría actuado bien al enviar a Lan, si era justo mantener a Nynaeve en la ignorancia de que el hombre iba a su encuentro. «Lo hecho, hecho está», se repitió una y otra vez, pero con eso no se tranquilizó.

Cuando volvió a salir a la depresión de la cumbre del cerro, bajo los robles, el tercer Guardián de Myrelle, Avar Hachami, se había reunido con los otros; era un hombre de nariz aguileña, con unos bigotes espesos y canosos semejantes a unos cuernos curvados hacia abajo. Los cuatro Gaidin trabajaban de firme, y ya tenían las tiendas desmontadas y cuidadosamente dobladas. Nicola y Areina corrían de un lado para otro cargando todos los utensilios del campamento en el carro, desde mantas y ollas a pavas de hierro negro y barreños. En verdad se movían a la carrera, sin descansar, pero también parecían más que pendientes de Siuan y las otras dos hermanas, reunidas al borde de los árboles. A decir verdad, los Guardianes estaban más que pendientes de las tres Aes Sedai, hasta el punto de que sus orejas debían de estar tiesas como las de un animal en alerta. Quién era la que hacía hervir a quién parecía ser la cuestión.

—... no hablarme de ese modo, Siuan —decía Myrelle en esos momentos. Y no sólo lo bastante alto para que se la oyese al otro lado del claro, sino con suficiente frialdad para helar la atmósfera. Con los brazos prietamente cruzados bajo los senos, no podía estar más erguida, y con un aire tan imperioso que parecía a punto de reventar—. ¿Me oyes? ¡Ni se te ocurra!

—¿Es que has perdido todo sentido de la conveniencia, Siuan? —Las manos de Nisao apuñaban la falda en un vano intento de no perder los estribos, y la ira de su voz igualaba la frialdad de la de Myrelle—. ¡Si has olvidado por completo los modales, se te pueden enseñar otra vez!

Haciéndoles frente puesta en jarras, Siuan movía la cabeza con gestos bruscos, esforzándose en mantener el gesto furibundo y a la vez no apartar la mirada de las otras dos.

—Sólo estoy... —Al ver acercarse a Egwene, su alivio floreció como un capullo en primavera—. Madre. —La palabra salió casi como un jadeo—. Estaba explicando los posibles castigos. —Inhaló profundamente y continuó con más seguridad—: La Antecámara tendrá que improvisarlos sobre la marcha, por supuesto, pero creo que podrían empezar por obligar a estas dos a que a cedan sus Guardianes a otras, ya que parecen tan partidarias de hacer eso.

Myrelle apretó los párpados y Nisao se volvió para mirar a los Guardianes. Su expresión no cambió, tranquila aunque un punto sofocada, pero Sarin se incorporó precipitadamente y dio tres rápidas zancadas hacia ella antes de que la Aes Sedai alzase la mano para detenerlo. Un Guardián percibía la presencia de su Aes Sedai, su dolor, su miedo y su rabia, del mismo modo que Egwene percibía las sensaciones de Moghedien cuando llevaba puesto el brazalete del *a'dam.* No era de extrañar que los Guardianes estuviesen alerta y que parecieran a punto de saltar sobre algo; puede que no supieran lo que había llevado a sus Aes Sedai al borde de la desesperación, pero sabían que las dos mujeres estaban rozando ese límite.

Que era exactamente lo que Egwene quería que les ocurriera. No le gustaba esta parte del asunto. Toda la maniobra era como un juego, pero esto... «Hago lo que tengo que hacer», pensó, sin saber con certeza si era un intento de reforzar su entereza o de disculpar lo que se disponía a hacer.

—Siuan, por favor, envía a Nicola y Areina de vuelta al campamento. —No podrían contar lo que no vieran—. Hay que asegurarse que no se vayan de la lengua, así que déjales bien claro lo que les pasará. Diles que tienen una segunda oportunidad porque la Amyrlin se siente generosa, pero que será la última.

—Creo que eso sí sabré hacerlo. —Siuan se recogió la falda y se alejó con aire altanero; en eso era una maestra. Pero esta vez parecía estar ansiosa por alejarse de Myrelle y Nisao.

—Madre —empezó Nisao, escogiendo las palabras—, antes de que os marchaseis dijisteis algo, sugeristeis que podría haber un modo de que evitáramos... Un modo para que no tuviésemos que... —Volvió a echar una ojeada a Sarin.

Por su parte, Myrelle habría sido la viva estampa de la serenidad Aes Sedai salvo porque tenía los dedos entrelazados con tanta fuerza que los nudillos se marcaban a través de la fina piel de los guantes. Egwene les indicó que esperaran con un ademán.

Nicola y Areina, que en ese momento volvían del carro, vieron ir hacia ellas a Siuan y se quedaron rígidas como postes. Lo que no era de extrañar, habida cuenta de que Siuan avanzaba como si tuviera intención de pasar por encima de ellas y del propio carro. Areina giró la cabeza a uno y otro lado, con aire acosado; pero, antes de que se le ocurriera la idea de echar a correr, las manos de Siuan se dispararon y agarraron a cada una de una oreja. Lo que quiera que dijo lo habló en voz tan baja que no se oyó donde estaban las otras Aes Sedai, pero Areina dejó de forcejear para que Siuan le soltara la oreja. Sus manos permanecieron en la muñeca de la Aes Sedai, aunque más parecía que era para sostenerse en pie. Una expresión de horror tal asomó al rostro de Nicola que Egwene se preguntó si Siuan no habría ido demasiado lejos. Aunque quizá no, considerando las circunstancias; al fin y al cabo, iban a escapar sin castigo por su delito. Lástima que no pudiera hallar un modo de aprovechar aquel talento para descubrir lo que era secreto. Un modo de aprovecharlo con seguridad.

Fuera lo que fuera lo que Siuan les dijo, cuando soltó sus orejas la pareja se volvió inmediatamente hacia Egwene y se deshicieron en reverencias, la de Nicola tan exagerada que por poco da con la cara en el suelo, mientras que Areina estuvo a punto de irse de bruces. Siuan dio unas palmadas secas, y las dos mujeres se incorporaron de un brinco y empezaron a desatar rápidamente un par de peludos caballos de tiro de la línea de estacas. Montaron a pelo y salieron a galope de la depresión de terreno tan deprisa que cualquiera habría dicho que les habían crecido alas.

—Ni siquiera hablarán de esto en sus sueños —manifestó Siuan con acritud cuando regresó—. Por lo menos todavía soy capaz de dejar más derechas que una vela a las novicias. —Mantuvo los ojos fijos en el rostro de Egwene, evitando mirar a las otras dos.

Reprimiendo un suspiro, Egwene se volvió hacia Myrelle y Nisao. Tenía que hacer algo con Siuan, pero lo primero era lo primero. La hermana Verde y la Marrón la miraban cautelosas, esperando su propuesta.

—Es muy simple —explicó en tono firme—. Sin mi colaboración, es probable que perdáis a vuestros Guardianes, y sin duda estaréis deseando que os hubiesen desollado vivas para cuando la Antecámara haya terminado con vosotras. También es posible que vuestros propios Ajahs tengan unas cuantas palabras muy escogidas que dirigiros. Quizá pasen años antes de que podáis andar de nuevo con la cabeza alta, años antes de que otras hermanas no os miren por encima del hombro a cada momento. Así pues, ¿por qué habría de encubriros para que no se haga justicia con vosotras? Eso me supondría un compromiso; podríais volver a hacer lo mismo o algo peor. —Las Sabias tenían mucho que ver con esto aunque no era exactamente el *ji'e'toh*—. Si he de asumir esa responsabilidad, entonces vosotras también deberéis contraer una obligación. He de poder confiar totalmente en vosotras, y sólo veo un modo de lograrlo. —Sí, tenían que ver las Sabias, pero también Faolain y Theodrin—. Debéis jurarme lealtad.

Las dos mujeres habían mantenido el entrecejo fruncido, preguntándose adónde quería ir a parar; pero, fuera lo que fuera lo que habían imaginado, no esperaban nada parecido a semejante requerimiento. Sus rostros eran todo un poema. Nisao se quedó boquiabierta, y Myrelle parecía como si hubiese recibido un martillazo entre las cejas. Hasta Siuan la miraba sin dar crédito a sus oídos.

—Im... p... posible —balbució Myrelle—. ¡Ninguna hermana ha jurado...! ¡Ninguna Amyrlin ha exigido...! ¡No podéis decir en serio...!

—Oh, cállate de una vez, Myrelle —barbotó Nisao—. ¡Todo esto es culpa tuya! Jamás debí hacerte caso! En fin. Lo hecho, hecho está. Y lo que es, no puede cambiarse. —Observó a Egwene con intensidad y murmuró—. Sois una mujer peligrosa, madre. Muy peligrosa. Podéis destruir la Torre más de lo que lo está ya antes de que hayáis acabado. Si supiese eso con seguridad, si tuviese el coraje de hacer lo que es mi deber y afrontar lo que quiera que ocurra... —Empero, se arrodilló suavemente y posó los labios en el anillo de la Gran Serpiente

Librodot

de Egwene—. Por la Luz y por mi esperanza de renacimiento y salvación... —No fueron exactamente las mismas palabras utilizadas por Faolain y Theodrin, pero sí igual de trascendentes. Más. Debido a los Tres Juramentos, una Aes Sedai no podía hacer una promesa que no tuviese intención de cumplir. Salvo el Ajah Negro, claro; sus integrantes habían encontrado obviamente un modo de poder mentir. La posibilidad de que cualquiera de esas dos mujeres fuera una hermana Negra era un problema que consideraría en otro momento, sin embargo. Siuan, desorbitados los ojos y boquiabierta, parecía un pez varado en un bancal cenagoso.

Myrelle intentó articular otra protesta, pero Egwene se limitó a adelantar la mano derecha, donde lucía el anillo, y las rodillas de la otra mujer se doblaron entre sacudidas. Prestó el juramento en tono amargo y después alzó los ojos.

—Habéis hecho lo que nunca se había hecho, madre. Eso siempre es peligroso.

—Y no será la última vez —le contestó Egwene—. De hecho... Mi primera orden es que no le contéis a nadie que Siuan es algo más que lo que la gente piensa. Y la segunda, que obedeceréis cualquier orden que os dé si proviene de mí.

Las dos cabezas se volvieron hacia Siuan, los rostros inmutables.

—Como ordenéis, madre —murmuraron a un tiempo.

Cosa curiosa, la que parecía a punto de desmayarse era Siuan. Aún seguía mirando al vacío cuando llegaron a la calzada y enfilaron sus monturas hacia el este, en dirección al campamento de las Aes Sedai y al del ejército. El sol todavía ascendía hacia su cenit, aunque le quedaba un buen trecho para llegar a él. Había sido una mañana repleta de acontecimientos como la mayoría de los días; de las semanas, a decir verdad. Egwene dejó que *Daishar* avanzara a paso tranquilo, sin prisa.

—Myrelle tiene razón —masculló finalmente Siuan. Ahora que la mujer estaba absorta en otros asuntos, la yegua marchaba con un paso bastante regular y tranquilo; de hecho, hacía que Siuan pareciera una amazona competente—. Fidelidad. Nadie había hecho eso hasta ahora. Nadie. En las historias secretas no hay la menor sugerencia al respecto. ¡Y lo de que me obedezcan a mí! ¡No sólo estáis haciendo algunos cambios, sino que os habéis puesto a reconstruir la barca mientras navega a través de una tormenta! Todo está cambiando. ¡Y Nicola! ¡En mis tiempos, una novicia se habría mojado la ropa interior ante la mera idea de chantajear a una hermana!

—No es la primera vez que lo intentan —le dijo Egwene, que a continuación relató lo ocurrido con ella resumiéndolo todo lo posible. Esperaba un estallido furibundo de Siuan contra la pareja, pero se equivocó.

—Me temo que nuestras dos audaces muchachitas están a punto de sufrir algún accidente —comentó en cambio, con una extraordinaria calma.

—¡No!

Egwene sofrenó su caballo con tanta brusquedad que la yegua de Siuan dio media docena de pasos más antes de que la mujer consiguiera dominar al animal para hacer que volviera grupas, mascullando imprecaciones entre dientes durante todo el proceso. Después se quedó plantada allí, dedicando a Egwene una mirada paciente que superaba las peores de Lelaine.

—Madre, sostienen un garrote sobre vuestra cabeza, si son lo bastante avispadas para llegar a esa conclusión. Aun en el caso de que la Antecámara no os impusiera una penitencia, podríais despediros de cualquier esperanza que tengáis de imponeros a ellas. —Sacudió la cabeza con desagrado—. Sabía que os haríais pasar por Aes Sedai cuando os envié en esa misión, sabía que no os quedaría más remedio que hacerlo, pero jamás imaginé que Elayne y Nynaeve tuvieran tan poco seso como para llevar con ellas a alguien que lo supiera. Esas dos chicas se merecen todo lo que les caiga encima si esto sale a la luz, pero vos no podéis permitiros el lujo de que se descubra.

—¡A Nicola y a Areina no debe ocurrirles nada, Siuan! Si consiento en que se las mate por lo que saben, entonces ¿quién será la siguiente? ¿Romanda o Lelaine por no estar de acuerdo conmigo? ¿Cuál sería el límite? —En cierto modo se sentía asqueada consigo misma.

Librodot

En otros tiempos no habría entendido lo que Siuan había insinuado. Siempre era mejor saber que permanecer en la ignorancia, pero a veces la ignorancia era mucho más cómoda. Taconeó a *Daishar* y añadió—: No permitiré que se estropee un día de victorias discutiendo la conveniencia de cometer asesinatos. Nisao y Myrelle no han sido las primeras, Siuan. Esta mañana, Faolain y Theodrin me estaban esperando...

Siuan azuzó a la yegua para acercarse y oír el relato de lo ocurrido mientras marchaban. La noticia no alivió la preocupación de Siuan respecto a Nicola y Areina, pero ciertamente el plan de Egwene encendió una chispa en su mirada y puso una sonrisa de satisfacción en sus labios. Para cuando llegaron al campamento de las Aes Sedai, estaba deseosa de dar comienzo a su nueva tarea. Que era comunicarle a Sheriam y al resto de las amigas de Myrelle que se las emplazaba en el estudio de la Amyrlin a mediodía. Incluso podía decirles verazmente que no se les exigiría nada que otras hermanas no hubiesen hecho ya.

A pesar de su comentario sobre un día de victorias, Egwene no se sentía tan animosa. Apenas si oyó las frases respetuosas que le dirigían ni las peticiones de su bendición, a las que respondió con un simple movimiento de la mano, convencida de que eran más las que había pasado por alto que las que escuchaba. No toleraría un asesinato, pero Nicola y Areina estarían bajo constante vigilancia. «¿Llegará alguna vez el día en que las dificultades no se amontonen invariablemente? —se preguntó—. ¿En el que una victoria no parezca abocada a tener como contrapartida un nuevo peligro?»

Cuando entró en su tienda el ánimo se le cayó a los pies y el dolor de cabeza se volvió insufrible. Empezaba a pensar que debería mantenerse lejos de la tienda por completo. Dos hojas de pergamino dobladas le aguardaban sobre el escritorio, ambas selladas con cera y con unas palabras escritas: «Lacrada para la Llama». Que cualquier otra persona que no fuese la Amyrlin rompiera esos sellos se consideraba una infracción tan grave como una agresión a la persona de la Amyrlin. Deseó no tener que romperlos. No le cabía la menor duda de quién había escrito esas palabras. Y, por desgracia, no se equivocaba.

Romanda sugería —«exigía» era un término más exacto— que la Amyrlin dictase una resolución «Lacrada para la Antecámara» que sólo fuese conocida por las Asentadas, por la que todas las hermanas serían emplazadas una por una, y a aquella que se negara se la escudaría y confinaría como sospechosa de pertenecer al Ajah Negro. La razón por la que se las emplazaría no quedaba muy clara, pero Lelaine había hecho algo más que insinuarla unas horas antes. La misiva de Lelaine estaba redactada de principio a fin con su tono habitual, de madre a hija, exponiendo lo que debía hacerse por el propio bien de Egwene y de todo el mundo. El edicto que pedía sólo debía ser «Lacrado para el Anillo», lo que significaba que todas las hermanas podían conocerlo y, de hecho, en este caso tenían que saberlo. Debía quedar prohibido mencionar al Ajah Negro por ser un tema fomentador de discordias, e incumplirlo se consideraría un cargo grave según la ley de la Torre, merecedor del castigo adecuado.

Egwene soltó un gemido y se dejó caer pesadamente en la silla plegable que, naturalmente, se tambaleó, y la joven por poco da con sus huesos en la alfombra. Podía retrasarlo y eludirlo, pero ellas seguirían presionando con esas estupideces. Antes o después una de las dos presentaría su modesta propuesta a la Antecámara y eso sería meter al zorro en el gallinero. ¿Es que estaban ciegas? ¿Fomentar discordias? Con su propuesta Lelaine no sólo convencería a todas las hermanas de que el Ajah Negro existía realmente, sino de que Egwene formaba parte de él. La estampida de Aes Sedai de vuelta a Tar Valon y a Elaida no tardaría en producirse. Lo de Romanda sólo apuntaba a provocar un motín. Había seis de ésos reflejados en los informes secretos. Media docena a lo largo de tres mil años podría no ser demasiado, pero todos ellos habían tenido por resultado la dimisión de una Amyrlin, así como de la Antecámara al completo. Lelaine lo sabía, como también lo sabía Romanda. Lelaine llevaba siendo Asentada casi cuarenta años, con acceso a todos los archivos secretos. Antes que dimitir para iniciar una vida retirada en el campo, como hacían muchas hermanas al llegar a cierta edad, Romanda había ocupado el puesto de Asentada del Amarillo durante tanto tiempo que algunas opinaban que ostentaba tanto poder como cualquiera de las Amyrlin que

Librodot

se habían sentado en el solio mientras tanto. Ser elegida para ocupar el puesto por segunda vez era algo casi inaudito, pero Romanda no era de las que dejaban que el poder estuviera en otras manos que no fueran las suyas si podían evitarlo.

No. No estaban ciegas; sólo asustadas. Todo el mundo lo estaba, incluida ella, y ni siquiera las Aes Sedai razonaban con claridad cuando se dejaban dominar por el miedo. Volvió a doblar las hojas de pergamino, deseando poder arrugarlas y pisotearlas. Luz, la cabeza le iba a estallar.

—¿Puedo entrar, madre? —Halima Saranov se introdujo en la tienda sin esperar respuesta. El modo de moverse de Halima atraía las miradas de todos los varones, desde los de doce años hasta los que tenían un pie en la tumba, bien que aun en el caso de que la mujer se cubriera con una gruesa capa de la cabeza a los pies los hombres la seguirían mirando. El cabello, largo y negro, tan brillante como si se lo lavara a diario con fresca agua de lluvia, enmarcaba un rostro que continuaría actuando como un imán para los ojos del sexo opuesto—. Delana Sedai creyó que quizá querrías ver esto. Va a presentarlo a la Antecámara esta mañana.

¿Que la Antecámara se reunía sin molestarse siquiera en informarle? En fin, había estado ausente, pero la tradición, ya que no la ley, marcaba que debía informarse a la Amyrlin antes de que la Antecámara se reuniera. A menos que lo hiciera para deponerla, claro. En ese momento casi lo habría tomado como una bendición. Miró el papel doblado que Halima había dejado en la mesa, como si fuera una serpiente venenosa. Sin lacrar; hasta la novicia más reciente podía leerlo, en lo que concernía a Delana. Era, naturalmente, la declaración de que Elaida era una Amiga Siniestra. No tan grave como lo de Romanda o lo de Lelaine, pero, si oía que en la Antecámara se había organizado un tumulto, ni siquiera pestañearía.

—Halima, a veces desearía que hubieses regresado a tu casa cuando Cabriana murió. —O, al menos, que Delana hubiese tenido el sentido común de restringir a la Antecámara o incluso sólo a la Llama la información que portaba la mujer, en lugar de contárselo a todas las hermanas a las que había podido abordar.

—Difícilmente podría haber hecho tal cosa, madre. —Los verdes ojos de Halima centellearon con algo muy parecido a la provocación o al desafío, pero sólo tenía dos formas de mirar a la gente: una mirada directa que retaba, y otra ardiente, con los párpados entornados. Sus ojos suscitaban un montón de malentendidos—. ¿Después de lo que Cabriana Sedai me contó que había descubierto sobre Elaida? ¿Sobre sus planes? Cabriana era amiga mía, y amiga vuestra, de todas las que os oponéis a Elaida, así que no tenía opción. Sólo doy gracias a la Luz de que mencionara Salidar antes de morir, y así supe adónde tenía que dirigirme. —Puso las manos en una cintura tan fina como la que Egwene había lucido en el *Tel'aran'rhiod* y ladeó la cabeza mientras la estudiaba con gran atención.

»Tenéis jaqueca otra vez, ¿verdad? Cabriana también solía sufrir esos dolores, tan intensos que hasta se le acalambraban los dedos de los pies. Tenía que meterse en remojo en agua caliente hasta que se calmaba lo bastante para aguantar ponerse algo de ropa encima. Si no hubiese venido, vuestros dolores de cabeza habrían ido empeorando hasta ser finalmente tan malos como los de ella. —Rodeó la mesa para ponerse detrás de la silla de Egwene, y empezó a darle masajes en el cuero cabelludo. Sus dedos poseían una destreza que disipaban el dolor—. No podéis pedir a otra hermana que utilice la Curación cada vez que sufrís estas migrañas. Sólo es tensión, lo noto.

—Supongo que tienes razón —murmuró Egwene.

Le caía bastante bien la mujer, opinaran lo que opinaran las demás, y no sólo por su talento para aliviar dolores de cabeza. Halima era espontánea y llana, una mujer de campo, por mucho tiempo que hubiese pasado adquiriendo un barniz de sofisticación urbana, y mantenía un equilibrio entre el trato respetuoso debido a la Amyrlin con una especie de cortesía de vecinos que a Egwene le resultaba refrescante. Asombroso a veces, pero estimulante. Chesa, aunque amistosa, siempre se ceñía a su papel de doncella, en tanto que Halima nunca mostraba el menor servilismo. Pero en verdad Egwene habría deseado que hubiese regresado a su casa cuando Cabriana se había caído del caballo y se había roto el

Librodot

cuello.

Podría haber resultado muy útil que las hermanas aceptaran el convencimiento de Cabriana de que Elaida se proponía neutralizar a la mitad de ellas y degradar al resto, pero todas creían que Halima había tergiversado esa información de algún modo. Con lo que sí se habían quedado era con lo del Ajah Negro. Mujeres que no se asustaban por nada habían tomado por cierto aquello cuya existencia siempre habían negado y ahora estaban medio muertas de miedo por ello. ¿Cómo podía desenmascarar a las Amigas Siniestras sin espantar a las demás como a una bandada de codornices? ¿Cómo impedir que hubiera una desbandada antes o después? Oh, Luz, ¿cómo?

—Relajaos —dijo suavemente Halima—. Sentid cómo se aflojan los músculos de vuestra cara. De vuestro cuello. De vuestros hombros... —Su voz era casi hipnótica, un sonsonete que parecía acariciar cada parte del cuerpo que iba nombrando para que lo relajara.

A algunas mujeres no les caía bien simplemente por su apariencia —justo la que habría soñado un hombre particularmente lascivo—, y muchas afirmaban que coqueteaba con cualquier cosa que llevara pantalones, algo que Egwene no habría aprobado, pero Halima admitía que le gustaba mirar a los hombres. Las peores críticas hacia ella nunca pasaban de acusarla de coquetear, y ella misma se indignaba si se lo sugería. No tenía un pelo de tonta —de eso se había dado cuenta Egwene desde la primera conversación que había mantenido con ella, el día siguiente a la huida de Logain, cuando le habían empezado los dolores de cabeza—, y en absoluto era la majadera frívola que a veces parecía. Egwene sospechaba que ocurría lo mismo que con Meri. Halima no podía evitar tener la cara que tenía ni ser como era. La sonrisa parecía invitadora o burlona por la forma de su boca; sonreía por igual a hombres, mujeres y niños. No era culpa suya que la gente pensara que estaba coqueteando cuando sólo miraba. Además, nunca le había mencionado a nadie lo de sus jaquecas. En caso contrario, todas las hermanas Amarillas que había en el campamento estarían montando guardia a su alrededor. Eso apuntaba amistad, ya que no lealtad.

Los ojos de Egwene se posaron en los papeles que había sobre la mesa, y sus pensamientos fluyeron a la deriva bajo el influjo de los acariciantes dedos de Halima. Antorchas listas para ser lanzadas en el almiar. Diez días hasta la frontera de Andor, a menos que lord Bryne accediera a apretar la marcha sin saber la razón y que no encontraran oposición en el camino. ¿Podría contener el lanzamiento de esas antorchas durante diez días? Puerto del Sur. Puerto del Norte. Las llaves de Tar Valon. ¿Cómo estar segura de que Nicola y Areina guardarían silencio, sin recurrir a lo sugerido por Siuan? Necesitaba arreglar las cosas para que todas las hermanas pasaran la prueba antes de llegar a Andor. Ella poseía el Talento para trabajar metales y minerales, pero no era muy común entre las Aes Sedai. Nicola. Areina. El Ajah Negro.

—Volvéis a estar en tensión. Dejad de preocuparos por la Antecámara. —Aquellos agradables dedos se detuvieron y luego empezaron a moverse de nuevo—. Esto os vendría mejor por la noche, después de que os dieseis un baño caliente. Podría daros masajes también en los hombros y en la espalda, en todas partes. Eso no lo hemos probado todavía. Estáis rígida como una estaca; tendríais que estar lo bastante flexible para doblaros hacia atrás y poner la cabeza entre los tobillos. Mente y cuerpo. El uno no puede estar relajado sin estarlo el otro. Sólo tenéis que poneros en mis manos.

Egwene estaba a punto de quedarse dormida. No al modo de una caminante de sueños, sino simplemente dormida. ¿Cuánto tiempo hacía que no conocía un descanso así? El campamento estallaría en un tumulto cuando Delana hiciera pública su propuesta, lo que ocurriría dentro de poco, y eso antes de que hubiese tenido tiempo de comunicar a Romanda y a Lelaine que no tenía intención de promulgar sus edictos. Pero todavía había otra cosa que esperaba con impaciencia, una razón para permanecer despierta.

—Eso será estupendo —murmuró, refiriéndose a algo más que al planeado masaje. Se había prometido hacía mucho que algún día pondría a Sheriam en su sitio, y ese día había llegado. Por fin empezaba a ser la Amyrlin, a controlar las cosas—. Será fantástico.

Librodot

CAPÍTULO 13

El Cuenco de los Vientos

Aviendha se habría sentado en el suelo, pero con otras tres mujeres ocupando la pequeña cabina de la embarcación apenas quedaba espacio, así que hubo de conformarse con hacerlo en uno de los bancos construidos contra las paredes y doblar las piernas; así no era lo mismo que sentarse en una silla. Al menos la puerta estaba cerrada y no había ventanas, sólo una especie de celosías de caprichoso diseño de espirales realizadas en la parte superior de las paredes. No alcanzaba a ver el agua en el exterior, pero por los enrejados de madera penetraba el olor a salitre, así como el ruido del chapoteo de las olas contra el casco y el chapaleo de los remos. Hasta los penetrantes chillidos de aves proclamaban vastas extensiones de agua. Aviendha había visto morir hombres por una charca que podrían haber cruzado a pie, pero esta agua era más amarga de lo que jamás habría imaginado. Leer sobre ello no era lo mismo que catarla. Y el río debía de tener, como poco, ochocientos metros de anchura allí donde habían subido a la barca, manejada por dos remeros de extraña mirada, entre recelosa y lasciva. Una extensión de agua de ochocientos metros y ni una sola gota potable. ¿Quién habría imaginado un agua más inútil?

El balanceo de la embarcación había cambiado a un cabeceo atrás y adelante. ¿Habrían salido ya del río?, ¿a lo que se llamaba «bahía»? Eso era aún más ancho, mucho más, según le había dicho Elayne. Aviendha se abrazó las rodillas e intentó desesperadamente pensar en cualquier otra cosa. Si las otras la veían asustada, la vergüenza la vejaría el resto de su vida. Lo peor de todo era que esto lo había sugerido ella, después de oír a Elayne y a Nynaeve hablar sobre los Marinos. ¿Cómo iba a saber lo que sentiría?

La seda azul de su vestido tenía un tacto increíblemente suave, y se aferró a esa idea. Todavía no estaba muy acostumbrada a llevar falda —seguía añorando el *cadin'sor* que las Sabias la habían obligado a quemar cuando había empezado su aprendizaje con ellas— y además ahora llevaba un vestido de seda —de los que tenía nada menos que cuatro—, como también eran de seda las medias, en lugar de tosca lana, y la ropa interior, que la hacía ser consciente de su piel más de lo que lo había sido nunca. No podía negar que el vestido era precioso, a pesar de lo extraña que se sintiera llevando esa clase de ropa, pero la seda era un artículo valioso y escaso. Una mujer quizá podía tener un pañuelo de ese tejido para lucirlo en los días de fiesta y despertar la envidia de otras. Muy pocas mujeres poseían dos. Sin embargo, entre los habitantes de las tierras húmedas era distinto. No todos llevaban seda, pero a veces tenía la impresión de que sí la lucía una de cada dos personas. Grandes rollos e incluso balas de seda llegaban por barco desde los países más allá de la Tierra de los Tres Pliegues. Por barco. A través del océano. Agua extendiéndose hasta el horizonte, con muchos sitios donde, si lo había entendido bien, no se veía tierra por ningún lado. Casi se estremeció ante la increíble idea.

Ninguna de las otras mostraba deseos de hablar. Elayne hacía girar en su dedo de la mano derecha el anillo de la Serpiente Dorada, con gesto ausente, y parecía estar mirando algo que no podía verse dentro de las cuatro paredes. Las preocupaciones la agobiaban a menudo. Tenía ante sí dos deberes, y si uno de ellos estaba más cerca de su corazón, había escogido el que consideraba más importante, más honorable. Era su derecho y su obligación convertirse en reina de Andor, pero había elegido continuar la búsqueda. En cierto modo, por

muy importante que fuera esa búsqueda, aquello era como anteponer algo al clan o la asociación; empero, Aviendha se sentía orgullosa de ella. El punto de vista de Elayne respecto al honor resultaba a veces muy peculiar, tanto como la idea de que una mujer fuera una jefa o que ocupara ese puesto sólo porque antes lo había hecho su madre, pero lo cumplía de manera admirable. Birgitte, vestida con amplios pantalones rojos y una chaqueta corta de color amarillo, un atuendo que Aviendha envidiaba, jugueteaba con su trenza, también absorta en sus pensamientos. O quizá compartiendo alguna de las preocupaciones de Elayne. Era el primer Guardián de Elayne, lo que causó un alboroto increíble entre las Aes Sedai, allí, en el palacio de Tarasin, mientras que a sus Guardianes no pareció molestarles en absoluto. Las costumbres de las tierras húmedas eran tan extrañas que casi no merecía la pena pensar en ellas.

Si Elayne y Birgitte parecían esquivar la conversación, Nynaeve al'Meara, sentada justo enfrente de Aviendha, junto a la puerta, la rechazaba de plano. Nynaeve, no Nynaeve al'Meara. A los habitantes de las tierras húmedas les gustaba que los llamaran sólo con la mitad de sus nombres, y Aviendha intentaba recordarlo, por mucho que le pareciera estar utilizando un nombre cariñoso. Rand al'Thor era el único amante que había tenido y ni siquiera pensaba en él de un modo tan personal, tan íntimo, pero tenía que aprender sus costumbres si iba a casarse con uno de ellos.

Los ojos de Nynaeve, de un profundo color castaño, parecían mirar a través de ella. Sus nudillos estaban blancos sobre la gruesa trenza de cabello tan negro como rubio era el de Birgitte, y su tez había dejado de estar lívida para adquirir un leve tinte verdoso. De vez en cuando dejaba escapar un quedo y ahogado gemido. Por lo general no sudaba; Elayne y ella le habían enseñado el truco a Aviendha. Nynaeve resultaba un enigma. Valiente al punto de rayar en la temeridad en ocasiones, se lamentaba por su supuesta cobardía, y ahora manifestaba su vergüenza a la vista de todas sin importarle en absoluto. ¿Cómo era posible que el movimiento la alterara tanto cuando no lo hacía la contemplación de toda aquella agua?

Otra vez a vueltas con el agua. Aviendha cerró los ojos para no ver el rostro de Nynaeve, pero con ello sólo consiguió que su atención se volcara por completo en los gritos de las aves y el chapoteo del agua.

—He estado pensando —empezó de improviso Elayne, y después hizo una pausa—. ¿Te encuentras bien, Aviendha? Has... —Las mejillas de la Aiel se encendieron, pero al menos Elayne no dijo en voz alta que había brincado como un conejo asustado al sonido de su voz. Elayne pareció darse cuenta de lo cerca que había estado de descubrir el deshonor de la Aiel; el rubor tiñó sus propias mejillas mientras continuaba—. He estado pensado en Nicola y Areina, en lo que nos contó Egwene anoche. No creéis que puedan causarle algún problema, ¿verdad? ¿Qué medida debería tomar para solucionarlo?

—Librarse de ellas —dijo Aviendha al tiempo que se pasaba el pulgar por la garganta, de oreja a oreja. El alivio de poder hablar, de oír voces, fue tan intenso que casi contuvo el aliento. Elayne parecía conmocionada. A veces era increíblemente blanda.

—Puede que fuera lo mejor —abundó Birgitte. No había dado más nombre que ése. Aviendha la consideraba una mujer con secretos—. Con el tiempo, Areina habría conseguido llegar a ser una persona de provecho, pero... No me mires de ese modo, Elayne, y déjate de mojigaterías y de escandalizarte por todo. —A menudo, Birgitte dejaba de actuar como el Guardián que obedecía y pasaba a ser la hermana primera que soltaba el sermón ni que quisiera uno ni que no. En ese momento, agitando un dedo en ademán admonitorio, era la hermana primera—. No os habrían advertido a las dos que os mantuvieseis al margen si se tratase de un problema que la Amyrlin no pudiera resolver poniéndolas a trabajar en la lavandería o algo por el estilo.

Elayne aspiró sonoramente por la nariz ante una verdad que no podía negar, y se arregló los pliegues de la falda de seda verde, donde estaba recogida a fin de mostrar los vuelos azules y blancos de las enaguas. Iba vestida al estilo ebudariano, incluidas las chorreras de encaje en cuello y puños, un regalo de Tylin Quintara, al igual que la gargantilla de oro tejido. Aviendha no aprobaba esa moda. La parte superior del vestido, el corpiño, se ajustaba a sus

formas tanto como el cuello de encaje, y un corte ovalado en la pechera dejaba a la vista el inicio de sus senos. Andar por ahí enseñando el cuerpo, donde todo el mundo podía verla, no era lo mismo que estar desnuda en las tiendas de vapor; la gente en las calles de la ciudad no eran *gai'shain.* Su propio vestido era de cuello alto, con la puntilla del remate rozándole la barbilla y sin que le faltara ningún trozo de tela.

—Además —continuó Birgitte—, imaginaba que lo de «Marigan» os preocuparía mucho más. A mí se me queda seca la boca sólo de pensarlo.

El nombre pareció penetrar en la mente de Nynaeve, sacándola de su lamentable estado, por suerte para ella. Sus gemidos cesaron y se sentó más erguida.

—Si viene por nosotras, le daremos lo que se merece otra vez. Le... Le... —Respiró hondo y las miró fijamente, como si le estuvieran llevando la contraria. Lo que acabó diciendo, sin embargo, fue—: ¿Creéis que nos buscará?

—Preocuparse no servirá de nada —respondió Elayne con mucha más calma de la que habría podido mostrar Aviendha si hubiera creído que estaba en el punto de mira de uno de los Depravados de la Sombra—. Nos limitaremos a hacer lo que Egwene ha dicho y tendremos cuidado.

Nynaeve masculló algo incomprensible, y quizá fuera mejor así. El silencio volvió a adueñarse del grupo. Elayne se ensimismó más que antes si cabe; Birgitte apoyó la barbilla en la palma de la mano mientras fruncía el ceño, pensativa; y Nynaeve continuó mascullando entre dientes, pero ahora tenía las dos manos apretadas contra el estómago y, de vez en cuando, callaba unos instantes para tragar saliva. El chapoteo del agua parecía más fuerte que antes, así como los chillidos de las aves.

—Yo también he estado pensando, medio hermana —dijo Aviendha. Elayne y ella todavía no habían llegado al momento de adoptarse como primeras hermanas, pero ahora estaba segura de que lo harían. De hecho ya se habían cepillado el cabello la una a la otra, y todas las noches, al abrigo de la oscuridad, compartían otro secreto que jamás le habían dicho a nadie. Esa tal Min, sin embargo... Pero ése era un tema para más adelante, cuando estuvieran solas.

—¿Sobre qué? —preguntó, abstraída, Elayne.

—Sobre nuestra búsqueda. Debemos tener éxito, pero estamos tan lejos de lograrlo como cuando empezamos. ¿Tiene sentido que no utilicemos todas las armas que tenemos a mano? Mat Cauthon es *ta'veren,* y no obstante nos esforzamos por esquivarlo. ¿Por qué no traerlo con nosotras? Estando él podríamos encontrar el cuenco por fin.

—¿Mat? —exclamó, incrédula, Nynaeve—. ¡Sería mejor llenarse las enaguas de ortigas! No aguantaría su presencia aunque tuviese el cuenco en el bolsillo de la chaqueta.

—Oh, cállate, Nynaeve —rezongó Elayne sin alterar el tono. Sacudió la cabeza, asombrada, sin advertir el ceño de la otra mujer. «Quisquilloso» era un término que sólo describía superficialmente el carácter de Nynaeve, pero todas estaban acostumbradas a su forma de ser—. ¿Por qué no se me ocurrió eso? ¡Es tan obvio!

—Tal vez —murmuró secamente Birgitte— porque tienes la imagen del Mat bribón tan metida en la cabeza que eres incapaz de ver que puede ser de alguna utilidad.

Elayne le asestó una mirada fría, con la barbilla bien levantada; entonces, de repente, torció el gesto y asintió de mala gana. No aceptaba fácilmente las críticas.

—No —dijo Nynaeve en un tono que, de algún modo, sonó cortante y débil a la par. El enfermizo color de su tez había aumentado, pero ya no parecía estar causado por el movimiento de la embarcación—. ¡No lo estarás diciendo en serio! Elayne, sabes el tormento que puede llegar a ser, lo testarudo que es. Insistirá en traer esos soldados como si saliéramos a desfilar un día de fiesta. Intenta encontrar algo en el Rahad con soldados guardándote la espalda. ¡Inténtalo! Y lo siguiente será que querrá apropiarse del mando, pasándonos ese *ter'angreal* por las narices. Es mil veces peor que Vandene o Adeleas o incluso Merilille. ¡Por su modo de comportarse, cualquiera diría que nos metemos en la guarida de un oso sólo para ver a la fiera!

Birgitte hizo un ruido gutural que podría ser de regocijo, y por ello se ganó una mirada

Librodot

cortante. Respondió con otra de una inocencia tan absoluta que Nynaeve empezó a emitir sonidos como si se estuviese asfixiando.

Elayne era más tranquila, de las que intentaba calmar los ánimos; seguramente intentaría poner paz en una contienda por agua.

—Es *ta'veren,* Nynaeve. Altera el Entramado, cambia el azar, sólo por estar presente. Estoy dispuesta a admitir que necesitamos suerte, y un *ta'veren* es más que eso. Además, así podríamos cazar dos pájaros de un tiro. No tendríamos que haberle dejado que anduviese suelto por ahí, haciendo de su capa un sayo todo este tiempo, por muy ocupadas que hayamos estado. Eso no ha beneficiado a nadie, y a él a quien menos. Hay que meterlo en cintura para que pueda estar en compañía de personas decentes. Lo ataremos en corto desde el principio.

Nynaeve se alisó los vuelos de la falda con excesiva energía. Afirmaba sentir tan poco interés por los vestidos como Aviendha —o por su apariencia, en cualquier caso; siempre estaba rezongando que la buena y sencilla lana debería bastar a cualquiera—; aun así, su vestido azul lucía acuchillados en amarillo en la falda y las mangas, y había sido ella personalmente la que había elegido ese diseño. Cada centímetro de tela y de hilo era seda o bordado o ambas cosas, y todo el conjunto tenía lo que Aviendha ya había aprendido a reconocer como confección refinada y de calidad.

Por una vez Nynaeve pareció comprender que no iba a salirse con la suya. En ocasiones se cogía unas increíbles pataletas hasta que lo conseguía, aunque jamás reconocía que fueran tal cosa. La expresión furibunda dio paso a otra enfurruñada.

—¿Quién se lo pedirá? —preguntó—. Sea cual sea de nosotras quien se lo diga, se hará de rogar. Sabes que sí. ¡Y antes que eso me casaría con él!

—Lo hará Birgitte —decidió Elayne con aire firme, tras vacilar un momento—. Y ella no le rogará; se lo comunicará. La mayoría de los hombres hacen lo que se les dice si se utiliza un tono firme, con seguridad.

Nynaeve no parecía muy convencida, y Birgitte se sentó erguida, bruscamente; era la primera vez que Aviendha la veía sobresaltada. Con cualquier otra persona, Aviendha habría pensado incluso que estaba un poco asustada. Birgitte habría sido una buena *Far Dareis Mai,* considerando que era de las tierras húmedas. Su destreza con el arco resultaba extraordinaria.

—Es la elección lógica, Birgitte —se apresuró a añadir Elayne—. Nynaeve y yo somos Aes Sedai, y casi puede decirse lo mismo de Aviendha. Es de todo punto imposible que lo haga cualquiera de nosotras tres. No si queremos mantener la dignidad debida. Con él no. Sabes cómo es ese hombre.

¿Y qué había pasado con toda esa palabrería sobre una voz en tono firme y seguro? Además, Aviendha no había visto que tal método le funcionara a nadie, excepto a Sorilea. Desde luego, no había funcionado con Mat Cauthon hasta el momento, que ella supiera.

—Birgitte —continuó Elayne—, es imposible que él te haya reconocido. En caso contrario, ya habría dicho algo a estas alturas.

Significara lo que significara ese comentario, Birgitte se recostó en la pared y enlazó los dedos sobre el estómago.

—Debería haber sabido que me la devolverías desde que dije que menos mal que tu trasero no era...

Calló, y un asomo de sonrisa satisfecha curvó sus labios. La expresión de Elayne no cambió, pero saltaba a la vista que Birgitte pensaba que había logrado una pequeña revancha. Debía de estar relacionado con el vínculo de Guardián y Aes Sedai. Sin embargo, Aviendha no entendía qué tenía que ver el trasero de Elayne en todo ello. A veces las gentes de las tierras húmedas actuaban de un modo tan... extraño. Aquella sonrisita no se había borrado de los labios de Birgitte cuando ésta añadió:

—Lo que no comprendo es por qué Mat empieza a irritarse en cuanto os ve a vosotras dos. No puede deberse a que le estéis dando esquinazo continuamente. Egwene también lo hizo con igual empeño que vosotras, pero vi que la trataba con más respeto de lo que hacen la mayoría de las hermanas. Además, las veces que lo he visto de refilón saliendo de La Mujer Errante parecía estar pasándolo muy bien. —Su sonrisa se convirtió en una mueca que hizo a

Elayne aspirar por la nariz con aire desaprobador.

—Ésa es una de las cosas que tenemos que cambiar. Una mujer decente no puede estar con él en la habitación. Oh, borra esa sonrisita de tu cara, Birgitte. Juro que a veces eres peor que él.

—Ese hombre nació sólo para ser un castigo para los demás —murmuró Nynaeve con acritud.

De repente Aviendha recordó que se encontraba en una embarcación cuando todo se zarandeó, cabeceando y meciéndose hasta detenerse. Las mujeres se levantaron, se arreglaron las ropas, y cogieron las capas ligeras que llevaban consigo. Aviendha no se puso la suya; el sol no brillaba tanto como para necesitar resguardarse los ojos con la capucha. Birgitte se echó doblada la suya sobre un hombro y subió la escalerilla, salvando los peldaños de tres en tres, después de que Nynaeve se le adelantó precipitadamente, con una mano puesta sobre la boca.

Sin ninguna prisa, Elayne se ató los lazos de su capa y se echó la capucha de manera que los dorados rizos sobresalían por los bordes.

—No has hablado mucho, medio hermana.

—He dicho lo que tenía que decir. La decisión era vuestra.

—Pero la idea fue tuya. A veces creo que las demás nos estamos volviendo estúpidas. En fin. —Cuando se volvía hacia la escalerilla, hizo un alto, y añadió sin mirar directamente a Aviendha—: En ocasiones las grandes extensiones de agua me incomodan. Creo que voy a limitarme a mirar el barco, nada más.

Aviendha asintió y subieron; su medio hermana tenía una delicadeza exquisita.

En cubierta, Nynaeve estaba rechazando la oferta de ayuda por parte de Birgitte y se retiró de la batayola, sobre la que había estado doblada. Los dos remeros la observaron divertidos mientras la mujer se limpiaba la boca con el revés de la mano. Los dos tipos no llevaban camisa, y lucían pendientes de latón, uno en cada oreja; sin duda daban un uso frecuente a las dagas curvadas que llevaban metidas en los fajines. No obstante, tenían casi toda su atención puesta en el manejo de los largos remos, semejantes a pértigas, y recorrían la cubierta de atrás adelante a fin de mantener la embarcación, que no dejaba de mecerse, al lado de un barco cuyo tamaño dejó sin aliento a Aviendha, y que se alzaba imponente junto a la barca en la que se encontraban, la cual de repente parecía diminuta; los tres grandes mástiles eran más altos que la mayoría de los árboles que había visto en su vida, incluso allí, en las tierras húmedas. En un barco tan grande como aquél seguramente sería posible olvidar toda el agua que lo rodeaba. Sólo que...

En realidad Elayne no se había dado por enterada de su vergüenza, y, si lo había hecho, una medio hermana podía conocer la más profunda humillación de una sin que importase, pero... Amys decía que tenía demasiado orgullo. Se obligó a dar media vuelta y a apartar los ojos del barco.

Jamás había visto tanta agua en su vida, ni aun juntando hasta la última gota en un solo lugar, todo olas grisverdosas y aquí y allí crestas de espuma blanca. Movió rápidamente los ojos, procurando evitar abarcarla en toda su inmensidad, pero hasta el cielo parecía más grande allí, ilimitado, con un sol como oro fundido elevándose por el este. Soplaba un viento racheado, algo más fresco que en tierra y sin amainar del todo. Grandes bandadas de aves surcaban el cielo, grises y blancas y a veces con manchas negras, que lanzaban aquellos chillidos penetrantes. Una, toda negra excepto la cabeza, volaba rasando sobre el agua con la parte inferior del pico, más larga, hendiendo la superficie, y una hilera de desgarbadas aves pardas —pelícanos, los había llamado Elayne— de repente plegaron las alas y se zambulleron en medio de grandes chapoteos para después reaparecer, meciéndose en las olas, y alzando los picos increíblemente enormes. Se veían barcos por doquier, muchos de ellos casi tan grandes como el que había a su espalda, no todos pertenecientes a los Atha'an Miere, y otros más pequeños, de uno o dos palos y velas triangulares. Embarcaciones aún más pequeñas y sin mástil, como la que las había transportado allí, con un afilado pico en la parte delantera y una casa baja y plana en la posterior, se desplazaban por el agua impulsadas por un par de remos o

Librodot

dos, a veces incluso tres. Una barca larga y estrecha que debía de tener veinte a cada lado le recordó un ciempiés desplazándose sobre la arena. Y había tierra. A unos once o doce kilómetros de distancia, los rayos del sol se reflejaban en los blancos edificios enlucidos de la ciudad. Once o doce kilómetros de agua.

Aviendha tragó saliva y se volvió de nuevo hacia el barco con mayor presteza que al girarse antes. Pensó que su cara debía de estar más verde que la de Nynaeve. Elayne la observaba, procurando mantener el gesto impasible, pero los habitantes de las tierras húmedas dejaban traslucir sus emociones con tanta claridad que saltaba a la vista la preocupación que sentía.

—Soy una necia, Elayne. —Incluso con ella, utilizar sólo el primer nombre hacía que Aviendha se sintiese incómoda; cuando fueran primeras hermanas, cuando fueran hermanas conyugales, resultaría más fácil—. Una mujer sensata atiende los consejos sensatos.

—Eres más valiente de lo que yo jamás seré —contestó Elayne, muy en serio. También ella negaba constantemente que tuviera coraje. ¿Sería ésa una costumbre de las tierras húmedas? No, Aviendha había oído a gente de allí hablar de su valentía; por ejemplo, esos ebudarianos, que parecían incapaces de pronunciar tres palabras seguidas sin alardear. Elayne respiró hondo, armándose de valor—. Esta noche hablaremos de Rand.

Aviendha asintió, pero no veía la relación que tenía ese tema con lo del valor. ¿Cómo podían unas hermanas conyugales manejar al marido si no hablaban de él con detalle? Eso era lo que las mujeres mayores le decían, en cualquier caso; y también las Sabias. Por supuesto, no siempre se mostraban tan comunicativas. Cuando se había quejado a Amys y a Bair de que debía de estar enferma porque se sentía como si Rand al'Thor se hubiese llevado consigo una parte de sí misma, se habían muerto de risa. «Ya lo entenderás —le dijeron entre carcajada y carcajada—. Lo habrías entendido antes si hubieses crecido llevando falda.» Como si ella hubiese querido otra vida que la de una Doncella, corriendo en compañía de sus hermanas de lanza. Quizás Elayne sentía también esa especie de vacío. Hablar de él parecía ahondar más ese hueco aun cuando estuvieran llenándolo al mismo tiempo.

Hacía rato que había notado por encima el sonido de unas voces, y ahora escuchó las palabras.

—¡... pedazo de bufón con pendientes! —Nynaeve sacudía el puño a un hombre de tez muy oscura que la contemplaba desde arriba, asomado por el alto costado del barco. Parecía tranquilo; claro que él no podía ver el brillo del *Saidar* que la envolvía—. ¡No venimos pidiendo el regalo de pasaje, así que poco importa si tenéis por costumbre negárselo a las Aes Sedai! ¡Suelta una escala ahora mismo!

Las sonrisitas de los hombres de los remos se habían borrado por completo. Al parecer se les habían pasado por alto los anillos en forma de serpientes cuando las habían cogido en el muelle, pero no parecían muy complacidos al descubrir que tenían Aes Sedai a bordo.

—Oh, Luz —suspiró Elayne—. He de arreglar esto, Aviendha, o habremos tirado la mañana por la borda tan seguro como que ella ha echado las gachas del desayuno.

Avanzó a través de la «cubierta» —Aviendha se sentía orgullosa de saber los nombres correctos de las cosas en las embarcaciones— y se dirigió al hombre asomado en lo alto del barco.

—Soy Elayne Trakand, heredera del trono de Andor y Aes Sedai del Ajah Verde. Mi compañera dice la verdad. No venimos buscando el regalo de pasaje. Empero, hemos de hablar con vuestra Detectora de Vientos sobre un asunto muy urgente. Dile que sabemos lo del Tejido de Vientos, y que también estamos enteradas de las habilidades de las Detectoras de Vientos.

El hombre la miró ceñudo y luego, bruscamente, desapareció sin decir palabra.

—Esa mujer pensará seguramente que tienes intención de levantar la liebre sobre sus secretos —rezongó Nynaeve mientras se colocaba la capa dando tirones y ataba las cintas con violencia, enrabietada—. Sabes lo mucho que las asusta que las Aes Sedai se las lleven a la Torre por la fuerza si se descubre que pueden encauzar. Sólo una boba cree que puede amenazar a la gente, Elayne, y llegar a alguna parte.

Aviendha estalló en carcajadas. Por la mirada sorprendida que le dirigió Nynaeve, no se daba cuenta del chiste que había hecho sobre sí misma. A Elayne, sin embargo, le temblaban los labios a pesar de su esfuerzo por contenerse. Nunca se estaba seguro con el sentido del humor de las tierras húmedas; les resultaban divertidas las cosas más extrañas y en cambio no veían las más graciosas.

Se sintiera o no amenazada la Detectora de Vientos, lo cierto es que para cuando Elayne hubo pagado a los barqueros, advirtiéndoles que esperaran para llevarlas de vuelta —mientras Nynaeve rezongaba por el precio y les decía que les daría de bofetadas si se marchaban, con lo que Aviendha casi se echa a reír otra vez al pensar cómo iba a arreglárselas para hacerlo si se iban—, cuando todo eso estuvo arreglado, al parecer en el barco se había tomado la decisión de permitirles subir a él. No echaron una escala, sino que bajaron una tabla colgada de dos cuerdas que después se unían formando una sola, la cual corría por una gruesa polea que había sido desplazada desde uno de los mástiles. Nynaeve se sentó en la tabla al tiempo que amenazaba con escarmentar a los barqueros si se les ocurría echar una ojeada a sus faldas cuando la subieran. Cuando le llegó el turno, Elayne se puso colorada y sujetó la suya alrededor de las piernas, a la vez que se doblaba hacia adelante de tal modo que pareció estar a punto de caerse de cabeza cuando la izaron en el aire, meciéndose, para luego desaparecer en el interior del barco. Uno de los tipos miró hacia arriba de todos modos, hasta que Birgitte le asestó un puñetazo en la nariz. Ni que decir tiene que ninguno de los dos alzó la vista cuando la subieron a ella.

El cuchillo que llevaba Aviendha en el cinturón era pequeño, con una hoja de apenas quince centímetros de longitud, pero los remeros fruncieron el entrecejo, preocupados, cuando la joven lo sacó. Echó el brazo hacia atrás, y los dos tipos se zambulleron de cabeza sobre la cubierta mientras el cuchillo pasaba por encima de sus cabezas dando vueltas para finalmente ir a clavarse, con un golpe seco, en el grueso poste de la parte delantera de la barca. Después, la Aiel se echó la capa por los brazos como si fuese un chal, y se alzó la falda por encima de las rodillas para pasar fácilmente sobre los remos y recuperar el arma. Acto seguido se instaló en la tabla que colgaba a un lado del barco. No guardó el cuchillo en el cinturón. Por alguna razón que escapaba a su comprensión, los dos hombres intercambiaron una mirada desconcertada, pero mantuvieron gacha la vista mientras la subían. A lo mejor empezaba a entender algo de las costumbres de las tierras húmedas.

Ya en la enorme cubierta del velero Aviendha se quedó boquiabierta, a punto de olvidar bajarse de la tabla. Había leído cosas sobre los Atha'an Miere, pero leer y ver era tan distinto como leer sobre el agua salada y probarla. Para empezar, todos eran de tez oscura, mucho más que los ebudarianos, incluso más que la mayoría de los tearianos. El largo cabello era negro, así como sus ojos, y llevaban las manos tatuadas. Había hombres con el torso desnudo y descalzos, luciendo fajines estrechos de colores llamativos con los que sujetaban los amplios pantalones de un material oscuro que brillaba como si estuviese untado con grasa, y mujeres con blusas de colores tan intensos como los fajines; unos y otras se movían con una especie de vaivén y se desplazaban grácilmente al ritmo del balanceo del barco.

Las mujeres Atha'an Miere tenían costumbres muy raras respecto a los varones, según había leído Aviendha; al parecer danzaban cubiertas sólo con un pañuelo o incluso menos. Pero fueron los pendientes los que más llamaron su atención. La mayoría lucía tres o cuatro, a menudo con brillantes piedras engastadas. ¡Y algunas hasta llevaban un pequeño aro a un lado de la nariz! También los llevaban los hombres, al menos en las orejas, y casi tantas cadenas de oro y plata, de gruesos eslabones, en el cuello. ¡Los hombres! Algunos varones de las tierras húmedas llevaban pendientes, cierto —entre los ebudarianos era la gran mayoría—, pero ¡tantos! ¡Y collares! Los habitantes de las tierras húmedas tenían costumbres verdaderamente extrañas. Los Marinos nunca bajaban de sus barcos —nunca— o eso había leído, y supuestamente se comían a sus muertos. Aviendha había sido incapaz de dar crédito a eso último, pero si los varones llevaban collares ¿quién sabe qué más podían hacer?

La mujer que fue al encuentro de las recién llegadas llevaba pantalones, blusa y fajín como las demás, pero los suyos eran de seda amarilla brocada, mientras que el fajín estaba

Librodot

tejido con complejos nudos y las puntas le colgaban hasta las rodillas; uno de sus collares tenía una pequeña caja con un intrincado trabajo de filigrana. Un dulzón olor a almizcle envolvía a la mujer. Mechones grises le surcaban el cabello, y su semblante era grave. Cinco aros gruesos de oro decoraban cada una de sus orejas, y una fina cadena unía uno de ellos a otro aro similar que le atravesaba la aleta de la nariz. De la cadena colgaban diminutos medallones de oro bruñido que brillaron con la luz del sol mientras Aviendha los estudiaba.

La Aiel retiró prestamente la mano que se había llevado a la nariz —¡mira que aguantar el peso de esa cadena por capricho!— y consiguió a duras penas reprimir una risa. Las costumbres de las tierras húmedas eran increíbles, pero sin duda los Marinos se llevaban la palma.

—Soy Malin din Toral Rompeolas, Señora de las Olas del clan Somarin y Navegante del *Viajero del viento.* —Una Señora de las Olas era importante, como un jefe de clan; miró alternativamente los rostros de las recién llegadas, en apariencia desconcertada, hasta que sus ojos repararon en los anillos de la Gran Serpiente que lucían Elayne y Nynaeve, y entonces suspiró con resignación—. Si hacéis el favor de acompañarme, Aes Sedai —dijo, dirigiéndose principalmente a Nynaeve.

En la parte trasera del barco se alzaba una estructura cerrada, y las condujo hasta una puerta que había allí y después por un pasillo hasta una amplia habitación —un camarote— que tenía el techo bajo. Aviendha dudaba que Rand al'Thor hubiera podido erguirse completamente debajo de una de las gruesas vigas. Aparte de unos cuantos baúles lacados, todo parecía estar construido en el lugar que ocupaba cada cosa, como los armarios a lo largo de las paredes, e incluso la mesa alargada que llegaba hasta la mitad de la habitación y los sillones que la rodeaban. Costaba trabajo creer que algo tan grande como ese barco estuviese hecho de madera; a pesar del tiempo que Aviendha llevaba en las tierras húmedas, contuvo a duras penas una exclamación ahogada al ver toda esa madera pulida. Brillaba casi tanto como las lámparas doradas, que colgaban, apagadas, en una especie de jaula, de manera que permanecerían derechas mientras el barco se meciera con las olas. A decir verdad, parecía que el velero no se movía en absoluto, al menos si se comparaba con la barca en la que habían llegado, pero por desgracia la pared trasera del camarote era una hilera de ventanas cuyos postigos, pintados y dorados, estaban abiertos de par en par, de modo que ofrecían una vista panorámica de la bahía. Peor aún: a través de esas ventanas no se divisaba tierra. ¡Nada en absoluto! Aviendha sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Habría sido incapaz de hablar; no habría podido ni chillar aunque era lo que deseaba hacer.

Aquellas ventanas y la vista que ofrecían —lo que no se veía— habían atraído su mirada tan de inmediato que le costó unos segundos advertir que ya había gente dentro. ¡Estupendo! Si hubiesen querido podrían haberla matado antes de que se diera cuenta. Y no es que mostraran señal alguna de hostilidad, pero con los habitantes de las tierras húmedas toda precaución era poca.

Un hombre mayor, larguirucho, de ojos muy hundidos, se encontraba sentado relajadamente en uno de los baúles; el poco pelo que le quedaba era blanco, y su atezado rostro tenía un aspecto amable, aunque la docena de pendientes y varias cadenas gruesas de oro alrededor de su cuello le daban un extraño aire a su expresión, a los ojos de Aviendha. Igual que los hombres de arriba, estaba descalzo y con el torso desnudo, pero sus pantalones eran de seda azul oscuro, y el largo fajín, de color rojo intenso. Llevaba una espada, con empuñadura de marfil, metida en el fajín, advirtió la Aiel con desdén, así como dos dagas curvas.

La mujer esbelta y atractiva, cruzada de brazos y con un sombrío ceño de aprensión, merecía una mayor atención. Llevaba sólo cuatro pendientes en cada oreja y menos medallones en la cadena que Malin din Toral, y todo su atuendo era de seda en un tono amarillo rojizo. Podía encauzar; Aviendha lo percibió, a tan corta distancia. Debía de ser la mujer por la que habían ido hasta allí, la Detectora de Vientos. Y, sin embargo, era otra la mujer que atraía más la mirada de la Aiel. A decir verdad, también las de Elayne, Nynaeve y Birgitte.

La mujer que había alzado la vista de un mapa desenrollado que había sobre la mesa habríase dicho que era tan vieja como el hombre, a juzgar por su cabello blanco. Era baja, más o menos como Nynaeve, y tenía el aspecto de quien antaño ha sido fornida y empieza a estar corpulenta, pero su barbilla se adelantaba con firmeza y sus oscuros ojos denotaban inteligencia. Y mucho poder. Enorme. No el Poder Único, sino el de quien dice «marchaos» y sabe que la gente obedecerá sin rechistar. Sus pantalones eran de seda verde brocada, la blusa azul, y el fajín rojo, como el del hombre. El cuchillo, enfundado en una vaina dorada y metido en la parte posterior del fajín, tenía el pomo de la empuñadura cuajado de gemas rojas y verdes: gotas de fuego y esmeraldas, al parecer de Aviendha. De la cadena que unía una oreja con la nariz colgaba el doble de medallones que en la de Malin din Toral, y otra cadena de oro más fina conectaba los seis pendientes de cada una de sus orejas. Aviendha contuvo en el último momento el impulso de llevarse de nuevo la mano a la nariz.

Sin pronunciar palabra, la mujer de pelo blanco se adelantó y se plantó frente a Nynaeve, a la que examinó descaradamente de la cabeza a los pies, frunciendo el entrecejo más al detenerse en el semblante de Nynaeve y en el anillo de la Gran Serpiente que lucía en la mano derecha. No tardó mucho en terminar su escrutinio y, con un gruñido, se desentendió de ella para hacer el mismo repaso rápido e intenso con Elayne. Después observó a Birgitte. Por fin habló.

—No eres Aes Sedai. —Su voz sonaba como rocas rodando ladera abajo.

—Por los nueve vientos y por la barba del Desencadenador de Tormentas, no lo soy —contestó Birgitte.

A veces decía cosas que ni siquiera Elayne y Nynaeve parecían entender, pero la mujer de pelo blanco dio un respingo como si le hubiesen pellizcado el trasero y la miró de hito en hito unos segundos antes de volver su ceñudo rostro hacia Aviendha.

—Tú tampoco eres Aes Sedai —dijo con su voz rechinante después de examinarla.

Aviendha se irguió todo lo posible, sintiéndose como si la mujer hubiese hurgado entre sus ropas y la hubiese vuelto del revés para verla mejor.

—Soy Aviendha, del septiar Nueve Valles de los Taardad Aiel.

La mujer dio un respingo el doble de fuerte que con Birgitte y sus negros ojos se abrieron como platos.

—No vas vestida como sería de esperar, pequeña —fue todo cuanto dijo, no obstante, y regresó de nuevo al otro extremo de la mesa. Una vez allí, se puso en jarras y las volvió a estudiar a las cuatro del mismo modo que lo habría hecho con unos animales que veía por primera vez—. Soy Nesta din Reas Dos Lunas —se presentó al cabo—. Señora de los Barcos de los Atha'an Miere. ¿Cómo sabéis lo que sabéis?

El ceño de Nynaeve se había ido frunciendo progresivamente desde que la mujer la había mirado por primera vez.

—Las Aes Sedai saben lo que saben, punto —espetó—. ¡Y esperamos un recibimiento con mejores modales de los que he visto hasta ahora! Ciertamente recibí mucho mejor trato la última vez que estuve en un barco de los Marinos. Quizá deberíamos buscar otro, donde no todos tengan dolor de muelas.

La expresión de Nesta din Reas se tornó sombría, pero, naturalmente, Elayne se interpuso en la línea de tiro, quitándose la capa y dejándola sobre el borde de la mesa.

—Que la Luz os ilumine a vos y a vuestros veleros, Señora de los Barcos, y que envíe vientos para que viajéis veloces. —Su reverencia fue moderadamente profunda; Aviendha ya había aprendido a juzgar esos detalles, a pesar de que seguía pareciéndole la cosa más absurda que una mujer podía hacer—. Perdonad si se han dicho palabras desagradables. No era nuestra intención mostrarnos irrespetuosas con quien es una reina para los Atha'an Miere. —Eso último lo dijo dirigiendo una mirada significativa a Nynaeve, que se limitó a encogerse de hombros, sin embargo.

Elayne volvió a presentarse, así como al resto de ellas, despertando reacciones extrañas. Que ella fuera la heredera del trono de Andor no pareció causar la menor impresión aunque era una posición alta entre los habitantes de las tierras húmedas, y la explicación de que era

Librodot

una Verde y Nynaeve una Amarilla recibió sendos resoplidos desdeñosos por parte de Nesta din Reas y miradas penetrantes del larguirucho hombre mayor. Elayne parpadeó, cogida por sorpresa, pero prosiguió con voz sosegada.

—Hemos venido por dos razones. La menos importante es preguntar cómo os proponéis ayudar al Dragón Renacido, a quien según la Profecía Jendai llamáis el Coramoor. La principal es pedir la ayuda de la Detectora de Vientos de este barco, cuyo nombre —añadió suavemente— lamento no conocer todavía.

—Soy Dorile din Eiran Pluma Larga, Aes Sedai —dijo, enrojeciendo, la mujer esbelta que podía encauzar—. Quizá pueda ayudaros, si así lo quiere la Luz.

—Os doy la bienvenida a mi barco —murmuró Malin din Toral, que también parecía avergonzada—, y que la gracia de la Luz sea con vosotras hasta que dejéis sus cubiertas.

La que no estaba abochornada en absoluto era Nesta din Reas.

—El Compromiso es con el Coramoor —dijo con voz dura e hizo un seco gesto con la mano—. Los confinados en tierra no tienen arte ni parte, excepto en el anuncio de su llegada. Tú, muchacha, Nynaeve. ¿En qué barco recibiste el regalo de pasaje? ¿Quién era su Detectora de Vientos?

—No lo recuerdo. —El timbre displicente de su voz era muy acorde con la pétrea sonrisa que exhibía. También se sujetaba la trenza con todas las fuerzas, pero al menos no había vuelto a abrazar el *Saidar*—. Y me llamo Nynaeve Sedai. Nynaeve Aes Sedai, nada de «muchacha».

Poniendo las manos sobre la mesa, Nesta din Reas le dirigió una mirada que a Aviendha le recordó las de Sorilea.

—Quizá lo seas, pero descubriré quién reveló lo que no debía revelarse. Ha de recibir unas lecciones sobre guardar silencio.

—Una vela partida está partida, Nesta —dijo inopinadamente el hombre mayor con una voz profunda mucho más fuerte de lo que sus huesudos miembros sugerían. Aviendha lo había tomado por un guardia, pero su tono era el de un igual—. Sería mejor preguntar qué ayuda esperan de nosotros las Aes Sedai en estos días en los que el Coramoor ha llegado, los mares rugen en tormentas interminables y la maldición de la Profecía surca los océanos. Si es que son Aes Sedai. —Eso último lo dijo enarcando una ceja mientras miraba a la Detectora de Vientos.

Ésta respondió en voz queda y respetuosa.

—Tres pueden encauzar, incluida ella. —Señaló a Aviendha—. Nunca he conocido a nadie tan fuerte como ellas. Tienen que serlo. ¿Quién iba a atreverse a llevar el anillo sin serlo?

Nesta din Reas agitó la mano para hacerla callar y volvió aquella mirada férrea hacia el hombre.

—Las Aes Sedai nunca piden ayuda, Baroc —gruñó—. Las Aes Sedai nunca piden nada. —El hombre le sostuvo la mirada sosegadamente, pero al cabo de un momento ella suspiró como si la hubiese vencido la de él. Empero, los ojos que se clavaron en Elayne no eran más suaves en absoluto—. ¿Qué queréis de nosotros... heredera del trono de Andor? —Incluso aquello sonó escéptico.

Nynaeve cuadró los hombros como si se dispusiera a lanzarse al ataque; Aviendha había escuchado más de una diatriba de la mujer provocada por las Aes Sedai del palacio de Tarasin y su costumbre de olvidar que ella y Elayne también eran Aes Sedai; que alguien que ni siquiera fuera Aes Sedai lo pusiera en duda quizá llevara a un derramamiento de sangre, Nynaeve cuadró los hombros, abrió la boca y... Elayne la hizo callar con un roce en el brazo y un susurro demasiado bajo para que Aviendha pudiera oír lo que decía. El rostro de Nynaeve seguía congestionado, y parecía a punto de arrancarse la trenza de cuajo, pero contuvo la lengua. Quizás Elayne era capaz de poner paz incluso en una contienda por agua.

Ni que decir tiene que Elayne no podía sentirse complacida, cuando no sólo su derecho a ser llamada Aes Sedai sino su derecho al título de heredera del trono del Andor se ponía en tela de juicio tan abiertamente. La mayoría habría pensado que estaba tranquila, pero

Librodot

Aviendha conocía las señales. La barbilla levantada indicaba cólera; si a ello se añadían los ojos muy abiertos, entonces Elayne era una antorcha que superaría con creces el ascua de Nynaeve. Además, Birgitte tenía el rostro pétreo y los ojos llameantes. Por lo general no reflejaba las emociones de Elayne, excepto cuando éstas eran muy intensas. Aviendha cerró los dedos sobre la empuñadura del puñal que llevaba en el cinturón y se dispuso a abrazar el *Saidar.* En primer lugar mataría a la Detectora de Vientos; esa mujer no era débil en el Poder, y resultaría peligrosa. Podrían encontrar otra con tantos barcos que había por allí.

—Buscamos un *ter'angreal.* —Salvo porque su tono era frío, cualquiera que no la conociese habría pensado que Elayne estaba completamente serena. Miraba a Nesta din Reas, pero se dirigió a todos, quizás a la Detectora de Vientos principalmente—. Con él, creemos que podríamos remediar el tiempo. Tiene que estar causándoos perjuicios igual que a todo el mundo. Baroc ha mencionado tormentas interminables. Tenéis que ver en ello la mano del Oscuro, el roce del Padre de las Tormentas sobre el mar del mismo modo que nosotros lo notamos en tierra firme. Con ese *ter'angreal* podemos cambiarlo, pero no podemos hacerlo solas. Requerirá varias mujeres trabajando unidas, quizás un círculo completo de trece. Pensamos que entre esas mujeres debería haber Detectoras de Vientos. No hay nadie que sepa tanto sobre el tiempo, ninguna Aes Sedai viva. Ésa es la ayuda que pedimos.

Un silencio absoluto acogió su alocución.

—Ese *ter'angreal,* Aes Sedai —dijo finalmente Dorile din Eiran—, ¿cómo se llama? ¿Qué aspecto tiene?

—No tiene nombre, que yo sepa —contestó Elayne—. Es un cuenco de cristal grueso, poco profundo pero con un diámetro superior a medio metro, y con nubes talladas en el interior. Cuando se encauza en él, las nubes se mueven.

—El Cuenco de los Vientos —exclamó excitada Dorile din Eiran, que se adelantó hacia Elayne como siguiendo un impulso inconsciente—. Tienen el Cuenco de los Vientos.

—¿De verdad lo tenéis? —Los ojos de la Señora de las Olas estaban prendidos en Elayne con ansiedad, y también ella adelantó un paso de manera involuntaria.

—Lo estamos buscando —aclaró Elayne—. Pero sabemos que se halla en Ebou Dar. Si es el mismo que...

—Tiene que serlo —exclamó Malin din Toral—. ¡Por vuestra descripción ha de serlo!

—El Cuenco de los Vientos —repitió Dorile din Eiran—. ¡Y pensar que se volverá a encontrar aquí, después de dos mil años! Tiene que ser por el Coramoor. Él debe de haber...

Nesta din Reas dio una fuerte palmada.

—¿Qué tengo aquí? ¿Una Señora de las Olas y su Detectora de Vientos o dos jovencitas en su primera singladura como tripulantes?

Las mejillas de Malin din Toral enrojecieron de rabia, e inclinó la cabeza bruscamente, pero con orgullo. Por su parte, Dorile din Eiran, mucho más colorada, hizo otra inclinación al tiempo que se tocaba la frente, los labios y el corazón con las puntas de los dedos.

La Señora de los Barcos las miró ceñuda un instante antes de continuar.

—Baroc, convoca a las otras Señoras de las Olas que se encuentran en este puerto, y también a las Doce Primeras. Con sus Detectoras de Vientos. Y hazles saber que las colgarás por los dedos de los pies de sus propias jarcias si no se dan prisa. —Mientras se incorporaba añadió—: Ah, y manda que bajen té. Establecer las condiciones de este acuerdo nos dará sed.

El hombre mayor asintió; tanto la posibilidad de que tuviera que colgar por los dedos de los pies a las Señoras de las Olas como el encargo de pedirles el té fueron aceptados con igual tranquilidad. Tras echar otra ojeada a Aviendha y a las demás, salió con aquel peculiar paso bamboleante. La Aiel cambió de opinión cuando vio de cerca los ojos del hombre. Habría sido un error fatal matar primero a la Detectora de Vientos.

Debía de haber alguien esperando, si no ésas, otras órdenes parecidas, ya que sólo habían pasado unos segundos desde que Baroc saliera cuando un joven delgado y guapo, con un único pendiente en cada oreja, entró con una bandeja de madera en la que llevaba una tetera cuadrada, vidriada en azul y con el asa dorada, así como tazas grandes de cerámica gruesa, también de color azul. Nesta din Reas lo despidió con un ademán.

Librodot

—Ya difundirá cuentos de sobra tal y como están las cosas como para que también oiga lo que no debe —dijo una vez que el joven hubo salido; y mandó a Birgitte que sirviera el té, cosa que la mujer hizo, para sorpresa de Aviendha y quizá para sorpresa de la propia arquera.

La Señora de los Barcos indicó a Elayne y Nynaeve los sillones a un extremo de la mesa, al parecer dispuesta a meterse de inmediato en las negociaciones. Aviendha rehusó el asiento —en la otra punta de la mesa—, pero Birgitte ocupó uno de ellos, levantando el brazo del sillón y después bajándolo de nuevo cuando estuvo sentada. Asimismo, la Señora de las Olas y la Detectora de Vientos quedaron excluidas de la discusión, si es que podía llamarse así. Lo que se habló fue en tono demasiado bajo para oír algo, pero Nesta din Reas puso énfasis en todo lo que dijo apuntando con un índice recto como una lanza; Elayne tenía la barbilla tan levantada que debía de estar mirando a la mujer siguiendo la línea de su nariz; y si Nynaeve se las arregló, por una vez, para mantener la expresión sosegada, parecía querer trepar por su propia trenza a juzgar por el modo que la aferraba.

—Si la Luz quiere, hablaré con vosotras dos —manifestó Malin din Toral, mirando alternativamente a Aviendha y Birgitte—, pero creo que antes he de oír tu historia.

La expresión de Birgitte se tornó alarmada mientras la mujer se sentaba enfrente de ella.

—Lo que significa que yo puedo hablar primero contigo, si la Luz quiere —le dijo Dorile din Eiran a Aviendha—. He leído cosas sobre los Aiel. Si no te importa, me gustaría saber cómo es posible que haya tantos varones entre vosotros si una mujer Aiel tiene que matar a un hombre cada día.

Aviendha tuvo que esforzarse para no mirarla de hito en hito. ¿Cómo podía creer semejante estupidez?

—¿Cuándo viviste entre nuestra gente? —preguntó Malin din Toral, inclinada sobre su taza.

Birgitte estaba echada hacia atrás como si quisiera trepar por el respaldo del sillón. Al otro extremo de la mesa, la voz de Nesta din Reas subió de tono un instante.

—... vinisteis a mí, no al contrario. Eso sienta las bases para nuestro acuerdo, aunque seáis Aes Sedai.

Baroc entró en la estancia y se paró entre Aviendha y Birgitte.

—Al parecer vuestra barca costera partió tan pronto como subisteis a bordo, pero no os preocupéis. El *Viajero del viento* tiene botes para llevaros de vuelta a la orilla. —Luego siguió caminando y se sentó en el sillón contiguo a Elayne y a Nynaeve y se sumó de inmediato a la conversación. De ese modo, cuando las dos miraban al que estaba hablando, el otro podía observarlas sin que se diesen cuenta. Las dos mujeres jóvenes habían perdido una ventaja; importantísima, por cierto.

—Pues claro que las condiciones del acuerdo hemos de ponerlas nosotros —dijo el hombre en un tono sorprendido de que pudiese ser de otro modo, en tanto que la Señora de los Barcos estudiaba a Elayne y a Nynaeve como haría una mujer con dos cabras que tiene pensado desollar para un festín. La sonrisa de Baroc casi era paternal—. Quien pide algo debe pagar el precio más alto, naturalmente.

—Pero tienes que haber vivido entre los nuestros para conocer esos juramentos antiguos —insistió Malin din Toral.

—¿Te encuentras bien, Aviendha? —preguntó Dorile din Eiran—. Incluso aquí, el movimiento del barco afecta a veces a la gente de tierra firme. ¿No? ¿Y mis preguntas no son ofensivas? Entonces, dime. ¿Es cierto que las Aiel atan a un hombre antes de que...? Quiero decir, cuando vosotras y ellos... Cuando... —Tenía las mejillas arreboladas y esbozó una débil sonrisa—. ¿Hay muchas Aiel tan fuertes con el Poder Único como tú?

El que Aviendha se hubiese quedado pálida no se debía a las absurdas preguntas de la Detectora de Vientos ni porque Birgitte pareciera estar dispuesta a salir corriendo en cuanto consiguiera soltar y levantar el brazo de su sillón, ni siquiera porque Nynaeve y Elayne estuvieran descubriendo, al parecer, que eran dos muchachitas en una feria mirándolo todo con ojos brillantes, en manos de unos comerciantes muy expertos. Todas la culparían a ella, y con razón. Porque había sido ella quien había comentado que, si no podían llevar el

ter'angreal a Egwene y a las otras Aes Sedai cuando lo hubiesen encontrado, entonces ¿por qué no comprometer a esas mujeres Atha'an Miere de las que hablaban? No podían perder tiempo, esperando a que Egwene al'Vere les dijera que ya podían regresar. Le echarían la culpa y cumpliría con su *toh,* pero estaba recordando los botes que había visto en cubierta, colocados unos encima de otros. Botes sin un sitio donde resguardarse. Le echarían la culpa; pero, fuera cual fuera la deuda en la que hubiese incurrido con ellas, la habría pagado multiplicada por mil, en vergüenza, para cuando la hubiesen llevado a través de aquellos once o doce kilómetros de agua en un bote abierto.

—¿Tenéis un cubo a mano? —preguntó a la Detectora de Vientos con un hilo de voz.

Librodot

CAPÍTULO 14

Plumas blancas

A primera vista, al Circuito de Plata no se le había puesto un nombre muy acertado, pero en Ebou Dar gustaban los nombres ostentosos, y a veces daba la impresión de que cuanto menos encajaran con la realidad, mejor. La taberna más sucia que Mat había visto en la ciudad y que olía a pescado podrido llevaba por nombre La Gloria Radiante de la Reina, en tanto que La Corona Dorada del Cielo era un oscuro agujero al otro lado del río, en el Rahad, cuyo único distintivo era una puerta azul y en el que las oscuras manchas dejadas en pasadas luchas a cuchillo salpicaban el mugriento suelo. El Circuito de Plata estaba dedicado a las carreras de caballos.

Mat se quitó el sombrero y se abanicó con la amplia ala, e incluso llegó a aflojar el pañuelo negro de seda que llevaba para ocultar la cicatriz del cuello. En el aire matinal se notaba ya la reverberación del sol abrasador, pero la multitud se apiñaba en los dos largos bancos de tierra que flanqueaban el recorrido fijado, por el que los caballos correrían ida y vuelta. A eso se reducía el Circuito de Plata. El murmullo de las voces casi ahogaba los chillidos de las gaviotas que sobrevolaban el lugar. No se pagaba por mirar, así que los granjeros de rostros descarnados que habían llegado allí huyendo de los Juramentados del Dragón estaban sentados hombro con hombro con taraboneses que cubrían con velos transparentes los espesos bigotes, salineros vestidos con los blancos chalecos de su gremio, tejedores con chalecos de franjas verticales, impresores con chalecos de franjas horizontales y tintoreros con las manos teñidas hasta los codos. Las prendas de negro riguroso de los hombres de campo amadicienses, abotonadas hasta el cuello aunque quienes las llevaban parecían a punto de morirse por deshidratación, se veían junto a los vestidos campesinos murandianos, con largos delantales de colorines que sólo debían de servir de adorno; había incluso un puñado de domani de tez cobriza, los hombres con chaquetas cortas, si llevaban una puesta, y los vestidos de las mujeres en tejidos de lino tan fino que se les pegaba al cuerpo como la más sutil seda. Había aprendices, trabajadores de los muelles y los almacenes, curtidores que disfrutaban de un espacio más holgado a causa del olor de su oficio, y golfillos de caras mugrientas a los que había que vigilar con cuidado porque robarían todo aquello a lo que pudieran echar mano. Sin embargo, había poca plata entre gente trabajadora.

Todos ellos estaban detrás de las gruesas cuerdas de cáñamo, tendidas entre postes. La zona anterior a esas cuerdas era para los que tenían plata y oro; gente de buena cuna, adinerada y bien trajeada. Criados petulantes servían ponche en copas de plata para sus amos, doncellas jactanciosas agitaban abanicos de plumas para dar aire a sus señoras, e incluso había un bufón con la cara pintada de blanco y tintineantes campanillas de latón en la chaqueta y el sombrero blancos y negros. Hombres arrogantes tocados con sombreros de terciopelo, de copa alta, se pavoneaban luciendo finas espadas a la cadera, el cabello largo rozando las chaquetas de seda, echadas sobre los hombros y sujetas con cadenas de oro y plata prendidas en las estrechas solapas bordadas. Algunas mujeres llevaban el cabello más corto que los hombres, y otras, más largo, arreglado en peinados tan variados como el número de féminas; lucían amplios sombreros con plumas o, en algunos casos, con finas mallas que cubrían los rostros, y vestidos generalmente cortados para mostrar los escotes, tanto al estilo local como de otras tierras. Las nobles, protegidas bajo parasoles de colores, refulgían con anillos y pendientes,

collares y brazaletes de oro y marfil y finas gemas, y miraban con altivo desdén a todos los demás. Comerciantes y prestamistas bien alimentados, con un leve toque de puntillas y tal vez un alfiler o un anillo con una gruesa y brillante piedra engastada, se inclinaban humildemente o hacían reverencias a quienes pertenecían a la clase alta y que seguramente les debían sumas enormes. En el Circuito de Plata cambiaban de manos fortunas, y no sólo en apuestas. Se decía que también cambiaban de manos vidas y honor en la zona reservada que separaban las cuerdas.

Mat volvió a ponerse el sombrero, alzó la mano, y uno de los corredores de apuestas —una mujer de cara chupada y nariz aleznada— extendió las huesudas manos mientras hacía una reverencia y murmuraba la frase ritual: «Lo que milord quiere apostar, quedará fielmente anotado. Claro como un libro abierto». De algún modo conseguía suavizar su acento ebudariano a pesar de cortar el final de algunas palabras. Al igual que la fórmula, el bordado en la pechera de su chaleco rojo, que representaba un libro abierto, provenía de un remoto pasado, cuando las apuestas se anotaban en un libro de verdad, pero Mat sospechaba que él era el único de los presentes que sabía eso. Recordaba muchas cosas que jamás había visto, de unos tiempos que habían pasado al olvido hacía mucho.

Tras echar una rápida ojeada a los porcentajes en la quinta carrera de la mañana, reflejados con tiza en la pizarra que sostenía en alto el hombre encargado de tal menester, asintió. Se volvió hacia su compañero.

—Ponlo todo a *Viento,* Nalesean.

El teariano vaciló y jugueteó con la punta de su negra barba untada. El sudor brillaba en su cara, pero mantenía abotonada hasta arriba la chaqueta de amplias mangas acuchilladas en azul, y se cubría con un gorro cuadrado de terciopelo azul que no servía para resguardarlo del sol.

—¿Todo, Mat? —Habló en voz baja para que la mujer no pudiera oírlo. El porcentaje de las apuestas podía cambiar en cualquier momento hasta que se hacía la apuesta de firme—. La Luz me confunda, pero ese pequeño pinto parece rápido, y también aquel pardo de crin plateada.

Esos dos eran los favoritos de ese día, nuevos en la ciudad y que, como todo lo nuevo, levantaban expectación. Mat no se molestó en mirar hacia los diez caballos que tomaban parte en la siguiente carrera y que se exhibían a un extremo del circuito. Ya había echado una buena ojeada mientras ayudaba a Olver a montar en *Viento.*

—Todo. Algún idiota ha recogido la cola del pinto como una porra y el animal está ya medio loco por las moscas. El pardo es llamativo, pero tiene mal ángulo de tobillos. Puede que haya ganado algún premio en el campo, pero hoy llegará el último. —El conocimiento de caballos era suyo, no un recuerdo; su padre le había enseñado, y Abell Cauthon tenía muy buen ojo para los equinos.

—Pues a mí me parece algo más que llamativo —rezongó Nalesean, pero ya no discutía.

La corredora de apuestas parpadeó cuando el teariano, suspirando, sacó bolsa tras bolsa de los abultados bolsillos de su chaqueta. En cierto momento abrió la boca para protestar, pero el Ilustre y Probo Gremio de Corredores de Apuestas proclamaba que siempre se aceptaba cualquier tipo de apuesta con cualquier cantidad. Incluso apostaban con armadores y mercaderes si un barco se hundiría o si los precios variarían; más bien, lo hacía el gremio en sí, no un corredor en particular. El oro fue a parar al interior de uno de los arcones con herrajes de hierro de la mujer, cada uno de ellos acarreado por un par de tipos cuyos brazos eran tan gruesos como las piernas de Mat. Sus guardias, tipos de mirada dura y narices rotas, vestidos con chalecos de cuero que dejaban ver unos brazos aún más gruesos, asían garrotes largos forrados de latón. Otro de sus hombres le tendió un resguardo en el que aparecía grabada minuciosamente la figura de un jurel —cada corredor tenía su propio símbolo— y la mujer anotó en la parte posterior la apuesta, el nombre del caballo y una sigla que indicaba la carrera, utilizando un fino pincel que tomó de una caja laqueada que sostenía una guapa jovencita. Delgada, con grandes y oscuros ojos, la muchacha dedicó a Mat una lenta sonrisa.

Librodot

La mujer de cara chupada no sonrió en absoluto. Volvió a hacer una reverencia, dio un bofetón a la muchacha sin alterarse, y le susurró algo al hombre de la pizarra, que borró algo precipitadamente con un paño. Cuando volvió a levantarla, *Viento* aparecía con el porcentaje más bajo. Mientras se frotaba la mejilla disimuladamente, la chica asestó una mirada ceñuda a Mat, como si el cachete hubiese sido culpa de él.

—Espero que tu suerte influya —dijo Nalesean, que sostenía el resguardo con cuidado para que la tinta se secara. Todos los corredores solían mostrarse muy puntillosos a la hora de pagar resguardos en los que la tinta estaba corrida, y no los había más puntillosos que los ebudarianos—. Sé que no pierdes a menudo, pero he visto que te pasa a veces, así me ciegue la Luz. Hay una jovencita a quien tengo intención de acompañar al baile esta noche. Sólo es una costurera... —Él era un lord, aunque no un mal tipo, a decir verdad, y esas cosas parecían importarle mucho—. Pero lo bastante bonita para dejarle a uno seca la boca. Le gustan las chucherías. Las chucherías de oro. Y también le gustan los fuegos artificiales. He oído comentar que algunos Iluminadores preparan un espectáculo para esta noche. Creo que eso te interesará. En fin, que le gustan, pero lo que la hace sonreír son las chucherías. No se mostrará amistosa si no puedo permitirme hacerla sonreír, Mat.

—Sonreirá, Nalesean, sonreirá —contestó, absorto, Mat. Los caballos seguían caminando en círculo, a cierta distancia de los postes de salida. Olver, a lomos de *Viento,* se mostraba orgulloso; su amplia boca esbozaba una sonrisa que dividía su rostro vulgar y que le llegaba a las orejas. En las carreras ebudarianas todos los jinetes eran muchachitos; unos cuantos kilómetros tierra adentro, utilizaban chicas. Olver era el más pequeño ese día, el más ligero de peso, y no es que el castrado gris de largas patas necesitara esa ventaja—. Harás que se ría hasta que no pueda tenerse en pie.

Nalesean le dirigió Una mirada ceñuda que él advirtió por encima. El hombre debería saber que el oro era algo por lo que Mat nunca tenía que preocuparse. Puede que no ganara siempre, pero le andaba cerca. Aunque su suerte no tenía nada que ver si *Viento* ganaba ese día. De eso no le cabía duda.

El oro no lo preocupaba, pero Olver sí. No había regla en contra de que los chicos utilizaran las fustas para golpearse con ellas unos a otros, en lugar de emplearlas en las monturas. En todas las carreras en las que había participado hasta ese momento, *Viento* se había situado en cabeza desde el principio y había acabado igual, pero si Olver salía herido, aunque sólo fuese un verdugón, a Mat se le calentarían las orejas de escuchar recriminaciones sin cuento. No sólo por parte de la señora Anan, su patrona, sino de Nynaeve y Elayne y Aviendha y Birgitte. La otrora Doncella Lancera y la peculiar mujer que Elayne había tomado como Guardián serían las últimas de quienes habría esperado demostraciones de sentimientos maternales, pero ya habían intentado, a sus espaldas, trasladar al chico de La Mujer Errante al palacio de Tarasin. Cualquier sitio donde hubiese tantas Aes Sedai era el menos conveniente para Olver, o para cualquiera, pero un solo chichón y, en lugar de decirles a Birgitte y a Aviendha que no tenían derecho a llevarse al chico, Setalle Anan lo conduciría seguramente ella misma a palacio. Probablemente Olver lloraría y se desgañitaría hasta caer rendido si no se le permitía correr nunca más, pero las mujeres nunca entendían esas cosas. Por lo que debía ser enésima vez, Mat maldijo a Nalesean por llevar a escondidas a Olver y a *Viento* a las primeras carreras. Tenían que llenar sus horas desocupadas, desde luego, pero podrían haber encontrado otro entretenimiento. Escamotear bolsas de dinero no habría sido peor a los ojos de las mujeres.

—Aquí llega el rastreador —dijo Nalesean mientras guardaba el resguardo en su chaqueta. Esbozó una mueca—. Para lo que ha servido hasta ahora, habríamos hecho mejor trayendo cincuenta soldados más.

Juilin se abrió paso entre la multitud resueltamente; era un hombre de tez oscura y aspecto duro que utilizaba una vara de bambú tan alta como él mismo como bastón para caminar. Con el clásico gorro rojo tarabonés en forma de cubilete y una chaqueta sencilla ajustada a la cintura, que se abría en vuelos hasta casi las rodillas, una desgastada prenda que obviamente no llevaría una persona acaudalada, normalmente no le habrían permitido entrar

en la zona delimitada por las cuerdas, pero fingió examinar los caballos e hizo saltar ostentosamente una gruesa moneda de oro sobre la palma de su mano. Varios de los guardias de los corredores de apuestas lo observaron con desconfianza, pero la corona de oro le permitió pasar.

—¿Y bien? —inquirió secamente Mat mientras se calaba más el sombrero, cuando el rastreador llegó junto a él—. No, deja que lo diga yo. Se escabulleron de palacio, otra vez. Nadie las vio salir, otra vez. Nadie tiene jodida idea de dónde están, otra vez.

Juilin guardó cuidadosamente la moneda en el bolsillo de su chaqueta. No apostaría; parecía que ahorraba hasta el último céntimo que caía en sus manos.

—Las cuatro tomaron un carruaje cerrado desde palacio hasta un muelle del río y allí alquilaron una barca. Thom alquiló otra para seguirlas y ver adónde se dirigían. A ningún sitio oscuro ni desagradable, diría yo, a juzgar por como iban vestidas. Bien que es cierto que los nobles visten sedas para arrastrarse por el barro. —Sonrió a Nalesean, que se cruzó de brazos y fingió estar embebido en caballos. Más que sonrisa, era una mueca enseñando los dientes. Los dos eran tearianos, pero la brecha entre la nobleza y la plebe era muy ancha en Tear, y a ninguno de los dos les gustaba la compañía del otro.

—¡Mujeres! —rezongó Mat.

Varias féminas elegantemente ataviadas, sentadas bajo los parasoles más próximos, se volvieron para mirarlo con desaprobación. Mat les respondió con otra mirada crítica, a pesar de que dos de ellas eran guapas; entonces, éstas se echaron a reír y se pusieron a chacharear como si él hubiese hecho algo divertido. Una mujer actuaba del mismo modo hasta que uno estaba seguro de que siempre reaccionaría igual, y entonces salía con algo distinto sólo para confundirlo a uno. En fin, había prometido a Rand llevar a Elayne a Caemlyn sana y salva, y a Nynaeve y a Egwene con ella. Y había prometido a Egwene ocuparse de la seguridad de las otras dos en ese viaje a Ebou Dar, por no mencionar a Aviendha; ése era el precio de llevar a Elayne a Caemlyn. Pero no se habían dignado decirle para qué necesitaban ir allí; oh, no. ¡Y tampoco le habían dirigido veinte palabras desde que habían llegado a la jodida ciudad!

—Las llevaré sanas y salvas aunque para ello tenga que meterlas en barriles y cargarlas en una carreta hasta Caemlyn —rezongó entre dientes. Tal vez fuera el único hombre en el mundo que podía permitirse decir algo así sobre unas Aes Sedai sin tener que vigilar por encima del hombro, incluidos tal vez Rand y esos tipos que estaba reuniendo. Tocó el medallón de la cabeza de zorro que llevaba colgado bajo la camisa para asegurarse de que seguía allí, aunque nunca se lo quitaba, ni siquiera para bañarse. Tenía fallos, pero a un hombre le gustaba que algo le recordara de vez en cuando que no bajara la guardia.

—Tarabon debe de ser terrible ahora para una mujer que no está acostumbrada a cuidar de sí misma —murmuró Juilin. Observaba a tres hombres que llevaban velos sobre la cara, vestidos con chaquetas astrosas y amplios pantalones que antaño debían de haber sido blancos; trepaban por el banco de tierra, seguidos por un par de guardias de los corredores de apuestas que blandían garrotes. No había ninguna ley que prohibiera a los pobres entrar en la zona reservada, pero los guardias de los corredores de apuestas no lo permitían. Las dos mujeres guapas que habían mirado a Mat parecían estar cruzando apuestas entre sí sobre si los taraboneses serían capaces de escapar de los guardias.

—Tenemos aquí mujeres de sobra con tan poco seso como para no ponerse a cubierto cuando llueve —le contestó Mat—. Regresa a ese muelle de las barcas y espera a Thom. Dile que necesito verlo lo antes posible. Quiero saber qué se traen entre manos esas condenadas necias.

No es que la mirada de Juilin lo llamara exactamente necio a él, pero... Después de todo, llevaban intentando descubrir eso mismo hacía más de un mes, cuando habían llegado a la ciudad. Tras echar un último vistazo a los hombres que huían, el rastreador regresó por donde había llegado, de nuevo haciendo saltar la moneda de oro en la palma de la mano.

Mat frunció el entrecejo y observó a través del circuito. Apenas había cincuenta pasos hasta la multitud que ocupaba el otro lado, y se fijó en algunas de aquellas caras: un viejo encorvado y de cabello blanco, con nariz aguileña; una mujer de rostro afilado bajo el

Librodot

sombrero que parecía estar hecho con plumas en su mayor parte; un tipo alto que recordaba una cigüeña, vestido con ropas de seda verde y galones dorados; una joven de curvas generosas y boca turgente que parecía estar a punto de salirse por el escote del vestido. Cuanto más se alargaba el tiempo caluroso, menos ropas y más finas llevaban las mujeres en Ebou Dar, pero, por una vez, Mat apenas les prestó atención. Habían pasado semanas desde que había visto siquiera de refilón a las mujeres que ahora lo preocupaban.

Ciertamente, Birgitte no necesitaba que nadie la llevara de la mano; era una cazadora del Cuerno, y cualquiera que la molestara acabaría en un hoyo profundo, si no se había equivocado en sus apreciaciones. Y Aviendha... Por lo único que necesitaba tener a alguien a su lado era para que no acuchillara a cualquiera que la mirase mal. En lo que a él concernía, podía pasar a cuchillo a cuantos quisiera mientras no fuese a Elayne. A pesar de que esa jodida heredera del trono fuera por ahí caminando con la nariz apuntando al cielo, le hacían chiribitas los ojos cuando estaba con Rand; y, por mucho que Aviendha se comportara como si fuera a clavar su puñal a cualquier hombre que mirara en su dirección, le ocurría lo mismo. Generalmente Rand sabía cómo tratar a las mujeres, pero había saltado a un pozo de víboras al dejar que esas dos estuviesen juntas. Era el camino hacia el desastre, y por qué no había pasado todavía era algo que escapaba a la comprensión de Mat.

Por alguna razón, sus ojos volvieron de nuevo hacia la mujer de rostro afilado. Era bonita, aunque con una belleza vulpina. Más o menos de la edad de Nynaeve, calculó; no resultaba fácil afirmarlo a esa distancia, pero sabía juzgar a las mujeres tan bien como hacía con los caballos. Delgada. ¿Por qué le hacía pensar en paja? Lo que alcanzaba a ver de su cabello, debajo del sombrero de plumas, era de color oscuro. Bah, qué importaba.

Birgitte y Aviendha podían arreglárselas sin sus cuidados, y normalmente habría dicho lo mismo de Elayne y Nynaeve, a pesar de lo obstinadas, engreídas y absolutamente prepotentes que podían llegar a ser. La obcecación era la clave. Eran de las que reprendían a un hombre por entremeterse y lo echaban con cajas destempladas, y después volvían a reprenderlo por no estar presente cuando lo necesitaban. Tampoco es que admitieran que lo necesitaban, ni siquiera en ese momento; oh, no, ellas no. Uno alzaba una mano para ayudar, y estaba entremetiéndose; no hacía nada, y era un gandul en quien no se podía confiar.

La mujer de rostro zorruno al otro lado del circuito volvió a saltarle a la vista. Paja no: un establo. Lo que tampoco tenía sentido. Había pasado muy buenos ratos en establos, con muchas mujeres jóvenes y algunas no tanto, pero aquélla llevaba un vestido en seda azul de corte modesto, el cuello tan alto que el remate de la blanca puntilla le rozaba la barbilla, y también le caía puntilla sobre las manos. Una dama, y él evitaba a las nobles como a la muerte. Se mostraban altaneras, esperando que un hombre estuviera a su entera disposición siempre. Mat Cauthon no. Curiosamente, era ella misma quien se daba aire con un abanico de plumas blancas. ¿Dónde estaba su doncella? Un cuchillo. ¿Por qué lo hacía pensar en un cuchillo? Y en... ¿fuego? Algo quemándose, en cualquier caso.

Mat sacudió la cabeza y se centró de nuevo en lo que era importante. Los recuerdos de otros hombres sobre batallas, cortes y países desaparecidos siglos atrás llenaban las lagunas de su propia memoria, momentos de su propia vida que de repente se tornaban borrosos o que incluso habían desaparecido por completo. Recordaba haber huido de Dos Ríos con Moraine y Lan sin ninguna dificultad, por ejemplo; pero apenas quedaban retazos hasta su llegada a Caemlyn, y también había huecos en blanco antes de eso y después. Así pues, si años enteros de su mocedad habían quedado fuera del alcance de su memoria, ¿cómo iba a esperar recordar a todas las mujeres que había conocido? Quizá le recordaba a alguna mujer muerta hacía mil años o más; la Luz sabía que eso le ocurría a menudo. Hasta Birgitte despertaba a veces una sensación de hormigueo en su memoria. En fin, había cuatro mujeres en ese preciso momento que lo estaban volviendo majareta. Ellas eran el asunto importante.

Nynaeve y las demás lo evitaban como si tuviese sarna. Había ido a palacio en cinco ocasiones, y la única vez que habían accedido a verlo fue para decirle que estaban demasiado ocupadas para atenderlo, tras lo cual lo habían despedido como si fuese el chico de los recados. Todo se resumía en una cosa: creían que se entremetería en lo que quiera que se

traían entre manos, y la única razón por la que haría eso sería si se ponían en peligro. No eran idiotas; insensatas a veces, pero no idiotas. Si veían peligro, es que había peligro. En algunos lugares de aquella ciudad, si uno era forastero o mostraba una moneda podía acabar con un cuchillo clavado en las costillas, y ni siquiera encauzar detendría el arma si no la veían a tiempo. Y allí estaba él, con Nalesean y una docena de hombres diestros de la Compañía, por no mencionar a Thom y a Juilin, que de hecho tenían habitaciones en las dependencias de la servidumbre en palacio, y todos sin otra cosa que hacer que tocarse las narices. Esas cabezotas iban a conseguir que les rebanaran el cuello.

—No si yo puedo evitarlo —gruñó.

—¿Qué? —preguntó Nalesean—. Mira. Se están poniendo en la línea de salida, Mat. Así la Luz me abrase, espero que tengas razón. A mí no me parece que ese pinto esté desquiciado, sino ansioso.

Los caballos cabrioleaban mientras tomaban posiciones entre los altos postes clavados en la tierra y que tenían banderines en la punta, los cuales ondeaban con la caliente brisa, azules, verdes y de todos los colores, algunos listados. En la pista de roja tierra prensada, a quinientos pasos de distancia, se alzaba otra fila de un número igual de postes con banderines. Cada jinete tenía que rodear el poste del mismo banderín del que salía y después regresar al punto de partida. Había un corredor de apuestas a cada extremo de la línea de caballos, uno de ellos una mujer metida en carnes y el otro un hombre aún más rechoncho; ambos sostenían en alto un pañuelo blanco. Los corredores de apuestas realizaban esta tarea por turnos y no se les permitía aceptar apuestas de la carrera en la que daban la salida.

—Diantre —rezongó Nalesean.

—Luz, hombre, relájate. Harás cosquillas a tu costurera, no te preocupes.

Un clamor atronador ahogó sus últimas palabras cuando los pañuelos blancos bajaron y los caballos salieron a galope; el retumbar de los cascos apagó incluso el vocerío de la multitud. En diez zancadas *Viento* se puso a la cabeza, con Olver inclinado sobre su cuello; el pardo de crines plateadas lo seguía a sólo una cabeza de distancia. El pinto iba en el pelotón, donde las fustas ya se descargaban frenéticamente.

—Te dije que el pardo era peligroso —gimió Nalesean—. No tendríamos que haber apostado todo.

Mat no se molestó en contestar. Aparte de monedas sueltas, llevaba en un bolsillo otra bolsa de dinero a la que llamaba el semillero; con la suma que contenía —incluso con una pequeña parte de ella— y una partida de dados, podía recuperar los fondos de ambos ocurriera lo que ocurriese esa mañana. A mitad del circuito, *Viento* iba todavía a la cabeza, con el pardo pegado a él, sacando un largo entero de ventaja al siguiente caballo. El pinto iba en quinta posición. Después del giro era cuando se corrían riesgos; los chicos que montaban los caballos retrasados solían descargar sus fustas sobre los que giraban en los postes ocupando las primeras posiciones.

Siguiendo a los corceles, los ojos de Mat pasaron de nuevo sobre la mujer del rostro zorruno... y volvieron bruscamente hacia esa cara. De repente tuvo la sensación de que los gritos de la multitud perdían intensidad y quedaban en un segundo plano. La mujer estaba agitando el abanico y dando saltos de excitación, pero de pronto Mat la veía con un vestido de color verde pálido y una buena capa gris, el cabello recogido en una redecilla de encaje; la mujer se remangaba el repulgo de la falda mientras avanzaba por un establo, no lejos de Caemlyn.

Rand seguía tendido en la paja, gimiendo, aunque parecía que la fiebre le había bajado; al menos ya no deliraba, gritando a gente invisible. Mat observó a la mujer con desconfianza mientras ella se arrodillaba junto a Rand. Quizás era cierto que podía ayudarlo como afirmaba, pero Mat ya no se fiaba de la gente como antaño. ¿Qué hacía una dama en el establo de un pueblo? Mientras acariciaba la empuñadura, rematada por un rubí, de la daga que llevaba escondida debajo de la chaqueta, se preguntó por qué habría confiado en la gente alguna vez. Nunca compensaba. Nunca.

—*... tan débil como un gatito recién nacido —estaba diciendo la mujer mientras*

Librodot

introducía la mano debajo de su capa—. Creo...

Sacó el cuchillo y acometió el cuello de Mat tan repentinamente, que éste habría muerto si no hubiese estado alerta. Se zambulló en el suelo y aferró la muñeca de su agresora para desviar el golpe hacia un lado al tiempo que extraía la daga de Shadar Logoth y la sostenía pegada contra el esbelto y blanco cuello de la mujer. Ésta se quedó petrificada, intentando mirar la hoja afilada que le rozaba la piel. Mat deseaba degollarla. Sobre todo cuando reparó en el arma de la mujer, clavada en la pared del establo. Alrededor de la delgada hoja un negro círculo chamuscado crecía progresivamente y un fino hilillo de humo salía de la madera, a punto de prenderse fuego.

Estremecido, Mat se pasó la mano por los ojos. Sólo por llevarla encima, aquella daga de Shadar Logoth había estado a punto de acabar con él; había consumido su memoria, creando aquellas lagunas, pero ¿cómo olvidar a una mujer que había intentado matarlo? Una Amiga Siniestra —como había admitido ella misma— que había tratado de asesinarlo con un cuchillo que casi había hecho hervir el agua del cubo al que lo arrojaron después de encerrar a la mujer en el cuarto de los arreos. Una Amiga Siniestra que los había perseguido a Rand y a él. ¿Era simple casualidad que estuviera en Ebou Dar al mismo tiempo que él, en las carreras el mismo día? El influjo de un *ta'veren* podía ser la respuesta —le gustaba tan poco pensar en eso como en el jodido Cuerno de Valere—, pero lo cierto es que los Renegados sabían su nombre. La del establo no había sido la última vez que los Amigos Siniestros habían intentado acabar con Mat Cauthon. Se tambaleó cuando Nalesean empezó a golpearle la espalda de repente.

—¡Míralo, Mat! ¡Luz del cielo, míralo!

Los caballos habían girado en los gruesos postes y ya llevaban un buen trecho del recorrido de vuelta. Con el cuello estirado, la crin y la cola ondeando, *Viento* enfilaba como una centella circuito adelante, con Olver aferrado a su lomo como si formara parte de la silla. El chico cabalgaba como si hubiese nacido sabiendo. Cuatro largos detrás, el pinto galopaba frenéticamente mientras su jinete lo azotaba con la fusta en un fútil esfuerzo por acortar distancias. Así cruzaron la línea de meta, seguidos a tres largos por el siguiente caballo. El pardo de crin plateada llegó el último. Los gemidos y rezongos de los perdedores superaban los gritos de los vencedores. Los resguardos sin valor cayeron como una lluvia blanca sobre la pista, y docenas de sirvientes de los corredores de apuestas se apresuraron a recogerlos a fin de dejar limpio el circuito para la siguiente carrera.

—Tenemos que encontrar a esa mujer, Mat. No me extrañaría que se escabullera sin pagar ese montón de dinero que nos debe.

Por lo que Mat había oído comentar, el gremio de corredores de apuestas actuaba con gran dureza la primera vez que un miembro intentaba algo así, y si había una segunda, al infractor le costaba la vida; empero, eran plebeyos, y eso bastaba a Nalesean.

—Está allí, a plena vista. —Mat señaló sin apartar los ojos de la Amiga Siniestra de cara vulpina. Ésta miraba furibunda un resguardo, que después arrojó al suelo e incluso se remangó el repulgo de la falda para pisotear el papel. Obviamente no había apostado por *Viento.* Todavía con una mueca torcida, la mujer empezó a abrirse paso entre la multitud. Mat se puso en tensión. La Amiga Siniestra se marchaba—. Recoge nuestras ganancias, Nalesean, y después lleva a Olver a la posada. Si se pierde la clase de lectura, antes besarás a la hermana del Oscuro que conseguir que la señora Anan lo deje salir para ir a otra carrera.

—¿Adónde vas?

—He visto a una mujer que intentó matarme —respondió Mat por encima del hombro.

—La próxima vez regálale una chuchería —gritó Nalesean a su espalda.

Seguir a la mujer no era difícil con aquel sombrero de plumas blancas que semejaban una bandera ondeando entre la multitud, al otro lado del circuito. Los bancos de tierra terminaban en un área abierta donde sillas de mano y carruajes lacados en colores llamativos esperaban bajo la atenta vigilancia de porteadores y conductores. El caballo de Mat, *Puntos,* era uno más entre las decenas que guardaban miembros del Antiguo y Venerable Gremio de Caballerizos. Había un gremio para casi todo en Ebou Dar, y pobre del que se metiera en su

terreno. Mat se paró, pero la mujer siguió caminando y dejó atrás los vehículos que aguardaban a los que gozaban de posición o de dinero. Nada de doncella y ahora tampoco una silla de manos siquiera. Nadie iba a pie con ese calor si tenía medios para pagar un transporte. ¿Acaso milady estaba pasando una mala racha económica?

El Circuito de Plata se encontraba al sur de la encalada muralla de la ciudad, y la mujer recorrió los cien pasos más o menos de la calzada hasta llegar a la puerta de Moldine, por la que pasó. Procurando aparentar un aire despreocupado, Mat la siguió. La puerta era un oscuro túnel de quince metros, pero el sombrero resaltaba entre las personas que iban y venían. La gente que no tenía más remedio que ir a pie rara vez llevaba plumas. Por otro lado, la mujer parecía saber adónde iba. Las plumas pasaban entre la muchedumbre varios metros delante de Mat, sin prisa pero sin pausa.

Ebou Dar resplandecía con el sol matinal. Los palacios blancos con columnas y balcones resguardados tras celosías de hierro forjado se alzaban pared con pared con enjalbegados comercios de tejedores, pescaderías y establos; casonas con postigos de lamas que ocultaban las ventanas en arco, junto a blancas posadas con los letreros colgados en la fachada y mercados al aire libre donde ovejas y gallinas, terneros, gansos y patos vivos formaban un estruendoso coro, apiñados junto a sus semejantes que ya habían sido sacrificados y que colgaban de ganchos. Todo en blanco, piedra o yeso, salvo alguna que otra pincelada roja, azul o dorada de las cúpulas redondas y las ahusadas torres con balcones todo alrededor de sus perímetros. Por doquier había plazas atestadas de gente, siempre con una estatua más grande que a tamaño natural, encaramada a un pedestal, o una cantarina fuente que sólo conseguía hacer resaltar más el calor reinante. Los refugiados abarrotaban la ciudad, así como comerciantes y mercaderes de todo tipo. En momentos de crisis siempre había alguien que sacaba provecho. Lo que Saldaea enviaba antaño hacia Arad Doman, ahora llegaba río abajo hasta Ebou Dar, al igual que lo que Amadicia había exportado a Tarabon. Todo el mundo corría de aquí para allí, buscando una moneda o mil, buscando algo que llevarse a la boca ese día. El olor que había en el aire se componía a partes iguales de perfume, polvo y sudor. De algún modo, era un olor a desesperación.

Los canales atestados de barcazas surcaban la ciudad, cruzados por docenas de puentes, algunos tan estrechos que dos personas tenían que encogerse para pasar si se encontraban de frente, y otros tan amplios que de hecho las tiendas se alineaban a ambos lados. En realidad, las tiendas eran simples cobertizos de madera, con pesados postigos de planchas que podían bajarse para cerrarlos por la noche. Ahora estaban alzados y de ellos colgaban los letreros. El que adornaba la tienda donde se había parado el sombrero de plumas representaba una balanza dorada y un martillo, el símbolo del gremio de orfebres, aunque obviamente no pertenecía a un miembro muy próspero. A través del claro que se abrió momentáneamente en la muchedumbre, Mat vio que la mujer miraba hacia atrás, así que se volvió rápidamente hacia el estrecho puesto que se alzaba a su derecha. En la pared del fondo colgaban anillos, y en expositores se exhibían gemas cortadas con todo tipo de diseño.

—¿Desea milord un nuevo sello? —preguntó el tipo con cara de pájaro que había detrás del mostrador, a la par que hacía reverencias y se frotaba las manos como si se las estuviese secando. Flaco cual un barrote, sin duda no temía que alguien intentara robarle su mercancía. En un rincón, sentado en una banqueta, había un individuo tuerto al que le habría resultado difícil erguirse del todo dentro del tenderete; sobre las rodillas tenía un garrote remachado con puntas—. Como milord puede ver, hago cualquier diseño, y tengo anillos de prueba para tomar la medida, naturalmente.

—Déjame ver ése. —Mat señaló al azar; necesitaba una razón para quedarse parado allí hasta que la mujer siguiera su camino. Quizás era un buen momento para decidir mientras tanto qué iba a hacer.

—Un exquisito ejemplo de un estilo antiguo, milord, que gusta mucho en la actualidad. Es de oro, pero también trabajo la plata. Vaya, creo que la medida es la correcta. Si milord tiene a bien probárselo... Examinad la delicadeza y precisión de la talla. ¿Milord prefiere oro o plata?

Librodot

Con un gruñido que esperaba sonase a respuesta, ya fuera a lo uno o a lo otro, Mat se puso el anillo en el dedo anular de la mano izquierda y fingió examinar el oscuro óvalo de la gema tallada. En lo único en que se fijó realmente fue en que era casi tan grande como la falange de su dedo. Agachada la cabeza, observó por el rabillo del ojo a la mujer lo mejor que pudo entre los huecos que se abrían en el gentío. La mujer sostenía en alto una gargantilla de oro, ancha y plana.

En Ebou Dar había Fuerza Civil, pero no era muy eficiente y rara vez se la veía por las calles. Si la denunciaba, sería su palabra contra la de ella, y, aun en el caso de que le creyeran, unas pocas monedas podrían conseguirle la libertad incluso estando acusada de ese cargo. Comprar a la Fuerza Civil salía más barato que hacerlo con un magistrado, pero se podía sobornar a cualquiera de ellos a menos que hubiese alguien poderoso vigilando, y aun en tal caso también era posible si se ofrecía oro suficiente.

Un movimiento en la multitud dio paso a un Capa Blanca; el yelmo cónico y la cota de malla larga relucían como plata, en tanto que la nívea capa, con el sol radiante en la pechera, ondeaba tras el hombre que caminaba con resolución, seguro de que la gente le abriría paso. Lo que así era, efectivamente; pocos se interponían voluntariamente en el camino de los Hijos de la Luz. Empero, por cada par de ojos que rehuía el rostro pétreo del hombre, otro lo contemplaba con aprobación. La mujer de cara vulpina no sólo lo miró sin reparos, sino que le sonrió. Si se presentaba algún cargo contra ella, tal vez le costara la libertad o tal vez no, pero sí podía ser la chispa que prendiera un sinnúmero de habladurías sobre Amigas Siniestras en el palacio de Tarasin. A los Capas Blancas se les daba bien enardecer a la chusma, y para ellos las Aes Sedai eran Amigas Siniestras. Cuando el Hijo de la Luz pasó ante ella, la mujer soltó la gargantilla, al parecer con pesar, y se dio media vuelta para marcharse.

—¿Os complace el estilo, milord?

Mat dio un respingo. Se había olvidado del tipo flaco y también del anillo.

—No, no quiero... —Frunció el entrecejo y volvió a tirar del anillo. ¡No le salía!

—No es preciso que tiréis; podríais partir la piedra. —Ahora que ya no era un cliente en potencia, Mat había dejado de ser «milord». Aspirando por la nariz, el tipo no le quitaba ojo, como si temiera que fuera a salir corriendo—. Tengo algo de grasa. Deryl, ¿dónde está el tarro del unto?

El guardia parpadeó y se rascó la cabeza, como preguntándose dónde estaría el dichoso tarro. El sombrero de plumas blancas estaba ya a mitad de camino del final del puente.

—Me lo llevo —espetó Mat. No había tiempo para regatear, de modo que cogió un puñado de monedas del bolsillo de la chaqueta y las soltó en el mostrador; la mayoría eran de oro y sólo unas pocas de plata—. ¿Es suficiente?

El orfebre abrió unos ojos como platos.

—Un poco de más —respondió con voz trémula. Sus manos vacilaron sobre las monedas, y después dos de los dedos empujaron un par de céntimos de plata hacia Mat—. Tened.

—Dáselas a Deryl —gruñó Mat en el mismo momento en que el condenado anillo salía al fin de su dedo.

El tipo flaco recogió prestamente las otras monedas. Demasiado tarde para deshacer el trato. Mat se preguntó cuánto habría pagado de más exactamente. Se guardó el anillo en el bolsillo y se apresuró a ir en pos de la Amiga Siniestra. El sombrero no se veía por ninguna parte.

Unas estatuas iguales, en mármol pálido, decoraban el extremo del puente; representaban mujeres con un seno al aire y una mano alzada para señalar algo en el cielo. En Ebou Dar, un seno desnudo simbolizaba franqueza y honradez. Haciendo caso omiso de las miradas que le dirigieron, Mat se encaramó al pedestal de una de las estatuas, rodeando la cintura con un brazo para sostenerse. Una calle corría a lo largo del canal, y otras dos se bifurcaban en ángulo un poco más adelante, todas atestadas de gente, carros, sillas de mano, carretas y carruajes. Alguien gritó con voz tosca que las mujeres de verdad eran más cálidas y afectuosas, y varias personas se echaron a reír. Las plumas blancas aparecieron por detrás de

un carruaje lacado en azul, en la bifurcación de la izquierda.

Mat bajó de un salto y se abrió paso a empellones por la calle, haciendo caso omiso de las maldiciones de aquellos a los que empujaba. Era una persecución complicada; con carretas y carruajes interponiéndose continuamente en su camino, no podía localizar bien el sombrero en la calle. Subió de dos en dos los peldaños de la escalinata de mármol de un palacio y lo vislumbró de nuevo; de inmediato volvió a la calle y a avanzar entre codazos y empujones. La pila alta de una fuente le sirvió para echar otra ojeada, y posteriormente un barril colocado contra una pared, y una caja de madera que acababan de descargar de un carro de bueyes. En cierto momento se encaramó al lateral de una carreta hasta que el conductor lo amenazó con el látigo. Con tanto subirse a sitios y buscar, no estaba consiguiendo acortar la distancia que lo separaba de la Amiga Siniestra. Claro que todavía no sabía qué iba a hacer si la alcanzaba. Y entonces, cuando se subió a un estrecho resalte que adornaba la fachada de una casona, no logró localizar a la mujer.

Frenético, Mat miró arriba y abajo de la calle. Las plumas blancas ya no se mecían entre la muchedumbre. A primera vista había media docena de casas muy semejantes a aquella a la que él estaba encaramado, varios palacios de distintos tamaños, dos posadas, tres tabernas, la tienda de un cuchillero, con un cuchillo y una tijera en el cartel, una pescadería, con un tablón exhibiendo los nombres y los precios de cincuenta clases de pescado, dos tejedores de alfombras, con piezas de su mercancía desenrolladas en mesas bajo los toldos, una sastrería y cuatro tiendas de venta de tejidos, dos comercios que exhibían objetos laqueados, un orfebre, un platero, una caballeriza... La lista era demasiado larga. Podía haber entrado en cualquiera de esos sitios. O en ninguno. A lo mejor había girado en una esquina que él había pasado por alto.

Se bajó de un salto y se puso el sombrero mientras rezongaba entre dientes. Entonces la vio casi enfrente de él, en los últimos peldaños de una escalera que conducía a las puertas de un palacio; un instante después cruzaba entre las columnas acanaladas del frontispicio. No era un palacio grande, y sólo tenía dos torres esbeltas y una única cúpula adornada con bandas rojas. En los palacios de Ebou Dar la planta inferior se destinaba a las dependencias de la servidumbre, las cocinas y cosas por el estilo, en tanto que las mejores habitaciones estaban en los pisos altos, para que les entrara la brisa. Unos hombres con libreas negras y amarillas hicieron una profunda reverencia y abrieron las puertas talladas antes de que la mujer llegara junto a ellos. Una criada que esperaba dentro hizo otra reverencia, al parecer diciendo algo, y de inmediato se volvió para conducirla más al interior. La conocían. Mat habría apostado todo a que sí.

Después de que se cerraran las puertas, Mat se quedó plantado allí estudiando el palacio. No era ni mucho menos el más lujoso de la ciudad, aunque sólo a un noble se le ocurriría construir ese tipo de edificio.

—Pero, en nombre de la Fosa de la Perdición, ¿quién vive ahí? —masculló entre dientes al tiempo que se quitaba el sombrero para darse aire. Ella no, si había tenido que ir a pie. Se enteraría haciendo unas cuantas preguntas en las tabernas de la calle. Sí, y también llegaría al palacio la noticia de sus pesquisas, tan seguro como que el barro manchaba las manos.

—Carridin —dijo alguien. Era un tipo escuálido y de pelo blanco que holgazaneaba a la sombra.

Mat lo miró con expresión interrogante, y el tipo esbozó una mueca que dejó a la vista la dentadura mellada. Sus hombros encorvados y su cara triste y arrugada no encajaban con la fina chaqueta gris que vestía. A despecho del remate de puntilla en el cuello, era la viva imagen de alguien venido a menos.

—Preguntasteis quién vive ahí. El palacio Chelsaine está arrendado a Jaichim Carridin —agregó el hombre.

Mat dejó de abanicarse con el sombrero.

—¿Os referís al embajador de los Capas Blancas?

—Ajá. Un Inquisidor de la Mano de la Luz. —El viejo se dio golpecitos con el índice en un lateral de la aguileña nariz. Tanto el uno como la otra tenían aspecto de haberse roto en

Librodot

varias ocasiones—. No es la clase de hombre a quien se molesta a menos que no haya más remedio, y aun en ese caso yo lo pensaría tres veces.

Inconscientemente, Mat tarareó un fragmento de *Tormenta de las montañas.* No era la clase de hombre a quien molestar, desde luego. Los interrogadores eran los más peligrosos de los Capas Blancas. Vaya. Un Inquisidor Capa Blanca a quien visitaba una Amiga Siniestra.

—Gracias... —Mat dio un respingo. El tipo se había marchado, engullido por la muchedumbre. Extraño, pero le había resultado conocido. Quizá guardaba parecido con otro personaje muerto mucho tiempo atrás que formaba parte de aquellos viejos recuerdos. Quizá... De repente la luz se hizo en su mente como los fuegos de un Iluminador estallando en la noche. Un hombre de pelo blanco y nariz aguileña. Ese viejo había estado en el Circuito de Plata, no muy lejos de la mujer que acababa de entrar en el palacio alquilado por Carridin. Le dio vueltas al sombrero en sus manos y miró con inquietud el edificio. Ni en La Ciénaga había un fangal tan empantanado como esto. De repente sintió los dados rodando en su cabeza, y eso siempre era una mala señal.

CAPÍTULO 15

Insectos

Carridin no levantó de inmediato la vista de la carta que estaba escribiendo cuando hicieron pasar a lady Shiaine, como se hacía llamar. Tres hormigas se debatían fútilmente en la tinta húmeda, atrapadas en ella. Puede que todo lo demás estuviera muriendo, pero las hormigas, las cucarachas y bichos de toda clase parecían prosperar. Con cuidado, presionó el secante. No estaba dispuesto a empezar de nuevo por unas pocas hormigas. No enviar ese informe o enviar el informe de un fracaso podría condenarlo tan indefectiblemente como esos insectos atrapados, mas era el miedo a otro fracaso lo que le atenazaba las entrañas.

No le preocupaba que Shiaine leyera lo que escribía. Era un código cifrado que sólo conocían otros dos hombres aparte de él. Había muchas bandas de «Juramentados del Dragón» activas, cada una de ellas dirigida e instigada por un núcleo de hombres de su confianza, y muchas más que podían ser de bandidos o incluso verdaderos seguidores de esa basura, al'Thor. A Pedron Niall quizá no le gustase eso último, pero su orden había sido sumir los reinos de Altara y Murandy en un baño de sangre y en un caos de los que sólo Niall y los Hijos de la Luz podrían sacarlos, una locura que pudiera achacarse claramente a ese supuesto Dragón Renacido, y eso era lo que había hecho. El miedo imperaba en ambos países, y el rumor de que las brujas marchaban a través de las mismas tierras era otro punto que jugaba a su favor. Las brujas de Tar Valon y los Juramentados del Dragón; Aes Sedai que se llevaban muchachas e impulsaban la aparición de falsos Dragones; pueblos en llamas y hombres clavados a las puertas de sus establos... En la mitad de los rumores que corrían por las calles esos fragmentos se englobaban en un todo ahora. Niall se sentiría satisfecho. Y enviaría más órdenes. Quizá tan difíciles de ejecutar como la de que raptara a Elayne Trakand del palacio de Tarasin; ¿cómo esperaba que lo hiciera?

Otra hormiga pasó del tablero de la mesa a la hoja de papel y Carridin la aplastó con el pulgar. Y emborronó una palabra hasta el punto de hacerla ilegible. Ahora tendría que rehacer todo el informe. Tenía un gran deseo de echar un trago. Había brandy en un frasco de cristal sobre la mesa que estaba junto a la puerta. Contuvo un suspiro, apartó a un lado la misiva y sacó un pañuelo de la manga para limpiarse la mano.

—Bien, Shiaine, ¿vienes a informar finalmente de algún éxito o sólo a pedir más dinero?

La mujer le sonrió lánguidamente desde el sillón de respaldo alto en el que se hallaba sentada.

—La investigación conlleva ciertos gastos —contestó con un acento muy parecido al de una noble andoreña—. Especialmente cuando no queremos suscitar curiosidad o preguntas incómodas.

La mayoría de la gente se habría sentido intranquila en presencia de Jaichim Carridin, con su semblante acerado, sus ojos hundidos, y el blanco tabardo luciendo el dorado sol radiante de los Hijos de la Luz sobre el cayado de pastor carmesí de la Mano, aunque sólo estuviera limpiando la punta de una pluma como hacía en ese momento. Pero Mili Skane no. Ése era su verdadero nombre, aunque ella ignoraba que él lo sabía. Hija de un guarnicionero de un pueblo cercano a Puente Blanco, había ido a la Torre Blanca cuando tenía quince años, otra cosa que ella creía que era un secreto. Que las brujas la rechazaran por ser incapaz de

aprender a encauzar difícilmente podía considerarse un buen comienzo para convertirse en Amiga Siniestra, pero antes de que hubiese pasado un año desde que había salido de la Torre no sólo había encontrado un círculo en Caemlyn sino que había cometido su primer asesinato. En los siete años transcurridos desde entonces, a ese primero lo habían seguido diecinueve más. Al enviársela, el círculo había dicho que era una de las mejores asesinas disponibles y una rastreadora que encontraría cualquier cosa o persona; un círculo que ahora le daba cuentas a ella. Varios de sus miembros eran nobles y casi todos tenían más edad que Mili, pero ni lo uno ni lo otro importaba entre aquellos que servían al Gran Señor. Otro círculo que trabajaba para Carridin estaba dirigido por un sarmentoso mendigo tuerto y desdentado que tenía por costumbre lavarse una vez al año. De ser otras las circunstancias, el propio Carridin habría tenido que doblar la cerviz ante el viejo Dolo, único nombre por el que se conocía al apestoso villano. Mili Skane se postraba sin duda ante el viejo Dolo, como hacía hasta el último miembro de su círculo, ni que fuese noble ni que no. A Carridin le irritaba saber que «lady Shiaine» se arrodillaría al instante si el desgreñado mendigo entrara en la habitación, mientras que ante él permanecía sentada, con una pierna cruzada sobre la otra, sonriendo y moviendo el pie como si estuviese impaciente por que la reunión terminara. Le habían dado la orden de que lo obedeciera sin rechistar, y se la había dado alguien ante quien el propio viejo Dolo se arrodillaría; además Carridin necesitaba desesperadamente tener éxito. Las maquinaciones de Niall podían irse al garete, pero esto no. Dejó la pluma en el platillo de la escribanía de marfil, corrió la silla hacia atrás y se puso de pie.

—A quienes llevan a buen fin las tareas que se les han encomendado puede disculpárseles tener ciertos dispendios —dijo. Era alto, y se irguió imponente y amenazador, plenamente consciente de que los espejos de marcos dorados colgados en la pared reflejaban la imagen de un hombre implacable, peligroso—. Incluso vestidos, baratijas y apuestas pagadas con el dinero destinado a conseguir información. —El pie de la mujer se quedó inmóvil un instante, aunque empezó a moverse de inmediato, bien que su sonrisa era forzada y su tez había perdido color. Su círculo la obedecía al instante, pero la colgarían por los tobillos y la desollarían viva si él lo ordenaba así—. No has conseguido gran cosa, ¿verdad? De hecho, no parece que hayas conseguido nada.

—Hay dificultades, como muy bien sabéis —respondió con voz entrecortada. Empero, se las ingenió para sostenerle la mirada sin vacilar.

—Excusas. Háblame de las dificultades que has superado, no de las que te han hecho tropezar y caer. Y tu caída podría ser muy, muy profunda si fracasas en esto.

Le dio espalda y se encaminó a la ventana más próxima. También él podía caer muy hondo, y no quería correr el riesgo de que la mujer advirtiera el temor en sus ojos. La luz del sol penetraba en rayos oblicuos por la ornamentada celosía de piedra. La habitación, de techo alto, baldosas verdes y blancas y paredes pintadas en un color azul intenso, se mantenía relativamente fresca detrás de los gruesos muros de palacio, pero el calor del exterior se colaba en las inmediaciones de los ventanales. Carridin casi percibía el brandy que esperaba al otro lado del cuarto. Estaba ansioso de que la mujer se marchara.

—Milord Carridin, ¿cómo voy a preguntar a nadie abiertamente sobre objetos del Poder? Eso levantaría sospechas, y hay Aes Sedai en la ciudad, no lo olvidéis.

Observando la calle a través de las complejas volutas de piedra, Carridin encogió la nariz, asqueado por el olor que llegaba de abajo. Allí se apiñaba todo tipo de gente. Un arafelino, con el cabello tejido en dos largas trenzas y un alfanje colgado a la espalda, arrojó una moneda a un mendigo manco, que miró ceñudo la limosna antes de meterla bajo los harapos y reanudar sus gemebundas súplicas a los transeúntes. Un tipo que llevaba una llamativa chaqueta roja hecha jirones y unos pantalones de color amarillo aún más chillón, salió corriendo de una tienda asiendo prietamente contra el pecho un rollo de tela; lo perseguía, gritando, una mujer de cabello claro con la falda recogida por encima de las rodillas, que se adelantó al corpulento guardia que venía detrás, corriendo pesadamente y blandiendo una cachiporra. El conductor de un carruaje lacado en rojo y con el emblema de los prestamistas en la puerta —unas monedas de oro y una mano abierta— descargaba su

Librodot

látigo contra el conductor de una carreta con el techo de lona, cuyo tiro se había enganchado con el del carruaje; las maldiciones de los dos hombres resonaban en el aire. Unos sucios golfillos de la calle estaban agazapados detrás de un desvencijado carro y hurtaban la arrugada y raquítica fruta traída del campo. Una tarabonesa, que se abría paso a empujones entre la muchedumbre, llevaba el rostro cubierto con un velo y el oscuro cabello tejido en multitud de finas trenzas, y atraía las miradas de todos los varones con su polvoriento vestido rojo que se le ajustaba como una segunda piel.

—Milord, necesito tiempo. ¡Lo necesito! No puedo hacer imposibles, y ciertamente no conseguiré algo hasta dentro de varios días más.

Basura, todos ellos. Buscadores de fortuna, cazadores del Cuerno, ladrones, refugiados, incluso gitanos. Escoria. Sería fácil provocar disturbios, una purga para todos esos desechos humanos. Los forasteros eran siempre el primer blanco de las iras de la chusma, a los que siempre se les echaba la culpa de todo lo que iba mal, junto con los vecinos que tenían la desgracia de haber despertado rencores, las mujeres que vendían hierbas y remedios, y gentes sin amigos, en especial si vivían solas. Guiado convenientemente, con tanto cuidado como permitía ese tipo de cosas, un buen disturbio podría acabar con el palacio de Tarasin en llamas y esa inútil mujerzuela, Tylin, y las brujas dentro. Contempló, furibundo, al gentío de la calle. Los disturbios solían terminar escapándose de las manos; puede que la propia Fuerza Civil saliera de la apatía y tomara cartas en el asunto e, inevitablemente, un puñado de verdaderos Amigos de la Sombra acabarían apresados. No podía correr el riesgo de que alguno de ellos perteneciera a los círculos que estaban trabajando para él. En realidad, unos cuantos días de algarada interrumpirían su labor, y Tylin no era tan importante como para justificar algo así; a decir verdad, no tenía ninguna importancia. No, todavía no. Podía permitirse el lujo de decepcionar a Niall, pero no a su verdadero amo.

—Milord Carridin... —Un dejo desafiante había surgido en la voz de Shiaine. Había dejado que la mujer se cociera en su propia salsa demasiado tiempo—. Milord Carridin, algunos miembros de mi círculo se preguntan qué estamos buscando...

Empezó a darse la vuelta para ponerla en su sitio sin contemplaciones —¡necesitaba tener éxito, sin excusas, sin preguntas!— pero entonces el Inquisidor dejó de prestar atención a la mujer cuando sus ojos se posaron sobre un joven que estaba parado al otro lado de la calle; era más alto que la mayoría de los que pasaban junto a él, vestía una chaqueta azul con las mangas y las solapas adornadas con bordados dorados y rojos de sobra para bastar a dos nobles, y se abanicaba con un sombrero negro de ala ancha al tiempo que se ajustaba el pañuelo del cuello y hablaba con un viejo encorvado y de pelo blanco. Carridin lo reconoció.

De repente sintió como si un lazo corredizo se ciñera a su cabeza y se apretara más y más. Por un instante, un rostro oculto tras una máscara roja ocupó todo su campo visual. Unos ojos, negros como la noche, lo miraron fijamente, y después se convirtieron en insondables cavernas de fuego que seguían contemplándolo. Dentro de la cabeza del Inquisidor el mundo estalló en llamaradas, y de la explosión cayeron en cascada imágenes que lo azotaron y acribillaron más allá del lamento y los gritos. Las figuras de tres jóvenes se erguían en el aire, y una de ellas, la que correspondía al hombre de la calle, empezó a brillar más y más intensamente hasta el punto de que habría reducido a cenizas cualquier ojo humano, y más intensamente, abrasadora. Un cuerno dorado se precipitó hacia él como una flecha, mientras sus notas tiraban de su alma, y después, con un destello, se convirtió en un aro de luz dorada que se lo tragó y lo congeló hasta que el último fragmento de sí mismo que recordaba su nombre tuvo la certeza de que los huesos se le quebrarían. Una daga con un rubí en el pomo salió disparada hacia él y la hoja curva se le clavó entre ceja y ceja; penetró más y más, hasta la empuñadura dorada, y entonces todo desapareció y experimentó una agonía que barrió toda idea de que lo que antes había sentido era dolor. Habría rezado al Creador del que había renegado mucho tiempo atrás si hubiese recordado cómo. Habría chillado si hubiera sabido cómo, si se hubiera acordado de cómo gritaban los seres humanos y que él era un ser humano. El indescriptible sufrimiento siguió y siguió, aumentando más y más...

Al alzar una mano hacia la frente se preguntó por qué le temblaba. La cabeza le dolía,

Librodot

además. Había pasado algo que... Dio un respingo al mirar la calle, allá abajo. Todo había cambiado en un abrir y cerrar de ojos; la gente era otra, las carretas se movían, los carruajes de colores y las sillas de manos habían sido reemplazados por otros. Y lo peor: Cauthon había desaparecido. Deseó echarse a coleto todo el frasco de brandy, de un solo trago.

De repente advirtió que Shiaine había dejado de hablar. Se volvió, dispuesto a ponerla en su sitio.

La mujer estaba echada hacia adelante, a medio levantarse, con una mano apoyada en el brazo del sillón y la otra alzada en un ademán. Su estrecho rostro había quedado petrificado en un gesto de irascible desafío, pero no a Carridin. No se movía. No parpadeaba. El Inquisidor ni siquiera sabía si aún respiraba. Mas no le prestó atención.

—¿Cavilando? —dijo Sammael—. ¿Puedo esperar al menos que sea sobre lo que has venido a buscar para mí aquí? —Era de estatura mediana, un hombre musculoso, vestido con una chaqueta de cuello alto, al estilo illiano, tan cubierta de bordados de oro que apenas se veía la tela verde, pero el hecho de que fuera uno de los Elegidos no era lo único que le daba prestancia. Sus azules ojos eran más fríos que el pleno invierno. Una cicatriz lívida le surcaba la cara desde el nacimiento del pelo rubio hasta el borde de la rubia barba, y parecía un adorno muy adecuado. Todo cuanto se ponía en su camino era barrido sin contemplaciones, pisoteado o destruido. Carridin sabía que el vientre se le habría aflojado de miedo en presencia de Sammael si se hubiera cruzado con él por simple casualidad.

Se apartó precipitadamente de la ventana y cayó de hinojos ante el Elegido. Despreciaba a las brujas de Tar Valon; en realidad, despreciaba a todo aquel que utilizaba el Poder Único, manipulando lo que antaño había destruido el mundo, manejando lo que unos simples mortales no deberían tocar. Ese hombre usaba también el Poder, pero los Elegidos no eran simples mortales, y no en el sentido figurado de la frase, sino en el literal. Y si él servía bien tampoco lo sería.

—Insigne Señor, vi a Mat Cauthon.

—¿Aquí? —Curiosamente, aunque sólo durante un instante, Sammael pareció sorprendido. Masculló algo entre dientes, y Carridin palideció cuando captó una de las palabras.

—Insigne Señor, sabéis que jamás traicionaría...

—¿Tú? ¡Necio! No tienes agallas. ¿Estás seguro de que era Cauthon a quien viste?

—Sí, Insigne Señor. En la calle. Sé que puedo volver a encontrarlo, si queréis.

Sammael frunció el entrecejo y se acarició la barba, mirando más allá de Carridin. Al Inquisidor no le gustaba sentirse insignificante, sobre todo cuando sabía que era verdad.

—No —dijo finalmente Sammael—. Tu búsqueda es más importante, lo único importante, en lo que a ti respecta. La muerte de Cauthon sería conveniente, cierto, pero no si atrae la atención hacia aquí. Si resulta que este palacio ya ha despertado su interés y demuestra sentir curiosidad por la búsqueda que realizas, entonces ocúpate de él. En caso contrario, su muerte puede esperar.

—Pero...

—¿Es que no me has oído bien? —La cicatriz atirantó la sonrisa de Sammael hacia ese lado de la cara, convirtiéndola en un rictus—. Vi a tu hermana Vanora recientemente. No parecía sentirse bien, a primera vista. Lloraba, chillaba y se retorcía constantemente, tirándose del cabello. Las mujeres soportan peor que los hombres las atenciones de los Myrddraal, pero incluso éstos tienen que encontrar placeres en alguna parte. No te preocupes, que su sufrimiento no duró mucho. Los trollocs siempre están hambrientos. —La sonrisa se borró, y su voz cobró la dureza del granito—. Aquellos que desobedecen también pueden encontrarse de repente encima de una lumbre. Vanora parecía estar sonriendo, Carridin. ¿Crees que tú sonreirías mientras dabas vueltas en un espetón?

Carridin tragó saliva a despecho de sí mismo y ahogó una punzada de remordimiento por Vanora, con su risa pronta y su destreza con los caballos, su osadía para galopar donde otros temían caminar. Había sido su hermana favorita, mas ella estaba muerta y él no. Si había clemencia en el mundo, ella no la había encontrado.

—Vivo para servir y obedecer, Insigne Señor. —No se tenía por cobarde, pero nadie desobedecía a los Elegidos. No más de una vez.

—¡Entonces, encuentra lo que quiero! —bramó Sammael—. ¡Sé que está escondido en algún sitio de esta *kjasic* ciudad insignificante! *¡Ter'angreal, angreal,* incluso *sa'angreal!* ¡Los he rastreado, les he seguido la pista hasta aquí! Encuéntralos, Carridin. No hagas que me impaciente.

—Insigne Señor... —Le costaba hablar por lo seca que tenía la boca—. Insigne Señor, hay brujas... Aes Sedai... aquí. No sé con certeza cuántas. Si llega algo a sus oídos...

Sammael lo hizo callar con un ademán y empezó a pasear rápidamente a uno y otro lado de la habitación, yendo y viniendo tres veces, con las manos enlazadas a la espalda. No parecía preocupado, sólo... caviloso. Finalmente asintió.

—Te enviaré a... alguien para que se ocupe de esas «Aes Sedai». —Soltó una risa corta y seca—. Ojalá pudiera ver sus caras. Muy bien, te concedo un poco más de tiempo. Después, quizá sea otro quien tenga una oportunidad. —Levantó un mechón de pelo de Shiaine con un dedo; la mujer seguía sin moverse y sus ojos no parpadeaban—. Esta pequeña estaría deseosa de tener esa oportunidad.

Carridin se esforzó en desechar un repentino pavor. Los Elegidos degradaban a alguien con igual prontitud con que lo ascendían, y con la misma frecuencia.

—Insigne Señor, os pido un favor. Si se me permite preguntar... ¿Habéis...? ¿Querréis...?

—Casi no te queda suerte, Carridin —dijo Sammael, con otra sonrisa—. Más te vale esperar que aumente llevando a buen término mis órdenes. Al parecer alguien se está ocupando de que al menos algunas de las órdenes de Ishamael sigan cumpliéndose. —A pesar de la sonrisa, su expresión estaba lejos de ser jovial. O quizá se debía a la cicatriz—. Le fallaste, y has perdido a toda tu familia por ello. Sólo mi mano te protege ahora. En cierta ocasión, hace mucho tiempo, vi a tres Myrddraal obligar a un hombre a entregarles a su esposa y a sus hijas, una por una, y después hacerle suplicar que le cortaran la pierna derecha, a continuación la izquierda, posteriormente los brazos, y luego que le arrancaran los ojos. —El tono, como quien sostiene una conversación completamente normal, hacía su relato mucho peor de lo que nunca habrían conseguido gritos o gruñidos—. ¿Sabes? Para ellos era un simple juego ver hasta dónde podían empujarlo a suplicarles que le fueran quitando cosas. Dejaron la lengua para el final, desde luego, pero no quedaba mucho para entonces. Había sido un hombre muy poderoso, apuesto y famoso. Envidiado. Pero nadie envidiaría jamás lo que los Myrddraal arrojaron finalmente a los trollocs. No creerías los sonidos que emitía. Encuentra lo que quiero, Carridin. No te gustaría si aparto de ti mi mano protectora.

De repente apareció una línea vertical de luz en el aire, delante del Elegido. Pareció girar sobre sí misma de algún modo, ensanchándose hasta formar un rectángulo, una especie de agujero. Carridin se quedó boquiabierto. Estaba mirando a través de un orificio en el aire hacia un sitio lleno de columnas grises y espesa niebla. Sammael lo cruzó y la abertura se redujo de golpe a una brillante barra luminosa que también desapareció, dejando únicamente una imagen púrpura grabada en las retinas de Carridin.

Tambaleándose, se incorporó. El fracaso siempre se castigaba, pero nadie sobrevivía si desobedecía a uno de los Elegidos. De pronto Shiaine se movió y acabó de levantarse del asiento.

—Oídme bien, «Bors» —empezó, y entonces se calló de golpe, mirando fijamente la ventana donde el Inquisidor había estado antes. La mujer giró rápidamente los ojos y al verlo dio un brinco. Habríase dicho que estaba ante uno de los Elegidos por el modo en que se le desorbitaron los ojos.

Nadie sobrevivía si desobedecía a los Elegidos. Carridin se apretó las sienes con las puntas de los dedos. Parecía que la cabeza le iba a estallar.

—Hay un hombre en la ciudad, Mat Cauthon. Te... —Calló al advertir el respingo de la mujer y la miró, ceñudo—. ¿Lo conoces?

—He oído ese nombre —contestó, cautelosa. Y furiosa, le pareció al Inquisidor—.

Pocos de los que están relacionados con al'Thor pasan inadvertidos mucho tiempo. —Al ver que el hombre se acercaba a ella, cruzó los brazos en actitud defensiva y aguantó el tipo merced a un esfuerzo obvio—. ¿Qué hace en Ebou Dar un palurdo desharrapado? ¿Cómo se...?

—No me importunes con preguntas estúpidas, Shiaine. —Jamás le había dolido la cabeza de ese modo; nunca. Era como si le estuviesen clavando una daga en el cráneo, entre los ojos. Nadie sobrevivía a...—. Pon de inmediato a trabajar a tu círculo para localizar a Cauthon. A todos. —El viejo Dolo acudiría esa noche, colándose disimuladamente por la parte trasera de los establos; la mujer no tenía por qué enterarse de que había otros—. Todo lo demás puede esperar.

—Pero creí que...

Enmudeció con una exclamación ahogada cuando el hombre la asió por el cuello. Un estilete apareció en la mano de la mujer, pero él se lo arrebató bruscamente. Shiaine se retorció y forcejeó, pero Carridin la hizo doblarse hasta que su mejilla se aplastó contra el tablero de la mesa, emborronando la tinta, todavía húmeda, de la carta a Pedron Niall desechada. La daga se clavó justo delante de sus ojos, y la dejó petrificada. Por casualidad, la hoja hincada en el papel había atrapado por una pata a una hormiga, que se debatía tan inútilmente como ella.

—Eres un insecto, Mili. —El dolor de cabeza daba aspereza a su voz—. Es hora de que entiendas eso. Un insecto no se diferencia de otro, y si uno no sirve...

La mujer siguió con la mirada el movimiento descendente del pulgar del Inquisidor, y, cuando aplastó a la hormiga, se encogió.

—Vivo para servir y obedecer, mi señor —musitó. La mujer le había dicho eso mismo al viejo Dolo cada vez que los había visto juntos, pero jamás a él.

—Y así es como obedecerás. Atiende...

Nadie sobrevivía a la desobediencia. Nadie.

CAPÍTULO 16

Un roce en las mejillas

El palacio de Tarasin era una mole nívea de mármol y yeso, con balcones resguardados por celosías de hierro forjado pintado en blanco y galerías con columnatas a una altura de cuatro pisos sobre la calle. Las palomas volaban en círculo alrededor de las puntiagudas cúpulas, y torres esbeltas, adornadas con balconadas y revestidas con franjas de azulejos rojos y verdes, relucían bajo el sol. Puertas de arcos apuntados, en el palacio propiamente dicho, conducían a varios patios, y otras se abrían en el alto muro que ocultaba los jardines, pero en la fachada que daba a la plaza de Mol Hara una escalinata de profundos y níveos peldaños, de quince metros de anchura, ascendía a las grandes puertas talladas con el mismo diseño de espirales y volutas que el de las celosías de los balcones y forradas con oro batido.

Alrededor de una docena de guardias se alineaba ante aquellas puertas, sudando bajo el sol; llevaban petos dorados sobre las chaquetas verdes y amplios pantalones blancos remetidos en las botas, de un color verde oscuro. También del mismo tono eran los cordones que ceñían los gruesos rollos de tela blanca envueltos alrededor de los yelmos dorados, con los largos extremos colgando a la espalda. Incluso en las alabardas y en las vainas de dagas y espadas cortas brillaba el oro. Guardias para lucirse, no para luchar. Claro que, cuando Mat llegó a lo alto de la escalinata, advirtió en las manos de aquellos hombres los callos característicos de los espadachines. Hasta entonces, siempre había entrado por uno de los patios de las cuadras para examinar los caballos de palacio mientras pasaba, pero esta vez lo haría al estilo de un lord.

—Que la bendición de la Luz se derrame sobre todas las personas que habitan este lugar —saludó al oficial, un hombre que no tenía muchos más años que él. Los ebudarianos eran gentes educadas—. Vengo a dejar un mensaje para Nynaeve Sedai y Elayne Sedai. O para entregárselo personalmente si han regresado.

El oficial lo observó de hito en hito, y luego miró la escalera con aire consternado. Un cordón dorado, además del verde, en el yelmo puntiagudo significaba cierto rango que Mat desconocía. En lugar de alabarda, asía una vara dorada con una punta afilada y un gancho en el extremo, a semejanza de una aguijada. A juzgar por su expresión, nadie había subido por allí nunca. Examinó la chaqueta de Mat, pensativo, y finalmente decidió que no le ordenaría que se marchara. Con un suspiro, el hombre murmuró una frase de buenos deseos acorde con la de Mat, le preguntó su nombre, empujó una puertecilla que se abría en una de las grandes, y lo hizo pasar a un grandioso vestíbulo, cuyo perímetro rodeaban cinco balconadas con las balaustradas de piedra, bajo un techo abovedado pintado a imitación del cielo, con nubes y sol inclusive.

El guardia chasqueó los dedos y acudió una joven y delgada sirvienta con vestido blanco, la falda recogida en la parte izquierda con pliegues cosidos para dejar a la vista unas enaguas verdes, y bordado en el pecho, en la parte derecha, el emblema del Ancla y la Espalda, también en verde. Cruzó con premura el suelo de mármol rojo y azul, aparentemente sobresaltada, e hizo una reverencia a Mat y al oficial. El oscuro y corto cabello enmarcaba una cara bonita de tez tersa y olivácea; el corpiño del vestido tenía el corte estrecho y profundo en el escote que era habitual en todas las mujeres de Ebou Dar excepto las nobles. Por una vez, Mat no reparó realmente en él. Cuando la joven oyó lo que quería, sus enormes

ojos negros se abrieron aún más. Las Aes Sedai no eran exactamente impopulares en Ebou Dar, pero la mayoría de los ebudarianos darían un amplio rodeo para evitar a una.

—Sí, Teniente de Espadas —dijo, haciendo otra reverencia—. Por supuesto, Teniente de Espadas. ¿Queréis hacer el favor de seguirme, milord?

Fuera, la ciudad resplandecía de blancura, pero dentro de palacio los colores abundaban por doquier. Parecía haber kilómetros de amplios pasillos, y aquí el alto techo era azul y las paredes amarillas, allí, las paredes rojo pálido y el techo verde; los colores cambiaban en cada recodo, y las combinaciones resultaban hirientes para los ojos de cualquiera excepto los de un gitano. Las botas de Mat resonaban con fuerza en las baldosas que creaban dibujos, en dos, tres y a veces cuatro colores, de rombos, estrellas o triángulos. En todos los cruces de pasillos había un mosaico de minúsculos azulejos con intrincadas volutas, espirales y lazos. Unos pocos tapices de seda mostraban escenas marinas, y hornacinas en arco exhibían cuencos de cristal tallado así como figurillas y porcelanas amarillas de los Marinos que debían de costar un dineral. De vez en cuando, un criado uniformado pasaba presuroso, en silencio, las más de las veces llevando una bandeja de plata o una de oro.

Normalmente, la exhibición de riqueza hacía sentirse a gusto a Mat. Para empezar, donde había dinero algo podía quedarse pegado en sus dedos. Pero ahora se sentía impaciente, más a cada paso que daba. Y ansioso. La última vez que había sentido rodar los dados en su cabeza con tanta fuerza fue justo antes de que él y trescientos soldados de la Compañía se encontraran con mil Leones Blancos de Gaebril en lo alto de un cerro frente a ellos, y otros mil cabalgando a galope tendido por la calzada, a su espalda, cuando lo único que había intentado hacer era escabullirse de todo aquel lío. En aquella ocasión había evitado el desastre merced a los recuerdos de otro hombre y más suerte de la que le correspondía. Los dados casi siempre significaban peligro, y algo más que todavía no había conseguido entender. La perspectiva de acabar con la cabeza rota no era suficiente, y en una o dos ocasiones no había habido posibilidad de que ocurriese tal cosa, pero la inminente probabilidad de que Mat Cauthon muriera de un modo espectacular parecía ser la razón más habitual. No parecía lógico que algo así ocurriera en el palacio de Tarasin, pero no por ello dejaron de rodar los dados. Iba a dejar el mensaje, agarrar a Nynaeve y a Elayne por la nuca si se le presentaba la ocasión, echarles un sermón que les pusiera las orejas coloradas, y después se marcharía.

La jovencita caminó grácilmente delante de él hasta que llegaron ante un hombre de talla baja, fornido, un poco mayor que ella; era otro criado, con ajustadas calzas blancas, camisa de amplias mangas del mismo color, y un chaleco largo, verde, con el Ancla y la Espada de la casa Mitsobar grabado en un disco blanco.

—Maese Jen —dijo la chica, haciendo otra reverencia—, éste es lord Mat Cauthon, que desea dejar un mensaje para la honorable Elayne Aes Sedai y la honorable Nynaeve Aes Sedai.

—Está bien, Haesel. Puedes marcharte. —Saludó a Mat con una inclinación de cabeza—. ¿Tenéis la amabilidad de seguirme, milord?

Jen lo condujo hasta una mujer de tez oscura y gesto hosco, de mediana edad, a quien hizo una reverencia.

—Señora Carin, éste es lord Mat Cauthon, que desea dejar un mensaje para la honorable Elayne Aes Sedai y la honorable Nynaeve Aes Sedai.

—Está bien, Jen. Puedes irte. ¿Sois tan amable de seguirme, milord?

Carin lo llevó por una curvada escalera de mármol, con las contrahuellas pintadas en amarillo y rojo, hasta una flaca mujer llamada Matilde, que a su vez lo dejó al cargo de un tipo corpulento llamado Bren, que lo llevó hasta un hombre calvo llamado Madic, cada uno de ellos un poco mayor que el anterior. En el punto donde cinco corredores confluían como los radios de una rueda, Madic lo dejó con una oronda mujer llamada Laren, que tenía pinceladas grises en las sienes y un porte majestuoso. Al igual que Carin y Matilde llevaba lo que los ebudarianos llamaban Cuchillo de Esponsales colgado de un collar de plata, con la empuñadura hacia abajo, de manera que reposaba entre sus más que generosos senos. En la empuñadura, cinco piedras blancas, dos engarzadas en rojo, y cuatro piedras rojas, una de

ellas engarzada en negro, decían que tres de sus nueve hijos habían muerto, dos de ellos en duelos. Tras hacer una reverencia a Mat, Laren empezó a recorrer uno de los pasillos, pero Mat se apresuró a detenerla agarrándola por el brazo.

Las oscuras cejas se enarcaron levemente mientras la mujer le miraba la mano. No llevaba otra arma que el Cuchillo de Esponsales, pero aun así Mat la soltó de inmediato. Según la costumbre sólo podía utilizarlo contra su marido, pero de todos modos no tenía sentido forzar la suerte. Empero, no suavizó su tono de voz cuando habló.

—¿Cuánto más habré de caminar para dejar una nota? Llevadme a sus aposentos. Un par de Aes Sedai no pueden ser tan difíciles de encontrar. Esto no es la jodida Torre Blanca.

—¿Aes Sedai? —dijo una mujer a su espalda, con un fuerte acento illiano—. Si buscáis dos Aes Sedai, las habéis encontrado.

El rostro de Laren no se alteró, o casi. Sus ojos, casi negros, se enfocaron detrás de Mat, y éste tuvo el convencimiento de que se estrecharon con preocupación.

Destocándose, se volvió exhibiendo una sonrisa despreocupada. Con su cabeza de zorro plateada colgada de su cuello, las Aes Sedai no lo ponían nervioso. Bueno, no mucho. El medallón tenía esos pequeños fallos. Puede que la sonrisa no fuera tan despreocupada.

Las dos mujeres que tenía delante no podían ser más diferentes. Una era esbelta, con una sonrisa atractiva, y llevaba un vestido verde y dorado que dejaba ver el inicio de lo que él juzgaba un buen busto. Salvo por su semblante intemporal, le habría gustado iniciar una conversación con ella. Era un rostro bonito, con unos ojos lo bastante grandes para que un hombre se sumergiera en ellos. Lástima. La otra también tenía esa cualidad intemporal, pero le costó unos segundos advertirla. Pensó que la mujer estaba ceñuda hasta que cayó en la cuenta de que debía de ser su expresión habitual. El vestido oscuro, casi negro, la cubría hasta la barbilla y las muñecas, cosa que era de agradecer, en opinión de Mat. Parecía una vieja y escuálida zarza, y por su aspecto habríase dicho que tomaba zarzas para desayunar.

—Estoy intentando dejar un mensaje para Nynaeve y Elayne —les dijo—. Esta mujer... —Parpadeó sorprendido y miró a uno y otro corredor. Los sirvientes iban y venían presurosos, pero a Laren no se la veía por ningún sitio. Nunca habría imaginado que fuera capaz de moverse con tanta rapidez—. En cualquier caso, quiero dejarles una nota. —Receloso de repente, añadió—: ¿Sois amigas suyas?

—No exactamente —contestó la guapa—. Soy Joline, y ésta es Teslyn. Y vos sois Mat Cauthon.

A Mat se le encogió el estómago. Nueve Aes Sedai en palacio, y precisamente había tenido que ir a topar con las dos que eran seguidoras de Elaida. Y una de ellas, Roja. No es que tuviese nada que temer, desde luego. Bajó la mano al costado antes de que llegase a tocar la cabeza de zorro oculta bajo la camisa. La que desayunaba zarzas —Teslyn— se acercó más a él. Era una Asentada, según Thom, aunque qué estaba haciendo allí una Asentada era algo que ni siquiera Thom entendía.

—Seríamos amigas si pudiéramos. Necesitan amigas, maese Cauthon, al igual que vos. —Los ojos de la mujer parecían querer taladrar agujeros en su cabeza.

Joline se desplazó para situarse a su lado y posó la mano sobre la solapa de la chaqueta. Mat habría considerado invitadora aquella sonrisa de haber venido de otra mujer. Era del Ajah Verde.

—Están pisando terreno peligroso y no ven las mentiras bajo sus pies. Sé que sois su amigo. Podríais demostrarlo diciéndoles que olvidaran esas tonterías antes de que sea demasiado tarde. Las niñas necias que llegan demasiado lejos pueden encontrarse con un castigo severo.

Mat deseaba retroceder; hasta Teslyn se encontraba lo bastante cerca para tocarlo. Sin embargo, esbozó su sonrisa más insolente. Eso siempre le había causado problemas allá, en casa, pero le pareció muy apropiado en ese momento. Aquellos dados en su cabeza no podían tener nada que ver con esta pareja, o a estas alturas ya habrían dejado de rodar. Además, tenía el medallón.

—Pues a mi entender ven muy bien dónde pisan. —A Nynaeve le estaba haciendo falta

Librodot

que le bajaran los humos, y a Elayne, para qué hablar. Pero no estaba dispuesto a quedarse allí escuchando a esa mujer cómo rebajaba a Nynaeve hablando de ella con prepotencia. Y si ello significaba tener que defender también a Elayne, que así fuera—. Tal vez deberíais ser vosotras quienes os dejaseis de tonterías. —La sonrisa de Joline se desvaneció, pero Teslyn la reemplazó por una propia, una más afilada que una navaja de barbero.

—Sabemos cosas de vos, maese Cauthon. —Su expresión era la de quien desea despellejar a alguien, y cualquiera que tuviera a mano serviría—. Un *ta'veren,* según se cuenta. Con relaciones peligrosas propias. Y eso no son simples rumores.

—Un joven en vuestra posición que quisiera asegurarse el futuro lo mejor que podría hacer es buscar la protección de la Torre. Jamás debisteis abandonarla.

El estómago se le encogió más aún. ¿Qué más sabían? Desde luego, no lo del medallón. Nynaeve y Elayne estaban enteradas, así como Adeleas y Vandene, y sólo la Luz sabía a quién más se lo habían contado, pero a esa pareja no, sin duda. No obstante, había algo peor que ser *ta'veren* o incluso que su relación con Rand, en lo que a él concernía. Si supieran lo del maldito Cuerno de Valere...

De pronto alguien tiró de él hacia atrás, apartándolo de las dos mujeres con tanta fuerza que trastabilló y por poco deja caer el sombrero. Una mujer esbelta, con el rostro terso y el pelo casi blanco recogido en la nuca con un moño flojo, lo tenía agarrado por la manga y la solapa. Resueltamente, Teslyn lo aferró de igual modo por el otro lado. Mat reconoció, en cierto modo, a la recién llegada con su sencillo vestido gris. Era Adeleas o Vandene, dos hermanas —hermanas de verdad, no sólo Aes Sedai— que podrían pasar por gemelas; nunca estaba seguro de cuál era una y cuál la otra. Ella y Teslyn se miraban fijamente, frías y tranquilas, dos gatas con la zarpa puesta sobre el mismo ratón.

—No es necesario que me desgarréis la chaqueta —gruñó mientras intentaba liberarse a tirones—. ¿Me soltáis la chaqueta? —No sabía con certeza si lo habían oído. Pese a la cabeza de zorro no se atrevía a llegar tan lejos como para hacer que aflojaran los dedos a la fuerza... a menos que fuera necesario.

Otras dos Aes Sedai acompañaban a Adeleas o a Vandene, cualquiera que fuera de las dos hermanas, aunque una de ellas, una mujer de tez oscura y constitución robusta, con ojos inquisitivos, se notaba que era Aes Sedai sólo por el anillo de la Gran Serpiente y por el chal de flecos, que llevaba un bordado con la Llama de Tar Valon entre hiedras en la parte central de la prenda. Parecía sólo un poco mayor que Nynaeve, lo que quería decir que era Sareitha Tomares, ascendida a Aes Sedai hacía unos dos años.

—¿Tan bajo has caído que ahora te dedicas a raptar hombres en los pasillos, Teslyn? —dijo la tercera—. Un varón que no encauza no debe ser de mucho interés para ti.

De estatura baja y tez pálida, con un vestido gris rematado de puntillas, la mujer, que exhibía una sonrisa segura, era la viva imagen de la fría elegancia intemporal. Su acento la identificaba como cairhienina. Ciertamente, Mat había atraído a los perros más peligrosos del patio. Thom no sabía a ciencia cierta si era Joline o Teslyn quien tenía el mando de la embajada de Elaida, pero Merilille sí estaba al frente de la de esas idiotas que habían engatusado a Egwene para que fuera su Amyrlin. Mat podría haberse afeitado con la sonrisa que Teslyn dirigió a su antagonista.

—No disimules conmigo, Merilille. Mat Cauthon es de considerable interés. No tendría que andar suelto por ahí, campando por sus respetos.

¡Así, como si no estuviese delante, escuchando!

—Vamos, no os peleéis por mí —dijo. Con tirar de la chaqueta no estaba consiguiendo que lo soltara ninguna de las dos—. Hay hombres de sobra donde elegir.

Cinco pares de ojos lo hicieron desear haber mantenido la boca cerrada. Las Aes Sedai no tenían sentido del humor. Tiró con un poco más de fuerza, y Vandene —o Adeleas— tiró a su vez con suficiente brusquedad para soltarle la mano a él. Era Vandene, decidió Mat. Era una Verde, y siempre le había parecido que la mujer deseaba ponerlo cabeza abajo y sacudirlo hasta sacarle los secretos del medallón. Fuese cual fuese de la dos, sonrió con una expresión entre avisada y divertida. Mat no le veía la gracia. Las demás apartaron la vista de él

enseguida; igual que si hubiese desaparecido.

—Habría que ponerlo bajo custodia de inmediato —manifestó en tono firme Joline—. Y no sólo por su propia seguridad. ¿Tres *ta'veren* que aparecen en una misma aldea? ¿Y uno de ellos el Dragón Renacido? A maese Cauthon habría que enviarlo de inmediato a la Torre.

¡Y él que había pensado que era bonita! Merilille se limitó a sacudir la cabeza.

—Sobreestimas tu posición aquí, Joline, si es que crees que voy a permitir que te lleves al chico así, sin más.

—No, eres tú quien sobreestimas la tuya, Merilille. —Joline se adelantó hasta plantarse delante de ella, mirándola desde arriba gracias a su mayor estatura. Sus labios se curvaron en una mueca prepotente—. ¿O es que no comprendes que sólo es nuestro deseo de no ofender a Tylin lo que nos frena de confinaros a todas vosotras a pan y agua hasta que se os conduzca a la Torre?

Mat esperaba que Merilille se riera en su cara, pero la mujer giró la cabeza ligeramente, como si lo que quisiera en realidad fuese escapar de la intensa mirada de Joline.

—No os atreveríais. —Sareitha exhibía la tranquilidad Aes Sedai como algo innato; tenía el rostro relajado, y las manos sujetaban el chal con total calma, pero su voz entrecortada clamaba que sólo era una máscara.

—Este comportamiento es propio de crías, Joline —murmuró Vandene, seca. Sin duda se trataba de Vandene; era la única de las tres que parecía realmente serena.

Un leve rubor tiñó los pómulos de Merilille, como si el reproche de la mujer de pelo blanco hubiese ido dirigido a ella, pero su mirada cobró firmeza.

—No esperarás que vayamos dócilmente, ¿verdad? —le respondió a Joline—. Y nosotras somos cinco. Siete, contando a Nynaeve y a Elayne. —Eso último pareció ser una idea pensada en el último momento y, además, a regañadientes.

Joline enarcó una ceja. Los huesudos dedos de Teslyn continuaron tan prietos en la manga como los de Vandene, pero estudió a Joline y a Merilille con una expresión indescifrable. Las Aes Sedai eran un mundo aparte, donde uno nunca sabía qué podía esperar hasta que ya era demasiado tarde. Cuando surgían corrientes de fondo fuertes entre Aes Sedai, podían arrastrar a un hombre a la muerte sin que ellas lo advirtieran siquiera. Mat pensó que quizás había llegado el momento de soltarse de sus dedos a la fuerza.

La inesperada reaparición de Laren le ahorró el esfuerzo. Procurando controlar la respiración como si hubiese venido corriendo, la oronda mujer extendió la falda en una reverencia mucho más profunda que la que le había dedicado a él antes.

—Os pido disculpas por molestaros, Aes Sedai, pero la reina requiere la presencia de lord Cauthon. Perdonad, por favor, pero no sólo corre peligro mi puesto si no lo llevo de inmediato ante ella.

Las Aes Sedai la miraron, todas ellas, hasta que la mujer empezó a rebullir con inquietud; después los dos grupos se miraron el uno al otro como intentando ver qué Aes Sedai podían imponerse a cuáles. Y entonces lo miraron a él. Mat se preguntó si alguien iba a moverse.

—No debo hacer esperar a la reina, ¿verdad? —dijo en tono alegre. A juzgar por los respingos, cualquiera habría pensado que le había pellizcado el trasero a alguna. Incluso las cejas de Laren se fruncieron en un gesto desaprobador.

—Suéltalo, Adeleas —dijo finalmente Merilille.

Mat arrugó la frente cuando la mujer del pelo blanco obedeció. Esas dos hermanas deberían llevar un cartelito con sus nombres, o cintas del pelo de diferentes colores o algo por el estilo. Adeleas le dirigió otra de aquellas sonrisas socarronas, avisadas. Oh, cómo detestaba ese gesto. Era un truco que usaban todas las mujeres, no sólo las Aes Sedai, aunque por lo general no sabían tanto como querían darte a entender.

—Teslyn... —dijo. La hosca hermana Roja seguía agarrándole la manga con las dos manos. Alzó los ojos hacia él, haciendo caso omiso de las otras—. La reina. Me espera.

Merilille abrió la boca y vaciló; cuando habló, saltaba a la vista que no era eso lo que había estado a punto de decir.

Librodot

—¿Cuánto tiempo más piensas tenerlo aquí agarrado, Teslyn? Tal vez quieras explicar a Tylin por qué se ha desatendido su requerimiento.

—Considerad cuidadosamente con quién os comprometéis, maese Cauthon —le advirtió Teslyn, que seguía con los ojos fijos en él—. Las decisiones equivocadas suelen conducir a un futuro desagradable, incluso a un *ta'veren.* Pensadlo muy bien. —Luego lo soltó.

Mientras seguía a Laren, no se permitió demostrar su ansiedad por alejarse de allí, pero deseó que la mujer anduviese un poco más deprisa. Laren caminaba delante de él, majestuosa como una reina. Como cualquier Aes Sedai. Cuando llegaron al primer recodo, Mat echó un vistazo atrás. Las cinco Aes Sedai seguían plantadas en el mismo sitio, mirándolo fijamente. Como si la ojeada de él hubiese sido una señal, las mujeres intercambiaron miradas en silencio y se marcharon, cada una en distinta dirección. Adeleas fue en pos de Mat, pero unos cuantos pasos antes de alcanzarlo volvió a sonreírle y desapareció por una puerta. Corrientes en aguas profundas. Prefería nadar donde podía tocar con los pies el fondo del estanque.

Laren esperaba al otro lado del recodo, puesta en jarras y con una expresión demasiado tranquila. Seguro que debajo de la falda estaba dando golpecitos con un pie, impaciente. Mat le dedicó su más cautivadora sonrisa. Con ella ablandaba tanto a jovencitas sin seso como a abuelas de cabello canoso; con ella se había ganado besos y había salido de más aprietos de los que podía recordar. Tenía casi el mismo resultado que un ramo de flores.

—Eso ha estado genial, y os lo agradezco. Sin duda la reina no desea verme en realidad. —Y, si quería, él no tenía ganas de verla a ella. Todo lo que pensaba sobre los nobles se triplicaba cuando se trataba de la realeza. Nada de lo que había descubierto a través de aquellos recuerdos prestados le había hecho cambiar de opinión, y algunos de esos hombres habían pasado mucho tiempo cerca de reyes, reinas y similares—. Y ahora, si me conducís hasta Nynaeve y Elayne...

Cosa extraña, su sonrisa no parecía haber surtido el menor efecto.

—Yo no mentiría, lord Cauthon. Me jugaría algo más que mi puesto. La reina espera, milord. Sois un hombre valiente —añadió mientras se volvía, y luego añadió algo más entre dientes—: O un necio muy grande.

Mat dudaba que eso último estuviera destinado a sus oídos. Bien, la elección era ir a ver a la reina o deambular por kilómetros de pasillos hasta que encontrase a alguien que accediera a decirle lo que quería saber. Fue a ver a la reina.

Tylin Quintara, por la gracia de la Luz reina de Altara, Señora de los Cuatro Vientos, Guardiana del Mar de las Tormentas, Cabeza Insigne de la casa Mitsobar, lo aguardaba en una estancia de paredes amarillas y techo azul pálido, de pie ante una enorme chimenea blanca con el dintel gris tallado a modo de un mar tormentoso. Merecía la pena, y mucho, verla, decidió Mat. Tylin no era joven —el lustroso cabello negro, que le caía en cascada sobre los hombros, tenía hebras grises en las sienes, y unas leves arrugas se marcaban en los rabillos de sus ojos— ni era exactamente bonita, aunque las dos finas cicatrices de sus mejillas casi habían desaparecido con el paso de los años. Atractiva la describía mejor. Pero era... imponente. Los grandes ojos negros lo contemplaban mayestáticamente; unos ojos de águila. Tenía poco poder real —se podía cruzar a caballo el territorio bajo su dominio en dos o tres días, cuando todavía había mucha distancia hasta las fronteras de Altara—, pero Mat pensó que esa mujer sería capaz de hacer retroceder incluso a una Aes Sedai. Al igual que Isabele de Dal Calain, que había hecho que la Amyrlin Anghara acudiera a verla. Ése era otro de los viejos recuerdos; Dal Calain había desaparecido en la Guerra de los Trollocs.

—Majestad —dijo, mientras hacía una floritura con el sombrero y con una imaginaria capa mientras se inclinaba—, acudo acatando vuestro requerimiento.

Imponente o no, resultaba difícil apartar los ojos del amplio escote ovalado, rematado con puntilla, sobre el que colgaba el Cuchillo de Esponsales enfundado en una vaina blanca. Una vista enmarcada con muy bellas redondeces, si bien cuanto mayor era el busto de una mujer, menos quería que se lo miraran. Al menos, sin disimulo. La vaina blanca; claro que ya sabía que era viuda. Tampoco es que importara. Antes se enredaría con aquella Amiga Siniestra de cara vulpina que con una reina. No mirar ese escote era difícil, pero se las arregló.

Librodot

Seguramente llamaría a sus guardias en lugar de desenvainar la daga incrustada de gemas que llevaba metida en el cinturón, de oro tejido, a juego con el collar del que pendía el Cuchillo de Esponsales. Quizás era por eso por lo que los dados seguían rodando en su cabeza. La posibilidad de acabar arrodillado delante de un tajo era motivo más que suficiente para hacerlos rodar.

Las finas enaguas de seda, en varias capas blancas y amarillas, ondularon cuando cruzó la estancia y caminó a su alrededor hasta dar una vuelta completa.

—Habláis la Antigua Lengua —dijo, una vez que estuvo de nuevo frente a él. El timbre de su voz era musical y grave. Sin esperar respuesta, se deslizó hacia un sillón y tomó asiento, tras lo cual se arregló los vuelos de la falda. Un gesto inconsciente; sus ojos seguían prendidos en él. Mat pensó que seguramente era capaz de decir cuándo le habían lavado su ropa interior por última vez—. Deseáis dejar un mensaje, creo. Aquí tengo todo lo necesario para que lo hagáis. —La puntilla que caía sobre su mano se meció al hacer un ademán, señalando un pequeño escritorio que había debajo de un espejo con marco dorado. Todo el mobiliario era dorado y estaba tallado imitando el bambú.

Unos grandes ventanales triples que se abrían a un balcón de celosía de hierro forjada dejaban entrar la suave brisa marina, sorprendentemente agradable ya que no fresca, pero Mat sentía más calor allí que en la calle; y no tenía nada que ver con la intensa mirada de la mujer. *Deyeniye, dyu ninte concion ca'lyet ye.* Eso era lo que había dicho al entrar. La maldita Antigua Lengua salía a borbotones de su boca sin que él se diese cuenta. Había pensado que tenía controlado ese pequeño engorro. E ignoraba cuándo dejarían de rodar esos dados y por qué. Lo mejor sería no mirar donde no debía y mantener la boca cerrada todo lo posible.

—Os lo agradezco, majestad. —Se aseguró de que fueran ésas las palabras que pronunciaba.

Varias hojas de papel grueso lo aguardaban ya en la mesa de tablero inclinado, a una altura cómoda para escribir. Soltó el sombrero junto a una pata del mueble. Veía a la mujer reflejada en el espejo. Observándolo. ¿Por qué había dejado suelta la lengua? Mojó la pluma dorada —¿qué otra clase de pluma podía tener una reina?—, y redactó mentalmente lo que quería escribir antes de inclinarse sobre el papel, con el brazo doblado alrededor de la hoja. Tenía la letra cuadrada y poco elegante; la caligrafía nunca había sido su fuerte.

> «He seguido a una Amiga Siniestra hasta el palacio que Carridin tiene alquilado. Esa mujer intentó matarme en cierta ocasión, y puede que también a Rand. Fue recibida como una vieja conocida de la casa.»

Estudió lo escrito un momento, mordisqueando la pluma antes de caer en la cuenta de que estaba dejando marcada la blanda superficie de oro. A lo mejor Tylin no se daba cuenta. Tenían que enterarse de lo de Carridin. ¿Qué más? Añadió unas pocas líneas redactadas en tono razonable. ¡Sólo le faltaba ponerlas a la defensiva!

> «Sed sensatas. Si tenéis que callejear de aquí para allí, dejadme al menos que envíe unos cuantos hombres de escolta con vosotras para evitar que acabéis descalabradas. En cualquier caso, ¿no va siendo hora de que os lleve de vuelta con Egwene? Aquí no hay nada más que moscas y calor, y de esas dos cosas encontraremos de sobra en Caemlyn.»

¡Ea!, que por delicadeza no quedara. Secó con cuidado la tinta y dobló la hoja en cuatro. En un pequeño cuenco de oro había una brasa cubierta con arena. La sopló hasta hacerla brillar y después la utilizó para encender una vela y cogió una barra de cera roja. Mientras la cera goteaba sobre los bordes del papel, de repente se acordó de que tenía un anillo de sello en el bolsillo. Sólo era un símbolo realizado por el orfebre para demostrar su destreza artesanal, pero mejor eso que un simple pegote de cera, sin nada. El sello era un poco más grande que el charquito de cera que empezaba a solidificarse, pero aun así se grabó la mayoría del símbolo.

Librodot

Por primera vez se fijó realmente en lo que había comprado. Dentro del filete formado por medias lunas, un zorro a la carrera parecía haber espantado a dos aves que alzaban el vuelo. Aquello lo hizo sonreír. Lástima que no fuera una mano, por la Compañía, pero resultaba bastante apropiado. Ciertamente necesitaba ser astuto como un zorro para estar al tanto de Nynaeve y Elayne, y si ellas no eran exactamente huidizas e inconsecuentes, en fin... Además, el medallón había hecho que tomara cariño a los zorros. Escribió el nombre de Nynaeve en el exterior y a continuación el de Elayne, como si se le hubiese ocurrido en el último momento. Una o la otra lo leerían pronto.

Al volverse sosteniendo la carta sellada con la mano adelantada, dio un respingo cuando sus nudillos rozaron el busto de Tylin. Reculó tan bruscamente que chocó con el escritorio, y la miró fijamente, procurando no enrojecer. Mirándole la cara; sólo la cara. No la había oído acercarse. Lo mejor era hacer como si el roce no se hubiese producido, para no azorarla más aún. Probablemente ya pensaba que era un torpe patán.

—En este mensaje hay algo que deberíais saber, majestad. —No había espacio suficiente entre los dos para alzar la carta—. Jaichim Carridin está recibiendo en su casa Amigos Siniestros, y no me refiero a arrestarlos.

—¿Estáis seguro? Sí, por supuesto que sí. Nadie haría tal acusación sin estar seguro. —Su frente se arrugó, pero la mujer sacudió la cabeza y el ceño desapareció—. Hablemos de temas más agradables.

Mat habría querido gritar. De modo que le decía que el Capa Blanca que estaba de embajador en su corte era un Amigo Siniestro ¿y lo único que hacía era una leve mueca?

—¿Sois lord Mat Cauthon?

Se advertía un ligero dejo interrogante en el título. Sus ojos le recordaron más que nunca los de un águila. A una reina no le gustaría que alguien se presentara ante ella fingiendo ser un lord.

—Sólo Mat Cauthon. —Algo le advirtió que ella se daría cuenta si decía una mentira. Además, dejar que la gente lo tomara por un noble era una artimaña, aunque habría preferido no tener que recurrir a ella. En Ebou Dar uno podía encontrarse metido en un duelo cada vez que se daba media vuelta, pero pocos desafiaban a un lord excepto otro lord. Así y todo, durante el pasado mes ya había roto varias cabezas, había herido a cuatro hombres y había tenido que correr medio kilómetro para escapar de una mujer. La mirada intensa de Tylin lo estaba poniendo nervioso. Y esos dados, tintineando dentro de su cráneo. Quería marcharse de allí—. Si me decís dónde puedo dejar la carta, majestad...

—La heredera del trono y Nynaeve Sedai os mencionan rara vez —dijo—, pero una acaba aprendiendo a colegir lo que se omite decir.

Como sin darle importancia, alzó la mano y le tocó la mejilla; Mat estuvo a punto de alzar la suya, inseguro. ¿Se habría manchado de tinta cuando mordisqueaba la pluma? A las mujeres les gustaba que todo estuviese limpio, incluidos los hombres. A lo mejor también les gustaba a las reinas.

—Lo que no dicen, pero he inferido —continuó Tylin—, es que sois un indómito bribón, un jugador y un conquistador que siempre anda detrás de las mujeres. —Sus ojos retenían los de él, sin que su expresión variara en lo más mínimo, y su voz se mantenía fría y firme; pero, mientras hablaba, sus dedos le acariciaron la otra mejilla—. Los hombres indómitos suelen ser los más interesantes. Para hablar con ellos. —Un dedo siguió el perfil de sus labios—. Un bribón indomable que viaja con Aes Sedai, un *ta'veren* que, me parece, las asusta un poco. O las intranquiliza, al menos. Hace falta un hombre con redaños para inquietar a unas Aes Sedai. ¿Cómo influiréis sobre el Entramado en Ebou Dar, «sólo» Mat Cauthon?

Su mano se le posó en el cuello; Mat podía sentir el latido de su pulso contra los dedos de la mujer. Abrió la boca como si le faltara aire. El escritorio repicó contra la pared cuando intentó recular. La única salida era apartarla de un empujón o saltar sobre su falda. ¡Las mujeres no se comportaban así! Oh, algunos de esos antiguos recuerdos sugerían que sí lo hacían, pero principalmente eran evocaciones de recuerdos sobre que tal mujer había hecho

eso o que tal otra había hecho aquello; lo que recordaba con total claridad eran batallas en su mayoría, y eso de poca ayuda le servía. Tylin sonrió, una leve curva en las comisuras de los labios que no suavizó el brillo depredador de sus ojos. Mat sintió que el cabello se le ponía de punta.

La mirada de la mujer pasó fugazmente por encima de su hombro hacia el espejo; se volvió bruscamente y se apartó, dejándolo boquiabierto.

—He de arreglar las cosas para hablar de nuevo con vos, maese Cauthon, yo... —Se interrumpió, aparentemente sorprendida, cuando la puerta se abrió de par en par, pero entonces Mat cayó en la cuenta de que ella la había visto empezar a moverse a través del espejo.

Un joven esbelto entró en la estancia, cojeando ligeramente; era un muchacho de tez oscura y ojos penetrantes que pasaron sobre Mat rápidamente, sin apenas detenerse. El cabello, negro, le caía sobre los hombros, y llevaba echada por encima una de esas chaquetas que no estaban hechas para ponérselas como las normales; era de seda verde, una cadena dorada cruzaba la pechera, y las solapas tenían bordados en oro unos leopardos.

—Madre —saludó al tiempo que hacía una reverencia a Tylin y se tocaba los labios con las puntas de los dedos.

—Beslan. —Pronunció el nombre con enorme calidez, y besó al joven en ambas mejillas y en los párpados. Era como si el tono firme, casi gélido, utilizado con Mat no hubiese existido—. Veo que todo fue bien.

—No tanto como debería. —El muchacho suspiró. A despecho de sus ojos, había mucho de afable en su actitud, y su voz era suave—. Nevin me dio una patada en la pierna en la segunda pasada, y después resbaló en la tercera, de modo que le atravesé el corazón en lugar de herirlo en el brazo de la espada. La ofensa no merecía una muerte, y ahora he de presentar mis condolencias a su viuda. —Parecía lamentar eso tanto como la muerte de Nevin.

El semblante radiante de Tylin no parecía apropiado en una mujer cuyo hijo acaba de decirle que ha matado a un hombre.

—Haz que tu visita sea breve, nada más. Así me arranquen los ojos, pero Davindra será una de esas viudas que quieren recibir consuelo, y después te tendrías que casar con ella o matar a sus hermanos. —Por su tono, consideraba mucho peor la primera alternativa, y la segunda meramente una molestia—. Éste es maese Mat Cauthon, hijo mío. Es *ta'veren.* Espero que entables amistad con él. Quizá podáis ir juntos a los bailes de la Noche de Swovan.

Mat dio un respingo. Lo último que quería hacer era ir a ninguna parte con un tipo que se batía en duelo y cuya madre quería acariciarle la mejilla.

—No soy asiduo a los salones de baile —se apresuró a decir. A los ebudarianos les gustaban los festivales de manera exagerada. Allí acababan de terminar las celebraciones del Cenit de Chasaline, y ya había cinco más en puertas, dos de ellas a lo largo de todo el día, no simplemente los habituales festejos vespertinos—. Yo bailo en las tabernas. De las barriobajeras, me temo. Nada que pudiera gustaros.

—Soy asiduo de las tabernas barriobajeras —respondió Beslan con una sonrisa y aquel tono suave de voz—. Los salones de baile son para gente de más edad y sus lindas parejas.

Después de aquello, una cosa siguió a la otra como un canto rodando ladera abajo, y antes de que Mat se diera cuenta Tylin lo había metido en el saco. Beslan y él asistirían juntos a los festivales. A todos ellos. De caza, en palabras de Beslan, y, cuando Mat añadió sin reflexionar que a la caza de muchachas —cosa que jamás habría dicho delante de la madre de alguien de haberlo pensado—, el joven se echó a reír.

—De muchachas o de reyertas —dijo—, de labios invitadores o de aceros centelleantes. Sea cual sea el baile que uno dance, en ese momento es siempre el más divertido. ¿No te parece, Mat?

Tylin sonrió cariñosamente a Beslan.

Mat logró soltar una risita desganada. El tal Beslan estaba chiflado; él y su madre. Los dos.

Librodot

CAPÍTULO 17

El triunfo de la lógica

Mat salió de palacio a buen paso cuando finalmente Tylin lo dejó marchar, y, si hubiese creído que serviría de algo, habría echado a correr. Tenía tan erizada la piel entre los omóplatos que casi se olvidó de los dados rodando en su cabeza. El peor momento —el peor entre una docena de malos— había sido cuando Beslan embromó a su madre diciéndole que debería buscarse un lindo acompañante para los bailes, y Tylin, riendo, afirmó que una reina no tenía tiempo para dedicárselo a jovencitos, todo ello sin dejar de mirar a Mat con aquellos malditos ojos de águila. Ahora sabía por qué corrían tan deprisa los conejos. Cruzó a zancadas la plaza de Mol Hara sin mirar realmente por dónde iba. Si Nynaeve y Elayne hubiesen estado tonteando con Jaichim Carridin y Elaida en la fuente, al pie de esa estatua de más de tres metros de altura que representaba a alguna reina muerta mucho tiempo atrás y señalaba hacia el mar, habría pasado a su lado sin fijarse siquiera.

La sala de La Mujer Errante estaba oscura y relativamente fresca en comparación con el cegador calor del exterior. Se quitó el sombrero con alivio. Una tenue nube de humo de pipas flotaba en el aire, pero los postigos tallados en arabescos de las ventanas de arco permitían pasar suficiente luz. Habían atado unas pocas ramas de pino mustias encima de las ventanas para la Noche de Swovan. En un rincón, dos mujeres con flautas y un tipo con un pequeño tambor, que sujetaba entre las rodillas, interpretaban una de esas melodías estridentes y rítmicas que a Mat habían llegado a gustarle. Incluso a esa hora del día había varios clientes, mercaderes extranjeros vestidos con ropas de lana moderadamente sencillas, y alguno que otro ebudariano, la mayoría con los chalecos de diferentes gremios. No había aprendices ni jornaleros; encontrándose tan cerca de palacio, La Mujer Errante era un sitio caro para beber o comer, cuanto más para hacer noche.

El repiqueteo de los dados sobre la mesa del rincón se hacía eco de la sensación dentro de su cabeza, pero Mat se dirigió hacia el otro extremo de la sala, donde tres de sus hombres estaban sentados en bancos alrededor de otra mesa. Corevin, un cairhienino musculoso con una nariz que hacía parecer sus ojos aún más pequeños de lo que ya lo eran, tenía los tatuados brazos levantados sobre la cabeza y el torso desnudo, mientras Vanin le ponía un vendaje alrededor de la cintura. Vanin abultaba tres veces lo que Corevin, pero era un saco de grasa calvo que se desbordaba del asiento. Parecía que había dormido una semana seguida con la chaqueta puesta; siempre tenía ese aspecto, incluso una hora después de que las mujeres del servicio se la habían planchado. Algunos de los mercaderes los miraban con recelo, pero no así los ebudarianos; hombres y mujeres por igual habían visto lo mismo, o peor, a menudo.

Harnan, un jefe de fila teariano de cara larga, con un tosco tatuaje de un halcón en la mejilla izquierda, se dedicaba en esos momentos a reprender a Corevin.

—... importa poco lo que el maldito pescadero dijo, pedazo de chivo engendrado por un sapo. Utiliza tu jodido garrote y déjate de aceptar un maldito duelo sólo porque... —Calló al ver a Mat e intentó aparentar que no estaba diciendo lo que estaba diciendo. Sólo consiguió dar a su cara una expresión como si tuviese dolor de muelas.

Si Mat preguntaba, resultaría que Corevin se había resbalado y había caído sobre su propia daga o alguna otra estupidez similar que supuestamente él debía fingir que creía, así que apoyó los puños en la mesa como si no viese nada fuera de lo normal. A decir verdad, no

había nada extraordinario en la escena. Vanin era el único que no se había metido ya en un par de docenas de líos; por alguna razón, los hombres que buscaban gresca evitaban a Vanin como hacían con Nalesean. La única diferencia era que a Vanin parecía gustarle que ocurriera así.

—¿Han venido ya Thom o Juilin?

Vanin no levantó la vista de su tarea.

—No se les ha visto el pelo. Nalesean estuvo unos minutos, sin embargo. —Con Vanin no rezaban esas tonterías de «milord». No tenía reparos en dejar claro que no le gustaban los nobles. Con la infortunada excepción de Elayne—. Dejó un arcón reforzado con bandas metálicas en vuestra habitación y después salió parloteando no sé qué sobre chucherías. —Hizo como si fuese a escupir a través de la mella de los dientes, pero después miró de soslayo a una de las camareras y cambió de idea. La señora Anan se ponía hecha una furia con quien escupía en sus suelos o tiraba huesos o incluso vaciaba la pipa—. El chico está en el establo —continuó antes de que Mat preguntara—, con su libro y una de las hijas de la posadera. Otra de las chicas le dio unas palmadas en el trasero por haberle pellizcado el suyo. —Tras hacer un último nudo en la venda, asestó una mirada acusadora a Mat, como si los azotes hubiesen sido culpa suya de algún modo.

—Pobre pequeñajo —rezongó Corevin mientras se retorcía para comprobar que el vendaje no se movía de su sitio. Llevaba un leopardo y un jabalí tatuados en un brazo, y un león y una mujer en el otro. La mujer no parecía llevar encima gran cosa excepto el cabello—. Dando zollipos, estuvo. Aunque se animó cuando Leral dejó que la cogiera de la mano.

Los hombres cuidaban de Olver como una cuadrilla de tíos, aunque desde luego no de la clase que una madre querría tener cerca de su hijo.

—Sobrevivirá —respondió secamente Mat. Probablemente el chico estaba cogiendo esas costumbres de sus «tíos». Lo próximo sería que le hicieran un tatuaje. Al menos Olver no se había escabullido para ir con los chicos de la calle; eso parecía gustarle tanto como estar dando la lata a mujeres adultas—. Harnan, quédate aquí y, si ves a Thom o a Juilin, no dejes que se marchen aunque tengas que agarrarlos por el pescuezo. Vanin, quiero que averigües cuanto puedas sobre el palacio Chelsaine, cerca de la puerta de Tres Torres.

Vaciló y recorrió la sala con la mirada. Las camareras entraban y salían de la cocina con comida y, más a menudo, con bebidas. La mayoría de los clientes parecían absortos en sus copas de plata, aunque un par de mujeres con los chalecos de tejedoras conversaban quedamente, haciendo caso omiso de su ponche de vino e inclinadas sobre la mesa la una hacia el otra. Algunos de los mercaderes parecían estar discutiendo sobre dinero, pues agitaban las manos y mojaban los dedos en las copas para garabatear números sobre el tablero de la mesa. La música habría tapado lo que hablaban a oídos indiscretos, pero aun así lo hacían en voz baja.

La noticia de que Jaichim Carridin recibía visitas de Amigas Siniestras torció el gesto en la redonda cara de Vanin, como si el hombre fuera a escupir lo viera quien lo viese. Harnan masculló algo sobre los asquerosos Capas Blancas, y Corevin sugirió denunciar a Carridin a la Fuerza Civil. Aquello le ganó miradas tan despectivas de los otros dos que ocultó la cara llevándose la jarra de cerveza a la boca. Era uno de los pocos hombres que Mat conocía que fuera capaz de beber cerveza ebudariana con aquel calor. Y, además, apurarla.

—Ten cuidado —advirtió Mat a Vanin cuando éste se incorporó. En realidad no estaba preocupado. Vanin se movía con sorprendente agilidad para ser un hombre tan gordo. Era el mejor cuatrero de dos reinos al menos, y podía pasar inadvertido incluso junto a un Guardián, pero...—. Son una pandilla peligrosa. Capas Blancas o Amigos Siniestros, tanto da. —Vanin se limitó a gruñir e hizo una seña a Corevin para que se pusiera la camisa y la chaqueta y lo acompañara.

—Milord... —dijo Harnan una vez que se hubieron marchado—. Milord, he sabido que hubo niebla ayer en el Rahad.

A punto de darse media vuelta, Mat se detuvo. Harnan parecía inquieto, y había pocas cosas que lo inquietaran.

Librodot

—¿Niebla, dices? —Con ese calor, ni siquiera una niebla espesa como gachas duraría unos segundos.

El jefe de fila se encogió de hombros, desasosegado, y bajó la vista a su jarra.

—Niebla, sí. He oído que había... cosas en ella. —Alzó los ojos hacia Mat—. He oído que ha desaparecido gente, así, sin más. A algunos los han encontrado comidos, a trozos.

—La niebla ha desaparecido, ¿verdad? —Mat se las apañó para contener un escalofrío—. Tú no estuviste en ella, de modo que preocúpate cuando estés. No puedes hacer nada más.

Harnan frunció el entrecejo, dubitativo, pero ésa era la pura verdad. Esas burbujas malignas —así era como Rand llamaba ese fenómeno, como lo había llamado Moraine— estallaban donde y cuando querían, y al parecer nadie, ni siquiera Rand, podía hacer nada para detenerlas. Preocuparse por eso servía tan poco como preocuparse por si a uno le caía una teja en la cabeza al salir a la calle. Menos, ya que en el segundo caso uno podía decidir quedarse en casa.

Empero, había algo por lo que sí merecía la pena preocuparse. Nalesean había dejado las ganancias de ambos arriba, desentendiéndose. Esos jodidos nobles, tirando el oro como si fuese agua. Dejó a Harnan contemplando su jarra y se encaminó hacia la escalera sin barandilla que había al fondo de la sala, pero antes de que hubiese llegado allí una de las camareras lo abordó. Caira era una chica esbelta, con túrgidos labios y ojos fogosos.

—Un hombre vino buscándoos, milord —dijo mientras movía la falda a uno y otro lado y lo miraba a través de las largas pestañas. También en su voz había cierta fogosidad—. Dijo que era Iluminador, pero a mí me pareció un vagabundo. Pidió comida, y se marchó cuando la señora Anan se negó a dársela. El tipo quería que vos la pagaseis.

—La próxima vez, palomita, pon el plato de comida —le dijo al tiempo que deslizaba un marco de plata por el profundo escote del vestido—. Hablaré con la señora Anan.

Quería encontrar un Iluminador —uno de verdad, no un individuo que vendiera fuegos artificiales rellenos con serrín— pero ahora eso importaba poco comparado con todo ese oro dejado sin vigilancia. Y con nieblas en el Rahad y Amigos Siniestros y Aes Sedai y la maldita Tylin perdiendo la chaveta. Caira soltó una risita y se retorció como haría una gata al acariciarle el lomo.

—¿Queréis que os suba un poco de ponche a vuestra habitación, milord? ¿O alguna otra cosa? —sonrió esperanzada, invitadora.

—Tal vez más tarde —contestó, dándole golpecitos en la nariz con la punta del índice. La chica se echó a reír otra vez; siempre se reía. Caira habría llevado la falda cosida a medio muslo o más arriba para mostrar las enaguas si la señora Anan se lo hubiese permitido, pero la posadera estaba pendiente de sus camareras casi tanto como de sus hijas. Casi—. Sí, quizá más tarde.

Subió trotando los peldaños de piedra y apartó de su mente a Caira. ¿Qué iba a hacer con Olver? Ese chico iba a meterse en un buen lío cualquier día de éstos si pensaba que podía tratar así a las mujeres. Suponía que lo mejor era mantenerlo apartado de Harnan y de los otros todo lo posible. Eran una mala influencia para el chico. ¡Como si ya no tuviese bastantes preocupaciones, encima esto! Tenía que sacar a Nynaeve y a Elayne de Ebou Dar antes de que ocurriera algo peor.

Su habitación daba a la fachada de la posada, con las ventanas a la plaza, y, cuando alargaba la mano hacia el picaporte de la puerta, el suelo del pasillo crujió a su espalda. En un centenar de posadas ni siquiera se habría percatado de ello, pero los suelos de La Mujer Errante no crujían.

Miró hacia atrás... Y giró justo a tiempo de tirar el sombrero y parar la cachiporra con la mano izquierda en lugar de recibir el golpe en la cabeza. El impacto le dejó insensible la mano, pero agarró el arma desesperadamente cuando unos gruesos dedos se ciñeron a su garganta y lo empujaron contra la puerta de la habitación. La cabeza le chocó con un golpe sordo, y en sus ojos aparecieron motitas negras y plateadas que emborronaron las sudorosas facciones que tenía ante sí. Lo único que veía realmente era una nariz enorme y unos dientes

Librodot

amarillentos, e incluso eso parecía borroso. De repente se dio cuenta de que se encontraba a punto de perder el sentido; aquellos dedos estaban interrumpiendo el riego sanguíneo a su cerebro, además del flujo de aire a sus pulmones. Su mano libre rebuscó debajo de la chaqueta las empuñaduras de sus cuchillos, torpemente, como si los dedos no recordaran ya para qué servían. La cachiporra quedó libre, y Mat vio cómo se alzaba para aplastarle el cráneo. Centrándose sólo en ello, sacó de un tirón un cuchillo y arremetió.

Su atacante soltó un agudo chillido, y Mat fue vagamente consciente del garrote que rebotaba en su hombro y después caía al suelo, pero el tipo no le soltó la garganta. Tambaleándose, Mat lo empujó, tirando con una mano de aquellos dedos que lo ahogaban y asestando puñaladas repetidamente con la otra.

De pronto el hombre se desplomó, deslizándose de la hoja del cuchillo de Mat. El arma casi siguió su caída al suelo. Al igual que el propio Mat. Respirando con ansiosas bocanadas el dulce aire, se apoyó contra algo, el vano de una puerta, para sostenerse de pie. Desde el suelo, un hombre de rostro vulgar lo miraba fijamente con unos ojos que jamás volverían a ver nada; un tipo corpulento, con el retorcido bigote murandiano, que llevaba una chaqueta azul oscuro apropiada para un pequeño mercader o un próspero tendero. Su aspecto no era en absoluto el de un ladrón.

De pronto Mat se dio cuenta de que, en los forcejeos de la lucha, habían cruzado a trompicones una puerta abierta. Era una habitación más pequeña que la de Mat, sin ventanas, y un par de lámparas de aceite, colocadas sobre mesitas a ambos lados de la estrecha cama, proporcionaban una luz mortecina. Un hombre larguirucho, de cabello claro, se irguió junto al baúl abierto, sobre el que había estado agachado, y contempló con expresión extraña el cadáver. El baúl ocupaba casi todo el espacio libre de la habitación.

Mat abrió la boca para disculparse por irrumpir tan bruscamente en el cuarto, pero el tipo larguirucho sacó una larga daga del cinturón, cogió una cachiporra que había en la cama, y saltó por encima del baúl sobre Mat. La mirada que el hombre había dirigido al muerto no era la de quien ve el cadáver de un desconocido. Aferrándose, inestable, a la jamba de la puerta, Mat lanzó el cuchillo que asía, y no bien la empuñadura acababa de abandonar su mano cuando extrajo otro de debajo de la chaqueta. El arma se hundió en el cuello del otro hombre, y Mat estuvo de nuevo a punto de caer, esta vez de alivio, cuando su atacante se llevó las manos al cuello, mientras la sangre salía a borbotones entre sus dedos, y se desplomó hacia atrás, dentro del baúl abierto.

—Es bueno tener suerte —dijo con voz ronca.

Dio un paso vacilante y recobró su cuchillo, que limpió en la chaqueta gris del individuo muerto, una prenda mejor incluso que la del otro; también de lana, pero de más calidad. Se sentó pesadamente en la cama y miró, fruncido el entrecejo, al hombre despatarrado en el baúl. Un ruido hizo que levantara la vista.

Su asistente estaba en la puerta, intentando, sin éxito, esconder a su espalda una enorme sartén de hierro. Nerim guardaba todo un juego de ollas y sartenes, así como todo cuanto consideraba que el sirviente personal de un lord necesitaría durante un viaje, en el pequeño cuarto que compartía con Olver, contiguo al de Mat. Era bajo incluso para la talla media de un cairhienino, y flaco, por si fuera poco.

—Milord se ha manchado la chaqueta de sangre otra vez, me temo —murmuró en tono desalentado. El día que hablara con otra entonación, el sol saldría por poniente—. Quisiera que milord fuese más cuidadoso con sus ropas. Resulta difícil quitar la sangre sin dejar una mancha en el tejido, y los insectos no necesitan muchos alicientes para hacer agujeros. Este sitio tiene más bichos de los que he visto en toda mi vida, milord.

Ni la menor mención sobre los dos cadáveres ni sobre lo que pensaba hacer con la sartén. El grito del primer hombre muerto había llamado la atención; La Mujer Errante no era la clase de posada donde los gritos pasaran inadvertidos. El sonido de pisadas precipitadas se oyó en el pasillo, y la señora Anan apartó a Nerim de un empujón y se remangó la falda para sortear el cadáver tirado en la puerta. La seguía su esposo, un hombre de rostro cuadrado y pelo gris, con el doble pendiente de la Antigua y Honorable Asociación de Redes colgando de

Librodot

su oreja izquierda. Las dos piedras blancas engarzadas en el aro inferior significaban que poseía otros barcos de pesca además del que capitaneaba personalmente. Jasfer Anan era en parte la razón de que Mat se abstuviese de sonreír en exceso a las hijas de la posadera. El hombre llevaba un cuchillo de trabajo metido en la parte posterior del cinturón, así como otro, más grande y también con la hoja curva; el largo chaleco azul y verde dejaba a la vista unos brazos y un torso surcados de cicatrices recibidas en duelos. Pero él seguía vivo, mientras que los hombres que le habían causado esas cicatrices no.

La otra razón de comportarse con tal mesura era la propia Setalle Anan. Si le gustaba una chica, Mat nunca se había echado atrás por causa de su madre, aunque ésta fuera la dueña de la posada donde se hospedaba, pero la señora Anan era algo especial. Los grandes aros dorados se mecieron en sus orejas mientras examinaba a los hombres muertos con absoluta presencia de ánimo. Era bonita a pesar de tener algunas hebras grises en el pelo, y su Cuchillo de Esponsales reposaba entre unas redondeces que normalmente habrían atraído su mirada como la llama de una vela a las polillas, pero mirarla de ese modo habría sido como mirar a... A su madre no. A una Aes Sedai, quizá —aunque jamás había hecho tal cosa, desde luego— o a la reina Tylin ¡la Luz le valiera en ese tema! Comprender el motivo no era fácil. Simplemente, había algo en ella que prevenía. Hasta pensar hacer algo que ofendiera a Setalle Anan quedaba descartado.

—Uno de ellos saltó sobre mí en el pasillo. —Mat dio con la puntera de la bota en el baúl, e hizo un ruido a hueco a pesar de que el otro hombre muerto estaba metido en él, con los brazos y las piernas colgando hacia afuera—. Está vacío excepto por él. Creo que se proponían llenarlo con todo lo que pudieran robar. —¿El oro, quizá? No parecía probable que supieran eso ya que sólo hacía unas horas que lo habían ganado, pero preguntaría a la señora Anan si había un sitio más seguro donde guardar el dinero.

La mujer asintió sosegadamente; sus ojos de color avellana rebosaban serenidad. Al parecer, el que unos hombres hubieran muerto acuchillados en su posada no la trastornaba.

—Insistieron en subirlo ellos mismos. Dijeron que era el surtido de sus mercancías. Alquilaron la habitación justo antes de que volvieseis. Sólo por unas pocas horas, dijeron, para dormir antes de seguir viaje a Nor Chasen. —Era el nombre de una aldea costera, hacia el este, pero a buen seguro no habían dicho la verdad. Así lo daba a entender el tono de la mujer, que miró ceñuda a los dos muertos, como si deseara poder sacudirlos hasta volverlos a la vida para que respondieran a unas cuantas preguntas—. Sin embargo, se mostraron muy puntillosos con la habitación. El del pelo claro era el jefe; rechazó las primeras tres que se le ofrecieron, y después aceptó ésta, que está pensada para uso de un único sirviente. Pensé que era un tacaño.

—Hasta un ladrón puede ser agarrado —comentó Mat con aire ausente. Esto podría haber sido la causa de que los dados empezaran a rodar en su cabeza; cabeza que habría acabado rota sin duda de no mediar la suerte de que aquel tipo fuera a pisar precisamente en el único tablón de la posada que crujía. No obstante, los malditos dados seguían rodando. No le gustaba nada.

—¿Creéis que fue por casualidad, milord?

—¿Qué otra cosa, si no?

La mujer no contestó, pero volvió a contemplar los cadáveres con gesto meditabundo. Quizá no era tan arrebatada como Mat había pensado. Después de todo, no era oriunda de Ebou Dar.

—Últimamente hay demasiada gentuza en la ciudad. —Jasfer tenía una voz profunda, y cuando hablaba normalmente parecía estar bramando órdenes en un barco de pesca—. Quizá deberíais plantearos contratar unos guardias. —La señora Anan se limitó a enarcar una ceja mirando a su marido, pero éste alzó las manos en ademán defensivo—. Tengamos paz, esposa. Hablé sin pensar.

Las ebudarianas tenían fama de expresar desagrado con el marido de un modo muy expeditivo. No quedaba fuera de lo posible que algunas de las cicatrices que tenía Jasfer fueran obra de ella. El Cuchillo de Esponsales tenía diversos usos.

Dando gracias a la Luz por no estar casado con una ebudariana, Mat envainó su daga, devolviéndola a su sitio junto a las demás. Gracias a la Luz que no estaba casado con nadie. Sus dedos rozaron un papel.

—Es algo que sueles hacer con frecuencia, esposo. —La señora Anan no pensaba perdonar el desliz de su marido así como así. Acarició el cuchillo que reposaba entre sus senos—. Muchas mujeres no lo dejarían pasar. Elynde me dice siempre que no soy suficientemente firme cuando hablas a destiempo. He de dar buen ejemplo a mis hijas. —La acritud se diluyó en una sonrisa, bien que muy ligera—. Considérate reprendido. Yo me abstendré de decirte quién debe halar qué red en cuál barco.

—Me mimas demasiado, esposa —replicó secamente él.

No había gremio de posaderos en Ebou Dar; todas las posadas estaban regentadas por mujeres. Para los ebudarianos, la peor suerte del mundo perseguiría a una posada propiedad de un hombre o a cualquier embarcación propiedad de una mujer. En el gremio de pescadores no había mujeres.

Mat sacó el papel. Era de un blanco níveo, caro y con cuerpo, y lo habían doblado muchas veces. Las pocas líneas habían sido escritas en letras mayúsculas, como las que utilizaría Olver. O un adulto que no quería que identificaran su escritura.

> «ELAYNE Y NYNAEVE ESTÁN FORZANDO DEMASIADO LAS COSAS. RECORDADLES QUE TODAVÍA SIGUEN ESTANDO EN PELIGRO POR LA TORRE. ADVERTIDLES QUE TENGAN CUIDADO, O ACABARÁN DE RODILLAS SUPLICANDO PERDÓN A ELAIDA.»

Eso era todo; sin firma. ¿En peligro «todavía»? Eso sugería que no era algo nuevo, y de algún modo no encajaba con el hecho de que las rebeldes las hubiesen atrapado. No, ésa no era la pregunta adecuada. ¿Quién le había metido esa nota en la chaqueta? Obviamente, alguien que pensaba que no podía entregársela simplemente. ¿Quién había tenido oportunidad de hacerlo desde que se había puesto la chaqueta por la mañana? Porque entonces no se encontraba allí, eso seguro. Alguien que se hubiese acercado bastante a él. Alguien... Inopinadamente, Mat se puso a tararear entre dientes un fragmento de *Me encandila los ojos y me ofusca la mente.* Por estos pagos la canción tenía otra letra; la llamaban *Vuelto del revés y gira que te gira.* Sólo Teslyn o Joline encajaban, y eso era imposible.

—¿Malas noticias, milord? —preguntó la señora Anan.

—¿Algún hombre consigue llegar a entender a las mujeres? —Mat se guardó la nota en el bolsillo—. No me refiero únicamente a las Aes Sedai. A cualquier mujer.

Jasfer estalló en carcajadas, y, cuando su mujer le asestó una mirada significativa, sus risas arreciaron. La que le dirigió a Mat habría despertado la envidia de cualquier Aes Sedai por su perfecta serenidad.

—Los hombres lo tienen fácil, milord, sólo con observar y escuchar. Somos las mujeres quienes lo tenemos realmente difícil. Hemos de intentar comprender a los hombres.

Jasfer se había agarrado a la jamba de la puerta, y las lágrimas le corrían por las atezadas mejillas. La señora Anan lo miró de soslayo, ladeando la cabeza, y luego se volvió, toda ella fría tranquilidad, y le asestó un puñetazo tan fuerte en la boca del estómago que las rodillas del hombre se doblaron. Sus risas sonaron como si salieran de un fuelle agujereado, pero no cesaron.

—Existe un dicho en Ebou Dar, milord —prosiguió la posadera, hablando a Mat por encima del hombro—. «Un hombre es un laberinto de espinos sumido en la oscuridad, y ni siquiera él conoce el camino.»

Mat resopló. ¡Pues menuda ayuda tenía en ella! En fin, ya fuera Teslyn, Joline o cualquier otra persona —tenía que ser otra persona, pero no se le ocurría quién—, la Torre Blanca estaba muy, muy lejos; Jaichim Carridin, en cambio, estaba allí mismo. Miró los dos cadáveres con el entrecejo arrugado. Y como ésos había cientos de rufianes más. De algún modo conseguiría sacar a esas dos mujeres a salvo de Ebou Dar. El problema era que no tenía

Librodot

la menor idea de cómo. Ojalá los jodidos dados se pararan y todo acabara de una vez.

Los aposentos que Joline compartía con Teslyn eran bastante espaciosos, e incluían un dormitorio para cada una de ellas, además de otro para cada una de sus doncellas y uno más que les habría venido bien a Blaeric y Fen si Teslyn hubiese soportado tener a los Guardianes con ellas. Esa mujer veía a todos los hombres como lobos rabiosos en potencia, y no había manera de que diera su brazo a torcer cuando se le metía algo en la cabeza. Tan inexorable como Elaida, trituraba todo cuanto se interpusiera en su camino. Estaban bastante igualadas en todos los sentidos, cierto, pero no eran muchas las que se las arreglaban para imponerse a Teslyn sin tener una clara ventaja. La Roja se hallaba sentada frente al escritorio cuando Joline entró en la sala de estar, y la pluma hacía un desagradable chirrido al moverse sobre el papel. Siempre escribía con mucha parsimonia.

Sin decir palabra, Joline pasó junto a ella y salió al balcón, un espacio alargado y cubierto por celosías de hierro forjado pintado en blanco que semejaba una gran jaula. El diseño era tan recargado y denso que a los hombres que trabajaban en el jardín, tres pisos más abajo, les habría costado un ímprobo esfuerzo distinguir si había alguien tras la celosía. Normalmente, en esta región las flores medraban con el calor, pero allí abajo no crecía nada. Los jardineros se movían a lo largo de los paseos de grava con cubos de agua, pero casi todas las hojas se habían tornado amarillentas o marrones. No lo admitiría ni bajo tortura, pero el calor le daba miedo. El Oscuro estaba tocando el mundo, y la única esperanza que tenían era un muchacho que andaba suelto, fuera de control.

—¿A pan y agua? —dijo inopinadamente Teslyn—. ¿Mandar a ese chico, Cauthon, a la Torre? Si es que hay cambios en lo que planeamos, me harás el favor de informarme antes de decírselo a otros.

Joline sintió un leve rubor en las mejillas.

—A Merilille le hacía falta que alguien la pusiera en su sitio. Le gustaba echarme reprimendas cuando era novicia. —Lo mismo había hecho Teslyn; era una severa maestra que dirigía sus clases con mano de hierro. El modo en que había hablado era un recordatorio, una clara advertencia de que no fuera en contra de ella, ni que estuviesen al mismo nivel ni que no. Pero Merilille estaba por debajo—. Solía ponernos de pie frente a la clase, y hurgaba y hurgaba para obtener la respuesta que buscaba, hasta que acabábamos llorando de frustración delante de todo el mundo. Fingía compadecernos, o puede que realmente lo sintiera; pero, cuantas más palmaditas nos daba y más decía que no lloráramos, era peor. —Enmudeció de golpe. No tenía intención de contar todo eso. Era culpa de Teslyn, siempre mirándola como si estuviera a punto de reprenderla por tener una manchita en el vestido. Sin embargo, debería entenderla; Merilille también le había enseñado a ella.

—¿Has estado guardando eso todo este tiempo? —La más absoluta incredulidad teñía la voz de Teslyn—. Las hermanas que nos enseñaron se limitaban a cumplir con su deber. A veces creo que lo que Elaida dijo sobre ti es cierto. —El molesto chirrido de la pluma se reanudó.

—Sólo... me vino a la cabeza cuando Merilille empezó a actuar como si ella fuera realmente una embajadora. —En lugar de una rebelde, añadió para sí Joline, mirando ceñuda el jardín. Despreciaba a todas esas mujeres que habían roto la unidad de la Torre y que aireaban esa ruptura ante todo el mundo. A ellas y a cualquiera que las ayudara. Pero Elaida también había cometido un error garrafal. Las hermanas que eran rebeldes ahora podrían haberse reconciliado con un pequeño esfuerzo—. ¿Qué dijo sobre mí? —El ruido de la pluma continuó, como uñas arañando una pizarra. Joline volvió a entrar en la sala de estar—. Teslyn, ¿qué dijo Elaida?

Teslyn puso una hoja en blanco sobre la carta, o bien para embeber la tinta húmeda o bien para ocultar el contenido a Joline, pero no contestó de inmediato. Miró con el entrecejo fruncido a Joline —o puede que sólo la mirara; a veces resultaba difícil distinguir con ella— y finalmente suspiró.

—De acuerdo. Si quieres saberlo, allá tú. Dijo que seguías siendo una chiquilla.

—¿Una chiquilla? —El tono conmocionado de Joline no ejerció ningún efecto en la otra mujer.

—Algunas —continuó tranquilamente la Roja— cambian muy poco desde el día en que se ponen el blanco de novicia. Otras no cambian en absoluto. Elaida cree que tú no has madurado aún y que nunca lo harás.

Joline echó la cabeza hacia atrás con irritación, negándose en redondo a decir una sola palabra. ¡Mira que tener que aguantar eso de alguien cuya madre era una niña cuando ella había accedido al chal! A Elaida se la había consentido demasiado mientras era novicia, se la había alabado en exceso por su fuerza y su increíble rapidez para aprender. Joline sospechaba que ésa era la razón de que estuviera tan furiosa con Elayne, Egwene y la espontánea Nynaeve: porque eran más fuertes que ella, porque habían estado de novicias mucho menos tiempo, aunque hubiesen forzado la mano para avanzar con excesiva prisa. Vaya, pero si Nynaeve ni siquiera había sido novicia, y eso era algo que jamás había pasado hasta entonces.

—Puesto que lo has mencionado —continuó Teslyn—, quizá deberíamos intentar sacar ventaja de la situación.

—¿A qué te refieres? —Joline abrazó la Fuente Verdadera, encauzó Aire para levantar una jarra de plata de la mesa auxiliar, adornada con incrustaciones de turquesas, y vertió ponche en una copa también de plata. Como siempre, el gozo de sentir el *Saidar* la emocionó, relajante al tiempo que exaltador.

—Es obvio, creo. Las órdenes de Elaida siguen estando vigentes. Elayne y Nynaeve han de ser devueltas a la Torre tan pronto como se las encuentre. Accedí a esperar, pero quizá ya no deberíamos retrasarlo más. Lástima que la otra muchacha, al'Vere, no esté con ellas. Pero con las dos recobraremos el favor de Elaida, y si además podemos añadir al chico, Cauthon... Creo que con esos tres nos recibiría con igual entusiasmo que si lleváramos al mismísimo al'Thor. Y esa Aviendha se convertirá en una excelente novicia, ni que sea espontánea ni que no.

La copa flotó hasta la mano de Joline en un flujo de Aire, y la mujer cortó el contacto con el Poder de mala gana. No había menguado lo más mínimo el ardor que había experimentado la primera vez que había tocado la Fuente. El ponche de melón resultaba un pobre sustituto del *Saidar.* La parte peor de su penitencia antes de partir de la Torre había sido perder el derecho a tocar el *Saidar.* Casi la peor parte. Se había impuesto el castigo ella misma, pero Elaida había dejado muy claro que, si no era lo bastante duro, entonces lo señalaría ella. Joline no tuvo la menor duda de que entonces el resultado habría sido mucho peor.

—¿Recobrar su favor? Nos humilló sin más motivo que demostrar a las otras que podía hacerlo. Nos envió a este agujero plagado de moscas, lo más lejos que pudo de cualquier cosa importante, salvo que nos hubiera mandado al otro lado del Océano Aricio, de embajadoras ante una reina con menos poder que una docena de nobles, cualquiera de los cuales podría echarla del trono mañana mismo si se molestase en hacerlo. ¿Y quieres buscar el modo de halagarla para recobrar su favor?

—Es la Sede Amyrlin —replicó Teslyn, que tocó la carta tapada con el papel blanco, moviendo las hojas un poco a un lado y después al otro, como si al encuadrarlas hiciese lo mismo con sus ideas—. No enviar información durante un tiempo le habrá demostrado que no somos perrillos falderos, pero mantener ese silencio demasiado tiempo podría ser traición.

—¡Ridículo! —Joline aspiró por la nariz, desdeñosa—. Cuando se las devuelva allí sólo las castigarán por haber escapado y ahora por hacerse pasar por hermanas de derecho.

Apretó los labios. En eso las dos eran culpables, así como quienes se lo permitían, pero el asunto se agravaba cuando una de ellas afirmaba pertenecer a su propio Ajah. Para cuando el Ajah Verde hubiera acabado de disciplinar a Elayne por semejante desfachatez, sería una jovencita muy escarmentada la que se sentaría en el trono de Andor. Aunque quizá sería más conveniente que Elayne asegurara primero el Trono del León. Su entrenamiento debía completarse, en cualquier caso. Joline no estaba dispuesta a ver a Elayne perdida para la Torre fuera lo que fuera que hubiese hecho.

Librodot

—Y no olvides el cargo de unirse a las rebeldes.

—Luz, Teslyn, seguramente las embaucaron igual que hicieron con las chicas que sacaron de la Torre. ¿De verdad crees que importa un pimiento si empiezan a limpiar establos mañana o al año que viene? —Porque sin duda sería eso a lo más que se enfrentarían las novicias y Aceptadas que acompañaban a las rebeldes—. Incluso los Ajahs pueden esperar a tenerlas bajo su control, en realidad. Después de todo, son Aceptadas y ciertamente parecen conformes con estar donde podemos echarles el guante cuando queramos. Yo digo que sigamos sentadas donde nos puso Elaida, y que continuemos mano sobre mano y sin decir palabra. Hasta que pregunte de buenas maneras para saber qué estamos haciendo.

No añadió que se disponía a esperar hasta que Elaida fuese depuesta como lo había sido Siuan. La Antecámara no podía aguantar indefinidamente ese trato déspota y disparatado, pero Teslyn era Roja, al fin y al cabo, y no le gustaría oír tal cosa.

—Supongo que no es tan urgente ocuparse de ellas —dijo lentamente Teslyn, aunque el «pero» implícito en su frase resultaba tan obvio como si lo hubiese pronunciado.

Joline llevó una silla hacia la mesa utilizando otro flujo de Aire y se arrellanó para convencer a su compañera de que guardar silencio seguía siendo la mejor táctica. Conque todavía era una chiquilla, ¿no? Si se salía con la suya y las cosas se hacían como ella quería, Elaida no recibiría una sola comunicación de Ebou Dar hasta que la suplicara.

La mujer tendida sobre la mesa arqueó el cuerpo hasta donde se lo permitían las ataduras, con los ojos desorbitados y los tendones del cuello tirantes al máximo mientras un grito desgarrador se prolongaba como si nunca fuera a terminar. Repentinamente el grito se convirtió en sonido áspero y ahogado, el cuerpo sufrió una convulsión que lo sacudió desde las muñecas a los tobillos, y después se desplomó, desmadejado, sin emitir sonido alguno. Los ojos, casi salidos de las órbitas, contemplaron sin ver el techo lleno de telarañas del sótano.

Desahogarse barbotando maldiciones era irracional, pero Falion habría sido capaz de soltar una sarta interminable de imprecaciones que habrían hecho enrojecer a un carretero. No por primera vez deseó haber contado con Temaile en lugar de Ispan. Las preguntas de Temaile eran contestadas con ansiosa prontitud, y la persona interrogada no moría nunca hasta que le había sacado cuanto quería. Claro que Temaile disfrutaba haciendo su trabajo quizá con un punto de exagerada complacencia, pero eso era un tema aparte.

Encauzando una vez más, Falion recogió las ropas de la mujer, tiradas en el mugriento suelo, y las soltó encima del cadáver. El cinturón rojo se cayó en el camino, y la Aes Sedai lo cogió con la mano y lo puso bruscamente encima del montón. Quizá debería haber utilizado otros métodos, pero las correas, las tenazas, los hierros al rojo vivo eran demasiado... desagradables.

—Dejad el cuerpo en algún callejón —ordenó—. Degolladlo para que así parezca que ha sido víctima de un robo. Podéis quedaros con las monedas que lleva en la bolsa.

Los dos hombres que estaban acuclillados contra la pared de piedra intercambiaron una mirada. Arnin y Nad habrían podido pasar por hermanos de tan parecidos que eran —velludos, ojos pequeños, multitud de cicatrices, con más músculos de los que necesitarían tres hombres—, pero tenían suficiente inteligencia para ejecutar órdenes sencillas. Por lo general.

—Disculpad, señora —empezó, vacilante, Arnin—, pero nadie creerá que...

—¡Haced lo que se os ha dicho! —espetó al tiempo que encauzaba para levantar al hombre en el aire y lanzarlo contra la pared de piedra. La cabeza le rebotó en el muro, pero sin duda eso no le causaría daño alguno.

—Sí, señora —balbució Nad, que se apresuró a ir hacia la mesa—. Como ordenéis, señora.

Cuando Falion soltó a Arnin, éste no farfulló nada, pero se acercó dando traspiés sin hacer más objeciones y ayudó a su compinche a cargar el cadáver como quien coge un saco de basura y sacarlo fuera. En fin, ahora era eso, despojos. Falion lamentaba su acceso de ira. Dejarse dominar por el mal genio era irracional. Empero, a veces parecía tener buenos resultados. Al cabo de tantos años, aquello la sorprendía todavía.

Librodot

—A Moghedien no va a gustarle esto —dijo Ispan tan pronto como los hombres hubieron salido. Las diminutas cuentas azules y verdes que se entretejían en las numerosas y finas trenzas negras tintinearon cuando la mujer sacudió la cabeza. Se había mantenido en la sombra todo el tiempo, en un rincón, con una salvaguarda tejida a su alrededor para que no pudiese oír nada.

Falion se las arregló para no asestarle una mirada furibunda. Ispan era la última compañera que habría elegido para sí. Era una Azul, o, mejor dicho, lo había sido. Puede que todavía lo fuera. La propia Falion no se consideraba menos hermana Blanca por el hecho de haberse unido al Ajah Negro. Las Azules eran demasiado vehementes y mezclaban emociones en lo que debería considerarse con total desapasionamiento. De haber podido habría escogido a Rianna, otra Blanca. Aunque también ella tenía ideas extrañas, poco sólidas, respecto a ciertos puntos de la lógica.

—Moghedien se ha olvidado de nosotras, Ispan. ¿O es que tú has recibido personalmente alguna noticia de ella? En cualquier caso, estoy convencida de que ese depósito no existe.

—Moghedien asegura que sí —empezó Ispan en tono firme, pero su voz se tornó acalorada enseguida—. Un depósito de *angreal, sa'angreal* y *ter'angreal.* Parte de él será para nosotras. *Angreal* de nuestra propiedad, Falion. Puede que incluso *sa'angreal* Ella lo prometió.

—Pues Moghedien se equivocó. —Falion observó que la impresión desorbitaba los ojos de la otra mujer. Los Elegidos eran personas, nada más. Descubrir tal cosa también había dejado anonadada a Falion, pero había quienes se negaban a aceptarlo. Los Elegidos eran muchísimo más poderosos, infinitamente más entendidos, y muy probablemente ya habían recibido la recompensa de la inmortalidad, pero, a juzgar por las evidencias, maquinaban y luchaban unos contra otros tan sañudamente como dos murandianos por una manta. El pasmo de Ispan dio paso rápidamente a la ira.

—Hay otros buscando. ¿Se molestarían si no hubiese nada? Hay Amigos de la Sombra husmeando, de modo que deben de estar siguiendo las instrucciones de otros Elegidos. Y si los Elegidos buscan, ¿aún insistes en afirmar que no hay nada?

Seguía sin entender. Si no podía encontrarse una cosa, la razón más obvia era porque no estaba allí.

Falion esperó. Ispan no era estúpida, sólo estaba atemorizada, y la antigua hermana Blanca era partidaria de que la gente se diera cuenta por sí misma de aquello que ya debería saber. Las mentes perezosas necesitaban ejercitarse.

Ispan paseó de un lado a otro, mirando ceñuda el polvo y las antiguas telarañas; su falda hacía frufrú con cada zancada.

—Este sitio apesta. ¡Y está lleno de mugre! —Se estremeció al ver una enorme cucaracha negra trepando por una pared. El brillo del *Saidar* la envolvió un instante, y el flujo aplastó al insecto con un ruido repugnante. Poniendo cara de asco, Ispan se limpió las manos en la falda como si las hubiese utilizado para matar al bicho en lugar de haberlo hecho con el Poder. No tenía estómago para ciertas cosas, aunque por suerte ése no era el caso ahora, cuando podía eximirse de responsabilidad por el revés sufrido en la empresa encomendada—. No informaré de un fracaso a una Elegida, Falion. Haría que envidiásemos la suerte de Liandrin, ¿no crees?

Falion ni siquiera se estremeció, pero sí cruzó el sótano y se sirvió una copa de ponche de ciruela. Las frutas estaban pasadas, de modo que el ponche resultaba demasiado dulzón. Tampoco le temblaron las manos. Temer a Moghedien era perfectamente lógico, pero no lo era sucumbir al miedo. A lo mejor la Elegida había muerto. Sin duda ya las habría emplazado a estas alturas o las habría arrastrado de nuevo al *Tel'aran'rhiod* mientras dormían para que le explicaran por qué no habían cumplido aún sus órdenes. Empero, hasta que no viese su cadáver, la única elección lógica era seguir actuando como si Moghedien fuese a aparecer en cualquier momento.

—Hay un modo —dijo.

—¿Cómo? ¿Someter a interrogatorio a todas las Mujeres Sabias de Ebou Dar? ¿A un

Librodot

centenar? ¿A doscientas? Creo que las hermanas que están en el palacio de Tarasin se darían cuenta de algo así.

—Olvida tus sueños de poseer un *sa'angreal,* Ispan. No hay un depósito largo tiempo oculto, ningún sótano secreto en los cimientos de un palacio. —Falion hablaba en un tono frío y mesurado, quizá más mesurado conforme la agitación de Ispan aumentaba. Siempre había disfrutado hipnotizando a toda una clase de novicias con el sonido de su voz—. Casi todas las Mujeres Sabias son espontáneas y difícilmente pueden saber algo sobre lo que queremos descubrir. Nunca se ha encontrado a una espontánea con un *angreal* en su poder, cuanto menos un *sa'angreal*; y, si hubiese habido alguna o varias, indudablemente se habría dado con ellas. Por el contrario, según todos los antecedentes, una espontánea que descubre cualquier objeto relacionado con el Poder se libra de él lo antes posible por miedo a suscitar la cólera de la Torre Blanca.

»Las mujeres a las que se expulsa de la Torre, por otro lado, no parecen sentir ese temor. Como muy bien sabes, cuando se las registra antes de que se marchen una de cada tres lleva algo escondido encima, ya sea un objeto de Poder realmente o algo que ella cree que lo es. De las contadas Mujeres Sabias que actualmente poseen facultades, Callie era la elección perfecta. Cuando se la echó hace cuatro años, intentó robar un pequeño *ter'angreal.* Algo inútil que crea imágenes de flores y el sonido de una cascada, pero que no deja de ser un objeto ligado al *Saidar.* E intentó descubrir los secretos de todas las demás novicias, lo que consiguió las más de las veces. De existir un único *angreal* en Ebou Dar, por no mencionar un gran depósito, ¿crees que no lo habría localizado ya al cabo de cuatro años de estar aquí?

—Llevo puesto el chal, Falion —replicó Ispan con extraordinaria aspereza—. Y sé todo eso tan bien como tú. Dijiste que había otro modo. ¿Cuál?

Al parecer, no iba a utilizar el cerebro, simplemente.

—¿Qué complacería a Moghedien tanto como ese depósito? —preguntó la antigua hermana Blanca, pero Ispan se limitó a mirarla de hito en hito mientras daba golpecitos con el pie, impaciente—. Nynaeve al'Meara, Ispan. Moghedien nos dejó para ir en su persecución, pero obviamente la chica logró escapar de algún modo. Si le entregamos a Nynaeve, y, ya puestas, a la otra muchacha, Trakand, nos perdonaría hasta no haber encontrado un centenar de *sa'angreal.* —Lo que demostraba claramente que los Elegidos podían tener un comportamiento irracional. Lo mejor, desde luego, era ser extremadamente cauteloso con quienes no sólo actuaban irracionalmente, sino que además eran mucho más poderosos. Ispan no entraba en esa categoría.

—Debimos matarla como yo quería hacer cuando apareció por primera vez —barbotó. Empezó a pasear de nuevo arriba y abajo, agitando las manos y aplastando sonoramente la porquería del suelo bajo sus escarpines—. Sí, sí, lo sé. Eso podría despertar las sospechas de nuestras hermanas de palacio, y no queremos atraer su atención sobre nosotras. Pero ¿te has olvidado de Tanchico? ¿Y de Tear? Allí donde esas dos chicas aparecen, a continuación surge el desastre. A mi modo de ver, si no podemos matarlas, deberíamos mantenernos lo más lejos posible de Nynaeve al'Meara y de Elayne Trakand. ¡Lo más lejos posible!

—Cálmate, Ispan. Cálmate.

Si acaso, el tono tranquilizador de Falion sólo pareció agitar más a la otra mujer, pero Falion tenía plena confianza. La lógica debía prevalecer sobre las emociones.

Sentado en un barril a la escasa frescura de un estrecho y sombrío callejón, observó la casa que se alzaba al otro lado de la concurrida calle. De repente se dio cuenta de que estaba tocándose las sienes de nuevo. No tenía jaqueca, pero a veces sentía algo... peculiar en la cabeza. Casi siempre cuando pensaba en algo que no podía recordar.

El edificio, una casa de tres pisos enjalbegados, pertenecía a una orfebre que supuestamente había recibido la visita de dos amigas que había conocido durante un viaje al norte, varios años atrás. Las amigas sólo habían sido vistas de refilón a su llegada, y desde entonces, nada. Enterarse de eso había resultado tarea fácil; descubrir que eran Aes Sedai, sólo costó un poco más.

Un hombre joven y delgado, vestido con un chaleco andrajoso, que pasaba silbando calle abajo con ninguna buena intención en mente, se paró al verlo sentado en el barril. Con su chaqueta y su ubicación en las sombras —y todo él en conjunto, hubo de admitir a su pesar el hombre del callejón— seguramente resultaba tentador. Tanteó debajo de la chaqueta. Sus manos ya no tenían la fuerza ni la flexibilidad necesarias para manejar una espada, pero los dos cuchillos largos que llevaba encima desde hacía más de treinta años habían sorprendido a más de un espadachín. Tal vez asomó algo a sus ojos, porque el joven delgado lo pensó mejor y siguió su camino, silbando.

Junto a la casa, la puerta que conducía al establo de la orfebre se abrió y dos hombres corpulentos la cruzaron empujando una carretilla cargada con un enorme montón de paja sucia y estiércol. ¿Qué se traían entre manos? Arnin y Nad no eran la clase de hombres que se dedicaban a limpiar establos.

Se quedaría allí hasta que oscureciese, decidió, y después vería si podía localizar de nuevo a la bonita asesina al servicio de Carridin.

Volvió a bajar la mano que se había llevado a la cabeza. Antes o después, se acordaría. No le quedaba mucho tiempo, pero era lo único que tenía. Eso sí que lo recordaba.

Librodot

CAPÍTULO 18

Al igual que el arado rompe la tierra

Aferrando el *Saidin* sólo lo justo para desatar la salvaguarda que había tejido en una esquina de la antesala, Rand levantó la pequeña taza engastada en plata.

—Más té —pidió.

Lews Therin rezongaba enfurecido en un apartado rincón de su mente. Las sillas talladas y profusamente doradas estaban colocadas en dos hileras a ambos lados de un Sol Naciente, de tres metros de diámetro, incrustado en el pulido suelo de piedra, y un sillón de respaldo alto, con tanto dorado que parecía estar hecho de oro, se alzaba sobre un pequeño estrado igual de recargado; pero Rand se había sentado, cruzado de piernas, sobre la alfombra llevada para la ocasión, que lucía un laberíntico diseño al estilo teariano en verde, dorado y azul.

A los tres jefes de clan que estaban sentados enfrente de él les habría molestado que los recibiera acomodado en un sillón aunque les ofreciera ocupar los otros. También eran un laberinto por el que había que caminar con mucho tiento.

Rand no llevaba puesta chaqueta y se había remangado la camisa de manera que sus antebrazos estuvieran al aire, dejando a la vista los dragones rojos y dorados que se enroscaban alrededor de cada uno, emitiendo brillos metálicos. Los *cadin'sor* de los Aiel tapaban el que cada uno de ellos tenía sólo en el brazo izquierdo. Quizás el recordatorio de quién era él —de que también había estado en Rhuidean cuando entrar en la ciudad significaba la muerte para la mayoría de los hombres que realizaban el viaje— no era necesario. Quizás.

Aquellos tres rostros no dejaron traslucir nada mientras observaban a Merana acercándose desde el rincón donde había permanecido aislada. Por su inexpresividad, la cara arrugada de Janwin podría haber estado tallada en madera, pero siempre había sido así, y si sus ojos azulgrisáceos parecían tormentosos, también tenían esa apariencia siempre. Incluso su cabello semejaba nubes tormentosas. Empero, era un hombre ecuánime. Del mismo modo, tanto Indirian como el tuerto Mandelain podrían haber estado pensando en cualquier otra cosa, salvo porque sus ojos siguieron a la mujer. De repente, Lews Therin enmudeció, como si él también la observara a través de los ojos de Rand.

Los intemporales rasgos de Merana dejaban traslucir aún menos que los de los tres jefes de clan. Colocando la falda gris pálido debajo, se arrodilló al lado de Rand y alzó la tetera. Era un objeto enorme, redondo, de plata bañada en oro, con las patas talladas en forma de leopardos, así como el asa, y otro más, éste agazapado, en la tapa; hacía falta cogerla con las dos manos, y se balanceó ligeramente cuando la mujer vertió cuidadosamente el té en la taza de Rand. Su porte daba a entender que hacía eso porque quería, por razones propias que ninguno de ellos era capaz de imaginar; su porte clamaba su condición de Aes Sedai con más fuerza que su rostro. Rand se preguntó si eso repercutiría a su favor o en su contra.

—No les permito encauzar sin mi permiso —dijo.

Los jefes de clan mantuvieron el silencio. Merana se levantó y se acercó para arrodillarse al lado de cada uno de ellos por turno. Mandelain cubrió la taza con su ancha mano para indicar que no quería más. Los otros dos levantaron las suyas; los ojos azulgrisáceos y los verdes la estudiaron mientras servía el té. ¿Qué estarían pensando? ¿Qué

más podía hacer él para convencerlos?

Tras dejar la pesada tetera sobre una bandeja cuyas asas eran también leopardos, Merana siguió de rodillas.

—¿Puedo servir al lord Dragón en algo más?

Su voz era la serenidad en persona, pero, después de que Rand le indicó con una seña que regresara al rincón, después de que se hubo levantado y se hubo dado media vuelta, las esbeltas manos apuñaron la falda durante un momento. No obstante, su reacción podía deberse también a que al girarse se quedó de cara a Dashiva y a Narishma, los dos Asha'man; para ser exactos, Narishma era todavía soldado, el nivel más bajo de los Asha'man, y aún no lucía ni la espada ni el dragón en los picos del cuello de la chaqueta. Los dos hombres permanecían de pie, impasibles, entre un par de los altos espejos de marco dorado que jalonaban las paredes. Al menos, el más joven parecía impasible a primera vista. Con los pulgares metidos en el cinturón, hizo caso omiso de Merana, como tampoco parecía estar prestando demasiado atención a Rand y a los Aiel. Aparentemente. Sin embargo, al observarlo con más detenimiento se advertía que sus grandes ojos oscuros no paraban quietos un instante, como si el joven esperara que surgiera lo inesperado en cualquier momento. ¿Y quién podía afirmar que no sería así? Dashiva daba la impresión de estar en las nubes; movía los labios sin emitir sonido alguno, parpadeaba y fruncía el entrecejo sin motivo.

Lews Therin gruñó cuando Rand miró a los Asha'man, pero era Merana quien ocupaba la atención del hombre que estaba dentro de su cabeza.

Sólo un necio cree que realmente se puede domar a un león o a una mujer.

Irritado, Rand redujo aquella voz a un apagado zumbido. Lews Therin podía romper sus barreras, pero no sin esfuerzo. Aferró el *Saidin* y volvió a tejer la salvaguarda que dejaba aislada a Merana de sus voces. Soltó de nuevo la Fuente, cosa que acrecentó su irritación y el siseo dentro de su cabeza, como gotas de agua cayendo sobre brasas al rojo vivo. Un eco que reflejaba la cólera demente, distante, de Lews Therin.

Merana estaba tras la barrera que no podía ver ni sentir, con la cabeza bien alta y las manos enlazadas a la cintura, como lo habrían estado si hubiera llevado el chal en los brazos. Aes Sedai de la cabeza a los pies. Los observaba a él y a los jefes de clan con una mirada fría en sus ojos castaños con motitas amarillas. «No todas mis hermanas se dan cuenta de lo mucho que os necesitamos —le había dicho esa mañana en aquella misma habitación—, pero todas las que hemos prestado juramento haremos lo que nos pidáis mientras que no viole los Tres Juramentos.» Rand acababa de despertarse cuando la mujer llegó, escoltada por Sorilea. A ninguna de las dos pareció importarles que todavía estuviera en bata y que sólo hubiese probado un bocado del pan de su desayuno. «Soy bastante experta en llevar a cabo negociaciones y actuar como mediadora —había añadido—. Mis hermanas poseen otras aptitudes. Dejad que os sirvamos, como prometimos. Os necesitamos, pero también vos nos necesitáis en cierta medida.»

Siempre presente, Alanna permanecía acurrucada en un rinconcito de su mente. Estaba llorando otra vez. Rand no entendía por qué lloraba tan a menudo. Le había prohibido acercarse a él a menos que la llamara, o que saliera de su cuarto sin llevar una escolta de Doncellas —las hermanas que le habían jurado fidelidad habían quedado instaladas la noche anterior en palacio, donde podía tenerlas vigiladas— pero ya había percibido su llanto desde el primer momento en que lo había vinculado; llanto y un intenso dolor, como si la estuvieran desgarrando unas zarpas. A veces era más intenso y a veces, menos, pero siempre estaba allí. Alanna le había dicho también que necesitaba a las hermanas ligadas a él por la promesa; al final le había gritado, con el rostro congestionado y las lágrimas deslizándose por sus mejillas, antes de alejarse de él corriendo, literalmente. Y también le había hablado de servir, aunque Rand dudaba que la tarea actual de Merana fuera lo que ninguna de las dos tenía en mente. ¿Algún tipo de uniforme lo dejaría claro, quizá?

Los jefes de clan eran conscientes del escrutinio de Merana, pero ni siquiera el menor parpadeo reveló lo que pasaba por sus mentes.

—Las Sabias os han dicho qué lugar ocupan las Aes Sedai —empezó Rand sin andarse

con rodeos. Sorilea le había contado que estaban al tanto, cosa que de cualquier modo habría quedado clara por el simple hecho de que no se sorprendieron cuando vieron a Merana actuar como una criada y hacer reverencias—. La habéis visto traer la bandeja y serviros el té. La habéis visto ir y venir siguiendo mis órdenes. Si queréis, la haré que baile una giga.

Convencer a los Aiel de que no se hallaba atado al dogal de las Aes Sedai era el servicio más importante que cualquiera de las hermanas podía hacer por él en ese momento. Si era necesario, las haría bailar gigas a todas ellas.

Mandelain se ajustó el parche sobre el ojo derecho, como solía hacer cuando quería disponer de un momento para meditar algo. Una cicatriz gruesa y fruncida le surcaba la frente desde detrás del parche de cuero hasta la mitad del cráneo casi calvo. Cuando finalmente habló, lo hizo sólo un poco menos directamente que Rand:

—Hay quien dice que una Aes Sedai haría cualquier cosa con tal de conseguir lo que quiere.

Indirian frunció las espesas y blancas cejas y clavó la vista en su taza de té. Rozando la talla media de los Aiel, era medio palmo más bajo que Rand, pero todo en él parecía alargado. Daba la impresión de que el calor del Yermo hubiese consumido hasta el último gramo de carne y todavía un poco más. Sus pómulos sobresalían notoriamente, y sus ojos semejaban esmeraldas encastradas en cuevas.

—No me gusta hablar de las Aes Sedai. —Su voz de timbre profundo y vibrante siempre causaba sobresalto al salir de aquel rostro descarnado—. Lo hecho, hecho está. Que sean las Sabias quienes se encarguen de ellas.

—Sí, mejor hablar de los perros Shaido —convino Janwin suavemente, lo que también ocasionaba sobresalto, viniendo de una cara tan feroz como la suya—. En pocos meses, medio año como mucho, hasta el último Shaido puede estar muerto... o hecho *gai'shain.*

Sólo porque tuviese una voz suave no significaba que él lo fuera. Los otros dos mostraron su conformidad con sendos cabeceos; Mandelain esbozó una sonrisa anhelante. Aún no parecían convencidos. Los Shaido habían sido la supuesta razón para la reunión de ese día, y no era una cuestión baladí aunque no fuera la principal. No, no quería restarle importancia —los Shaido ya habían causado problemas de sobra—, sólo que no figuraba en la misma página de su libro que las Aes Sedai. Empero, representaban un problema. Con tres clanes uniéndose a los Miagoma de Timolan, que ya se encontraban cerca de la Daga del Verdugo de la Humanidad, podrían muy bien hacer lo que Janwin decía, pero estaban las personas Shaido a las que no podía hacerse *gai'shain* y tampoco matarlas. De ellas, algunas eran más peliagudas que otras.

—¿Y qué pasaría con las Sabias? —preguntó.

Por un instante sus rostros se tornaron indescifrables; ni siquiera las Aes Sedai sabían hacer eso tan bien como los Aiel. Enfrentarse al Poder Único no los asustaba, o al menos no lo demostraban; nadie podía dejar atrás a la muerte, decían los Aiel, y ni un centenar de Aes Sedai iracundas conseguiría que un Aiel solo se bajara el velo una vez que lo había alzado. Sin embargo, enterarse de que las Sabias habían tomado parte en la lucha en los pozos de Dumai los había conmocionado tanto como si el sol hubiese salido de noche y la luna de día en un cielo rojo como sangre.

—Sarinde me dijo que casi todas las Sabias correrán junto a los *algai'd'siswai* —contestó Indirian al cabo, de mala gana. Sarinde era la Sabia que lo había seguido desde Manantiales Rojos, el dominio del clan de los Codarra. O quizá «seguirlo» no era el término adecuado; eso era algo que las Sabias rara vez hacían. En cualquier caso, la mayoría de las Sabias Codarra, así como las Shiande y las Daryne, irían hacia el norte acompañando a las lanzas—. De las Sabias Shaido se... ocuparán las otras Sabias. —Su boca se torció en un gesto asqueado.

—Todas las cosas cambian. —La voz de Janwin sonó aún más suave de lo habitual. Creía, pero no quería creer. Que las Sabias tomaran parte en la batalla violaba una costumbre tan antigua como los Aiel.

Mandelain dejó su taza con exagerado cuidado.

Librodot

—Corehuin desea ver a Jair de nuevo antes de que el sueño que es la vida acabe, y yo también. —Al igual que Bael y que Rhuarc, Mandelain tenía dos esposas; los otros jefes de clan tenían una, excepto Timolan, pero un jefe viudo no seguía siéndolo mucho tiempo. Las Sabias se encargaban de ello si él no lo hacía—. ¿Volveremos a ver salir el sol en la Tierra de los Tres Pliegues?

—Eso espero —respondió quedamente Rand. «Al igual que el arado rompe la tierra, así romperá él las vidas de los hombres, y todo lo que fue se consumirá en el fuego de sus ojos. Las trompetas de la guerra sonarán al compás de sus pasos, los cuervos se alimentarán con su voz, y él llevará una corona de espadas.» Las Profecías del Dragón contenían poca esperanza para nada salvo la victoria sobre el Oscuro, y sólo una posibilidad de eso. La Profecía de Rhuidean, la de los Aiel, decía que los destruiría. El marasmo causaba estragos en los clanes por causa de él, y las antiguas costumbres se hacían añicos. Incluso sin el asunto de las Aes Sedai, no era de extrañar que los jefes se plantearan si hacían bien en seguir a Rand al'Thor, ni con dragones ni sin ellos en los antebrazos—. Eso espero.

—Que siempre encuentres agua y sombra, Rand al'Thor —dijo Indirian.

Después de que se hubieron marchado, Rand siguió sentado, contemplando su taza con el entrecejo fruncido, sin hallar respuestas en el oscuro té. Finalmente, la dejó junto a la bandeja y se bajó las mangas de la camisa. Los ojos de Merana estaban prendidos intensamente en él, como si intentase desentrañar sus pensamientos. También se advertía cierto atisbo de impaciencia en su actitud. Rand le había dicho que no se moviese del rincón a menos que oyera voces. A buen seguro que la mujer no veía razón para no salir de allí ahora que los jefes se habían marchado. Salir de allí y sonsacarle lo que se había hablado.

—¿Creéis que piensan que soy un títere que baila al son que tocan las Aes Sedai? —inquirió Rand.

El joven Narishma dio un respingo. A decir verdad, sólo era un poco más joven que el propio Rand, pero su aspecto era el de un muchacho con cinco o seis años menos que él. Dirigió una mirada a Merana como si ella supiera la respuesta, y alzó los hombros con desasosiego.

—Yo... no lo sé, milord Dragón.

Dashiva parpadeó y dejó de mascullar entre dientes. Ladeó la cabeza como un pájaro y miró a Rand de reojo.

—¿Acaso importa siempre y cuando obedezcan? —preguntó a su vez.

—Importa, sí —respondió Rand.

Dashiva se encogió de hombros y Narishma frunció la frente en ademán pensativo; ninguno de los dos parecía entenderlo, aunque tal vez Narishma acabaría captando la idea. Los mapas ocupaban gran parte del estrado, detrás del trono, ya fuera enrollados o doblados o extendidos, allí donde los había dejado. Movió algunos con la puntera de la bota. Eran muchas las piezas con las que hacer juegos malabares. El norte de Cairhien y las montañas llamadas la Daga del Verdugo de la Humanidad, así como la comarca alrededor de la capital. Illian y los llanos de Maredo, hasta Far Madding. La isla de Tar Valon y todas las ciudades y pueblos circundantes. Ghealdan y parte de Amadicia. Movimiento y color en su cabeza. Lews Therin gimiendo y riendo a lo lejos, quedos murmullos dementes sobre matar a los Asha'man, a los Renegados. De matarse a sí mismo. Alanna había dejado de llorar, domeñando la angustia soterrada con un fino hilo de cólera.

Rand se pasó las manos por el cabello y ejerció presión en las sienes con los dedos. Había olvidado lo que era estar a solas dentro de su cabeza, sin más pensamientos que los suyos.

Una de las altas puertas se abrió para dar paso a una de las Doncellas que hacían guardia en el corredor. Riallin, con su cabello rubio rojizo y una sonrisa pronta, daba la sensación de estar rellenita; es decir, considerando que era una Doncella.

—Berelain sur Paendrag y Annoura Larisen desean ver al *Car'a'carn* —anunció. El tono de su voz pasó de ser cálido y amistoso en el primer nombre a frío e impasible en el segundo sin que por ello se alterara la sonrisa.

Librodot

Rand suspiró y abrió la boca para decir que pasaran, pero Berelain no esperó. Entró hecha una furia seguida por Annoura, que parecía algo más calmada. La Aes Sedai experimentó un ligero sobresalto al ver a Dashiva y Narishma; al reparar en Merana, de pie en un rincón, la observó con curiosidad. No así Berelain.

—¿Qué significa esto, milord Dragón? —demandó agitando la carta que Rand le había despachado esa mañana. Cruzó la estancia para sacudir la hoja delante de sus narices—. ¿Por qué he de regresar a Mayene? He realizado una buena labor gobernando aquí, y vos lo sabéis. No pude impedir que Colavaere se hiciese coronar, pero al menos le impedí que cambiara las leyes promulgadas por vos. ¿Por qué se me ordena marchar? ¿Y por qué se me comunica por carta, en lugar de decírmelo a la cara? Con una carta, agradeciendo mis servicios y despidiéndome como si fuera una funcionaria que ha acabado de recaudar los impuestos.

Aun estando furiosa, la Principal de Mayene era una de las mujeres más bellas que Rand había visto en su vida. El negro cabello caía en brillantes ondas sobre sus hombros, enmarcando una cara que habría hecho a un ciego contemplarla embobado. Un hombre podía verse arrastrado a las profundidades de sus oscuros ojos y perderse en ellos. Ese día llevaba un vestido de seda plateada, fino y ajustado, más adecuado para recibir a un amante en privado. De hecho, si el escote hubiese sido un pelo más bajo no habría podido llevar el vestido en público. Tal y como era, Rand incluso dudaba que debiera lucirlo a la vista de todos. Se había dicho a sí mismo mientras escribía esa carta que era debido a que tenía mucho que hacer y no disponía de tiempo para discutir con ella. A decir verdad, disfrutaba demasiado viéndola; por alguna razón, había empezado a juzgar que eso era... No incorrecto exactamente, pero casi.

Tan pronto como la mujer apareció, Lews Therin dejó de despotricar y empezó a tararear entre dientes, como solía hacer cuando admiraba a una mujer hermosa. De repente, Rand cayó en la cuenta de que estaba frotándose el lóbulo de la oreja con el índice y el pulgar, y sufrió una conmoción. Su intuición le dijo que eso era algo que Lews Therin hacía inconscientemente, como lo de tararear. Se obligó a bajar la mano al costado, pero por un instante deseó llevarla de nuevo a la oreja.

«¡Maldito, éste es mi cuerpo! —El pensamiento fue un gruñido furioso—. ¡Mío!» El tarareo de Lews Therin cesó bruscamente, por la sorpresa y el desconcierto; en silencio, el hombre muerto huyó, de vuelta a las sombras del rincón más apartado de la mente de Rand.

El silencio de éste tuvo su efecto. Berelain bajó la carta y su cólera remitió. Un poco. Con los ojos prendidos en él, hizo una inhalación profunda que sacó los colores a Rand.

—Milord Dragón...

—Sabéis por qué —la interrumpió. Limitarse a mirarle los ojos no resultaba fácil. Curiosamente, se sorprendió deseando que Min estuviese allí. Era muy raro. Las visiones de la joven no servirían de ninguna ayuda en ese momento—. Cuando regresabais del barco de los Marinos esta mañana, había un individuo en el muelle con un cuchillo.

—Bah —dijo Berelain, sacudiendo la cabeza con aire desdeñoso—. No se acercó ni tres pasos. Iba acompañada por una docena de soldados de la Guardia Alada al mando del mayor Gallenne.

Nurelle comandaba a los guardias mayenienses que habían acudido a los pozos de Dumai, pero era Gallenne quien capitaneaba el cuerpo de la Guardia Alada. Berelain contaba con ochocientos soldados de esa compañía en la ciudad, aparte de los que habían regresado con Nurelle.

—¿Esperáis que ponga pies en polvorosa por un simple ratero?

—No os hagáis la tonta —gruñó Rand—. ¿Un ratero, con una docena de soldados rodeándoos? —El rubor tiñó las mejillas de la mujer; lo sabía, vaya que sí. No le dio oportunidad de argumentar ni dar explicaciones—. Dobraine me ha informado que ya corren por palacio rumores de que habéis traicionado a Colavaere. Quienes la apoyan quizá tengan miedo de hacerme frente, pero sí pagarán para que alguien os clave un cuchillo. —Y también a Faile, según Dobraine; ya se estaban tomando medidas al respecto—. Sin embargo, no tendrán oportunidad de hacerlo, porque regresáis a Mayene. Dobraine ocupará vuestro puesto

Librodot

aquí hasta que Elayne tome posesión del Trono del Sol.

La mujer resopló y masculló como si le hubiese vaciado encima un cubo de agua; sus ojos tenían un brillo peligroso. Rand se había alegrado cuando había dejado de tenerle miedo, pero ahora ya no se sentía tan seguro. Cuando Berelain abría la boca para dar rienda suelta a su rabia, Annoura le tocó el brazo y ella giró la cabeza bruscamente en su dirección. Intercambiaron una larga mirada, y la Principal dejó de resoplar y mascullar. Se alisó la falda y cuadró los hombros con firmeza. Rand apartó los ojos precipitadamente.

Merana se hallaba al borde de la salvaguarda. Rand se preguntó si la Aes Sedai la habría cruzado y luego había retrocedido; ¿cómo si no podía encontrarse de pie justo al borde de una barrera que no podía detectar? Cuando Rand giró la cabeza hacia ella, la mujer reculó hasta casi tocar la pared, sin retirar un instante los ojos de él. A juzgar por su expresión, sería capaz de servirle el té a diario durante diez años con tal de oír lo que estaban hablando.

—Milord Dragón —dijo Berelain, sonriendo—, todavía queda el asunto de los Atha'an Miere. —Su voz era toda dulzura y calidez; la curva de sus labios habría incitado la idea de unos besos hasta en una piedra—. La Señora de las Olas Harine no está muy complacida de que se la haga esperar sentada en su barco tanto tiempo. La he visitado en varias ocasiones. Ahí puedo limar dificultades, cosa que creo muy difícil sepa hacer lord Dobraine. Creo que los Marinos son vitales para vos, los mencionen o no las Profecías del Dragón. Vos sois crucial en sus profecías, aunque parecen remisos a explicar cómo.

Rand la miró fijamente. ¿Por qué se esforzaba tanto en continuar realizando un trabajo espinoso que le había reportado escasa gratitud de los cairhieninos aun antes de que algunos de ellos empezaran a querer acabar con ella? Era una dirigente, acostumbrada a vérselas con gobernantes y embajadores, no con matones ni asesinos saliendo de las sombras. Ni con sonrisa dulce ni sin ella, el motivo no era un deseo de permanecer cerca de Rand al'Thor. Ella le... En fin, se le había ofrecido en una ocasión, pero el hecho innegable era que Mayene era un reino pequeño, y Berelain utilizaba su belleza como un hombre utilizaría la espada para impedir que su más poderoso vecino, Tear, engullera a su país. Y eso era exactamente lo que estaba ocurriendo, ni más ni menos—. Berelain, ignoro qué más puedo hacer para garantizar que Mayene siga siendo vuestro, pero estableceré por escrito cualquier... —Los colores giraron en un torbellino tan rápido dentro de su cabeza que enmudeció de golpe. Lews Therin soltó una risita burlona.

Una mujer que conoce el peligro y no tiene miedo es un tesoro que sólo un loco desdeñaría.

—Garantías. —El tono desabrido de Berelain borró todo rastro de dulzura, y la ira bulló de nuevo en su voz, una cólera fría en esta ocasión. Annoura le tiró de la manga, pero la mujer no hizo caso de la Aes Sedai—. Mientras yo estoy sentada en Mayene con vuestras garantías otros os servirán. Pedirán su recompensa, y el servicio que yo presté se tornará deslucido y remoto, en tanto que el de ellos será destacado y flamante. Si el Gran Señor Weiramon os entrega Illian y os pide Mayene a cambio, ¿qué haréis? ¿O si os entrega Murandy y Altara y os deja todo el campo libre hasta el Océano Aricio?

—¿Me serviríais aunque ello signifique marcharos? —preguntó Rand en voz queda—. Estaríais fuera de mi vista, pero no de mi mente.

Lews Therin volvió a reírse, y de un modo que Rand casi enrojeció. Disfrutaba mirando, pero a veces las cosas que pensaba Lews Therin...

La mirada intensa de Berelain traslucía obstinación, y Rand percibió claramente en la de Annoura las preguntas acumuladas, la cuidadosa elección de cuál de ellas plantear. La puerta volvió a abrirse para dar paso a Riallin.

—Ha venido una Aes Sedai para ver al *Car'a'carn.* —voz de la Doncella sonó fría e insegura al mismo tiempo—. Se llama Cadsuane Melaidhrin.

Una mujer extraordinariamente hermosa entró sin más dilación; llevaba el cabello, de un color gris acerado, peinado en un moño alto y decorado con adornos colgantes de oro. Entonces pareció que todo pasaba a la vez.

—Creí que habías muerto —exclamó Annoura, con los ojos a punto de salirse de sus

Librodot

órbitas.

Merana salió corriendo del rincón, a través de la salvaguarda, con las manos extendidas.

—¡No, Cadsuane! —gritó—. ¡No le hagas daño! ¡No debes!

La piel de Rand se erizó cuando alguien en la habitación abrazó el *Saidar,* quizá más de una mujer, y mientras se apartaba rápidamente de Berelain asió la Fuente y se hinchió de *Saidin,* percibiendo cómo colmaba también a los dos Asha'man. El rostro de Dashiva se crispó al tiempo que su feroz mirada iba de una a otra Aes Sedai. Aun con todo el Poder que lo llenaba, Narishma aferró la empuñadura de la espada con las dos manos y adoptó la posición de lucha llamada *El leopardo en el árbol,* a punto de desenvainar el arma. Lews Therin empezó a bramar sobre matar y aniquilar, matarlos a todos, matarlos ahora. Riallin se cubrió con el velo a la par que gritaba algo, y de repente una docena de Doncellas penetraron en la estancia, velándose, prestas las lanzas. No era de extrañar que Berelain los mirara boquiabierta como si creyera que todos se habían vuelto locos.

Para ser la que había ocasionado todo aquello, la tal Cadsuane no daba la menor señal de alteración, como si no la afectara. Miró a las Doncellas y sacudió la cabeza de manera que los colgantes en forma de lunas, estrellas y pájaros se mecieron suavemente. Luego volvió la vista hacia Annoura.

—Intentar criar rosas decentes al norte de Ghealdan puede parecerse mucho a la muerte, Annoura —dijo, en tono seco—, pero no es exactamente la tumba. Oh, sosiégate, Merana, antes de que asustes a alguien. Sería de esperar que hubieses dominado tu carácter nervioso desde que te pusiste el blanco de novicia.

Merana abrió y cerró la boca con expresión avergonzada, nada menos, y la sensación de cosquilleo en la piel desapareció repentinamente en Rand, pero él no soltó el *Saidin,* y tampoco los Asha'man.

—¿Quién eres? —demandó—. ¿A qué Ajah perteneces? —A juzgar por la reacción de Merana, al Rojo, pero para que una hermana Roja entrara así allí, sola, haría falta que tuviese un valor suicida—. ¿Qué quieres?

Cadsuane detuvo en él la mirada un momento, pero no contestó. Merana entreabrió los labios, pero la mujer de cabello gris miró a la otra Aes Sedai, enarcando una ceja, y no hizo falta más. De hecho, Merana enrojeció y agachó los ojos. Annoura seguía contemplando de hito en hito a la recién llegada como si estuviese viendo un fantasma. O un gigante.

Sin pronunciar palabra, Cadsuane se encaminó hacia los dos Asha'man; la falda pantalón de color verde oscuro hizo frufrú a cada paso. Rand empezaba a tener la sensación de que la mujer se movía siempre con aquel caminar reposado, deslizante, grácil, pero sin pausa y sin permitir que nada lo obstaculizara. Dashiva la miró de arriba abajo y esbozó una mueca burlona. Aunque la mujer lo estaba mirando a la cara no se dio por enterada, como tampoco dio señales de advertir que las manos de Narishma iban a su espada cuando ella le puso un dedo debajo de la barbilla y le movió la cabeza a uno y otro lado antes de que el joven la retirara bruscamente hacia atrás.

—Qué ojos tan bonitos —murmuró la Aes Sedai. Narishma parpadeó desconcertado, y la mueca de Dashiva se tornó en una sonrisa, aunque tan desagradable que en comparación la primera resultaba alegre.

—No hagas nada —espetó Rand. Dashiva tuvo la desfachatez de dirigirle una mirada furibunda antes de tocarse el pecho con el puño, en el saludo utilizado por los Asha'man—. ¿A qué has venido, Cadsuane? —continuó Rand—. ¡Mírame, maldita sea!

Así lo hizo la mujer, aunque sólo girando la cabeza.

—De modo que eres Rand al'Thor, el Dragón Renacido. Habría esperado que incluso una chiquilla como Moraine hubiera podido enseñarte un poco de modales.

Riallin se pasó de mano la lanza que empuñaba, para asirla junto con las que sostenía en la otra, detrás de la adarga, y movió los dedos libres en el lenguaje de señas de las Doncellas. Por una vez, nadie rió. Y, también por una vez, Rand supo que lo que había dicho no era ningún chiste respecto a él.

—Tranquila, Riallin —dijo al tiempo que alzaba la mano—. Todas vosotras, mantened

la calma.

Cadsuane también pasó por alto ese supuesto aparte y dirigió una sonrisa a Berelain.

—De modo que ésta es tu Berelain, Annoura. Es más hermosa de lo que había oído decir. —La reverencia que hizo, inclinando la cabeza, fue bastante pronunciada, pero de algún modo sin la menor indicación de obediencia ni atisbo de que fuera inferior en ningún sentido. En realidad fue un gesto de cortesía, nada más—. Milady Principal de Mayene, he de hablar con este joven y retendré a vuestra consejera. Tengo entendido que os ocupáis de muchos cometidos aquí, de modo que no quiero teneros alejada de vuestras obligaciones más tiempo.

No podría haberle dado una orden más clara de que se marchara, excepto que hubiese abierto la puerta, señalándole el pasillo. Berelain inclinó la cabeza gentilmente; después se volvió con suavidad hacia Rand y extendió la falda en una reverencia tan profunda que él temió que el vestido no se sostuviera en sus hombros.

—Milord Dragón —dijo—, solicito vuestro permiso para retirarme.

La inclinación de cabeza con que Rand contestó carecía de práctica.

—Lo tenéis, milady Principal. —Le ofreció una mano para ayudarla a incorporarse—. Espero que consideréis mi proposición.

—Milord Dragón, os serviré donde y como deseéis. —Su voz volvía a ser toda mieles. En favor de Cadsuane, imaginó Rand. Desde luego, en su expresión no había asomo de coqueteo, sólo de resolución—. Recordad a Harine —añadió en un susurro.

—Siempre resulta agradable ver jugar a los niños, ¿no crees, Merana? —dijo Cadsuane tan pronto como la puerta se hubo cerrado detrás de Berelain.

A Merana se le abrieron los ojos como platos y su cabeza giró para mirar a Rand y a la hermana de pelo gris alternativamente. Annoura daba la impresión de que se sostenía de pie sólo gracias a un esfuerzo de voluntad.

La mayoría de las Doncellas salieron detrás de Berelain, decidiendo al parecer que no iba a haber ninguna matanza, pero Riallin y otras dos se quedaron junto a la puerta, todavía con los rostros velados. Tal vez era sólo una coincidencia que hubiese una por cada Aes Sedai. También Dashiva parecía creer que el peligro había pasado; se recostó en la pared, con una pierna doblada y el pie apoyado en el muro, moviendo los labios en silencio, cruzado de brazos, aparentemente vigilando a las Aes Sedai.

Narishma dirigió una mirada interrogante a Rand, pero éste se limitó a sacudir la cabeza. La mujer intentaba provocarlo. La cuestión era por qué provocaba a un hombre que ella sabía que podía neutralizarla o matarla sin esforzarse. Lews Therin mascullaba repetidamente lo mismo. *¿Por qué? ¿Por qué?* Rand subió al estrado, cogió el Cetro del Dragón que tenía en el trono y tomó asiento, dispuesto a ver qué pasaba. La mujer no se iba a salir con la suya.

—Demasiada ornamentación, ¿verdad? —le dijo Cadsuane a Annoura mientras miraba en derredor. Aparte de todo el dorado de los muebles, también había anchas franjas de oro alrededor de las paredes, por encima de los espejos, y la moldura del voladizo, en forma de escamas doradas, tenía una anchura de casi medio metro—. Nunca he sabido si eran más exagerados los cairhieninos o los tearianos, pero cualquiera de los dos puede hacer enrojecer a un ebudariano, o incluso a un gitano. ¿Es eso un servicio de té? Me gustaría tomar una taza, si está recién hecho y caliente.

Rand encauzó para levantar la bandeja, casi esperando ver el metal corroyéndose por la infección del *Saidin,* y la hizo flotar hasta donde estaban las tres mujeres. Merana había llevado tazas de sobra, y aún quedaban cuatro sin utilizar sobre la bandeja. Rand las llenó, soltó la tetera y aguardó. El servicio permaneció flotando en el aire, sustentado por el Poder.

Tres mujeres aparentemente distintas, y tres reacciones claramente diferentes. Annoura miró la bandeja como si fuese una cobra enroscada, sacudió ligeramente la cabeza e incluso retrocedió un corto paso. Merana inhaló profundamente y cogió una de las tazas con una mano que temblaba un poco. Saber que un hombre encauzaba y verlo encauzar no era lo mismo ni mucho menos. Cadsuane, en cambio, tomó su taza y olisqueó el té con una sonrisa complacida. No había modo de que supiera cuál de los tres hombres había servido la infusión,

Librodot

pero miró por encima de la taza directamente a Rand, que estaba repantigado, con una pierna por encima del brazo del trono.

—Buen chico —dijo.

Las Doncellas intercambiaron miradas estupefactas por encima de los velos. Rand tembló de rabia. No. No conseguiría provocarlo. Fuera cual fuese la razón, eso era lo que ella quería. ¡Y no lo conseguiría!

—Lo preguntaré otra vez —dijo. Curioso que su voz sonara tan fría; por dentro el calor de la ira era más intenso que el fuego más ardiente del *Saidin*—. ¿Para qué has venido? Responde o márchate. Por la puerta o por la ventana; tú escoges.

De nuevo Merana hizo intención de hablar, y de nuevo Cadsuane la obligó a callar, esta vez con un gesto seco, sin apartar los ojos de él.

—Para verte —contestó con absoluta calma—. Soy del Ajah Verde, no del Rojo, pero he llevado puesto el chal más que ninguna otra hermana viva, y me he enfrentado a más hombres capaces de encauzar que cuatro Rojas juntas, quizá más que diez. No es que fuera buscándolos, ya entiendes, pero parece que tengo olfato para eso. —Así, tranquilamente, como si estuviese contando que había ido al mercado una o dos veces en su vida—. Algunos lucharon hasta el final, pataleando y gritando incluso después de haber sido escudados y confinados. Otros lloraban y suplicaban, ofreciendo oro, cualquier cosa, sus propias almas, para no ser llevados a Tar Valon. Y otros sollozaban de alivio, mansos como corderitos, agradecidos de que finalmente hubiese acabado todo. Tan cierto como la Luz que todos lloraron al final. No les queda nada más que lágrimas al final.

La ira que lo llenaba estalló. La bandeja y la enorme tetera salieron disparadas a través de la habitación, se estrellaron contra uno de los espejos con un estrépito ensordecedor y rebotaron en medio de una lluvia de cristales; la tetera, medio aplastada, roció té, y la bandeja giró en el suelo, doblada por la mitad. Todos dieron un brinco de sobresalto excepto Cadsuane. Rand se incorporó del trono como impulsado por un resorte, aferrando el Cetro del Dragón con tanta fuerza que los nudillos le dolían.

—¿Se supone que eso ha de asustarme? —gruñó—. ¿Esperas que suplique o que me sienta agradecido? ¿Que llore? Aes Sedai, puedo cerrar una mano y aplastarte. —El puño que extendió temblaba por la furia—. Merana sabe que podría hacerlo, pero sólo la Luz sabe por qué no lo hago.

La mujer contempló el servicio de té machacado como si tuviese todo el tiempo del mundo.

—Ahora sabes —dijo finalmente, más tranquila que nunca— que conozco tu futuro y tu presente. La misericordia de la Luz no existe para un hombre que encauza. Hay quien se da cuenta de eso y cree que la Luz reniega de esos hombres. Yo no. ¿Has empezado ya a oír voces?

—¿Qué quieres decir? —preguntó lentamente. Sentía a Lews Therin escuchando.

El cosquilleo le erizó de nuevo la piel y a punto estuvo de encauzar, pero lo único que ocurrió fue que la tetera se alzó del suelo y flotó hasta Cadsuane, girando lentamente en el aire mientras la mujer la examinaba.

—Algunos hombres que encauzan empiezan a oír voces. —Habló casi con gesto ausente, mirando con el entrecejo fruncido la aplastada esfera de plata y oro—. Es parte de la locura. Voces que conversan con ellos, diciéndoles lo que tienen que hacer. —La tetera flotó suavemente hasta posarse en el suelo, a sus pies—. ¿Has escuchado alguna?

Inopinadamente, Dashiva soltó una estruendosa carcajada; rió con tantas ganas que sus hombros se sacudían. Narishma se humedeció los labios; puede que no hubiese tenido miedo de la mujer antes, pero ahora la observaba con tanta precaución como si fuese un escorpión.

—Pareces olvidar que soy yo quien hace las preguntas —replicó Rand con firmeza—. Soy el Dragón Renacido.

«Eres real, ¿verdad? —dijo para sus adentros. No hubo respuesta—. ¿Lews Therin? —A veces el hombre no respondía, pero las Aes Sedai siempre lo hacían salir del rincón donde se escondía—. ¿Lews Therin?» No estaba loco; la voz era real, no imaginación suya. No

producto de la demencia. El repentino deseo de echarse a reír no lo tranquilizó precisamente. Cadsuane suspiró.

—Eres un joven que no tiene idea de hacia dónde va o por qué. Tal vez podamos hablar cuando estés más calmado. ¿Tienes alguna objeción a que me lleve a Merana y Annoura durante un rato? No las he visto desde hace bastante tiempo.

Rand no podía creer lo que oía. Entraba de rondón, lo insultaba, lo amenazaba, comentaba como si tal cosa que sabía lo de la voz dentro de su cabeza, y a continuación quería marcharse para charlar con Merana y Annoura. ¿Es que era una demente? Lews Therin seguía sin contestarle. Ese hombre era real. ¡Lo era!

—Vete —dijo—. Vete y... —No estaba loco—. ¡Idos, todos vosotros! ¡Salid de aquí!

Dashiva lo miró, parpadeando, con la cabeza ladeada, y después se encogió de hombros y se encaminó a la puerta. Cadsuane sonrió de tal modo que Rand casi esperó que repitiera que era un buen chico, y luego reunió a Merana y a Annoura y las condujo hacia donde hacían guardia las Doncellas, quienes se bajaron los velos y fruncieron el ceño, preocupadas. Narishma también lo miró y vaciló hasta que Rand lo despidió con un ademán brusco. Finalmente todos se marcharon y se quedó solo. Solo.

Convulso, arrojó el Cetro del Dragón. La moharra se hundió en el respaldo de una silla y el trozo de astil se cimbreó, haciendo que los borlones se mecieran.

—No estoy loco —clamó a la habitación vacía. Lews Therin le había dicho cosas; jamás habría escapado del baúl de Galina sin la voz del hombre muerto; había discurrido cómo hacer que aparecieran rayos, y arrojar fuego, y a desarrollar un artefacto que había matado cientos de trollocs. Claro que quizás eso era parte de la vida de Lews Therin, como esos recuerdos de trepar a los ciruelos de una plantación, y entrar en la Antecámara de los Siervos, y una docena más que acudían a él inopinadamente, cuando menos lo esperaba. Y quizá todos esos recuerdos eran imaginarios, los sueños dementes de una mente desquiciada, como la voz.

Cayó en la cuenta de que estaba paseando como un león enjaulado y que era incapaz de parar. Sentía que tenía que moverse o sus músculos lo despedazarían con violentos espasmos.

—No estoy loco —jadeó. Todavía no.—. No estoy...

El ruido de la puerta al abrirse lo hizo volverse rápidamente, esperando que fuese Min. Era Riallin de nuevo. La Doncella sostenía a una mujer corpulenta que llevaba un vestido azul oscuro, con el pelo muy canoso y la cara redonda. Una cara demacrada, con los ojos enrojecidos.

Rand quiso decirles que se marcharan, que lo dejaran solo. Solo. ¿Estaba solo? ¿Era Lews Therin un sueño? Oh, que lo dejaran solo, en paz... Idrien Tarsin era la encargada de la escuela que él había fundado en Cairhien, una mujer tan práctica que Rand tenía sus dudas de que creyera en el Poder puesto que no podía verlo ni tocarlo. ¿Qué podía haberla reducido a ese estado?

Se obligó a volverse hacia ella. Loco o cuerdo, estuviese solo o no, no había nadie más para hacer lo que había que hacer. Ni siquiera este mínimo deber. Más pesado que una montaña.

—¿Qué ocurre? —preguntó, dando a su voz el tono más afable que pudo.

Idrien rompió a llorar de repente, se acercó dando traspiés y se derrumbó contra su pecho. Cuando se calmó lo suficiente para hablar con coherencia y contar lo que pasaba, Rand sintió también ganas de echarse a llorar.

Librodot

GLOSARIO

Aclaración sobre las fechas de este glosario

El calendario Tomano (ideado por Toma dur Ahmid) se adoptó aproximadamente dos siglos después de la muerte de los últimos varones Aes Sedai y registró los años transcurridos después del Desmembramiento del Mundo (DD). Muchos anales resultaron destruidos durante las Guerras de los Trollocs, de tal modo que, al concluir éstas, se abrió una discusión respecto al año exacto en que se hallaban en el antiguo sistema. Tiam de Gazar propuso un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en el que los años se señalarían como Año Libre (AL). El calendario Gazariano ganó amplia aceptación veinte años después del final de la guerra. Artur Hawkwing intentó establecer un nuevo anuario que partiría de la fecha de fundación de su imperio (DF, Desde la Fundación), pero únicamente los historiadores hacen referencia a él actualmente. Tras la generalizada destrucción, mortalidad y desintegración de la Guerra de los Cien Años, Uren din Jubai Gaviota Voladora, un erudito de las islas de los Marinos, concibió un cuarto calendario, el cual promulgó el Panarch Farede de Tarabon. El calendario Farede —iniciado a partir de la fecha, arbitrariamente decidida, del fin de la Guerra de los Cien Años—, que registra los años de la Nueva Era (NE), es el que se utiliza en la actualidad.

a'dam: Un artilugio creado para controlar a mujeres capaces de encauzar; sólo lo puede utilizar una mujer que encauza o una que podría aprender a hacerlo, pero no surte efecto en quien no posea esta habilidad. Crea un vínculo entre las dos mujeres. La versión seanchan consiste en un collar y un brazalete unidos mediante una correa, todo ello de metal plateado. Sin embargo, se ha creado un ejemplar de una versión sin correa, y se cree que existe otra variante, única en su clase, que permite a una mujer controlar a un hombre capaz de encauzar. Si a un hombre de estas características se lo vincula por medio de un *a'dam* corriente a una mujer que también encauza, el resultado más probable es la muerte de ambos. Cuando el artilugio lo lleva puesto una mujer con la habilidad de encauzar la energía, el simple hecho de tocar el *a'dam* puede ocasionar dolor a un hombre que encauza. (Véanse *coligación* y *seanchan.*)

Ajah: Sociedades entre las Aes Sedai; son siete y se designan por colores: Azul, Rojo, Blanco, Verde, Marrón, Amarillo y Gris. Todas las Aes Sedai, con excepción de la Sede Amyrlin, pertenecen a un Ajah concreto. Cada uno de ellos sigue una filosofía específica respecto al uso del Poder Único y a los cometidos de las Aes Sedai. El Ajah Rojo, por ejemplo, dedica todas sus energías a buscar y amansar a los hombres que encauzan el Poder. El Ajah Marrón, por su parte, prohíbe el compromiso con el mundo y se consagra a profundizar en el conocimiento, en tanto que el Ajah Blanco, que se abstiene en la medida de lo posible del contacto con el mundo y el saber práctico directamente relacionado con él, se concentra en las cuestiones filosóficas y la búsqueda de la verdad. El Ajah Verde (llamado el Ajah de Batalla durante la Guerra de los Trollocs) se mantiene en pie de guerra, listo para el Tarmon Gai'don, mientras que el Ajah Amarillo se concentra en el estudio de la Curación. Las hermanas Azules toman partido por las causas justas, en tanto que las Grises son mediadoras y buscan la armonía y el consenso. Hay rumores sobre un Ajah Negro, abocado al servicio del Oscuro, pero su existencia se niega oficialmente.

algai'd'siswai: En la Antigua Lengua, «guerreros lanceros» o «guerreros de la lanza». Es el nombre por el que se conoce a los Aiel que pueden manejar la lanza y tomar parte en batallas de manera habitual, a diferencia de aquellos otros dedicados a profesiones

Librodot

artesanales.

Altara: Nación a orillas del Mar de las Tormentas, aunque en realidad es poco lo que la unifica salvo el nombre. Las gentes de Altara se consideran, en primer lugar, oriundos de una ciudad o pueblo, o súbditos de este o aquel noble, y sólo después, si acaso, como altaraneses. Son pocos los nobles que pagan impuestos a la corona; en general, ofrecen su acatamiento sólo de palabra y en casos contados prestan algún servicio de escasa importancia. El dirigente de Altara (en la actualidad la reina Tylin Quintara, de la casa Mitsobar) rara vez es algo más que el noble más poderoso del país, y en ocasiones ni siquiera ha sido eso. El Trono de los Vientos posee tan escaso poder que muchos nobles poderosos han desdeñado ocuparlo cuando podrían haberlo hecho. La bandera de Altara muestra dos leopardos dorados sobre un campo ajedrezado de cuatro por cuatro, en rojo y azul. El emblema de la casa Mitsobar es un ancla verde y una espada, dispuestas en cruz. (Véase *Mujer Sabia.*)

amansar: Eliminar la capacidad de un varón para encauzar el Poder Único. La mayoría de la gente considera esto necesario debido a que todo hombre que aprende a encauzarlo acaba enloqueciendo a causa de la infección que afecta al *Saidin* y puede producir horribles daños utilizando el Poder antes de que la infección lo mate. Un hombre que ha sido amansado puede detectar todavía la Fuente Verdadera, pero no establecer contacto con ella. La evolución del grado de locura se detiene con el amansamiento, aun cuando no se cura, y si éste se efectúa en el inicio es factible evitar la muerte que sobreviene tras este tratamiento. Un varón amansado, sin embargo, renuncia inevitablemente a seguir viviendo; aquellos que no tienen éxito con el suicidio acaban muriendo al cabo de un año o dos de todas formas. Antaño considerado permanente, en la actualidad hay quienes saben que puede ser reversible merced a una técnica de Curación altamente especializada. (Véase *neutralizar.*)

Amigos Siniestros: Los seguidores del Oscuro, que abrigan expectativas de cobrar gran poder y recibir recompensas, incluida la inmortalidad, cuando aquél sea liberado de su prisión. Forzosamente reservados, se organizan en grupos llamados «círculos» y los miembros de uno de estos círculos rara vez —o nunca— conocen a los integrantes de otro. El rango en el mundo exterior no tiene por qué ir parejo con el rango en los círculos; un rey o una reina que sea Amigo Siniestro debe obedecer incluso a un mendigo si éste le muestra los signos adecuados. Entre ellos a veces utilizan el antiguo nombre de Amigos de la Sombra.

Amys: Caminante de sueños y Sabia del dominio Peñas Frías, del septiar Nueve Valles de los Taardad Aiel. Esposa de Rhuarc, hermana conyugal de Lian, que es señora del techo del dominio Peñas Frías; Amys es segunda madre de Aviendha.

angreal: Un objeto, vestigio de la Era de Leyenda, mediante el cual quienes son capaces de encauzar el Poder Único pueden manejar una cantidad superior a la que podrían utilizar sin esa ayuda o sin salir malparados. Unos se crearon para ser usados por mujeres, y otros, por hombres; los rumores acerca de ciertos tipos de *angreal* utilizables tanto por varones como por féminas no se han confirmado nunca. Su método de elaboración se desconoce en la actualidad, y son muy pocos los que existen hoy en día. (Véanse también *encauzar, sa'angreal* y *ter'angreal.*)

Antecámara de la Torre: Cuerpo legislativo de las Aes Sedai y que tradicionalmente estaba compuesto por tres Asentadas de cada uno de los siete Ajahs. En la actualidad, existe una Antecámara funcionando en la Torre Blanca que no cuenta con Asentadas del Ajah Azul, y otra entre las Aes Sedai que se oponen a Elaida do Avriny a'Roihan. Esta Antecámara rebelde no cuenta con Asentadas del Ajah Rojo. Aunque, por ley, la Sede Amyrlin es el poder absoluto en la Torre Blanca, de hecho ese poder siempre ha dependido de su habilidad para dirigir, controlar o intimidar a la Antecámara, ya que hay muchos modos de que las integrantes de este cuerpo legislativo puedan obstaculizar los planes de la Amyrlin. Para que ciertos asuntos se aprueben por la Antecámara, puede requerirse alguno de los dos niveles de acuerdo que existen: el consenso simple y el consenso plenario. Este último exige que asista un mínimo de once Asentadas y que todas las hermanas que se encuentran

Librodot

presentes se pongan de pie para mostrar su acuerdo; también se requiere una Asentada como mínimo de cada Ajah, salvo cuando el asunto presentado a la Antecámara es la destitución de una Amyrlin o una Guardiana, en cuyo caso el Ajah al que perteneció ésta no será informado de la votación hasta que la decisión haya sido tomada. El consenso simple también requiere un quórum de once Asentadas, pero sólo es necesario que se pongan de pie dos tercios de las asistentes para que el tema a debate se apruebe. Otra diferencia es que no se precisa que haya representación de todos los Ajahs en un consenso simple salvo en el caso de una declaración de guerra hecha por la Torre Blanca; éste es uno entre varios temas que se dejan en manos del consenso simple, aunque son muchas las personas que opinan que debería someterse al consenso plenario. La Sede Amyrlin puede exigir la dimisión de cualquier Asentada o, de hecho, de todas las integrantes de la Antecámara, y esa petición ha de ser tenida en cuenta. Sin embargo, esto rara vez ocurre ya que no hay ningún impedimento para que un Ajah vuelva a votar a la misma Asentada o las mismas Asentadas, excepto la costumbre de que las hermanas no sirven de nuevo en la Antecámara después de dejar el puesto. Como ejemplo de lo serio que sería una exigencia de dimisión general, se tiene por cierto que algo así sólo ha ocurrido en cuatro ocasiones durante los más de tres mil años de existencia de la Torre Blanca, y que, mientras que en dos de los casos el resultado fue la selección de una Antecámara totalmente renovada o casi, los otros dos derivaron en la dimisión y el exilio de la Amyrlin implicada en cada ocasión.

Antigua Lengua: La lengua que se hablaba durante la Era de Leyenda. Las personas nobles y cultivadas deben, en principio, haber aprendido a hablarla, pero la mayoría sólo conoce algunas palabras. A menudo su traducción resulta harto difícil, ya que es un lenguaje susceptible de ofrecer diversas interpretaciones mediante sutiles variaciones en el significado. (Véase *Era de Leyenda*.)

Asesinos del Árbol: Nombre despectivo con que los Aiel designan a los cairhieninos, junto con el de «quebrantadores de juramentos». Ambos hacen referencia a la orden del rey Laman de cortar *Avendoraldera,* un regalo de los Aiel, acto con el que se rompieron los juramentos hechos en el momento de entregar el regalo. Para los Aiel, ambos términos están a la altura de los peores insultos que pueden dirigirse a una persona. (Véase *Guerra de Aiel*.)

Asha'man: 1) En la Antigua Lengua «Guardián» o «Defensor», con una fuerte implicación de que es un defensor de la verdad y la justicia. 2) El nombre adoptado por los seguidores del Dragón Renacido, hombres que han acudido a lo que ahora se llama la Torre Negra, a fin de aprender a encauzar. Algunos van porque han soñado siempre con poder encauzar a pesar de los terribles riesgos que implica, mientras que otros se quedan únicamente porque el hecho de pasar la prueba de habilidad para aprender los ha puesto en el camino de encauzar el Poder y ahora deben aprender a controlarlo antes de que los mate. No sólo se instruyen en el uso del Poder Único, sino también en el manejo de la espada y en la lucha Aiel practicada con manos y pies. Los Asha'man, que visten unas características chaquetas negras, se dividen conforme al nivel de conocimientos que han alcanzado, siendo el inferior el de soldado. El siguiente nivel es el de Dedicado y se indica con un alfiler de plata con forma de espada, que se lleva prendido en el cuello de la chaqueta. El nivel más alto se llama simplemente Asha'man, y se reconoce por un alfiler esmaltado en rojo y oro con la forma de un dragón, que se lleva prendido en el cuello de la chaqueta, al otro lado de la espada de plata. A diferencia de las Aes Sedai, que hacen todo lo posible para asegurarse de que las mujeres a las que enseñan no avancen demasiado deprisa por considerarse peligroso, a los Asha'man se les exige muchísimo y se los presiona desde el principio, en especial a que aprendan a usar el Poder como un arma. El resultado es que, mientras que en la Torre Blanca se hablará con horror durante años de una novicia que haya muerto o se haya neutralizado durante su aprendizaje, en la Torre Negra se da por sentado que cierto número de soldados Asha'man morirá o se consumirá al intentar aprender. La existencia de los Asha'man y su conexión con el Dragón Renacido ha hecho

que algunas Aes Sedai se replanteen la necesidad imperiosa de amansar varones que encauzan, si bien muchas no han cambiado un ápice su opinión al respecto. (Véanse *amansar* y *neutralizar*.)

Asunawa Rhadam: Inquisidor Supremo de la Mano de la Luz. A sus ojos, interferir con el Poder Único es usurpar el poder del Creador y la causa de todos los males del mundo. Tiene como meta principal destruir a todo aquel que pueda encauzar o incluso que desee hacerlo; en el ejercicio de su ministerio, la Mano de la Luz debe arrancar a estas personas la confesión de su pecado antes de ejecutarlas. (Véase *interrogadores.*)

Atha'an Miere: Véase *Marinos, los.*

Berelain sur Paendrag: Principal de Mayene por la gracia de la Luz, Defensora de las Olas, Sede Suprema de la casa Paeron. Una bella y voluntariosa joven, y una gobernante muy hábil. (Véase *Mayene.*)

Birgitte: Guardián de Elayne Trakand; posiblemente sea la primera mujer que desempeña esa tarea, algo que ha ocasionado no pocas dificultades aparte de las que eran de esperar en tales circunstancias. En realidad es la legendaria heroína de los relatos conocida por ese nombre y se contaba entre los héroes llamados a volver de la tumba con la llamada del Cuerno de Valere, pero fue trasladada violentamente del *Tel'aran'rhiod* al mundo material durante una refriega con Moghedien y el único modo que tuvo Elayne de salvarla de la muerte fue vinculándola a ella. A excepción de su belleza y su destreza con el arco, guarda poco parecido con la mujer que describen las leyendas. (Véanse *Cuerno de Valere, Guardián* y *Renegados.*)

Bryne, Gareth: Antaño capitán general de la Guardia Real de Andor, en la actualidad tiene a su mando el ejército de las Aes Sedai que se han rebelado contra la autoridad de Elaida do Avriny a'Roihan. Está considerado como uno de los mejores generales vivos. Su relación con Siuan Sanche es tan problemática y perturbadora para él como para la propia Siuan. El emblema de la casa Bryne es un toro salvaje, con la corona de rosas de Andor alrededor del cuello. Su insignia personal representa tres estrellas doradas de cinco puntas.

cadin'sor: Atuendo de los Aiel *algai'd'siswai,* compuesto por chaqueta y calzones en tonos grises y pardos que se confunden con las rocas del entorno o con las sombras, así como botas de cuero suave, altas hasta las rodillas y atadas con cordones. En la Antigua Lengua, «ropas de trabajo», aunque ésta, por supuesto, es una traducción imprecisa. (Véase *algai'd'siswai.*)

Cadsuane Melaidhrin: Una Aes Sedai del Ajah Verde que casi ha alcanzado la categoría de legendaria entre las hermanas estando aún viva, aunque en realidad la mayoría de las Aes Sedai creen que debe de llevar muerta años a estas alturas. Nacida alrededor del 705 NE, lo que la convertiría en la Aes Sedai de más edad viva, también había sido la más fuerte en el Poder durante los últimos mil años hasta la aparición de Nynaeve, Elayne y Egwene, e incluso ellas no la superan en mucho. A lo largo de los años y aun siendo una Verde, Cadsuane ha capturado más hombres con capacidad para encauzar que cualquier otra hermana viva; un dato curioso y apenas conocido es que los hombres que llevó a la Torre Blanca solían vivir durante un tiempo considerablemente superior después de haber sido amansados que aquellos capturados por otras hermanas.

Cairhien: Nombre dado a una nación situada junto a la Columna Vertebral del Mundo y a su capital. Quemada y saqueada durante la Guerra de Aiel, la nación de Cairhien no se había recuperado totalmente del desastre cuando el asesinato de rey Galldrain (998 NE) sumió al país en una guerra de sucesión que sólo se interrumpió con la invasión de los Shaido, a la que muchos han dado en llamar Segunda Guerra de Aiel, si bien la ciudad se salvó por la intervención de otros Aiel al mando de Rand al'Thor. Posteriormente la mayoría de los nobles cairhieninos, así como muchos de Tear, juraron fidelidad al Dragón Renacido, pero en un país donde el Juego de las Casas se ha convertido en un arte, no es de extrañar que incluso muchos de los que prestaron juramento estén dispuestos a intrigar a fin de obtener cualquier ventaja que se les presente. La enseña de Cairhien representa un radiante sol dorado elevándose sobre un fondo azul cielo. (Véase *Guerra de Aiel*).

Librodot

calendario: Una semana tiene diez días, y un mes, veintiocho; el año consta de trece meses. Varios festivos no forman parte de ningún mes, entre ellos el Día Solar (el más largo del año), la Fiesta de Acción de Gracias (celebración cuatrienal, en el equinoccio de primavera), y el Día de la Salvación de las Almas, también llamado Día de Todas las Ánimas (fiesta decenal, en el equinoccio de otoño). Aunque muchas festividades se celebran en todas partes (como la Fiesta de las Luces, con la que termina el año viejo y comienza el nuevo), todos los países tienen también las suyas propias, y en muchos casos ocurre otro tanto con ciudades y pueblos. En general, las Tierras Fronterizas son las que cuentan con menos festividades, en tanto que las ciudades de Illian y Ebou Dar son las que tienen mayor número.

Caraighan Maconar: Hermana Verde legendaria, la heroína de centenares de aventuras a quien se le atribuyen proezas que incluso algunas Aes Sedai consideran inverosímiles a pesar de estar consignadas en los legajos de la Torre Blanca, como por ejemplo que sofocó una rebelión en Mosadorin sin ayuda de nadie o que acabó con los Disturbios de Comaidin cuando no tenía Guardianes. En el Ajah Verde se la tiene por el arquetipo de una hermana Verde. (Véanse: *Aes Sedai* y *Ajah.*)

Ciudadela de Tear: Una gran fortaleza situada en la ciudad de Tear, que se cree que fue erigida poco después del Desmembramiento del Mundo utilizando el Poder Único. Asediada y atacada sin éxito en incontables ocasiones, cayó en el transcurso de una noche en manos del Dragón Renacido y de unos pocos cientos de Aiel, cumpliéndose así dos pasajes de las Profecías del Dragón.

coligación: La capacidad que poseen las mujeres que encauzan para combinar sus flujos del Poder Único. Aunque el flujo unificado no es tan fuerte como la suma de los flujos individuales, los dirige la persona que conduce la coligación, por lo que puede utilizarse de un modo mucho más preciso y eficaz que cualquier flujo individual. Los varones no están capacitados para unir sus habilidades sin la presencia de una o varias mujeres en el círculo. Participar en una coligación es, normalmente, un acto voluntario que requiere, cuando menos, el consentimiento, pero en ciertas circunstancias un círculo ya formado y lo bastante grande puede hacer entrar a la fuerza a otra mujer, siempre y cuando no haya ningún hombre participando en él. Que se sepa, es imposible obligar a un varón a entrar en un círculo por muy grande que sea éste. El número de mujeres que pueden coligarse sin que sea necesaria la presencia de un hombre llega hasta trece. Con la incorporación de un varón, el círculo se puede ampliar hasta veintiséis mujeres, con la de dos varones, el número aumenta hasta treinta y cuatro, y así sucesivamente hasta un máximo de seis hombres y sesenta y seis mujeres, si bien hay coligaciones en las que el número de varones aumenta y el de las féminas disminuye. Pero, salvo en las integradas por un hombre y una mujer, dos hombres y una mujer o dos hombres y dos mujeres, en el círculo siempre ha de haber, como mínimo, una mujer más que el total de varones. En la mayoría de los círculos, la coligación puede estar controlada indistintamente por un individuo de uno u otro sexo, pero tiene que ser un hombre quien controle el círculo de setenta y dos, así como los círculos mixtos de menos de trece integrantes. A pesar de que los varones son, por lo general, más fuertes en el Poder que las mujeres, los círculos más poderosos son aquellos conformados por un número lo más equilibrado posible de ambos sexos. (Véanse *Aes Sedai.*)

Columna Vertebral del Mundo: Una imponente cordillera de montañas, que sólo puede atravesarse por algunos puertos y que separa el Yermo de Aiel de las tierras occidentales. También se la llama la Pared del Dragón.

Compañía de la Mano Roja: 1) Una legendaria compañía de héroes (*Shen an Calhar*) del tiempo de la Guerra de los Trollocs y cuyos integrantes murieron en la batalla de Campo de Aemon, cuando Manetheren sucumbió. 2) Una unidad militar que se creó para seguir a Mat Cauthon. En la actualidad marcha a corta distancia del contingente de las Aes Sedai rebeldes y su ejército, y tiene órdenes de conducir a Egwene al'Vere bajo la protección de Rand al'Thor, si es que expresa su deseo de escapar de su situación actual, así como

también a cualquier otra hermana que quiera unirse a ella.

Cuerno de Valere: El legendario objeto de la Gran Cacería del Cuerno. Al Cuerno se le atribuye el poder de llamar a los héroes fallecidos y sacarlos de sus tumbas para combatir a la Sombra. Se ha convocado una nueva Cacería del Cuerno, y los cazadores que han prestado juramento están dispersos por muchos países. Entre las Aes Sedai son pocas las que saben que el Cuerno se ha encontrado y ha sido usado o que ahora está escondido en la Torre Blanca.

Ebou Dar: Capital de Altara cuyo puerto es uno de los más grandes. Tiene muchas costumbres extrañas que resultan difíciles de asimilar para un forastero. (Véase *Altara.*)

Elaida do Avriny a'Roihan: Aes Sedai que antes pertenecía al Ajah Rojo y que ha sido ascendida a Sede Amyrlin, aunque existe una oponente que reclama para sí dicho título. En otra época actuó como consejera de la reina Morgase de Andor. A veces realiza predicciones.

Era de Leyenda: La era concluida con la Guerra de la Sombra y el Desmembramiento del Mundo, una época en que los Aes Sedai ejecutaron prodigios que actualmente sólo caben en la imaginación.

espontánea: Una mujer que ha aprendido a encauzar el Poder Único por sus propios medios y ha sobrevivido a la crisis que sólo una de cada cuatro supera. Dichas mujeres suelen erigir barreras con el fin de no conocer racionalmente lo que hacen, pero, si finalmente logran desprenderse de tal actitud defensiva, las espontáneas llegan a situarse entre las más poderosas encauzadoras. Este término se utiliza a menudo en sentido despectivo.

Gaidin: En la Antigua Lengua, literalmente, «Hermano para Batallas». Un título utilizado por las Aes Sedai para designar a los Guardianes. (Véase *Guardián.*)

gai'shain: En la Antigua Lengua, «Comprometidos con la Paz en la Batalla» es la traducción más fiel posible. Un Aiel tomado prisionero por otro Aiel durante una incursión o batalla queda obligado por el *ji'e'toh* a servir a su aprehensor —sea éste hombre o mujer— sumisa y obedientemente durante un año y un día, y en ese plazo no tocar un arma ni actuar con violencia. Está mal visto tomar como *gai'shain* a una Sabia, un herrero, un niño o una mujer con hijos menores de diez años. A partir de la revelación de que los antepasados de los Aiel eran en realidad pacifistas y seguidores de la Filosofía de la Hoja, un gran número de *gai'shain* se ha negado a quitarse las ropas blancas una vez cumplido su período de servicio. Además, aunque una tradición que tiene tanto peso como una ley estipula que no se puede hacer *gai'shain* a nadie que no siga el *ji'e'toh,* los Aiel Shaido han empezado a poner los ropajes blancos de servidumbre a cairhieninos y otros prisioneros capturados, y se está extendiendo la opinión de que, puesto que estas personas no siguen el *ji'e'toh,* no es obligatorio liberarlas al cumplirse el plazo de un año y un día.

Gawyn de la casa Trakand: Hijo de la reina Morgase y hermano de Elayne, que será Primer Príncipe de la Espada cuando Elayne ascienda al trono. Hermanastro de Galad Damodred. Está metido en más de un aprieto; desprecia a las Aes Sedai y, sin embargo, ha jurado servirles; odia a Rand al'Thor, pero aun así ha prometido no alzar la mano contra él. Y todo ello por el inmenso amor que profesa a Egwene al'Vere, aunque ignora que ésta no sólo se ha convertido en Aes Sedai, sino que es la Sede Amyrlin que disputa el puesto a la Amyrlin que él reconoce como legítima. Su emblema es un jabalí blanco.

gitanos: Su denominación más correcta es los Tuatha'an. Pueblo nómada también conocido como el Pueblo Errante, que vive en carromatos pintados con abigarrados colores y practica una ideología pacifista llamada la Filosofía de la Hoja que no les permite el uso de la violencia en ninguna circunstancia. A los Tuatha'an que quebrantan este principio se los llama «los Perdidos» y los demás actúan como si ya no existieran.

Gran Señor de la Oscuridad: El nombre que dan los Amigos Siniestros al Oscuro, en la creencia de que el uso de su verdadero nombre resultaría blasfemo.

Guardián: Un guerrero vinculado a una Aes Sedai. El lazo que los une proviene del Poder Único y, por medio de él, el Guardián recibe dones entre los que se cuentan la rápida curación de las heridas, la posibilidad de resistir largos períodos sin comida, bebida o

Librodot

reposo y la capacidad de detectar la infección del Oscuro a cierta distancia. A través del vínculo, Guardián y Aes Sedai comparten ciertas sensaciones físicas y anímicas experimentadas por el otro, que perciben como algo propio. Mientras el Guardián permanezca con vida, la Aes Sedai a quien está vinculado tendrá conciencia de ello por muy lejos que se encuentre y, cuando muera, conocerá el momento y el modo en que ha muerto. Mientras que la mayoría de los Ajahs sostienen que una Aes Sedai puede disponer de un solo Guardián unido a ella, el Ajah Rojo rechaza el nexo con cualquier Guardián, y el Ajah Verde cree que una Aes Sedai es libre de disponer de tantos Guardianes como desee. Éticamente, el Guardián debe acceder a que se establezca la vinculación, pero se tienen noticias de casos en que ésta se le impuso en contra de su voluntad. Los beneficios que obtienen las Aes Sedai de esta unión constituyen un secreto celosamente guardado. Conforme a todos los documentos históricos, los Guardianes siempre han sido varones, pero una mujer ha sido vinculada recientemente, y se han puesto de manifiesto algunas diferencias en los efectos. (Véase *Aes Sedai.*)

Guerra de Aiel: (976-978 NE) Cuando el rey Laman de Cairhien cortó el *Avendoraldera,* cuatro clanes Aiel atravesaron la Columna Vertebral del Mundo, y saquearon y quemaron la capital de Cairhien así como otras muchas ciudades y pueblos. El conflicto se propagó hasta Andor y Tear. Oficialmente se sostiene que los Aiel fueron finalmente derrotados en la Batalla de las Murallas Resplandecientes, delante de Tar Valon, pero, de hecho, el rey Laman pereció en dicha batalla y, habiendo cumplido su objetivo, los Aiel volvieron a cruzar la Columna Vertebral del Mundo. (Véanse *Cairhien* y *Columna Vertebral del Mundo.*)

hermana conyugal: Término Aiel de parentesco. En ocasiones, dos mujeres que son medio hermanas o primeras hermanas descubren que aman al mismo hombre, o simplemente, no quieren que un varón las separe. Se casan, pues, ambas con él, y de ese modo se convierten en hermanas conyugales. A veces, las Aiel que no tienen lazos de parentesco y se enamoran del mismo hombre tratan de ver la posibilidad de convertirse en medio hermanas y adoptarse como primeras hermanas, un primer paso para llegar a ser hermanas conyugales. Un varón Aiel que se encuentra en esta situación sólo tiene la opción de casarse con las dos mujeres o con ninguna de ellas; si ya tiene una esposa que decide adoptar una primera hermana, entonces se encuentra con que tiene una segunda esposa.

Hijos de la Luz: Una asociación que no debe sumisión a reino alguno, que mantiene estrictas creencias ascéticas y está consagrada a derrotar al Oscuro y a la destrucción de todos los Amigos Siniestros. Fundada durante la Guerra de los Cien Años por Lothai Mantelar para perseguir al creciente número de Amigos Siniestros, se transformó durante la guerra en una organización de marcado carácter militar, de creencias extremadamente rígidas, entre las que destaca la certeza de que sólo ellos poseen la verdad. Profesan un profundo odio por las Aes Sedai, a las cuales consideran, al igual que a sus simpatizantes, Amigos Siniestros. Se los conoce despectivamente como Capas Blancas, y su emblema es un sol dorado sobre fondo blanco. (Véase *interrogadores.*)

Illian: Gran ciudad portuaria del Mar de las Tormentas, capital de la nación del mismo nombre. Illian es enemiga irreconciliable de Tear desde tiempos remotos. Su enseña representa nueve abejas doradas sobre campo verde.

interrogadores, los: Una orden de los Hijos de la Luz. Su cometido es descubrir la verdad en controversia y desenmascarar a los Amigos Siniestros. En su búsqueda de la verdad y de la Luz, utilizan habitualmente la tortura como método de interrogatorio; su actitud normal es la de conocer con antelación la verdad, con lo cual únicamente deben obligar a sus víctimas a confesarla. Los interrogadores se autodenominan la Mano de la Luz, la Mano que arranca la verdad, y en ocasiones actúan como si se hallaran al margen de los Hijos y del Consejo de Ungidos, órgano de máxima autoridad entre los Hijos. El dirigente de los interrogadores es el Inquisidor Supremo, el cual forma parte del Consejo de Ungidos. Su enseña es una vara de pastor de color rojo sangre. (Véase *Hijos de la Luz.*)

Juilin Sandar: Un rastreador de Tear que está enamorado de una mujer a la que nunca

imaginó que podría amar.

Juramentados del Dragón: Término con el que designan a los partidarios del Dragón Renacido quienes, generalmente, se oponen a él o al menos creen que son neutrales. De hecho, muchas de las personas a las que dan ese nombre no han hecho ningún tipo de juramento y con frecuencia también se aplica a bandidos y asaltantes, algunos de lo cuales afirman serlo con la esperanza de que el nombre ponga fin a la resistencia de sus víctimas. Son innumerables las atrocidades cometidas por gentes que aseguran ser Juramentados del Dragón.

Juramentos, los Tres: Los juramentos que presta una Aceptada al ser ascendida a Aes Sedai. Se pronuncian asiendo la Vara Juratoria, un *ter'angreal* que les confiere un carácter vinculante, y que son: 1) No decir nunca algo que no sea cierto. 2) No fabricar ninguna arma con la que un hombre pueda matar a otro. 3) No utilizar nunca el Poder como arma salvo contra los Engendros de la Sombra o, como último recurso, en defensa de la propia vida, la del propio Guardián o la de otra Aes Sedai. El segundo juramento fue el primero en adoptarse, como reacción a la Guerra del Poder. Aunque el primero se mantiene al pie de la letra, se lo suele eludir por medio de una cuidadosa selección de las palabras. Existe la creencia de que los dos últimos son inviolables.

Logain Ablar: Nacido en Ghealdan el 972 NE, se proclamó el Dragón Renacido. Capturado después de desencadenar la guerra por todo Ghealdan, Altara y Murandy, fue llevado a la Torre Blanca y allí se lo amansó, bien que después escapó aprovechando la confusión generada por la destitución de Siuan Sanche. El restablecimiento de su habilidad para encauzar, sucedido por accidente, fue la primera indicación de que tal pérdida no era algo permanente. Confinado tras su Curación, volvió a escapar y se desconoce su paradero actual. (Véanse *amansar* y *neutralizar.*)

Llama de Tar Valon: Símbolo de Tar Valon, de la Sede Amyrlin y de las Aes Sedai. Una representación estilizada de una llama; una lágrima blanca con la parte más delgada hacia arriba.

Marinos, los: Su denominación más correcta es los Atha'an Miere, el pueblo del mar. Pasan la mayor parte de sus vidas en sus barcos y les desagrada profundamente alejarse del océano. Son gentes reservadas, y apenas se sabe nada sobre sus costumbres y estilo de vida, lo que les otorga un aire de exotismo y misterio, y ha dado pie a que corran historias sobre ellos que en su mayoría son descabelladas. Gran parte del comercio marítimo lo realizan los bajeles de los Marinos, que se cuentan entre las naves de mayor tamaño además de ser, con mucho, los más veloces. Los habitantes de las ciudades portuarias los consideran negociantes habilidosos que aventajan incluso a los célebres domani. Puesto que la supervivencia en alta mar a menudo depende de la obediencia inmediata, no es de sorprender que los Atha'an Miere se aferren estrictamente a su jerarquía, bien que en ciertos aspectos la tolerancia es sorprendente. Los Atha'an Miere están divididos en numerosos clanes, tanto grandes como pequeños, cada cual dirigido por una Señora de las Olas. Por debajo de ella se encuentran las Navegantes, las capitanas de barco del clan. La autoridad de una Señora de las Olas es muy vasta, si bien las encargadas de elegirla para esa posición son las doce Navegantes de mayor edad del clan y puede ser destituida por orden de la Señora de los Barcos de los Atha'an Miere. La Señora de los Barcos tiene un nivel de autoridad que envidiaría cualquier rey o reina «confinados en tierra», como llaman los Marinos a los habitantes de tierra firme; no obstante, también es elegida, vitaliciamente, por el voto unánime de las doce Señoras de las Olas de más edad, a las que se las conoce como las Doce Primeras de los Atha'an Miere. (La denominación de «las Doce Primeras» también se utiliza para las doce Señoras de las Olas o Navegantes de mayor edad presentes en una asamblea.) El puesto de Maestro de Armas lo ostenta un hombre que puede ser o no el marido de la Señora de los Barcos. Es responsabilidad suya la defensa y el comercio de los Marinos, y por debajo de él están los Maestros de Espada de las Señoras de las Olas y los Maestres de Cargamento de las Navegantes, que poseen puestos y deberes semejantes; para todos ellos, cualquier autoridad fuera de estas áreas la tienen sólo como delegados de

Librodot

la mujer a la que sirven. La decisión de adónde y cuándo navega cualquier barco es prerrogativa de la Navegante; pero, puesto que el comercio y las finanzas están por completo en manos del Maestre de Cargamento (o, a niveles superiores, del Maestro de Espada o el Maestro de Armas), es necesaria una estrecha colaboración entre ambas partes. Todos los bajeles de los Marinos, por pequeños que sean, y también todas las Navegantes, cuentan con una Detectora de Vientos, una mujer que en la mayoría de los casos está capacitada para encauzar y es ducha en el Tejido de Vientos, como los Atha'an Miere llaman a la manipulación del tiempo. La Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos tiene autoridad sobre las Detectoras de Vientos de las Señoras de las Olas, que a su vez tienen autoridad sobre las Detectoras de Vientos de las Navegantes de sus clanes. Una peculiaridad de los Marinos es que todos deben empezar en el nivel más bajo y trabajar duro para ascender de rango, y que cualquiera de ellos, salvo la Señora de los Barcos, puede ser destituido por quienes están por encima de él; en circunstancias extremas, incluso puede acabar de nuevo en el escalafón más bajo.

Mayene: Ciudad-estado del Mar de las Tormentas que históricamente ha estado supeditada a la opresión de Tear. El título del dirigente de Mayene es «el Principal», si bien antaño era Supremo Señor o Suprema Señora; los Principales afirman ser descendientes de Artur Hawkwing. El emblema de Mayene es un halcón dorado en posición de vuelo, sobre campo azul.

Mazrim Taim: Un falso Dragón que causó estragos en Saldaea hasta que fue derrotado y capturado, aunque posteriormente escapó, al parecer con la ayuda de sus seguidores. No sólo puede encauzar, sino que es muy fuerte en el Poder, y ahora ostenta el cargo de M'Hael («líder» en la Antigua Lengua) de los Asha'man. (Véase *Asha'man.*)

medio hermano/hermana: Términos Aiel de parentesco que indican una estrecha relación de amistad muy próxima a la de primeros hermanos o primeras hermanas. A menudo las medio hermanas se adoptan oficialmente como primeras hermanas en una compleja ceremonia celebrada en presencia de las Sabias, después de la cual los otros Aiel las consideran como verdaderas hermanas gemelas, si bien unas gemelas con dos madres. Por el contrario, los medio hermanos casi nunca lo hacen.

Melaine: Caminante de sueños y Sabia del septiar Jhirad de los Goshien Aiel. Es moderadamente fuerte con el Poder. Está casada con Bael, jefe de clan de los Goshien, y es hermana conyugal de Dorindha, señora del techo del septiar Manantial Humeante.

Moraine Damodred: Una Aes Sedai del Ajah Azul, nacida en el 956 NE, en el Palacio Real de Cairhien, y que desapareció a través de un *ter'angreal* en Cairhien mientras luchaba contra Lanfear, por lo que se supone que acabó con su propia vida y con la de la Renegada. Puesto que ha localizado al Dragón Renacido y matado a otro Renegado, Be'lal, ya se la empieza a ver como una de esas heroínas legendarias. (Véase *Renegados.*)

Morgase: Por la gracia de la Luz, reina de Andor, Defensora del Reino, Protectora del Pueblo, Sede Suprema de la casa Trakand. Ahora exiliada y dada por muerta, asesinada, en opinión de muchos, por el Dragón Renacido. Su emblema consta de tres llaves doradas. La enseña de la casa Trakand es una piedra angular de plata.

Mujer Sabia: Cualquiera de las legendarias sanadoras de Ebou Dar a quienes se distingue por llevar un cinturón rojo. De sus conocimientos terapéuticos y su gran competencia con las hierbas medicinales se habla incluso hasta en las Tierras Fronterizas, llegando a estar considerada su labor como la mejor después de la Curación practicada por las Aes Sedai. Aunque Ebou Dar es una ciudad cosmopolita, donde los forasteros afincados en ella se unen frecuentemente a los numerosísimos gremios existentes, se da el hecho curioso de que apenas hay Mujeres Sabias que sean ebudarianas.

neutralización: La acción, realizada por Aes Sedai, mediante la cual se corta el acceso al Poder Único de una mujer capaz de encauzarlo. La mujer que ha sido neutralizada detecta la Fuente Verdadera, pero no puede establecer contacto con ella. Oficialmente, la neutralización es consecuencia de un juicio por un delito y su sentencia; la última vez que se llevó a cabo fue en el 859 NE. Las novicias deben aprender los nombres de todas las

Librodot

mujeres que la han padecido y los delitos por los que recibieron el castigo. Cuando ocurre de manera accidental, se lo llama «consunción», pero en la práctica se suele utilizar el término «neutralización» para ambos casos. Las mujeres que han sido neutralizadas rara vez sobreviven mucho tiempo; parecen renunciar a la vida y mueren a menos que encuentren algo con lo que reemplazar el vacío dejado por el Poder Único. Aunque siempre se había creído que la neutralización era irreversible, se ha descubierto recientemente un método de Curación, bien que parecen existir límites en su recuperación que aún tienen que ser investigados.

Profeta, el: Abreviatura del más ampuloso «Profeta del lord Dragón», título que reclama para sí Masema Dagar, antaño un soldado shienariano, que predica la llegada del Dragón Renacido. Ha conseguido un gran número de adeptos en Ghealdan y el norte de Amadicia, en parte por la difusión de la noticia de que el Dragón ha renacido realmente, y en parte por la extremada brutalidad con que sus seguidores castigan no sólo a cualquiera que rehúsa reconocer al Dragón Renacido, sino a aquellos que se niegan a aceptar la autoridad del Profeta como la voz y la mano del Dragón.

Renegados, los: Nombre dado a trece de los Aes Sedai más descollantes de la Era de Leyenda y, por ende, los más poderosos que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporaron a las filas del Oscuro durante la Guerra de la Sombra a cambio de la promesa de inmortalidad y quedaron confinados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse su prisión. Se designan a sí mismos «los Elegidos». Sus nombres aún se utilizan hoy en día para asustar a los niños, y son: Aginor, Asmodean, Balthamel, Be'lal, Demandred, Graendal, Ishamael, Lanfear, Mesaana, Moghedien, Rahvin, Sammael y Semirhage. Los que saben algo de ellos en la actualidad creen que sólo Demandred y Sammael sobreviven entre los varones, y que de las mujeres sólo quedan Graendal, Mesaana, Moghedien y Semirhage. Empero, varias escaramuzas extrañas sugieren la posibilidad de que el Oscuro haya seleccionado varios Elegidos nuevos o que el alcance del Señor de la Tumba llegue, en algunos casos, más allá de la muerte.

Rhuidean: Una gran urbe, la única del Yermo de Aiel, cuya existencia es desconocida por el resto del mundo. Durante casi tres mil años permaneció abandonada, y antaño a los hombres Aiel se les permitía entrar en ella una sola vez a fin de someterse a una prueba, dentro de un gran *ter'angreal,* con la que demostraban su capacidad para convertirse en jefe de clan (sólo un hombre de cada tres sobrevivía a la experiencia), mientras que las mujeres podían hacerlo en dos ocasiones, también para pasar una prueba en el mismo *ter'angreal* y así convertirse en Sabias, si bien la media de supervivencia entre ellas era considerablemente superior a la de los varones. En la actualidad, la ciudad vuelve a estar habitada por Aiel, y el extremo del valle de Rhuidean lo ocupa un gran lago que se alimenta de un océano subterráneo de agua dulce, y que a su vez da origen al único río del Yermo.

sa'angreal: Un objeto, vestigio de la Era de Leyenda, que permite que un individuo pueda encauzar una gran cantidad de Poder Único sin sufrir daños. Un *sa'angreal* es similar a un *angreal,* pero más poderoso que éste. La diferencia en la cantidad de Poder que puede manejarse con un *sa'angreal* y la que permite esgrimir un *angreal* es equiparable a la que media entre el Poder utilizado con un *angreal* y el poseído sin ninguna clase de ayuda. Su método de elaboración se desconoce hoy en día. Al igual que con los *angreal,* también hay *sa'angreal* para su uso específico por hombres o mujeres. Quedan muy pocos ejemplares, muchísimo más escasos que los *angreal.*

Sabia: Entre los Aiel, las Sabias son mujeres elegidas por otras Sabias para instruirlas en el arte de la curación, en el uso de las hierbas y en otras materias, de un modo muy parecido a las Zahoríes. Poseen gran autoridad y responsabilidad, así como una poderosa influencia sobre los jefes de septiares y clanes, aunque a menudo estos hombres las acusen de entremeterse demasiado en sus asuntos. Algunas de estas mujeres pueden encauzar en mayor o menor grado; encuentran a todas las mujeres Aiel que han nacido con el don y a la mayoría de aquellas con capacidad para aprender a hacerlo. De acuerdo con una tradición

Aiel, el hecho de que las Sabias puedan encauzar no se hace público; el resultado de esto es que muchos Aiel ignoran cuáles de ellas tienen dicha capacidad y cuáles no. También por costumbre las Sabias evitan, con mayor empeño que el resto de los Aiel, todo contacto con las Aes Sedai. Tradicionalmente, las Sabias no se involucraban en pleitos de sangre y batallas entre clanes, pero esta norma se ha roto recientemente, tal vez de manera irreparable. Aún están por verse las consecuencias que esto pueda tener sobre la inmunidad que confería a las Sabias la ideología del *ji'e'toh* seguida por los Aiel.

Shayol Ghul: Una montaña ubicada en las Tierras Malditas, más allá de la Gran Llaga, donde está encarcelado el Oscuro.

siswai'aman: En la Antigua Lengua «lanzas del Dragón», aunque el término lleva implícito un fuerte significado de propiedad. Es el nombre adoptado por muchos varones Aiel, pero por ninguna mujer. Esos hombres no reconocen ni mencionan tal nombre (en realidad ningún Aiel lo hace) pero llevan una cinta de tela roja ceñida a la frente, con el dibujo de un disco, la mitad blanco y la mitad negro, que queda encima de las cejas. Aunque normalmente los *gai'shain* tienen prohibido ponerse ninguna prenda que lleven los *algai'd'siswai,* muchos *gai'shain* han empezado a usar la cinta roja. (Véase *gai'shain.*)

Sorilea: Sabia del dominio Shende, una Jarra de los Chareen, con escasa capacidad para encauzar y que es la Sabia más anciana de todas, aunque no con tantos años como creen muchos.

Talentos: Habilidades en el uso del Poder Único en áreas concretas. La aptitud en los distintos Talentos varía mucho de una persona a otra y rara vez guarda relación con la fuerza de la habilidad para encauzar de esa persona. Hay Talentos mayores, de los cuales el más conocido es, por supuesto, la Curación. Otros ejemplos son la Danza de las Nubes, o control del tiempo atmosférico, y el Canto de la Tierra, que supone controlar los movimientos de la tierra, como por ejemplo prevenir u ocasionar terremotos o avalanchas. También existen los Talentos menores, a los que rara vez se les da nombre, tales como la habilidad de ver la condición de *ta'veren* de una persona o copiar la capacidad de los *ta'veren* para alterar el destino, bien que en una área pequeña y localizada que rara vez cubre más de unos cuantos metros cuadrados. En la actualidad muchos de los Talentos sólo se conocen de nombre y a veces con descripciones vagas. Algunos, como el Viaje (la capacidad de desplazarse de un sitio a otro sin cruzar el espacio que media entre ellos), empiezan a descubrirse de nuevo recientemente. Otros, como la Predicción (la posibilidad de prever acontecimientos futuros, pero de una manera general) y el Ahondamiento (la localización de minerales metalíferos y posiblemente su extracción de la tierra, aunque ahora este mismo término se utiliza para una variante de la Curación que se emplea para examinar el estado de salud y las condiciones físicas de una persona), se dan en muy contadas ocasiones. Otro Talento que se tenía por perdido desde hace tiempo es el del Sueño, en el que se incluye, entre otras cosas, la interpretación de los sueños de la Soñadora para augurar eventos futuros de una manera más específica que en el caso de la Predicción. Algunas Soñadoras estaban dotadas para entrar en el *Tel'aran'rhiod,* el Mundo de los Sueños, y se dice que incluso en los sueños de otras personas. La última Soñadora conocida fue Corianin Nedeal, que falleció en el 526 NE, pero actualmente hay otra, si bien su condición es conocida por pocas personas.

ta'veren: Una persona en torno a la cual la Rueda del Tiempo teje los hilos vitales de quienes se hallan a su alrededor, quizá de la totalidad de los hilos de las vidas. Se sabe muy poco de este tipo de tejido, salvo que parece, en muchos sentidos, una alteración del azar, de modo que lo que sólo es posible que ocurra, pasa, bien que únicamente en raras ocasiones. El efecto de este tejido es a veces muy localizado; por ejemplo, alguien influido por un *ta'veren* puede decir o hacer cosas que sólo habría dicho o hecho una vez entre un millón encontrándose en esas mismas circunstancias, o tienen lugar sucesos que parecen imposibles, como que un niño se precipite desde una torre de treinta metros y salga indemne de la caída. Otras veces los efectos parecen extenderse de modo que influyen en la propia historia, aunque a menudo es a través de los efectos localizados. Se cree que ésta

Librodot

es la verdadera razón de que nazcan *ta'veren,* a fin de que cambien la historia y devuelvan el equilibrio a los giros de la Rueda.

Tear: Una nación a orillas del Mar de las Tormentas y su capital, una gran ciudad portuaria. El emblema de Tear es tres lunas crecientes sobre un fondo mitad rojo y mitad dorado. (Véase *Ciudadela de Tear.*)

ter'angreal: Una clase específica de los objetos que quedaron de la Era de Leyenda que utilizan el Poder Único. A diferencia de los *angreal* y *sa'angreal,* cada *ter'angreal* fue creado para realizar una función concreta. Las Aes Sedai usan algunos de ellos, pero desconocen los cometidos originales de la gran mayoría. Unos requieren que se encauce para funcionar, mientras que otros puede utilizarlos cualquier persona. Algunos causan la muerte o destruyen la capacidad para encauzar de cualquier mujer que los utilice. Como ocurre con los *angreal* y los *sa'angreal,* su método de elaboración se desconoce desde el Desmembramiento del Mundo. (Véanse *angreal* y *sa'angreal.*)

Thom Merrilin: Un juglar muy poco corriente y viajero empedernido.

Valda, Elmon: Un capitán de los Hijos de la Luz, un hombre impaciente y radical, partidario del refrán «no se puede hacer tortilla sin romper huevos» y que cree que en ocasiones es necesario prender fuego al granero para librarse de las ratas. Se considera a sí mismo una persona práctica y aprovechará cualquier situación ventajosa que se le presente. Está convencido de que Rand al'Thor no es más que un títere de la Torre Blanca y que seguramente ni siquiera puede encauzar. El odio a los Amigos Siniestros (lo que, por supuesto, incluye a las Aes Sedai) es el pilar fundamental de su vida. (Véase *Hijos de la Luz.*)

Librodot